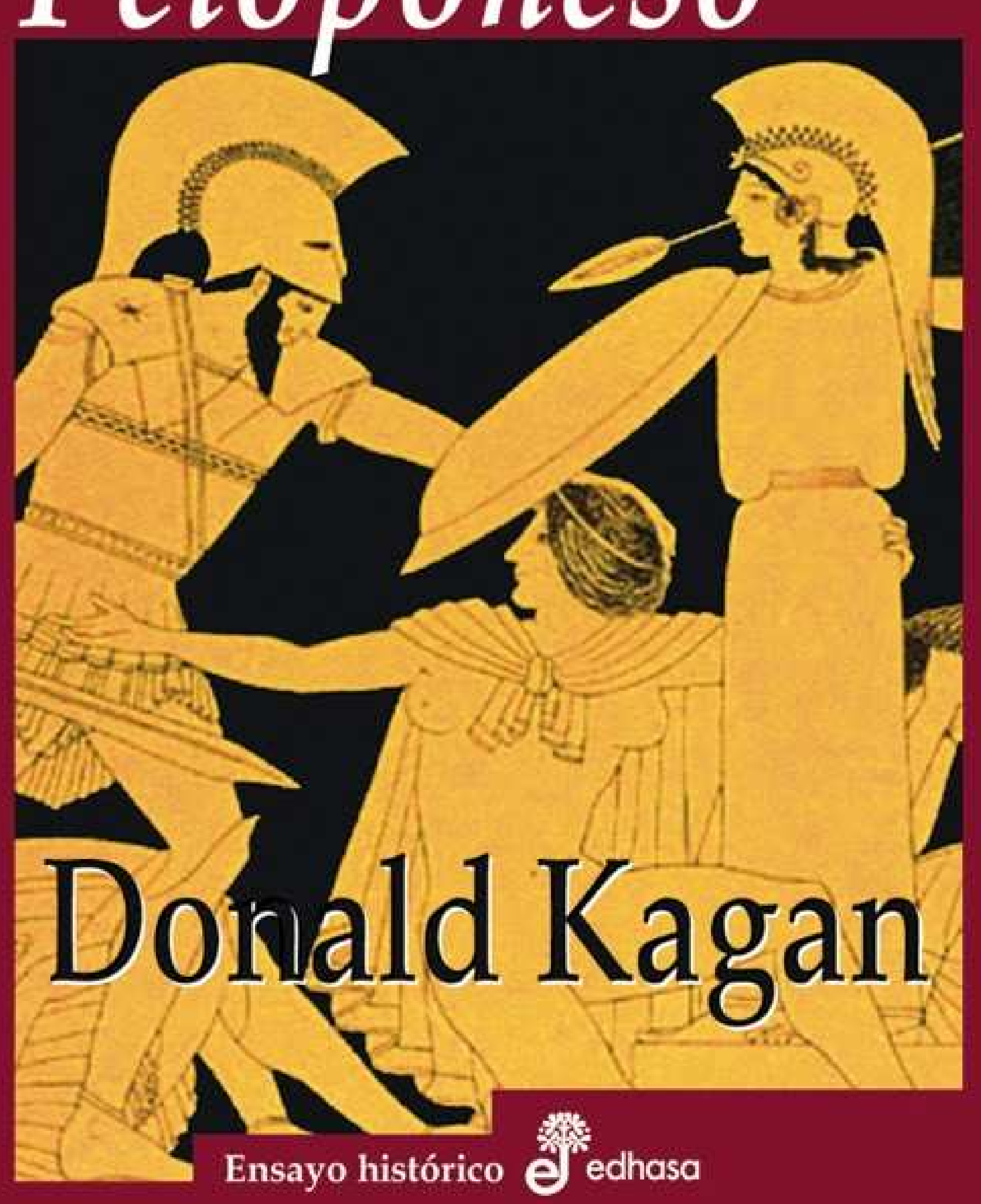
La guerra del Peloponeso



DONALD KAGAN

LA GUERRA DEL PELOPONESO

Título original: *The Peloponnesian War*

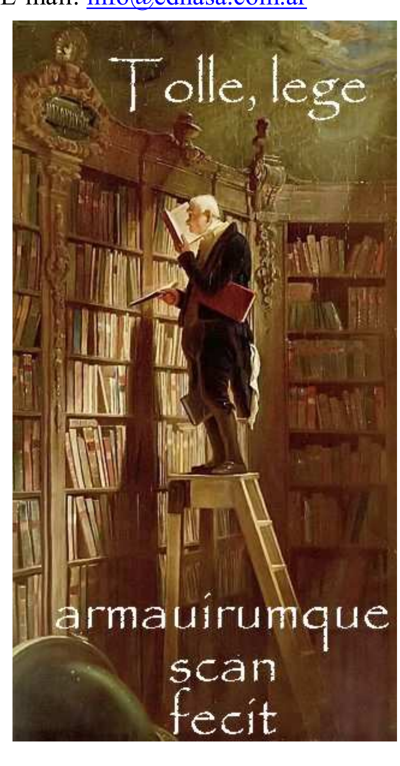
Diseño de la cubierta: Edhasa basado en un diseño de Jordi Sàbat

Mapas: Jeffrey L. Ward
Primera edición: septiembre de 2009

Avda. Diagonal, 519-521
08029 Barcelona
Tel. 93 494 97 20
España
E-mail: info@edhasa.es

Avda. Córdoba 744, 2° piso, unidad 6
C1054AAT Capital Federal
Tel. (11) 43 933 432
Argentina
E-mail: info@edhasa.com.ar



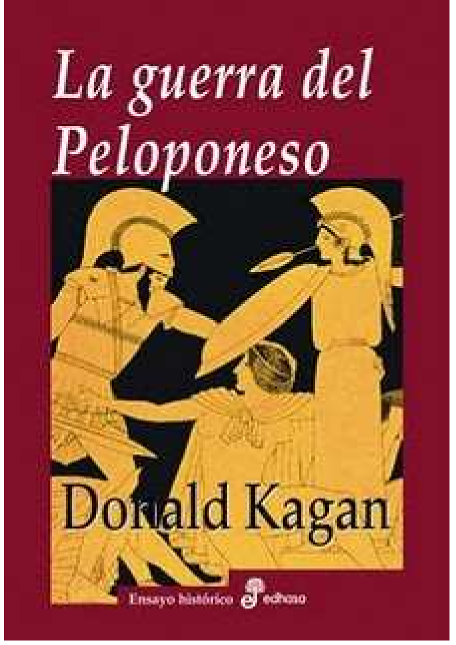


ISBN: 978-84-350-2679-6

Impreso en Liberdúplex

Depósito legal II 29.103 2009

Impreso en España



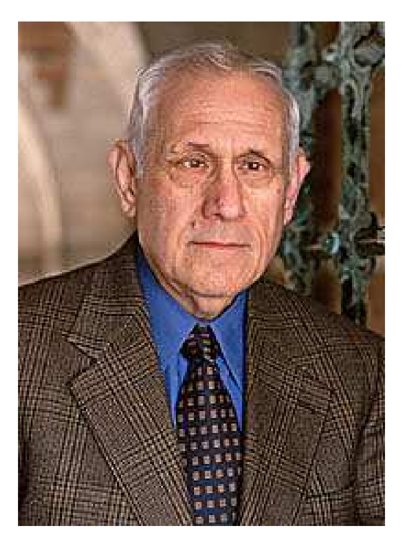
DONALD KAGAN
LA GUERRA DEL PELOPONESO
Narrativas Históricas
Traducción de Alejandro Noguera
ISBN: 978-84-350-2679-6
768 págs. 1200 grs. 16 x 23 cms.
Encuadernación tapa dura
EDHASA – Barcelona 2009

Durante tres décadas del siglo V a. C., el mundo fue devastado por una guerra tan dramática, decisiva y destructiva como las guerras mundiales del siglo XX: la Guerra del Peloponeso, un episodio clave para entender el desarrollo posterior del mundo occidental y una guerra que inauguraba una época de brutalidad y destrucción sin precedentes en la historia.

El relato contemporáneo los hechos escritos por Tucídides es la fuente principal para conocer esos acontecimientos, pero no la única, y uno de los valores más notables de la obra de Donald Kagan es la escrupulosa y brillante contextualización de los hechos. Autor de la ya clásica Historia de la Guerra del Peloponeso en cuatro volúmenes, Kagan compendia, con el estilo ágil y colorista que le caracteriza, varios años de investigaciones en un ensayo con vocación de ir más allá del ámbito académico. Kagan sintetiza varios años de guerras entre la alianza espartana y el imperio ateniense, el ascenso y caída de un mundo que sigue sirviéndonos aún hoy de punto de referencia para entender el presente...

Una de las mejores obras de investigación histórica sobre un conflicto bélico publicado en las últimas décadas, una espléndida crónica del auge y caída de un imperio y de unos tiempos oscuros cuyas lecciones cobran pleno sentido en nuestros días.

Esta edición es la versión abreviada para el gran público de la obra que publicó Kagan en 4 volúmenes y que se ha convertido en referencia para todos los estudiosos del mundo antiguo.



Donald Kagan (n. 1932) se graduó en la Universidad de Yale y se doctoró en las universidades de Brown y de Ohio. Especialista en la historia de la Grecia Antigua, fue decano del Yale College entre 1989 y 1992 y actualmente es profesor en el Departamento de Historia de la Universidad de Cornwell e imparte clases de Cultura clásica e historia en la Universidad de Yale. Su curso “Los orígenes de la guerra” ha sido durante veinticinco años uno de los más populares de esta universidad. Conocido sobre todo por los cuatro volúmenes dedicados a la Guerra del Peloponeso, ha publicado además, entre otras obras, *Pericles of Athens and the Birth of Democracy* (1987), *Sobre las causas de la guerra y la preservación de la paz* (1995) o *The Western Heritage* (2000). En el año 2002 recibió la *National Humanities Medal*.

Para Davis y Helena, mis nietos

Agradecimientos

Este libro fue inspirado por John Roberts Hale de la Universidad de Louisville, mi viejo amigo y antiguo alumno. Durante un largo viaje en avión me convenció de que alguien tenía que escribir tina historia de la Guerra del Peloponeso en un volumen para lectores no profesionales y que podría muy bien ser yo. He disfrutado escribiéndolo y quiero agradecerle su lectura del manuscrito, así como su talento, entusiasmo y amistad. Estoy asimismo muy agradecido a mi editor Rick Kot por su lectura extraordinariamente cuidadosa y de gran ayuda, que ha mejorado mucho este libro, y por sus muchas amabilidades. Quiero dar las gracias también a mis hijos Fred y Bob, ambos historiadores, que me han enseñado tanto con su trabajo escrito y en innumerables y maravillosas conversaciones. Finalmente agradezco a mi mujer, Myrna, por criar a estos chicos y mantener a su padre en el buen camino.

Índice*

* La paginación corresponde al original [Nota del escaneador]

PARTE V. EL DESASTRE DE SICILIA

PARTE VI. REVOLUCIÓN EN ATENAS Y EN EL IMPERIO

PARTE VII. LA CAÍDA DE ATENAS

Índice de mapas[*]

[*] En esta edición digital se ofrecen por separado [Nota del escaneador].

Introducción

En las postrimerías del siglo V a. C., y durante casi tres décadas, el Imperio ateniense se batió contra la Liga espartana en una terrible contienda que cambió el mundo helénico y su civilización para siempre. Sólo medio siglo antes de su estallido, los griegos unidos, capitaneados por Esparta y Atenas, habían rechazado el asalto del poderoso Imperio persa y preservado su propia independencia gracias a la expulsión de los ejércitos y navíos persas de Europa, y a la recuperación de las ciudades griegas de las costas de Asia Menor.

Esta sorprendente victoria inauguró una era de orgullo, crecimiento, prosperidad y confianza en toda Grecia. Los atenienses, en especial, disfrutaron de una gran prosperidad: incrementaron su población y establecieron un imperio que les condujo a la riqueza y la gloria. La joven democracia alcanzó la madurez y trajo consigo las oportunidades, la participación y el poder político incluso a los ciudadanos de las clases más bajas, mientras que su Constitución echaba raíces en otras ciudades-estado helénicas. I fue una época de notables logros culturales, de una riqueza y originalidad probablemente sin parangón en la historia de la Humanidad. Poetas y dramaturgos corno Esquilo, Sófocles, Eurípides y Aristófanes elevaron la tragedia y la comedia a unos niveles jamás superados. Los arquitectos y escultores que crearon el Partenón y otras construcciones de la Acrópolis de Atenas, Olimpia y a lo largo y ancho de las costas del mundo helénico influyeron enormemente en el curso del arte occidental, y aún lo siguen haciendo en nuestro tiempo. Los filósofos naturalistas como Anaxágoras y Demócrito hicieron uso de los mecanismos inherentes a la razón humana para buscar la explicación del mundo físico; y pioneros de la moral y la filosofía política, tales como Protágoras o Sócrates, lograron lo mismo en el campo de los asuntos humanos. Hipócrates y su escuela consiguieron grandes avances en la ciencia médica, mientras que Herodoto inventó la historiográfica tal como la entendemos hoy.

La Guerra del Peloponeso no sólo puso fin a este extraordinario período, sino que fue reconocida como el punto crítico de inflexión incluso por aquellos que combatieron en ella. El gran historiador Tucídides cuenta cómo emprendió su relato desde el mismo principio: ante la convicción de que iba a ser importante y más digna de narrarse que las guerras precedentes, ya que ambos bandos entraban en ella con todos sus medios disponibles, y que todos los demás griegos se alinearon en las filas de uno u otro bando, algunos desde el principio y otros avanzada ya lo contienda. «Pues ésta resultó ser la mayor convulsión que afectó a los helenos, a los bárbaros y, bien se podría decir, a la mayor parte de la Humanidad»[1] (1,1, 2).

Desde la perspectiva de los griegos del siglo y, la Guerra del Peloponeso fue percibida en buena manera como una guerra mundial, a causa de la enorme destrucción de vidas y propiedades que conllevó, pero también porque intensificó la formación de facciones, la lucha de clases, la división interna de los Estados griegos y la desestabilización de las relaciones entre los mismos, razones que ulteriormente debilitaron la capacidad de Grecia para resistir una conquista exterior. También fue causante de un retroceso en la implantación de la democracia. Mientras Atenas gozó de poder y éxito, su Constitución democrática tuvo un efecto magnético sobre el resto de Estados. Sin embargo, su derrota fue un factor decisivo en el desarrollo político de Grecia, y la situó en el camino de la oligarquía.

A su vez, la Guerra del Peloponeso fue un conflicto armado de una brutalidad sin precedentes, en el que incluso se violó el severo código que había presidido hasta entonces la forma griega de hacer la guerra, y en el que se quebró la delgada línea que separa la civilización de la barbarie. La ira, la frustración y el deseo de venganza se acrecentaron conforme la lucha se fue eternizando, lo que resultó en una escalada de atrocidades, que incluyeron la mutilación y el asesinato de los enemigos

[1] Adaptado de la traducción de Richard Crawley (Modern Library, Nueva York, 1951). A no ser que se indique otra cosa, las referencias a lo largo del texto hacen mención a la H*istoria de la Guerra del Peloponeso* de Tucídides. Los números indican la división tradicional en libro, capítulo y sección.

capturados, arrojados a fosas donde morían de sed, hambre o congelación, o empujados al mar hasta que se ahogasen. Bandas de forajidos dieron muerte a niños inocentes; se destruyeron ciudades enteras; los hombres eran ejecutados, las mujeres y niños eran vendidos como esclavos. En la isla de Corcira, actual Corfú, la facción vencedora de la guerra civil, arrastrada por una lucha mayor, estuvo masacrando a sus conciudadanos durante una semana entera: «Los padres daban muerte a sus vástagos, los suplicantes eran arrojados del altar o se los mataba allí mismo» (III, 81, 5).

A medida que se extendía la violencia, las costumbres, las instituciones, las creencias y la moderación, cimientos básicos de toda vida civilizada, cayeron en la más abyecta decadencia.

El sentido de las palabras se alteró para amoldarse a la belicosidad reinante: «La audacia irreflexiva se llamó entonces valor de un aliado leal; la espera prudente, cobardía disimulada; la moderación, disfraz para la falta de hombría». La religión perdió su poder de contención y quedo relegada al «uso de bellos discursos, tan en boga, para servir a fines poco lícitos». La verdad y el honor desaparecieron, y «la sociedad quedó dividida. Ya nadie confiaba en sus conciudadanos» (III, 82, 4 y 8, y III, 83, 1). Así fue el conflicto que inspiró las observaciones mordaces de Tucídides sobre el carácter de la guerra, la cual «ejerce su violento magisterio y rebaja el carácter de la mayoría al nivel de las actuales circunstancias» (III, 82, 2).

A pesar de que la Guerra del Peloponeso concluyera hace más de dos mil cuatrocientos años, ha seguido fascinando a los lectores de generaciones posteriores. Los expertos se han servido de ella para iluminar la Primera Guerra Mundial, y con mayor frecuencia para ayudar a explicar sus causas. Sin embargo, su mayor influencia como herramienta analítica es posible que se diera durante la Guerra Fría que dominó la segunda mitad del siglo XX y que, asimismo, presenció un mundo dividido en dos grandes bloques con sus correspondientes poderosos líderes. Generales, diplomáticos, estadistas y académicos han comparado por igual las condiciones que condujeron a la guerra en Grecia con la rivalidad existente entre la OTAN y el Pacto de Varsovia.

No obstante, la historia que realmente tuvo lugar hace casi dos milenios y medio, y su significado más profundo, no son tareas fáciles de comprender en última instancia. Sin duda alguna, la fuente más importante de conocimientos es el relato escrito por Tucídides, que fue partícipe contemporáneo. Su trabajo es justamente admirado como una obra maestra de la escritura histórica y alabado por la sabiduría que transmite sobre la naturaleza misma de la guerra, las relaciones internacionales y la psicología de masas. También ha sido considerado como un hito fundacional de la metodología histórica y de la filosofía política. Sin embargo, como crónica de una guerra y de todo lo que ésta puede llegar a enseñarnos, no es enteramente satisfactoria.

Su defecto más evidente es su carácter inconcluso, pues llega abruptamente a su fin siete años antes de la conclusión del conflicto. Para un análisis del último tramo del mismo, debemos confiar en escritores de menor talento y con un conocimiento directo de los acontecimientos nulo o limitado. Como mínimo, un tratamiento actual de alcance general se hace necesario para hacer comprensible el final del proceso bélico.

Si se pretende que el lector moderno comprenda sus complejidades sociales, políticas y militares en su totalidad, incluso el período tratado por Tucídides requiere una mayor clarificación. Los trabajos de otros escritores de la Antigüedad y las inscripciones coetáneas descubiertas y estudiadas durante los dos últimos siglos han venido a llenar ciertas lagunas, y en algunos casos han planteado nuevos interrogantes sobre la historia conforme la cuenta Tucídides. Finalmente, cualquier relato conveniente de la guerra requiere proyectar una mirada crítica sobre el propio autor, y sobre su capacidad intelectual, extraordinaria y original. A diferencia de otros historiadores clásicos, Tucídides colocó la objetividad y la exactitud en el lugar más alto. Y, sin embargo, también él mostró emociones y debilidades. En el griego original, su estilo tiende a ser apretado y difícil de entender, por lo que cualquier traducción es, a todas luces, una interpretación. Más aún, el hecho mismo de que participase en los hechos llegó a influir en sus juicios, de forma que éstos deben ser evaluados con prudencia. La acepción de sus interpretaciones sin espacio para la crítica sería tan limitada como creer al pie de la letra las historias de Winston Churchill y su conocimiento de las dos guerras mundiales, en las que desempeñó un papel tan decisivo.

Con este libro he intentado contar una nueva historia de la Guerra del Peloponeso destinada a

cubrir las necesidades de los lectores del siglo XXI. Para ello, me he basado en la erudición acumulada a lo largo de mis cuatro volúmenes sobre el conflicto griego, orientados sobre todo a un público académico.[2] Sin embargo, en esta obra, mi mayor objetivo es el hacer una narración legible en un solo tomo para disfrute del lector medio, que se acerca a la Guerra del Peloponeso bien por placer, bien en aras del conocimiento que tantas otras personas buscaron antes al estudiarla. He evitado hacer comparaciones entre los acontecimientos acaecidos en ella y otros sucesos históricos posteriores, aunque sean muchos los que vengan a colación, con la esperanza de que el relato ininterrumpido de los sucesos permitiese al lector extraer sus propias conclusiones.

Tras largos años de estudio, he emprendido este proyecto porque creo que, más que nunca, esta guerra es un relato de una fuerza tal, que puede leerse como una extraordinaria tragedia humana que narra el ascenso y la caída de un gran imperio, el choque entre dos sociedades y formas de vida muy diferentes entre sí, el papel desempeñado por la inteligencia y la fortuna en los asuntos humanos y, sin olvidar a la colectividad, el de individuos brillantemente dotados a la hora de determinar el curso de los acontecimientos, aunque sujetos, a su vez, a las limitaciones impuestas por la naturaleza, el destino y sus semejantes. Espero también demostrar que el estudio de la Guerra del Peloponeso es una buena forma de conocer el comportamiento de los seres humanos bajo las enormes presiones bélicas, las epidemias y el conflicto civil, así como las capacidades de los líderes y los límites en los que éstos deben operar inevitablemente.

[2] Estos han sido publicados por Cornell University Press. Sus títulos son T*he Outbreak of the Peloponnesian War* (1969), *The Archidamian War* (1974), *The Peace of Nicias and the Expedition* (1981) v. T*he Fall of the Athenian Empire (1987).*

PARTE I

EL CAMINO HACIA LA GUERRA

La gran Guerra del Peloponeso, emprendida, según se dijo entonces, para llevar la libertad a todos los griegos, no se inició con una declaración formal de guerra o con un asalto honorable y directo a los territorios de la Atenas imperial, sino con una incursión furtiva y engañosa perpetrada sobre un vecino menor en tiempos de paz por una gran ciudad-estado. No hubo brillantes desfiles capitaneados por la grandiosa falange espartana, con sus rojos mantos radiantes bajo el sol ateniense a la cabeza del potente ejército lacedemonio, sino un ataque sorpresa contra la pequeña ciudad de Platea llevado a cabo en la oscuridad de la noche por unos pocos cientos de tebanos, que recibieron la ayuda de traidores desde el interior de la ciudad. Su comienzo fue indicativo del tipo de ofensiva que se desarrollaría más adelante: el abandono fundamental del modo tradicional griego de hacer la guerra. Según las normas establecidas y bien entendidas que habían dominado el combate griego durante dos siglos y medio, éste se basaba en el ciudadano-soldado que servía como hoplita, un militar de infantería fuertemente armado dentro de una formación compacta de hombres llamada falange. La única forma honorable de lucha, así se creía, era el combate en campo abierto a plena luz del día, falange contra falange. Por naturaleza, el ejército más fuerte y valiente prevalecería, erigiría un trofeo a la victoria sobre el terreno ganado, tornaría posesión de la tierra disputada y volvería a casa, como también regresaría el enemigo derrotado a la suya. Así pues, la guerra típica se decidía con una sola batalla y en un solo día.

Los acontecimientos que desembocaron en las hostilidades tuvieron lugar en regiones remotas, alejadas de los centros de la civilización griega, y representaron, como un ateniense o un espartano hubieran podido decir, «un conflicto en un país lejano entre gentes de las que no sabemos nada»[1] Entre aquellos griegos que leyeran el relato de Tucídides, pocos sabrían dónde estaba la ciudad en la que se había iniciado el conflicto o quiénes eran sus habitantes; desde luego, nadie hubiera podido prever que las luchas internas en regiones tan distantes de la periferia del mundo heleno conducirían a la terrible y devastadora Guerra del Peloponeso.[2]

---

[1] Éstas fueron las palabras utilizadas por N eville Chamberlain para describir la situación de Checoslovaquia en 1938, que pronto desembocaría en la Segunda Guerra Mundial: *Archivos de la BBC;* documento n. 1930. Citado por C. Thorne en *The Approach of War 1938-39,* Londres, 1982, p. 91.

[2] Sin lugar a dudas, es la «Guerra del Peloponeso» desde el punto de vista de los atenienses; los espartanos, por supuesto, pensaban en ella como la «Guerra de Atenas».

Capítulo 1

La gran rivalidad (479-439)

El mundo griego se extendía desde las ciudades diseminadas por la costa meridional de la península Ibérica, en el confín occidental del Mediterráneo, hasta las orillas orientales del mar Negro, en el este. Una gran concentración de ciudades griegas dominaba el sur de la península Itálica y la mayor parte de las costas de Sicilia; sin embargo, el centro de este mundo lo constituía el mar Egeo. La mayoría de las ciudades griegas, incluidas las principales, se encontraban en la parte meridional de la península de los Balcanes, en el territorio que hoy forma la Grecia moderna, en las orillas orientales del Egeo, en Anatolia (la actual Turquía), en las islas egeas y en las costas septentrionales de este mar.

En los inicios de la guerra, algunas de las ciudades de esta región permanecieron neutrales, pero muchas, las más importantes, estaban bajo la hegemonía de Esparta o de Atenas, dos Estados cuya forma de entender el mundo era tan distinta, que sólo podía suscitar el recelo mutuo. Su gran rivalidad acabaría dando forma al sistema de gobierno que los griegos llevarían más allá de sus fronteras.

ESPARTA Y SU ALIANZA

Esparta tenía la organización social más antigua, creada en el siglo vi. En Lacedemonia, su propio territorio, los espartanos descendientes de los guerreros dorios disponían de dos tipos de subordinados: los ilotas, situados en algún punto entre la servidumbre y la esclavitud, campesinos que araban la tierra y proporcionaban alimento a Esparta, y los periecos (habitantes de la periferia), que se dedicaban a la manufactura y al comercio para cubrir las necesidades de la ciudad-estado. Los espartanos que tenían la ciudadanía no necesitaban ganarse el sustento, y se dedicaban exclusivamente al entrenamiento militar. Esto les permitió desarrollar el mejor ejército del mundo heleno, una formación de ciudadanos-soldado con entrenamiento y habilidad profesionales sin parangón alguno.

Pero la estructura social espartana era un peligro en potencia. Los ilotas sobrepasaban a sus señores en proporción de siete a uno, y como escribió un ateniense que conocía a fondo Esparta: «bien a gusto se hubieran comido a los espartanos crudos» (Jenofonte, *Helénicas,* III, 3, 6). Para afrontar el peligro de revueltas ocasionales, los espartanos crearon una Constitución y un modo de vida como ningún otro: subordinaron al individuo y la familia a las necesidades del Estado. Sólo permitían vivir a las criaturas físicamente perfectas, y a los muchachos se les separaba del hogar a los siete años para que se entrenasen y se endurecieran en la academia militar hasta alcanzar los veinte años de edad. De los veinte a los treinta vivían en barracones y ayudaban a su vez a entrenar a jóvenes reclutas. Se les permitía contraer matrimonio, pero sólo podían visitar a sus esposas en contadas ocasiones. A los treinta años, el varón espartano adquiría la plena ciudadanía y se convertía en uno de los «iguales» *(homoioi).* Tomaba sus comidas en la mesa pública con otros catorce ciudadanos; alimentos frugales, a menudo una sopa negruzca que horrorizaba a los demás griegos. De cualquier modo, el servicio militar era obligatorio hasta los sesenta años. El objetivo de este sistema era proveer de soldados a la ciudad, hoplitas cuya fuerza física, entrenamiento y disciplina los convertiría en los mejores del mundo.

A pesar de su superioridad militar, por lo general los espartanos eran reacios a entrar en guerra, sobre todo por miedo a que los ilotas se aprovechasen de cualquier ausencia prolongada del ejército y se rebelaran. Tucídides señaló que, «entre los espartanos, casi todas las instituciones se han establecido con relación a su seguridad respecto a los ilotas» (IV, 80, 3), y Aristóteles dijo de estos últimos que «eran como el que aguarda sentado a que el desastre golpee a los de Esparta» *(Política,* 1269a).

Los espartanos desarrollaron en el siglo vi una red de alianzas perpetuas para salvaguardar su peculiar comunidad. En la actualidad, a la Alianza Espartana los historiadores la llaman la Liga del Peloponeso; pero en realidad, más bien se trataba de una organización abierta que lideraba Esparta sobre un grupo de aliados conectados a ella por separado mediante diversos tratados. Cuando era convocada, los aliados servían bajo mando espartano. Cada Estado juraba seguir el liderazgo de Esparta en política exterior a cambio de su protección y del reconocimiento de su integridad y autonomía.

Era el pragmatismo, no la simpatía mutua, lo que guiaba el principio interpretativo de la asociación. Los espartanos ayudaban a sus aliados cuando les era conveniente o inevitable, y obligaban a los demás a unírseles ante cuaquier conflicto siempre que fuera necesario y posible. La alianza se reunía por entero sólo cuando los espartanos lo requerían, y tenemos noticia de muy pocos encuentros de este tipo. Las normas que imperaban casi siempre venían impuestas por circunstancias geográficas, políticas o militares, y revelan tres categorías informales de aliados. La primera de ellas consistía en aquellos Estados lo bastante pequeños y próximos a Esparta como para ser fácilmente controlados, tales como Fliunte y Órneas. Los Estados de la segunda categoría, que incluían Megara, Elide y Mantinea, eran más poderosos, se encontraban más lejos o lo uno y lo otro; no obstante, no estaban tan alejados ni eran tan poderosos como para evitar un correctivo espartano en caso de merecerlo. Tebas y Corinto eran los únicos Estados pertenecientes a la última categoría; distantes y poderosos por derecho propio, la dirección de su política exterior raramente se plegaba a los intereses espartanos *(véase* el mapa 1).

Argos, gran ciudad-estado al noreste de Esparta, no pertenecía a la Alianza y era por tradición un antiguo enemigo. Los espartanos habían temido siempre la unión de los argivos con sus otros enemigos y, en especial, que pudieran ofrecer su ayuda a las sublevaciones de los ilotas. Cualquier cosa que pusiera en peligro la integridad de la Liga del Peloponeso o la lealtad de sus miembros era considerada una amenaza potencialmente letal para los espartanos.

Los teóricos designaban el ordenamiento político de Esparta como «constitución mixta» por acoger una suma de elementos monárquicos, oligárquicos y democráticos. La diarquía estaba constituida por dos monarcas, cada uno perteneciente a una familia aristocrática distinta. La Gerusía, un consejo de veintiocho hombres de más de sesenta años elegidos de entre un pequeño número de familias privilegiadas, representaba el principio oligárquico; mientras que la Asamblea (Apella), constituida por todos los ciudadanos mayores de treinta, formaba el elemento democrático junto con los cinco éforos, magistrados elegidos anualmente por los ciudadanos.

Los dos reyes servían a la ciudad de por vida, comandaban los ejércitos de Esparta, cumplían funciones judiciales y religiosas relevantes, y gozaban de un gran prestigio e influencia. Como rara vez estaban de acuerdo, buscaban el apoyo de las distintas facciones para resolver los asuntos. La Gerusía formaba junto con los monarcas la corte suprema del territorio, la misma a la que los propios reyes eran sometidos a juicio. El prestigio que ostentaban por lazos familiares, por edad y experiencia, en una sociedad que veneraba tales cosas, y el honor que acompañaba su elección, les otorgaba una gran autoridad que iba más allá de su poder real.

También los éforos disfrutaban de un gran poder, en especial en lo referente a asuntos exteriores: recibían a los enviados extranjeros, negociaban los tratados, y eran ellos los que ordenaban las expediciones una vez declarada la guerra. Asimismo, convocaban y presidían la Asamblea, se sentaban con los miembros de la Gerusía y eran sus oficiales ejecutivos, a la vez que ostentaban el derecho de aportar cargos por traición contra los monarcas.

Las decisiones formales referentes a los tratados, la política exterior, la guerra y la paz pertenecían a la Asamblea, aunque sus poderes eran en realidad limitados. Sus encuentros sólo se

celebraban cuando era convocada por los dirigentes, y poco era el debate que tenía lugar en ellos, pues normalmente sus oradores eran los reyes, algunos miembros de la Gerusía y los éforos. La votación se ejercitaba tradicionalmente por aclamación, lo equivalente a una votación en voz alta; la división y el recuento de votos raramente se utilizaban.

Durante tres siglos, no había habido ley, golpe de Estado o revolución que modificase la Constitución. Sin embargo, a pesar de tanta estabilidad constitucional, la política exterior espartana era a menudo inestable. Los conflictos entre los dos monarcas, entre éstos y los éforos, y también entre estos últimos, con el trastorno inevitable causado por la rotación anual de representantes de la eforía, llegaron a debilitar el control de Esparta sobre su Alianza. Los aliados podían entonces perseguir sus intereses políticos a expensas de las divisiones intestinas de los espartanos. La fuerza del ejército lacedemonio y su dominio de la Alianza otorgaban a los espartanos un gran poder; sin embargo, si lo utilizaban contra un enemigo potente fuera del Peloponeso, corrían el riesgo de una revuelta ilota o de la invasión de Argos. Y, si no lo ejercían tras ser convocados por sus aliados más importantes, se arriesgaban a que hubiera defecciones y a la disolución de la Alianza, sobre la que descansaba su seguridad. En la crisis que conduciría a la guerra, ambos factores tendrían un papel importante a la hora de modelar las decisiones espartanas.

ATENAS Y SU IMPERIO

El Imperio ateniense emergió debido a la nueva alianza (la Liga de Delos) formada tras la victoria griega en las Guerras Médicas. Primero como su instigadora y más tarde como dueña y señora, Atenas poseía una historia singular, que había ayudado a forjar su carácter mucho antes de llegar a ser una democracia y alcanzar la supremacía. Era la población principal de la región conocida como el Ática, una pequeña península triangular que se extendía hacia el sureste desde Grecia central. Como la mayor parte de su extensión (unos dos mil quinientos kilómetros cuadrados) era montañosa, escarpada e inapropiada para el cultivo, el Ática primitiva era relativamente pobre, incluso para los cánones griegos de la época. Sin embargo, su geografía acabó siendo una bendición cuando los invasores del norte descendieron y ocuparon las tierras más atractivas del Peloponeso, ya que ni se molestaron en conquistar las del Ática. A diferencia de los espartanos, los atenienses reivindicaban haber surgido de su propia tierra y haber habitado en el mismo suelo desde el nacimiento de la Luna. Por eso no tenían que enfrentarse a la carga de una clase sometida, descontenta y esclavizada.

En términos históricos, Atenas unificó bastante pronto toda la región, por lo que no tuvo que preocuparse de luchar y guerrear con el resto de poblaciones áticas. Éstas formaban parte de la ciudad-estado ateniense, y todos sus habitantes nacidos libres eran considerados ciudadanos de Atenas en igualdad de condiciones. La ausencia de grandes presiones, tanto internas como externas, puede ayudar a explicar la historia, relativamente apacible y sin sobresaltos, de la Atenas primitiva, así como su florecimiento en el siglo v como la primera democracia de la historia mundial.

El poder y la prosperidad de la democracia ateniense del siglo dependían en gran parte de su control sobre un gran imperio marítimo con centro en el mar Egeo, sobre sus islas y las ciudades que se extendían a lo largo de sus costas. Comenzó como una asociación entre «los atenienses y sus aliados», llamada en la actualidad por los historiadores la Liga de Delos, una alianza voluntaria entre los Estados griegos, en la que Atenas fue invitada a asumir el liderazgo como continuación de la guerra de liberación y venganza contra Persia. Gradualmente, la Alianza se convirtió en un imperio encabezado por el poder ateniense, cuya función principal revertía en provecho de Atenas *(véase* mapa 2). Con el paso de los años, casi todos sus miembros fueron abandonando sus propias flotas, y a cambio se decidieron a realizar aportaciones al tesoro común en metálico. Los atenienses utilizaban estos fondos para incrementar su número de barcos y para la paga de los remeros, contratados durante ocho meses al año; así pues, la marina ateniense llegó a tener la mayor y mejor flota griega jamás conocida. En las vísperas de la Guerra del Peloponeso, de entre los ciento cincuenta miembros de la liga, sólo dos islas, Lesbos y Quíos, tenían flota propia y disfrutaban de

una cierta autonomía. Aun así, tampoco era muy probable que desafiaran las órdenes de Atenas.

Los atenienses obtenían grandes sumas de sus propiedades imperiales y las utilizaban en su propio beneficio, en especial para el gran programa de edificación que embellecía y daba gloria a la ciudad y trabajo a sus habitantes, pero también para acumular una abultada reserva de fondos. La marina protegía las embarcaciones de los mercaderes atenienses en su próspero comercio a lo largo y ancho del Mediterráneo, e incluso más allá. También garantizaba el acceso de los atenienses a los campos de trigo de Ucrania y al pescado del mar Negro, con los que podían complementar su escaso suministro doméstico de alimentos y, con el uso del dinero imperial, incluso reponerlo en su totalidad en el caso de verse obligados a abandonar sus propios campos en el transcurso de una guerra. Tras completar las murallas que rodeaban la ciudad y conectarlas con el puerto fortificado del Pireo a través de los llamados Muros Largos, cosa que hicieron a mitad de siglo, los atenienses pasaron a ser virtualmente inexpugnables.

La Asamblea ateniense tomaba todas las decisiones referentes a política interna y asuntos exteriores, tanto en materia militar como civil. El Consejo de los Quinientos, elegidos por sorteo entre los ciudadanos atenienses, preparaba los proyectos de ley para que fueran sometidos a la consideración de la Asamblea. Aun así, el Consejo se encontraba totalmente subordinado a la institución mayor. La Asamblea, que tenía lugar no menos de unas cuarenta veces al año, se celebraba al aire libre en la colina de la Pnix, junto a la Acrópolis, desde la que se divisa el Ágora, zona del mercado y gran centro ciudadano. Todos los ciudadanos varones tenían derecho a tomar parte, votar, realizar sus propuestas y debatirlas. En los albores de la guerra, unos cuarenta mil atenienses podían ser elegidos, aunque la comparecencia rara vez excedía de los seis mil. Por lo tanto, las decisiones estratégicas eran debatidas ante miles de personas, de entre los que una gran mayoría debía aprobar los detalles de cada gestión. La Asamblea votaba cada expedición, el número y la naturaleza específica de las naves y los hombres, los fondos que se gastarían, los comandantes que dirigirían las tropas y las instrucciones precisas que les serían dadas a éstos.

Los cargos más importantes del Estado ateniense, entre los pocos a los que se accedía por elección y no por sorteo, eran los de los diez generales. Puesto que estaban al mando de las divisiones del ejército de Atenas y de su flota de barcos durante la batalla, tenían que ser militares; pero como sólo eran elegidos para el cargo durante un año, aun pudiendo ser reelegidos una y otra vez, también tenían que hacer gala de cierto carácter político. Estos oficiales podían instaurar la disciplina militar durante sus campañas, pero no dentro de los muros de la ciudad. Estaban obligados a presentar una defensa formal sobre cualquier queja relativa a su comportamiento en el cargo como mínimo diez veces al año, y al término de su mandato tenían que dar cuenta de su conducta militar y financiera. Si en alguna de estas ocasiones se les acusaba, podían ser sometidos a juicio, y las condenas solían ser especialmente duras en caso de ser hallados culpables.

La reunión de los diez generales no constituía un consejo u órgano de gobierno; la que cumplía este papel era la Asamblea. Algunas veces, sin embargo, un general de renombre podía recabar tanto apoyo político e influencia como para convertirse, si no por ley sí de facto, en caudillo de los atenienses. Ése fue el caso de Cimón durante los diecisiete años que van desde el año 479 al 462, período durante el cual fue elegido como general anualmente, encabezó todas las expediciones más importantes y persuadió a la Asamblea para que apoyase su política, tanto en casa como en el extranjero. Tras su partida, Pericles alcanzó un éxito similar incluso durante un período mayor de tiempo.

Tucídides lo presenta en su narración como «Pericles, hijo de Jantipo, por aquel tiempo el primero de los atenienses y el más capacitado para la palabra y la acción» (I, 139, 4). No obstante, sus lectores sabían mucho más del individuo más brillante y genial que jamás hubiera liderado la democracia de Atenas: aristócrata de la más alta alcurnia, hijo de un victorioso general y héroe de la guerra contra los persas. Uno de sus antepasados por línea materna fue sobrino de Clístenes, fundador de la democracia ateniense. Sin embargo, su familia era de tradición populista y Pericles sobresalió como una gran figura del partido democrático ya en los inicios de su carrera. A los treinta y cinco años, se convirtió en el jefe político de este grupo, un cargo informal pero poderoso que mantendría el resto de su vida.

A tal cometido Pericles aportó sus extraordinarias dotes de comunicación y pensamiento. Fue el orador más destacado de su tiempo, y con sus discursos persuadía a las mayorías para que apoyasen sus decisiones políticas; sus frases, recordadas durante décadas por los atenienses, quedarían para siempre en los anales de la Historia. Raramente ha habido un líder político con tanta preparación intelectual, tan importantes relaciones y con ideales tan elevados. Pericles, desde su juventud, se sintió identificado con la cultura que transformaba a Atenas, lo que le valió la admiración de muchos y las sospechas de tantos otros.

Se dice que Anaxágoras, su maestro, tuvo influencia sobre sus formas y estilo oratorio. Uno de los estudios sobre su figura lo representa como:

> (...) de espíritu noble y modo de hablar elevado, libre de los trucos vulgares y las bellaquerías propias de los oradores de masas, con una compostura comedida que no movía a la risa, de porte digno y contenido en la disposición de sus ropas, las cuales no dejaba agitar por ninguna emoción mientras hablaba, con una voz siempre controlada, y otra serie de características que tanto llegaron a impresionar a las audiencias (Plutarco, *Pericles,* 5).

Tales cualidades le hicieron atractivo a ojos de las clases altas, mientras que su política democrática y sus habilidades retóricas le granjearon el apoyo de las masas. Su extraordinario carácter le ayudó a ganar elección tras elección durante tres décadas, y lo convirtió en el líder político más importante de Atenas en el momento justo en que iba a empezar la contienda.

Durante este período, parece ser que fue elegido general cada año. Sin embargo, es importante tener en cuenta que nunca ostentó más poderes formales que el resto de los generales, y que jamás intentó alterar la Constitución democrática. Aun así, también se le sometía al escrutinio establecido por la Constitución, y para emprender cualquier acción necesitaba de los votos de la Asamblea pública, la cual no estaba sujeta a ningún control previo. Pericles no siempre tuvo éxito en recabar apoyo para sus causas y, en alguna ocasión, sus enemigos convencieron a la Asamblea para que actuase en contra de sus deseos. A pesar de que puede describirse el gobierno de Atenas en vísperas de la guerra como una democracia gobernada por su ciudadano más prominente, nos equivocaríamos si llegáramos tan lejos como Tucídides al argumentar que la democracia ateniense en tiempos de Pericles, si bien así llamada, se estaba convirtiendo en el gobierno de su primer ciudadano, ya que Atenas siempre siguió siendo una democracia en todos sus aspectos. Sea como sea, durante la crisis que desembocó en la guerra, en la formulación de la estrategia y a lo largo de los primeros años de su curso, los atenienses siguieron invariablemente los consejos de su gran líder.

ATENAS CONTRA ESPARTA

Durante los primeros años de la Liga de Delos los atenienses continuaron su lucha contra los persas en aras de la libertad de todos los griegos, mientras que los espartanos no dejaban de enzarzarse en disputas por el Peloponeso. La rivalidad entre las dos ciudades surgió en las décadas posteriores a las Guerras Médicas, conforme la Liga aumentaba su prestigio, poder y riqueza, a la vez que gradualmente ponía de manifiesto sus ambiciones imperiales. Tras la contienda, una facción espartana hizo públicas sus sospechas y su animosidad hacia los atenienses al oponerse a la reconstrucción de las murallas de Atenas después de la retirada de los persas. Los atenienses rechazaron de plano su propuesta, y los espartanos acabaron por no interponer una queja formal, «aunque, sin dejarlo ver, el rencor hizo mella en ellos» (I, 92, 1). En 475, la propuesta de ir a la guerra contra la nueva Alianza ateniense para obtener el control de los mares fue rechazada en Esparta tras un encendido debate; no obstante, la facción antiateniense no sólo no desapareció, sino que llegaría a alcanzar el poder cuando los acontecimientos favorecieron su causa.

En el año 465, los atenienses pusieron cerco a la isla de Tasos, al norte del mar Egeo *(véase* mapa 3), donde tropezaron con una resistencia encarnizada. Los espartanos habían prometido en

secreto salir en defensa de los habitantes de Tasos por medio de la invasión del Ática y, como afirma Tucídides, «tenían intención de cumplir su palabra» (I, 102, 1—2). Sólo llegó a impedírselo un terrible terremoto en el Peloponeso, el cual trajo a continuación una gran revuelta de los ilotas. Los atenienses, que todavía eran socios de los espartanos en la gran alianza griega contra Persia jurada en el 481, salieron en su ayuda y enviaron un contingente bajo el mando de Cimón. Sin embargo, sin haber tenido la oportunidad de hacer nada, de entre el resto de aliados de Esparta, se pidió a los atenienses que volviesen a casa con el argumento de que su ayuda no era necesaria. Tucídides relata el verdadero motivo:

> (...) los espartanos temían la valentía y el espíritu democrático de los atenienses, y estaban convencidos de que... si se quedaban [los atenienses], podían acabar apoyando la causa ilota (...). La primera vez que los espartanos y los atenienses entraron en conflicto abierto fue debido a esta expedición (I, 102, 3).

El incidente, que evidenció las sospechas y la hostilidad que sentían muchos espartanos hacia Atenas, causó primero una sublevación política en esta polis griega, y una revolución diplomática posterior en toda Grecia. La humillante expulsión de la escuadra ateniense arrastró la caída del régimen proespartano de Cimón. El grupo antiespartano, que se había opuesto al envío de la flota al Peloponeso, consiguió expulsar de Atenas a Cimón condenándolo al ostracismo, abandonó la antigua alianza con Esparta e instauró una nueva con el enemigo más conocido y enconado de Esparta, Argos.

Cuando los ilotas no pudieron aguantar más, los espartanos les permitieron abandonar el Peloponeso durante una tregua, con la condición de que no regresaran nunca. Los atenienses les facilitaron un asentamiento en un enclave estratégico en la orilla norte del golfo de Corinto, la ciudad de Naupacto, de la que Atenas se había apoderado hacía poco, «por el odio que siempre sintieron hacia los espartanos» (I, 103, 3).

Poco después, dos ciudades-estado aliadas de Esparta, Corinto y Megara, entraron en guerra por culpa de los límites de sus fronteras. En el año 459, Megara pronto se vio perdedora, y cuando los espartanos decidieron no involucrarse en el conflicto, los megarios propusieron separarse de la alianza espartana y unirse a Atenas a cambio de que ésta les ayudara contra Corinto. Así pues, la brecha abierta entre Atenas y Esparta dio pie a una gran inestabilidad en el seno del mundo griego. Durante el tiempo en que ambas fuerzas hegemónicas mantenían una buena relación, cada una fue libre de tratar con sus aliadas como deseara; las quejas de los miembros insatisfechos de las dos alianzas no tenían cabida entre ellas. En aquel momento, sin embargo, las ciudades-estado disidentes comenzaron a buscar el apoyo del rival de su líder.

Megara, en la frontera oeste del Ática, tenía un gran valor estratégico *(véase* mapa 4). Su puerto occidental, Pegas, daba acceso al golfo de Corinto, al cual los atenienses sólo podían llegar tras una larga y peligrosa ruta alrededor del Peloponeso. Nisea, su puerto oriental, se encontraba en cambio a orillas del golfo Sarónico, desde donde el enemigo podía lanzar un ataque sobre el puerto de Atenas; y lo que es aún más importante, el control ateniense de los pasos montañosos de la Megáride, una situación sólo posible con la cooperación de una Megara amiga, pondría difícil, por no decir imposible, la invasión terrestre del Ática por parte del ejército peloponesio. Aun así, aunque la alianza con Megara prometía enormes ventajas para Atenas, también podía conducir a la confrontación con Corinto, probablemente apoyada por Esparta y por toda la Liga del Peloponeso. A pesar de ello, los atenienses aceptaron a Megara, «y esta acción fue en gran medida la que dio origen al gran odio de Corinto hacia los atenienses» (I, 103, 4).

Aunque durante años los espartanos no se inmiscuyeron oficialmente en el conflicto, este acontecimiento representó el inicio de lo que los historiadores llaman en la actualidad la «Primera Guerra del Peloponeso». Ésta tuvo una duración de más de quince años, con períodos de tregua e interrupciones. Los atenienses se vieron envueltos, en uno u otro momento, en un escenario militar que se extendía desde Egipto a Sicilia. El conflicto terminó con la defección de los megarios de la alianza ateniense y con su retorno a la Liga del Peloponeso, lo que allanó el camino para que el

monarca espartano, Plistoanacte, condujera el ejército peloponesio al Ática. El enfrentamiento decisivo parecía cercano; pero, en el último momento, los espartanos volvieron a casa sin presentar batalla. Los escritores de la Antigüedad afirman que Pericles sobornó al rey y a su consejero para que abortaran la ofensiva, lo que tuvo como resultado que los espartanos se mostraran furiosos con sus comandantes y los castigaran duramente. Una explicación mucho más plausible es que Pericles les ofreciera una paz en términos aceptables, lo que pudo hacer innecesarias las hostilidades. De hecho, a los pocos meses, espartanos y atenienses ratificaron un tratado.

LA PAZ DE LOS TREINTA AÑOS

De acuerdo con las disposiciones del Tratado de los Treinta Años, en vigor desde el invierno del año 446-445, los atenienses accedieron a devolver las tierras del Peloponeso obtenidas durante la guerra, mientras que los espartanos prometieron lo que venía a ser el reconocimiento del Imperio ateniense. Tanto Atenas como Esparta llevaron a cabo los juramentos de ratificación en nombre de sus aliadas. Sin embargo, una cláusula clave dividió formalmente el mundo griego en dos al prohibir que los miembros de ambas alianzas cambiasen de bando, tal como Megara había hecho antes de que empezara la guerra. No obstante, los estados neutrales podían unirse a cualquiera de las partes, una condición en apariencia inocua y puramente pragmática, pero que causaría muchos problemas en los años venideros. Otra de las disposiciones requería que ambas partes sometieran sus quejas futuras a un arbitraje vinculante. Éste parece ser el primer intento histórico por mantener una paz duradera de este modo, lo que sugiere que ambos bandos se tomaron muy en serio la tarea de evitar un conflicto armado en el futuro.

No todos los tratados de paz son idénticos. Algunos ponen fin a hostilidades en las que una de las partes ha sido aniquilada o derrotada a conciencia, tal fue el final de la guerra entre Roma y Cartago (149-146 a. C.). Otros imponen condiciones durísimas a un enemigo vencido pero todavía en armas, como la paz que Prusia impuso a Francia en 1871 o, como es conocido por todos, la que los vencedores forzaron sobre Alemania en 1919 en Versalles. Este tipo de tratados a menudo siembran las semillas de guerras futuras, porque humillan y enfurecen a los perdedores sin acabar con su capacidad de venganza. Un tercer tipo de tratado termina con un conflicto, normalmente largo, en el que ambas partes se han dado cuenta de los costes y los peligros de un enfrentamiento prolongado y de las virtudes de la paz, sin que del campo de batalla haya salido un vencedor indiscutible. La Paz de Westfalia, en 1648, que dirimió la Guerra de los Treinta Años, así como el acuerdo con el que el Congreso de Viena concluyó las Guerras Napoleónicas, en 1815, son claros ejemplos de ello. Un tratado así no persigue la destrucción o el castigo, sino que busca una garantía de estabilidad en un intento de evitar un posible recrudecimiento del conflicto. Para tener éxito, este tipo de paz debe reflejar con precisión la verdadera situación política y militar, y está obligada a descansar sobre el deseo sincero de ambas partes de que funcione.

El Tratado de los Treinta Años de 445 entra en esta última categoría. Durante el transcurso de una dilatada guerra, los dos bandos habían sufrido serias pérdidas y ninguno parecía poder alcanzar una victoria decisiva; el poder marítimo había sido incapaz de preservar en tierra los triunfos obtenidos y el poder terrestre no había logrado prevalecer en el mar. La paz reflejaba un compromiso que contenía en sí elementos esenciales que debían garantizar el éxito, puesto que representaba con rigor el equilibrio de poderes de los dos contendientes y de sus aliados. Al reconocer la hegemonía de Esparta sobre la Grecia continental, junto con la de Atenas sobre el Egeo, admitía el dualismo en torno al cual se había dividido el mundo griego, lo que daba esperanzas de una paz duradera.

Sin embargo, como en cualquier tratado de paz, también éste contenía elementos de inestabilidad potenciales, y ciertas facciones minoritarias de ambas ciudades-estado quedaron insatisfechas con ella. Algunos atenienses se mostraban a favor de la expansión del imperio, mientras que también entre los espartanos, frustrados por su fracaso a la hora de lograr una victoria total, había algunos que se sentían ofendidos por compartir la hegemonía con Atenas; otros, entre los que se incluían

varios aliados de Esparta, temían la ambición territorial de Atenas. Los atenienses eran conscientes de las sospechas que despertaban, y por su parte se mostraron preocupados de que Esparta y sus aliados sólo estuvieran esperando una oportunidad favorable para reanudar la guerra. Los corintios aún estaban furiosos por la intervención ateniense a favor de Megara; las hostilidades hacia Atenas en la propia Megara, gobernada por oligarcas que habían masacrado el destacamento ateniense que quería controlarla, habían aumentado amargamente, al igual que la de los atenienses hacia ellos. Beocia y su ciudad principal, Tebas, también se encontraban bajo el control de oligarcas, ofendidos a su vez por el emplazamiento de regímenes democráticos en su territorio durante la última guerra.

Cualquiera de estos factores o la suma de todos ellos podían poner en peligro la paz en un futuro, pero los hombres que la habían hecho posible, desgastados y cautelosos por la contienda, tenían intención de mantenerla. Para lograrlo, cada bando necesitaba disipar las dudas y cimentar la confianza; asegurarse de que, en tiempos de paz, eran los amigos los que se mantenían en el poder, y no sus oponentes belicosos, y controlar cualquier tendencia aliada de crear inestabilidad. Cuando se ratificó la paz, existían buenas razones para creer que todo esto era posible.

AMENAZAS PARA LA PAZ: LOS TURIOS

Como siempre, el carácter imprevisible de los acontecimientos puso pronto a prueba el Tratado del año 445 y a sus valedores. En el 444-443 tanto Atenas como Esparta recibieron la llamada de algunos de los prohombres de la colonia de Síbaris, establecida recientemente en el sur de Italia. Los sibaritas, diezmados por las disputas y las guerras civiles, solicitaron la ayuda de la Grecia continental para fundar una nueva colonia en las cercanías, en un lugar llamado Turios *(véase* mapa 5). Esparta no estaba interesada, y los atenienses acordaron socorrerlos de un modo poco habitual. Enviaron mensajeros por toda Grecia para anunciar la búsqueda de pobladores para la nueva colonia; no obstante, ésta no iba a ser una colonia ateniense más, sino un asentamiento panhelénico. Ésta era una idea absolutamente novedosa y sin precedentes. ¿Cómo llegaron a concebirla Pericles y los atenienses?

Algunos historiadores son de la opinión de que los atenienses, expansionistas sin freno, contemplaban la fundación de Turios como un mero episodio en el crecimiento imperial ininterrumpido de Atenas, tanto en el este como en el oeste. Sin embargo, aparte del caso de Turios, los atenienses no buscaron obtener otras colonias ni aliados en los años que van desde el Tratado de los Treinta Años a la crisis que condujo a la Guerra del Peloponeso; así pues, la confirmación de esa teoría sólo puede basarse en la propia Turios. Los atenienses sólo eran una de las diez estirpes que poblaban la pequeña ciudad y, dado que los peloponesios eran el grupo más numeroso, Atenas no podía tener esperanzas de incrementar su influencia. Y lo que es más, la historia temprana de Turios demuestra que Atenas nunca mostró interés por controlarla. Poco después de su fundación, la ciudad de Turios se enzarzó en una contienda contra una de las pocas colonias espartanas, Taras o Tarento. Turios fue derrotada y los vencedores levantaron un trofeo a la victoria y una inscripción en Olimpia para que todos los griegos reunidos allí la contemplaran: «(...) los tarentinos hicieron ofrenda al Zeus Olímpico de una décima parte del botín que lograron de los turios». Si los atenienses hubieran querido que Turios fuera el centro de su imperio occidental, habrían llevado a cabo alguna acción para protegerla. Y sin embargo, no hicieron nada en absoluto, lo que permitió que la colonia espartana alardease de su triunfo en el lugar de encuentro más público de toda Grecia.

Diez años después, en mitad de la crisis que conduciría a la guerra, surgió una disputa por la posesión de Turios como colonia. El oráculo de Delfos puso fin a la cuestión, y declaró a Apolo su fundador, lo que vino a reafirmar su carácter panhelénico. Con ello se negaba una vez más su conexión con Atenas, que de nuevo renunció a emprender ninguna acción, aun cuando el Apolo Pítico había sido favorable a Esparta y la colonia podía ser útil a los espartanos en caso de guerra. Esta actitud deja claro que los atenienses veían en Turios una colonia panhelénica y, por consiguiente, así la trataron.

Sin duda, los atenienses hubieran podido simplemente haberse negado a tomar parte en la creación de Turios. Su negativa no habría llamado mucho la atención y, sin embargo, al plantear la idea de una colonia panhelénica y situarla fuera de su área de influencia, Pericles y los atenienses parecían estar enviando señales diplomáticas. Turios permanecería como prueba tangible de que Atenas, tras rechazar la oportunidad de crear su propia colonia, carecía de ambiciones imperiales en el oeste y perseguía una política de panhelenismo pacífico.

LA REBELIÓN DE SAMOS

En el verano del año 440 comenzó una guerra entre Samos y Mileto por el control de una población limítrofe, Priene *(véase* mapa 6). La isla de Samos era territorio autónomo, miembro estatutario de la Liga de Delos y la aliada más poderosa de entre las tres con flota propia que no pagaban tributo. Mileto también había sido uno de los primeros miembros de la Liga, pero se había sublevado dos veces y había sido sometida, privada de sus naves y obligada a pagar tributo y a aceptar una constitución democrática. Por tanto, cuando los milesios solicitaron su socorro, los atenienses no pudieron mantenerse al margen y permitir que un poderoso miembro de la liga impusiera sus deseos sobre un aliado indefenso. Sin embargo, los samios rechazaron el arbitraje de los atenienses, quienes por su parte no pudieron ignorar este desafío a su liderazgo y autoridad. El propio Pericles se puso a la cabeza de una flota contra Samos, y con ella reemplazó la oligarquía en el poder por un gobierno democrático e impuso una gran indemnización. Tomó rehenes entre sus habitantes como garantía de un buen comportamiento, y dejó finalmente un destacamento ateniense para vigilar la isla.

Los líderes de Samos respondieron pasando del desafío a la revolución. Persuadieron a Pisutnes, un sátrapa persa del Asia Menor, para que les ayudara en su revuelta contra Atenas. Pisutnes les permitió que reclutaran un ejército de mercenarios en su territorio y rescató a los rehenes de las islas donde los atenienses los mantenían en cautiverio. Ahora los rebeldes eran libres para hacerse con el poder. Depusieron al gobierno democrático y enviaron al destacamento y demás oficiales atenienses como prisioneros al sátrapa de Persia.

Las noticias de la rebelión hicieron estallar un levantamiento en Bizancio, importante localidad situada en un punto capital de la ruta ateniense de grano desde el mar Negro. Mitilene, la ciudad principal de la isla de Lesbos y otra de las aliadas autónomas con flota propia, sólo esperaba la ayuda de Esparta para unirse a los insurgentes. Dos de los elementos que más tarde acarrearían la denota de los atenienses en la gran Guerra del Peloponeso entraron aquí en juego: las revueltas a lo largo del Imperio y *el* apoyo de Persia. No obstante, sin la participación de Esparta, las revueltas se verían acalladas y los persas serían expulsados. Por su parte, la decisión espartana de entrar o no en el conflicto dependía de Corinto, ya que, en caso de una guerra contra Atenas, sólo esta ciudad-estado podía aportar una flota.

La respuesta de Esparta pondría a prueba por primera vez el tratado de paz y la política de Atenas desde su firma. Si esa política, especialmente en lo referente a los territorios del oeste, le parecía agresiva y ambiciosa a Esparta y Corinto, ahora era el momento de atacar Atenas, cuando su potencial marítimo estaba ocupado fuera de la ciudad. Los espartanos convocaron un encuentro de la Liga del Peloponeso, prueba de que finalmente el asunto iba a ser tratado con seriedad. Los corintios dirían después que con su intervención habían intentado decantar la cuestión en favor de Atenas: «(...) tampoco nosotros votamos en contra de vuestros intereses cuando los restantes peloponesios dividían sus votos respecto a la necesidad de ayudar a los samios» (I, 40, 5). Se tomó la decisión de no atacar Atenas, y ésta pudo aplastar la rebelión samia y evitar un alzamiento general apoyado por los persas, el cual hubiera ido seguido de una guerra que hubiera podido acabar con el Imperio ateniense.

¿Por qué Corinto, cuyo odio por la ciudad de Atenas se remontaba a dos décadas atrás y que se erigiría en el mayor agitador belicista durante la crisis final, intervino en el año 440 para preservar la paz? La explicación más plausible es que los corintios entendieron la señal expresada por la

actitud ateniense en Turios, cuando Atenas aceptó su condición de colonia panhelénica para no poner en peligro el Tratado de los Treinta Años.

El resultado de la crisis samia sirvió para reforzar las previsiones de la paz. Ambas partes habían dado muestras de control desde el acuerdo del año 445, y habían evitado perseguir ventajas que pusieran en peligro el tratado. La visión del futuro parecía prometedora, cuando un conflicto originado en Epidamno trajo consigo nuevos e inesperados problemas.

Capítulo 2

«Un conflicto en un país lejano» (436-433)

EPIDAMNO

«Epidamno es una ciudad situada al este del mar Jónico. Los taulantios, bárbaros de estirpe iliria, habitan en sus cercanías» (I, 24, 1; *véase* mapa 7). Tucídides empieza la narración de los acontecimientos que condujeron a la guerra con esta explicación porque pocos de sus compatriotas griegos sabían dónde estaba Epidamno, e incluso es probable que ni siquiera conociesen su existencia. En el año 436, una guerra civil había expulsado de la población al partido aristocrático; sus integrantes unieron sus fuerzas a las de los ilirios, bárbaros de descendencia no griega que vivían en las montañas colindantes, y atacaron la ciudad. Durante el asedio, los demócratas de Epidamno pidieron ayuda a Corcira, territorio fundador de la ciudad, que a su vez había sido fundada por Corinto. Los corcireos, que habían practicado una política de aislamiento respecto al grupo de colonos corintios, así como del resto de ciudades-estado, se negaron. Entonces, los demócratas de Epidamno se dirigieron a Corinto, a la que ofrecieron convertirse en una de sus colonias a cambio de ayuda. Como era costumbre, el fundador del asentamiento había sido impuesto por Corinto, y fue esta ciudad-estado la que otorgó ese derecho a Corcira, una ciudad filial. Sin embargo, las relaciones entre Corinto y Corcira eran excepcionalmente malas. Durante siglos, las dos ciudades se habían enfrentado frecuentemente por el control de alguna colonia que ambas reclamaban.

Así pues, los corintios, plenamente conscientes de que su participación irritaría a los corcireos probablemente hasta el punto de iniciar una guerra, aceptaron con entusiasmo la invitación de Epidamno. Enviaron un contingente para apoyar a los demócratas de la ciudad, al que acompañó un gran número de pobladores permanentes para restablecer la colonia. Realizaron el viaje por la ruta terrestre, más complicada, «por temor a que, si hacían la travesía por mar, los corcireos se lo impedirían» (I, 26, 2). Los historiadores no han podido encontrar razón alguna que explique la decisión de Corinto de entrar en la refriega, aunque Tucídides ofrece una explicación en otros términos: al parecer, los corintios actuaron así por despecho, ante la irreverente actitud de su colonia. «En las celebraciones comunes, no les otorgaban los privilegios acostumbrados, ni comenzaban los sacrificios rituales a la manera corintia como hacían otras colonias, sino que más bien los despreciaban» (I, 25, 4).

No cabe duda de que la decisión corintia también se debía a la disputa continuada que mantenían por ciertas colonias, una forma de competición imperial también habitual entre los Estados europeos a finales del siglo XIX. Hace tiempo que ha quedado claro que muchos de los imperios europeos no eran rentables desde el punto de vista material, y que las razones prácticas ofrecidas para su creación no son explicaciones probadas, sino excusas. Los verdaderos motivos eran a menudo psicológicos e irracionales, más que económicos o funcionales; es decir, emanaban de cuestiones de honor y prestigio.

Éste fue el caso de los corintios, quienes estaban decididos a consolidar un área de influencia en la Grecia noroccidental. Ello les condujo a entrar en conflicto con Corcira, cuyo poder había aumentado a la vez que disminuía el de Corinto. Los corcireos habían reunido una flota de ciento veinte barcos de guerra, la segunda en importancia tras la de Atenas, y durante años habían desafiado la hegemonía corintia en la región. Los insultos públicos padecidos por los corintios fueron sin duda la última provocación que pudieron aguantar, por lo que decidieron aprovechar la oportunidad que les proporcionaba la invitación de Epidamno.

La intervención de Corinto puso fin a la indiferencia de Corcira respecto a los sucesos de

Epidamno. De inmediato, la armada corcirea entregó con insolencia un ultimátum a la ciudad: los demócratas debían despedir al contingente armado y a los colonos enviados por Corinto, y volver a admitir a los aristócratas exiliados. Ni Corinto podía acatar tales términos sin caer en la vergüenza, ni los demócratas de Epidamno aceptar la pérdida de refuerzos sin poner en peligro su propia integridad.

La arrogancia y confianza de Corcira descansaban en su poder naval, mientras que Corinto no contaba con naves de combate dignas de mención. Los corcireos enviaron cuarenta embarcaciones a sitiar Epidamno, al tiempo que los exiliados aristocráticos y sus aliados ilirios la cercaban por tierra. Sin embargo, la confianza de los corcireos era injustificada, ya que ignoraban el hecho de que Corinto era una ciudad próspera y enojada, y, como miembro de la Liga del Peloponeso, aliada de Esparta. En el pasado, los corintios habían sido capaces de utilizar esas alianzas en su propio beneficio, y en estos momentos esperaban hacerlo de nuevo contra Corcira.

Así pues, Corinto anunció la fundación de una colonia enteramente nueva en Epidamno, y atrajo a pobladores de toda Grecia. Estos fueron enviados a la región acompañados por treinta barcos corintios y tres mil soldados. Otras ciudades ofrecieron fondos adicionales y naves, entre ellas, los grandes estados de Megara y Tebas, también miembros de la alianza espartana. Aunque el envío de una pequeña flota por parte de los espartanos habría intimidado a los corcireos, Esparta no ofreció ayuda alguna, tal vez consciente del peligro que la expedición corintia entrañaba.

Los corcireos, irritados por estas respuestas, enviaron negociadores a Corinto «con embajadores de Esparta y de Sición invitados por ellos» (I, 28, 1). La buena disposición espartana por tomar parte en las conversaciones demostraba claramente su deseo de una solución pacífica. En la conferencia, los corcireos expusieron de nuevo su petición de una retirada de los corintios: si esto fallaba, Corcira estaba dispuesta a someter la disputa al arbitraje de cualquier ciudad-estado del Peloponeso aceptada por ambas partes o, en caso de preferirlo los corintios, al oráculo de Delfos. Los corcireos buscaban sinceramente alcanzar un arreglo, sabedores de que habían subestimado el poder latente de Corinto. A su vez, tenían poco que temer del arbitraje, porque todas las partes sugeridas en el dictamen estarían bajo la influencia de Esparta y, sin lugar a dudas, requerirían de los corintios que ellos y sus pobladores dejaran el asentamiento, condición ésta que satisfaría a los de Corcira. Si los corintios rechazaban una propuesta así e insistían en ir a la guerra, Corcira se vería forzada a solicitar ayuda en otra parte. La amenaza era inequívoca: si era necesario, buscarían una alianza con Atenas.

CORINTO

Un incidente menor en un remoto rincón del mundo griego había producido una crisis que comenzaba ahora a sacudir su propia estabilidad de conjunto. Mientras el asunto sólo implicó a Epidamno y Corcira, el problema fue meramente local, puesto que no pertenecían a ninguna de las dos alianzas internacionales que dominaban Grecia. Sin embargo, cuando Corinto se inmiscuyó y comenzó a implicar a los miembros de la alianza espartana, Corcira buscó el apoyo de Atenas, y empezó a perfilarse en el horizonte una guerra de gran envergadura. La constatación de este peligro motivó que los espartanos acordasen unirse a los negociadores de Corcira, y utilizar su influencia para el apaciguamiento del conflicto.

Sin embargo, los corintios no pensaban dar su brazo a torcer. Como un rechazo tajante habría sido de hecho un desafío a Esparta, hicieron una contraoferta: si los corcireos retiraban sus naves de Epidamno y los ilirios la abandonaban, ellos considerarían la propuesta de Corcira.

Una propuesta así habría permitido que las fuerzas corintias cosecharan una ventaja estratégica en Epidamno al fortalecer su control de la ciudad, abastecerla y reforzar sus defensas contra el asedio. La proposición corintia no era aceptable, pero ni siquiera entonces se rompieron las negociaciones; en vez de eso, los corcireos solicitaron una retirada común de las tropas o una tregua, mientras ambas partes negociaban. Los corintios se negaron de nuevo, y esta vez respondieron con una declaración de guerra y con el envío a Epidamno de una flota de setenta y

cinco barcos con dos mil efectivos de infantería. Durante la travesía, los interceptó un contingente corcireo de ochenta naves, y en la batalla de Leucimna los corintios fueron completamente derrotados. Ese mismo día, Epidamno se rendía al asedio de los corcireos. Ahora Corcira dominaba el mar y la ciudad en disputa.

Ardiendo en deseos de venganza, los corintios invirtieron los dos años siguientes en la construcción de la mayor flota jamás vista hasta entonces, y contrataron los servicios de remeros experimentados llegados de toda Grecia, incluidas algunas ciudades-estado del Imperio ateniense. Los atenienses, por el momento sin pretensiones de entrar en el conflicto, no se opusieron, lo que debió de alentar la creencia corintia de que los corcireos no obtendrían ayuda de Atenas.

Finalmente, a la vista de tal jactancia, los corcireos enviaron una embajada a Atenas para tratar de lograr una alianza contra Corinto. Cuando los corintios se enteraron, también enviaron a sus embajadores a Atenas, «para evitar que la flota ateniense se sumara a la de Corcira, lo que impediría su victoria» (I, 31, 3). La crisis original, un pequeño nubarrón en el cielo azul del lejano noroeste, una disputa más en la larga serie habida entre los colonos de Corcira y la ciudad-estado corintia, era ahora una amenaza que se cernía sobre toda Grecia, al involucrar, al menos, a una de las máximas potencias del mundo griego.

Capítulo 3

La entrada de Atenas en el conflicto (433-432)

En septiembre del año 433, la Asamblea ateniense se congregó en la colina de Pnix para atender a los legados de Corcira y Corinto. Todas las argumentaciones que tuvieron lugar se escucharon y se discutieron ante el pleno de la Asamblea. Los mismos hombres que serían llamados a engrosar el ejército, en el caso de que el resultado final fuera ir a la guerra, debatieron cada asunto y determinaron con sus votos el curso que debían seguir los acontecimientos.

Los corcireos se enfrentaban a una ardua tarea: los intereses materiales de Atenas se verían involucrados en el conflicto, y entre ellos y la ciudad no existía una amistad previa. ¿Por qué debía Atenas sellar una alianza que la haría entrar en guerra contra Corinto y, posiblemente, contra toda la Liga del Peloponeso? Los corcireos apelaron a la justicia moral de su causa y a la legalidad de la Alianza que proponían, ya que el Tratado de los Treinta Años permitía expresamente la afiliación con los territorios neutrales. No obstante, los atenienses, como la mayoría de los mortales, estaban más preocupados por las cuestiones relativas a su propia seguridad y beneficio, materias en que los corcireos estaban dispuestos a satisfacerles: «Nuestra armada es la más importante, con excepción de la vuestra» (I, 33, 1); en otras palabras, esta gran fuerza podría sumarse a la consolidación de la supremacía ateniense.

La invocación más vigorosa de los corcireos fue, sin embargo, el miedo. Los atenienses necesitaban aquella nueva alianza, argumentaron, porque la guerra entre Atenas y los aliados de Esparta parecía inevitable en esos momentos: «Los espartanos están deseosos de luchar porque os tienen miedo, y los corintios tienen una gran influencia sobre ellos y son vuestros enemigos» (I, 33, 3). Así pues, Atenas tenía que aceptar la alianza con Corcira por el más práctico de los motivos: «Entre los griegos hay tres escuadras dignas de mención: la vuestra, la nuestra y la de Corinto. Si los corintios nos someten primero, dos de éstas se convertirán en una, y os veréis obligados a luchar a la vez contra corcireos y peloponesios; si nos aceptáis, lucharéis contra ellos con nuestras naves, además de con las vuestras» (I, 36, 3).

El portavoz de la embajada corintia, sin embargo, aún presentaría una argumentación de mayor complejidad. A fin de cuentas, Corinto era la agresora de Epidamno y había rechazado cualquier oferta de solución pacífica, incluso en contra del consejo de sus aliadas. Su punto fuerte era poner en duda la legalidad de un posible tratado ateniense con Corcira. Técnicamente, el Tratado de los Treinta Años permitía tal alianza, puesto que Corcira no pertenecía a ninguno de los bloques, pero los corintios mantuvieron que violaba el espíritu del acuerdo y el sentido común: «Aunque en el Tratado se dice que las ciudades que no lo hayan suscrito pueden unirse al bando que prefieran, la cláusula no se refiere a aquellas cuya unión a uno causaría perjuicio al otro» (I, 40, 2). Ninguno de los que hubieran negociado o jurado el tratado original podía haberse imaginado suscribir la alianza de una de las partes con un territorio neutral en guerra con la otra. Los corintios recalcaron este principio con una amenaza de forma simple: «Si os unís a los corcireos, no nos quedará más remedio que incluiros en nuestra represalia contra ellos» (I, 40, 3).

A continuación, los corintios negaron el postulado corcireo según el cual la guerra era inevitable. También recordaron a los atenienses los favores pasados, en especial sus servicios durante el alzamiento de la isla de Samos, cuando Corinto disuadió a Esparta y a la Liga del Peloponeso de atacar Atenas en un momento de gran vulnerabilidad. Los corintios pensaban que en esa ocasión se había confirmado el principio clave de gobierno entre las relaciones de las dos Alianzas, vital para el mantenimiento de la paz: la no interferencia de cada bando en la esfera de influencia del otro. «No aceptéis a los corcireos como aliados contra nuestros deseos, ni les ayudéis en sus atropellos. Si obráis como os pedimos, haréis lo que es debido y serviréis vuestros intereses de la mejor

manera» (I, 43, 3-4).

El argumento de los corintios, sin embargo, no era del todo sólido. Corcira no era aliada de Corinto, mientras que Samos sí lo había sido de Atenas; incluso una interpretación amplia del tratado no impedía a los atenienses ayudar a un territorio neutral atacado por los corintios. Así pues, Atenas tenía una base legal consistente en caso de aceptar la propuesta de Corcira. Aunque, en un sentido más profundo, los corintios tenían razón: la paz no duraría si cada bando decidía ayudar a las ciudades-estado no alineadas en su movilización contra cualquiera de las demás.

La conducta de Atenas a partir del año 445 y a lo largo del período de crisis pone de manifiesto que querían evitar la contienda, pero Corcira se presentaba como un dilema excepcional. Su derrota y el traslado de su flota a la corintia habrían dado lugar a una armada peloponesia lo bastante poderosa como para suponer una amenaza a la hegemonía naval ateniense, sobre la que dependían de hecho el poder, la prosperidad y la propia supervivencia de Atenas y su Imperio. Así pues, aunque los atenienses quedaban en peligro de forma inminente con un cambio de tal magnitud en el equilibrio de poderes, los corintios parecían confiar en que Atenas rechazaría la alianza con Corcira e incluso se uniría a los corintios en su contra, tal como propusieron con atrevimiento. ¿Cómo pudieron equivocarse tanto? Para los corintios, Epidamno tan sólo era un asunto local. En la lucha por alcanzar sus intereses locales, agudizados por una exasperación y un enojo que venían ya de lejos por la humillación sufrida a manos de una ciudad-estado menor, subestimaron el significado que su acción supondría para el equilibrio de poderes del sistema internacional, y no hicieron el menor esfuerzo por comprobar que los atenienses se mantendrían al margen mientras ellos guerreaban contra Corcira. Por el contrario, hicieron caso omiso del peligro de una alianza entre Atenas y Corcira, y siguieron adelante con la esperanza de que todos estarían a su favor.

En la colina de Pnix, los atenienses se enfrentaban ahora a la más complicada de las decisiones. Casi todos los debates acaecidos en la Asamblea concluían el mismo día; sin embargo, la sesión dedicada a la alianza con Corcira duró lo suficiente como para necesitar de un segundo encuentro. El primer día, la opinión se inclinó por el rechazo de la alianza. Podemos suponer que hubo un acalorado debate durante la noche, porque, al día siguiente, un nuevo plan vio la luz. En lugar del compromiso ofensivo y defensivo total, típico de las alianzas griegas *(sinmaquía),* se realizó una propuesta para contraer una alianza exclusivamente defensiva *(epimaquia),* la primera de esta clase de la que se tiene noticia en la historia griega. Las probabilidades de que Pericles fuera su innovador autor son muy altas. Durante la crisis, ya había demostrado su habilidad para modelar la vida política ateniense; Plutarco relata que fue Pericles el que «persuadió a las gentes para que enviaran ayuda a los corcireos en su lucha contra los corintios y se unieran a una isla tan dinámica con tan gran poderío naval» *(Pericles,* XXIX, 1).

Tucídides argumenta que los atenienses votaron a favor de la nueva alianza porque creyeron que la guerra con los peloponesios era inevitable, aunque muchos de los que se opusieron a él difícilmente hubieran estado de acuerdo con esta valoración. ¿Por qué, debieron preguntarse, deberíamos arriesgamos a una guerra en favor de Corcira, si el peligro y los problemas para la propia Atenas todavía están lejos? La actuación ateniense sugiere más bien la adopción de una política dirigida no a la preparación de la guerra, sino a su contención: una vía intermedia entre la ingrata opción de rechazar a los corcireos, y arriesgar de este modo la pérdida de la flota corcirea en favor de los peloponesios, y la aceptación de una alianza ofensiva que podría acarrear un conflicto no deseado.

Así pues, la alianza defensiva era un mecanismo diplomático diseñado para intentar que los corintios entrasen en razón. Para cumplir su nuevo compromiso, los atenienses mandaron diez trirremes a Corcira. Si su intención hubiera sido la de luchar y derrotar a los corintios, habrían podido fácilmente enviar al menos doscientos de su numerosa armada. Junto a las naves de Corcira, una fuerza de este tamaño habría obligado a los corintios a abandonar sus planes bélicos, o habría podido garantizar una victoria absoluta, la destrucción de la escuadra enemiga y el fin de las amenazas corintias. Por lo tanto, el pequeño número enviado tenía un valor más simbólico que militar, dirigido a demostrar la seriedad de Atenas en su decisión de detener a Corinto. La elección de Lacedemonio, hijo de Cimón, como uno de los comandantes de la flota tampoco fue arbitraria,

ya que querían alejar claramente las sospechas de Esparta hacia su misión. Era un jinete notable, pero carecía de experiencia naval. Su propio nombre, que significa «espartano», pone en evidencia los estrechos vínculos de su progenitor con los líderes de la Liga del Peloponeso.

Aún más sorprendentes fueron las órdenes que recibieron los mandos atenienses. No debían presentar batalla a menos que la flota corintia se dirigiera contra la propia Corcira o hacia alguna de sus posesiones e intentara tomar tierra. «Estas disposiciones se hicieron así para no incumplir el Tratado» (I, 45, 3). Tales instrucciones son una pesadilla para cualquier oficial de marina, porque, en medio del fragor de una batalla naval, ¿cómo se puede estar seguro de las intenciones del enemigo? La precaución y la paciencia podrían evitar una intervención oportuna, mientras que una rápida reacción a lo que podía ser un engaño o una maniobra mal interpretada podría conducir a un combate innecesario de consecuencias impredecibles.

En el lenguaje moderno, a esto se le llamaría una política de «disuasión de baja intensidad». La presencia de la fuerza ateniense manifestaba la determinación de Atenas por evitar un desplazamiento del poder naval; pero su pequeño tamaño demostraba que los atenienses no tenían intención de disminuir o aplastar la autoridad corintia. Si el plan funcionaba, los corintios pondrían rumbo a casa y la crisis se vería resuelta. Si decidían presentar batalla, los atenienses aún podrían esperar mantenerse al margen de la contienda. Tal vez los corcireos podrían ganar sin la ayuda de Atenas, tal como hicieron en Leucimna. Algunos atenienses también esperaban que «ambos bandos se desgastasen en el enfrentamiento, de forma que se encontraran con Corinto y las demás potencias marítimas debilitadas, en el caso de que tuvieran que luchar contra ellas» (I, 44, 2). De cualquier modo, los atenienses esperaban evitar el combate.

LA BATALLA DE SÍBOTA

Cuando las flotas de Corcira y Corinto se encontraron finalmente en la batalla de Síbota en septiembre del año 433, el pequeño escuadrón ateniense no disuadió a los corintios, a diferencia de lo que un contingente mayor hubiera podido hacer. Hay una diferencia considerable entre la creencia de que las acciones de uno puedan comportar consecuencias lamentables en un futuro y el hecho de que la presencia abrumadora de fuerzas traiga consigo la destrucción inmediata. Ocho ciudades aliadas habían prestado su ayuda a Corinto en la batalla de Leucimna, pero sólo dos, Élide y Megara, se le unieron en Síbota *(véase* mapa 8). El resto quizá se vieron disuadidas por la derrota previa de Corinto o por la nueva alianza corcirea con Atenas. También es posible que Esparta tomara medidas para convencer a sus aliados de que no tomaran parte en el conflicto. Con ciento cincuenta naves (noventa de su propiedad y otras sesenta procuradas por sus colonias y aliados), los corintios atacaron las ciento diez trirremes corcireas mientras los atenienses permanecían al margen.

Sin embargo, pronto quedó patente que los corcireos iban a ser derrotados, y que los atenienses no podrían dejar de presentar batalla por mucho más tiempo. «La situación llegó a un punto en el que corintios y atenienses no tuvieron otro remedio que combatir entre sí» (I, 49, 7).

Cuando las fuerzas corcireas y atenienses se disponían a defender Corcira, los corintios, que ya habían lanzado su asalto final, se hicieron atrás. Una segunda escuadra ateniense apareció en el horizonte. En medio de la batalla, para los corintios era fácil pensar que esas naves formaban parte de una vasta armada que los superaría en número y los destrozaría, así que abandonaron la batalla y Corcira permaneció a salvo.

Sin embargo, lo que vieron fue únicamente una fuerza adicional de veinte trirremes atenienses, enviados sólo unos días antes para reforzar al contingente original. Tras hacerse a la mar las diez primeras embarcaciones, según cuenta Plutarco, los adversarios de Pericles criticaron su plan: «Con el envío de diez naves, había proporcionado poca ayuda a los corcireos y un gran pretexto para el descontento de sus enemigos» *(Pericles,* XXIX, 3). Con esa táctica, sólo conseguirían un compromiso insatisfactorio. Pero los dioses de la guerra son caprichosos, y el valor trae a menudo mejores resultados que los que la razón podría predecir. ¿Quién hubiera imaginado que los veinte barcos del escuadrón de refuerzo, tras muchos días en el mar y sin medios para comunicarse con las

fuerzas de Corcira, llegarían justo en el momento clave para conseguir librar a la isla de la conquista corintia?

Al día siguiente, alentados por la presencia de las treinta embarcaciones atenienses incólumes, los corcireos se dispusieron a combatir de nuevo; no obstante, los corintios rechazaron el combate, temerosos de que los atenienses consideraran las escaramuzas del primer día como el inicio de una guerra contra Corinto y buscaran la oportunidad de destruir su flota. Los atenienses, sin embargo, les permitieron partir, y cada bando se mostró escrupuloso a la hora de rechazar responsabilidades en la ruptura del Tratado. Corinto reconoció que no podría ganar la guerra contra Atenas sin pedir la ayuda de Esparta y sus aliados, y corno Esparta ya había tratado de refrenar a los corintios, éstos no podían esperar conseguir su apoyo si se les culpaba de haber roto el Tratado. Los atenienses, por su parte, tuvieron buen cuidado en no dar a Esparta razones para intervenir en la contienda.

El esfuerzo ateniense había tenido éxito: Corcira y toda su flota se encontraban a salvo. Sin embargo, la política de «disuasión de baja intensidad» fue un error estratégico, puesto que la llegada de los atenienses no había evitado que los corintios presentaran batalla, y tampoco había mermado su capacidad de lucha. Frustrados e incluso más enojados, ahora estaban dispuestos a arrastrar a los espartanos y a sus aliados a la guerra con tal de conseguir sus propósitos y vengarse de sus enemigos.

POTIDEA

Los atenienses entendieron que tenían que prepararse para entrar en guerra, al menos contra Corinto, pero no dejaron de utilizar la vía diplomática para evitar que la Liga del Peloponeso decidiera intervenir. Antes incluso de la batalla de Síbota, los atenienses habían interrumpido su gran programa de obras públicas para preservar sus recursos financieros en caso de que empezaran las hostilidades. Tras la batalla de Síbota, se movilizaron para asegurar sus posiciones en la Grecia septentrional, Italia y Sicilia. Durante el invierno siguiente, lanzaron un ultimátum sobre Potidea, una ciudad al norte del mar Egeo *(véase* mapa 9). Los potideatas eran miembros de la Liga de Delos y, al mismo tiempo, colonos de origen corintio inusitadamente cercanos a su madre patria. Sabedores de que los corintios planeaban vengarse, los atenienses temían que buscasen una alianza con el rey de la vecina y hostil Macedonia para desatar la revuelta en Potidea. Desde allí podría extenderse a otras ciudades-estado y causar serios problemas en el Imperio.

Sin que mediara una provocación concreta, los atenienses ordenaron a los potideatas derribar los muros que protegían la ciudad, despedir a los magistrados que recibían anualmente de Corinto y enviar a Atenas un gran número de rehenes. Todas estas medidas estaban dirigidas a acabar con la influencia corintia sobre la ciudad y colocarla a merced de Atenas. Una vez más, la estrategia ateniense debe entenderse como una respuesta cuasidiplomática a un problema acuciante, una elección moderada entre extremos poco gratos. La falta de acción podría invitar a la rebelión, mientras que el envío de una fuerza militar para ejercer un control real sobre Potidea sería entendido como una provocación. Sin embargo, el requerimiento enviaba un mensaje lleno de contundencia a los potenciales rebeldes de la ciudad, a la vez que no pasaba de ser una cuestión de regulación imperial, claramente permitida por el Tratado de los Treinta Años.

Como era de esperar, los potideatas se opusieron a estas demandas, y los debates continuaron durante todo el invierno, hasta que finalmente los atenienses ordenaron al comandante de una expedición que previamente habían enviado a Macedonia que «hiciera prisioneros entre la población, derruyera los muros y vigilara a las poblaciones cercanas para que no se sublevaran» (I, 57, 6). Las sospechas atenienses no resultaron injustificadas; apoyados por los corintios, los potideatas habían pedido ayuda en secreto a Esparta para que apoyase su levantamiento. Como respuesta, los éforos espartanos habían prometido invadir el Ática si los habitantes de Potidea se rebelaban. ¿Qué hizo que la política de Esparta diese tal giro?

EL DECRETO DE MEGARA

Durante el mismo invierno de 433-432 (prácticamente simultáneo al ultimátum a Potidea, aunque se desconoce si antes o después), los atenienses aprobaron un decreto que prohibía la entrada de los megareos en los puertos imperiales y en el ágora de Atenas. Los embargos económicos se utilizan a menudo en el mundo actual como armas diplomáticas, medios de coerción cercanos a la guerra; no obstante, no se tiene conocimiento de que hasta ese momento se ejecutara en la Antigüedad ningún otro embargo en tiempos de paz.

Con toda seguridad ésta fue otra de las innovaciones de Pericles, puesto que sus contemporáneos culparon de la guerra a este decreto y a él mismo por ser su impulsor, aunque Pericles lo defendió con persistencia hasta el final, incluso cuando pareció convertirse en el único asunto que decidiría la paz o la guerra. ¿Por qué introdujo el líder ateniense el embargo y por qué lo aprobaron y defendieron la mayoría de los habitantes de Atenas? Los historiadores lo han interpretado de varias maneras: como un acto de imperialismo económico, como un recurso destinado a causar una provocación deliberada de guerra, como una declaración desafiante contra la Liga del Peloponeso y un intento de encolerizar a los espartanos para hacerles incumplir el Tratado, e incluso como la primera acción bélica en sí misma. La explicación oficial del decreto era que había sido provocado por el uso que los megareos hacían de una porción de tierra sagrada reclamada por los atenienses, por utilizar ilegalmente las tierras fronterizas y por dar cobijo a esclavos fugitivos.

Con un examen detallado, no obstante, las teorías modernas tiran por tierra estas justificaciones, de modo que las reclamaciones clásicas pueden calificarse de mero pretexto. Al garantizar que Megara sería castigada por su comportamiento en Leucimna y Síbota, el verdadero propósito del decreto era la intensificación moderada de la presión diplomática para evitar la extensión del conflicto a los aliados de Corinto. Los corintios sólo podrían vencer si convencían a la Liga, y en especial a Esparta, de que se uniera a su lucha. Megara había molestado y desafiado tanto a Atenas como a Esparta al enviar ayuda a Corinto en Leucimna y Síbota, aun cuando la mayoría de los aliados peloponesios se negaron a ello. En un futuro, estas ciudades-estado podían optar por unirse a los corintios en un nuevo choque contra Atenas; si una mayoría suficiente daba este paso, los propios espartanos sólo podrían mantenerse al margen, lo que por otro lado cuestionaría su liderazgo en la Alianza y pondría en peligro su propia seguridad.

Una vez más, la actuación ateniense debe contemplarse como una vía intermedia. El no haber tomado medidas podría haber alentado a Megara y a otras ciudades-estado a ayudar a Corinto. El ataque a la ciudad por parte de una fuerza militar habría violado el Tratado y habría arrastrado a Esparta a una guerra contra Atenas. Por el contrario, el embargo no pondría a Megara de rodillas ni le infligiría serios males; causaría cierto malestar a muchos megareos y algunos problemas a aquellos hombres que vivieran del comercio con Atenas y su Imperio, muchos de ellos, sin duda, miembros del consejo oligárquico que gobernaba la ciudad. El decreto también ejercería de medida disuasoria para mantenerlos apartados en problemas futuros y serviría como advertencia a las restantes ciudades-estado comerciantes: nadie estaba a salvo de las represalias atenienses, ni siquiera durante un período de paz.

No obstante, el decreto de Megara no estaba exento de riesgos. Con toda seguridad, los megareos se quejarían a los espartanos, quienes podrían sentirse obligados a apoyarlos. Aunque éstos también podrían negarse, ya que el decreto no llegaba a romper el Tratado, puesto que en él no hacía referencia a las relaciones económicas o comerciales. Además, Pericles era amigo personal de Arquidamo, único rey de Esparta por aquel entonces (Plistoanacte había sido enviado al exilio en el 445). El líder ateniense sabía que Arquidamo estaba a favor de la paz, y esperaba que el espartano percibiera sus intenciones pacíficas y el propósito limitado del decreto, por lo que no le sería difícil convencer al resto de los habitantes de Esparta. Aunque Pericles no se equivocó en su apreciación con respecto a Arquidamo, sí que subestimó las pasiones albergadas por algunos espartanos, causadas por una combinación de acontecimientos que habían tenido lugar a raíz de la alianza con Corcira.

Capítulo 4

Decisiones bélicas (432)

ESPARTA OPTA POR LA GUERRA

La promesa de invadir el Ática realizada por los éforos espartanos a los habitantes de Potidea se llevó a cabo en secreto y no fue ratificada por la Asamblea espartana. No obstante, cuando los potideatas emprendieron su rebelión en la primavera de 432, Esparta no cumplió con su parte. Ni el rey ni la mayoría de ciudadanos estaban preparados para entrar en guerra, a pesar de que una facción muy influyente deseaba dirigir su ardor guerrero contra Atenas. El contingente ateniense enviado para evitar el alzamiento de Potidea era insuficiente, y además llegó demasiado tarde para servir de algo. Por su parte, los corintios no se atrevieron a enviar una expedición oficial en ayuda de los rebeldes, lo que habría supuesto una violación formal del Tratado. En cambio, organizaron un cuerpo de «voluntarios» con una fuerza de mercenarios corintios y peloponesios capitaneados por un general corintio. Durante ese tiempo, los atenienses sellaron la paz con Macedonia para disponer de más hombres y utilizarlos contra Potidea, a la vez que enviaron refuerzos adicionales desde Atenas. Hacia el verano del año 432, una gran fuerza de soldados y trirremes cercó la ciudad y dio comienzo a un sitio que costaría vastas sumas de dinero y se prolongaría más allá de dos años.

Con Potidea sitiada y la amarga protesta de los megareos, motivada por el embargo ateniense, los corintios dejaron de ser la única parte enfrentada con Atenas.[3] Así pues, alentaron a las otras ciudades-estado agraviadas, para presionar a los espartanos. Finalmente, en julio de 432, los éforos convocaron la Asamblea espartana e invitaron a sus aliados con alegaciones contra Atenas para que fueran a Esparta a discutirlas. Ésta es la única ocasión conocida en que se invitó a los aliados a dirigirse a la Asamblea espartana en vez de a la Liga del Peloponeso. Que recurrieran a este procedimiento infrecuente demuestra la renuencia a luchar que todavía albergaban los espartanos en el verano del año 432.

Aunque, entre todos los participantes, los más ofendidos eran los megareos, los corintios demostraron ser los más efectivos. Intentaron persuadir a los espartanos de que su política tradicional de prudencia y reticencia a la lucha era desastrosa frente al poder dinámico de Atenas; su argumentación quedó subrayada con su esbozo de la clara distinción entre la personalidad de ambos pueblos:

> Son rápidos e innovadores a la hora de formular planes y ponerlos en acción, mientras que vosotros conserváis lo que tenéis, no inventáis nada nuevo y, cuando actuáis, ni siquiera completáis lo requerido. Una vez más, muestran audacia más allá de sus fuerzas, arrostran peligros por encima de la razón y conservan viva la esperanza en la hora del peligro; vosotros, mientras, actuáis por debajo de lo que vuestro poder os permitiría, desconfiáis hasta de vuestros razonamientos más certeros y pensáis que cualquier riesgo os superará...
>
> Sólo en ellos coinciden las expectativas y su consecución porque, una vez planeado algo, se afanan por conseguirlo con celeridad. Así pasan la vida entera entre peligros... porque consideran que una tranquilidad ociosa es un desastre peor que la actividad más acerba... Está en su

---

[3] La isla de Egina, obligada a formar partido con la Liga ateniense durante la Primera Guerra del Peloponeso, se unió en secreto con los corintios para protestar por el maltrato sufrido a manos de Atenas, y agitó el resentimiento de los demás peloponesios (1, 67, 2). Las razones de estas quejas no están del todo claras.

naturaleza no disfrutar de la ociosidad ni permitirles a los demás disfrutar de ella (I, 70, 2-9).

Aunque resulten efectivas en una polémica, ambas caras de esta comparación no son sino exageraciones. Los espartanos difícilmente hubieran podido crear su propia gran alianza y la que llevó a los griegos a vencer a los persas si hubieran sido tan mansos como se les retrataba. Igualmente, Atenas había actuado en concordancia con la letra y el espíritu del Tratado de los Treinta Años, como tácitamente reconocían los corintios cuando contuvieron a sus aliados durante la rebelión lamia. El comportamiento discutible de los atenienses durante el último año había sido meramente una reacción contra las recientes acciones llevadas a cabo por Corinto, acciones de las que éstos hablaron lo menos posible. Los corintios pusieron fin a su alocución con una amenaza: los espartanos debían acudir en ayuda de Potidea y de todos los demás aliados, e invadir el Ática; pues, «de no hacerlo así, traicionaríais a vuestros amigos y gentes de vuestra estirpe ante sus peores enemigos o nos empujaríais a acogernos a otra alianza» (I, 71, 4). La amenaza carecía de contenido —no había otra alianza a la que acogerse—, pero como el modo de vida espartano y su seguridad descansaban en la integridad de la coalición, la sola idea de una defección general causó la alarma.

El siguiente en hablar fue un miembro de una delegación ateniense, quien, según dice Tucídides, «se dio el caso de que estaba presente por haber acudido en razón de otros asuntos» (I, 72, 1). No se nos cuenta qué «asuntos» podían ser éstos, y parece claro que fue un mero pretexto para que los atenienses pudieran exponer sus puntos de vista. Pericles y sus conciudadanos no quisieron enviar un portavoz oficial para responder a las quejas ante la Asamblea espartana, gesto éste que habría concedido a los espartanos el derecho de juzgar el comportamiento de Atenas, en vez de obligarla a someter las acusaciones al sistema del arbitraje, como así requería el Tratado. Los atenienses quisieron, sin embargo, evitar que Esparta se rindiera a las razones de sus aliados, defender el hecho de que Atenas había logrado su poder de manera justa y demostrar que tal poder era formidable. El orador atribuyó el crecimiento del Imperio ateniense a una serie de necesidades impuestas a instancia del miedo, del honor y del interés razonable (motivos que los espartanos entenderían bien). El tono del ateniense no fue conciliatorio, sino formal, y en su conclusión insistió en que las partes se adhirieran a la letra precisa del Tratado: la presentación de todas las disputas a arbitraje. Sin embargo, si los espartanos rehusaban, «tratarían de vengarse de aquellos que empezasen la guerra, y de ellos si la encabezaban» (I, 78, 5).

¿Fue realmente este discurso una provocación deliberada, dirigida a enemistarse con los espartanos, a hacerles violar sus juramentos e iniciar una guerra? Esta opinión da por hecho que la única forma de buscar la paz es a través del intento de apaciguar la cólera, explicar las diferencias con generosidad y hacer concesiones. A veces, no obstante, la mejor forma de evitar una guerra es por medio de la disuasión, transmitiendo un mensaje de fuerza, confianza y determinación. Ésta puede ser una táctica especialmente efectiva si deja una vía de escape honorable a la otra parte, como la ofrecida por la cláusula del arbitraje a los espartanos. En todo caso, el mejor de los testigos contemporáneos nos dice que, para los atenienses, la guerra no era todavía un objetivo: «Querían dejar patente el poder de su ciudad, ofrecer un recordatorio a los ancianos de lo que ya sabían y, a los jóvenes, de aquello que ignoraban, con la idea de que, con sus argumentos, los espartanos se inclinarían a favor de la paz, y no de la guerra» (I, 72, 1).

La estrategia ateniense parecía especialmente prudente, dado que los reyes de Esparta ejercían tradicionalmente mucha influencia a la hora de decidir asuntos relativos a la guerra o la paz; en el año 432, el único monarca espartano en activo era Arquidamo, amigo personal de Pericles, «un hombre con una gran reputación de sabio y prudente» (I, 79, 2), quien pronto dejaría ver su oposición al conflicto armado.

Los espartanos se retiraron a deliberar tras el discurso del extranjero. Aunque la Asamblea se mostró hostil y confiaba en que se podría vencer fácilmente a Atenas con un enfrentamiento breve, el rey Arquidamo sostuvo todo lo contrario. La fuerza de Atenas, insistió, era mayor a la que Esparta estaba acostumbrada a hacer frente, y de una clase muy distinta. Una ciudad amurallada poseedora de amplios recursos económicos, un imperio naval con control de los mares, presentaría una batalla muy diferente a aquellas en las que los espartanos habían participado. Arquidamo temía,

y así lo afirmó, «que nuestros vástagos heredarán la contienda» (I, 81, 6).

Sin embargo, en la Asamblea se respiraba un ambiente tan polémico, que Arquidamo no podía simplemente recomendar la oferta ateniense; en vez de eso, propuso una alternativa moderada: los espartanos debían limitarse a registrar una reclamación oficial y, al mismo tiempo, debían prepararse para la clase de guerra a la que tendrían que hacer frente si el debate fracasaba, y buscar barcos entre las filas bárbaras (en especial, los persas) y entre los demás griegos. Si los atenienses cedían, no tendrían que emprender ninguna acción. Si no, en dos o tres años ya tendrían tiempo de combatirlos, cuando Esparta estuviera mejor preparada.

Como cabe suponer, el plan del monarca fue mal recibido por los corintios, por las otras partes demandantes y por aquellos espartanos que estaban deseosos de entrar en acción. Cualquier posibilidad de salvar Potidea, pensaban, requería de una acción rápida. Los corintios, en particular, no querían una resolución conciliatoria, sino más bien carta blanca para aplastar a Corcira de una vez por todas; asimismo, deseaban vengarse de Atenas, e incluso la eventual destrucción del Imperio ateniense, posición ésta con la que se mostraban de acuerdo los espartanos partidarios de la guerra. Sumados a una visión parcial de los acontecimientos de los últimos cincuenta años, los asuntos de Corcira, Potidea y Megara parecían confirmar para la gran mayoría de los espartanos la versión corintia de la arrogancia ateniense y el peligro que su creciente poder representaba.

La respuesta breve y categórica del belicoso éforo Estenelaidas fue prototípica:

> No comprendo el largo discurso de los atenienses. Profieren alabanzas de sí mismos sin negar los agravios causados a nuestros aliados y al Peloponeso... Otros podrán tener mucho dinero, naves y caballería, pero nosotros tenemos buenos aliados, que no debemos entregar a traición a los atenienses. Tampoco tendríamos que someternos a juicios públicos o discursos, pues el daño no nos lo han hecho de palabra. Por el contrario, tendríamos que vengarnos rápidamente con todas nuestras fuerzas. Que nadie os venga a decir que nosotros, los agraviados, debemos tomar tiempo para reflexionar, porque los que deben recapacitar son los que planean las ofensas. Votad, pues, por la guerra, espartanos, según nuestras dignas costumbres. No dejéis que los atenienses se hagan más fuertes y no traicionéis a vuestros aliados. Marchemos contra aquellos que nos ultrajan, y esperemos tener a los dioses de nuestra parte (I, 86).

Con la excusa de que no podía determinar qué facción era la más aceptada y el «deseo de empujarlos a la guerra a través de la demostración directa de su opinión», el éforo llamó a la votación. Cuando se hizo el recuento, una vasta mayoría votó que los atenienses habían quebrantado la paz; de hecho, era un voto a favor de la guerra.

¿Por qué decidieron los espartanos lanzarse a lo que podría ser un largo y difícil conflicto contra un oponente excepcionalmente poderoso, si no se enfrentaban a ninguna amenaza inminente ni alcanzarían beneficios tangibles, y si ni siquiera habían sufrido daños directos? ¿Qué factor había minado la mayoría conservadora espartana, guiada por Arquidamo, un monarca prudente y respetado, y normalmente favorable a la paz? Tucídides opina que los espartanos votaron por la lucha no tanto por estar convencidos de los argumentos de sus aliados, sino «por miedo a que los atenienses se hicieran aún más fuertes, pues veían que la mayor parte de Grecia ya estaba en sus manos» (I, 88). Su explicación general del origen de la guerra fue la siguiente: «Según creo, la razón más cierta, y de la que menos se ha hablado, es que el auge de Atenas se presentaba como objeto del temor espartano: ello les obligó a ir a la guerra» (I, 23, 6).

Sin embargo, los hechos demuestran que el poder ateniense no se había acrecentado durante los doce años transcurridos entre la paz y la batalla de Síbota, como tampoco había sido agresiva su política exterior, hecho ya reconocido por los propios corintios en el año 440. El único aumento del poderío ateniense se había producido en el 433 como resultado de su alianza con Corcira, alcanzada tras la iniciativa corintia tomada contra el consejo de Esparta. En ese caso, había quedado patente que los atenienses habían actuado con recelo y a la defensiva, en su intento por impedir que los corintios causaran un cambio aún mayor en el equilibrio de poderes.

Pero los pueblos en crisis actúan también movidos por el temor de futuras amenazas. Tal fue el

caso de los espartanos, cuyo estado de alarma aumentó al parecerles que «la supremacía de los atenienses crecía a las claras y comenzaba a entrometerse con los aliados. Así pues, la situación se hizo insoportable y los espartanos decidieron entrar en acción con toda su fuerza para destruir, si todavía podían, el poder de Atenas, e iniciar la guerra» (I, 118, 2). Las tres versiones de la explicación de Tucídides justifican el análisis de los motivos fundamentales que gobernaban las relaciones entre las distintas ciudades-estado: temor, honor y beneficios. El interés más profundo de los espartanos les obligaba a mantener la integridad de la Liga del Peloponeso y su propio liderazgo dentro de ella. Su mayor preocupación era que el poder y la influencia crecientes de los atenienses les permitirían continuar importunando a los aliados de Esparta, hasta el punto de hacer—les abandonar la Liga del Peloponeso para buscar su propia defensa, con lo que se disolvería la Liga y la hegemonía espartana. El honor de los espartanos, la concepción que tenían de ellos mismos, no sólo dependía del reconocimiento de su primacía, sino también del mantenimiento de su política distintiva, cuya integridad descansaba a su vez en los mismos factores. Por lo tanto, Esparta estaba dispuesta a exponerse a los grandes sacrificios derivados de la contienda a fin de salvaguardar una alianza creada precisamente para evitar ese peligro. El hacerlo significaba servir a los intereses de los aliados, aun a riesgo de que esos mismos intereses amenazaran su propia seguridad. No sería la última vez en la historia que el líder de una alianza es arrastrado por aliados menores a adoptar políticas que no habría elegido por sí mismo.

Los éforos siguieron los dictados de la Asamblea y convocaron un encuentro de la Alianza Espartana para emitir un voto formal sobre la guerra. Los aliados, entre los que faltaron algunos, no se reunieron hasta agosto; presumiblemente, los que permanecieron en sus ciudades no estaban de acuerdo con su propósito. De entre los que asistieron, una mayoría (aunque no tan grande como la descrita por Tucídides en la Asamblea espartana) votó a favor de la guerra. Por lo tanto, no todos los aliados llegaron a la conclusión de que la guerra era inevitable o justa; no todos juzgaron que la empresa sería fácil o tendría éxito, ni pensaron que era necesaria.

Los espartanos y sus aliados podrían haber lanzado una invasión en ese momento y haber cumplido su promesa a los potideatas con sólo unos meses de retraso. Los preparativos para una invasión de este tipo eran simples, y no habrían necesitado más que unas pocas semanas; además, septiembre y octubre habrían proporcionado unas condiciones meteorológicas favorables para presentar batalla o para arrasar las poblaciones, en caso de que los atenienses rehuyeran la lucha. Aunque las cosechas de grano de Atenas ya se habían recolectado, todavía había tiempo de infligir daños serios a sus vides, olivos y a las granjas situadas en las afueras de la ciudad. Si los atenienses buscaban un compromiso, tal como esperaban los espartanos, una invasión en septiembre los incentivaría en gran manera.

Sin embargo, los espartanos y sus aliados no emprendieron acciones militares durante casi un año. En este lapso de tiempo, enviaron tres misiones diplomáticas a Atenas, de entre las cuales al menos una parece haber entrañado un esfuerzo sincero para evitar la guerra. La larga espera anterior al comienzo de las hostilidades y el continuo intento por negociar sugieren que los argumentos sobrios y prudentes de Arquidamo, una vez extinguida la emoción del debate, habían surtido efecto y habían devuelto el ánimo de Esparta a su habitual conservadurismo. Quizás aún estaba a tiempo de impedir la contienda.

LA DECISIÓN DE COMBATIR DE LOS ATENIENSES

La primera misión espartana en Atenas, probablemente a finales de agosto, solicitó que los atenienses «acabaran con la maldición de la diosa», en referencia a una acto sacrílego cometido dos siglos atrás por un miembro de la familia de Pericles por línea materna, con la que éste se hallaba muy vinculado. Los espartanos tenían la esperanza de que con este incidente se le culparía de los problemas de Atenas y quedaría desacreditado, ya que «era el hombre más poderoso de su tiempo y el líder de su comunidad; se oponía en todo a los espartanos y no permitía concesiones, sino que empujaba a su pueblo a la guerra» (1, 127, 3). De hecho, Pericles siempre se había opuesto a

cualquier concesión sin arbitraje previo; cuando los espartanos y sus aliados votaron por la guerra, rechazó seguir negociando al considerarla como una mera maniobra táctica con el propósito de minar la resolución de los atenienses.

La respuesta labrada por Pericles pedía a cambio que los espartanos pagaran no por una, sino por dos antiguas faltas religiosas y expulsaran a las partes responsables. El primer sacrilegio se refería a la matanza de un grupo de ilotas que habían buscado refugio en un templo, además de llamar la atención sobre el hecho de que los espartanos, que hacían la guerra con la consigna de «libertad para los griegos», gobernaban despóticamente sobre un gran número de ellos en su propio territorio. El segundo traía a colación las acciones de un monarca espartano que había tiranizado a sus compatriotas antes de pasarse traicioneramente a los persas.

Los espartanos enviaron nuevas misiones diplomáticas con la tarea de realizar algunas peticiones, aunque finalmente optaron por sólo una: «Proclamaron pública y claramente que, si los atenienses derogaban el decreto de Megara, no habría guerra» (I, 139, 1). El abandono de su postura anterior indica claramente un cambio del clima político espartano desde la votación de la guerra. Plutarco afirma que Arquidamo «intentó calmar las quejas de los aliados pacíficamente para suavizar su enfado» *(Pericles,* XXIX, 5), pero ni el rey ni sus opositores tenían una posición de poder. Arquidamo, aparentemente, tenía apoyos suficientes para forzar una continuación de las negociaciones, pero sus adversarios continuarían solicitando concesiones no sometidas a arbitraje. Así pues, el compromiso de Corinto pasaba por seguir rechazando el arbitraje, pero los requerimientos de Atenas habían quedado reducidos precisamente a ello.

Esta condición supondría por tanto traicionar los intereses corintios y, apoyando a los megareos, los espartanos demostrarían su poderío y su fiabilidad como líderes de la Alianza, además de aislar a Corinto. Si bajo estas circunstancias, los corintios amenazaban con segregarse, tanto Arquidamo como la gran mayoría de los espartanos estaban dispuestos a permitírselo. Esparta, incluso arriesgando su propia seguridad, estaba haciendo un gran esfuerzo por evitar la guerra; ahora, la decisión quedaba en manos de Atenas, a la que se solicitaba tan sólo que retirara el decreto de Megara.

La oferta espartana llegó a convencer a muchos atenienses, que cuestionaron la sensatez de que la ciudad entrara en guerra por tal decreto, el cual era en origen una simple maniobra táctica y por el que, sin duda alguna, no valía la pena luchar. Sin embargo, Pericles se mantuvo firme e insistió en el arbitraje que requería el Tratado, aunque tampoco pudo ignorar la presión de dar una respuesta conciliadora. Ésta vino de la mano de un decreto formal, enviado como defensa de la actuación ateniense a Megara y a Esparta, y que recogía las acusaciones oficiales que ostensiblemente habían provocado el embargo. «Pericles propuso un decreto que contenía la justificación razonable y humana de su política», dice Plutarco *(Pericles,* XXX, 3). El líder ateniense explicó su rechazo a rescindir el embargo haciendo referencia a una ley ateniense, oscura y obsoleta, que prohibía retirar la tabla que contenía el decreto. Los espartanos respondieron sagazmente: «No la retires, pues; ponla boca abajo, porque no hay ley que lo prohíba» *(Pericles,* XXX, 1-3). Pero Pericles se aferró a su línea y conservó la mayoría.

Finalmente, los espartanos enviaron un ultimátum: «Deseamos la paz, y habrá paz si dais autonomía a los griegos» (I, 139, 3). Esto equivalía a solicitar la disolución del Imperio ateniense; aunque lo que Pericles prefería era que la discusión en la Asamblea de Atenas se ciñera estrictamente a este requerimiento, inaceptable a todas luces, sus adversarios pudieron establecer los términos del debate. Los atenienses «decidieron dar una respuesta tras haber deliberado cada aspecto de una vez por todas». Muchos tomaron la palabra: unos, con el razonamiento de que la guerra era necesaria; otros, alegando que «el decreto no debía ser un obstáculo para la paz, y por tanto debía ser derogado» (I, 139, 4).

La defensa que hizo Pericles de su línea política, que descansaba públicamente en lo que podía parecer un tecnicismo legal, albergaba en realidad un fundamento mucho más racional. Los espartanos rechazaban sistemáticamente someterse al arbitraje, tal como el Tratado requería, y buscaban en cambio imponer su planteamiento por medio de la amenaza o la fuerza. «Quieren solventar las diferencias a través de la guerra y no de la discusión. Y ahora han venido aquí no ya a

presentar sus reclamaciones, sino a darnos órdenes... Tan sólo un rechazo llano y manifiesto de sus demandas les dejará claro que deben tratarnos como iguales» (I, 140, 2, 5). Pericles estaba dispuesto a ceder en un punto específico; si los espartanos se sometían al arbitraje en la causa de Corinto, él estaría obligado a aceptar su decisión. No obstante, lo que no podía permitir era la interferencia directa de los espartanos en los asuntos del Imperio ateniense en Potidea y Egina o con las políticas comerciales e imperiales representadas por el decreto de Megara. De hecho, una concesión así supondría que la hegemonía de Atenas en el Egeo y el control de su Imperio necesitaban del permiso espartano. Si los atenienses cedían ahora bajo las amenazas de Esparta, abandonarían sus demandas de igualdad y quedarían expuestos a futuros chantajes. Pericles expresó cuidadosamente este peligro en su discurso ante la Asamblea:

> Que ninguno de vosotros piense que vais a la guerra por un motivo carente de importancia (que no deroguemos el decreto megárico, cuya revocación esgrimen como la ocasión de evitar la contienda) y que nadie se sienta culpable por ir a la lucha por una nimiedad, porque esta nimiedad contiene la confirmación y la prueba de vuestra resolución. Si cedéis ahora a sus pretensiones, inmediatamente os exigirán mayores concesiones, puesto que la primera la habréis hecho por miedo (I, 140, 4-5).

Para muchos espartanos, así como para algunos atenienses, debió de ser difícil entender por qué un decreto insignificante merecía tal grado de compromiso militar. ¿Estaba justificada la posición de Atenas? Los agravios actuales sólo eran importantes en cuanto que estaban relacionados con las discrepancias entre las dos partes; la petición innegociable de Esparta no conllevaba en sí misma nada que fuese relevante material o estratégicamente. Si los atenienses hubieran retirado el decreto de Megara, la crisis probablemente se hubiera evitado; así pues, las circunstancias habrían alimentado la continuación de la paz. La traición de Esparta a Corinto habría conducido a un enfriamiento entre ambos Estados, e incluso a una ruptura lo bastante seria como para haber distraído a los espartanos de su conflicto con Atenas. Podrían haber surgido más problemas en el Peloponeso, como ya había sucedido en el pasado. Cuanto más tiempo se pudiera prolongar la paz, mayor sería la oportunidad de que todo permaneciera dentro del statu quo.

Por su parte, una de las facciones de Esparta, con una antigüedad de más de medio siglo e implacablemente hostil al imperio, seguía mostrándose suspicaz hacia los atenienses. Una concesión por parte ateniense quizás habría calmado por un tiempo ala mayoría de los espartanos, pero los enemigos de Atenas nunca dejarían de formar una fuerza perniciosa. En el año 431, el acatamiento de los deseos de Esparta sólo habría fomentado su intransigencia, además de haber asegurado casi con toda seguridad un enfrentamiento futuro.

Para Pericles, estas consideraciones eran primordiales, pero su decisión descansaba en la estrategia que había formulado para entrar en guerra. La estrategia no es sólo cuestión de planificación militar, como puede serlo la táctica. Los pueblos y sus líderes recurren a las guerras para conseguir metas que no han logrado por otros medios, y formulan sus planteamientos con la creencia de que alcanzarán esos fines mediante la fuerza de las armas. Sin embargo, antes del inicio de la contienda, con otro tipo de estrategias podrían haber obtenido efectos diferentes en las propias decisiones que o conducirían a la conflagración o la evitarían. Durante la crisis de 432431, tanto Atenas como Esparta optaron por caminos que, sin darse cuenta, llevaban inevitablemente a la lucha.

El patrón bélico habitual entre los Estados griegos era que una falange marchara sobre territorio enemigo, donde le salía al encuentro la falange contraria. Los dos ejércitos chocaban y, en el transcurso de un solo día, todo quedaba decidido. Como las fuerzas de Esparta superaban en buen número a las de Atenas, los espartanos se mostraban confiados, y con razón, si los atenienses les atacaban a la manera clásica; lo que sin lugar a dudas harían, pensaba la mayoría de Esparta. Si elegían un curso de acción diferente, los espartanos estaban seguros de que en un año, o dos, o incluso tres, el saqueo del territorio ático traería la batalla decisiva que buscaban o la rendición de Atenas. Al principio de la guerra, los espartanos, en la misma medida que el resto de los griegos,

estaban convencidos de que esta estrategia ofensiva garantizaba una victoria rápida y segura. Si hubieran pensado que tendrían que combatir en una guerra con resultado incierto, larga, difícil y costosa, como Arquidamo y los atenienses les advertían, tal vez habrían actuado de forma diferente.

No obstante, Pericles diseñó una novedosa estrategia, que fue posible gracias al carácter único y a la importancia del poder de los atenienses. Su armada les permitía gobernar un imperio, y éste les procuraba unos ingresos con los que podían sostener su supremacía marítima y obtener cualquier tipo de mercancía necesaria a través del comercio o de la compra. Aunque las tierras y las cosechas del Ática eran vulnerables ante un ataque, Pericles había convertido la propia Atenas prácticamente en una isla por medio de la construcción de los Muros Largos, los cuales conectaban la ciudad con su puerto y base naval del Pireo. En la fase en que se encontraba la maquinaria bélica griega de sitio, la defensa de las murallas las hacía inexpugnables; así pues, si los atenienses elegían replegarse en el interior de su ciudad, podían permanecer a salvo, y los espartanos nunca podrían llegar a ellos ni derrotarlos.

La estrategia de Pericles, que Atenas estuvo utilizando hasta su muerte, era fundamentalmente defensiva, aunque también contenía algunos elementos ofensivos limitados. Pericles estaba convencido de que «si los atenienses permanecían tranquilos, dedicaban sus esfuerzos a la marina, y no trataban de ampliar su imperio durante la guerra ni ponían en peligro la ciudad, ellos serían los vencedores» (II, 65, 7). Por lo tanto, rechazarían la lucha en tierra, abandonarían sus campos y se refugiarían tras los muros mientras los espartanos devastaban sus tierras sin resultado. Entretanto, la armada ateniense lanzaría una serie de ataques sobre las costas del Peloponeso que no estarían destinados a infligir un daño serio, sino a acosar y a hostigar al enemigo para darle a probar la des—micción que los atenienses podían provocar si así lo deseaban. La intención era demostrar, tanto a Esparta como a sus aliados, que no tenían recursos para vencer a Atenas, a la vez que los agotaban, no en lo físico o lo material, sino psicológicamente. Las divisiones naturales en la organización poco definida de la Alianza espartana, tales como la existente entre los Estados costeros, más vulnerables, y los del interior, mucho más seguros, les costaría muchas discrepancias. Pronto quedaría patente que los peloponesios no podían vencer, y por tanto se negociaría la paz. La facción belicista espartana, desacreditada a conciencia, perdería fuerza a favor de los grupos razonables que habían preservado la paz desde el año 445. Atenas podría esperar entonces una era de paz fundamentada firmemente en el conocimiento de su enemiga de que era incapaz de lograr una victoria.

Este plan casaba mejor con el carácter de Atenas que la tradicional confrontación entre las falanges de infantería; no obstante, también contenía serios defectos, que acabarían contribuyendo al fracaso de la estrategia diplomática disuasoria de Pericles. El primer punto débil era básicamente su falta de credibilidad. Los acontecimientos demostrarían que Pericles era capaz de persuadir a los atenienses para que adoptasen su plan y mantenerlo tanto tiempo como durara su liderazgo, pero pocos espartanos, o incluso pocos griegos, creerían en su viabilidad hasta que lo vieran puesto en práctica. Los atenienses, por ejemplo, tendrían que soportar insultos y acusaciones de cobardía lanzados por el enemigo tras sus muros. Esto representaría una violación del conjunto de la experiencia cultural griega y de su tradición heroica, que situaba el valor en el combate por encima del resto de virtudes. Además, un gran número de atenienses vivía en el campo y debería contemplar con pasividad, tras la protección de las murallas, cómo el enemigo destruía sus cosechas, dañaba sus árboles y viñas, y saqueaba y quemaba sus hogares. Ningún ciudadano que tuviera la posibilidad de resistirse habría podido desear eso; poco más de una década atrás, los atenienses habrían salido a luchar antes que permitir una devastación de tal calibre.

La segunda debilidad del plan era que sería difícil convencer a los atenienses de ir a la guerra con una estrategia así, y aún sería más complicado mantener su compromiso una vez estallara la contienda. Cuando los espartanos invadieron el territorio, los atenienses se sintieron «abatidos y molestos por tener que abandonar los hogares y templos que siempre habían sido suyos, reliquias ancestrales de regímenes pasados, y encarar un cambio en su modo de vida, pues no era sino su propia ciudad lo que se abandonaba» (II, 16, 2). Cuando los invasores se acercaron a Atenas, muchos ciudadanos, especialmente los jóvenes, insistieron en combatir y se revolvieron llenos de

ira contra Pericles, «porque, al no conducirles a la batalla, le creían culpable de cuanto les pasaba» (II, 21, 3). Finalmente, Pericles se vio obligado a utilizar su gran influencia para evitar la reunión de la Asamblea, «con el temor de que, si llegaban a reunirse, cometerían un error al actuar movidos por la rabia, no por la razón» (II, 22, 1).

Salvo Pericles, nadie hubiera podido convencer a los atenienses para que adoptaran un plan así y se ciñeran a él. Ya estaba en la sesentena, no obstante, y si la crisis no pasaba pronto o volvía a estallar tras su muerte, no sería posible continuar con una estrategia así; la alternativa significaría la derrota casi segura. Estos pensamientos pudieron hacer más intransigente la diplomacia de Pericles.

El plan ateniense todavía tenía otro punto flaco. A primera vista, la propuesta se mostraba especialmente conveniente: puesto que Atenas tenía fines defensivos, también debía adoptar una estrategia defensiva. Sin embargo, como el fin más deseable era evitar la guerra por medios disuasorios, el plan defensivo no era el más adecuado. El objetivo de la disuasión es crear en el enemigo tal temor, que le obligue a rechazar la batalla; pero poco tuvieron que temer los espartanos con la estrategia que les presentó Pericles. Si, por ejemplo, Atenas rehusaba combatir, el único coste para los espartanos sería hacer el esfuerzo de desplazarse al Ática por unos meses, durante los cuales arrasarían y destruirían todo lo que pudieran. Si los atenienses se trasladaban al Peloponeso, poco desgaste podrían causar, a no ser que levantaran fortificaciones y se quedaran durante un considerable período de tiempo. Si construían fuertes alejados de la costa, sus tropas podrían ser cercadas y morirían de hambre; si lo hacían en el litoral, se les podría aislar, lo que les impediría causar un daño serio. Nada de esto representaría un deterioro costoso o doloroso para Esparta. Las personas más perspicaces debieron de haber visto que, con el paso del tiempo, los atenienses podrían haber dañado al menos las ciudades costeras con incursiones e interferencias dañinas en el comercio; a su vez, la incapacidad de Esparta para protegerlos habría erosionado su liderazgo en la Alianza, lo que habría alentado defecciones peligrosas. Pero no eran muchos los atenienses que podían imaginarse esa posibilidad en un futuro próximo que parecía tan poco prometedor.

Aun así, si los atenienses hubieran sido capaces de diseñar un plan ofensivo adecuado y prever su desenlace, tal vez no habrían entrado en guerra, pero esa opción no tenía cabida en los planes de Pericles. Sin una gran ofensiva obvia y creíble, la estrategia de la disuasión quedaba coja y condenada al fracaso.

Si hubiera creído que necesitaba una ofensiva mayor para evitar la guerra, Pericles no habría impuesto el decreto de Megara o lo habría retirado, tal corno habían solicitado los espartanos, a pesar de que con ello hubiera aceptado el coste de riesgos futuros. No obstante, Pericles confiaba en que su estrategia defensiva tendría éxito, así que se mantuvo firme en ella. Incluso llegó a convencer a los atenienses de que adoptaran su propio discurso en la respuesta que finalmente darían a los espartanos: «No actuarían al dictado de sus órdenes, pero sí estarían dispuestos a someterse a un arbitraje a partir de la igualdad recíproca, según el Tratado» (I, 145, 1).

PARTE II

LA GUERRA DE PERICLES

Es costumbre referirse a los diez primeros años de la contienda como la «Guerra de Arquidamo» o «Guerra arquidámica»; esto se debe al nombre del monarca espartano que comandó las primeras invasiones del Ática. No obstante, en lo referente a la génesis de la contienda y a las estrategias que se adoptaron, Arquidamo no dejó de ser un actor de segunda fila. Una denominación más certera sería la de «Guerra de los Diez Años», aunque su primera parte también se podría bautizar como la «Guerra de Pericles», pues el líder ateniense fue la figura dominante en sus inicios y su primer protagonista. A pesar de que la diplomacia de Pericles aspiraba a evitar la guerra contra Esparta y sus aliados, el estallido del conflicto en el año 431 bien merecería llevar su nombre. El fracaso de su plan de moderación y disuasión desembocó en la guerra, mientras que las estrategias que él mismo había formulado y apoyado modelarían el curso de sus primeras campañas. Los atenienses no se apartarían de ellas ni buscarían alternativas hasta pasados varios años de la muerte de Pericles. Incluso tras su desaparición, su influyente sombra se proyectaría sobre su curso y sobre el comportamiento de muchas de sus figuras principales.

Capítulo 5

Objetivos y recursos bélicos (432-431)

ESPARTA

El lema de Esparta para entrar en guerra era: «La libertad de los griegos» (II, 8, 4), lo que venía a significar la destrucción del imperio ateniense y la liberación de las ciudades-estado sobre las que gobernaba. Más allá del discurso propagandístico orientado hacia la opinión pública, Tucídides relata que el verdadero motivo de Esparta era su temor hacia el creciente poder de los atenienses; «así pues, los espartanos consideraron que debían intentar quebrar el poder de Atenas si les era posible y emprender la guerra» (I, 118, 2). Entre los espartanos, también había quienes buscaban la restauración de su anterior posición como único Estado hegemónico dentro del mundo griego, y el honor y la gloria que ello suponía.

Por lo tanto, la consecución de estas metas requería la destrucción de los recursos clave de Atenas: sus murallas, que hacían a la ciudad invulnerable frente al ejército de Esparta; su flota, que le otorgaba el control de los mares; y su imperio, que proporcionaba el dinero necesario para el mantenimiento de la armada. Una victoria que no consiguiera culminar estos objetivos tendría un valor limitado; así pues, Esparta debía optar por una estrategia ofensiva.

La Alianza espartana incluía a la gran mayoría de ciudades-estado del Peloponeso, así como a los megareos en la frontera nororiental, a los beocios, a los locros ozolos, a los focenses de la Grecia central y, en el oeste, a las colonias corintias de Ambracia, Léucade y Anactorio *(véanse* mapas 10 y 11). En Sicilia, los espartanos también se habían aliado con los habitantes de Siracusa y con los de todas las ciudades dorias, a excepción de Camarina; y en Italia, con Locros y su propia colonia de Taras. Sin embargo, el corazón de la Alianza lo formaba su esplendida infantería pesada, compuesta sobre todo por peloponesios y beocios, dos o tres veces mayor que la falange hoplita ateniense y considerada en muchos aspectos la mejor del mundo. La estrategia de los espartanos descansaba en su confianza, en la imbatibilidad de un ejército tan formidable.

Al principio de la guerra, Pericles llegó a admitir que en una única batalla el ejército peloponesio podía aplastar al resto de Grecia. En el año 446, tras la invasión perpetrada por el ejército espartano sobre el Ática, los atenienses habían elegido no combatir y sellar la paz mediante el abandono de las posesiones imperiales en la Grecia central y la concesión del dominio espartano sobre el territorio continental. Este precedente ayuda a explicar por qué la facción belicista espartana no quedó convencida con los argumentos planteados por el rey Arquidamo a favor de la cautela. Para ellos, el enfoque tradicional era el único sinónimo de éxito: sólo necesitaban invadir el Ática durante la estación de cultivo, y los atenienses, o bien se rendirían como en el año 446 o, si el coraje se lo permitía, saldrían a luchar y se les derrotaría. En cualquier caso, la guerra sería breve y la victoria de Esparta, segura.

No obstante, la presunción espartana se apoyaba en antiguas ideas y dejaba de lado el hecho de que la creación de un imperio por parte de Atenas y sus subsiguientes rentas, su vasta armada bien entrenada y la construcción de las murallas de la ciudad de Atenas y los Muros Largos, que la conectaban con el puerto fortificado del Pireo, equivalían a lo que hoy llamaríamos una revolución militar, lo que les permitía adoptar un nuevo estilo de hacer la guerra contra el cual los métodos tradicionales se mostrarían inútiles. Sin embargo, los espartanos no querían o no podían ajustarse a las nuevas realidades bélicas.

Algunos creían que Atenas, a diferencia de cualquier otra ciudad griega, no elegiría el enfrentamiento, aunque tampoco la rendición inmediata, pero la gran mayoría confiaba en que ni

siquiera los atenienses podrían aguantar un asedio durante mucho tiempo. Cuando estalló la guerra, los espartanos esperaban que «destruirían la hegemonía ateniense en pocos años si arrasaban sus cultivos» (V, 14, 3). Muchos griegos se mostraron de acuerdo con este planteamiento: si los peloponesios invadían el Ática, «algunos pensaron que Atenas aguantaría un año; otros, dos; pero ninguno más de tres» (VII, 28, 3).

En cualquier caso, Arquidamo confiaba en que Atenas podía resistir indefinidamente sin presentar batalla ni rendirse, por lo que la superioridad de la infantería pesada peloponesa no era garantía de victoria. No obstante, la estrategia alternativa de incitar a la rebelión a lo largo y ancho del imperio necesitaba una flota capaz de derrotar a los atenienses en el mar, y eso requería la financiación suficiente. Sin embargo, Arquidamo señaló que los peloponesios no tenían «dinero en el tesoro público ni forma alguna de recaudarlo a través de impuestos» (I, 80, 4). Cuando comenzó la guerra, los peloponesios poseían un centenar de trirremes, pero carecían de remeros, de timoneles y de capitanes diestros en las técnicas de la guerra naval moderna, perfeccionadas por los atenienses. En cualquier combate marítimo, los peloponesios serían inferiores en naves, tácticas y efectivos.

Los corintios intentaron plantear argumentos para contrarrestar tales planteamientos, pero la mayoría de sus propuestas resultaban imposibles de llevar a la práctica. Éstas se redujeron a meras intenciones, ya que finalmente no hicieron sino confiar en que «existen otros medios que ahora no se pueden prever» (I, 122, 1) y en el carácter imprevisible de la guerra, «pues ella misma ingenia sus propios recursos de acuerdo con las circunstancias» (I, 122, 1).

ATENAS

En la historia de Grecia jamás había tenido lugar una guerra defensiva como la ideada por Pericles, sin duda porque no había habido ningún Estado anterior a la democracia imperial ateniense que dispusiera de los medios necesarios para llevarla a cabo. A pesar de todas las dificultades que planteaba, era mejor que el método tradicional de hacer la guerra. Cualquier plan de presentar al enemigo batalla por tierra habría sido una locura, debido a la gran ventaja numérica de los peloponesios. En los inicios de la guerra, los atenienses contaban con un ejército de trece mil hombres de infantería en edad de ser llamados a filas (de los veinte a los cuarenta y cinco años) y en condiciones de entrar en batalla, y otros dieciséis mil hombres por encima o por debajo de la edad requerida para servir en las falanges, y que podían encargarse de los fuertes fronterizos y de los muros que rodeaban Atenas y la conectaban al Pireo. Plutarco cuenta que el ejército espartano que invadió el Ática en el año 431 ascendía a sesenta mil hombres *(Pericles,* XXXIII, 4). Aunque esta cifra es a todas luces demasiado alta, las fuerzas espartanas debieron de superar a los hoplitas atenienses en proporción de dos o tres a uno.

Por parte de Atenas, su poder y sus esperanzas se basaban en su magnífica armada. En los muelles de los astilleros descansaban al menos trescientos barcos de guerra en condiciones de hacerse a la mar, así como otros muchos que podían ser reparados y utilizarse en caso de necesidad. Sus aliadas libres, Lesbos, Quíos y Corcira, podían también proporcionar naves, quizá más de un centenar en total. Contra una flota de tal tamaño, los peloponesios sólo tenían cien embarcaciones, y la pericia y la experiencia de sus tripulaciones no era rival en comparación con las de los atenienses, como quedaría probado una y otra vez durante la primera década de la contienda.

Pericles sabía que la clave de la guerra naval era contar con el dinero suficiente para construir y mantener la flota y pagar a la marinería. En esto, Atenas también disfrutaba de una amplia ventaja. Los ingresos anuales de la ciudad en el año 431 ascendían a unos mil talentos de plata, de los que cuatrocientos provenían de las rentas internas y seiscientos de los tributos y demás recursos

imperiales.[4] Aunque se disponía de unos seiscientos talentos anuales para gastos bélicos, tal cantidad no sería suficiente para sostener el plan de Pericles. Atenas también tendría que echar mano de las reservas, y aquí, de nuevo, se hallaba excepcionalmente bien dotada. En los albores de la guerra, el tesoro de Atenas albergaba seis mil talentos en moneda acuñada en plata, alrededor de quinientos en oro y plata sin acuñar, y otros cuarenta en el pan de oro que recubría la estatua de Atenea en la Acrópolis, al cual se podía recurrir en caso necesario. Contra esta riqueza sin par, los peloponesios no podían competir. Pericles tenía razón al afirmar ante los atenienses que «los peloponesios carecen de dinero, ya sea público o privado» (I, 141, 3). Esta máxima también podía aplicarse a sus aliados; y aunque los corintios estaban mejor situados que los demás, tampoco poseían fondos de reserva.

Para poder evaluar la viabilidad financiera del plan de Pericles necesitamos conocer cuánto tiempo esperaba que aguantaran los espartanos. Pocos han sido los estudiosos que han investigado esta cuestión, suponiendo que una guerra de diez años entrara dentro de sus cálculos. Esta idea se basa parcialmente en el discurso de Pericles a los atenienses en vísperas de la guerra, en el que insistió en que los peloponesios «no tenían experiencia en una guerra naval o en un conflicto tan largo en el tiempo; sólo se atacan unos a otros durante cortos períodos de tiempo a causa de su pobreza» (I, 141, 3). Aunque tenía motivos para argumentar que carecían de los recursos necesarios para lanzar el tipo de campaña que podía poner en peligro al Imperio ateniense, tampoco se podía evitar que invadieran anualmente el Ática. Esas empresas no duraban más de un mes, y su único coste era el rancho de la soldadesca.

Podemos llegar a estimar el gasto anual medio de la estrategia de Pericles si examinamos el primer año de la contienda, cuando éste controlaba el gobierno de la ciudad y su plan se aplicaba minuciosamente. Fue un año con un gasto tan reducido como lo podía ser mientras Atenas estaba en forma. Cuando los peloponesios invadieron el Ática en el año 431, los atenienses enviaron cien naves a rodear el Peloponeso. Un escuadrón de treinta embarcaciones fue enviado a proteger la isla de Eubea, enclave vital para los planes de Atenas, junto con las setenta que ya se encontraban bloqueando Potidea. En total, ese año entraron en servicio doscientos nuevos trirremes atenienses. El mantenimiento mensual de una embarcación en activo equivalía a un talento, y solían hacerse a la mar por un período de ocho meses; aunque, por ejemplo, en el caso del bloqueo de Potidea, las naves tuvieron que permanecer en servicio posiblemente a lo largo de todo un año. Estas estimaciones sumarían un gasto bélico anual de la flota de mil seiscientos talentos. A esto se debería añadir el gasto militar, cuya mayor parte se destinó a Potidea. En su asedio, no se bajó nunca de los tres mil hombres en infantería, en algunos momentos incluso más; un cálculo conservador ofrece un total de unos tres mil quinientos efectivos. Los soldados recibían un dracma diario y otro para sus criados, por lo que el coste del ejército era de siete mil dracmas, es decir un talento y un sexto al día como mínimo. Si multiplicamos esta cantidad por trescientos sesenta, un número redondo anual, se alcanzan los cuatrocientos veinte talentos. Con toda seguridad, también había más gastos militares que no necesitan reseñarse aquí en detalle, pero si sólo incluyéramos los costes navales y los de las tropas de Potidea, llegaríamos a una cifra anual de dos mil talentos (otros dos cálculos basados en datos diferentes arrojan cifras similares).

Así pues, Pericles debió de calcular que, en una guerra de tres años de duración, la ciudad debería desembolsar unos seis mil talentos.

Durante el segundo año, los atenienses votaron por apartar mil talentos de los seis mil de sus reservas para usarlos sólo en caso de que «el enemigo realizase un ataque naval contra la ciudad y hubiera que defenderla» (11, 24, 1), con castigo de pena de muerte contra aquel que propusiera destinarlos a otro propósito. Esto nos deja con una reserva de fondos disponibles en el tesoro de cinco mil talentos; si incluimos los tres años de ingresos imperiales adicionales del período (unos mil ochocientos talentos), se alcanza un presupuesto militar potencial de seis mil ochocientos

[4] El talento representaba un peso determinado en plata. Es imposible ofrecer un equivalente monetario actual, pero puede resultar útil saber que un talento era el coste de la paga de un mes de toda la tripulación de un barco de guerra, que equivalía a seis mil dracmas, y que un dracma era el jornal de un día de trabajo de un artesano en Atenas.

talentos. Así pues, la estrategia de Pericles podría mantenerse durante tres años, pero no durante cuatro.

Pericles conocía estas limitaciones, por lo que no pudo haber previsto una campaña que se extendiera durante diez años, ni mucho menos los veintisiete que finalmente llegó a durar. Su objetivo ulterior era empujar a Esparta, el Estado con auténtico poder de decisión dentro de la Liga del Peloponeso, a un cambio de estrategia. El persuadir a los espartanos de que consideraran la paz requería ganar para sí a tres de los cinco éforos. Para conseguir que éstos y la Asamblea espartana aceptaran la paz, los atenienses sólo necesitaban ayudar a restaurar la mayoría natural, conservadora y pacífica, que mantenía el equilibrio de Esparta dentro de la Liga del Peloponeso.

Bajo esta luz, el plan de Pericles parecía cobrar sentido. El monarca espartano, Arquidamo, ya había advertido a sus gentes sin éxito que las expectativas sobre el carácter de la guerra que se avecinaba estaban equivocadas: los atenienses no se enzarzarían en una batalla cuerpo a cuerpo y los espartanos no tenían otras opciones que les permitieran enfrentarse al nuevo desafío ateniense. La táctica de Pericles tenía como objetivo demostrar a los espartanos que su gobernante no se equivocaba.

El principal problema que Pericles tuvo que afrontar entre sus conciudadanos fue el de tenerlos que controlar para que no llevaran a cabo ataques en el Ática, pues cualquier acción ofensiva de envergadura habría entrado en conflicto con su estrategia: una agresión así no sólo habría alejado la posibilidad de la victoria, sino que también habría provocado al enemigo y habría impedido que Arquidamo impusiera su política frente a la de sus rivales. Sin embargo, una línea de contención en política interior y exterior posiblemente llevaría al poder antes o después a los partidarios de la paz en Esparta.

Pericles debió de esperar que el cambio de opinión en Esparta se produjera relativamente pronto, con toda seguridad no en más de tres campañas, ya que habría sido muy poco razonable que los espartanos hubieran continuado estrellándose infructuosamente contra los muros de piedra de las defensas atenienses. Pero rara vez predomina la razón cuando los Estados y sus gentes han entrado en guerra, por lo que los cálculos objetivos de sus recursos comparativos no suelen servir para predecir el curso de un conflicto que se extiende en el tiempo.

Capítulo 6

El ataque tebano a Platea (431)

Tras el fracaso de la tres misiones espartanas, la contienda comenzó finalmente en el mes de marzo del año 431, en Beocia, siete meses después de la declaración de guerra. Sin embargo, no fue Esparta la que inició las hostilidades, sino Tebas, una de sus aliadas más poderosas. Los tebanos habían discutido y peleado durante siglos con sus vecinos atenienses en el sur. Habían intentado largamente unificar y dominar toda Beocia, pero sus planes se habían visto frustrados por la resistencia de algunas ciudades-estado de la zona, asistidas ocasionalmente por Atenas.

En la primera Guerra del Peloponeso, los atenienses habían derrotado a Tebas en el campo de batalla y habían establecido gobiernos democráticos en la mayoría de las poblaciones beocias, con el consiguiente dominio de parte del territorio tebano durante algunos años. Los tebanos compartían una frontera muy extensa con los atenienses y, en caso de guerra, querían controlar Platea, una pequeña plaza con menos de un millar de habitantes, pero que se presentaba a la vez como peligro y como oportunidad. Su gobierno democrático siempre se había resistido a formar parte de la Liga beocia, la cual se hallaba dominada por la oligarquía de Tebas, y los plateos habían sido leales aliados de Atenas desde el siglo VI. La población ocupaba una posición estratégica: a poco más de trece kilómetros de Tebas y junto a las mejores rutas de comunicación entre Atenas y Tebas *(véase* mapa 4). En manos atenienses, Platea podía utilizarse como base desde donde atacar Tebas y Beocia, y como amenaza a cualquier ejército tebano que intentara entrar en el Ática. Y algo más importante aún, estaba situada en la única vía que sin pasar por territorio ateniense conectaba Tebas con Megara y el Peloponeso. Si Platea continuaba en manos atenienses, cualquier colaboración entre los enemigos de Atenas en la Grecia central y en el Peloponeso quedaría entorpecida. Para Tebas, el comienzo de la guerra también se presentaría como la oportunidad ideal de hacerse con su vieja enemiga, mientras los atenienses estaban ocupados con los peloponesios, por lo que los tebanos tramaron la captura de Platea mediante un ataque sorpresa.

En una noche nubosa a principios de marzo del año 431, unos trescientos tebanos entraron furtivamente en Platea guiados por Nauclides, uno de los líderes de la facción oligárquica plateense, quien con sus seguidores tenía intención de derrocar a los demócratas que estaban en el poder y gobernar en favor de Tebas. Los tebanos esperaban que, desprevenidos, los habitantes de Platea se rendirían pacíficamente, y que, con la promesa de no efectuar represalias, conseguirían que sus habitantes se unieran a ellos. Sin duda, pensaban que preferirían que Platea estuviese gobernada por una oligarquía cercana a Tebas que verla diezmada por las ejecuciones y con la carga de exiliados con ganas de buscar venganza. Por el contrario, los traidores de Platea, seguros de que sus conciudadanos optarían por la lucha, deseaban matar a sus oponentes democráticos de inmediato. Aunque los tebanos pasaron por alto tal advertencia, tan pronto como desapareció la primera impresión del ataque, los plateos empezaron a organizar la resistencia. Gracias a los túneles que conectaban sus casas lograron reunirse para planear el contraataque y, justo antes de la aurora, se precipitaron contra los tebanos, que quedaron atrapados por sorpresa en la oscuridad de una población desconocida.

Un fuerte aguacero había comenzado a caer, y las mujeres de Platea y los esclavos, sedientos de sangre, subieron a los tejados y arrojaron desde allí piedras y tejas contra los invasores. Desorientados, los tebanos tuvieron que huir para poner sus vidas a salvo, pero los habitantes de la ciudad, que conocían cada uno de sus rincones, los persiguieron. Muchos fueron capturados y asesinados, y no transcurrió mucho tiempo antes de que los supervivientes se vieran obligados a rendirse.

Previendo posibles problemas, el ejército tebano tenía planeado acudir en ayuda de los

trescientos hombres de Platea, pero su plan fue todo un fracaso. La lluvia había hecho crecer el río Asopo, el cual separaba Tebas del territorio de Platea, y para cuando el ejército consiguió cruzarlo, los invasores ya habían sido hechos prisioneros. Sin embargo, la mayoría de los plateos tampoco había escapado del peligro, puesto que todavía seguían en sus granjas del campo. Los tebanos planearon tomarlos como rehenes para intercambiarlos por sus soldados de la ciudad, pero los habitantes de Platea amenazaron con dar muerte a los prisioneros a menos que el ejército abandonara su territorio de inmediato. A pesar de que las tropas se batieron en retirada, los plateos ejecutaron a ciento ochenta cautivos. Esta acción, incluso para los cánones tradicionales de la guerra en Grecia, era una atrocidad. La primera de las muchas cuyo horror se iría incrementado conforme pasaron los años. Pero también un ataque por sorpresa y de noche en tiempos de paz se alejaba del código de honor de los guerreros hoplitas y, por lo tanto, no parecía digno de piedad hacia sus perpetradores.

Mientras tanto, gracias a la lección aprendida por el ataque y a los rehenes capturados por los plateos, los atenienses enseguida se dieron cuenta del valor de los prisioneros tebanos. Las ciudades griegas no tomaban la pérdida de sus ciudadanos a la ligera y, además, entre los prisioneros se encontraba Eurímaco, un líder político con influencias en la facción tebana. En cuanto rehenes, debían servir como medida disuasoria para cualquier invasión beocia del Ática, así como en el año 425 un número similar de cautivos espartanos impediría cualquier invasión posterior del territorio ático por parte de Esparta. Sin embargo, el mensaje ateniense por el que se solicitaba a los habitantes de Platea que mostraran compasión por los enemigos llegó demasiado tarde, y la razón sucumbió frente a la pasión. Los tebanos eran ahora libres para buscar venganza, y Atenas se vio obligada a enviar víveres y hoplitas para ayudar a guarnecer la ciudad contra el inevitable ataque tebano. Durante los preparativos, sacaron a la mayoría de las mujeres, a los niños y a los hombres que no podían combatir, y dejaron un destacamento total de cuatrocientos ochenta hoplitas y ciento diez mujeres para cocinar el pan.

LA INVASIÓN ESPARTANA DEL ÁTICA

Como el ataque a Platea significó a todas luces una ruptura de la tregua, los espartanos ordenaron a sus aliados que enviaran dos tercios de sus tropas y se congregaran en el istmo de Corinto para lanzar desde allí la invasión al Ática. El tercio restante debía permanecer en su propio territorio para protegerlo de posibles desembarcos atenienses. El gran ejército sería conducido por el rey Arquidamo, quien quedó conminado a dar lo mejor de sí mismo en aras del patriotismo y el honor.

Incluso tras iniciar la marcha, las acciones del monarca sugieren que no había abandonado la esperanza de evitar el conflicto. El espartano envió un embajador para averiguar si los atenienses se rendirían, ahora que veían que el gran ejército espartano se encontraba camino del Ática. Pericles, sin embargo, promovió un decreto por el que se prohibía la admisión de cualquier heraldo o embajada de los peloponesios mientras su ejército se encontrara en su territorio; así pues, los atenienses rechazaron al enviado de Esparta. Éste, conforme cruzaba la frontera, dijo con un dramatismo nada propio de un espartano: «Este día será el comienzo de grandes desgracias para los helenos» (II, 12, 3).

Arquidamo no tenía más elección que proceder a la invasión. La ruta más rápida desde el istmo era a través de los caminos costeros de la Megáride, hasta Eleusis, para dejar atrás el monte Egáleo y alcanzar la fértil llanura de Atenas. Por el contrario, el monarca espartano se demoró en el istmo, marchó sin prisas, y tras atravesar Megara, no puso rumbo al sur, hacia Atenas, sino que se dirigió hacia el norte para sitiar la población de Énoe, fortaleza ateniense en la frontera beocia *(véase* mapa 4). Énoe era un pequeño enclave fortificado, defendido por muros de piedra con torres, pero no representaba una amenaza para un ejército tan numeroso, de modo que era improbable que entorpeciera los planes de los peloponesios. Sin embargo, su captura no habría sido tarea fácil y habría requerido un sitio prolongado y el consiguiente abandono del principal propósito de la expedición, el saqueo del Ática.

Puesto que el ataque a esta población carecía de sentido estratégico, los motivos de Arquidamo tuvieron que ser de índole política: el monarca todavía esperaba poder eludir la contienda. Durante el año anterior, había defendido un saqueo lento de los territorios áticos. «No penséis —llegó a decir— en su tierra si no es como rehén nuestro, tanto más valiosa cuanto mejor cultivada esté» (I, 82, 4). Los espartanos, que ya le culpaban por una dilación que estaba permitiendo a los atenienses prepararse para la invasión y poner sus ganados y sus propiedades a salvo, intuían las verdaderas intenciones del retraso.

Finalmente, Arquidamo se vio obligado a abandonar el cerco de Énoe y volver al principal objetivo de la invasión peloponesia: la devastación del Ática. Hacia finales de mayo, ochenta días después del ataque tebano sobre Platea, cuando el grano ático estaba maduro, el ejército del Peloponeso se trasladó al sur y comenzó el saqueo de Eleusis y de la llanura de Tría, con el consiguiente corte de cosechas y la destrucción de sus viñedos y olivares.

Arquidamo se desplazó después hacia el este, a Acarnas, en vez de dirigirse hacia el objetivo más evidente: la fértil llanura de Atenas y las posesiones de la aristocracia de la ciudad, donde se podía perpetrar el mayor daño. Marchar sobre esas áreas directamente cercanas a la ciudad habría sido la táctica más provocadora y habría originado la peor presión posible sobre la política de contención de Pericles. Arquidamo seguía confiando en que, en el último momento, los atenienses se atuvieran a razones; quería «mantener cautivas», tanto como le fuera posible, las tierras áticas más preciadas, pero no arrasar sus cosechas.

Mientras, los atenienses seguían el plan de Pericles y abandonaban sus amados campos. Las mujeres y los niños buscaron refugio en la ciudad; los bueyes y las ovejas fueron trasladados a las isla de Eubea, justo frente a la costa este del Ática. Como eran pocos los atenienses vivos que habían presenciado la devastación del ejército de Jerjes en el año 480, muchos se indignaron por estos desplazamientos. «Se sentían molestos y se enfadaron por tener que abandonar los hogares y templos que habían sido siempre suyos, reliquias de la política de otros tiempos, así como tener que cambiar de vida. Nada menos que la propia ciudad era lo que cada uno abandonaba» (II, 16, 2). En un principio, se hacinaron todos dentro de los muros de Atenas. Fue ocupado cada espacio disponible; ni siquiera se libraron los santuarios de las divinidades, incluido el Pelárgico, a los pies de la Acrópolis, a pesar de la maldición del Apolo Pítico, hecho que indudablemente escandalizó a los devotos. Más adelante, los desplazados se trasladaron al Pireo y al área comprendida entre los Muros Largos, aunque las molestias no dejaron de ser extremas.

LOS ATAQUES A PERICLES

En un principio, muchos atenienses esperaban que los peloponesios se retirarían con rapidez sin presentar batalla, como ya hicieran en el año 445, pero conforme el enemigo comenzó a devastar la tierras de Acarnas, a pocos kilómetros de la Acrópolis, el ánimo de Atenas se tornó en ira, dirigida tanto hacia los espartanos como hacia Pericles; a este último se le acusó de cobardía por no encabezar un ejército contra el enemigo.

Cleón, enfrentado a Pericles durante muchos años, fue uno de sus opositores más notables. Pertenecía a una nueva raza de políticos atenienses: carente de sangre aristocrática, pero poseedora de una gran riqueza basada en el comercio y la manufactura, a diferencia del recurso tradicional, la tierra. Estas ocupaciones eran consideradas ordinarias e indignas por la aristocracia, que había dominado hasta entonces la política de Atenas, democrática pero a su vez también clasista. Aristófanes se mofaba de él como curtidor y mercader de pieles, cuya voz de ladrón y camorrista «rugía como un torrente» y recordaba a la de un puerco escaldado. Cleón aparece siempre en sus comedias en un gran estado de irritación, como amante de la guerra que remueve los sentimientos del odio una y otra vez. Tucídides dice de él que era «el más violento de los ciudadanos» (III, 36, 6), y describe su estilo oratorio como áspero y bravucón. Comenta Aristóteles que Cleón «parecía corromper a la gente con sus ataques más que ninguno; era el primero en gritar mientras se hablaba en la Asamblea, el primero en utilizar allí un lenguaje abusivo y en levantarse la túnica (y retirarse)

tras hablar a la multitud, aunque los demás siguieran comportándose de forma adecuada» (Aristóteles, *La constitución de los atenienses,* XXVIII, 3). En la comedia *Las Parcas,* producida probablemente en la primavera de 430, el poeta Hermipo le dice a Pericles: «¿Por qué no abrazas la lanza, oh, rey de los sátiros, y dejas de asumir el cobarde papel de Telete al utilizar palabras terribles y eludir la batalla? Bramas si se afilan los cuchillos en la piedra, como si te hubiera mordido el fiero Cleón» (Plutarco, *Pericles,* XXXIII-XXXIV). Estas caracterizaciones burlescas eran alimentadas por sus enemigos; y aunque, en realidad, Cleón era una figura prominente en la Asamblea y desempeñaría un papel importante en el curso de la guerra, sólo era uno más de los enemigos que atacaban a Pericles; incluso algunas amistades del estratega llegaron a conminarle a que abandonara la ciudad y presentara batalla.

Sin embargo, en el año 431 el prestigio personal de Pericles había aumentado hasta tal punto que Tucídides llegó a hablar de él como «el primero entre los atenienses, el más capacitado para la palabra y la acción» (1, 139, 4), y dijo de la propia Atenas que era «una democracia nominal, gobernada por su primer ciudadano» (II, 65, 9). Pericles no sólo alcanzó esta posición en virtud de su sabiduría y habilidad retórica, o por su patriotismo o incorruptibilidad; también era un político sagaz y se había rodeado a lo largo de los años de un grupo de soldados, administradores y políticos afines, que compartían sus opiniones políticas y aceptaban su liderazgo, a la vez que servían con él como generales.

El apoyo de estos hombres hizo posible que Pericles se mantuviese en el poder a pesar del torrente de críticas con los que tropezaba, y que pudiese controlar a los muchos ciudadanos que le urgían a atacar al ejército invasor. Tucídides relata que Pericles rechazó convocar la Asamblea, incluso de manera informal, por temor a que en uno de estos encuentros «se produjesen errores por obedecer a la pasión, en vez de al juicio» (II, 22, 1). Nadie tenía derecho a impedir la reunión de la Asamblea, así que tuvo que ser el respeto que inspiraba Pericles, junto con el apoyo de los otros generales, lo que disuadió a los pritanos (presidentes cíclicos de la asamblea) de promulgar su convocatoria.

En ausencia de un cuestionamiento efectivo de su estrategia, Pericles era libre de mantenerla, y sólo respondió a la devastación espartana con el envío de destacamentos de caballería para evitar que los peloponesios se acercaran demasiado a la ciudad. El ejército invasor, que había permanecido ya un mes en el Ática, había consumido sus recursos. Arquidamo, que se iba dando cuenta de que los atenienses no se rendirían ni presentarían batalla, se dirigió hacia el este para arrasar la zona entre los montes Parnes y Pentélico, y desde allí volver a casa por Beocia. De nuevo evitó destruir la llanura ática, y siguió con su plan de mantenerla como rehén por el mayor tiempo posible. Los espartanos tenían pocas razones para sentirse satisfechos: la estrategia por la que habían ido a la guerra había resultado inútil hasta el momento. Los atenienses seguían sin sufrir daños serios, y ahora se ocuparían de vengar las afrentas infligidas.

LA RESPUESTA ATENIENSE

Cuando los peloponesios se hallaban todavía en el Ática, los atenienses comenzaron a fortificar las defensas de su ciudad. Como medida preventiva, se habilitaron guardias permanentes para vigilar cualquier incursión repentina por mar o por tierra. Pero también se hicieron a la mar un centenar de trirremes con miles de hoplitas y cuatrocientos arqueros, que se sumaron a las cincuenta naves de Corcira y a otras pertenecientes a los aliados occidentales. Este gran contingente podía hacer huir o derrotar fácilmente a cualquier flota enemiga con la que se encontrase, realizar desembarcos, devastar el territorio enemigo, e incluso capturar y saquear pequeñas poblaciones. La expedición tenía como objetivo vengar la invasión del Ática y dejar bien claro a los peloponesios el coste que iba a tener la guerra que habían decidido iniciar.

Los atenienses desembarcaron en la costa peloponesia, probablemente en Epidauro y Hermíone; después, en la ciudad Metone de Laconia *(véase* mapa 1). Este último territorio fue devastado y su población, pobremente amurallada, atacada y saqueada. Metone sólo se salvó gracias al empuje y el

valor de Brásidas, un oficial espartano que aprovechó la dispersión de las fuerzas atenienses para precipitarse dentro del pueblo y reforzar su defensa. Los espartanos le recompensaron con un voto de gratitud. El curso de la guerra demostraría que era el mejor de entre los comandantes, quizá de toda la historia de Esparta: valeroso, osado y brillante como soldado; astuto, diestro y persuasivo como orador; sagaz y respetado como diplomático.

Tras Metone, los atenienses pusieron rumbo a Fía, población que estaba bajo la protección de Élide, en la costa occidental del Peloponeso *(véase* mapa 1). Uno de sus destacamentos pudo capturar la ciudad, pero luego se embarcaron y la abandonaron, «porque el grueso del ejército eleo había llegado al rescate» (II, 25, 5). El tamaño del contingente ateniense no había sido pensado para defender la ocupación de una población costera en el Peloponeso contra un ataque en toda regla.

La armada se dirigió entonces a Acarnania *(véase* mapa 11). Esta región ya no era territorio peloponesio, sino que estaba dentro de la esfera de influencia de Corinto, por lo que fue tratada de forma diferente. Los atenienses tomaron Solio, una población corintia, y la mantuvieron en su poder durante toda la guerra. Su ocupación le sería encomendada a algunos acarnienses próximos a Atenas. El pueblo de Ástaco fue tomado por sorpresa e incorporado a su alianza. Finalmente, capturaron la isla de Cefalonia, emplazada estratégicamente entre Acarnania, Corcira y la isla corintia de Léucade, sin tener que presentar batalla. Después, cumplida su misión, cuidadosamente controlada y de alcance limitado, la flota puso proa a Atenas.

Entretanto, una pequeña fuerza de treinta naves navegaba hacia Lócride, en la Grecia central, para proteger Eubea, una isla vital para los planes de Atenas. Los atenienses saquearon parte del territorio, derrotaron a un escuadrón de locros en batalla y tomaron la población de Tronio, bien situada con relación a Eubea, la cual servía ahora a los atenienses como pastizal y refugio.

Para incrementar aún más su seguridad, los atenienses se dirigieron a Egina, «una ofensa a los ojos del Pireo», como la calificó Pericles (Aristóteles, *Retórica,* 1411a, XV), y antigua enemiga. Egina, en el golfo Sarónico, justo en los límites de la costa del Peloponeso, se erige en una posición privilegiada desde donde dominar la ruta de entrada al Pireo. Como un contingente de la flota peloponesia con base en la isla podía interferir con el comercio de los atenienses, amenazar el Pireo y mantener ocupada a la escuadra defensiva de Atenas, los atenienses decidieron expulsar a toda su población y repoblaron la isla con sus propios colonos. Los espartanos, por su parte, reubicaron a los exiliados en Tirea, una zona limítrofe entre Lacedemonia y la Argólide, desde donde podían contar con vigilar de cerca la democracia de Argos y hacer frente a cualquier desembarco ateniense en la región.

Los atenienses también aumentaron la protección de los límites nororientales del imperio convenciendo al príncipe Ninfodoro de Abdera, una ciudad en las orillas septentrionales del mar Egeo *(véase* mapa 9). Los atenienses le hicieron su agente diplomático en el terreno, y obró maravillas en el cargo. Ninfodoro consiguió para Atenas la alianza con su cuñado, Sitalces, el poderoso rey de Tracia. El principal problema de Atenas en la zona era el sitio de Potidea, el cual no dejaba de sangrar el tesoro de la ciudad. Ninfodoro prometió que conseguiría de Sitalces la caballería e infantería ligera necesaria para acabar con el cerco. También logró reconciliar a los atenienses con Pérdicas, el rey de Macedonia, que inmediatamente se unió al ejército ateniense en el ataque a los aliados de Potidea.

Conforme se acercaba el otoño del año 431, el mismo Pericles se puso al mando de diez mil hoplitas atenienses, tres mil metecos (residentes extranjeros) y un gran número de tropas de infantería, el mayor ejército ateniense jamás congregado, para llevar a cabo el saqueo de la Megáride. Los atenienses planeaban devastar los campos de Megara con la esperanza de que, a través del embargo de su comercio, la invasión forzase el derrumbe de los megareos. Un ejército de menor tamaño podría haber cosechado idénticos resultados; no obstante, consciente del precio moral que su estrategia defensiva se estaba cobrando, Pericles lanzó una invasión a gran escala tanto para dar rienda suelta a la frustración generalizada como para hacer visible el poder de Atenas.

LA ORACIÓN FÚNEBRE DE PERICLES

Esta campaña de castigo reafirmó la posición de Pericles entre los atenienses y, cuando se celebraron ofrendas funerarias por los caídos en el primer año de guerra, «fue elegido por la ciudad por ser el más sabio y estimado» para recitar la *eulogia* (II, 34, 6). El parlamento, que ha llegado hasta nuestros días, es una muestra de que su talento para la persuasión fue el motor capaz de mantener el apoyo de los atenienses a favor de su dolorosa estrategia.

La alocución de Pericles difiere tanto de la oración funeraria ateniense típica como el discurso de Lincoln en Gettysburg respecto de la retórica larga y agotadora empleada por Edgar Everett aquel mismo día. Al igual que Lincoln, la intención de Pericles era explicar, en medio de una difícil contienda, por qué sus sufrimientos y su dedicación estaban justificados y eran más que necesarios. Para ello pintó el lado más glorioso y atractivo de la democracia ateniense y su superioridad moral frente al modo de vida espartano. También hizo un llamamiento a la ciudadanía para obtener de ella una entrega a su ciudad aún mayor:

> Debéis contemplar cada día el poder de la ciudad y convertiros en enamorados suyos *(erastai),* y cuando hayáis entendido su grandeza, recordad que los hombres que la hicieron posible fueron valientes y honorables, pues supieron cuándo había llegado el momento de entrar en acción. Si fracasaron en alguna empresa, al menos estuvieron decididos a que su ciudad no quedara privada de su valor *(areté)* y le otorgaron la más bella de las ofrendas. Dieron, en efecto, su vida por la comunidad... (II, 43, 1-2).

A cambio, llegó a prometerles una especie de inmortalidad, ya que los hombres que habían muerto por Atenas, como explicó:

> (...) dieron su vida por el bien común, y así alcanzaron la alabanza sempiterna y el más distinguido de los sepulcros, no tanto por el lugar donde yacen, sino porque su gloria vive eternamente en el recuerdo, siempre presente a la hora de inspirar la acción o la palabra. Porque la tierra entera es tumba de los hombres ilustres; y no sólo se conmemoran en los epitafios de las lápidas de su país natal, sino que la memoria no escrita habita en territorios extranjeros en el corazón de todos más por el espíritu que por sus obras. Ahora ha llegado vuestro turno, y debéis emularlos sabedores de que la felicidad necesita de la libertad, y esta última, del coraje. Ciudadanos, no os acobardéis ante los peligros de la guerra (II, 43, 2-4).

EL BALANCE DEL PRIMER AÑO DE GUERRA

Con el discurso fúnebre había llegado a su fin el primer año de guerra. Inspirados por su fuerza y su brillantez, los atenienses reafirmaron su voluntad de seguir adelante. Para muchos, el esfuerzo se dirigía a buen puerto, pero la verdadera situación distaba mucho ser tan espléndida.

En una guerra de desgaste, al final siempre gana el bando que es capaz de infligir mayores daños. Los ataques de los atenienses a los peloponesios, aparte de Megara, sólo eran pequeños golpes, irritantes aunque sin resultar verdaderamente dañinos. Esparta, de hecho, había quedado intacta; de entre todos sus territorios en Lacedemonia y Mesenia, tan sólo Metone había sido atacada, y por corto tiempo. Los corintios habían perdido una pequeña población en Acarnania; y aunque habían quedado excluidos del comercio en el Egeo, sus principales áreas comerciales del oeste habían quedado fuera del conflicto. La presencia de los megareos en los puertos del Egeo continuó prohibida, y su territorio fue saqueado a conciencia; pero no sufrieron tanto, incluso tras los diez primeros años de guerra, como para buscar la paz.

Para Atenas, por su parte, el coste del primer año de guerra fue muy alto. Además del daño producido a sus viñedos y olivares, sus cosechas habían sido arruinadas y sus hogares, incendiados o destruidos. Así pues, las exportaciones, utilizadas normalmente para mantener la balanza

comercial con el aceite y el vino a la cabeza, habían disminuido y, como consecuencia, la reducción de los productos alimentarios importados mermó tanto los recursos de la riqueza ateniense como la capacidad de resistencia de su ciudad. El cerco continuado de Potidea había supuesto el gasto de dos mil talentos de la reserva, más de un cuarto de lo dispuesto en los fondos destinados a la guerra.

Peor aún, los peloponesios no daban signos de abatimiento, sino que todavía regresarían al año siguiente con ánimo de destruir la gran parte del Ática que habían dejado intacta. No hay nada que demuestre la más mínima duda en la convicción de los miembros de la Liga del Peloponeso, ni tampoco signos de que los espartanos defensores de la paz tuvieran una mayor influencia. En Atenas, sin embargo, habían comenzado a aflorar las tensiones. Las quejas de Cleón referentes a la falta de eficacia de la estrategia de Pericles podían ser objeto de atención de los poetas cómicos, pero también indicaban que la disensión explotaría si continuaban los padecimientos. De momento, la ocupación de Egina, el ataque a la Megáride y la elocuencia de Pericles habían podido calmar a la oposición, aunque si la situación no iba a mejor, sin duda conseguirían nuevos acólitos.

Capítulo 7

La peste (430-429)

A principios de mayo del año 430, Arquidamo condujo otra vez el ejército invasor peloponesio hacia el Ática para continuar con la destrucción iniciada el primer año de la guerra. Esta vez sí que arrasaron la gran llanura que se extiende frente a la ciudad de Atenas, para desplazarse luego hacia las regiones costeras áticas del este y el oeste. No valía la pena mantener las zonas ocupadas, porque los atenienses, a todas luces, ni se iban a rendir ni se expondrían a una lucha cuerpo a cuerpo. El ejército permaneció durante cuarenta días en tierras áticas, la estancia más larga de toda la guerra, y no la abandonaron hasta que sus provisiones se agotaron.

EPIDAURO

A finales de ese mismo mes, el propio Pericles se puso al mando de una flota de cien trirremes atenienses, asistidos por cincuenta barcos de Quíos y Lesbos. La expedición contaba con cuatro mil hoplitas y trescientos jinetes, una infantería tan numerosa como la empleada en la gran campaña de Sicilia en el año 415, y una de las mayores fuerzas jamás embarcadas en las naves de Atenas. Algunos historiadores opinan que el tamaño de esta armada revela un cambio de la estrategia defensiva a la ofensiva. Su objetivo, según se cree, era la captura de la ciudad de Epidauro, para emplazar allí un destacamento y mantenerla ocupada. Esto daría a Atenas un bastión en el Peloponeso, con una buena situación desde donde hostigar y amenazar a Corinto por un lado, y animar a Argos a unírseles en la guerra contra Esparta por otro.

Aunque una campaña de este tipo habría equivalido a una profunda transformación en la estrategia de Pericles, existen poderosas razones para rechazarlo como motivo de la expedición. En primer lugar, Tucídides no menciona ningún cambio de estrategia, sino que continúa describiéndola en los mismos términos hasta la muerte de Pericles: «permaneced tranquilos, cuidad de la marina y guardaos de extender el Imperio en tiempos de guerra o de poner la ciudad en peligro» (II, 65, 7). Además, si lo que querían los atenienses era capturar y mantener Epidauro, no obraron correctamente porque el saqueo del territorio sirvió de aviso anticipado de su llegada.

La expedición puede entenderse como la ejecución más destacada de la política que se hallaba tras los asaltos costeros atenienses de los dos primeros años de la contienda, que incluyeron Metone, Fía de Élide, Trecén, Hermíone, Halias y Prasias *(véase* mapa 1). En cada uno de estos lugares, los atenienses comenzaron por destruir los territorios y, sólo de vez en cuando, si la población estaba escasamente defendida, intentaron llevar a cabo el ataque. El asalto a Epidauro era meramente una intensificación del mismo plan, tal vez motivado por la presión interna que exigía hacerle al enemigo el mayor daño posible.

El saqueo a la ciudad habría levantado la moral de los atenienses y habría ayudado a que Pericles continuase con su batalla política. También hubiera servido para disuadir a las ciudades peloponesias vecinas a la hora de enviar sus tropas a unirse al ejército que invadía el Ática. Y también podría haber propiciado el abandono de la Alianza espartana por parte de algunas ciudades costeras, aunque esto no llegó a suceder.

Así pues, el hecho de emprender la segunda expedición naval ateniense sugiere la idea de que Pericles comenzaba a ser consciente de que su estrategia no estaba funcionando. Los espartanos continuaron con el saqueo del Ática, y el tesoro ateniense siguió viéndose mermado por la rebeldía de los potideos. Se dio cuenta de que debía tomar medidas de corte más agresivo para convencer al

enemigo de que hiciera la paz, aunque tampoco abandonó su estrategia fundamental de una guerra defensiva.

En el año 430, las fuerzas atenienses no llegaron más allá de Prasias, situada en la orilla oriental de la gran península, y desde allí dieron la vuelta. Sin lugar a dudas, debió de ser entonces cuando tuvieron noticia del retomo de los peloponesios desde el Ática, lo que obligó a los atenienses a abandonar el Peloponeso, donde sus incursiones podrían tropezarse ahora con fuerzas considerables. Aun así, cabía la posibilidad de que se dirigieran hasta el noroeste, como ya hicieron el año anterior, donde un ejército de tal tamaño habría causado un gran daño a Corinto y a sus colonias en el oeste. ¿Por qué dio marcha atrás una flota tan poderosa, tras haber conseguido tan poco?

LA PESTE (EN ATENAS)

Pericles posiblemente interrumpió la expedición porque tuvo conocimiento de los efectos de la peste que se había iniciado en Atenas a comienzos de la temporada bélica. Se dice que se originó en Etiopía, y que atravesó Egipto, Libia y parte del Imperio persa antes de rebrotar en Atenas. Afectado por la epidemia en sus propias carnes, Tucídides describe detalladamente los síntomas, similares a los de la peste pneumónica, al sarampión, a la fiebre tifoidea o a otras enfermedades, pero sin cuadrar exactamente con ninguna de las conocidas. Antes de que se extinguiera su curso en el año 427, habían muerto más de cuatro millares de hoplitas, trescientos jinetes y un número indeterminado de individuos de las clases bajas, quizás un tercio de la población de la ciudad.

La expedición llegó a la ciudad transcurrida la primera mitad de junio, cuando la peste ya llevaba más de un mes en Atenas. Los atenienses, hacinados en la ciudad por la política de Pericles, eran particularmente vulnerables al contagio, mortal para algunos y desmoralizante para todos. El pánico, el miedo y el colapso de los lazos de la civilización más sagrados fueron tan grandes, que muchos dejaron de dar sepultura a los muertos, el rito más solemne en el seno de la religión helénica. Habían aguantado las penurias del primer año con dificultad, pero «los atenienses, tras la segunda invasión peloponesia, como su territorio había sido saqueado por segunda vez y la peste, unida a la guerra, se cebaba en ellos, cambiaron de opinión e hicieron responsable a Pericles por convencerles de ir a la guerra y por las desgracias acaecidas» (II, 59, 1).

En este contexto, los atenienses enviaron a las fuerzas que acababan de volver del Peloponeso a una nueva campaña al mando de Hagnón y Cleopompo, fieles a Pericles, con el objetivo de acabar con la tenacidad de Potidea y suprimir las revueltas calcídicas en general. Potidea siguió resistiendo, y las tropas de Hagnón contagiaron al primer destacamento, que hasta entonces se había librado de la peste. Pasados cuarenta días, Hagnón regresó a Atenas con lo que quedaba del ejército. Había perdido mil cincuenta hombres de los cuatro mil originales.

Pericles, atacado por dos frentes, había optado por esta desastrosa expedición a causa de las presiones políticas de Atenas.

Cualquier etiqueta utilizada para describir las formaciones políticas de las ciudades griegas es una mera fórmula de conveniencia y no hace referencia a nada que se parezca a los partidos políticos actuales. La política ateniense se estructuraba tradicionalmente en grupos cambiantes, que a menudo se asociaban alrededor de la figura de un hombre, otras veces por algún asunto en concreto y, ocasionalmente, por ambos motivos. Aunque la disciplina de partido en el sentido moderno del término era más bien poca o nula y las formaciones sólo contaban con una continuidad relativa, en los primeros tiempos de la Guerra de los Diez Años la opinión popular parece haber caído en tres categorías distinguibles: los que querían la paz inmediata con Esparta (a sus defensores los llamaremos la facción pacifista), aquellos que estaban determinados a librar una guerra ofensiva y correr riesgos en el intento de derrotar a Esparta en vez de agotarla (a este grupo los llamaremos la facción belicista), y los deseosos de apoyar la política de Pericles, evitar riesgos, desgastar a los espartanos y trabajar por una paz negociada a partir del statu quo anterior a la contienda (a éstos nos referiremos como la facción moderada). Latentes desde la primera invasión

espartana, la facción pacifista renovó su esperanza de llegar a acuerdos con el enemigo. Los defensores de la guerra de agresión podían señalar el daño causado al territorio ático y los escasos resultados de los ataques al Peloponeso. El enfrentamiento no podía continuar con el ritmo de gastos que se llevaba hasta la fecha, a la vez que el cerco de Potidea seguía figurando como un asunto de primer orden en los presupuestos. Atenas necesitaba de una gran victoria para ahorrar dinero y levantar la moral. En vez de eso, acababa de sufrir una dolorosa derrota.

PERICLES BAJO EL VOLCÁN

A finales del verano del año 430, mientras la peste hacía estragos, los atenienses se sublevaron contra su líder. Jamás habían experimentado algo semejante a una epidemia como aquélla, y su efecto devastador sobre la ciudad había minado seriamente tanto la posición de Pericles, como la confianza popular en su estrategia; además, la continuación de la guerra se atribuyó a su intransigencia.

La religión tradicional también desempeñó un papel decisivo en el cambio de opinión. Los griegos siempre habían albergado la creencia de que las plagas eran castigos divinos por acciones humanas que encolerizaban a los dioses. El ejemplo celebérrimo es la descrita en el comienzo de la *Ilíada* de Homero, enviada por Apolo para vengarse de los insultos de Agamenón a sus sacerdotes, pero a menudo se vinculaban a faltas de atención a los oráculos divinos y a actos de corrupción religiosa. Cuando la peste llegó a Atenas, los ancianos recordaron un augurio del pasado que profetizaba: «Llegará una guerra doria; y con ella, las epidemias». Implícitamente se culpaba a Pericles, defensor incondicional de la guerra contra los dorios peloponesios y persona conocida por su racionalismo y por su asociación con el escepticismo religioso. Los más piadosos no dejaban pasar la ocasión de poner de manifiesto que la epidemia que había arrasado el Ática ni siquiera había penetrado en el Peloponeso.

Otros simplemente le hacían responsable de causar la guerra e imponer una estrategia que agravó más terriblemente aún los efectos de la peste, ya que si los ciudadanos hubieran estado diseminados por todo el territorio ático, como era costumbre, sus consecuencias no habrían sido las mismas. Plutarco explica cómo los enemigos de Pericles convencieron a la gente de que el hacinamiento de los refugiados del campo había traído la epidemia a la ciudad: «Culparon a Pericles por ello; a causa de la guerra, había hecho cobijarse dentro de los muros a las masas campesinas para dejarlas inactivas después» *(Pericles,* XXXIV, 3-4). Tras la retirada de los espartanos y el retorno del Peloponeso de la fuerza comandada por Pericles, el estratega no pudo evitar un debate público, puesto que la Asamblea tenía que reunirse para votar los gastos y los mandos de la expedición a Potidea. La marcha del ejército con sus generales debilitó el apoyo político de Pericles y, posiblemente debido a su ausencia, los ataques en su contra dieron finalmente su fruto.

LAS NEGOCIACIONES DE PAZ

En contra de los deseos y el consejo de Pericles, la Asamblea ateniense votó a favor de enviar embajadores a Esparta con el objetivo de pactar la paz; decisión esta que, más claramente que cualquier otro incidente del período, contradice la alegación de Tucídides de que la Atenas de entonces era una democracia meramente nominal por estar convirtiéndose de hecho en el gobierno de su primer ciudadano. La naturaleza de estas negociaciones es vital para la comprensión del curso futuro de la contienda, pero como los escritores de la Antigüedad no dicen nada sobre los términos que propusieron los atenienses y cómo respondieron los espartanos, debemos intentar reconstruirlos de la mejor manera posible.

Probablemente los espartanos solicitaron de los atenienses lo que ya habían pedido en su penúltima propuesta anterior a la guerra: la retirada de Potidea, la restauración de la soberanía de Egina y la rescisión del decreto de Megara. Como en el año 430 la situación se presentaba

favorable, es posible que añadieran la condición de su última embajada: la restauración de la autonomía de Grecia, lo que llevaba implícito el abandono de una Atenas imperial.

Unos términos tan inaceptables habrían dejado a Atenas indefensa frente a sus enemigos, y que Esparta insistiera en ellos equivalía a un rechazo de la misión de paz ateniense. El resultado final serviría para probar que Pericles tenía razón a la hora de defender que los atenienses no conseguirían una paz satisfactoria hasta que no hubieran convencido a los espartanos de que Atenas no se rendiría ni resultaría derrotada. No obstante, la facción pacifista continuó viendo a su estratega como el mayor obstáculo para la pacificación, y su determinación por deponerlo no dejó de ir en aumento.

El rechazo de los acercamientos de Atenas por parte de los espartanos también viene a demostrar que Arquidamo y aquellos que pensaban como él no habían ganado terreno entre sus compatriotas. La negativa de los atenienses a combatir por sus hogares y cosechas sólo sirvió para convencer a los espartanos de que eran un pueblo cobarde, y que se rendirían si la presión se mantenía o se hacía mayor. Aunque los ataques al Peloponeso no habían causado daños graves, sí habían provocado un gran malestar al inflamar aún más el ánimo de venganza de los peloponesios. La peste en Atenas se mostró entonces como un incentivo adicional, pues debilitaba al enemigo y prometía triunfos fáciles y rápidos.

Sin embargo, la facción espartana partidaria de la agresión se había equivocado en sus cálculos, porque la epidemia, si bien debilitó a los atenienses, no llegó a hacer mella en su pericia a la hora de continuar la lucha. Los espartanos, con un examen más detallado del transcurso de los acontecimientos hasta la fecha, habrían tenido poco con lo que justificar la esperada victoria en un conflicto a largo plazo. Una vez recuperados de la peste, los atenienses continuarían siendo imbatibles tras su armada y sus muros; mientras, los espartanos ni siquiera habían ideado un plan que les condujera al triunfo. Un acercamiento de cariz más moderado podía haber sido el convencer a los atenienses de que liberaran Megara, abandonaran Corcira e incluso Egina y Potidea. Como mínimo, habría servido para dividir a la opinión pública ateniense; pero, como la mayoría de los espartanos creía que el enemigo carecía de recursos, plantearon unas condiciones que Atenas no podía aceptar, ni siquiera a pesar de lo desesperado de su situación.

Entretanto, los enemigos de Pericles en Atenas aumentaron los ataques a su persona, hasta que finalmente tuvo que salir a escena para defender su política.

Sin duda fue un líder fuera de lo común en un estado democrático; defendía la verdad, aunque ésta le llevara a perseguir la consecución de medidas polémicas e impopulares. La constante franqueza del líder dejaba a sus opositores sin réplicas, ya que no podían quejarse de que se les había mantenido en la ignorancia o engañado. La responsabilidad, como demostró en su defensa, era de los demás tanto como suya. «Si os persuadí para que fuerais a la guerra porque pensasteis que reunía las condiciones necesarias para el liderazgo, al menos en mayor medida que otros hombres, no obráis con justicia si me culpáis ahora por mis equivocaciones» (II, 60, 7).

Con ocasión de este discurso, Pericles presentó también un nuevo argumento a favor de la resistencia. Ensalzó con vigor la grandeza y el poder del Imperio ateniense y la fuerza naval en la que descansaba: gracias a ella se habían convertido en dueños del mar entero. Comparado con esto, argumentó que la pérdida de tierras y hogares no era nada, «meros jardines y demás adornos frente a una gran fortuna. Esas cosas se podrán recuperar fácilmente si Atenas conserva su libertad; en caso de perderla, todo se perdería también» (II, 62, 3).

Aunque en el pasado había advertido a los atenienses contra la ampliación del Imperio, en esta alocución parece alentar los sentimientos expansionistas. También cabe reconocer que, en ese momento, su discurso se dirigía a una nueva situación: mientras los anteriores ataques venían de aquellos que, como Cleón, querían combatir con más brío, el peligro actual tenía su origen en los que no querían luchar de ningún modo, lo que requería un énfasis distinto. Los atenienses, con el extraordinario poder que ostentaban, no debían tener miedo de perder la guerra, sino de pactar una mala paz y perder el imperio. Atenas tenía cogido el tigre por la cola: «Vuestro Imperio es ya una tiranía, cuya formación puede parecer injusta, pero su abandono será indudablemente peligroso [ya que] os odian los mismos a los que habéis gobernado» (II, 63, 1-2).

Los comentarios de Pericles indican que la oposición había reavivado los argumentos morales contrarios al Imperio y a la guerra, pero en vez de rechazar la acusación de inmoralidad inherente al hecho imperial, la utilizó como un arma para defender su línea política. El tiempo de la ética había concluido; ahora era una cuestión de supervivencia. Pidió a los atenienses que miraran más allá de sus padecimientos actuales, hacia el futuro, puesto que «el esplendor presente y la gloria futura permanecen siempre en el recuerdo. Y sabiendo que os espera un futuro de nobleza y un presente libre de toda culpa, conquistad ambos con fervor. No enviéis heraldos a Esparta, y no dejéis que sepan de vuestros sufrimientos presentes» (II, 64, 6).

LA CONDENA DE PERICLES

A pesar de que Pericles ganó el debate en el terreno político y de que los atenienses decidieron no enviar más embajadas a Esparta, sus enemigos no desaparecieron. Incapaces de batirlo en la arena pública, dirigieron sus esfuerzos a los tribunales. Los políticos solían atacar a figuras concretas o a sus idearios por medio de la acusación de corrupción; el mismo Pericles había empezado su carrera acusando de ello a Cimón. Probablemente en septiembre del año 430, en la reunión donde se votaba la confirmación de los magistrados, Pericles fue depuesto y procesado con los cargos de malversación.

La facción pacifista no tenía la fuerza suficiente para actuar en solitario, aunque los acontecimientos jugaron en su favor. Con el fracaso de las negociaciones, Hagnón y lo que quedaba de su diezmado ejército regresaron tras el infructuoso ataque a Potidea. Su derrota ayudó a extender el malestar del que habla Tucídides: los atenienses «se mostraban molestos en privado por sus penurias; la gente común, porque, habiendo empezado con poco, se habían visto privados de todo; los ricos, por haber perdido sus propiedades en el campo, las casas, el mobiliario más lujoso, y lo que es aún peor, porque habían perdido la paz y ganado una guerra» (II, 65, 2).

Pericles fue encontrado culpable y castigado con una gran multa. Obviamente, el jurado no quedó del todo convencido de su culpabilidad o no quiso tomar medidas extremas contra un hombre que había sido su líder durante tantos años, pues el delito de apropiación de fondos públicos podría haber acarreado la pena de muerte. Pagó pronto la sanción con el apoyo de sus amigos, aunque probablemente se le apartó del cargo desde septiembre del año 430 hasta el inicio del siguiente año oficial a mediados del verano de 429.

ESPARTA SE HACE A LA MAR

Mientras tanto, la frustración de los espartanos había ido en aumento por culpa de la tenacidad de los atenienses y la ineficacia de su propia estrategia. Los ataques a las ciudades costeras del Peloponeso ponían en tela de juicio la capacidad de protección de los aliados frente al gran poder naval de Atenas. Así pues, en las postrimerías del verano del año 430 atacaron Zacinto, una isla aliada de Atenas situada en la costa de la Élide, con un centenar de trirremes y un millar hoplitas, capitaneados por el almirante de las fuerzas navales espartanas, el navarca Cnemo *(véase* mapa 11). Su propósito era proteger la costa occidental del Peloponeso y a sus aliados del noroeste, y privar a Atenas de las bases que necesitaba en la región. Sin embargo, los espartanos no fueron capaces de tomar la ciudad y sólo pudieron saquear el territorio antes de poner proa a Esparta.

Poco a poco, quedaba patente que los espartanos iban a necesitar una nueva estrategia ofensiva si querían obtener una victoria decisiva. Para ello, debían hacerse a la mar con una flota mayor de la que poseían o de la que se podían permitir y armar; así pues, enviaron una embajada a Artajerjes I, el Gran Rey de Persia, para lograr una alianza. Ya de camino, el grupo hizo una parada en la corte de Sitalces en Tracia para solicitar que abandonara la alianza con los atenienses y se uniera a los peloponesios, con la esperanza de que enviaría un ejército para aliviar el cerco de Potidea. No obstante, dos embajadores atenienses que estaban presentes convencieron a Sádoco, hijo de

Sitalces, para que arrestara a los peloponesios y los enviara a Atenas. Tan pronto como llegaron a la ciudad se les ejecutó sin juicio previo, lanzaron sus cuerpos a una fosa y se les negó una sepultura adecuada. Este acto, una combinación de terror y represalias, tuvo lugar mientras Pericles estaba suspendido en funciones, y probablemente fue un trabajo de la facción belicista, en el poder desde el otoño del año 430, puesto que los moderados habían caído en desgracia y el partido de la paz había perdido crédito. Tucídides cree que los atenienses cometieron esta atrocidad por temor a uno de los enviados peloponesios, Aristeo, el corintio más activo en la defensa de Potidea, no fuera que un hombre tan brillante y valiente escapase y les hiciese más daño. La explicación oficial de la ejecución sumaria fue que se llevó a cabo como venganza por la brutalidad de los espartanos. Desde el inicio de la guerra, se había convertido en una práctica usual entre los espartanos el asesinar a los prisioneros hechos en el mar, fueran éstos atenienses, aliados o neutrales. Por parte de los dos bandos, tales comportamientos presagiaban crímenes aún peores que se cometerían en los años venideros, y que ilustran el comentario de Tucídides de que la «guerra es maestra de la violencia» (III, 82, 2).

La facción belicista, probablemente con Cleón al mando, entre otros, reaccionó al ataque de Esparta a Zacinto, y al subsiguiente ataque de los ambraciotas sobre Argos de Anfiloquia, con el envío de Formión a Naupacto al mando de veinte naves, para salvaguardar el puerto de un posible ataque repentino y sellar el golfo de Corinto. También intentaron elevar los ingresos fiscales con el refuerzo del conjunto de tributos imperiales, pero su mayor logro fue la captura de Potidea en 430-429. Tras un cerco de dos años y medio, la reserva de alimentos de Potidea se había agotado, y sus gentes se habían visto reducidas al canibalismo. El frío y la enfermedad se cebaban en el ejército ateniense desplazado allí, y algunos de sus hombres no habían vuelto a casa desde la llegada de las tropas en el invierno de 433-432. Los atenienses ya habían invertido en la empresa alrededor de dos mil talentos, y cada día no hacía sino reducir un nuevo talento del tesoro. Los generales atenienses —Jenofonte, Hestiodoro y Fanómaco— ofrecieron unos términos relativamente aceptables, aunque no demasiado generosos, para los potideatas: «partirían con sus mujeres, hijos y mercenarios con un manto cada uno, dos las mujeres, y una suma de dinero acordada para el viaje» (II, 70, 3).

En tales circunstancias, éste era un acuerdo razonable, al que los atenienses darían la bienvenida con toda seguridad. Sin embargo, la facción belicista se quejó de que los generales no debieron haber aceptado nada que no fuese la rendición incondicional, y los obligó a ir a juicio. La queja parece ser que se basó en el hecho de que habían sobrepasado los límites de su autoridad al alcanzar la paz sin consultar al Consejo y a la Asamblea ateniense. Sin lugar a dudas, la política también desempeñó un papel importante; no en vano los generales habían sido elegidos junto con Pericles en el invierno anterior, en el momento en que éste tenía una gran influencia. Las acusaciones vertidas contra ellos iban también en contra de Pericles y de la facción moderada, pero el intento resultó fallido. Los atenienses se sentían aliviados de poner fin a un sitio largo y costoso, y no tenían ganas de poner objeciones técnicas. La absolución de los generales también sugiere que el sentimiento popular contra Pericles estaba disminuyendo. Con el tiempo, se envió un grupo de colonos para que ocuparan la desierta ciudad, que se convertiría a partir de entonces en un bastión ateniense en las regiones tracias.

Transcurrido el segundo año de la guerra, los atenienses se hallaban mucho más debilitados de lo que lo habían estado en los doce meses anteriores. Habían dado muestras de contención en las dos invasiones previas, y habían permitido que destruyeran sus hogares y cosechas sin presentar batalla. Sin embargo, tras la devastación de toda el Ática, había pocas razones para creer que las incursiones futuras traerían mejores resultados para Esparta y sus aliados. Y lo que es más, la flota ateniense había demostrado que podía acosar los Estados costeros del Peloponeso con relativa impunidad. Según los planes de Pericles, ahora era el momento de que el partido belicista de Esparta, caído en el descrédito, se rindiera ante Arquidamo y sus compatriotas moderados y establecieran unos términos razonables para lograr la paz.

La determinación espartana, por el contrario, se mostró más fiera que nunca. Al verse privados de una batalla terrestre, optaron por presentar una ofensiva naval que amenazara el control ateniense de los mares occidentales e incluso la seguridad de Naupacto. Sus éxitos tiraban por tierra la

predicción de Pericles de que «el mar quedaría fuera del alcance» de los peloponesios. Aunque se había conseguido interceptar la embajada espartana a Persia, no había garantías de que otras misiones no lograrían pasar y convencer al Gran Rey de la debilidad ateniense. Si ocurría algo así, todos los cálculos basados en la superioridad ateniense en lo tocante a barcos y fondos quedarían invalidados. Animados por esta posibilidad, los espartanos dejaron claro que no estaban dispuestos a hacer la paz si no era con sus propias condiciones.

Entretanto, la peste seguía haciendo mella en la moral y la mano de obra ateniense, con lo que la situación económica de la ciudad empezaba a ser también un serio problema. De los cinco mil talentos de fondos disponibles (sin incluir los mil destinados a las emergencias) al principio de la guerra, casi dos mil setecientos —más de la mitad— se habían gastado. Aunque el cerco de Potidea había concluido y con él una gran parte del gasto del tesoro, la actividad marítima de los espartanos significaba que las inversiones para armar más barcos y proteger a sus aliados continuarían siendo necesarias. Al ritmo del gasto de las dos campañas anteriores, no podrían luchar más que otros dos años. Incluso la facción belicista tenía que ser consciente de que la ciudad no podía permitirse una expedición de gran envergadura durante el año siguiente y, sin embargo, una política de inacción también podía resultar peligrosa. A pesar de que la intransigencia espartana había reanimado la disposición de lucha de los atenienses, y aunque sus muros, la flota y el Imperio habían quedado intactos, el futuro se presentaba lleno de dificultades.

Capítulo 8

Los últimos días de Pericles (429)

En la primavera del año 429, pese al sufrimiento, los desengaños y el fracaso de su estrategia, los atenienses eligieron de nuevo a Pericles como estratega. El respeto de sus conciudadanos ante sus sobradas muestras de talento y la confianza largamente otorgada a su figura ayudan a explicar esta decisión, aunque, sin lugar a dudas, la realidad política y militar también respaldó su elección. Al negarse Esparta a participar en una paz negociada, dejaron sin efecto durante los siguientes años el llamamiento del partido de la paz. Aun así, debido a los estragos de la peste, todavía vigentes, y a la disminución de los fondos del tesoro, Atenas no podía plantearse una ofensiva, tal como Cleón y otros pedían. Parecía que la única alternativa era continuar con las directrices políticas iniciales, que apuntaban a la permanencia de Pericles como líder de Atenas.

Sin embargo, cuando el estratega retomó su cargo en julio del año 429, le quedaban pocos meses de vida. Plutarco relata que la enfermedad que acabó con su vida no le sobrevino de golpe, sino que se fue prolongando poco a poco, «consumiendo su cuerpo y restando capacidad a su elevado espíritu» *(Pericles,* XXXVIII, 1). Durante este período, ni él ni nadie pudieron mantener firme el pulso de la política ateniense o servir de inspiración y contención a sus gentes. Por primera vez en muchos años, los ciudadanos de Atenas experimentaban los inconvenientes inherentes a una organización estatal verdaderamente democrática en tiempos de guerra.

ESPARTA ATACA PLATEA

En mayo del año 429, tras haber saqueado el Ática a conciencia y atemorizados por el contagio de la peste, los espartanos decidieron evitar el territorio ateniense e invadir Platea. En realidad, la pequeña población beocia no tenía importancia estratégica para Esparta, y tampoco había hecho nada que provocara la ira de los lacedemonios; la decisión inicial de atacarla la tomaron los tebanos, deseosos de utilizar al ejército peloponesio para sus propósitos. Como a la poderosa Tebas le sobraba ambición, y bien lo demostraría de manera creciente durante el conflicto, sus peticiones no podían ignorarse por entero; así pues, la conformidad fue el precio que Esparta tuvo que pagar para poder continuar con el apoyo tebano. La política de alianzas que imperaba en la segunda mitad del siglo v y los antiguos principios que regían las relaciones entre las distintas ciudades-estado abonaron la exigencia de un nuevo tipo de enfrentamiento. Tucídides logra abrirse camino a través de la hipocresía y explica la verdadera naturaleza de las motivaciones espartanas: «La hostilidad de los lacedemonios en todo el asunto de Platea se debió sobre todo a los tebanos, porque Esparta pensaba que les serían de utilidad en la guerra que estaba empezando» (III, 68, 4).

Platea había sido la única ciudad que envió tropas en el año 490 para ayudar a los atenienses a expulsar a los persas en Maratón. Después de la batalla de Platea, que puso fin a las Guerras Médicas en el 479, los espartanos otorgaron un voto a todos los griegos participantes en la guerra, por el que se restauraba a los plateos «su territorio y su ciudad para que las disfrutasen con independencia», y les juraron que harían cumplir que «nadie marcharía contra ellos injustamente, ni los sometería a la esclavitud; en caso contrario, los aliados allí presentes la defenderían con todas sus fuerzas» (II, 71, 2). Por lo tanto, el ataque espartano a Platea no sólo era una traición, sino que, en sí mismo, contenía una ironía brutal.

Arquidamo ofreció a los plateos la opción de ejercer su libertad por medio de la adhesión a la lucha contra Atenas, «cuyo imperio oprimía al mundo griego» o, como mínimo, a cambio de su

neutralidad. Sin embargo, ésta resultaba a todas luces imposible, puesto que los habitantes de Platea no podían «tratar a ambas partes como amigos», y menos aún mientras los tebanos esperaran el momento de abalanzarse sobre ellos y las mujeres y niños plateos estuviesen en Atenas. Arquidamo alentó a la población a evacuar la ciudad durante el tiempo que durase la contienda; los espartanos conservarían sus tierras y propiedades en fideicomiso, pagarían rentas por su uso y las devolverían intactas cuando finalizara el conflicto. Esta oferta era también una farsa: en cuanto la ciudad cayera en manos peloponesias, los tebanos jamás permitirían su devolución.

Los plateos contraatacaron finalmente con la petición de una tregua, cuya finalidad era conseguir el permiso de los atenienses para la rendición. Su súplica ilustra la indefensión característica de los pequeños Estados atrapados entre grandes potencias. Así pues, la independencia, tan celebrada entre la gente de a pie, era una mera ilusión en el mundo creado por tales alianzas. En el mejor de los casos, un jugador menor sólo podía contar con la protección y la buena voluntad de alguno de los Estados hegemónicos. Los plateos esperaban que los atenienses permitieran algún tipo de solución negociada con los espartanos, ya que la ciudad no podía ser liberada sin una batalla a campo abierto entre falanges hoplitas, que Atenas no estaba preparada para ganar. No obstante, los atenienses, probablemente durante un resurgimiento momentáneo de la facción belicista, instaron a los plateos a mantenerse fieles a la Alianza, con la promesa de que «no permanecerían al margen mientras se les ofendía, sino que les apoyarían con todas sus fuerzas» (II, 73, 3).

Así pues, los habitantes de Platea no tuvieron más elección que la de rechazar la propuesta espartana. Arquidamo replicó con insistencia que los espartanos no habían faltado a ningún voto; eran los plateos los que se equivocaban al rechazar cualquier oferta razonable. Los espartanos siempre habían sido, de hecho, gentes muy religiosas y temerosas de la ira divina; era el mismísimo Zeus, nada más y nada menos, el que castigaba a aquellos que rompían los juramentos. Sin embargo, los engañosos argumentos del monarca no dejaban de ser pura manipulación política, en un intento por justificar la agresión directa y la violación del principio de autonomía, ejercidas por «el adalid de la libertad griega».

En septiembre, tras una serie de intentos infructuosos por tomar Platea sin la ayuda de un largo y costoso sitio, los espartanos se vieron obligados a construir y guarnecer una muralla de asedio alrededor de la población. Los defensores de la ciudad sólo disponían de cuatrocientos plateos y ochenta atenienses, a los que hay que sumar las mujeres dedicadas a tareas de apoyo, pero la ciudad contaba con fuertes muros defensivos y su situación era tan buena, que una pequeña fuerza podía defenderla contra el asalto de todo un ejército peloponesio.

A finales de mayo, mientras los espartanos cercaban Platea, los atenienses retomaron la ofensiva en el noreste. La rebelión de Calcídica había continuado después de la caída de Potidea, y ello alentaba más rebeliones locales, lo que suponía que Atenas se viera privada de una parte de sus ingresos imperiales. Los atenienses enviaron a Jenofonte y a otros dos generales con un ejército de dos mil hoplitas y doscientos jinetes para aplastar la revuelta. Lanzaron primero un ataque sobre la población de Espartolo *(véase* mapa 16), para el que contaron con la traición de la facción democrática desde el interior de la ciudad. Fue éste el comienzo de un paradigma que se repetiría durante toda la guerra conforme las luchas intestinas entre oligarcas y demócratas se fueron intensificando. En ocasiones, el patriotismo triunfaría sobre los intereses de las facciones, pero donde el amor al partido era mayor que el de la independencia, los demócratas traicionarían a sus ciudades para Atenas, y los oligarcas, para Esparta.

De Espartolo emergió también otra nueva pauta: mientras los demócratas solicitaban el apoyo ateniense para su facción, la oposición oligárquica buscaría por su parte ayuda en el exterior; en este caso, de la ciudad vecina de Olinto. Sus habitantes les proporcionaron tropas, cuya superioridad en lo referente a caballería e infantería ligera conduciría a los hoplitas atenienses a la derrota. En Calcídica, los atenienses perderían a todos sus generales, a cuatrocientos treinta hombres y, finalmente, la iniciativa. No sería la última vez que las falanges hoplitas se verían derrotadas por otro tipo de formaciones de combate.

LA ACTUACIÓN ESPARTANA EN EL NOROESTE

Mientras los atenienses fracasaban en su empeño por restaurar el orden en el noreste, los peloponesios comenzaron a protegerse en el noroeste. La campaña la habían instigado sus aliados en la zona, los caones y los ambraciotas, que intentaban mantener a Atenas apartada para poder dominar la región. Así pues, propusieron que los espartanos reunieran una flotilla de naves y unos mil hoplitas de entre los miembros de la Alianza y atacaran Acarnania. Presentaron esta idea como un simple paso intermedio dentro de una estrategia mayor, que impediría a los atenienses atacar el Peloponeso: Acarnania caería con facilidad, seguida de Zacinto y Cefalonia, tal vez incluso de Naupacto.

He aquí otro de los muchos casos en que los espartanos se enzarzaron en empresas cuajadas de riesgo en aras del interés de sus aliados. Sin embargo, el plan parecía atractivo: los atenienses sólo contaban con veinte navíos en las aguas occidentales de Naupacto, mientras que los ambraciotas y los caones eran aliados entusiastas y estaban familiarizados con el territorio. Los corintios también apoyaron la sugerencia de los colonos ambraciotas, no en vano Corinto era la ciudad más amenazada por la presencia ateniense en el oeste.

Esparta envió de nuevo al navarca Cnemo a la cabeza de las fuerzas peloponesias. Tras burlar a la flota de Formión en Naupacto, Cnemo puso rumbo a Léucade, donde se unió a las fuerzas aliadas de la propia Léucade, Ambracia y Anactorio, junto con los bárbaros de Epiro *(véase* mapa 11), que mantenían relaciones amistosas con Corinto. Prosiguió después por tierra a través de Argos de Anfiloquia, saqueando todas las poblaciones que encontró a su paso. Sin esperar la llegada de refuerzos, atacó Estrato, la ciudad más importante de Acarnania, convencido de que era un enclave vital para la campaña. Los acarnanios evitaron la batalla en campo abierto e hicieron uso de su conocimiento del terreno y de su habilidad con la honda para obligar a Cnemo a volver vencido al Peloponeso.

FORMIÓN ENTRA EN ESCENA

Los acarnanios, tan pronto como Cnemo arribó a Estrato, enviaron aviso a Formión para que los socorriese, pero el general ateniense no podía dejar Naupacto desguarnecida mientras las flotas de Corinto y Sición se encontraran todavía en el golfo. Su tarea era cortar el paso de los refuerzos peloponesios. Formión era un general distinguido y experimentado que había estado junto con Pericles y Hagnón al frente de las escuadras atenienses en Samos once años atrás; en el año 432, también había dirigido a los hoplitas en una hábil campaña durante el sitio de Potidea. Su mayor virtud, no obstante, era su pericia en combates navales, como pronto demostraría.

Mientras Cnemo marchaba sobre Estrato, sus refuerzos navegaron hacia el golfo de Corinto. Formión sólo disponía de veinte naves frente a las cuarenta y siete del enemigo, y los peloponesios creyeron que las fuerzas de Atenas rehuirían el combate con semejante desventaja. Pero los peloponesios trasportaban un gran número de hoplitas a Acarnania, por lo que sus embarcaciones, que eran intrínsecamente más lentas que las de los atenienses, eran menos adecuadas para la batalla naval moderna. La mayor maniobrabilidad de sus barcos y la excelente formación de sus tripulaciones y timoneles otorgaban a Atenas una ventaja adicional que compensaba la superioridad numérica del enemigo.

Formión no presentó batalla a los navíos rivales mientras navegaban a lo largo de la costa occidental del Peloponeso; en vez de eso esperó a que intentaran atravesar el angosto estrecho entre los cabos de Río (Rhium) y Antirrío y a que alcanzaran mar abierto, donde su ventaja sería más efectiva *(véase* mapa 12). Finalmente, cuando los peloponesios trataron de cruzar desde Patras al continente, los atenienses lanzaron su ataque. El enemigo intentó escapar al abrigo de la oscuridad, pero Formión los alcanzó en el centro del canal y les obligó a entablar combate.

Los peloponesios, a pesar de su gran superioridad numérica, adoptaron una formación defensiva:

un gran círculo con las proas hacia fuera, lo bastante cerrado como para no permitir que los atenienses lo rompieran. En el centro se hallaban cinco de los trirremes más veloces, preparados para cubrir cualquier brecha en la formación. Formión hizo formar a sus barcos en línea y rodear el círculo enemigo. Esta maniobra dejaba al descubierto los costados de las naves atenienses. Con un asalto rápido, los peloponesios podían arremeter contra la flota ateniense, hundirla o inutilizarla.

El ateniense ordenó que sus barcos estrecharan aún más el cerco sobre el enemigo, con lo que obligó a los peloponesios a ocupar un espacio cada vez más reducido, «navegaban casi rozándose y daba la impresión de que iban a cargar de un momento a otro» (II, 84, 1). Formión esperaba sin duda que los peloponesios no fueran capaces de mantener sus posiciones en distancias tan cortas, y que chocasen contra sus propios remos. También sabía que al atardecer soplaba una brisa proveniente del golfo y que el mar picado que se levantaría haría que los peloponesios, tan cargados como estaban de tropas a bordo, tuvieran problemas para maniobrar sus embarcaciones. Tucídides ofrece un relato de la batalla espectacularmente vívido:

> Así que, cuando se levantó el viento, las naves —que ocupaban ya un espacio reducido— quedaron atrapadas en el desorden causado por la brisa y por las naves más pequeñas [estas embarcaciones ligeras, situadas por motivos de seguridad en el centro del círculo, no estaban destinadas al combate]; un barco chocaba contra otro, mientras los hombres intentaban separarlos con pértigas; se daban voces para advertirse e incluso se insultaban sin poder alcanzar a oír las órdenes de sus capitanes ni los gritos de los timoneles. Por último, cuando los remeros más inexpertos no pudieron levantar los remos en aquel mar revuelto, en el momento oportuno Formión dio la señal de ataque y los atenienses se precipitaron sobre ellos. Primero hundieron la nave de los almirantes, y luego destruyeron todas las que se cruzaron ante ellos. El enemigo quedó reducido a tal estado, que ni uno solo de sus barcos pudo presentar batalla, viéndose obligados a huir a Patras y Dime de Acaya (II, 84, 3).

Los atenienses capturaron doce embarcaciones con sus tripulaciones, erigieron un trofeo a la victoria y volvieron triunfantes a Naupacto. En Cilene, los navíos peloponesios supervivientes se encontraron con Cnemo, que volvía a casa renqueante tras la derrota de Estrato. El primer gran intento de los peloponesios de presentar una doble ofensiva terrestre y marítima había concluido con un humillante fracaso.

Las noticias del desastre de la flota peloponesia impactaron a los espartanos, que culparon de su pérdida a los comandantes, en particular a Cnemo, pues como navarca era el responsable de toda la campaña. Para afrontar el problema, le enviaron tres «consejeros» *(symbuloi),* entre ellos, el intrépido Brásidas, con órdenes de presentar batalla y «no dejarse expulsar del mar por unos pocos barcos» (II, 85, 3).

Formión, mientras tanto, envió un mensaje a Atenas anunciando su victoria y requiriendo refuerzos. La respuesta de la Asamblea, sin embargo, fue bastante extraña: reunieron una flota de veinte trirremes, pero primero les ordenaron que tomaran el pueblo de Cidonia en Creta, muy al sur de la ruta más corta para alcanzar a Formión. No parece que éste fuera el momento más adecuado para perseguir una ofensiva en otro frente, aunque quizá quisieron dar ejemplo castigando a los rebeldes cretenses para evitar que los espartanos concentraran tropas en la isla. Atenas no escogió la ocasión de manera arbitraria: la invitación de Creta vino de este modo, y no había otra opción salvo aceptarla o rechazarla inmediatamente. A pesar de que la campaña de Creta fue un fracaso y, en última instancia, la misión puede considerarse un error, tampoco puede tildarse de absurda ni de excesivamente costosa. Aun así, ¿por qué enviaron tan sólo veinte barcos en apoyo de Formión, lo que seguía dejándole en inferioridad, si tenían naves de sobra para mandar una gran flota a Naupacto, y otra a Creta? La respuesta más plausible es que se veían limitados por la escasez de fondos y de combatientes.

En Naupacto, Formión sólo disponía, por tanto, de veinte embarcaciones para enfrentarse a las setenta y siete de las fuerzas espartanas. Los peloponesios, libres esta vez de la infantería pesada, estaban deseosos por combatir y mostraban una voluntad de lucha más vigorosa, imaginativa y

hábil que en los combates pasados. Desde Cilene en Élide, bordearon la costa del Peloponeso hacia el este hasta encontrarse con las tropas de infantería en Panormo, el punto más estrecho del golfo de Corinto.

Si Formión rehusara entablar batalla con una formación cuatro veces mayor que la suya, el enemigo quedaría libre para navegar rumbo al oeste, romper el cerco ateniense y bloquear su flota en Naupacto. La imagen de Atenas como dueña y señora de los mares quedaría en entredicho, lo que alimentaría la agitación y la revuelta de sus súbditos. Formión no era, sin embargo, un hombre que se rindiera con facilidad. Fondeó su escuadra en las afueras de los estrechos en Antirrío, a menos de un kilómetro del Río del Peloponeso, al otro lado del golfo.

Los enemigos se observaron durante toda una semana a través de las aguas del estrecho. Los atenienses no tomarían la iniciativa, pues se encontraban en inferioridad numérica y con la obligación de defender Naupacto, su base naval en el golfo. Por tanto, los espartanos ejecutaron el primer movimiento y pusieron proa hacia el este por la costa peloponesia. A su derecha, se encontraban sus veinte mejores naves con rumbo a Naupacto. Formión no tenía más alternativa que retroceder hasta la porción más angosta del golfo. Conforme navegaban, los hoplitas mesenios, aliados de Atenas en Naupacto, los seguían desde tierra. Al ver que las embarcaciones atenienses bordeaban a toda prisa la costa septentrional en columna de a uno, los espartanos dieron la vuelta, lograron cortar el paso a nueve de ellas y empujarlas a tierra. Sólo quedaban once naves para enfrentarse a veinte de los mejores barcos peloponesios. Incluso en el caso de que los atenienses lograran huir o derrotarlas, todavía tendrían que apañárselas con las restantes cincuenta y siete. El desastre parecía inevitable.

Las once naves atenienses hicieron uso de su velocidad y sacaron ventaja a las del enemigo. Diez de ellas alcanzaron Naupacto, y se situaron con las proas dispuestas hacia el mar y a la espera, preparadas para combatir las incontenibles oleadas de hombres que pronto arribarían. La última embarcación ateniense aún no había alcanzado puerto y se veía perseguida por los peloponesios, que ya habían comenzado a entonar sus cánticos de la victoria. Un barco mercante que se encontraba fondeado en las aguas abiertas de Naupacto sirvió como detonante del sensacional cambio que iba a producirse. La solitaria nave de Atenas, en vez de apresurarse a buscar refugio en Naupacto, giró casi por completo utilizando el navío anclado como protección de su flanco expuesto, embistió a la nave perseguidora que iba en cabeza y logró hundirla. Los peloponesios, convencidos de que la batalla estaba ganada, cayeron en un desorden absoluto. Algunas embarcaciones encallaron por desconocimiento de las aguas. Otras, atónitas por lo que estaban viendo, bajaron los remos para frenar su avance y esperar al resto de la flota: un terrible error, porque quedaron inmóviles e indefensas frente al adversario.

Los atenienses restantes, azuzados por el increíble giro de los acontecimientos, se aprestaron a atacar, aunque Esparta todavía los superaba en número de dos a uno. De momento, el enemigo había perdido el pulso del combate y huía hacia Panormo. Los espartanos abandonaron ocho de los nueve barcos atenienses capturados y perdieron seis de los suyos. Cada ejército erigió por su parte un trofeo a la victoria, pero quedaba claro quién había vencido. Los atenienses conservaban la flota, la base naval de Naupacto y la capacidad de moverse libremente por aquellas aguas. Los peloponesios, ante el temor de la llegada de refuerzos de Atenas, navegaban de vuelta, derrotados una vez más. De hecho, los refuerzos atenienses llegarían pronto vía Creta; demasiado tarde para la batalla, pero a tiempo de frenar cualquier intento enemigo de plantear una nueva ofensiva.

Si Formión hubiera sido derrotado, los atenienses se habrían visto obligados a rendir Naupacto y, con ella, su capacidad para obstaculizar el comercio de Corinto y otros Estados del Peloponeso que comerciaban con el oeste. Una derrota naval también habría sacudido la confianza de los atenienses, y alentado a sus enemigos a planear operaciones marítimas de mayor envergadura, las cuales hubieran podido prender la llama de la rebelión en el imperio y, tal vez, haber contado con el apoyo del Gran Rey de Persia. No es, pues, de extrañar que los atenienses recordaran a Formión con un afecto especial: en la Acrópolis, levantaron una estatua en su honor y, tras su muerte, le dieron sepultura en el cementerio estatal que se encuentra camino de la Academia, cerca de la tumba de Pericles.

EL ATAQUE ESPARTANO AL PIREO

Cnemo y Brásidas, reacios a volver a casa con las noticias de su derrota, se vieron forzados a dar muestras de su valentía y se mostraron de acuerdo con la propuesta de Megara de atacar el Pireo. La idea era increíblemente atrevida, pero los megareos no se cansaban de señalar que el puerto de Atenas no se hallaba cerrado ni protegido. Los atenienses pecaban de un exceso de confianza y no parecían estar preparados para un ataque de esta envergadura. Era el mes de noviembre, la temporada de hacerse a la mar había acabado, ¿quién iba a esperar un ataque tan audaz de una flota derrotada, que hacía poco había abandonado el golfo de Corinto en medio del oprobio? El plan peloponesio, que dependía del factor sorpresa, consistía en enviar a sus remeros por tierra al puerto de Megara, en Nisea, en el golfo Sarónico. Allí se encontrarían con cuarenta trirremes sin tripulantes, se embarcarían en ellos de inmediato y pondrían rumbo al Pireo, aparentemente confiado y desguarnecido. Su primer paso marchó conforme a lo planeado. No obstante, en Nisea, los comandantes espartanos, «temerosos del peligro —aunque también se dice que frenados por el viento—» (II, 93, 4), en vez de ir hacia el Pireo, atacaron y saquearon Salamina, lo que puso todo el ardid al descubierto. Atenas recibió el aviso mediante señales de fuego, y pronto se halló sumida en el pánico, pues los atenienses creyeron que los espartanos ya habían ocupado Salamina e iban camino del Pireo. Tucídides considera que el osado plan de los megareos habría podido tener éxito, pero acabaron pagando su timorata. Al despuntar la aurora, los atenienses se armaron de valor y enviaron un contingente de infantería para proteger el puerto, y una flotilla puso rumbo a Salamina. En cuanto divisaron las naves atenienses, los peloponesios se dieron a la fuga. Atenas estaba salvada, y sus habitantes tomaron las medidas necesarias para garantizar que una ofensiva semejante por sorpresa no tuviera éxito en el futuro.

LA MUERTE DE PERICLES

El ataque sobre Naupacto y el Pireo había fracasado debido a la falta de experiencia marítima de los peloponesios, que les llevó a cometer errores y a mostrarse temerosos en el combate. Pericles había pronosticado este comportamiento, aunque no vivió para disfrutar del cumplimiento de sus previsiones. Moriría en septiembre del 429, dos años y seis meses después del inicio de la guerra. Sus últimos días no fueron felices. El «primer ciudadano» de Atenas se había visto privado del cargo, condenado y castigado. Muchas de sus amistades habían muerto durante la peste, así como su propia hermana y sus dos hijos legítimos, Jantipo y Páralos. Al haber perdido a sus herederos, Pericles pidió a los atenienses la exención de la ley que limitaba la ciudadanía sólo a aquellos que tuvieran dos progenitores atenienses, norma que él mismo había presentado dos décadas atrás. Solicitaba el estatus de ciudadano para su hijo Pericles, fruto de la unión con Aspasia, una milesia que había sido su amante durante años. Atenas le concedió tal derecho.

Los problemas de gobierno también abrumaron a Pericles en el ocaso de su vida. Su política de disuasión moderada había acabado haciendo estallar una guerra que su estrategia conservadora no parecía ser capaz de ganar. La peste se había llevado por delante a más atenienses de los que habrían muerto jamás en los campos de batalla. Sus conciudadanos lo señalaban como el responsable de la contienda y de una táctica que intensificaba los efectos de la plaga. Hacia el final de sus días, algunos de los amigos que cuidaban de él, al creerlo dormido, comenzaron a hablar de la grandeza, el poder y los logros del hombre y, en especial, de las muchas batallas ganadas en nombre de Atenas. Sin embargo, Pericles, que había oído la conversación, mostró su sorpresa por los hechos elegidos para alabarlo, porque ese tipo de cosas, así creía, a menudo se debían a la fortuna y eran muchos los que podían alcanzarlas. «Y, no obstante, no habéis hablado de lo más grande y bello. Por mi causa, ningún ateniense ha tenido que vestir luto» (Plutarco, *Pericles,* XXXVIII, 4). Ésta fue la respuesta de un hombre con un gran peso en la conciencia a aquellos que

lo habían acusado de entrar deliberadamente en una guerra que él mismo podría haber evitado.

La muerte de Pericles privó a Atenas de un líder de cualidades excepcionales. Era un militar y un estratega de altura; pero, más aun, un político brillante de talento insospechado. Podía decantarse por una estrategia, convencer a los atenienses de que la adoptaran y se mostrasen firmes en ella, contenerlos a la hora de no embarcarse en empresas excesivamente ambiciosas, y animarlos en los momentos en que habían perdido la esperanza. Un Pericles restaurado en el poder podría haber tenido la fuerza suficiente para mantener a los atenienses unidos en torno a una línea política consistente, como ningún otro hubiera podido hacer. En su último discurso conservado, Pericles enumera las características necesarias en los hombres de Estado. «Saber lo que hay que hacer y ser capaz de explicarlo; amar a la patria y mostrarse incorruptible» (II, 60, 5). Nadie poseía estos atributos en mayor medida que él mismo y, si cometió errores, probablemente era el único de entre todos los atenienses que podía enmendarlos. Sus compatriotas le echarían muchísimo en falta.

Ese mismo año, Sitalces, rey de los tracios y aliado de Atenas, atacó el reino macedonio de Pérdicas y las ciudades calcídicas cercanas. Se las arregló para capturar algunas fortalezas, pero tropezó con una resistencia sustancial por parte de Atenas. Aunque contaba con un gran ejército de ciento cincuenta mil hombres, un tercio de ellos de caballería, retrasó la marcha sobre Calcídica porque dependía de la colaboración de la armada ateniense, la cual no llegaría a presentarse. Quizá los atenienses, vista la marcha de un número tan vasto de combatientes, temieron que el ejército de Sitalces pudiera sentirse tentado de rebelarse contra su propio imperio en la región. Además, los espartanos habían intentado osadamente atacar por mar Naupacto y el Pireo. Aunque habían fracasado, bien podrían haber puesto en jaque la confianza ateniense, lo que les habría llevado a pensar que no era el momento de embarcarse en grandes expediciones lejos de casa. La prudencia y la escasez de hombres y dinero también justifican que no enviaran la flota prometida a Sitalces en el otoño e invierno de 429 y 428.

El gran tamaño del ejército tracio aterrorizaba a los griegos del norte, pero pronto escasearon sus suministros y, finalmente, se retirarían sin haber conseguido demasiado. En el tercer año de la contienda, el Ática no había sufrido ninguna invasión y había evitado la derrota en el mar. Sin embargo, la reserva ateniense de fondos continuaba disminuyendo, lo que dejaba un saldo utilizable estimado en mil cuatrocientos cincuenta talentos. Ahora, el dinero del tesoro sólo permitiría que la guerra continuara una temporada más al ritmo de los dos primeros años, o dos, si se recortaba el gasto a la mitad. La estrategia inicial para la victoria había fracasado, y los atenienses todavía no habían formulado otra que viniera a sustituirla. No podían continuar como hasta la fecha sin agotar sus recursos financieros, pero tampoco parecía haber manera alguna de forzar al enemigo a buscar la paz.

Capítulo 9

Rebelión en el Imperio (428-427)

LOS «NUEVOS POLÍTICOS» DE ATENAS

La muerte de Pericles trajo consigo un gran cambio en la vida política ateniense. «Aquellos que le sucedieron —comenta Tucídides— eran más *homoioi* entre sí» (II, 65, 10). Como resultado, no fueron capaces de proporcionar un liderazgo consistente y unido, imprescindible para la guerra. Antiguamente, los generales habían sido casi siempre aristócratas, pero poco a poco había hecho su entrada una nueva casta de políticos, individuos cuyas familias se habían enriquecido gracias al comercio y la industria. Estos hombres eran al menos tan ricos como la nobleza terrateniente, a menudo igual de cultos y educados, y ejercieron el poder con la misma habilidad que sus predecesores.

Los dos competidores que se habían distinguido como líderes de las facciones rivales eran Nicias, hijo de Nicérato, y Cleón, hijo de Cleéneto. Tucídides, y desde entonces muchos historiadores, han opinado que ambos estaban cortados por un patrón muy diferente: Nicias, religioso, recto y reservado, era la imagen perfecta de un caballero; Cleón, durante mucho tiempo rival de Pericles, defensor de la guerra, era vulgar y con una acusada tendencia a la demagogia. De hecho, ambos provenían de la misma clase de «hombres nuevos» sin linaje nobiliario. Nicias había hecho fortuna mediante el arrendamiento de mano de obra esclava para las minas de plata áticas; el padre de Cleón regentaba con éxito una curtiduría. En ambos casos, el progenitor es el primer miembro de la familia del que se tiene noticia.

Aunque pocos hombres podrían haber sido más dispares en personalidad, carácter y estilo, en sus posturas hacia la guerra tampoco eran tan diferentes como a menudo se les ha retratado. Ninguno se mostró favorable a la paz con Esparta, y ambos intentaron encontrar un modo de ganar la guerra durante los años que siguieron a la desaparición de Pericles. No hay indicios que demuestren ningún desacuerdo entre ellos hasta el año 425. En el 428, sus intereses eran prácticamente idénticos: el Imperio debía mantenerse intacto en beneficio de Atenas, sus ciudadanos tenían que dejarse contagiar por el espíritu bélico, los recursos, dosificarse, y habría que hacerse con otros nuevos. Por último, si Atenas quería acabar la contienda con éxito, precisaba una nueva estrategia para retomar las operaciones de carácter ofensivo. Los dos hombres tenían motivos de sobra para cooperar, y no hay razones que indiquen que hicieran lo contrario.

CONSPIRACIÓN EN LESBOS

En el año 428, los espartanos reanudaron la invasión del Ática aproximadamente a mediados de mayo, y durante todo un mes devastaron el territorio antes de emprender la retirada. Sin embargo, la tranquilidad duraría poco, porque en la isla de Lesbos, comenzaba a tomar cuerpo una conspiración que podía poner en peligro el Imperio y, con ello, la propia supervivencia de Atenas. Junto con Quíos, Lesbos era una de las dos únicas islas importantes que habían conservado su autonomía cuando la Liga de Delos se transformó en el Imperio. Su principal ciudad, Mitilene, estaba gobernada por una oligarquía, lo que constituía una rara excepción entre las ciudades aliadas de Atenas. Las poblaciones de Lesbos también eran la excepción, puesto que seguían contribuyendo al

imperio con naves, en vez de tributos. No obstante, a pesar de esta posición privilegiada, Mitilene había considerado abandonar la Alianza ateniense incluso antes de la guerra, pero finalmente había desistido por el rechazo de los peloponesios a aceptar esa ciudad como aliada. La negativa había tenido lugar en tiempos de paz, pero ahora, durante la guerra, la rebelión de Lesbos no dejaría de ser bien recibida entre los enemigos de Atenas.

El complot se urdió en Mitilene, cuyas ambiciones por dominar la isla subyacían tras el origen de la revuelta. El momento para un levantamiento no habría podido ser mejor. Era por todos conocido que Atenas estaba debilitada por la peste y andaba mal de hombres y fondos; una insurrección bien podría acarrear defecciones que la debilitarían aún más. El éxito de la conspiración dependía de la ayuda de los rivales de Atenas, lo que en el 428 parecía ser una realidad, puesto que tanto los beocios como los espartanos tomaron parte en el plan. Los mitileneos solicitaron su ayuda en un discurso pronunciado en Olimpia ante una asamblea de peloponesios. La principal causa de la insurgencia, alegaron, era el temor a que los atenienses les redujeran a la condición de súbditos en cualquier momento, al igual que al resto de aliados, con excepción de Quíos. Su verdadero motivo, la unificación de todas las ciudades de Lesbos bajo el mandato de Mitilene, quedó encubierto, pues Atenas jamás lo hubiera permitido. En general, tanto los espartanos como los atenienses se mostraban contrarios a la creación de grandes unidades administrativas en el seno de sus dominios; de hecho, solían intentar fragmentarlas en núcleos más pequeños. Por otro lado, la presencia de Metimna en la isla, ciudad democrática y hostil a Mitilene, casi hacía segura la intervención de los atenienses en caso de revuelta.

Sin embargo, los mitileneos iniciaron la construcción de muros defensivos, cerraron sus puertos, aumentaron el tamaño de su flota y enviaron misiones a regiones remotas del mar Negro para hacer acopio de cereales y remeros. Antes de completar los preparativos, no obstante, en Atenas se tuvo noticia de sus intenciones a través de algunos vecinos hostiles, que se dieron prisa en anunciarlas colaborando estrechamente con los mitileneos que eran *proxenoi,* representantes de los atenienses. Probablemente fueran demócratas, y por tanto opositores al gobierno, que se movían llevados por sus propios intereses políticos. El descubrimiento de sus planes obligaría a los mitileneos a actuar antes de estar preparados.

LA REACCIÓN DE ATENAS

En junio, los atenienses enviaron una flota en su campaña anual por el Peloponeso —por cuestiones económicas, sólo llegaron a reunir cuarenta barcos, en vez de los cien que se habían hecho a la mar en el año 431—; sin embargo, al recibir noticias de que los mitileneos estaban unificando la isla, pusieron proa a Lesbos. Esperaban sorprender a los rebeldes durante las festividades religiosas; pero, como el secreto era impensable en la democracia ateniense, donde cada decisión de Estado tenía que tomarse en la

Pnix ante toda la Asamblea, un mensajero avisó de su llegada a los mitileneos. Tras rechazar la ciudad la orden de la flota de rendir las naves y destruir los muros, los atenienses atacaron.

Aunque los mitileneos se habían visto sorprendidos antes de que llegaran los suministros y los arqueros, sin acabar de montar las defensas ni concluir formalmente sus alianzas con beocios y peloponesios, los atenienses reconocieron la relativa debilidad de sus propias fuerzas y reservas y temieron que «no fueran lo bastante fuertes para luchar contra toda Lesbos» (III, 4, 3). Los mitileneos «querían, si les era posible, librarse de los barcos atenienses de momento» (III, 4, 2) mientras esperaban a sus aliados, por lo que solicitaron un armisticio. Como parte de sus tácticas de dilación, enviaron una misión a Atenas con la promesa de permanecer leales a la Alianza si los atenienses retiraban su flota. Sobre la unificación forzosa de la isla no dijeron nada, aunque ésta ya llevaba camino de completarse. De hecho, los mitileneos reclamaban el dominio de Lesbos a cambio de su lealtad futura. Los atenienses, por supuesto, no podían dejar Metimna en manos de Mitilene, y negar con ello la protección que garantizaba y justificaba su posición a la cabeza del Imperio. Sabedores de que los atenienses se negarían, los mitileneos habían dado órdenes secretas

de enviar una embajada a Esparta para solicitar la ayuda de los aliados peloponesios.

MITILENE RECURRE A ESPARTA

Dos misiones mitileneas llegaron en julio a Esparta con una semana de diferencia, pero ninguna tuvo éxito; los espartanos simplemente aconsejaron a los mitileneos que expusieran sus alegaciones a la Liga del Peloponeso en la reunión de la festividad olímpica. El rechazo de Esparta a comprometerse en mayor profundidad con el conflicto se debía en parte al hecho de que la idea de la rebelión había partido de Beocia, no de los lacedemonios, y en parte a la certeza de que ayudar a Mitilene habría requerido luchar en el mar y organizar una flota grande y costosa. El recuerdo de la humillante derrota a manos de Formión sin duda ofrecía una perspectiva nada alentadora.

En agosto, tras la conclusión de los Juegos, la Liga del Peloponeso se reunió en el recinto sagrado de Zeus, en Olimpia. El portavoz mitileneo tenía que convencer a los aliados de que la intervención servía a una causa mayor, la libertad de todos los griegos, y a los objetivos comunes, no meramente al interés exclusivo de Mitilene. Habló del hostigamiento ateniense contra la autonomía de sus aliados, lo que conduciría invariablemente a la esclavitud de Mitilene, a no ser que la rebelión triunfase. Ofreció como argumento que el momento de la insurrección era perfecto: «Es una ocasión como ninguna: la peste y los gastos tienen arruinados a los atenienses. Parte de su flota se halla surcando vuestras aguas [la expedición de Asopio, hijo de Formión, había zarpado en julio], y el resto se alinea contra nosotros. Así que no es probable que dispongan de barcos en reserva, si lanzáis un segundo ataque sobre ellos por mar y tierra. O bien no podrán defenderse, o se retirarán de nuestros territorios y de los vuestros» (III, 13, 3-4). El último argumento de los mitileneos fue que la guerra no se decidiría en el Ática, sino en los dominios del Imperio, de donde provenían los fondos para financiarla.

> Si nos prestáis ayuda con decisión, entre vuestros aliados se contará una ciudad que es dueña de una gran flota, algo de lo que andáis muy necesitados. Además, os será más fácil vencer a los atenienses si los priváis de sus aliados (pues los demás se atreverán a proceder igual después de ver que nos habéis ayudado). También así os libraréis de la acusación, que ahora pesa sobre vosotros, de no socorrer a aquellos que se rebelan contra Atenas. Si, no obstante, os mostráis como libertadores a las claras, con toda probabilidad os aseguraréis la victoria. (III, 13, 7)

La Alianza aceptó a los mitileneos de inmediato, y Esparta ordenó a sus aliados que se reunieran en el istmo de Corinto para invadir una vez más el Ática. Los espartanos comenzaron los preparativos del transporte de sus naves a través del istmo hasta el golfo Sarónico para atacar a los atenienses por mar y por tierra. Sin embargo, los aliados «tardaron en reunirse, por encontrarse en plena cosecha y mostrarse reacios a entrar en batalla» (III, 15, 2).

Durante la crisis, los atenienses hicieron gala de la misma determinación y resistencia que habían salvaguardado su libertad y les habían hecho construir un imperio. Aunque seguían bloqueando Lesbos con cuarenta navíos, botaron una flota de cien trirremes con el objetivo de saquear el Peloponeso, como ya hicieran el primer año de guerra. Este audaz despliegue de confianza y capacidad apuró los recursos atenienses al máximo. Además de los remeros habituales de las clases bajas, esta vez también contaron con guerreros hoplitas, que normalmente sólo combatían fuertemente armados dentro de los cuerpos de infantería; los residentes extranjeros también fueron llamados a los remos por tratarse de una situación de emergencia. Los hombres de estas tripulaciones no eran tan buenos como los comandados por Formión, pero los espartanos continuaban acobardados por las derrotas de 429.

Los atenienses alcanzaron el Peloponeso y desembarcaron donde quisieron, una demostración de fuerza que hizo pensar a los espartanos que los mitileneos habían juzgado mal la debilidad de Atenas, de modo que decidieron abandonar el ataque y regresaron a casa. Una vez más, los mitileneos y sus partidarios se veían abocados a enfrentarse contra Atenas en solitario.

Sin la ayuda de la Liga no podían tomar Metimna, y tuvieron que contentarse con fortalecer sus posiciones en Antisa, Pirra y Éreso, ciudades subordinadas, mientras que la situación en Lesbos quedó prácticamente inalterada. No obstante, la aparente retirada de Esparta alentó a los atenienses a ejercer más presión, y se enviaron mil hoplitas a Lesbos al mando del general Pagues, que construyó un muro alrededor de Mitilene, cercándola por mar y tierra. El sitio y el bloqueo no sólo protegerían a Metimna, sino que ayudarían a forzar la rendición de Mitilene.

EL ASEDIO DE MITILENE

El sitio de Mitilene, que se hizo efectivo con la llegada de la estación invernal, obligó a los atenienses a llevar sus recursos más allá de lo que las predicciones de Pericles habían contemplado en los albores de la guerra. En el invierno de 428-427, la reserva disponible había caído por debajo de los mil talentos. La crisis financiera no se perfilaba ya para dentro de unos años. El colapso era inmediato.

Por lo tanto, los atenienses tomaron dos medidas extraordinarias que no habían formado parte del plan anunciado públicamente por Pericles. A finales del verano de 428, se anunció un aumento del tributo al que estaban sujetos los aliados. Meses antes de que se extinguiera el plazo, zarparon doce barcos para cobrar los nuevos impuestos. No sabemos a cuánto ascendió la cifra recaudada, pero encontraron resistencia en Caria, y el general Lisicles pereció en su afán por recolectar fondos.

Aunque la subida de los tributos y una recaudación más efectiva hubieran tenido más éxito, tampoco habrían sido capaces de hacer frente a las necesidades económicas de Atenas, que habían aumentado en intensidad debido al cerco de Mitilene. Así pues, los atenienses optaron por una solución desesperada: «Había urgencia de dinero a causa del asedio, y se introdujo entre ellos mismos por primera vez una contribución directa *[eisphorá]* de doscientos talentos» (III, 19, 1). Aunque desconocemos lo que Tucídides entiende por «primera vez», bien desde siempre o desde que comenzara la guerra, los impuestos directos no se habían utilizado en mucho tiempo. Por extraño que pueda parecernos a los contribuyentes modernos —incluso a la mayoría de la gente, de hecho, desde los orígenes de la civilización—, los ciudadanos de los Estados griegos detestaban la idea de la imposición directa por entenderla como una violación de su autonomía personal y un ataque a la propiedad sobre la que descansaba su libertad. La nueva tasa era especialmente dolorosa para las clases adineradas, las únicas que soportaba la *eisphorá* y entre las que se incluían los pequeños propietarios, a su vez integrantes de las falanges hoplitas.

Si la subida de demandas fiscales a los aliados era una táctica peligrosa porque podía acarrear rebeliones y menguar las fuentes del poder ateniense, la imposición de un tributo directo amenazaba con socavar el entusiasmo bélico del populacho. No es de extrañar que Pericles nunca hiciera mención a estas medidas en las discusiones sobre los recursos atenienses, pero tampoco hay motivos para pensar que sólo fueron obra de Cleón y su facción en el año 428. Los hombres que lograron aglutinar a los atenienses para que hiciesen frente a un esfuerzo tan extraordinario, en contra del peligro de una rebelión en el Imperio y un posible ataque a Atenas por mar y tierra, debieron de ser sobre todo sus generales: Nicias y Pagues, entre otros. Ellos, no menos que Cleón y sus seguidores, se dieron cuenta de que la seguridad de Atenas dependía de sofocar la revuelta de Mitilene antes de que se extendiera por el Imperio y sangrase el tesoro. No actuaron movidos por politicas partisanas o luchas de clase, sino por prudencia y patriotismo ante una emergencia.

Durante todo este período, los espartanos estaban informados de la evolución de los acontecimientos de Lesbos. Avanzado el invierno, enviaron en secreto a un espartano, Saleto, a Mitilene para que diera noticia a los insurgentes de que la ofensiva por tierra y mar planeada para el 428 tendría lugar en el 427. Invadirían el Ática y enviarían cuarenta naves a Mitilene a las órdenes del comandante espartano Álcidas. La llegada de unas noticias tan esperadas animó a los rebeldes a resistir contra Atenas, y el propio Saleto se quedó en Mitilene para coordinar las acciones de la isla.

Conforme la estación tocaba a su fin, los atenienses tuvieron que enfrentarse al mayor desafío bélico que había tenido lugar hasta el momento: sofocar la rebelión de un poderoso miembro de la

Alianza, a la par que su propio territorio corría el riesgo de ser invadido. Además, debían actuar con rapidez, porque un asedio prolongado como el de Potidea acabaría agotando las reservas y su capacidad ofensiva.

La invasión espartana del Ática en el año 427 estaba pensada para presionar a los atenienses y evitar que enviaran una armada mayor a Mitilene. Los peloponesios estaban representados entre las tropas, pero era la primera vez que Arquidamo, cuya muerte debía de hallarse próxima, no lideraba la campaña. Como posiblemente se consideró que su hijo Agis carecía de experiencia para encabezar la campaña, asumió el mando Cleómenes, hermano del monarca exiliado, Plistoanacte. Los espartanos enviaron al navarca Álcidas a Lesbos con una flota de cuarenta y dos trirremes, con la esperanza de que los atenienses estuvieran demasiado ocupados con la invasión de su territorio como para interceptarla.

Durante mucho tiempo, la facción más agresiva de Esparta había creído que una invasión del Ática combinada con un ataque naval en el Egeo conduciría al levantamiento generalizado de los aliados y a la destrucción del Imperio ateniense; pero la ocasión adecuada no había llegado a presentarse. La rebelión de Samos en el año 440 habría sido una buena oportunidad; pero, en esa ocasión, la negativa de los corintios la había malogrado por completo. Ahora, por fin, había llegado el momento.

En duración y daño infligido, esta invasión sólo fue superada por la perpetrada en el año 430. Todo lo que había quedado intacto en los ataques anteriores y los cultivos que habían crecido desde entonces fueron arrasados. En el mar, como las fuerzas peloponesias no aspiraban a abrirse camino luchando a través de la armada ateniense, el éxito dependía de su velocidad. Sin embargo, Álcidas «perdió tiempo navegando en torno al Peloponeso y siguió avanzando despacio el resto de la travesía» (III, 29, 1). Todavía se las arregló para eludir a la flota ateniense hasta Delos, pero el retraso resultaría fatal, pues al llegar a Ícaro y Miconos, supo que Mitilene había caído ya.

Los peloponesios celebraron un Consejo para decidir su siguiente paso; aun llegados a este punto, la bravura y el empuje hubieran podido proporcionar buenos resultados. El valeroso comandante eleo Teutíaplo propuso el ataque inmediato a Mitilene, seguro de que los peloponesios podían coger a los atenienses por sorpresa tras la victoria, pero Álcidas, más cauteloso, rechazó la idea. Una sugerencia mejor partió de los refugiados de Jonia, que apremiaron a los espartanos a utilizar la flota para acudir en ayuda de las ciudades jonias súbditas de Atenas. Su plan era que Álcidas se adueñara de una de las poblaciones costeras de Asia Menor y la utilizase como base desde donde fomentar la rebelión general de Jonia. Pisutnes, el sátrapa persa que había ayudado a los rebeldes samios en el 440, posiblemente apoyaría de nuevo a los enemigos de Atenas. Si el alzamiento tenía éxito, los atenienses perderían los ingresos de la zona, en un momento en que se mostraban especialmente vulnerables. Incluso un triunfo parcial les obligaría a dividir sus fuerzas para poner freno a las ciudades jonias rebeldes. Los resultados más optimistas pondrían en funcionamiento la triple conjunción: la alianza espartana, los súbditos sediciosos de Atenas y el Imperio persa; precisamente, el mismo alineamiento por el que, en un futuro, Atenas sería derrotada.

Los jonios querían aprovechar la presencia espartana para dar alas a su rebelión, y su consejo era excelente. Tucídides relata que cuando los lugareños vieron los barcos, «no huían, sino que se les acercaban por creerlas atenienses; y es que no tenían la menor esperanza de que la flota peloponesia arribara a Jonia mientras Atenas fuera dueña de los mares» (III, 32, 3). Con toda seguridad, la ayuda de una escuadra así habría podido convencer a alguna ciudad jonia para que se rebelase. Una vez que esta acción disipara el aura de invencibilidad de Atenas, se le unirían otras, y el sátrapa persa podría aprovechar la oportunidad para expulsar de Asia a los atenienses.

Álcidas, sin embargo, no quiso prestar oídos a semejante acción. «Tras llegar tarde para salvar Mitilene, su única idea era volver al Peloponeso lo antes posible» (III, 31, 2). Asustado ante la perspectiva de ser capturado por la flota ateniense, se apresuró a volver a casa. Con la preocupación de que los prisioneros de Asia Menor resultasen un freno para la huida, hizo matar a la mayoría. En Éfeso, los samios le advirtieron amistosamente de que un comportamiento así no serviría para liberar a los griegos, sino para alejar a aquellos que ya estaban a favor de Esparta. Álcidas cedió y

liberó a los que aún no habían ejecutado, pero la reputación de Esparta quedó severamente ensombrecida por el incidente. Cuando Pagues descubrió la posición de los espartanos, los persiguió hasta Patmos, desde donde les dejó marchar. Así pues, Álcidas logró alcanzar el Peloponeso a salvo. Los lacedemonios, como apunta Tucídides en una ocasión posterior, «eran los enemigos más convenientes que Atenas hubiera podido tener» (VIII, 96, 5).

EL DESTINO DE MITILENE

El hecho de que la flota peloponesia no consiguiese llegar a tiempo condenó a los rebeldes de Mitilene. Como el bloqueo había mermado velozmente el suministro de alimentos de la ciudad, Saleto, el espartano enviado para levantar la moral de los insurrectos, había ideado a la desesperada un ataque, con el que esperaba romper el cerco del ejército ateniense. Para que tuviera éxito, necesitaba más hoplitas de los que disponía Mitilene; así pues, dio el extraordinario paso de armar a las clases bajas como hoplitas. El régimen oligárquico de Mitilene se mostró de acuerdo con sus planes, lo que demuestra su fe en que las gentes del pueblo eran responsables y dignas de confianza. No obstante, los nuevos reclutas, una vez armados, solicitaron la distribución de los alimentos disponibles entre todos los habitantes; a no ser que los oligarcas aceptasen, amenazaban con entregar la ciudad a Atenas y sellar una paz que excluyera a las clases altas.

No hay pruebas que revelen hasta qué punto el gobierno hubiera podido hacer frente a sus demandas o, de haberlo hecho, si los rebeldes se hubieran mantenido leales. Tal vez las reservas de víveres eran tan reducidas que la distribución general habría resultado imposible. En cualquier caso, tras estos hechos el gobierno oligárquico se rindió ante Pagues, en términos equivalentes a los de una rendición incondicional: los atenienses «harían de los mitileneos lo que quisieran» (III, 28, 1). Sin embargo, Pagues se comprometió a no encarcelar, esclavizar o asesinar a ningún mitileneo hasta que volviera la embajada, a la que permitía ir de Mitilene a Atenas para negociar un acuerdo permanente.

La llegada del ejército ateniense a la ciudad había aterrorizado a las familias oligárquicas, amigas de Esparta, y sus miembros huyeron a los recintos sagrados en busca de refugio. Tras sus súplicas, Pagues prometió que no les haría daño y los trasladó a la isla vecina de Ténedos por motivos de seguridad. Entonces procedió a tomar el control de otros pueblos isleños opuestos a Atenas, y tras capturar a Saleto, que se había escondido, lo envió a Atenas, junto con los mitileneos proespartanos de Tenedos y «cualquier otro que le pareciera culpable de la rebelión» (III, 35, 1).

Si queremos entender el sentimiento de los atenienses en la Asamblea reunida aquel verano del año 427 para deliberar sobre el destino de Mitilene, debemos recordar la situación en la que se encontraban. Alcanzado el cuarto año de guerra, habían sufrido enormemente a causa de las invasiones y la peste, su estrategia inicial había fracasado y en el horizonte no había signos de poder reemplazarla. La insurrección de Mitilene y la entrada de la flota espartana en Jonia eran terribles presagios de los desastres que les aguardaban. Los hombres que tomaron asiento en la Pnix estaban dominados por el miedo y la ira contra aquellos que habían puesto en peligro su propia supervivencia.

La fuerza de estas emociones queda manifiesta en la rápida decisión de condenar a muerte, sin juicio previo, a Saleto, incluso aunque éste se ofreció a convencer a los espartanos para que abandonasen el sitio de Platea a cambio de su vida. El destino de la propia Mitilene, sin embargo, fue objeto de un polémico debate. Tucídides no nos da detalles del encuentro, ni recoge los discursos que allí se hicieron, pero sí nos cuenta lo bastante para reconstruir el curso de lo acontecido. La embajada de Mitilene, integrada por oligarcas y demócratas, debió de tomar la palabra y, con toda seguridad, ambas facciones se acusaron mutuamente de ser responsables de la rebelión. Los oligarcas explicaron que todos los mitileneos eran culpables, con la esperanza de que los atenienses no se decantarían por destruir a todo un pueblo; por su parte, los demócratas acusaron exclusivamente a los oligarcas de obligar al pueblo a unírseles.

La propuesta de Cleón de matar a todos los hombres de Mitilene y vender a sus mujeres y niños

como esclavos se convirtió en el foco del debate. Su máximo oponente era Diódoto, hijo de Éucrates, un hombre del que, aparte de esto, no se tiene mayor constancia. Mientras la Asamblea se dividía en facciones en torno a la cuestión —los moderados, a los que Diódoto representaba, seguidores de la prudente línea política de Pericles, y los más belicosos, dirigidos por Cleón—, todos los atenienses mostraban su furia: los mitileneos se habían rebelado a pesar de sus privilegios, la insurrección había sido larga y cuidadosamente preparada y, más aún, la flota peloponesia había alcanzado las mismísimas orillas de Jonia por su culpa. Bajo esta atmósfera, la proposición de Cleón se hizo ley, y un trirreme zarpó con órdenes de que Pagues ejecutase la sentencia de inmediato.

EL DEBATE DE MITILENE: CLEÓN CONTRA DIÓDOTO

Sin embargo, no transcurrió mucho tiempo antes de que los atenienses reconsideraran su decisión. Tras haber expresado su ira, algunos reconocieron lo espantoso de la resolución. Los embajadores de Mitilene y sus amigos de Atenas —incluyendo indudablemente a Diódoto y otros moderados— aprovecharon este cambio de actitud y convencieron a los generales, por lo que sabemos, todos ellos moderados, para que la Asamblea se reuniera de forma extraordinaria al día siguiente con la intención de revisar el caso.

En el relato que Tucídides hace de esta sesión, aparece Cleón por primera vez en la historia, presentado como «el más violento de todos los ciudadanos y el que, por aquel entonces, gozaba del favor del pueblo» (III, 36, 6). Cleón alegó que la rebelión de los mitileneos carecía de justificación y era fruto de una fortuna imprevisible, la cual había derivado, como era habitual, en un estallido de violencia gratuita *(hybris);* así pues, se requería un castigo severo y rápido en nombre de la justicia. No había que hacer distinciones entre el pueblo y los oligarcas, pues ambos habían tomado parte en la insurrección. Más aún, Cleón sostenía que la indulgencia sólo lograría fomentar más rebeliones, mientras que la crueldad las atajaría: «No deberíamos haber tratado a los mitileneos de forma diferente a los demás, pues su insolencia no habría llegado hasta este punto. Por lo general, está en la naturaleza humana despreciar los halagos y admirar la firmeza» (III, 39, 5). La insinuación era que hacía tiempo que los atenienses deberían haber suprimido la autonomía de Mitilene; no haberlo hecho era sólo uno de los muchos errores cometidos en el pasado. «Pensad en los demás aliados: si imponéis el mismo castigo a los que desertan voluntariamente y a los que se ven obligados a hacerlo por el enemigo, contestadme, ¿quién no se rebelará ante el menor pretexto, si obtiene por ello la libertad como recompensa, sin ser el fracaso castigado con un daño irreparable?» (III, 39, 7).

Si los atenienses proseguían con una política de compasión equivocada, mezcla de clemencia y blandura, «pondremos en peligro nuestras haciendas y nuestras vidas. Y, con suerte, recobraremos ciudades arruinadas, lo que nos privará de los ingresos que son nuestra fuerza. Si fracasamos, tendremos oponentes que añadir a los actuales, y el tiempo que hoy se requiere para combatir al enemigo lo emplearemos contra los aliados» (III, 39, 8). El discurso de Cleón equivalía a un ataque absoluto a la política imperial de Pericles y los moderados. Por el contrario, recomendaba una política de terror calculado para frenar las rebeliones; al menos, en tiempo de guerra.

Cleón y Diódoto, que representaban posturas antagónicas, sólo fueron dos de los muchos oradores que intervinieron. Aquellos que «expresaron opiniones varias» (III, 36, 6) hablaron seguramente de humanidad y justicia, ya que Cleón refutó tales consideraciones en estilo indirecto, además de que la segunda Asamblea se había convocado para apelar al sentimiento de los atenienses de que la pena escogida era «cruel y excesiva» (III, 36, 4).

Puesto que Cleón había dejado implícito que el rechazo de su castigo en favor de otro menos severo equivaldría a un signo de debilidad como poco, e incluso a corrupción y traición, Diódoto instó sagazmente a los atenienses a que votaran su propuesta, no por magnanimidad, sino en aras de su interés. Diódoto deseaba realmente un castigo menos duro para Mitilene, pero su intención más profunda era defender la continuación de una línea política imperial moderada. Su argumentación era que los rebeldes siempre esperaban tener éxito, por lo que la amenaza del castigo no los iba a

disuadir. La política actual, en cambio, animaba a los insurrectos a «alcanzar un acuerdo, cuando aún podían compensarnos los costes de la guerra y pagar los siguientes tributos» (III, 46, 2). Seguir las severas directrices de Cleón sólo alentaría a los rebeldes a «resistir los asedios hasta el final», lo que haría que Atenas «gastara fondos en sitiar a un enemigo que no se rendiría y nos privaría de sus aportaciones futuras,... fuente de nuestra fuerza contra los enemigos» (III, 46, 2-3).

Diódoto también alegó que «el *demos* de todas las ciudades se halla a nuestro favor en este momento y, o bien no se subleva con los oligarcas o, si es forzado a ello, se hará de inmediato enemigo de los sediciosos, con lo que entraríais en guerra con el apoyo de la mayor parte de la población» (III, 47, 2). Las pruebas sugieren que Diódoto se equivocaba sobre el grado de popularidad del Imperio, incluso entre las clases menos privilegiadas, pero su interés estaba más orientado a hacer valer su propuesta que a establecer hechos contrastados. Los atenienses debían condenar a los insurgentes lo menos posible, prosiguió, porque matar a simples ciudadanos igual que a los insurrectos de noble cuna sólo incitaría a los primeros a alinearse en contra de Atenas en levantamientos futuros. «Incluso si fueran culpables, deberíais fingir que no lo son, para que el único grupo que todavía nos es propicio no se convierta en nuestro enemigo» (III, 47, 4).

En opinión de Diódoto, Mitilene era un caso aislado, lo que convertía la política de terror calculado de Cleón no sólo en una ofensa sino, a la larga, en una vía para la propia derrota. Su contrapropuesta era condenar únicamente a aquellos que Pagues había enviado a Atenas como culpables. Esta sugerencia es menos humanitaria de lo que puede parecer, porque los arrestados por Pagues como «principales responsables» eran cerca de mil, y constituían no menos de una décima parte de la población total de hombres adultos de las ciudades rebeldes de Lesbos.

El número de manos alzadas en la Asamblea fue casi parejo, pero la proposición de Diódoto fue la que finalmente se impuso. Cleón aconsejó de inmediato la pena de muerte para los mil «responsables», y su moción fue aprobada. Los habitantes de Lesbos no tuvieron un juicio justo, ni conjunta ni individualmente; la Asamblea simplemente asumió su culpabilidad basándose en la opinión de Pagues, y esta vez no hay indicios de que la votación quedara ajustada. Era la acción más terrible tomada hasta la fecha por los atenienses contra sus súbditos sediciosos y, sin embargo, por mucho que el miedo, la frustración y el sufrimiento los hubiera vuelto crueles y terribles, el plan de Cleón, mucho más brutal, había sido rechazado.

El barco que había partido a Lesbos tras la primera Asamblea con instrucciones de sentenciar a muerte a todos los hombres llevaba un día de ventaja, pero enseguida se envió un segundo trirreme para rescindir la primera orden. Los enviados mitileneos en Atenas suministraron comida y bebida a los remeros, y les prometieron una recompensa si llegaban los primeros. Conmovidos por la posibilidad de realizar una buena acción y con buenas ganancias a la vista, los marineros marcaron un buen ritmo e incluso rechazaron las paradas habituales para comer y descansar. La tripulación del primer navío, sin embargo, incluso sin prisa alguna por cumplir una misión tan espantosa, llegó antes a Mitilene. Tucídides cuenta el resto de forma dramática. «Pagues leyó el decreto, y ya se disponía a ejecutar sus órdenes, cuando arribó el segundo barco y se logró evitar la matanza. Tan cerca del peligro llegó a estar Mitilene» (III, 49, 4).

Capítulo 10

Terror y aventura (427)

La respuesta ateniense a la rebelión de Mitilene era reflejo del nuevo espíritu de agresión que comenzaba a cuestionar las antiguas posiciones moderadas, heredadas de Pericles. Dos generales alcanzaron el poder tras las elecciones del año 427, Eurimedonte y Demóstenes, y no tardarían en combinar la audacia con la política. Incluso los moderados sentían la necesidad de pasar a la ofensiva, aunque con ciertas reservas. En el verano de 427, Nicias se apoderó de la pequeña isla de Minoa, frente a las costas de Megara, y se dedicó a fortificar sus defensas para endurecer el bloqueo.

EL DESTINO DE PLATEA

Sin embargo, casi simultáneamente al ataque sobre Minoa, los defensores de Platea depusieron las armas. Los espartanos hubieran podido arrasar las fortificaciones, protegidas únicamente por un pequeño número de soldados famélicos, pero dieron orden de que la ciudad no fuera tomada al asalto. Su lógica era que, «si alguna vez se llegaba a un acuerdo con Atenas y convenían en devolverse las plazas conquistadas durante el conflicto, Esparta podría quedarse con Platea, ya que ésta se habría entregado voluntariamente» (III, 52, 2).

La preocupación mostrada por estos legalismos sofistas revela que los espartanos ya estaban considerando hacia el año 427 la posibilidad de una paz negociada. La resistencia de Atenas para sobrevivir a la peste y la facilidad con la que había sofocado la insurrección de su Imperio, sumadas a la incapacidad de Esparta para conquistar los mares, eran realidades que empezaban a tener su peso. Aun así, no estaban preparados para conformarse con una simple victoria absoluta.

Para lograr la rendición de Platea, los espartanos prometieron que la guarnición tendría un juicio justo, presidido por cinco magistrados espartanos; sin embargo, lo que impartieron fue una justicia de farsa. No se presentó acusación alguna contra los plateos; tan sólo se les preguntó si habían prestado servicio durante la contienda a los espartanos o a sus aliados. Los habitantes de Platea explicaron sus argumentos con tamaña convicción que pusieron a los interrogadores en evidencia. Así pues, los tebanos, temerosos de que Esparta pudiera transigir, se vieron en la necesidad de contestar con un gran discurso. Los jueces espartanos repitieron entonces a los plateos la misma pregunta, a la que cada uno, por supuesto, respondió con una negativa. Por consiguiente, no menos de doscientos plateos y veinticinco atenienses fueron sentenciados a muerte, y las mujeres que permanecían en la ciudad fueron vendidas como esclavas. Los espartanos actuaron en todo momento movidos por su propio interés: «El comportamiento inflexible de los lacedemonios hacia Platea estaba enteramente condicionado por los tebanos, pues creían que éstos les serían de utilidad en la guerra que acababa de comenzar» (III, 68, 4). De hecho, los espartanos se preparaban para un enfrentamiento prolongado, en el que el poder de Beocia se iba a convertir en un factor mucho más decisivo que una reputación de ser justos y honorables.

Finalmente, los espartanos devolvieron Platea a los tebanos, y éstos destruyeron toda la población hasta los cimientos. Las tierras de la ciudad se dieron en arrendamiento por un plazo de diez años a tebanos escogidos y, alrededor del año 421, en Tebas se hablaba de la ciudad como parte integrante del territorio propio. Platea había sido borrada del mapa, y los atenienses todavía no habían dado muestras de querer intervenir. Los dos hechos eran inevitables. La ciudad era insostenible estratégicamente y, sin embargo, los atenienses tenían motivos para sentirse violentados, incluso avergonzados, a causa de su destino. Platea, aliada fiel, podría haberse rendido tras el

ataque en buenos términos si los atenienses no la hubieran ligado a la Alianza con promesas de ayuda. A los supervivientes de Platea se les garantizó el singular privilegio de la ciudadanía ateniense. Una compensación a todas luces inadecuada en comparación con la desaparición de su patria.

GUERRA CIVIL EN CORCIRA

En Corcira, mientras tanto, aliada de Atenas en el oeste, se presentó un nuevo peligro: las intensas luchas políticas amenazaban con llevar al poder a los enemigos de Atenas y causar la pérdida de la gran armada de la isla. Los problemas se iniciaron con el regreso a Corcira de doscientos cincuenta prisioneros, capturados en el año 433 por los corintios en la batalla de Síbota. Los corintios trataron bien a los cautivos y, con ello, su lealtad quedó asegurada. A principios de 427, los enviaron de vuelta a casa con la intención de que socavaran la política y el gobierno de su tierra, en un momento en que entre los espartanos anidaba la esperanza de que la rebelión general de los aliados de Atenas tendría pronto lugar.

En Corcira nadie sabía que estos hombres se habían convertido en agentes al servicio de una potencia extranjera contra su propio Estado; para justificar su regreso, explicaron que se había pagado como rescate la increíble suma de ochocientos talentos. Una vez liberados, pidieron que se pusiera fin a la Alianza con Atenas y se retornara a la tradicional neutralidad, ocultando su intención de incorporar Corcira a la Liga espartana. A pesar de sus esfuerzos, la Asamblea democrática corcirea se inclinó por una vía intermedia: reafirmó la alianza defensiva con Atenas, pero también optó por ser «amiga de los peloponesios, como en el pasado» (III, 70, 2).

El voto, no obstante, fue una victoria para los conspiradores oligárquicos, el primer paso para separar Corcira de Atenas. A continuación, Pitias, uno de los líderes democráticos vinculado a Atenas, fue acusado de intentar esclavizar a la población en favor de los atenienses. No obstante, el ciudadano corcireo medio no veía que la alianza con Atenas equivaliera a traición, y Pitias quedó absuelto. A su vez, éste se querelló con cinco de sus acusadores por cargos de supuesta violación religiosa. Incapaces de afrontar las enormes multas impuestas, los acusados buscaron refugio en los templos.

Los oligarcas, atemorizados porque un Pitias victorioso utilizara su triunfo para presionar a favor de una alianza total con Atenas, tanto ofensiva como defensiva, recurrieron al asesinato y al tenor como medios para impedirlo. Armados con dagas, irrumpieron en una reunión del Consejo y dieron muerte a Pitias y a otros seis. Unos pocos compañeros demócratas lograron escapar en un trirreme ateniense que todavía estaba anclado en el puerto. El barco zarpó enseguida rumbo a Atenas, donde los refugiados contarían su historia en busca de reparación.

En esta atmósfera de tenor, los asesinos convocaron la Asamblea, aunque los corcireos siguieron negándose a cambiar de bando. A su vez, los instigadores sólo se atrevieron a proponer la neutralidad, e incluso esto únicamente se pudo aprobar bajo coacción. Ante el temor de un ataque ateniense, los oligarcas enviaron una embajada a Atenas para que asegurarles que los sucesos de Corcira no iban dirigidos en contra de los intereses atenienses. Sin embargo, los atenienses no quedaron convencidos y arrestaron a los enviados por rebeldía. La delegación de Atenas estaba pensada para ganar tiempo, mientras los oligarcas negociaban con Esparta y, alentados por la perspectiva del apoyo espartano, denotaron a los habitantes en una batalla campal, aunque ni siquiera así pudieron aniquilar a los opositores democráticos. Los demócratas tomaron la acrópolis y otros montes de la localidad, así como la salida al mar, mientras que los oligarcas se hicieron con la zona del mercado y la parte terrestre del puerto. Al día siguiente, ambas partes buscaron apoyos al ofrecerse a liberar a los esclavos; la mayoría se unieron a los demócratas, pero los oligarcas contrataron a ochocientos mercenarios del continente, y la guerra civil se adueñó de Corcira.

Dos días después, en el segundo enfrentamiento, los demócratas dieron la vuelta a los acontecimientos, y los oligarcas sólo consiguieron ponerse a salvo mediante la huida. Al día siguiente, el comandante de las fuerzas atenienses en Naupacto alcanzó Corcira con doce barcos y quinientos hoplitas. Nicóstrato se comportó con gran moderación y no castigó a la facción

perdedora, simplemente solicitó una alianza ofensiva y defensiva total, para que Atenas quedara segura con la isla. Los únicos oligarcas que fueron a juicio fueron los diez considerados culpables de incitar a la insurrección. Al resto de corcireos se les animó a hacer las paces entre ellos.

Las pasiones en Corcira, no obstante, estaban ahora tan inflamadas que una solución moderada iba a resultar imposible. Los diez hombres acusados se dieron a la fuga. Los líderes democráticos convencieron a Nicóstrato para que dejase cinco navíos atenienses a cambio de cinco de los suyos, tripulados por oligarcas de su elección, sus propios enemigos personales. Los oligarcas seleccionados, ante el temor de que serían enviados a Atenas para afrontar un terrible destino, también buscaron refugio en los recintos sagrados y, aunque Nicóstrato trató de asegurarles que no correrían peligro, su decisión permaneció inamovible. Como respuesta, los demócratas se dispusieron a matar a todos los oligarcas, pero Nicóstrato evitó que se precipitasen.

Llegados a este punto, los peloponesios entraron en juego. Los cuarenta barcos comandados por Álcidas, que se habían retrasado de vuelta a casa en el Egeo, se encontraron con trece naves aliadas en Cilene y, junto a Brásidas como *symboulos* (consejero), se aprestaron a poner rumbo a Corcira antes de que la flota ateniense arribase. En contra del consejo de los atenienses, los demócratas corcireos se enfrentaron a esta fuerza con sesenta navíos, todos ellos escasos de disciplina y en mal estado. Los peloponesios se impusieron con facilidad, pero los doce barcos atenienses en Corcira evitaron que sacasen partido de la victoria, y no tuvieron más remedio que volver al continente con las naves capturadas. A la mañana siguiente, Brásidas pidió a Álcidas que atacaran la ciudad aprovechando que sus habitantes estaban confusos y asustados, pero el cauteloso navarca rechazó la ofensiva. La demora resultaría vital: de Léucade llegaron noticias de una armada ateniense de sesenta barcos, capitaneada por Eurimedonte, hijo de Tucles, y los peloponesios se dieron a la fuga.

Sin el control de Nicóstrato, los demócratas dieron rienda suelta a la ira y al odio, poderosas motivaciones en una guerra fraticida. Las ejecuciones políticas degeneraron en simples asesinatos; se mataba por venganza personal o por dinero; la maldad y el sacrilegio fueron moneda común. «Los padres asesinaban a sus hijos, los hombres eran arrastrados fuera de los templos y se les asesinaba allí mismo, algunos perecieron tras ser emparedados en el templo de Dioniso» (III, 81, 5). Estos horrores dieron a Tucídides la oportunidad de retratar las terribles consecuencias del conflicto civil en tiempos de guerra, y pocos pasajes de esta grandiosa historia están tan llenos de sabiduría oscura y profética como éstos.

Estas atrocidades, nos relata, sólo fueron las primeras entre las muchas causadas por la serie de guerras civiles a las que dio lugar la gran guerra. En cada una de las ciudades, los demócratas recurrirían a los atenienses en busca de ayuda contra sus enemigos, a la vez que los oligarcas esperaban lo mismo de Esparta. «En tiempos de paz, no habían tenido pretextos ni deseos de hacerlo, pero como los dos oponentes se hallaban en guerra, cada facción de las diferentes ciudades encontraba fácil llamar a unos u otros como aliados, si querían derrocar el régimen local» (III, 82, 1). «Sucedieron multitud de cosas terribles por culpa de las facciones», comenta Tucídides, «tal como sucede y seguirá sucediendo mientras la naturaleza humana siga siendo la misma» (III, 82, 2). En épocas de paz y prosperidad, las naciones y sus gentes se comportan de forma razonable porque el tejido del bienestar material y la seguridad que separan la civilización de la barbarie brutal no se han marchitado, ni sus gentes se han visto reducidas a la brutal necesidad. «No obstante, la guerra, que arranca a la gente de la satisfacción fácil de las necesidades diarias, es una maestra violenta que hace encajar su disposición a las circunstancias» (III, 82, 2).

La pertenencia y la lealtad a los partidos acabaron por verse como las virtudes más altas; con ello no sólo se consiguió ensombrecer a las demás, sino justificar el abandono de los frenos que supone la moral tradicional. El fanatismo y la intención traicionera por conspirar a favor de la destrucción del enemigo a sus espaldas estaban consideradas igualmente admirables: rechazar cualquiera de éstas era deteriorar la unidad del partido por miedo al enemigo. Los juramentos perdieron sentido y se convirtieron en utensilios del engaño.

Este estado de terror se originó como consecuencia de la codicia personal, la ambición y el deseo de poder que emergen comúnmente una vez ha estallado la guerra de facciones. Mientras, los líderes facciosos adoptaban hermosas consignas —en un caso, «igualdad política para la gente» y,

en el otro, «el gobierno moderado de los mejores»— y recurrían a cualquier artimaña funesta a su alcance, incluso eliminar a los que no pertenecían a ningún partido, «bien porque no les apoyaban en la lucha o porque su mera supervivencia era blanco de envidias» (III, 82, 8). Este nuevo tipo de maldad se extendió a través de las varias ciudades-estado del mundo helénico de la mano de las revoluciones. «Por lo general, se impusieron los individuos más ignorantes, porque, conscientes de su debilidad y de la inteligencia de sus adversarios, temían quedar por debajo en los debates y ser sorprendidos por la habilidad intelectual de aquéllos, por lo que se lanzaron a actuar con audacia. Los más listos, en cambio, despectivos y confiados en su capacidad de anticipación, pensaron que no había necesidad de tomar medida activa alguna sobre aquello que se podía obtener con la razón» (III, 83, 3-4).

En agudo contraste con la contención mostrada por Nicóstrato, su predecesor en Corcira, el general ateniense Eurimedonte, no emprendió acción alguna durante siete días, lo que permitió que continuara la matanza. Aparentemente, estaba en consonancia con Cleón y deploraba una moderación que fomentaba la rebelión y parecía ineficiente. Su aparición como comandante en Corcira desvela que ya se había puesto en marcha el recién elegido Consejo de generales; así mismo, el comportamiento que mantuvo sugiere que un nuevo espíritu iba ganando terreno en Atenas.

LA PRIMERA EXPEDICIÓN ATENIENSE A SICILIA

El mismo espíritu ayudó a convencer a los atenienses en septiembre de que enviasen una expedición de veinte naves a Sicilia, lejos de anteriores escenarios bélicos, con Laques y Caréades al mando. Las gentes de Leontino, una ciudad en la parte oriental de la isla con la que Atenas mantenía una vieja alianza, denunciaron que Siracusa, la principal ciudad de la región, les había atacado como parte de una campaña para dominar toda Sicilia. El conflicto se extendió rápidamente por toda la isla y a través del estrecho hasta Italia. Los opositores se mostraban divididos, en parte por sus diferencias étnicas: los dorios, y también los peloponesios, apoyaban a los siracusanos, mientras que los jonios y los atenienses estaban contra ellos. Los leontinos, ante la derrota inminente, solicitaron la ayuda de los aliados atenienses.

¿Por qué iban a enviar los atenienses, que ya estaban ocupados en una guerra de supervivencia, una expedición a un lugar tan remoto y, en apariencia, irrelevante para su estrategia bélica? Tucídides explica que sus verdaderas intenciones eran «impedir la importación de trigo siciliano al Peloponeso y probar que podían hacerse con el control de los asuntos de la isla» (III, 86, 4).

Comúnmente se atribuye a Cleón y su entorno, los llamados «radicales» o «demócratas» o la facción belicista, el protagonismo de haber fomentado la expedición, pero la realidad sugiere otra cosa. No hay referencia alguna a que la cuestión provocase un debate entre facciones, como los que sellaron el destino de Mitilene en el año 427 o los que culminaron con la alianza de Corcira en el 433. Los comandantes no eran «halcones» como Eurimedonte o Demóstenes; Laques, amigo de Nicias, era uno de ellos. La expedición, pues, debió de tropezar con muy poca oposición.

No debemos pasar por alto un hecho obvio: los atenienses fueron a Sicilia en el año 427, en primer lugar, porque así se lo habían solicitado; y, en segundo, porque se dieron cuenta de que la cuestión siciliana podía convertirse en algo serio. Al principio de la guerra, los peloponesios habían hablado de conseguir una gran flota en Sicilia, lo que podía representar una gran amenaza para Atenas en caso de materializarse. Así mismo, si a los siracusanos, colonos de los corintios, se les permitía conquistar otras poblaciones griegas de la isla, también podrían proporcionar una ayuda determinante a su metrópoli y, en general, a toda la causa peloponesia. No había ningún ciudadano en Atenas que no viera el peligro. El deseo de impedir que el grano alcanzase el Peloponeso era un paso más en la estrategia bélica, reflejo de las condiciones cambiantes. Hasta cierto punto, la duración y la severidad de los saqueos espartanos en el Ática dependían de los suministros de trigo de los invasores; la pérdida de las cosechas sicilianas podría minimizar las próximas invasiones. En este sentido, el bloqueo del comercio de cereales por medio del envío de ayuda militar a los aliados

occidentales cobraba sentido.

Sin embargo, cualquier intento de sojuzgar Sicilia habría ido abiertamente en contra de los consejos de Pericles de no expandir el Imperio en tiempos de guerra. Para no faltar a la verdad, cabe señalar que entre los atenienses había algunos expansionistas insensatos que no podían evitar mirar al oeste como una posible área de conquista, pero no hay pruebas de que Cleón estuviera de su parte o buscase la invasión por sí misma. Él, y otros hombres como Demóstenes y Eurimedonte, querían obtener el control de Sicilia para impedir el transporte de cereales al Peloponeso y evitar así que una Sicilia controlada por los siracusanos ayudara al enemigo; aunque, posiblemente, también buscaran algo más que la mera restauración del statu quo. Una intervención ateniense seguida de una retirada permitiría que Siracusa volviera a intentar hacerse con el poder en la isla, tal vez en un momento en el que los atenienses no podrían evitarlo. La intención de «poner los asuntos de Sicilia bajo control» sólo podía significar la predominancia de Atenas y, quizás, el establecimiento de un campamento y una base naval para evitar problemas futuros.

Veinte naves se hicieron a la mar justo antes del rebrote de la peste. Su misión inauguraba una nueva realidad política en Atenas. Los acontecimientos habían situado a los radicales en una posición de poder desde la que podían condicionar, e incluso determinar, las actuaciones políticas, mientras que los moderados no podían oponer resistencia alguna a las propuestas de sus adversarios.

En Sicilia, los atenienses tuvieron un éxito extraordinario a pesar del pequeño tamaño de sus fuerzas. Leontinos, al ser una población interior, no podía utilizarse como base naval, por lo que Laques y Caréades se establecieron en la ciudad amiga de Regio, justo al otro lado de Mesina *(véase* mapa 13). Los atenienses intentaban apoderarse del estrecho para dificultar la ruta habitual del transporte de grano de Sicilia al Peloponeso. El plan era hacerse con Mesina y convertirla en el punto de reunión de los griegos siciliotas, en especial los jonios, y los sículos, isleños hostiles a Siracusa. Con el apoyo de las tropas locales, los atenienses esperaban negociar con los siracusanos para conseguir una alianza con la ciudad. De no ser así, combatirían, y al menos una victoria impediría la dominación de Siracusa sobre toda la isla.

Los primeros intentos, sin embargo, ofrecieron resultados inesperados. Nada más llegar a Regio, los atenienses dividieron sus efectivos en dos escuadrones para explorar la costa siciliana y evaluar el sentimiento de los lugareños. Laques bordeó la zona sur cerca de Camarina, y Caréades se aventuró por la costa oriental de Siracusa, donde encontró la muerte en un encuentro con la flota del lugar. La estrategia de los atenienses se basaba en el control del mar, en especial de las aguas próximas al estrecho de Mesina, así que Laques atacó a los aliados siracusanos en las islas Eolias (Lípari), en el lado oeste del estrecho, pero los habitantes de las islas no rindieron su territorio.

Estos y otros fracasos cayeron en el olvido en el momento en que Laques se hizo con Mesina, lo que colocó el estrecho bajo control ateniense, alentó las deserciones en Siracusa y amenazó las posiciones tomadas por ésta. Muchos isleños sículos, sometidos anteriormente por los siracusanos, se pasaron al lado de Atenas. Con su apoyo, Laques logró mantener la ofensiva, derrotar a los lócridos y atacar Himera, aunque no pudo capturarla.

Los logros de Laques no eran insignificantes. Evitó que los siracusanos conquistaran Leontino, se apoderó de Mesina y del estrecho, consiguió ganar para Atenas a muchos ciudadanos de Siracusa y comenzó a hostigar la región que la rodeaba. En el mar, los atenienses no tuvieron rival, porque los siracusanos temían luchar contra la flotilla enemiga. Eran plenamente conscientes del peligro en que se hallaban, al ver que «el lugar [Mesina] controlaba el acceso a Sicilia, con el temor de que la utilizarían más adelante como base desde donde atacar con una fuerza mayor» (IV, 1, 2). Por consiguiente, empezaron a aumentar el tamaño de su flota para enfrentarse a la de los atenienses.

En respuesta, los generales atenienses pidieron refuerzos a Atenas, y la Asamblea envió cuarenta barcos más con tres comandantes, «porque pensaban que con ello darían término a la guerra con prontitud y, en parte, porque querían procurar entrenamiento a la flota» (III, 115, 4). Pitodoro se embarcó de inmediato con unas pocas naves para relevar a Laques, mientras Sófocles y Eurimedonte le siguieron con el grueso de la marina. La nueva armada se hacía a la mar albergando grandes esperanzas.

PARTE III

NUEVAS ESTRATEGIAS

La estrategia y los objetivos de Pericles continuaron guiando la política ateniense incluso tras su muerte y forjaron el espíritu de la primera parte de la Guerra de los Diez Años. Fueran cuales fueran sus virtudes, los acontecimientos se encargarían de demostrar su ineficacia ulterior: los gastos consumieron el tesoro, la rebelión estalló en el Imperio y Esparta no dio signos de desear la paz. Si Pericles hubiera vivido, probablemente habría cambiado sus planes bélicos para adaptarse a la nueva realidad. Sin embargo, en el año 427 aparecieron nuevos líderes políticos y militares, algunos con ideas muy diferentes a las del antiguo estratega. Los años venideros serían testigos del abandono de la estrategia inicial, mientras los atenienses buscaban la forma de sobrevivir y ganar la guerra.

Capítulo 11

Demóstenes y la nueva estrategia (426)

LOS ESPARTANOS EN LA GRECIA CENTRAL

En el año 426, el joven Agis subió al trono de Esparta tras la muerte de su padre, Arquidamo, y Plistoanacte volvió del exilio, por lo que la ciudad volvía a tener dos monarcas. En uno de sus primeros actos oficiales, Agis se puso a la cabeza del ejército que salió del Peloponeso para invadir el Ática; pero, una vez alcanzado el istmo de Corinto, unos temblores de tierra les obligaron a regresar. Un pueblo tan religioso como el espartano debió de interpretar este fenómeno como la señal divina de que su insistencia en continuar la guerra no era correcta; no obstante, los espartanos reaccionaron como cualquier ser humano al ver frustrados sus propósitos: simplemente intensificaron su determinación por cumplir el plan original por otros medios. Algunos espartanos, al igual que algunos atenienses, reconocían que los planes iniciales habían fracasado y, por consiguiente, que la victoria sólo podría lograrse a través de estrategias nuevas.

Así pues, en el verano de 426, Esparta comenzó a abrir un nuevo frente en la Grecia central, donde los traquinios y la población vecina de la Dóride —cuna de Esparta y de los demás dorios— solicitaron su ayuda contra los eteos, en guerra con ellos *(véase* mapa 14). A raíz de esto, los espartanos establecieron en Traquinia una de las pocas colonias de su historia, Heraclea, porque: «La ciudad les pareció estar bien situada en caso de guerra contra los atenienses, ya que allí se podía equipar una flota contra Eubea, de modo que la travesía sería corta, y les resultaría útil para lanzar expediciones costeras a Tracia» (III, 92, 4).

Es tentador concluir que Brásidas fue el instigador de esta decisión, ya que cuadra bien con su imaginación y temperamento; además, unos años más tarde partiría para explotar la nueva colonia. Iniciar un ataque a gran escala por mar contra Eubea era una idea demasiado audaz para muchos espartanos, sobre todo teniendo en cuenta el resultado de los últimos encuentros con la flota ateniense, pero la nueva colonia también podía utilizarse como base desde donde perpetrar abordajes piratas contra las embarcaciones atenienses e incursiones a Eubea. El plan de invadir las áreas norteñas del Imperio ateniense aún era más osado. Para ganar la guerra, los espartanos tenían que montar un ataque de gran envergadura sobre el Imperio y, sin una flota más preparada y numerosa, sólo podrían hacer daño a las zonas a las que podían llegar por tierra: Macedonia y Tracia, a lo largo de la costa septentrional del Egeo. Si conseguían trasladar allí un ejército, podrían alentar las defecciones, reducir los ingresos de los atenienses e incitar a la rebelión. Y lo que es más, Tracia serviría como base desde donde atacar las ciudades atenienses del Helesponto.

Hacerse con esa zona del Imperio ateniense no iba a ser una empresa fácil o segura. Los espartanos primero tendrían que movilizar al ejército a través de la Grecia central y del territorio hostil de Tesalia para alcanzar su objetivo. Una vez allí, deberían cosechar apoyos mientras intentaban convencer a los aliados locales de Atenas de que se sublevaran contra el Imperio. En una campaña así, podían perderse tropas inestimables a cada paso. Esparta no estaba dispuesta a correr esos riesgos en el año 426, pero el establecimiento de la colonia de Heraclea era el primer escalón para cualquier empresa futura.

Sin embargo, salvo como base de la ruta del norte, Heraclea resultó ser decepcionante. Los espartanos construyeron una población amurallada a unos ocho kilómetros de las Termópilas, con un muro hasta el mar a través del paso que controlaba la ruta desde Grecia central hasta Tesalia, y

empezaron a construir astilleros para crear una base naval contra Eubea. No obstante, los tesalios no iban a permitir que Esparta estableciera una colonia en sus fronteras, y la atacaron repetidamente. Los magistrados espartanos en la zona no hicieron más que poner al descubierto las deficiencias de los acuerdos de Esparta con los otros griegos: «Ellos mismos arruinaron la operación y causaron el descenso de la población. Aterrorizaban a las gentes con sus severas medidas, no siempre acertadas, lo que hizo que sus enemigos los derrotaran más fácilmente» (III, 93, 3).

LAS INICIATIVAS DE ATENAS

Mientras tanto, los atenienses siguieron intentando tomar la ofensiva tibiamente, y enviaron a Nicias con sesenta naves y dos mil hoplitas contra la isla de Melos. Tras fracasar en su tentativa por tomarla, Nicias arribó a Beocia y se encontró en Tanagra con el resto del ejército, que había partido de Atenas con Hiponico y Eurimedonte al mando. Tras saquear los alrededores y derrotar a los tanagros y a algunos tebanos en campo abierto, Hiponico y Eurimedonte volvieron a Atenas, mientras que los hombres de Nicias regresaron a los trirremes, atacaron el territorio lócrido y volvieron también a casa.

¿Qué intención tenían estas acciones? Melos era la única isla del Egeo que no pertenecía a la Liga ateniense y, aunque en el año 426 había permanecido neutral, no dejaba de ser una colonia espartana. Tucídides cuenta que los atenienses la atacaron porque «los de Melos, aun siendo isleños, no estaban dispuestos a someterse ni a entrar en la Alianza, a pesar de que los atenienses querían ganárselos para su causa» (III, 91, 2). No están del todo claras las razones que llevaron a los atenienses a movilizarse tan precipitadamente después de haber ignorado Melos durante cincuenta años. La necesidad urgente y continuada de fondos puede ofrecer una respuesta parcial. Como prueba, existe una inscripción de fecha incierta, en la que se cuenta que los melios ayudaron a financiar la flota espartana en el año 427. En caso de ser así, el ataque ateniense pudo haberse producido como castigo a los dorios «neutrales» por ayudar al enemigo.

A los atenienses les habría encantado tomar Melos sin grandes gastos, pero no se podían permitir el coste de un asedio. No tenían intención de arriesgarse en una confrontación terrestre contra los hoplitas tebanos, con el peligro asociado de que un ejército peloponesio les atacara por la retaguardia. Toda la operación, incluidas las incursiones en la Lócride, se había pensado de forma unitaria para que no supusiese un riesgo ni grandes gastos. Estas acciones eran pasos provisorios de poca envergadura hacia una estrategia de mayor corte agresivo.

Los atenienses también enviaron treinta trirremes a las costas del Peloponeso con Demóstenes y Procles a la cabeza. Los navíos atenienses llevaban solamente el habitual contingente de diez tripulantes, sin hoplitas adicionales. Aunque les ayudaran algunos de sus aliados occidentales, no tenían expectativas de conseguir nada decisivo. A pesar del nuevo espíritu activo de Atenas, la escasez de dinero y de hombres seguía limitando el tamaño y el alcance de las campañas.

Estas fuerzas saquearon la isla de Léucade, una parada clave en la ruta a Corcira, Italia y Sicilia, y una leal colonia corintia, que contribuía con sus barcos a la escuadra peloponesia. Su captura les habría dado a los atenienses el control absoluto del mar Jónico, por lo que los aliados de Acarnania se expresaron a favor de ponerle sitio y tomarla. Sin embargo, los aliados mesenios de Atenas en Naupacto querían que Demóstenes atacara a los etolios, que por aquel entonces andaban hostigando a su ciudad. Le aseguraron que sería fácil derrotar a las tribus etolias, fieras pero primitivas, que vivían en pueblos dispersos y desguarnecidos; no combatían como los hoplitas, sino con armamento ligero, y algunos eran tan bárbaros como para llegar a comer carne cruda. Estos pueblos sin civilizar bien podrían ser sometidos uno a uno antes de que llegaran a unirse.

LA CAMPAÑA ETOLIA DE DEMÓSTENES

A Demóstenes, en la que era su primera temporada como general, probablemente le habían dado órdenes imprecisas del tipo de «ayuda a los aliados de Atenas en el oeste, y causa tanto daño como puedas entre las filas enemigas». El curso de actuación más seguro y obvio era sitiar Léucade y evitar el enfado de los acarnanios; con toda seguridad, sus instrucciones no mencionaban emprender una campaña contra unos bárbaros tierra adentro, muy al este del territorio aliado. Aunque acceder a la petición de los mesenios de Naupacto representaba un riesgo para el comandante, tanto política como militarmente, éste hizo lo que le pidieron. En parte, cuenta Tucídides, Demóstenes deseaba complacer a los mesenios, aliados aun más decisivos para Atenas que los acarnanios, ya que mantenían una posición crucial en el golfo de Corinto, cuya pérdida habría significado un desastre. Pero su audaz imaginación vio en la empresa mayores posibilidades que la simple defensa de Naupacto y, con la bravura y estilo que marcarían toda su carrera, concibió un plan ambicioso. Con la ayuda de las fuerzas de Acarnania y Naupacto, conquistaría rápidamente Etolia y reclutaría a los vencidos para su ejército. Luego atravesaría la Lócride Ozolia hasta Citinio, en la Dóride; desde allí, entraría en Fócide, donde sus habitantes, antiguos aliados de Atenas, se les unirían. Con un ejército tan numeroso, podría atacar Beocia desde la retaguardia.

Si era capaz de alcanzar la frontera occidental de Beocia a la vez que los ejércitos unidos de Nicias, Hiponico y Eurimedonte marchaban desde el este, juntos tendrían la oportunidad de lograr una gran victoria en nombre de Atenas que dejaría a Beocia, la aliada más poderosa de Esparta, fuera de combate. También podían contar con la ayuda de los demócratas beocios, que ya habían cooperado con Atenas antes. Demóstenes esperaba conseguir todo esto sin apoyo bélico adicional. Su idea era alcanzar grandes logros con los mínimos riesgos para Atenas. Actuaba por su cuenta, sin consultar ni esperar la aprobación de la Asamblea ateniense.

Demóstenes se metió en líos casi de inmediato. Los acarnanios se negaron a acompañarle a Etolia, y las quince naves de Corcira volvieron a casa, negándose a luchar fuera de sus aguas y por causa ajena. Fue posiblemente al año siguiente cuando el personaje de una comedia de Hermipo exclamó: «Que Poseidón destruya a los corcireos en sus barcos huecos por su falsedad».[5] Aunque, a decir verdad, la decisión de abandonar Léucade para combatir contra los etolios debió de sembrar serias dudas entre los aliados.

La pérdida por abandono de una gran parte de su ejército y un tercio de la armada habrían podido detener a un general menos seguro de sí mismo, pero Demóstenes siguió adelante. Los aliados de Atenas en Lócride eran vecinos de los etolios, utilizaban el mismo tipo de armas y armaduras, y conocían al enemigo y el territorio. El plan era que todo su ejército marchara hacia el interior y se encontrara con Demóstenes, quien en su travesía por tierras etolias iba tomando pueblo tras pueblo. Entonces, el plan comenzó a verse claro. Se suponía que los locros llegarían con refuerzos, aunque éstos no aparecieron. Este tercer abandono preocupó a Demóstenes más que los anteriores: en las abruptas montañas de Etolia, el éxito de la campaña y la seguridad de sus tropas dependían de los lanzadores de jabalina de la infantería ligera de Lócride. Sin embargo, los mesenios le aseguraron que la victoria aún se podría conseguir fácilmente si se movía con agilidad, antes de que los etolios pudieran reunir sus fuerzas dispersas.

En una época en que la inteligencia militar dependía en gran parte de los informes obtenidos por boca de los mensajeros, el plan de Demóstenes entrañaba más riesgos de lo que parece. El consejo de los mesenios se había quedado anticuado, ya que los etolios habían aprendido de la primera expedición y ahora se preparaban para ofrecer resistencia. Así mismo, Demóstenes no era consciente de que un gran número de guerreros de las tribus de Etolia estaba en camino para socorrer a los suyos. La ausencia de refuerzos era motivo suficiente para retrasar toda la operación, pero la cautela no era una característica natural del joven general, así que decidió salir al encuentro de los etolios de inmediato.

Tomó rápidamente la población de Egitio, pero su pronta capitulación fue una trampa: los

[5] J. M. Edmonds, *The Fragments of Attic Comedy,* Leiden, 1957-1961, pp. 304-306.

habitantes, con refuerzos, se emboscaron en las colinas circundantes y atacaron desde todas direcciones cuando los atenienses y sus aliados entraron. Los atacantes, hábiles con las jabalinas y pertrechados con armadura ligera, podían infligir serios daños y batirse en retirada antes de que la falange, con sus pesadas armas características, pudiera hacerles daño. Los atenienses se daban cuenta ahora de lo mucho que necesitaban a los lanzadores de jabalina prometidos por los locros. Los esfuerzos de sus arqueros podían haber compensado la situación, pero cuando su capitán cayó muerto, se desbandaron rápidamente y dejaron a los hoplitas, indefensos y agotados, a merced de las continuas incursiones de los etolios, más rápidos gracias a su armamento ligero. Finalmente, cuando dieron la vuelta para escapar, una última desgracia convirtió la huida en una masacre. El guía mesenio, Cromón, que les debía haber conducido hacia algún lugar seguro, encontró la muerte, y los atenienses y sus aliados quedaron atrapados en un terreno desconocido, frondoso y agreste. Muchos se perdieron en la espesura, y los etolios prendieron fuego a los bosques. Las bajas fueron cuantiosas entre los aliados, y los atenienses perdieron ciento veinte marinos de trescientos, así como a Procles. Vencidos, recuperaron a sus muertos mediante una tregua y, tras retirarse a Naupacto, volvieron para reunirse con la flota ateniense. Demóstenes se quedó en Naupacto, «temeroso de los atenienses por lo sucedido» (III, 98, 5); de hecho, tenía razones de sobra para ello. Había abandonado una campaña satisfactoria y prometedora por otra que no había sido aprobada por los que le habían enviado. Su ambicioso plan quizás hubiera tenido un brillante futuro, pero se había concebido deprisa, y su ejecución había sido más bien torpe. Su éxito dependía de la rapidez, aunque esa misma cualidad había evitado que se preparase con el cuidado y la coordinación necesarios en una operación tan compleja. Demóstenes tampoco estaba familiarizado con el terreno y las tácticas de la guerra ligera. Se le puede culpar de haber proseguido en medio de tanta incertidumbre, e incluso cuando las cosas comenzaron a salir mal a las claras. Pero las grandes hazañas no las llevan a cabo generales timoratos, temerosos de correr riesgos, como tampoco se ganan frecuentemente las grandes guerras sin la audacia de sus líderes. Por último, no debemos olvidar que Demóstenes tampoco estaba arriesgando tanto: Atenas sólo perdió ciento veinte tripulantes, un precio que, aun siendo lamentable, no se antoja excesivo a la luz de las grandes recompensas que habría conllevado la victoria. Por otro lado, Demóstenes era un hombre capaz de sacar partido de sus errores y, en el futuro, utilizaría lo aprendido en esta experiencia muy provechosamente.

EL ATAQUE ESPARTANO EN EL NOROESTE

Las noticias de la derrota de Demóstenes alentaron a los espartanos a aceptar la invitación etolia para arrebatar el control de Naupacto a los atenienses. Enviaron un ejército de tres mil hombres a Grecia central, y forzaron a los locros a unirse a ellos. En las proximidades de Naupacto, se les sumaron los etolios, y juntos saquearon los campos y ocuparon los alrededores. Demóstenes, con la lección de la invasión del Peloponeso bien sabida, se dirigió audazmente a los acarnanios, a los que había abandonado y enojado, para pedirles ayuda. Sorprendentemente, les convenció de que le enviaran mil hombres a bordo de sus propios navíos, y la flota arribó a tiempo de salvar Naupacto. Los espartanos llegaron a la conclusión de que no podrían tomar la ciudad por asalto y se retiraron a Etolia.

El general espartano Euríloco, persuadido por los ambraciotas, accedió a utilizar el ejército peloponesio contra el enemigo local de éstos, Argos de Anfiloquia, el resto de la zona y Acarnania. «Si conquistáis estos lugares —dijeron los ambraciotas—, toda esta parte del continente se hará aliada de los espartanos» (III, 102, 6). Así, Euríloco despachó a los etolios y se dispuso a encontrarse con los ambraciotas en las inmediaciones de Argos.

En otoño, tres mil hoplitas ambraciotas invadieron Anfiloquia y tomaron Olpas, un bastión cercano a la costa, a menos de ocho kilómetros de Argos de Anfiloquia. Para atajar la amenaza, los acarnanios ordenaron a sus tropas que interceptasen al ejército espartano de Euríloco, que avanzaba desde el sur, antes de que pudiera unirse a los ambraciotas, que llegaban desde el norte. También

fueron a Naupacto a pedirle a Demóstenes que capitanease el ejército. Ya no era general y, probablemente, continuaba en desgracia con los atenienses, puesto que no había vuelto a la ciudad para rendir cuentas al término de su mandato. Aun así, la petición de los acarnanios es una prueba convincente de la gran estima en la que se le tenía.

Euríloco, entretanto, logró atravesar las líneas enemigas y se sumó a los ambraciotas en Olpas. Reunidos los ejércitos, se desplazaron tierra adentro, hacia el norte, y acamparon en un sitio llamado Metrópolis. Poco después, llegaron veinte naves atenienses y bloquearon el puerto de Olpas. Demóstenes hacía así su aparición, acompañado de doscientos de sus leales mesenios y sesenta arqueros atenienses. Los acarnanios se retiraron a Argos y pusieron a sus generales a las órdenes de Demóstenes, quien situó el campamento entre Argos y Olpas, al abrigo de un cauce seco que lo separaba de los espartanos. Allí, los dos ejércitos mantuvieron sus posiciones durante cinco largos días.

Las tropas de Demóstenes estaban en inferioridad numérica, pero el plan que había diseñado para superar esta desventaja da muestras de su genio innato y de lo rápido que había aprendido de sus anteriores errores. En un lado de lo que posiblemente sería el escenario de la batalla —un barranco cubierto por la maleza—, emplazó una fuerza de cuatrocientos hoplitas y algunas tropas de infantería ligera. Para contrarrestar un movimiento lateral contra su falange, les ordenó que se mantuvieran emboscados hasta que el enemigo entrara en contacto y, llegados a este punto, atacaran su retaguardia. Esta estratagema no era previsible, porque se alejaba de lo que era la norma en las batallas hoplíticas y resultaría decisiva.

En el bando ateniense, la demora de cinco días antes de comenzar la batalla puede explicarse por el deseo de que fueran los espartanos los que tomasen la ofensiva y cayeran en la trampa de Demóstenes. Por su parte, los espartanos estaban esperando la aparición de los aliados ambraciotas, aunque Euríloco se decidió finalmente por el ataque. Se le ha juzgado muy duramente por esta decisión, pero su tarea era tomar Argos y tampoco podía esperar por tiempo indefinido; los refuerzos que se esperan no siempre acaban por llegar; incluso sin ellos, seguía estando en superioridad numérica. Además, un ejército, en particular uno integrado por gentes de las más diversas procedencias, no puede contenerse durante mucho tiempo con el enemigo a la vista. En cualquier caso, las tropas adicionales no habrían supuesto una gran diferencia en el resultado: la batalla no se decidió por una cuestión numérica, sino por la superioridad táctica.

Cuando los ejércitos entraron finalmente en combate, el flanco izquierdo peloponesio, comandado por Euríloco, superó el extremo derecho de Demóstenes y sus mesenios. Cuando ya iban a envolver el final de la línea y obligarla a replegarse, la trampa de Demóstenes se cerró sobre ellos.

Los ambraciotas, a espaldas de Euríloco, saltaron desde el escondite y empezaron a aniquilar su retaguardia. Cogidos completamente por sorpresa, los soldados echaron a correr, y el pánico se fue contagiando rápido. Los mesenios al mando de Demóstenes fueron los mejores en el combate, y enseguida se lanzaron a dar caza a la mayor parte de las fuerzas enemigas. No obstante, al otro lado del campo de batalla, los ambraciotas, descritos por Tucídides como los combatientes más hábiles de aquellas tierras, aplastaron a sus adversarios y les persiguieron hasta Argos. Sin embargo, cuando volvieron la vista atrás desde las murallas y contemplaron la desbandada del grueso de sus fuerzas, los acarnanios se les echaron encima con ánimo victorioso. Finalmente, los ambraciotas consiguieron abrirse camino hasta Olpas, no sin sufrir un gran número de bajas. Al caer la noche, Demóstenes ya había triunfado en el campo de batalla, esta vez salpicado de cadáveres enemigos, entre los que se encontraban dos generales espartanos, Euríloco y Macario.

Al día siguiente, Menedayo, el nuevo comandante espartano, se encontró cercado en Olpas por tropas enemigas en tierra y por la flota ateniense desde el mar. No sabía cuándo vendría el segundo contingente ambraciota o si llegaría a aparecer siquiera.

Al no haber escapatoria posible, solicitó una tregua para hacerse cargo de los muertos y negociar una evacuación segura para su ejército. Demóstenes recogió los despojos de los suyos y erigió un trofeo a la victoria en el campo de batalla, pero después realizó una nueva maniobra muy poco ortodoxa: a diferencia de los usos tradicionales, no permitió la retirada segura del oponente

derrotado, sino que hizo un pacto secreto para permitir que Menedayo, las tropas de Mantinea, los demás jefes peloponesios y, en general, «los más notables», partieran, si lo hacían pronto. Demóstenes dejó escapar a estos soldados, comenta Tucídides, «para desacreditar a los espartanos y a los peloponesios ante los griegos de la región, por traidores y por haber actuado en aras de su interés» (III, 109, 2). Esta forma de hacer la guerra, tanto política como psicológica, no se había conocido en anteriores conflictos bélicos.

Este acuerdo tan poco agradable no era fácil de cumplir. Los soldados del ejército sitiado en Olpas que se enteraron del trato fingieron recoger leña y empezaron a huir del campamento. Entre los peloponesios, los elegidos no mantuvieron el secreto con sus hombres, muchos de los cuales parece que se les unieron en la fuga. Los que no eran peloponesios, al ver lo que estaba sucediendo, también huyeron en desbandada. Cuando el ejército acarnanio comenzó a perseguirles, los generales trataron de impedirlo e intentaron explicar los delicados términos del acuerdo en medio del caos de los acontecimientos, una misión casi imposible. Finalmente, a los espartanos se les permitió huir, mientras que los acarnanios acabaron con todos los ambraciotas que pudieron.

Mientras tanto, el segundo ejército de Ambracia alcanzó Idómena, a pocos kilómetros de Olpas, y pasó la noche en la más pequeña de las dos escarpadas colinas de los alrededores. Al ser advertido de su llegada, Demóstenes envió una avanzadilla emboscada para hacerse con las posiciones estratégicas; estos hombres tomaron la colina más elevada sin que los ambraciotas se dieran cuenta. Ahora, Demóstenes estaba preparado para poner en juego todo lo que había aprendido del combate en las montañas y las tácticas poco convencionales.

Marchando de noche, guió a una parte de sus tropas por el camino directo y envió al resto a través de las montañas. Logró llegar antes de que rompiera el día, mientras los ambraciotas dormían, gracias a las ventajas naturales y con algunas propias inventadas. Para culminar la sorpresa, Demóstenes había emplazado en cabeza a los mesenios, que hablaban un dialecto dorio similar al de los ambraciotas, porque así podrían superar las posiciones avanzadas sin levantar la alarma. La artimaña tuvo tanto éxito que al despertar, los ambraciotas creyeron que sus propios compañeros les estaban atacando. Muchos encontraron la muerte de inmediato, y los que intentaron escapar por las montañas fueron capturados por la avanzadilla de Demóstenes. En medio del caos y en territorio extraño, el hecho de que se tratase de tropas de infantería ligera contra hoplitas jugó en su contra. Algunos, aterrorizados, corrieron hasta el mar y nadaron hacia las naves atenienses, pues preferían morir a manos de los marineros áticos a que los mataran «los odiosos bárbaros de Anfiloquia». La catástrofe ambraciota fue absoluta. Tucídides no llega a ofrecer el número de bajas porque, teniendo en cuenta el tamaño de la ciudad, la cifra era simplemente demasiado alta para resultar creíble; como cuenta el historiador, «ésta fue la peor desgracia que azotó a una sola ciudad durante la guerra en ese mismo número de días» (III, 113, 6).

Tras la matanza de ambraciotas, Demóstenes quería capturar la ciudad, pero los acarnanios y los anfiloquios no, porque «ahora temían que los atenienses resultarían ser unos vecinos más difíciles que los de Ambracia» (III, 113, 6). Ofrecieron a los atenienses un tercio del botín, y a Demóstenes se le dejó aparte la asombrosa cantidad de trescientas armaduras. Con ellas y con la gloria que representaban, ahora estaba deseoso de volver a casa; fue lo suficientemente hábil para dedicar sus premios a los dioses y las colocó en los templos, sin guardarse ni una para él: una apropiada demostración pública de piedad, humildad y desinterés. Para alivio de los aliados del noroeste, los veinte navíos atenienses volvieron a Naupacto. Los acarnanios y los anfiloquios permitieron que los espartanos atrapados regresaran a Esparta, así como a los ambraciotas supervivientes, con quienes sellaron un acuerdo de cien años para acabar con las viejas rencillas y mantener a la región desvinculada del gran conflicto bélico. Corinto, la ciudad fundadora de Ambracia, envió trescientos hoplitas para establecer un pequeño destacamento en su defensa; la necesidad de una fuerza así ejemplifica lo indefensa que había quedado esta ciudad, antaño tan poderosa.

Su llegada, no obstante, también revela que los atenienses no se habían hecho con el control total del noroeste. Aunque con la campaña se había evitado que los peloponesios obtuvieran el control de la región, de manera que los barcos de Atenas pudieran navegar tranquilamente por las costas occidentales de Grecia y el mar Jónico, el compromiso limitado de los atenienses no dio lugar a

mayores éxitos. Atenas no aportó hoplitas, sólo veinte naves, sesenta arqueros y un gran general, civil, sin embargo. La lucha en el noroeste fue un ejemplo de los esfuerzos atenienses de ese año, que se caracterizaron por un espíritu más audaz y agresivo, aunque limitado por la cautela y los recursos. Los gastos militares del período 427-426 eran una nimiedad en comparación con lo que se había gastado en la primera etapa de la contienda. Del tesoro sólo provenían doscientos sesenta y un talentos, un quinto de la cantidad gastada en los dos primeros años de la guerra. Incluso con una nueva estrategia, los atenienses no podían ganar la guerra, a no ser que solucionaran sus problemas financieros o tropezasen con un golpe de suerte imprevisto.

Capítulo 12

Pilos y Esfacteria (425)

LOS COMPROMISOS OCCIDENTALES DE ATENAS

En la primavera del 425, los atenienses enviaron una flota de cuarenta trirremes alrededor del Peloponeso bajo el mando de Sófocles y Eurimedonte, con órdenes de reforzar la posición de Pitodoro en Sicilia. Sin embargo, antes de que llegaran surgieron problemas. Los siracusanos y los locros habían vuelto a capturar Mesina y, en Italia, los locros también habían atacado Regio, la base ateniense de operaciones y un importante aliado en aquella área. Cada derrota minaba las oportunidades de los atenienses de conseguir nuevos aliados, un conjunto de relaciones que formaban el núcleo de su estrategia occidental. Los refuerzos atenienses serian capaces de restaurar el statu quo, pero las noticias procedentes de Sicilia no habían alcanzado la flota antes de que ésta partiera, por lo que navegaba sin prisa.

También existían dificultades en Corcira. Cuando Eurimedonte hubo partido de allí, después de permitir que los demócratas locales eliminaran a sus oponentes, quinientas víctimas potenciales habían escapado al continente, donde ocuparon posiciones fortificadas susceptibles de ser utilizadas como bases para atacar la isla. Sus incursiones causaron una hambruna en la ciudad, y tras solicitar en vano ayuda a Corinto y a Esparta, finalmente decidieron contratar mercenarios por su cuenta. Esta fuerza combinada desembarcó en Corcira, quemó sus barcos como prueba de su determinación de permanecer hasta conseguir la victoria, y fortificó el monte Istone, desde donde podrían dominar el territorio. Su éxito animó a los peloponesios a enviar sesenta barcos con el objeto de tomar la isla. Aunque ignorantes de la incursión peloponesia, muchos atenienses todavía creían que salvar Corcira era un objetivo mucho más valioso para la flota que la campaña en Sicilia.

Demóstenes tenía, sin embargo, una tercera intención al desplegar al oeste la escuadra ateniense. Su espléndida campaña en Acarnania había hecho olvidar el recuerdo del desastre etolio, y se había convertido en un general electo para el año que comenzaría a mediados del verano, el 425. Aunque en ese momento era un civil sin mando, tenía un plan para desembarcar en la costa de Mesenia, desde donde confiaba en causar importantes daños al enemigo; para eso, también necesitaba una flota.

Cada opción tenía sus ventajas, y las tres merecían ser llevadas a la práctica simultáneamente por escuadras separadas, pero los atenienses no tenían el dinero ni, quizá, los hombres para emprenderlas todas. No obstante, siguiendo una política más audaz, enviaron su flota con órdenes que, en otras circunstancias, podían haber causado extrañeza. A Sófocles y Eurimedonte se les ordenó navegar hacia Sicilia, «pero también que cuando estuvieran pasando junto a Corcira prestaran apoyo a los de la ciudad, que estaban siendo atacados por los que estaban en la montaña». También se les dijo que permitieran a Demóstenes «utilizar los barcos en la costa del Peloponeso si él así lo deseaba» (IV, 3-4).

PLAN DE DEMÓSTENES: EL FUERTE DE PILOS

Hasta que los generales atenienses no alcanzaron la costa de Lacedemonia, no comprendieron que una flota peloponesia estaba en Corcira. Sófocles y Eurimedonte estaban ansiosos por llegar allí, pero Demóstenes tenía otras ideas. Una vez en el mar, reveló a sus colegas los detalles del plan que no había podido explicar abiertamente en la Asamblea ateniense por temor a que llegara a oídos del enemigo. Se proponía desembarcar en un lugar que los espartanos llamaban Corifasio (el Pilos homérico), y construir allí un fuerte permanente. Demóstenes había estudiado la zona en viajes previos, y consultado con sus amigos mesenios acerca de ella. Sería de gran utilidad como una base permanente, en la que podrían ser instalados los adversarios mesenios de Esparta, tanto para asolar la tierra de Mesenia y Lacedemonia como para impulsar una rebelión ilota. También tendría una gran utilidad para la guerra en el mar, ya que disponía del puerto natural más grande (hoy conocido como bahía de Navarino) en esa zona. Había, además, grandes cantidades de madera y piedras para construir fortificaciones; el territorio circundante estaba deshabitado, y se encontraba a unos setenta kilómetros de Esparta en línea recta, y quizá la mitad de lejos respecto a la ruta que probablemente tomaría un ejército espartano, con lo que sus ocupantes podrían prepararse para la defensa mucho antes de que tuvieran que enfrentarse a las tropas lacedemonias. Demóstenes tenía razón al creer que «este lugar tenía más ventajas que ningún otro» (IV, 3, 3).

Sin embargo, Sófocles y Eurimedonte estaban preocupados por la seguridad de Corcira y poco convencidos del imaginativo y osado plan de Demóstenes; pensaban que su idea era una imprudente distracción, y le dijeron sarcásticamente que había muchos promontorios deshabitados en el Peloponeso que podían ocupar si querían malgastar el dinero del Estado» (IV, 3, 3). Demóstenes respondió que no proponía una larga campaña en Pilos, sino que sólo solicitaba el servicio de la flota durante el tiempo que durara la construcción de las fortificaciones, para dejar entonces una pequeña fuerza con objeto de defender el puesto y partir hacia Corcira. Él estaba convencido de que un exitoso desembarco en la costa de Mesenia provocaría la retirada de la flota peloponesia de Corcira, consiguiéndose así dos objetivos de la forma más económica y sencilla.

En ese momento, la suerte le sonrió: aunque Demóstenes fracasó en convencer a los generales para que desembarcaran en Pilos, una tormenta llevó a los barcos atenienses hasta allí. Mientras los generales esperaban a que amainase el temporal, Demóstenes actuó a espaldas y contra el deseo de sus superiores al apelar directamente a los soldados, aunque este esfuerzo fue, también, infructuoso. No obstante, como la tormenta continuaba, los aburridos soldados finalmente aceptaron hacer lo que Demóstenes les pedía. El espíritu de aventura se apoderó de ellos, y se apresuraron a fortificar los puntos más vulnerables antes de que los espartanos aparecieran, completándose las defensas en seis días. Cuando la tormenta hubo pasado, los generales dejaron a Demóstenes con un pequeño contingente y cinco trirremes para defender el recién establecido fuerte, y partieron hacia Corcira.

En ese momento, los espartanos estaban celebrando un festival, y su ejército estaba en el Ática, por lo que no se preocuparon excesivamente por este asunto, ya que los atenienses habían desembarcado en otras ocasiones en el Peloponeso, con fuerzas mucho mayores, aunque nunca habían permanecido el tiempo suficiente como para hacer frente a un gran ejército espartano. Incluso si los atenienses pretendían levantar una base permanente en Pilos, los espartanos no tenían duda alguna de que la podrían tomar por asalto. No obstante, Agis, que había dirigido su ejército al Ática en la primavera, como era usual, se tomó más en serio la noticia. Disponía de pocos suministros de comida y estaba preocupado por el mal tiempo, por lo que decidió regresar a casa después de que hubieran transcurrido tan sólo quince días, sin duda la más corta de las invasiones.

Los espartanos informaron de la construcción del fuerte ateniense al navarca Thrasimélidas en Corcira, que comprendió el peligro tan rápidamente como Agis lo había hecho y regresó de inmediato. Logró deslizarse sin ser detectado por la flota ateniense que, en ese momento, navegaba hacia el norte, y llegó sin novedad a Pilos. Durante ese tiempo, el ejército de Agis había regresado del Ática, y los espartanos también convocaron a sus aliados peloponesios para que enviaran tropas. Una avanzada de aquellos espartanos que no habían ido al Ática y los periecos que habitaban más cerca de Pilos partieron de inmediato para atacar la posición ateniense.

LOS ESPARTANOS EN ESFACTERIA

Cuando las fuerzas espartanas estaban reuniéndose, Demóstenes envió dos barcos para alcanzar a Sófocles y Eurimedonte con el objeto de informarles de que se encontraba en peligro. Encontraron a la flota ateniense en Zacinto, desde donde se apresuraron hacia Pilos para ayudar al contingente ateniense. Aunque los espartanos no dudaban de que serían capaces de tomar una estructura de tan mala calidad defendida tan sólo por unos pocos hombres, sabían que la flota ateniense no tardaría en llegar. En consecuencia, decidieron lanzar un ataque inmediato sobre Pilos por tierra y por mar, y, si eso fallaba, obstruir las entradas al puerto para impedir que la flota ateniense pudiera entrar. También colocaron tropas en la isla de Esfacteria, así como en la costa de la península peloponesa, con el objeto de impedir que la flota ateniense estableciera una base. Los espartanos creían que «sin arriesgarse a una batalla naval, probablemente podrían capturar el lugar por asedio, ya que (los atenienses) no disponían de trigo al haber ocupado el lugar con poca preparación» (IV, 8 ,8). En principio la estrategia funcionó, pero finalmente no pudo ser llevada a la práctica debido a que los espartanos no pudieron cerrar los canales.[1] *(véase* mapa 15). Debido a las medidas del canal meridional, de mil doscientos metros de ancho y de sesenta metros de profundidad, ni siquiera toda la flota peloponesia podría haberlo bloqueado. Por consiguiente, los espartanos tan sólo podrían haber protegido el puerto entablando una batalla naval en el canal meridional con sus sesenta barcos contra los cuarenta atenienses, un combate que hubiera convenido perfectamente a los atenienses; sea como sea, no hay evidencias de que los espartanos hubieran tenido la intención de acometerlo. Su plan para detener a los atenienses sigue siendo un misterio para nosotros, pero sin duda o fue mal concebido o muy mal ejecutado. Los espartanos colocaron cuatrocientos veinte hoplitas, acompañados por sus ayudantes ilotas en Esfacteria bajo el mando de Epitadas. Allí permanecerían como rehenes de la fortuna y del enemigo, a menos que la flota ateniense pudiera ser mantenida fuera de la bahía de Navarino, y sabemos que no podía serlo.

Mientras tanto, Demóstenes varó en la playa y utilizó sus tres trirremes como muros para protegerse de la flota enemiga. Incapaz de procurarse armas convencionales de hoplita en un territorio deshabitado y hostil, equipó a las tripulaciones de sus barcos, unos seiscientos hombres aproximadamente, con escudos de mimbre. Sin embargo, un corsario mesenio llegó pronto llevando armas y cuarenta hoplitas, un refuerzo que sin duda había sido acordado previamente por Demóstenes. Ahora, probablemente, disponía de, al menos, noventa hoplitas, incluyendo diez de cada uno de los cinco barcos que le habían concedido inicialmente, a pesar de lo cual la fuerza ateniense que defendía el fuerte se encontraba claramente sobrepasada en número y era inferior en armamento.

Demóstenes dispuso a la mayor parte de sus tropas detrás de las fortificaciones que miraban hacia el interior. Él mismo, con sesenta hoplitas y unos pocos arqueros, se hizo cargo de uno de los puestos más difíciles, el que defendía la sección de la costa que era más vulnerable al desembarco del enemigo, la esquina sudoccidental de la península, donde se situaron casi al mismo borde del mar.

---

[1] Existe una considerable controversia acerca de la geografía de Pilos y Esfacteria. Algunos estudiosos han intentado explicar las dificultades sugiriendo que la bahía mencionada no corresponde a la totalidad de la bahía de Navarino, sino a una cala más pequeña en la parte sur de Pilos u otra cercana. Como uno de estos estudiosos afirma, «mientras el puerto de la cala encaja con algunas partes de la descripción de Tucídides, y explica algunas partes de su historia, entra en conflicto con otras, y parece ser demasiado pequeña, en opinión de muchos, para que la acción descrita pudiera haber tenido lugar allí». Robert B. Strassler, ed, *The Landmark Thucydides* (Nueva York, Simon and Schuster, 1996), p. 228, nota.

LA VICTORIA NAVAL ATENIENSE

En su arenga antes de la batalla, Demóstenes comunicó a sus tropas una sencilla verdad acerca de la guerra anfibia antigua: «Es imposible llevar a cabo un desembarco contra un enemigo en la orilla si éste permanece firme y no se deja llevar por el temor» (IV, 10, 5). Los espartanos atacaron precisamente donde Demóstenes esperaba, alentados por la destacada bravura de Brásidas, que pronto desfalleció a consecuencia de sus heridas y perdió su escudo, aunque los atenienses permanecieron firmes, retirándose los espartanos después de dos días de combate. En el tercer día desde el ataque, Sófocles y Eurimedonte llegaron desde Zacinto con una flota que había aumentado hasta los cincuenta trirremes, con la adición de barcos quiotas y otros de Naupacto. Los espartanos esperaron en el interior del puerto, preparando sus barcos para el combate. La batalla que siguió supuso una gran victoria para la marina ateniense y un gran desastre para los espartanos, cuyo coraje fue empleado principalmente en enfrentarse a las olas después de la derrota y en evitar que los atenienses se llevaran a remolque los abandonados trirremes. Los atenienses levantaron un trofeo de la victoria y navegaron libremente ante los hoplitas espartanos, que quedaron aislados y rodeados en la isla de Esfacteria.

Las increíbles ramificaciones e importancia de este triunfo naval no pueden ser exageradas. Cuando los espartanos comprendieron que sus hombres no podían ser rescatados, decidieron pedir de inmediato una tregua en Pilos, durante la cual negociarían una paz general y recuperarían a sus hombres en Esfacteria. Es asombroso para nosotros que un Estado militar tan fuerte como Esparta deseara pedir la paz sólo para recobrar a cuatrocientos veinte hombres. Pero este grupo representaba casi una décima parte del ejército espartano, y al menos ciento ochenta de ellos pertenecían a las mejores familias de entre los espartiatas. En un Estado que practicaba un estricto código de eugenesia, que eliminaba a los niños que nacían con defectos, en el que la separación entre hombres y mujeres durante la edad más fértil garantizaba un efectivo control de natalidad, cuyo código de honor exigía de sus soldados la muerte antes que el deshonor, y cuya casta más destacada se casaba sólo entre sus propios miembros, la preocupación por la seguridad de meramente ciento ochenta espartiatas no era un simple gesto sentimental, sino una necesidad extremadamente práctica.

La tregua permitió que los atenienses continuaran con su bloqueo de Esfacteria, sin atacarla, al tiempo que se autorizaba la entrega de comida y bebida a los hombres que se encontraban allí atrapados. A cambio, los espartanos prometieron no atacar el fuerte ateniense en Pilos ni enviar secretamente barcos a la isla, y también acordaron entregar sus sesenta barcos como garantía. Un trirreme ateniense llevó a los enviados espartanos a Atenas para las conversaciones de paz; la tregua duraría hasta que ellos regresaran, momento en el cual los atenienses deberían devolver los barcos espartanos en las mismas condiciones en que los recibieron. Cualquier incumplimiento de estos términos conduciría al final de la tregua, que había dado a los atenienses una gran oportunidad: si las negociaciones fracasaban, podían fácilmente protestar por el incumplimiento de la tregua y retener, así, los barcos espartanos. Éstos, sin embargo, no estaban en posición de rechazar tales condiciones, incluso con tan desfavorable cláusula.

LA OFERTA DE PAZ DE ESPARTA

Esparta presentó sus términos de paz a la Asamblea reunida en Atenas, concediendo que los atenienses habían ganado la primera mano, pero recordándoles que su victoria no era el resultado de un cambio fundamental en el equilibrio de poder. Los atenienses demostrarían su sensatez si aceptaban un acuerdo de paz mientras la ventaja estaba de su parte. A cambio de los prisioneros de Esfacteria, los espartanos proponían establecer una alianza ofensiva y defensiva con Atenas, y como no se hacía mención de cambio territorial alguno, los atenienses habrían retenido el control de Egina y Minoa, con un puesto seguro en el noroeste; a cambio, abandonarían cualquier reclamación sobre la devolución de Platea.

Puede parecer que los atenienses hubieran debido aceptar la oferta espartana como la clase de paz que Pericles había tenido en mente desde el comienzo de la guerra, pero es difícil establecer si ése era el caso. Los objetivos de Pericles eran psicológicos en gran parte; pretendía convencer a los espartanos de que carecían del poder suficiente para derrotar a Atenas. No obstante, el discurso de los enviados a la Asamblea revela que no habían aprendido la lección, sino que continuaban creyendo que la supremacía ateniense era el resultado de circunstancias que podían ser invertidas en cualquier momento. «Esta desgracia que hemos sufrido no se debe a nuestra falta de poder o a que, al crecer mucho, nos hayamos vuelto arrogantes. Por el contrario, aunque nuestros recursos permanecen inalterados, calculamos mal, un error al que todos los hombres están expuestos» (IV, 18, 2).

Los atenienses entendieron que, después de recuperar a los rehenes, Esparta reanudaría la guerra en el momento que considerara más oportuno, y en el 425 admitieron que, mientras los hombres retenidos en Esfacteria permanecieran en su poder, disponían de una garantía virtual para la paz. Pero Tucídides afirma: «ellos querían más» (IV, 21, 2), lo que significaba que la codicia, la ambición y la expansión del Imperio estaba impulsando a los atenienses. Sin embargo, esta conclusión no es indefectible, ya que los atenienses tenían buenas razones para desear algo más que la promesa espartana de buena voluntad en el futuro y una alianza que dependía de la continuidad de esa buena voluntad. Incluso aunque fueran sinceros en su oferta, los espartanos que estaban proponiendo paz y amistad en ese momento podían dejar de estar en puestos de responsabilidad. Después de todo, había sido la inestabilidad de la política interior espartana lo que había conducido al conflicto; además, los defensores de la guerra habían sido suficientemente fuertes para rechazar una oferta ateniense de paz en el 430. ¿Qué garantía habría de que la beligerancia no se impondría de nuevo tan pronto como fuera seguro? Todo ateniense razonable tenía derecho a querer un aval más firme del que se les proponía.

Sin que ello nos sorprenda, la oposición a la oferta espartana fue liderada por Cleón, quien hizo una contrapropuesta basada en que los espartanos retenidos en Esfacteria deberían rendirse y ser traídos a Atenas en calidad de rehenes. Del mismo modo, continuaba Cleón, los espartanos deberían entregar Nisea y Pegas, los puertos de Megara, y Trecén y Acaya, ya que todos estos lugares no habían sido tomados por Atenas en el curso de la guerra, sino que se habían rendido «por un acuerdo previo motivado por la adversidad, en un momento en que ellos [los atenienses] estaban más inclinados a buscar la paz» (IV, 21, 3). Cleón se estaba refiriendo al año 445, cuando un gran ejército espartano invadió el Ática. Sólo entonces los atenienses devolverían a los prisioneros y acordarían una paz duradera.

En lugar de rechazar de plano estas condiciones tan poco atractivas, los espartanos pidieron el nombramiento de una comisión con la que pudieran negociar de ahí en adelante en privado. Cleón respondió violentamente, acusándolos de esconder oscuras intenciones al pretender ese secretismo. Si tenían algo honorable que decir, debían hacerlo ante la Asamblea. Sin embargo, los espartanos difícilmente hubieran podido discutir acerca de la posible traición a sus aliados en público, por lo que acabaron por renunciar y regresaron a casa.

Es tentador culpar a Cleón de la ruptura de las negociaciones sobre la base de que nada se hubiera perdido y mucho se hubiera ganado con negociaciones privadas. Pero, realmente, ¿qué se hubiera podido conseguir? Supongamos que los atenienses hubieran votado negociar por medio de una comisión secreta. Dada la situación política en Atenas, Nicias y sus seguidores habrían dominado las conversaciones. Deseosos de conseguir la paz, sinceros en su deseo de amistad con Esparta, e inclinados a creer en su buena fe, estos hombres podían haber llegado a acuerdos muy provechosos para los atenienses, incluyendo, quizá, una alianza, promesas de amistad eterna, la devolución de Platea, e incluso el abandono de Megara por parte de Esparta. A cambio, los espartanos sólo podían haber reclamado la devolución de los hombres en Esfacteria y la evacuación de Pilos, peticiones que hubieran sido difíciles de rechazar.

La sugerencia de que los espartanos podían haber estado de acuerdo en renunciar a Megara o, al menos a sus puertos, era, sin embargo, poco realista. Esparta podía haber abandonado el noroeste e ignorado las reclamaciones de Corinto en relación a Corcira y Potidea, pero haber rendido Megara

hubiera conducido a la supremacía de Atenas en el istmo, y a separar a Esparta de Beocia y de la Grecia central. Con ese paso, su credibilidad como líder de su Liga y protector de sus aliados hubiera sido completamente destruida. Corinto, Tebas y Megara se opondrían. Para respetar un acuerdo como ése, Esparta hubiera tenido que abandonar a sus aliados más importantes, e incluso, bajo los términos de la alianza propuesta con Atenas, luchar junto a los atenienses contra ellos. Claramente, un acuerdo como ése no era posible. La amargura que resultaría conduciría pronto a la hostilidad y a la guerra, con la capacidad espartana para llevarla a cabo inalterada. Cleón y los atenienses que le apoyaban tenían suficientes razones como para rechazar negociaciones secretas con Esparta.

Sin embargo, si nada iba a conseguirse por medio de negociaciones secretas, los atenienses sí podían perder algo: el retraso podía beneficiar a los espartanos, ya que los hombres retenidos en Esfacteria podían encontrar un medio de escapar. El bloqueo ateniense de la isla no podría mantenerse durante el invierno, y los hombres atrapados allí sin duda intentarían huir si no se hubiera alcanzado un acuerdo de paz. Cada día en que la tregua permitía que fuera llevada comida a Esfacteria, suponía un nuevo día para la resistencia de los hombres de la isla, e incrementaba la posibilidad de que Atenas perdiera su baza. Cleón vio ese peligro y la mayoría lo apoyó.

Este debate marca un punto crítico de inflexión en la política ateniense. En el período que va del rechazo espartano de la oferta ateniense de paz en el año 430 hasta el asunto de Pilos en el 425, hubo un consenso general en Atenas a favor de que la guerra debía ser impulsada tan enérgicamente como fuera posible con el objeto de obligar a los espartanos a buscar la paz. Las desavenencias en cuanto a la naturaleza de esa paz se vieron sustituidas por la dedicación al esfuerzo común. La victoria en Pilos y la subsiguiente misión espartana de paz fueron, sin duda, acontecimientos que cambiaron la situación. Hasta que ocurrieron, hablar de alcanzar un acuerdo con Esparta era, sencillamente, traición; después de que se produjeran, era un camino que hombres patrióticos podían defender con la conciencia tranquila. Los objetivos de guerra de Pericles, el restablecimiento del statu quo de la preguerra, la conservación del Imperio y el final de la ofensiva espartana contra él, todo parecía estar ahora al alcance de la mano. Algunos atenienses podían haber argumentado que una paz como ésa no era lo suficientemente segura y que el propio Pericles habría insistido en obtener mayores garantías, pero hombres prudentes hubieran podido responder que era sabio confiar en Esparta y allanar el terreno para un acuerdo más duradero. Probablemente, Nicias defendía esa posición en el año 425.

Sin embargo, Cleón tenía objetivos muy diferentes. Lo que él pedía efectivamente era el regreso al estado de cosas que existía antes del Tratado de los Treinta Años de 445, cuando Atenas controlaba Megara, Beocia y otras partes de Grecia central, así como un cierto número de ciudades costeras del Peloponeso. Los atenienses habían sido obligados a abandonar esos territorios, creía él, como resultado de un tratado que habían firmado bajo coacción, a causa de ciertas «adversidades». Cleón pretendía dar a entender que, a causa de los hechos ocurridos en Pilos y en Esfacteria, los atenienses tenían que insistir en un regreso a condiciones anteriores, cuando la paz no dependía de los caprichos de la política espartana o de la muestra discrecional de su buena voluntad, sino que estaba garantizada por la posesión ateniense de estratégicos emplazamientos defensivos.

CLEÓN CONTRA NICIAS

El regreso de los embajadores espartanos a Pilos significó el final de la tregua, pero los atenienses, alegando un incumplimiento por parte de Esparta, se negaron a devolver los barcos que habían recibido como garantía. A partir de ese momento, los espartanos tendrían que luchar sólo en tierra, lo que no parecía ser un serio inconveniente dada la poca eficacia de su marina hasta ese momento. Los atenienses estaban ahora decididos a capturar a los espartanos aislados en Esfacteria, y enviaron veinte barcos adicionales para reforzar el bloqueo. Esperaban un rápido éxito, ya que la isla estaba deshabitaba y no producía alimento ni disponía de agua potable, mientras que la flota ateniense mantenía un completo control de cualquier vía de acercamiento a ella. No obstante, los espartanos

mostraron un sorprendente ingenio ante este reto, ofreciendo recompensas a los hombres libres y la libertad a los ilotas que burlaran el bloqueo con comida y bebida para los hombres cercados. Muchos se arriesgaron y se aprovecharon del viento y de la oscuridad para alcanzar la isla. Algunos provocaron el naufragio de pequeños botes en la costa que daba al mar, y otros cruzaron el canal a nado con el objeto de mantener con vida a los hombres en Esfacteria mucho tiempo después de que se esperara su rendición.

Finalmente, los propios atenienses comenzaron a sufrir la falta de comida y bebida. Unos catorce mil hombres dependían de un pequeño manantial situado en la acrópolis de Pilos, y de la escasa cantidad de agua potable que pudieran encontrar en la playa. Se encontraban confinados en un pequeño espacio y su ánimo había decaído debido a la duración inesperada del asedio. Comenzaron a temer que el comienzo del invierno les obligara a levantar el bloqueo, al impedir la llegada regular de los barcos de suministro. Como el tiempo pasaba y los espartanos no enviaban ninguna otra embajada, creció el miedo a que el enemigo confiara en recobrar a sus hombres, y que Atenas pudiera salir mal parada de esta situación, sin una gran ventaja estratégica o una paz negociada. En Atenas, muchos comenzaron a considerar que se había cometido un error, y que Cleón, que había instado a rechazar la oferta espartana de paz, era el culpable.

Pero Cleón y su política no comenzaron a ser criticados hasta que la Asamblea ateniense conoció la alarmante situación en Pilos. Probablemente, el propósito de la reunión era discutir una petición por parte de Demóstenes para que fueran enviados refuerzos con los que atacar Esfacteria. Ciertamente, Cleón estaba en contacto con Demóstenes y conocía su intención de asaltar la isla. El tipo de tropas ligeras necesarias para la campaña estaba ya reunido en Atenas cuando el debate tuvo lugar, y Demóstenes había empezado a hacer preparativos para el asalto, solicitando tropas adicionales de los aliados en el área. Probablemente, Demóstenes debió de pedir tropas especialmente entrenadas para la captura de los espartanos en Esfacteria.

Cleón era la elección natural para actuar como abogado de Demóstenes. Él era el más directo defensor de rechazar la oferta de paz espartana y probablemente se le consideraría responsable si los espartanos retenidos lograban escapar. También era un político de grandes dotes, capaz de sacar provecho de las perspectivas de éxito del audaz plan de Demóstenes. Por entonces, Nicias se había inclinado hacia una paz negociada y temía que la captura de los espartanos inflamaría el espíritu agresivo de los atenienses y haría la paz completamente imposible. Por tanto, es posible que estuviera interesado en retrasar todo lo que pudiera un ataque con la esperanza de alcanzar un acuerdo antes de que fuera demasiado tarde. Pero como él no tenía la experiencia de Demóstenes en el combate en terreno accidentado con tropas ligeramente armadas y no contaba con un conocimiento directo que le proporcionara garantías a la hora de juzgar las perspectivas de éxito, su prudencia innata pudo haberle guiado a sobrestimar los riesgos de un desembarco forzado en una isla defendida por tal número hoplitas. Sea como sea, sabemos que se opuso a la petición de refuerzos para lanzar un asalto sobre la isla.

Debido a que Cleón había acusado a los mensajeros que habían traído las malas noticias de Pilos de no decir la verdad, éstos solicitaron a los atenienses que nombraran una comisión para verificar la veracidad de sus informes. Los atenienses accedieron y eligieron a Cleón como uno de sus representantes, pero él argumentó que el viaje era una pérdida de tiempo que podía hacer perder a Atenas una gran oportunidad. En lugar de emprender el viaje, instó a la Asamblea a que, si consideraba ciertos los alarmantes informes, enviara de inmediato una fuerza adicional para asaltar la isla y capturar a los espartanos, ya que «Cleón vio que los atenienses estaban ahora más dispuestos que antes para llevar a cabo una expedición» (IV, 27, 4).

La Asamblea debió de votar el envío de un destacamento y nombrar a Nicias como su comandante, ya que la respuesta de Cleón fue señalar a éste, insistiendo en que sería bastante fácil, si los generales fueran hombres realmente valerosos, dirigir una fuerza adecuada hasta Pilos y capturar a los hombres en la isla. «Él mismo lo haría, si estuviera al mando» (IV, 27, 5).

Entonces, los atenienses, atrapados en su juego, preguntaron a Cleón por qué, si él creía que la tarea era tan fácil, se negaba a hacer el viaje. Nicias, dándose cuenta de la atmósfera que se estaba creando y «percibiendo la crítica que le estaba haciendo Cleón», afirmó que los generales estarían

muy gustosos de permitirle que dirigiera cualquier fuerza que él deseara para llevar a cabo la tarea. Al principio, Cleón pareció dispuesto a aceptar la propuesta, «pensando que la oferta era sólo una estratagema», pero más tarde puso reparos, señalando que era Nicias y no él quien ostentaba el cargo de general, «cuando comprendió que el ofrecimiento [de Nicias] de renunciar al mando era auténtico» (IV, 18, 1-2). Nicias, dándose cuenta de la embarazosa situación en la que se encontraba su oponente, repitió la oferta con la esperanza de desacreditar completamente a Cleón, y la multitud pronto se le unió, algunos honradamente, otros por hostilidad a Cleón, y aun otros por la diversión que encontraban en ello.

Nicias no tenía autoridad legal para hacer una oferta semejante por su propia cuenta, y mucho menos en nombre de los otros generales, pero cuando la Asamblea hizo suya la propuesta, estuvo claro que los atenienses aceptarían la sugerencia. Al final, Cleón, «no teniendo manera alguna de escapar de las consecuencias de su propia propuesta», aceptó el mando de los refuerzos, llevando con él sólo un cuerpo de tropas lemnias e imbrias que se encontraban en ese momento en Atenas, algunos peltastas (tropas con escudo ligero) de Eno, y cuatrocientos arqueros de otros lugares. Con estos hombres y los que ya estaban en Pilos, prometió que en el plazo de veinte días él «o bien traería vivos a los espartanos o los mataría allí mismo» (IV, 28, 4).

La promesa de Cleón de cumplir exitosamente la misión en el plazo de veinte días, y sin utilizar hoplitas atenienses, no era ninguna bravata o insensatez. Puesto que el plan de Demóstenes era atacar de inmediato, ahora que las fuerzas de tropas ligeras estaban dispuestas, una decisión rápida era indefectible: Cleón sabía que tendría éxito en veinte días o nunca. No obstante, la actitud que Tucídides atribuye a los *sophrones* (hombres prudentes) parece difícil de entender, y menos aún de excusar. Que atenienses patrióticos pudieran haber acordado entregar el mando de la expedición, así como la responsabilidad sobre las vidas de soldados aliados y de marinos atenienses, a un hombre que ellos creían un completo insensato, por no decir incompetente, revela de forma clara cuán potencialmente peligrosas eran las divisiones que los acontecimientos del año 425 habían producido entre los atenienses.

LA RENDICIÓN ESPARTANA EN ESFACTERIA

Cleón nombró a Demóstenes como su igual en el mando y le envió aviso de que la ayuda estaba en camino. No obstante, en Pilos, Demóstenes dudaba si atacar la densamente boscosa Esfacteria, en la que un número indeterminado de hoplitas espartanos estaba escondido, cuando, una vez más, la fortuna pareció sonreír al audaz comandante. Un contingente de soldados atenienses, quienes debido al hacinamiento y a la falta de leña en Pilos no podían preparar comida caliente, se dirigieron a la isla, donde uno de ellos, accidentalmente, provocó un fuego en el bosque. Al poco tiempo, la mayoría de los árboles habían ardido y Demóstenes pudo comprobar que los espartanos eran más numerosos de lo que había pensado. También se percató de cuáles eran los mejores lugares para llevar a cabo un desembarco, lugares que antes habían estado ocultos a su vista, y se dio cuenta de que una de las grandes ventajas tácticas del enemigo acababa de ser destruida por el fuego. Cuando Cleón llegó con las nuevas tropas de refuerzo, Demóstenes estaba preparado para sacar partido de las valiosas lecciones que había aprendido en Etolia.

Poco antes del amanecer, desembarcó con ochocientos hoplitas en dos lados de la isla, el que daba hacia el mar y el que miraba hacia la bahía. Demóstenes pudo comprobar que la mayor par-te de las tropas enemigas estaban concentradas cerca del centro de la isla, protegiendo el suministro de agua, mientras que otra fuerza se encontraba cerca de la parte norte, frente a Pilos, con sólo treinta hoplitas para evitar un desembarco en la parte sur. Después de haber estado vigilando a los barcos atenienses que navegaban frente a sus costas durante muchos días, esta reducida fuerza espartana fue sorprendida mientras estaba durmiendo y rápidamente eliminada, como sucediera con los atenienses en la batalla de Idómene, durante el año anterior. Los atenienses desembarcaron al resto de sus fuerzas —hoplitas, peltastas, arqueros, e incluso muchos de los remeros escasamente armados— al amanecer. Casi 8.000 remeros, 800 hoplitas, un número igual de arqueros, y cerca de

2.000 soldados con armamento ligero se enfrentaron a 420 espartanos.

Demóstenes dividió a sus tropas en compañías de 200 hombres que ocuparon todos los lugares altos de la isla, con el objeto de que en cualquier parte que los espartanos lucharan tuvieran siempre al enemigo en su retaguardia o en los flancos. La clave de la estrategia consistía en el uso de tropas ligeras, porque «eran las más difíciles de batir, ya que combatían a distancia con flechas, jabalinas, piedras y hondas. Y además no era posible atacarlas, ya que incluso cuando se retiraban mantenían la ventaja, y cuando sus perseguidores se volvían, éstas caían sobre ellos de nuevo. Éste era el plan con el que Demóstenes concibió el desembarco, y en la práctica fue así como él dispuso a las tropas» (IV, 32, 4).

Al principio, los espartanos formaron una línea frente a los hoplitas atenienses, pero las tropas ligeras lanzaron sobre ellos sus armas arrojadizas desde el flanco y la retaguardia, mientras los hoplitas atenienses se mantenían a distancia y observaban. Los lacedemonios intentaron cargar contra sus atacantes, que sin dificultad se retiraron a una zona alta y escarpada que los hoplitas no podían alcanzar. Cuando las tropas ligeras comprendieron que el enemigo estaba físicamente agotado por sus repetidos y vanos intentos de persecución, y tras comprobar su reducido número por las bajas, cargaron a su vez contra los espartanos, gritando y lanzando sus armas arrojadizas. El clamor inesperado desconcertó a los espartanos, al tiempo que les impedía escuchar las órdenes de sus oficiales. Huyeron a la parte norte de la isla, donde muchos de ellos se parapetaron detrás de una fortificación para resistir posteriores ataques.

El general mesenio Comón se presentó ante Demóstenes y Cleón para pedirles arqueros y tropas ligeras, con el objeto de encontrar un camino alrededor de la costa escarpada de la isla y coger al enemigo por la retaguardia. Los espartanos no habían querido malgastar tropas para vigilar un lugar de desembarco tan improbable, por lo que se quedaron atónitos cuando aparecieron los hombres de Comón. Se enfrentaban a la aniquilación total, ya que estaban rodeados y superados en número, debilitados por los esfuerzos a los que habían estado sometidos y por el hambre, y sin escapatoria posible. Pero como el tomar prisioneros vivos tendría más valor que conseguir cadáveres, Cleón y Demóstenes les ofrecieron la posibilidad de rendirse. Los espartanos aceptaron una tregua para ganar tiempo y dirimir la situación. El comandante de la isla rechazó tomar la responsabilidad de la capitulación, por lo que envió un emisario para obtener órdenes de Esparta. Allí, las autoridades intentaron evitar igualmente esa responsabilidad, diciendo que «los espartanos os permiten que vosotros mismos decidáis vuestra propia suerte, sin hacer nada deshonroso» (IV, 38, 3). Finalmente, los hombres en la isla se rindieron; de los 420 que llegaron a Esfacteria, 128 habían muerto; los restantes 292, entre ellos120 espartiatas, fueron llevados prisioneros a Atenas dentro del período de veinte días que Cleón había prometido. Las bajas atenienses habían sido escasas. «La promesa de Cleón, aunque disparatada —señala Tucídides—, se cumplió» (IV, 39, 3).

Este resultado asombró al mundo griego. «A los ojos de los griegos fue el acontecimiento más inesperado de la guerra» (IV, 40), ya que nadie podía creer que los espartanos pudieran ser obligados a rendirse. Los atenienses dejaron una guarnición en el fuerte de Pilos, los mesenios de Naupacto enviaron un contingente con la intención de usar el fuerte como base para las incursiones en tierras espartanas, y los ilotas comenzaron a desertar. Además, los atenienses amenazaron con matar a sus rehenes si los espartanos invadían nuevamente el Ática. Los asombrados lacedemonios enviaron repetidas embajadas para negociar la devolución de Pilos y de los prisioneros, aunque en vano.

Los atenienses mostraron su gratitud al héroe del momento, Cleón (Demóstenes, al parecer, prefirió quedarse en Pilos para garantizar su seguridad), y la Asamblea le concedió los más altos honores, organizando comidas a expensas del Estado en el Pritaneo, como si fuera un campeón olímpico, y proporcionándole asientos de preferencia para el teatro. Unos meses más tarde, la Asamblea ordenó una nueva valoración de los ingresos imponibles, elevando el tributo que recaía sobre los aliados de Atenas. La mayoría de los estudiosos del tema ven acertadamente en ese gesto la mano de Cleón, como un reflejo tanto de su dura actitud hacia el Imperio, como de su dominio de la política ateniense en ese momento. Desde mediados del verano de 425 y al menos hasta la primavera de 424, cuando fue elegido general, Cleón tuvo el control en Atenas, y cualquier decreto

que él presentara o apoyara pasaría con toda probabilidad por la Asamblea sin alteración alguna.

La nueva valoración de los tributos tenía por objetivo conseguir más fondos para continuar la guerra, y su contribución total parece que fue de 1.460 talentos, más de tres veces la cuota inicial. El nuevo decreto también disponía una recogida más severa y eficiente de los ingresos, incluyendo ahora a una serie de regiones que no habían pagado más que en algunas ocasiones, y a otras, como la isla de Melos, que nunca habían contribuido. Estos intentos de incrementar el nivel de ingresos de Atenas, que hubiera sido demasiado arriesgado impulsar antes de que los acontecimientos de Pilos y Esfacteria aumentaran el prestigio de Atenas al tiempo que disminuía el de Esparta, reflejan la determinación de Cleón de restaurar completamente el Imperio ateniense, gobernarlo con mano firme, y obtener de él la mayor cantidad posible de ingresos. Los atenienses necesitaban urgentemente el dinero, y la gran victoria de Cleón hizo posible que lo exigieran.

Durante ese verano, Nicias, junto con dos generales de los que no conocemos sus nombres, lanzó una campaña cuyo propósito los escritores antiguos no explican, invadiendo el territorio corintio con 80 barcos, 2.000 hoplitas atenienses, 200 jinetes, y un cierto número de soldados aliados. Esta fuerza desembarcó cerca del pueblo de Soligea, a unos diez kilómetros de Corinto, aunque algunos informadores habían prevenido a los corintios de la invasión. Los hoplitas corintios atacaron a los atenienses, pero fueron derrotados en batalla y perdieron doscientos doce hombres, frente a tan sólo cincuenta bajas atenienses. Los vencedores erigieron un trofeo, pero no pudieron aprovechar su victoria porque, cuando los ancianos de Corinto —que habían permanecido en la ciudad— llegaron precipitadamente en ayuda de sus tropas, Nicias creyó que se trataba de refuerzos peloponesios y ordenó la retirada a los barcos.

Los atenienses navegaron entonces hacia la ciudad corintia de Cromión, y lanzaron incursiones en su territorio, aunque no hicieron tentativa alguna de tomar la ciudad. Al día siguiente, se detuvieron en Epidauro antes de avanzar hasta Metana, una península entre Epidauro y Trecén. En Metana, Nicias hizo levantar un muro en la parte más estrecha de la península y dejó una guarnición para que hiciera incursiones en el territorio de Trecén, Halias y Epidauro, todas ellas a una corta distancia. Parece probable que esta empresa fuera el principal objetivo de la expedición. El construir un fuerte en el Peloponeso oriental fue un hecho sin duda motivado por el éxito de Pilos en el oeste; las incursiones lanzadas desde Metana podían obligar a ciudades como Trecén y Halias a pasarse al lado de Atenas; y los atenienses podían incluso ser capaces de intimidar o capturar Epidauro y atraer a Argos a una alianza. En los embriagadores días que siguieron a los acontecimientos de Pilos y Esfacteria todo parecía posible.

Los atenienses también se mostraron activos en el oeste. Sófocles y Eurimedonte llevaron su flota desde Pilos a Corcira, donde los oligarcas en el monte Istone todavía estaban hostigando a los simpatizantes demócratas de Atenas en la ciudad. La llegada de la flota invirtió la situación y, junto con sus aliados, los atenienses capturaron el fuerte en la montaña y obligaron a los oligarcas a rendirse, quienes sólo aceptaron entregarse a los atenienses, y a condición de que tuvieran un juicio en Atenas. Los prisioneros fueron trasladados a una isla cercana para su protección, pero los demócratas de Corcira querían sangre. Engañaron a los oligarcas para que organizasen una huida, y los atenienses, declarando rota la tregua, entregaron a los prisioneros a sus crueles enemigos. Aquellos que no fueron ejecutados con crueldad se suicidaron, y sus mujeres fueron vendidas como esclavas. Sófocles y Eurimedonte permitieron esas terribles atrocidades. «De esta manera, los corcireos de la montaña fueron destruidos por el pueblo, y las luchas civiles que habían durado tanto tiempo terminaron de ese modo, al menos en lo que concierne a la duración de esta guerra, ya que no quedaron oligarcas dignos de mención» (IV, 48, 5).

Cuando la campaña de ese año llegaba ya a su final, los aliados atenienses obtuvieron otra victoria en el noroeste. La guarnición de Naupacto y los acarnienses tomaron Anactorio por medio de la traición de algunos de sus habitantes —como hemos visto, un medio usual en los asedios griegos—, después de lo cual los acarnienses expulsaron a los corintios y colonizaron la ciudad. Los corintios llevaron con pesar la pérdida de Anactorio, ya que dañaba su prestigio en una región importante.

Durante la guerra, ambos bandos habían estado intentando conseguir ayuda de los pueblos

«bárbaros», el más importante de los cuales era Persia. *Los acarnienses* de Aristófanes, escrita en el 425, contiene una hilarante escena en la que un enviado del Gran Rey, «Los ojos del Rey», aparece en escena, lo que revela que los atenienses habían estado en contacto con Persia, quizá desde el comienzo del conflicto. Ya hemos visto que los espartanos también estaban buscando el apoyo de los persas —recordemos la embajada a la corte persa, que fue interceptada por los atenienses en el 430—. En el invierno de 425-424, los atenienses capturaron otro emisario, esta vez con un mensaje para Esparta del monarca persa: «Respecto a los espartanos, el Rey no sabía lo que querían. Aunque muchos enviados habían llegado hasta él, al parecer no decían las mismas cosas. El Gran Rey solicitaba que, si querían algo, enviaran hombres en compañía del mensajero persa a su regreso» (IV, 50, 2).

La opacidad de los espartanos sin duda refleja su reluctancia a abandonar a los griegos de Asia Menor ante Persia —probablemente, una demanda básica para obtener la cooperación persa— al tiempo que decían luchar por la libertad de los griegos. Los atenienses intentaron aprovecharse de la situación enviando a sus propios emisarios al Gran Rey en compañía del mensajero interceptado. Sin embargo, cuando alcanzaron Éfeso, fueron informados de la muerte del rey Artajerjes, y decidieron que era mal momento para impulsar negociaciones. Ninguno de los dos bandos tenía razones para esperar la ayuda de un viejo enemigo.

Los acontecimientos del 425 habían cambiado el curso de la guerra por completo. La situación inicial se había roto, y los atenienses tenían ventaja en todas partes. Sus problemas financieros se habían suavizado por la nueva valoración imperial de los impuestos. La captura de la flota enemiga acabó con la amenaza desde el mar, así como con cualquier perspectiva de revuelta en las zonas marítimas del Imperio ateniense. El noroeste estaba casi completamente libre de enemigos. No existía un riesgo inmediato de intervención por parte de Persia, y la campaña ateniense en Sicilia garantizaba que los griegos en el oeste no ayudarían a sus primos dorios en el Peloponeso con la entrega de trigo. Finalmente, los prisioneros tomados en Esfacteria estaban a buen recaudo en Atenas, donde su presencia garantizaba que el Ática no sería invadida de nuevo, al menos por parte de Esparta. Los atenienses tenían razones para estar satisfechos, y estaban ansiosos de continuar hasta la victoria total. La cuestión estribaba en cómo proceder, y la respuesta dependía de qué clase de victoria deseaban.

Aquellos que se conformarían con una paz negociada en la que Esparta reconociera la integridad del Imperio ateniense y estableciera una alianza con Atenas para garantizarla, eran partidarios de una estrategia contenida. Buscaban evitar grandes batallas terrestres, mantener sus puestos fortificados en el Peloponeso e incluso tomar otros cuando fuera posible, y utilizar esas fortificaciones para hostigar, desalentar y desgastar al enemigo; en otras palabras, esperaban continuar o extender moderadamente la política original de Pericles.

Cleón y sus partidarios podían argumentar que una paz como ésa no sería segura, ya que descansaba en último término en las promesas espartanas y en su buena voluntad, e insistían en que algo más tangible —una garantía sólida contra la renovación de la guerra— era necesario. Insistieron en el control de Megara y en la neutralización de Beocia, concesiones que los espartanos podían incluso prometer a Atenas en la negociación, pero que nunca llevarían a cabo. Hacer la paz cuando el enemigo estaba de rodillas y cuando el poder de Atenas se hallaba en su cima era a todas luces un plan insensato. La estrategia correcta debía ser avanzar contra Megara, Beocia y otros lugares apropiados. Después de que hubieran sido sometidos, estarían ante el momento oportuno para negociar una paz auténticamente duradera. Éste debió de ser el razonamiento de Cleón y sus seguidores, y no es sorprendente que los atenienses eligieran seguir su consejo.

Capítulo 13

La ofensiva ateniense: Megara y Delio (424)

El gran éxito de Cleón en Esfacteria le llevó a ser elegido general en la primavera del año 424, junto con Demóstenes y Lámaco, otros dos líderes de carácter agresivo. También fueron escogidos Nicias, Nicóstrato, Autocles y Tucídides, hijo de ()loro, que un día escribiría el relato de la guerra; todos ellos eran opuestos a la línea política de Cleón. Aunque los atenienses estaban a punto de poner en marcha la campaña más audaz de toda la contienda, esto no se reflejó en un cambio de alineamiento de los generales, sino más bien en el hecho de que, alentados por las recientes victorias, la gran mayoría de los atenienses se mostraba ahora dispuesta a perseguir una estrategia más beligerante.

CITERA Y TIREA

A principios de mayo, la troika de moderados —Nicias, Nicóstrato y Autocles— tomaron sesenta naves, dos mil hoplitas, efectivos de caballería y algunas tropas aliadas para hacerse con la isla de Citera, justo frente al extremo sureste de Lacedemonia *(véase* mapa 1). Modelada por los ejemplos de Pilos y Metana, la invasión era parte de una nueva estrategia que abogaba por emplazar fortalezas en el Peloponeso. Gracias a ellas, los atenienses podrían dañar, hostigar, desanimar y desmoralizar al enemigo. Citera era el centro de la defensa de la costa peloponesia y la base del comercio de Esparta con Egipto, desde donde se abastecían de grano y otros artículos. Si la isla caía bajo control ateniense, el comercio podría quedar interrumpido. A su vez, Citera serviría no sólo como trampolín para atacar el Peloponeso, sino como otro puerto más en la ruta hacia el oeste.

Con diez embarcaciones y un batallón de hoplitas, Nicias tomó rápidamente la ciudad costera de Escandea, mientras la fuerza principal marchó directamente a la ciudad de Citera, en el interior, y empujó al enemigo hasta su parte alta. Nicias convenció a los citereos para que se rindieran y les ofreció unos términos muy generosos: permitiría que los habitantes permanecieran en la isla y mantuvieran sus tierras a cambio de un tributo anual de cuatro talentos y la instalación de una base militar ateniense.

La caída de Citera golpeó a los espartanos casi tan duramente como las pérdidas de Pilos y los soldados de Esfacteria. Su reacción fue enviar destacamentos para proteger distintos puntos del Peloponeso y, por primera vez, organizar una división de caballería de cuatrocientos hombres, así como un cuerpo de arqueros. Tucídides describe su ánimo vívidamente:

> Llevaban una estrecha vigilancia por temor a que hubiera una revolución contra el orden establecido, dado el enorme e inesperado revés que habían sufrido en Esfacteria, y con Pilos y Citera en manos enemigas. Por todas partes nuevas pérdidas desafiaban sus previsiones (...).
>
> Rompiendo con sus costumbres bélicas, se volvieron más cautelosos en asuntos militares desde que combatían en el mar; además, luchaban contra los atenienses, para los que no intentar una empresa era siempre sinónimo de pérdida respecto a lo que habían esperado alcanzar. A la vez, la gran cantidad de desgracias imprevistas, sucedidas en tan poco tiempo, causaron un enorme terror, y les daba miedo que volviera a ocurrirles una calamidad como la de Esfacteria. Por eso les faltaba valor para el combate. Creían que les saldría mal todo lo que intentaran, pues habían perdido la seguridad en sí mismos por no estar acostumbrados al fracaso (IV, 55).

Los atenienses atacaron después Tirea, en una zona fronteriza que había sido durante mucho

tiempo fuente de problemas entre Esparta y Argos (la Alsacia-Lorena del Peloponeso, como algunos historiadores la han descrito). Los espartanos habían entregado la población a los eginetas, que habían sido expulsados de su propia isla por los atenienses al principio de la guerra; y juntos estaban construyendo un fortín cerca del mar, cuando la flota ateniense hizo su aparición. Hubieran podido evitar su amarre con un poco de determinación, pero la moral de los espartanos no estuvo a la altura de la tarea. Sin encontrar oposición, los atenienses marcharon directamente a Tirea, incendiaron la ciudad y se hicieron con el botín, matando a muchos eginetas y haciendo un gran número de prisioneros, algunos refugiados de Citera entre ellos. Por razones de seguridad, a los citereos se los diseminó por las islas del Egeo, pero los eginetas fueron ejecutados «a causa de su antigua y eterna enemistad» (IV, 57, 5). Otra atrocidad más que añadir a una larga lista, a medida que la guerra intensificaba antiguos odios.

DECEPCIÓN EN SICILIA

Los atenienses no habían tenido tanto éxito en Sicilia, donde la pérdida de Mesina y el cerco de Regio les había dejado sin bases en ambas partes del estrecho (finalmente recuperarían Regio, aunque Mesina quedaría en manos enemigas). En el año 425, no lucharon más en la isla, sino que dejaron que los griegos siciliotas pelearan entre ellos sin llegar a interferir. Cuando Sófocles y Eurimedonte llegaron a Sicilia, encontraron a los aliados desgastados por el conflicto y reacios a creer que los atenienses poseían la voluntad y la capacidad de luchar por sus intereses mientras estuviesen ocupados en sus propias luchas continentales. En el año 424, Gela, aliada de Siracusa, y Camarina, aliada de Atenas, hicieron la paz por separado. Después, las dos invitaron al resto de ciudades sicilianas a Gela para que alcanzasen un acuerdo común. Un congreso diplomático de este tipo es una rara excepción en la historia griega. Dirigiéndose a los allí reunidos, Hermócrates de Siracusa dijo no hablar en nombre de los intereses de su propia ciudad, sino por boca de toda Sicilia, y acusó a Atenas, con todo su poder, de albergar malas intenciones contra ellos. Los griegos siciliotas debían, manifestó con urgencia, abandonar el conflicto entre dorios y jonios, que sólo los convertía en presa fácil para los extranjeros. Por el contrario, presentó el panorama de una nación greco-siciliana unida, con una paz duradera que incluyese a todas las ciudades griegas de la isla: una Sicilia para los siciliotas.

> Somos, generalmente hablando, vecinos, y juntos habitamos una única tierra rodeada por el mar y respondemos a un mismo nombre, siciliotas. Yo creo que, llegado el caso, iremos a la guerra y volveremos a reconciliarnos de nuevo por medio de conversaciones entre nosotros.
>
> Pero si somos sensatos, cuando otros vengan aquí actuaremos juntos para expulsarlos, pues el daño que sufre uno supone un peligro para todos. En lo sucesivo, no deberíamos llamar a extranjeros como aliados o mediadores. Si así lo hacemos, no privaremos a Sicilia, ahora, de dos ventajas: librarnos de los atenienses y de nuestras luchas civiles. De cara al futuro, conviviremos en un país libre y menos expuesto a las ambiciones ajenas (IV, 64, 3-5).

El discurso de Hermócrates se ha juzgado a menudo como ejemplo de sinceridad y altruismo, una súplica en nombre del bien común, pero hay razones que ponen en tela de juicio sus motivaciones. Siracusa, a fin de cuentas, saldría beneficiada si las ciudades griegas más débiles de Sicilia acordaban no solicitar la ayuda de las potencias de la Grecia continental. Además, en el año 424 Atenas representaba una gran amenaza para la ciudad-estado más agresiva y poderosa de la isla, Siracusa. El comportamiento posterior de Hermócrates también proyecta dudas sobre su sinceridad. En el año 415 instó a los siracusanos a que buscaran ayuda contra la invasión ateniense no sólo en las ciudades griegas de Corinto y Esparta, sino incluso en Cartago; también suplicó a los siciliotas que se unieran a la guerra que los peloponesios mantenían contra Atenas, a pesar de que los atenienses ya habían sido expulsados de Sicilia.

Sin embargo, en el 424, los siciliotas en Gela, cansados de combatir, quedaron convencidos por la elocuencia de Hermócrates, a la que se sumaban las muestras de buena fe de los siracusanos al ceder Morgantina a los camarineos, y accedieron a hacer las paces con el statu quo como base. Los aliados informaron a los atenienses y les invitaron a unirse al pacto. Sin base en Sicilia, con unos aliados renuentes a la lucha y fuerzas insuficientes para conquistar la isla, los atenienses aceptaron la paz y volvieron a casa.

Sus generales podían haberse conformado con este resultado, pues la misión había tenido como objetivo ayudar a los aliados de Atenas, evitar que Siracusa controlara toda Sicilia y, tal vez, investigar la posibilidad de ganancias futuras. Podría considerarse que con el Congreso de Gela se habían conseguido todos estos propósitos. A su vuelta a Atenas, no obstante, no tardaron en acusarlos de haber aceptado sobornos para retirarse cuando habían podido sojuzgar toda Sicilia. Tales acusaciones recaían a menudo sobre comandantes fracasados o sobre aquellos cuyo triunfo no había sido tan completo como se esperaba. Bien es cierto que los generales podían haber aceptado obsequios de sus amigos siciliotas, pero no hay pruebas de soborno. Sin embargo, todos fueron condenados: Sófocles y Pitodoro, al destierro, y Eurimedonte, a pagar una multa. Tucídides explica la condena de la siguiente forma: «De esta manera, gracias a la fortuna que [los atenienses] disfrutaban entonces, no esperaban que nada se les pusiese en contra, sino que podrían lograrlo todo, lo posible y lo imposible, con medios o sin ellos. Ello se debía al increíble éxito de la mayoría de sus empresas, lo que servía de base a su confianza» (IV, 65, 4).

En el año 424, tras las victorias de Pilos y Esfacteria, Metana y Citera, los atenienses albergaban mayores esperanzas que antes y, posiblemente, tendieron hacia un optimismo excesivo, aunque sin duda tenían razones para estar descontentos con la actuación de sus generales. Después de todo, la primera expedición a Sicilia del año 427 había evitado el triunfo de Siracusa, capturado Mesina y obtenido el apoyo de los griegos siciliotas y de los sículos nativos del lugar. Se llegó a generar tanto entusiasmo entre los isleños, que enviaron una misión a Atenas para solicitar ayuda adicional. No es difícil entender que, en el año 424, los atenienses podían llegar con facilidad a la conclusión de que, con cuarenta barcos más, la guerra en la isla habría podido acabar grata y rápidamente. Podemos, pues, imaginar su sorpresa cuando los generales anunciaron que el conflicto había terminado basándose en el «Sicilia para los siciliotas» —al fin de cuentas, el eslogan de la clase política aristocrática de Siracusa— y que, de hecho, habían sido los aliados los que les habían despedido. Los atenienses tenían motivos para sospechar que el lema de Hermócrates bien podría esconder el de «Sicilia para los siracusanos», y temer una isla unida en el seno de una ciudad-estado doria en buenas relaciones con el enemigo. También se les puede excusar por creer que una Sicilia casi conquistada con una expedición de veinte barcos no debería haber sido perdida por una de sesenta.

De hecho, Sófocles, Eurimedonte y Pitodoro no habían mostrado demasiada iniciativa y habían conseguido muy poco. Tras su retraso en Pilos, habían permitido que la flota espartana de Corcira se colara entre ellos, además de haber llegado tarde a la isla en una misión importante al haberse visto forzados a un bloqueo que había durado todo el verano. Si hubieran estado en guardia, habrían arribado a tiempo de marcar la diferencia. En tales circunstancias, cualquiera puede sentirse obligado a despedir a sus oficiales. En este caso, no obstante, la respuesta ateniense se antoja más razonable que excesiva.

EL ASALTO A MEGARA

En el verano del año 424, Atenas abandonó la estrategia de Pericles casi por completo conforme iba emprendiendo acciones de agresión contra sus vecinos, con la intención de privar a los espartanos de ciertos aliados cruciales, pero también llevó a cabo acciones cuyo fin último era el de proteger el Ática contra las invasiones. En julio, intentaron tomar el control de Megara y poner fin a la amenaza de los ataques desde el Peloponeso. Nadie había sufrido tanto durante la guerra como los megareos. El Decreto de Megara impuesto por Atenas había destruido su comercio en el Egeo y, año tras año, la marina ateniense se dedicaba a saquear su territorio a conciencia. La captura por

parte de los atenienses de Minoa en el año 427, que hizo imposible que los barcos salieran del puerto de Nisea hacia el golfo Sarónico, había estrechado la soga aún más. Las penurias posteriores trajeron la lucha entre las facciones, y el grupo democrático envió al destierro al régimen oligárquico radical. Alarmados ante el nuevo liderazgo, Esparta y sus principales aliados oligárquicos emplazaron un destacamento propio en Nisea para controlar a los megareos, mientras que a los desterrados se les envió a Platea. Un año después, estos mismos oligarcas abandonaron Platea y tomaron el control en Pegas, el puerto occidental de Megara en el golfo de Corinto, desde donde cortaron el último acceso de Megara al mar *(véase* mapa 4). Hacia el 424, sus habitantes sólo podían obtener alimentos y demás suministros por tierra desde el Peloponeso, a través de Corinto, pero como a los aliados no les gustaban los demócratas megareos y sospechaban de ellos, no se mostraron demasiado cooperativos.

Enfrentadas a tanta presión, las gentes de Megara llamaron a los desterrados de Pegas con la esperanza de acabar con los ataques y recuperar el uso del puerto occidental. Los líderes de la facción democrática, entretanto, ante el temor de que este retorno restaurara la oligarquía y les condujera a ellos mismos a la muerte o el exilio, no dudaron en conspirar para entregar la ciudad a Atenas. Junto con los generales Hipócrates y Demóstenes, planearon que los atenienses ocuparían los largos muros que unían Megara con Nisea, con lo que la ciudad quedaría fuera del alcance del destacamento espartano; entonces, los demócratas rendirían la ciudad a traición. Si el plan tenía éxito, Megara entraría en la Liga ateniense, lo que pondría fin a las invasiones anuales, al embargo comercial y al bloqueo. Con la ayuda de los atenienses, los megareos podrían acabar también con los oligarcas de Pegas, reclamar ambos puertos y recuperar la prosperidad de antaño; guarnecerían la frontera meridional y mantendrían a los peloponesios fuera de la Megáride.

Para los líderes democráticos, que ahora se hallaban en una situación peligrosa, las ventajas de este plan eran mayores que sus consideraciones negativas, aunque muchos megareos no eran de la misma opinión. La enemistad entre megareos y atenienses se remontaba, como mínimo, al siglo El matrimonio de conveniencia iniciado entre ellos en la Primera Guerra del Peloponeso había concluido con la matanza de una guarnición ateniense a manos de los megareos, y los años de entreguerras habían quedado marcados por disputas fronterizas, acusaciones de asesinatos sacrílegos y la imposición del Decreto de Megara. La alianza con un enemigo amargamente odiado, por muy oportuna que fuera, era todavía un concepto demasiado impopular para que las gentes de Megara lo aceptasen. Así pues, la facción democrática no podía proponer un cambio de alianzas en público, sino tan sólo conspirar en secreto con los atenienses.

El plan ateniense para hacerse con Nisea era difícil y arriesgado. Hipócrates navegó de noche desde Minoa con seiscientos hoplitas, y se refugió en una cala próxima a los muros. Simultáneamente, Demóstenes llegó por tierra a través de Eleusis con algunas tropas plateos de infantería ligera y un número reducido de hoplitas atenienses, y se emboscó en Enialio, un poco más cerca de Nisea. Su éxito dependía del secreto y la sorpresa; «aquella noche nadie supo nada, excepto los que tenían la obligación de saberlo» (IV, 67, 2).

A su vez, los demócratas megareos se prepararon para cumplir con su cometido en el triple ataque a los muros. Los peloponesios les permitían cada noche abrir las puertas de Nisea y transportar un pequeño barco sobre un carro, que sería utilizado aparentemente contra los navíos atenienses, y volverlo a traer luego a la ciudad. En la noche acordada, dejarían que los atenienses atravesaran los muros por esa misma puerta.

Así pues, los megareos asesinaron a los guardias y Demóstenes entró con sus hombres en la ciudad a través de la puerta de Nisea. Al amanecer, los atenienses controlaban los largos muros y, en el momento convenido, cuatro mil hoplitas y seiscientos hombres a caballo llegarían para asegurar la posición.

Incluso llegados a este punto, los demócratas megareos no sugirieron en público un cambio de alianzas, sino que tuvieron que utilizar un terrible ardid ante sus compatriotas para conseguir sus fines: propusieron guiar a los megareos fuera de la ciudad y atacar al ejército ateniense, que sin embargo se encontraba a la espera; los traidores se marcarían de forma especial para que los atenienses los reconocieran y los evitaran durante el combate; los demás serían masacrados a menos

que se rindieran. Sin embargo, la traición resultó demasiado para uno de los conspiradores, que traicionó el plan contándoselo a los oligarcas. Éstos, a su vez, convencieron a la población de que mantuviera las puertas cerradas. Si los demócratas hubieran conseguido abrir las entradas, la ciudad habría caído bajo el control de los atenienses antes de que Esparta pudiera enviar su ejército.

Aun así, los atenienses todavía hubieran podido forzar la rendición de Megara, pero se lo impidió la desafortunada aparición de Brásidas, que estaba reuniendo tropas con otros fines cerca de Corinto y Sición cuando se enteró de los acontecimientos de Megara. Envió primero aviso a Beocia para que enviasen refuerzos. Estas tropas se unirían a su ejército, compuesto por tres mil ochocientos combatientes aliados y unos centenares de sus propios soldados, con los que esperaba salvar Nisea. Cuando se dio cuenta de que era demasiado tarde para lograrlo, se puso al mando de trescientos hombres para intentar el rescate de Megara.

No obstante, los megareos se mostraron reacios a admitirlo. Los demócratas sabían que los espartanos les destruirían y restaurarían a los oligarcas desterrados, mientras que los amigos de estos últimos temían que la llegada de los espartanos haría estallar una guerra civil, lo que daría a Atenas la oportunidad de hacerse con la ciudad. Ambos bandos preferían esperar el resultado de la batalla, seguros como estaban de que se iba a producir, entre los ejércitos ateniense y peloponesio.

Los beocios eran sabedores de que el control ateniense de la Megáride les dejaría aislados del Peloponeso e indefensos frente a cualquier ataque; por lo tanto, enviaron a Brásidas dos mil doscientos hoplitas y seiscientos efectivos de caballería. No más de cinco mil hoplitas atenienses se veían desafiados ahora por unos seis mil enemigos. En vez de provocar un choque con los megareos, los atenienses prefirieron esperar su momento en Nisea. También Brásidas decidió esperar, pues pensó que su posición le otorgaría la ventaja si los atenienses atacaban y que la misma presencia de sus tropas les desanimaría y les obligaría a retirarse para salvar la ciudad sin presentar batalla, y así fue. Los atenienses se hicieron fuertes tras los muros de Nisea, mientras que Brásidas volvía a Megara, donde esta vez sí se le permitió entrar. Admitido el fracaso, los atenienses dejaron un destacamento en Nisea y volvieron al Ática. En Megara, los demócratas, denunciados como traidores, huyeron de la ciudad, y los oligarcas desterrados ocuparon de nuevo el poder con el propósito de tomarse la revancha. Condenaron a tantos enemigos como hallaron en la ciudad, y establecieron un régimen intolerante que limitó el poder político a unos pocos. De ahora en adelante, Megara sería una fiel aliada de Esparta y, aún más, una acérrima enemiga de Atenas.

LA INVASIÓN ATENIENSE DE BEOCIA

A principios de agosto, los atenienses emprendieron una operación audaz y complicada contra Beocia con características similares a las del anterior ataque a Megara, lo que induce a pensar que las dos iniciativas fueron planeadas a la vez como elementos de una operación mayor, dirigida a cambiar el curso de la contienda. El fracaso de Megara, sin embargo, no hizo que Demóstenes e Hipócrates abandonasen su intento de llevar acabo la segunda parte de sus planes.

En Beocia, los líderes democráticos de muchas poblaciones habían estado intrigando con los atenienses para que sus facciones alcanzasen el poder. Tanto Demóstenes como Hipócrates colaboraron con ellos encantados. En el oeste, los demócratas rendirían Queronea y Sifas (puerto de la región de Tespias), a los atenienses. En el este, los atenienses ocuparían el santuario de Apolo en Delio, justo al otro lado de la frontera ateniense *(véase* mapa 4). Como en Megara, el éxito requería ataques simultáneos para evitar que los beocios concentraran sus tropas en Delio contra el grueso del ejército ateniense. Una vez más, el secreto era vital para ganar Sifas y Queronea a traición. Se esperaba que la toma simultánea de estos tres emplazamientos debilitase la determinación de Tebas y causase rebeliones democráticas antitebanas por toda Beocia. En el peor de los casos, Atenas obtendría tres fortalezas en la frontera beocia para las expediciones de saqueo, y para refugio donde emplazar a los desterrados. Con esta visión menos optimista, el plan era parte de la nueva estrategia que tan buenos resultados estaba dando ya en Lacedemonia: el emplazamiento de bases fortificadas en territorio enemigo. Con el tiempo, la presión de los tres bastiones atenienses podría hacer

capitular a los beocios.

Los atenienses iban a necesitar un gran ejército para la ofensiva principal contra Delio, y otro más pequeño para presentarse en Sifas. El envío masivo de tropas pondría en peligro a más soldados de los que Atenas podía arriesgar, pero Demóstenes esperaba reclutar hombres entre los aliados del noroeste. No obstante, el tiempo necesario para reunirlos incrementaría la amenaza de que la operación dejara de ser un secreto; aun así, tendrían que asumir el riesgo. Demóstenes zarpó con cuarenta barcos hacia el noroeste, reunió las tropas que necesitaba y aguardó la fecha fijada para el ataque a Sifas. Pasaron tres meses entre su salida de Atenas y su aparición en Sifas, probablemente el tiempo que necesitaban los demócratas beocios para prepararse.

Cuando el ejército de Demóstenes alcanzó finalmente el puerto de Sifas a principios de noviembre, todo había salido mal. Entre los rebeldes, algunos traidores habían revelado el plan a los beocios y éstos enviaron tropas para ocupar tanto Sifas corno Queronea. Si la sincronización del doble ataque hubiera sido perfecta, en el este el asalto de Hipócrates a Delio hubiera podido hacer que las tropas beocias se batiesen en retirada; pero hubo en todo ello un error de cálculo, porque Demóstenes llegó antes a Sifas, lo que dejó el camino libre a los beocios para concentrarse en él. Demóstenes no podía forzar su camino a través de tierras bien defendidas, y la parte del plan concerniente al oeste fue un fracaso.

Hipócrates contaba en Delio con unos siete mil hoplitas, más de diez mil metecos (residentes extranjeros) y otros aliados extranjeros, así como con un gran número de atenienses que había ido para ayudar a levantar el fuerte. El ejército estaba presente sólo para disuadir a cualquier fuerza beocia que los pusiera en peligro mientras construían la fortaleza; luego se podría defender con un simple destacamento. Demóstenes e Hipócrates nunca tuvieron intención de arriesgarse en una batalla contra un ejército de las mismas dimensiones.

Al apoderarse de la zona, los atenienses habían ocupado la tierra sagrada del santuario del dios Apolo, una violación grave de las convenciones griegas. La infracción representaba una más de las transgresiones de las costumbres que caracterizaron esta prolongada y sangrienta guerra «moderna».

DELIO

Sin que los beocios pudieran evitarlo, Hipócrates completó el fuerte en tres días y se preparó para volver tranquilamente a casa con su ejército porque no sabía lo que estaba pasando en el oeste. El grueso de sus tropas tomó la ruta sur, directa a Atenas, mientras los hoplitas acamparon a poco más de un kilómetro de la ciudad para esperar a su general, que estaba completando algunas disposiciones finales en Delio. Entretanto, los beocios se habían congregado en Tanagra, a pocos kilómetros de distancia, con siete mil hoplitas (una fuerza equiparable a la de los atenienses), diez mil efectivos de infantería ligera, mil de caballería y quinientos peltastas. Aunque el ejército beocio era más poderoso, y la nueva fortaleza ateniense quedaba en suelo beocio, nueve de los beotarcas, los magistrados de la liga federal de Beocia, votaron en contra del combate; los únicos dos que se mostraron a favor de la batalla eran tebanos.

Sin embargo, Pagondas, hijo de Eóladas, el comandante del ejército, un aristócrata distinguido de más de sesenta años, se dio cuenta de que los atenienses eran vulnerables, y convenció a los beocios para que se quedasen y combatieran. En las batallas de los hoplitas griegos, el ejército que defendía su terreno ganaba casi tres de cada cuatro veces, porque los soldados-granjeros que componían las falanges luchaban con más fiereza si defendían sus tierras y hogares que en el caso de una lucha ofensiva. Ambos generales tomaron nota de esta tendencia en los discursos previos a la batalla. Pagondas rogó a sus hombres que hicieran cuanto pudieran, a pesar de que las tropas enemigas se estuvieran retirando a su territorio. Normalmente, la libertad venía a significar salvaguardar la tierra propia; pero, si se batallaba contra los atenienses, «que buscan someter a las gentes vecinas y lejanas, ¿qué podemos hacer sino luchar hasta el más amargo de los finales?» (IV, 92, 4). En cambio, Hipócrates les dijo a sus atenienses que no tuviesen miedo de combatir en territorio extranjero. En realidad, explicó, la contienda era en defensa de Atenas, y explicó en detalle el

objetivo estratégico de la campaña: «Si ganamos, los peloponesios, sin la caballería beocia, jamás volverán a invadir el Ática y, en un solo combate, conquistaremos este territorio y liberaremos el nuestro» (IV, 95, 2).

Las palabras de Pagondas ponen de relieve el excepcional carácter de la batalla de Delio. No era la típica refriega por cuestiones fronterizas, sino una lucha hasta «el más amargo de los finales»; en definitiva, aniquilar al ejército ateniense y parar una guerra mayor, de la que Delio sólo era una parte. Pagondas ocupó una posición protegida por un alto, y dispuso sus fuerzas con ingenio y originalidad. A cada lado, colocó la caballería y las tropas de infantería ligera para contrarrestar cualquier avance desde los flancos. A la derecha de la falange hoplita, concentró al contingente tebano hasta un fondo de veinticinco, cuando el habitual era el de ocho, mientras los hoplitas de las otras ciudades se alineaban a voluntad, probablemente de la manera acostumbrada. Éste es el primer uso documentado de tal fondo en el lateral de una falange hoplita, una táctica que Epaminondas de Tebas y Filipo y Alejandro de Macedonia cultivarían con éxito devastador un siglo más tarde. Mientras el flanco derecho beocio derrotaría casi con toda seguridad la izquierda del enemigo, éste, dispuesto en formación de a ocho, cubría un frente de mayor longitud, ya que el número de hoplitas era el mismo, con lo que podría plantear la amenaza de un ataque lateral. Así pues, el éxito de los beocios dependía de una victoria rápida de los tebanos en la derecha, que indudablemente conduciría a una gran victoria. Al mismo tiempo, para escapar de la derrota, la caballería y la infantería ligera del flanco izquierdo tendrían que evitar que los atenienses les rodearan. Los tebanos también contaban con trescientos hoplitas de élite, especialmente entrenados y de las clases más adineradas. Ésta es la primera vez que se tiene constancia de la preparación exclusiva de lo que podríamos llamar un cuerpo profesional, en contraposición a la milicia popular que integraba la falange común, y prueba la creciente complejidad de la guerra griega, que se aceleró durante la Guerra del Peloponeso y pronto sería imitada por otras ciudades-estado.

Cuando Pagondas comenzó a bajar con sus tropas, Hipócrates sólo había llegado con su discurso hasta la mitad de la línea, pues tenía que repetirlo muchas veces para que todos lo oyeran. Situado en el ala derecha de su ejército, el ateniense rápidamente se dio cuenta de que podía superar el flanco izquierdo de la falange enemiga. También debió de percatarse de que los barrancos a cada lado del campo de batalla entorpecerían las acometidas de la caballería y la infantería ligera de los flancos, fuerza ante la que estaba en inferioridad; por lo tanto, ordenó a sus hombres que cargaran contra el enemigo colina arriba.

Los atenienses de la derecha no tardaron en derrotar el ala izquierda beocia, sostenida por hombres de Tespias, Tanagra y Orcómeno. Al otro lado del campo de batalla, los tebanos estaban haciéndolo mal, porque sus aguerridos oponentes atenienses cedían terreno muy lentamente, paso a paso, en vez de quebrarse y huir. Éste fue el momento de mayor peligro para los beocios, y de esperanza para los atenienses, pues si no cambiaban las cosas, el ala derecha ateniense envolvería las líneas beocias antes de que, a la derecha, los de Tebas pudieran hacer lo mismo a los atenienses. Por consiguiente, los tebanos quedarían atrapados en un movimiento de tenaza, con el ejército beocio aplastado y, quizá, destruido.

En este punto, Pagondas hizo gala de un genio táctico que dio la vuelta a la batalla. Envió dos escuadrones de caballería del ala derecha a rodear la colina por detrás, por donde los atenienses no los verían. Reaparecieron tras los victoriosos atenienses, que pensaron que un ejército nuevo había llegado para atacarles por la retaguardia. Esto rompió el espíritu de la carga ateniense y dio tiempo a los tebanos para quebrantar y aplastar a sus adversarios. El ejército ateniense era ahora una muchedumbre a la fuga, hostigada por la persecución de los beocios y la caballería lócrida. Sólo con la llegada de la noche se evitó una masacre mayor. Cuando los atenienses pudieron retirar a sus muertos tras largas y dificultosas negociaciones, descubrieron que habían perdido, además de multitud de tropas de infantería y de civiles, casi mil hoplitas, entre los que se encontraba el general Hipócrates: las peores pérdidas en la Guerra de los Diez Años. Para destruir la fortaleza atenienses de Delio, los beocios construyeron catapultas y lanzaron proyectiles incendiarios contra los muros para expulsar a sus defensores; esta guerra sin precedentes iba a fomentar el desarrollo de nuevas tecnologías para solucionar problemas bélicos.

Pocas batallas clásicas fueron tan famosas en la Antigüedad como la de Delio, sobre todo porque Sócrates como hoplita y Alcibíades en la caballería lucharon en ella. En el campo de batalla, la brillantez de Pagondas fue inigualable, y sus innovaciones estratégicas se adelantaron en mucho a su tiempo. El combate también tuvo repercusiones militares. El fracaso de los atenienses para excluir a Beocia de la contienda alentó a la Liga espartana a resistir, en un momento en que la victoria había parecido imposible. Mientras, en Atenas, la derrota y las numerosas bajas dañaron a la facción belicista y ayudaron a aquellos que estaban a favor de la paz negociada. Existen voces críticas que han condenado a los atenienses por la estrategia que desencadenó el desastre de Delio; algunos, por su agresividad, tan alejada de las prácticas de Pericles; y otros, por haber optado por un ataque tortuoso y lleno de complicaciones en vez de por uno directo. En el año 424, sin embargo, la estrategia de Pericles había demostrado ser inviable y se hacía del todo inevitable buscar otra nueva; la estrategia de forzar una batalla acordada tampoco habría sido la mejor idea para un ejército inferior al enemigo, tanto en número como en disposición moral.

La decisión ateniense de intentar terminar con Beocia como enemiga queda justificada y, dada su inferioridad respecto a la coalición enemiga de hoplitas, caballería e infantería ligera, tenían razón en confiar en la sorpresa y en la táctica de divide y vencerás. Además, el plan original entrañaba muy pocos riesgos. Demóstenes no habría desembarcado en Sifas de no ser porque los rebeldes demócratas le habían permitido hacerlo sin demasiado peligro, y tampoco se había tenido intención de combatir con un gran ejército en Delio o en ninguna otra parte. Si algo salía mal en esas tierras, el camino de vuelta a casa seguía siendo seguro. Incluso con el secreto al descubierto y sin conseguir la sincronización necesaria, en Delio no habría sucedido ningún desastre si Hipócrates se hubiera retirado, en vez de quedarse para luchar. Con un poco de suerte, la campaña podría haber producido una victoria importante; pero, en el año 424, tras una extraordinaria serie de triunfos, la suerte comenzaba a volverse en contra de Atenas.

Capítulo 14

La campaña de Brásidas en Tracia (424-423)

A mediados de agosto del año 424, antes incluso de que tuviera lugar la desastrosa invasión ateniense de Beocia, Brásidas comenzó a inclinar el curso de la guerra a favor de Esparta con una proeza aún más audaz: la de conducir un ejército al norte, hacia Tracia, para proyectar desde allí su amenaza sobre la única zona accesible del Imperio ateniense. Dio la casualidad de que era el mismo ejército —setecientos ilotas armados como hoplitas y, entre estos últimos, un millar de mercenarios del Peloponeso— que había estado en las cercanías de Corinto en el momento justo en que los atenienses cayeron sobre Megara, y gracias al cual Brásidas pudo salvar la ciudad. En aquel mismo año, el acoso de los atenienses sobre el Peloponeso desde Pilos y Citera se había hecho insoportable, y los espartanos se dispusieron a intentar cualquier cosa con tal de resarcirse. En un momento en que tanto atenienses como mesenios fomentaban la insurrección de Pilos, el plan de Brásidas les permitiría sacar del Peloponeso a setecientos ilotas sanos y fuertes de una vez, mientras que su comandante sería el único espartiata que arriesgarían en el esfuerzo. El principal objetivo era Anfipolis, fuente de recursos estratégicos y rica en madera y yacimientos de oro y plata; Anfipolis era un emplazamiento clave desde el que era posible controlar el paso del río Estrimón y la ruta este hacia el Helesponto y el Bósforo; por esta vía viajaban los barcos de transporte de grano, el suministro vital de Atenas *(véase* el mapa 16).

Sin embargo, la ruta que conducía a Anfipolis y a las demás ciudades sometidas por los atenienses en Macedonia y Tracia entrañaba diversos peligros. Entre estas poblaciones y la nueva colonia espartana de Heraclea, se encontraba Tesalia, aliada formal de Atenas. Era una tierra llana y extensa, complicada para que un ejército de hoplitas la atravesara sin riesgo en caso de que les saliera al paso la espléndida caballería tesalia, a lo que cabría sumar el hecho de que los espartanos carecían de amigos que les suministrasen efectivos en la Grecia septentrional. No obstante, Brásidas ardía en deseos de probar el asalto, ya que las circunstancias del año 424 parecían presentarse favorables: los botieos y los calcideos se venían sublevando contra Atenas desde el 432, y Perdicas, rey de los macedonios, quienes, aunque puntualmente en paz o aliados de Atenas, siempre la habían sentido en el fondo como su enemiga, animaba ahora a los espartanos para que enviasen un contingente a Tracia. Los rebeldes temían que, envalentonados, los atenienses no tardarían en enviar un ejército para aplastarlos; a su vez, Perdicas también se había enemistado por motivos personales con Arrabeo, rey de los lincestas, y deseaba obtener el apoyo del ejército peloponesio para su causa. Puesto que podía contar con que las ciudades griegas hostiles a Atenas apoyarían una campaña espartana en el nordeste, Brásidas fue capaz de convencer al gobierno para que su plan se aprobase.

En Tesalia, donde la población era afín a Atenas, surgió el primer desafío; y es que no había ciudadano en toda Grecia que tolerase que un ejército extranjero cruzase su territorio. Como apunta Tucídides: «Si Tesalia no hubiera estado gobernada por una oligarquía intolerante, como tienen por costumbre, sino por un gobierno constitucional, Brásidas jamás hubiera podido atravesarla» (IV, 78, 3). Algunos de sus partidarios en Fársalo le enviaron hombres para que lo guiasen con éxito, y para alcanzar la ciudad su diplomacia e inteligencia hicieron el resto. Desde allí, la escolta tesalia pudo guiarle el resto del camino hasta el territorio de Perdicas.

Cuando los atenienses tuvieron noticia de que Brásidas había alcanzado el norte, declararon a Perdicas enemigo suyo y comenzaron a estrechar la vigilancia sobre sus aliados sospechosos. Para seguir contando con el favor de Perdicas, Brásidas accedió a sumarse al ataque contra sus vecinos, pero pronto surgió la discordia. Brásidas aceptó la oferta de Arrabeo para arbitrar en la disputa y se retiró de la contienda. Esto enojó enormemente al rey macedonio, que respondió reduciendo su apoyo a las fuerzas del espartano de la mitad a un tercio.

Brásidas había decidido que Acanto, una de las ciudades de la península calcídica, sería una buena base desde donde atacar Anfípolis, y a finales de agosto condujo su ejército hasta allí *(véase* el mapa 16). Aunque las luchas intestinas entre las facciones mantenían dividida a la población, Brásidas no intentó tomarla por la fuerza ni mediante la traición; por el contrario, intentó convencer a sus ciudadanos de que aceptasen una rendición. Tucídides dice de él, bien con deliciosa ironía o con cierta condescendencia displicente, que «mal orador no era, para ser espartano» (IV, 84, 2). Los acantios le permitieron entrar en la ciudad a condición de que lo hiciera sin escoltas. Con buenas palabras, Brásidas comenzó hablando del papel de Esparta como libertadora de los griegos, e hizo promesa de permitir la autonomía de la ciudad, de no favorecer a ninguna facción y de proporcionar protección contra las represalias atenienses; no obstante, su discurso acabó con la amenaza de destruir las cosechas de Acanto, a punto para la recolección, en caso de que sus habitantes se negasen a aceptar sus ofertas. Los acantios votaron por alzarse contra Atenas y admitir a los peloponesios, «seducidos por las palabras de Brásidas y por miedo a perder sus cosechas» (IV, 88, 1). Estagira, una población vecina, también se sumó a la rebelión. Esta pequeña victoria daría alas a la causa espartana.

LA TOMA DE ANFÍPOLIS

A comienzos de diciembre, Brásidas marchó en dirección a Anfipolis. Con toda seguridad, su caída arrastraría la insurrección generalizada de todo el territorio y abriría una vía hacia el Helesponto. Situada sobre una curva cerrada del río Estrimón, el agua salvaguardaba Anfípolis en tres sentidos *(véase* el mapa 16). Desde el oeste, un puente sobre el río daba acceso a la ciudad; cualquier enemigo que cruzase por allí tropezaría con la muralla que envolvía la colina sobre la que se había construido Anfipolis; por el este, la muralla convertía a la población en una verdadera isla. Una flota de escasas dimensiones también podía defenderla de cualquier ataque efectuado por el oeste sin grandes esfuerzos.

Anfípolis contaba con pocos atenienses; la gran mayoría de sus habitantes estaba formada por lo que Tucídides llamó «una multitud, mezcla de razas variopintas», entre ellas, algunos pobladores de la vecina Argilo. Como las gentes de Argilo eran secretamente hostiles a Atenas, los argilios de Anfipolis tampoco podían considerarse como aliados dignos de confianza; así pues, en caso de ataque o asedio, Anfipolis se encontraría en peligro tanto desde el interior como desde el exterior.

Una noche oscura y de nevada, Brásidas marchó hasta Argilo, y la población se sublevó de inmediato contra la Liga ateniense. Antes del amanecer, ya había alcanzado el puente sobre el Estrimón, crucial para sus planes. La tormenta de nieve le ayudó a tomar por sorpresa a la guardia, entre la que había traidores. Los peloponesios ocuparon sin dificultad el puente y todo el terreno en las afueras de los muros de la ciudad, mientras hacían prisioneros a los asombrados anfipolitas que quedaban atrapados fuera de los muros; en el interior, rápidamente estallaron disturbios entre los pobladores de las diferentes nacionalidades. Tucídides sostiene que si Brásidas hubiera atacado Anfipolis de inmediato en vez de saquear sus alrededores, hubiera podido tomar la ciudad con facilidad. Sin embargo, como el asalto a una ciudad amurallada con un ejército tan pequeño no era tarea fácil y terminaría, con toda seguridad, en un número significativo de bajas, Brásidas se sirvió de la traición. No obstante, los anfipolitas reaccionaron con celeridad, y se dispusieron a defender las puertas de su ciudad contra la intriga.

En Anfipolis, Eucles, el oficial ateniense que comandaba la plaza, envió mensajeros a Tucídides para que acudiera al rescate desde Eyón; en ese momento, el historiador de la Guerra del Peloponeso se encontraba al mando de la flota ateniense en la región de Tracia. Sin embargo, Tucídides no estaba en Eyón, a menos de tres kilómetros de la desembocadura del Estrimón, sino en Tasos, a media jornada de navegación. La narración de Tucídides no ofrece los motivos de su ausencia; quizá se encontraba reuniendo tropas de refuerzo para Anfípolis, aunque carecemos de pruebas a ese respecto; incluso puede que su viaje ni siquiera tuviera que ver con la ciudad. Por la razón que fuese, su retraso acabó siendo un factor decisivo para el resultado final.

Tucídides cuenta que fue el temor del propio Brásidas ante la inminente llegada de refuerzos atenienses, y que éstos endurecerían la resistencia, lo que le hizo ofrecer a los anfipolitas una rendición en tan buenos términos. Sin tener en cuenta el grado de veracidad de tal aseveración, la aparición de la flota ateniense sí que habría evitado en gran medida una posible rendición, de modo que Brásidas se movió rápida y acertadamente. No obstante, Eucles y los anfipolitas sabían que Tucídides sólo disponía de unos pocos navíos, los cuales no servirían de mucho cuando Brásidas hubiera cruzado el puente. Si se tomaba la ciudad por la fuerza, las consecuencias para sus ciudadanos serían nefastas: posiblemente el exilio, la esclavitud o incluso la muerte. Los anfipolitas aceptaron las condiciones ofrecidas por el espartano: todo residente en Anfipolis podría, o bien quedarse y mantener sus propiedades en igualdad de derechos, o bien abandonar la ciudad libremente en los siguientes cinco días y llevar consigo sus posesiones. Implícitamente, la auténtica condición era que Anfípolis debía pasarse a la Liga del Peloponeso, y «la proclama les pareció justa en comparación con sus temores» (IV, 106, 1). Al tener conocimiento de la oferta hecha por Brásidas, la resistencia se vino abajo y la ciudad entera no tardó en acatar los términos de la rendición.

Pocas horas después de que Brásidas entrara en Anfipolis, Tucídides arribaba a Eyón con sus siete trirremes. Había navegado con rapidez y viajado casi cincuenta millas en unas doce horas. El aviso debió de llegarle por medio de señales desde la costa, que probablemente dirían algo así como «puente perdido, enemigo en la ciudad». Estas noticias explicarían la reacción del historiador, como él mismo relata: «[Tucídides] quería sobre todo alcanzar Anfipolis a tiempo para librarla de la rendición; no obstante, si tal cosa era imposible, esperaba por lo menos llegar a Eyón» (IV, 104, 5). De hecho, llegó demasiado tarde para salvar Anfipolis, aunque sí pudo evitar la caída de Eyón.

TUCÍDIDES EN ANFÍPOLIS

La pérdida de Anfipolis encendió los ánimos de los atenienses, que hicieron responsable de la misma a Tucídides. Así pues, se le condujo a juicio y se le envió a un exilio que se prolongaría por veinte años, hasta la mismísima conclusión de la guerra. Los biógrafos de Tucídides en la Antigüedad dan noticia de que Cleón tomó parte en la acusación, y que los cargos fueron por *prodosia* (traición), lo que, junto a la malversación, era una acusación que a menudo se esgrimía contra los generales perdedores. Cleón era todavía el líder político de Atenas y el candidato más plausible para haber presentado tal queja. Los historiadores han discutido desde siempre la equidad de tal decisión judicial. El problema para el historiador moderno se complica por el hecho de que el único relato útil de los acontecimientos lo hace el propio Tucídides, lo cual, en sí mismo, no deja de ser desconcertante. Aunque Tucídides nunca discute de manera directa la sentencia dictada sobre él y, en cambio, opta por una descripción aparentemente objetiva de los hechos, su escueta narración resulta una defensa de lo más efectiva. La prueba de esta valoración la tenemos en que podemos convertir fácilmente su relato en una respuesta directa a la acusación por la que se le había inculpado con relación a la caída de Anfipolis: «Se declaró el estado de emergencia —diría—, y Brásidas efectuó un ataque sorpresa sobre el puente del Estrimón. La guardia del puente era escasa, en parte desleal y desprevenida, así que Brásidas pudo tomarlo con facilidad. La responsabilidad de defender el puente era de Eucles, el oficial de la plaza. Ésta fue tomada por sorpresa, pero se las arreglaron para darse prisa, evitar a tiempo la traición y enviar mensajeros para solicitar mi ayuda. En esos momentos me hallaba en Tasos, la cual abandoné de inmediato para ir a liberar Anfipolis si me era posible y, si no, salvar como mínimo Eyón. Hice la travesía en un tiempo increíblemente corto, porque sabía que era grande el riesgo de traición y que mi llegada podría cambiar la marea a nuestro favor. Si Eucles hubiera resistido un día más, habríamos desbaratado el ataque de Brásidas; pero no lo hizo. Mi rapidez y mi previsión salvaron Eyón».

Sea cual fuere la defensa formal de Tucídides, ésta no convenció al jurado ateniense, aunque el argumento implícito presentado en su narración ha tenido mucho mayor éxito entre los historiadores modernos. De todos modos, si la declaración ofrecida ante el tribunal fue esencialmente la misma

que la presentada en su historia, podemos entender por qué no sirvió para exculparle: no da respuesta alguna a la pregunta clave: concretamente, por qué estaba en Tasos y no en Eyón. Sin duda, Tucídides había ido a Tasos con motivo de alguna misión legítima, pero eso no lo exonera de la acusación de haber fracasado a la hora de anticipar la llegada de la expedición de Brásidas ni de estar en el lugar y momento equivocados. Sin embargo, el castigo se nos antoja excesivo, sobre todo si tenemos en cuenta la táctica de Brásidas, audaz y poco usual, y el hecho de que Eucles, que no pudo evitar la captura del puente y la posterior rendición de los ciudadanos de Anfipolis, no parece haber sido llevado a juicio ni condenado. Si el *demos* buscaba chivos expiatorios, ¿por qué condenar solamente a Tucídides? No se conoce ningún motivo por el que el jurado ateniense hubiera tenido necesidad de hacer distinciones entre Eucles y él, tanto en el terreno político como en cualquier otro. Los atenienses no condenaban directamente a todos los generales acusados, y ni siquiera a todos los reos se les aplicaba la misma pena; parece que, entre otras consideraciones, sus decisiones se basaban en los particulares del caso.

Fuese quien fuese el culpable, la caída de Anfípolis había fomentado la insurgencia a través de todo el territorio tracio, y las facciones de varias regiones enviaron mensajeros en secreto para invitar a Brásidas para atraer a sus ciudades a Esparta. Inmediatamente después de la captura de Anfipolis, tanto Mircino, situada río arriba del Estrimón, como Galepso y Esime, en la costa del Egeo, desertaron también, seguidas de la mayoría de las ciudades de la península de Acte.

Los ciudadanos de las ciudades calcídicas contaban con la importante ayuda de Esparta y subestimaron la fuerza de Atenas. Sin embargo, en ambos sentidos se equivocaban. Los atenienses mandaron de inmediato guarniciones para reforzar el control sobre Tracia y, a pesar de que Brásidas pidió refuerzos mientras comenzaba a construir naves en el Estrimón, el gobierno se los denegó desde Esparta, «porque sus dirigentes le envidiaban y porque también preferían recuperar a los hombres que habían sido hechos prisioneros en Esfacteria y poner fin a la guerra» (IV, 108, 7).

Sin lugar a dudas, la envidia tuvo un papel de peso en la decisión espartana, pero un factor mucho más significativo fueron las discrepancias reales que se daban en materia política. A partir de la captura de los hombres de Esfacteria, la facción a favor de la paz negociada había dominado las decisiones de gobierno y había convencido a los espartanos para que enviaran una y otra vez misiones que fijaran las condiciones, únicamente para verse rechazados una y otra vez por los atenienses. Éstos veían ahora en las victorias de Brásidas un poderoso acicate para una paz que tanto habían buscado en vano, ya que la toma de Anfípolis y la de las demás poblaciones los colocaba en una posición de poder desde la que negociar el cambio de prisioneros, y la entrega de Pilos y Citera.

Se puede simpatizar fácilmente con estas posturas más conservadoras. Perdicas el macedonio se había revelado como un aliado muy poco fiable; aunque, a su vez, desplazar un ejército a través de Tesalia también entrañara sus riesgos. Pocos eran los espartanos que querían enviar sus tropas fuera de casa con el enemigo todavía en Pilos y Citera, y más aún teniendo en cuenta que los ilotas habían comenzado a impacientarse. A su vez, la racha de derrotas en Megara, Beocia y Anfípolis había restado credibilidad a los defensores de una guerra de agresión en Atenas, y sus ciudadanos se encontraban preparados para considerar una paz negociada. Habían inaugurado el año con una exagerada esperanza en el más absoluto de los triunfos, y lo concluían con el ánimo escarmentado, es decir, dispuestos al compromiso.

LA TREGUA

En la primavera del año 423, los atenienses finalmente se dispusieron a discutir la paz con los espartanos, y con esta intención se pactó un año de tregua. Bajo los términos de la misma, los espartanos prometieron a los atenienses el libre acceso al santuario de Delfos y se mostraron dispuestos a no botar más navíos de guerra; por su parte, los atenienses dieron su palabra de no seguir acogiendo a los ilotas huidos de Pilos. Atenas conservaría Pilos y Litera, pero sus guarniciones no podrían abandonar los límites de la primera ni tener contacto con el Peloponeso

desde la otra. Se fijaron las mismas condiciones para el destacamento ateniense de Nisea y de las islas de Minoa y Atalanta, y se autorizó la presencia ateniense en Trecén, en el Peloponeso oriental, en concordancia con los tratados alcanzados previamente con sus habitantes.

Para facilitar las negociaciones, se garantizó el salvoconducto de los heraldos y enviados de ambas partes, y se acordó que cualquier disputa sería solucionada a través del arbitraje. La cláusula final refleja un sentimiento de paz auténtico por parte de Esparta: «Estas cosas se nos antojan beneficiosas para los espartanos y sus aliados; no obstante, si consideráis algo más conveniente o justo para vosotros, venid a Esparta y decídnoslo. Ni los espartanos ni sus aliados rechazarán cualquier propuesta que hagáis en justicia. Permitid tan sólo que vuestros enviados tengan plenos poderes, como vosotros así lo exigisteis de los nuestros. Si así obráis, un año durará la tregua» (IV, 118, 8-10).

La Asamblea ateniense aceptó el armisticio a finales de marzo del 423, pero pronto surgieron nuevos problemas. Los beocios, eufóricos tras su triunfo en Delio, y los focenses, que a su vez alimentaban viejas rencillas, rechazaron el pacto. Estos últimos, al controlar el acceso ateniense a Delfos por tierra, amenazaban sin reservas la primera cláusula del pacto. Los corintios y megareos también se opusieron a que los atenienses conservaran el territorio que les había sido arrebatado. Sin embargo, el mayor obstáculo para la paz era, con mucho, la obstinación del genio que había liderado los ejércitos de Esparta en Tracia. Conforme la tregua tocaba a su fin, la población calcídica de Escione se rebeló contra Atenas, y Brásidas zarpó de inmediato para sacar el mayor provecho posible de la situación que se le presentaba. Se supo ganar el favor incluso de aquellos que no habían favorecido inicialmente la rebelión, y una Escione unida hizo el gesto público sin precedentes de otorgarle una corona de oro como «libertador de la Hélade» (IV, 121,1). Pronto estableció allí a sus tropas, e intentó utilizar el emplazamiento como base desde donde atacar Mende y Potidea, ambas en la misma península.

Brásidas, a causa de su ambición, tuvo que disgustarse con el anuncio de la tregua, en especial cuando supo que Escione quedaría excluida del control espartano, ya que se había sublevado después de su firma. Para protegerla de la sed de venganza ateniense, Brásidas insistió erróneamente en que la sublevación de la población había tenido lugar con anterioridad. Así lo creyeron los espartanos, y por tanto reclamaron el control de la plaza. Sólo podían esperarse complicaciones cuando se descubriera el engaño.

Sin embargo, los atenienses, que ya sabían la verdadera cronología de los acontecimientos de Escione, rechazaron someter su condición a arbitraje. En su enfado, se mostraron de acuerdo con la idea de Cleón de destruir la ciudad y ejecutar a sus ciudadanos; esta vez, no se cambiaría de idea ni se ofrecería el indulto. Las peligrosas deserciones de Anfipolis, Acanto, Torone y demás poblaciones del nordeste habían desacreditado aún más la moderada política imperial de Pericles. En esos momentos, Atenas ardía en deseos de probar la línea dura de Cleón: la disuasión por el terror.

Mientras tanto, Brásidas se enrocaba en su propia causa; en contra de los deseos del régimen espartano, él no deseaba la paz, sino la victoria. Cuando la población de Mende se sublevó, esta vez a todas luces durante el período de tregua, el espartano ofreció su reconocimiento a los rebeldes. Furiosos, los atenienses movilizaron de inmediato un contingente contra las dos ciudades renegadas, y Brásidas envió una guarnición en su defensa. Por desgracia, en el mismo momento en que la presencia militar espartana se hacía necesaria para intervenir en Calcídica con rapidez, Perdicas exigía desde Macedonia que se uniese a su ejército para atacar a los lincestas; Brásidas, que dependía del rey macedonio en lo tocante a suministros, no se pudo negar.

La traición de los aliados ilirios forzó la retirada de Perdicas, pero su enemistad con Brásidas impidió que colaborase con él en la contienda contra Atenas. Los macedonios se retiraron en mitad de la noche, y dejaron a las fuerzas de Brásidas en una posición muy vulnerable: enfrentadas a un gran ejército de lincestas e ilirios que habían cambiado de bando. A pesar de ello, Brásidas salió del paso con su habitual genialidad y logró salvar a su ejército. Este episodio puso fin a la alianza espartana con Perdicas, quien, «apartándose del interés lógico, buscó cómo hacer la paz con los atenienses de la manera más rápida posible y librarse de Brásidas» (IV, 128, 5).

LA EXPEDICIÓN DE NICIAS A TRACIA

Nicias y Nicóstrato se hicieron cargo de la expedición ateniense que partía a la península de Palene para sofocar los levantamientos de Escione y Mende; no fue así con la ciudad de Torone, que se había sublevado con anterioridad y, de acuerdo con los términos de la tregua, pertenecía a Esparta. Con independencia de las actuaciones de Brásidas, los atenienses estaban decididos a no romper el pacto, porque buscaban una paz verdadera. Sin embargo, también deseaban recuperar Escione y Mende, ya que el incumplimiento de la tregua por parte de Brásidas había alimentado su furia. Si Nicias y sus colaboradores no querían perder la confianza de sus conciudadanos por completo, tendrían que recuperar las poblaciones rebeldes y restablecer las condiciones en las que se había establecido el compromiso.

Los atenienses levantaron su base en Potidea antes de que Brásidas volviera de la campaña del norte, y encontraron Mende defendida por sus propios habitantes, junto con trescientos hombres de Escione y setecientos peloponesios al mando del general espartano Polidámidas. Leal a las órdenes de su comandante, no era como Brásidas, sino más bien el típico espécimen importado de Esparta. Mientras se encontraba preparando el ataque contra los atenienses, algunos demócratas mendeos se negaron a luchar. Polidámidas los reprendió duramente y detuvo a uno de ellos. Esto hizo que sus compatriotas atacaran a los peloponesios y a sus propios oligarcas, y abrieran finalmente las puertas de la ciudad a los atenienses. Las tropas irrumpieron en la ciudad, restauraron la democracia en Mende, y, de esta forma, la ciudad quedó restituida a la Liga de Delos.

Los peloponesios huidos escaparon a Escione, lo que permitió que la población resistiera el verano entero. Nicias y Nicóstrato construyeron un muro alrededor de la ciudad y acordaron un pacto con Perdicas; una táctica acertada, pues los espartanos estaban a punto de enviar tropas de refresco a Brásidas, con la esperanza de obtener una mejor posición en las negociaciones de paz. Al igual que los partidarios de la facción pacifista de Atenas, sus homólogos espartanos se encontraban en la extraña posición de intensificar la guerra en aras de hacer posible la paz. Si un ejército conseguía llegar hasta Brásidas, cualquier posibilidad de solución negociada se vendría abajo, pero el rey macedonio iba a utilizar su considerable influencia en Tesalia para quitarle a los espartanos las ganas de intentarlo.

Aunque bloquearon el paso del ejército espartano, los tesalios permitieron que sus tres generales viajaran al norte. Su líder, Iscágoras, pertenecía a la facción de la paz y no era amigo de Brásidas. Para servir como gobernadores, había traído consigo hombres jóvenes y enérgicos —Cleáridas para Anfipolis y Pasitélidas en Torone—. Éstos debían por entero sus cargos y su lealtad al gobierno de Esparta, por lo que se esperaba de ellos que acataran las órdenes. Estos nombramientos también falseaban la promesa de autonomía y libertad que Brásidas había hecho a Anfipolis, Torone, Acanto y a las demás ciudades ganadas, por lo que su reputación quedaba dañada y hacía que cualquier abandono de alianza con Atenas se perfilara en un futuro como improbable.

Conforme la primavera tocaba a su fin, y con ella el término de la tregua, la confusión imperaba por todas partes. Fuera de las fronteras de Tracia, proseguía el armisticio, pero su incumplimiento por parte de Brásidas alimentaba la ira y las sospechas de Atenas y ponía freno al progreso de una paz estable.

Capítulo 15

La llegada de la paz (422-421)

Con tantos agravios por resolver, ni Atenas ni Esparta deseaban romper la tregua, por lo que ésta sobrepasó su fecha original de expiración, fijada para marzo, y se prolongó hasta bien entrado el verano de 422. No obstante, en el mes de agosto los atenienses acabaron por perder la paciencia. Esparta no sólo se negaba a destituir a Brásidas y a adoptar medidas punitivas, sino que, por el contrario, reforzaba su ejército y enviaba gobernadores para que administraran las ciudades que su general había tomado en un claro incumplimiento de la tregua. Era fácil llegar a la conclusión de que los espartanos habían secundado el armisticio con mala fe, y que simplemente perseguían ganar tiempo para que Brásidas obtuviera más victorias y fomentara las sublevaciones; de esta manera, se harían con el control y aumentarían sus demandas durante la negociación de paz. Así pues, para recuperar Anfipolis y el resto de las ciudades perdidas, los atenienses enviaron treinta naves, mil doscientos hoplitas, trescientos hombres de la caballería y un gran contingente de lemnios e imbrios, excelentes especialistas en armas ligeras.

CLEÓN AL MANDO

Durante la campaña, Cleón, elegido general por un año, asumió el mando con sumo gusto; pero el ejército congregado por él y por sus anónimos compañeros de armas no era lo suficientemente fuerte como para garantizar el éxito. Además de los hombres de guardia de los acuartelamientos de Escione y Torone, Brásidas contaba aproximadamente con el mismo número de efectivos y con la gran ventaja de defender poblaciones amuralladas. Por otra parte, Atenas contaba con los refuerzos de Perdicas y de algunos de sus aliados en Tracia; mientras que Brásidas, en realidad aislado, no podía esperar mucha más ayuda de Esparta. Con un poco de suerte, Cleón podría cosechar otro triunfo importante y restablecer la tranquilidad en el territorio tracio. Esto daría a Atenas un mayor control en las negociaciones o, como de hecho esperaba al menos, animaría a los atenienses a reanudar la ofensiva en el Peloponeso y en la Grecia central camino de la victoria.

Cleón actuó bien al principio. Realizó un amago de atacar Escione, el objetivo evidente, para acabar asaltando Torone, la principal base espartana de la región. Brásidas no estaba allí en esos momentos, y las fuerzas espartanas que quedaban apenas podían competir con las atenienses. Cleón organizó un inusual ataque conjunto por tierra y mar, e hizo retroceder a las tropas defensoras, las cuales tuvieron que defenderse de su asalto a la muralla; mientras tanto, sus barcos se lanzaban al ataque sobre la orilla desprotegida. El comandante espartano Pasitélidas había caído en la trampa. Para cuando se hubo replegado del frente contra Cleón en dirección a Torone, se encontró con que la flota ateniense había tomado la ciudad y él mismo era hecho prisionero. Cleón envió a Atenas como cautivos a los varones adultos de Torone, ya las mujeres y a los niños los vendió como esclavos. Brásidas y sus refuerzos se hallaban a poco más de seis kilómetros de la ciudad cuando ésta capituló finalmente.

Cleón marchó de Torone a Eyón para establecer la base del ataque a Anfipolis. Su asalto a Estagira en Calcídica había fracasado; pero, en cambio, había obtenido Galepso. Las actas del debate sobre el estado del Imperio del 442-441 también muestran la recuperación de muchas otras ciudades de la región, lo que sin duda fue obra de Cleón. En la esfera diplomática, consiguió aliarse con Perdicas y los macedonios, así como con el tracio Poles, rey de los odomantos.

Cleón planeaba esperar en Eyón hasta que la llegada de los nuevos aliados le permitiera bloquear a Brásidas en Anfipolis, y después asaltar la ciudad. Brásidas, sin embargo, se anticipó a esta amenaza. Fue probablemente entonces cuando trasladó al ejército a una colina llamada Cerdilio, situada al sudoeste de la ciudad en el territorio de los argilios, y dejó a Cleáridas al mando de la propia Anfipolis *(véase* el mapa 16). Desde Cerdilio, tenía una buena visión panorámica de todas las posiciones clave, y podía seguir el rastro de cada uno de los movimientos de Cleón.

Cuenta Tucídides que Brásidas tomó este enclave con la esperanza de que Cleón, despreciando el reducido número de soldados del contingente espartano, atacaría con su propio ejército en solitario; pero, en realidad, las tropas de Brásidas estaban muy igualadas a las del enemigo. Cleón debió de haber estado al corriente de este detalle, ya que continuó a la espera de los refuerzos. El general ateniense no tardó en movilizar su formación hacia una colina al nordeste de Anfipolis. Decisión ésta que Tucídides critica por no haberse tomado con un propósito auténticamente militar, sino por haber servido más bien como respuesta a las quejas de la soldadesca ateniense, a los que el historiador caracteriza como molestos por la inactividad y recelosos del liderazgo de su general, cuya incompetencia y cobardía contrastaban con la valentía y experiencia de Brásidas. Sin embargo, ni los peores detractores de Cleón le podían acusar de tales defectos; de hecho, el propio Tucídides lo retrata en otras ocasiones como demasiado optimista y atrevido. Por eso Brásidas esperaba que se mostrase lo bastante imprudente como para atacar a los aliados sin mayor demora. Tampoco es cierto que mereciera la acusación de incompetente: Cleón había cumplido su promesa de tomar Esfacteria en el tiempo prometido, y se había mostrado hábil, astuto y victorioso en Torone. No en vano los hombres que supuestamente dudaban de él en Anfipolis eran los mismos que habían servido bajo su mando cuando cayó sobre Galepso y reclamó las restantes poblaciones de la zona.

Una explicación más convincente de la jugada de Cleón podría encontrarse en su deseo de esperar la llegada de los tracios, rodear la ciudad y tomarla al asalto. Para acometer esta acción necesitaba tener una idea aproximada del tamaño de la población, de su forma, de la altura y solidez de sus murallas, de la disposición de sus guarniciones, el número de habitantes que contenía y de la condición del terreno de sus alrededores. Esto requería una expedición de reconocimiento como la relatada por Tucídides: «Llegó y estableció su ejército sobre una colina pronunciada frente a Anfipolis; después examinó personalmente las zonas pantanosas del río Estrimón y la disposición del emplazamiento respecto a Tracia» (V, 7, 4). Los soldados debían de estar realmente agotados, pero, sin lugar a dudas, la marcha era necesaria y debió de efectuarse a las claras para disuadir de cualquier ataque a los habitantes de la ciudad.

Una vez alcanzado el cerro, Cleón no divisó tropas apostadas en las murallas de Anfípolis ni soldados precipitándose al ataque desde sus puertas. Según Tucídides, el general ateniense cometió el error de no llevar consigo el equipamiento necesario para sitiarla, pues se dio cuenta de que, con los efectivos de los que disponía, podía haberla tomado por la fuerza. Una cuestión que no nos queda del todo clara es cómo llegó a saber Tucídides las intenciones de Cleón, ya que éste murió en el combate y no pudo ser su fuente directa de información. Los soldados atenienses que pudieron servirle de informantes casi dos décadas después, momento en el que escribió su relato, incluso en el caso de haber sido partícipes de los pensamientos íntimos de Cleón probablemente tampoco hubieran sido imparciales. No podemos determinar con exactitud sus razonamientos, pero tampoco hay pruebas de que subestimara las fuerzas peloponésicas, ni de que con su torpeza pusiera en peligro al ejército. De hecho, cuando Brásidas observó que Cleón se desplazaba al norte de Eyón y se reunía en la ciudad con Cleáridas, no se arriesgó a lanzar un ataque porque juzgó que su propio ejército era inferior en calidad, si bien no en número. Cleón tenía, pues, motivos de sobra para concluir que le sería posible efectuar su misión de reconocimiento y volver sin peligro a Eyón.

LA BATALLA DE ANFÍPOLIS

Sin embargo, Brásidas quería entrar en combate tan rápido como fuera posible, porque, sin la ayuda material y financiera de Esparta o de Perdicas, su posición se debilitaba día tras día, mientras que la

de Cleón se vería pronto fortalecida con la llegada de las tropas tracias y macedonias. Dejó el ejército en manos de Cleáridas y eligió a ciento cincuenta hombres para que lo acompañasen; con ellos «planeó atacar antes de que los atenienses pudieran huir, con la convicción de que no los volvería a encontrar tan aislados si finalmente llegaban los refuerzos» (V, 8, 4). Como parte de un plan ideado para engañar a Cleón y hacerle caer en la trampa, Brásidas comenzó con gran ceremonia los sacrificios rituales que precedían a las batallas y envió las tropas de Cleáridas hacia la puerta tracia, en el extremo norte de la ciudad *(véase* el mapa 16). La amenaza de un ataque desde esta entrada forzaría a Cleón a desplazarse al sur, hacia Eyón, pasando por la muralla del este. Si dejaban atrás Anfipolis, los atenienses no podrían seguir viendo el movimiento tras sus muros y entonces se creerían a salvo. Sin embargo, Brásidas planeaba atacarles con ayuda de la selecta fuerza de sus tropas de élite, emplazadas en la puerta sur. Los atenienses, sorprendidos, asumirían que todo el ejército les había perseguido desde la puerta norte a la sur, y se centrarían por completo en derrotar a los hombres que tenían ante ellos. Entretanto, Cleáridas podría avanzar con el contingente principal a través de la puerta tracia y sorprender a los atenienses por el flanco.

Por lo visto, Cleón contaba con un pequeño contingente para explorar el área al norte y nordeste de Anfipolis. Cuando supo que el ejército enemigo se estaba agrupando en la puerta tracia mientras los atenienses se encontraban al sur de esta posición, juzgó seguro y prudente ordenar la retirada a Eyón, puesto que jamás había formado parte de sus planes presentar batalla en campo abierto sin refuerzos.

Tucídides relata cómo Cleón estimó que había tiempo de sobra para escapar antes de que tuviera lugar el ataque, y dio orden de batirse en retirada. Para garantizar la integridad de la columna en retroceso, se hacía necesario un complicado movimiento por el flanco izquierdo, pero esta maniobra tardó algún tiempo en ser ejecutada. Cleón quedó apostado en la posición del lado derecho, la más peligrosa, y efectuó un brusco giro hacia la izquierda, que dejó el flanco de su diestra indefenso y desprotegido. Este movimiento, o la propia falta de coordinación con el ala izquierda, alentó la confusión y una ruptura del orden. Brásidas dejó que el lateral izquierdo ateniense avanzase y transformó este tropezón táctico en una ocasión de oro para el ataque. Salió a la carrera por la puerta sur de la muralla y golpeó a los atenienses, totalmente cogidos por sorpresa, en el mismo centro. Éstos, «atónitos ante su osadía y aterrorizados por su propio desorden, dieron media vuelta y emprendieron la huida» (V, 10, 6). En el momento justo, Cleáridas salió por la puerta tracia y los sorprendió por el costado, lo que los sumió en una confusión incluso mayor.

Los atenienses situados en la parte izquierda corrieron hacia Eyón, mientras que los que se hallaban en la derecha, donde Cleón estaba al mando, defendieron su posición con gran coraje. Respecto al propio Cleón, que jamás había tenido intención de quedarse a combatir, relata Tucídides que «huyó de inmediato» y encontró la muerte en la punta de lanza de un peltasta de Mircino. Aunque se le tildó de cobarde, no hay pruebas que sostengan esta acusación. Cleón no huyó con el contingente del flanco izquierdo, sino que permaneció en la retaguardia, la posición más peligrosa para un ejército en desbandada. La causa de su muerte fue una jabalina lanzada a distancia, y no tenemos prueba alguna de que ésta le diera por la espalda. Como ya comentaran los espartanos de sus propios soldados en Esfacteria: «Serían las lanzas valiosísimas si pudieran distinguir a los valientes» (IV, 40, 2). En cualquier caso, entre sus contemporáneos atenienses sí se mantuvo la creencia de que en Anfipolis había combatido con honor. Cleón y los hombres que combatieron con él fueron enterrados en el Cerámico, lugar donde los muertos en batalla recibían sepultura con honores de Estado, y su valor no debería ser puesto en duda, al menos no más que el de sus hombres.

A pesar de su muerte, sus tropas se mantuvieron firmes y combatieron con bravura sin ceder terreno, hasta que los lanzadores de jabalina y la caballería los atacaron. Parece ser que los atenienses no habían sacado su caballería de Eyón, pues no se deseaba o no se esperaba entrar en combate. Cerca de seiscientos de sus soldados perecieron, mientras que los espartanos sólo sufrieron siete bajas; entre ellas, la de Brásidas, al que sacaron del lugar todavía respirando, y que vivió lo suficiente como para tener conocimiento de que había resultado vencedor en la última de sus batallas.

LA MUERTE DE BRÁSIDAS Y CLEÓN

La batalla de Anfipolis se había llevado a los dos líderes descritos por Tucídides como «los dos hombres de cada bando más contrarios a la paz» (V, 16, 1). Los ciudadanos de Anfipolis dieron sepultura a Brásidas dentro de los muros de la ciudad, en un lugar frente al ágora. Erigieron un monumento en su memoria, lo adoptaron como fundador de la ciudad y le rindieron honores de héroe, al que a partir de entonces conmemoraron con competiciones atléticas y sacrificios anuales. Brásidas se había entregado en cuerpo y alma a la destrucción del Imperio ateniense y había defendido la restauración de la supremacía de Esparta dentro del mundo griego. Si hubiera seguido con vida, habría continuado la lucha en el frente del norte. Su desaparición resultaba un severo contratiempo para aquellos que querían combatir hasta la victoria total.

Al igual que Brásidas, Cleón ejercía una política de cariz agresivo, nacida de la sincera convicción de que era la mejor vía posible para su ciudad. Aunque no cabe duda de que su forma de hacer política rebajó el tono del ideal cívico ateniense —muestra de ello es su severidad hacia los aliados rebeldes—, Cleón representaba a un amplio espectro de opinión. Siempre sacaba adelante sus posturas políticas con energía y valor, porque las presentaba de una manera directa y honesta. Adulaba a las masas tanto como Pericles, pero se dirigía a ellas con formas severas, desafiantes y realistas. Puso en peligro su vida por servir en las expediciones que él mismo alentó, hasta encontrar la muerte en la última de ellas.

De hecho, pensaran lo que pensasen los «hombres razonables» de Tucídides, Atenas no quedó en mejor posición tras la desaparición de Cleón. Su visión encontró continuidad en los esfuerzos de otros hombres, aunque carecían de su capacidad y patriotismo, de su honestidad e incluso de su valor. No obstante, Tucídides no se equivoca al aseverar que tanto la muerte de Cleón como la de Brásidas habían hecho que la paz fuera posible. En Atenas, ninguno de los que permanecían al mando tenía la suficiente estatura política como para oponerse con éxito al armisticio defendido por Nicias.

LA LLEGADA DE LA PAZ

La victoria de Anfipolis animó a los espartanos a mandar refuerzos a Tracia; pero cuando se enteraron de la muerte de Brásidas, dieron media vuelta, pues su comandante en jefe, Ramfias, conocía bien el sentir de Esparta: «Regresaron, principalmente, porque desde su partida habían sido conscientes de que los espartanos se inclinaban por la paz» (V, 13, 2). Los recientes acontecimientos del nordeste no llegaron a alterar demasiado la realidad de la guerra. Los espartanos no habían saqueado el Ática desde la captura de sus hombres en Esfacteria por temor a que en Atenas ejecutaran a sus prisioneros. La flota peloponesia ya no existía tras haber fracasado al apoyar los alzamientos de los súbditos de Atenas en cada una de sus intervenciones. La atrevida estrategia de Brásidas necesitaba de un compromiso en número de hombres mayor del que Esparta podía aportar; a su vez, los refuerzos no podían atravesar el territorio mientras Atenas fuera dueña del mar, y Perdicas y sus aliados tesalios continuaran sus hostilidades por tierra.

Esparta también tenía mucho que perder si la contienda continuaba. Los atenienses aún podían atacarles desde Pilos y Litera. Los ilotas desertaban en número creciente y los espartanos tenían miedo de que los atenienses pudieran instigar otra rebelión masiva entre los esclavos. Una nueva amenaza se perfilaba también en el horizonte: la próxima finalización del Tratado de los Treinta Años entre Argos y Esparta. Los argivos insistían en la devolución de Cinuria; una condición considerada como inaceptable para la renovación del Tratado. No obstante, si la guerra continuaba, los espartanos se arriesgarían a la creación de una coalición letal entre Argos y Atenas, la cual podría verse fortalecida por la deserción de algunos aliados espartanos. Esparta, por ejemplo, había mantenido en los últimos tiempos disputas con Élide y Mantinea, democracias que sentían temor de

la respuesta espartana y que con toda seguridad se unirían a Argos.

Y lo que es más, muchos de los dirigentes espartanos tenían motivos personales para buscar la paz: algunos miembros de las principales familias de Esparta querían traer de vuelta a sus familiares cautivos en Atenas. Tucídides relata que el rey Plistoanacte «se inclinaba en gran medida por la idea de un tratado» (V, 17, 1 16), lo que podía mejorar sustancialmente su difícil situación: sus enemigos, que no le habían perdonado su fracaso a la hora de invadir y destruir el Ática durante la Primera Guerra del Peloponeso, le acusaban de comprar el oráculo de Delfos para propiciar su vuelta al trono; con la aseveración de que la restauración era ilegal, la consideraron como la raíz de todos los males y derrotas sufridos por los espartanos. Así pues, la firma de un tratado, pensaba Plistoanacte, también reduciría los ataques a su persona.

Visto con objetividad, los atenienses parecían tener menos motivos para negociar la paz. Su territorio no había sufrido saqueos en los últimos tres años, y continuaban manteniendo prisioneros para garantizar su inmunidad. Aunque la reserva del tesoro seguía disminuyendo, en el año 421 los atenienses disponían de recursos suficientes para proseguir la lucha al menos durante tres años; pero muchos de ellos no sentían deseos de hacerlo. Las equivocaciones de Megara y Beocia, sumadas a las rebeliones en Tracia, eran desalentadoras; las pérdidas ocurridas en Delio, espeluznantes; y además, temían que se produjeran más alzamientos en el seno del Imperio. Aunque tales preocupaciones eran más exageradas que legítimas, porque, mientras Atenas controlara los mares, el riesgo de revueltas en el Egeo o en Asia Menor era muy reducido. Ni siquiera parecía muy probable que se propagasen las rebeliones en Calcídica. Sin embargo, estos temores eran reales para los atenienses, y en gran medida les ayudaron a aproximarse a la paz.

En Atenas, la serie de recientes derrotas y la desaparición de las principales voces partidarias de la guerra dejaron a Nicias y a la facción pacifista en una posición de fuerza. De nuevo, Tucídides utiliza los motivos personales de Nicias como motor principal: siendo el general ateniense con más éxito de su tiempo, Nicias quería «legar su nombre a la posteridad como aquel que jamás había actuado en perjuicio del Estado» (V, 16, 1). Precavido por naturaleza, también suscribía la política de Pericles de luchar de forma determinada y restrictiva. Después de que el triunfo de Pilos pareciera hacer posible la paz de Pericles, Nicias intentó convencer sistemáticamente a los atenienses de que adoptaran esa idea porque en verdad creía que era el mejor camino para ellos.

El desánimo provocado por el curso de la guerra, los problemas para su financiación y la eliminación de los líderes de la facción belicista sirven para explicar el acercamiento a la paz en su conjunto; sin embargo, todavía podríamos preguntarnos por qué los atenienses deseaban poner fin a la contienda tras tantos sacrificios, en el mismo momento en que sus perspectivas eran mejores que nunca desde los hechos de Pilos. Todo lo que tenían que hacer era esperar a que Argos incumpliera el tratado con Esparta y se uniera a Atenas en un nuevo intento. Podían dejar que una coalición entre Argos, Mantinea, Elide, y quizás algunas otras, mantuviera ocupados a los espartanos en el Peloponeso, mientras que ellos podrían lanzar ataques simultáneos desde Pilos y Litera y promover la agitación de los ilotas. Estas incursiones mantendrían totalmente ocupados a los peloponesios y dejarían a los atenienses con las manos libres para invadir Megara. En consecuencia, cabía la posibilidad de que la Liga del Peloponeso se viniera abajo, lo que minaría el poder de Esparta y procuraría a Atenas la libertad para comerciar con una Beocia aislada. Con todo ello, Esparta se vería seriamente debilitada y obligada a negociar una paz más favorable para Atenas.

Pero estas estimaciones tan racionales no tenían en cuenta el profundo desgaste que la guerra había causado a su vez entre los atenienses. Habían padecido grandes bajas por la peste y en los campos de batalla; habían gastado unos fondos que les llevó mucho tiempo acumular; habían presenciado la destrucción de sus casas de campo y la tala de sus vides y olivos. Los granjeros y los propietarios integraban los sectores más receptivos al tratado de paz, tal como Aristófanes refleja claramente en una comedia escrita a principios del año 425, *Los acarnienses.* Dicaepolo, su personaje principal, representa al típico granjero ático que, hacinado contra su voluntad en Atenas, suspira por volver a su granja.

Mientras las conversaciones de paz tenían lugar, aquellos que «anhelaban la antigua vida intacta y segura de los tiempos en que no había guerra» escuchaban con placer los versos de uno de los

coros del *Erecteo* de Eurípides: «Deja, lanza mía, de ser usada para que te cubra con su tela la araña», (y gustosamente) recordaban la sentencia que decía: «En tiempos de paz, a los durmientes no los despierta la corneta, sino el gallo» (Plutarco, *Nicias,* IX, 5). *La paz* de Aristófanes, escrita en la primavera de 421, justo antes de aprobarse el Tratado, está repleta de ese mismo deseo, expresado con júbilo esta vez ante la perspectiva del fin de la contienda. Trigeo, el héroe de esta comedia, canta este peán por la paz:

> Pensemos en los mil placeres sumados,
> camaradas, que a la Paz debemos,
> toda una vida de comodidad y descanso
> con la que antaño nos premió;
> higos y olivas, el vino y el mirto,
> exquisitos frutos guardados y dejados secar,
> bancos de olorosas violetas,
> los corazones heridos ansían
> gozos que por largo tiempo añoraron.
> Camaradas, aquí llega de nuevo la Paz,
> ¡con bailes y cantos dadle la bienvenida!
> (571-581)

Nicias era un excelente dirigente de la facción pacifista, su éxito militar y sus demostraciones públicas de piedad lo habían hecho muy popular en Atenas. Su bien conocida defensa de la paz y la bondad característica que había mostrado con sus prisioneros le habían hecho ganar también la confianza de los espartanos; por eso deberían haberlo considerado como el negociador perfecto. Sin embargo, los atenienses continuaban resistiéndose a una paz negociada, quizá porque eran plenamente conscientes de las ventajas que podían aguardarles al final del camino. Así pues, los espartanos se arriesgaron con una acción desesperada para forzar la paz. Hacia el inicio de la primavera, «se intuía por parte de Esparta una agitación preliminar en los preparativos»; como, por ejemplo, la construcción de una fortificación permanente en el Ática, que haría a los ciudadanos de Atenas «más proclives a escuchar» (V, 17, 2). Gracias a una combinación de ira y de miedo, los atenienses también podrían haber respondido al instante con una matanza de prisioneros, lo que habría puesto punto final a cualquier esperanza de paz, pero el ardid espartano funcionó. Los atenienses se avenían por fin a pactar la paz sobre el principio generalizado del statu quo prebélico, con las excepciones necesarias de Tebas, que conservaría Platea, y de Atenas, que mantendría Nisea y los territorios de Solio y Anactorio en el oeste, originariamente corintios.

LA PAZ DE NICIAS

La paz, juramentada para cincuenta años, permitía el libre acceso a los lugares sagrados comunes, establecía la independencia del templo de Apolo en Delfos y promovía la resolución de conflictos por medios no beligerantes. Sus disposiciones territoriales restituían a Atenas la fortaleza fronteriza de Panacto, que había sido obtenida traicionando a los beocios en el año 422. Esparta también hizo promesa de retornar Anfipolis a Atenas, aunque sus ciudadanos y los de otras muchas ciudades serían libres de abandonarlas con todos sus bienes. Los espartanos también se marcharon de Torone, Escione y del resto de poblaciones que habían reconquistado los atenienses o que todavía asediaban. Esta medida significaba para los hombres de Escione una muerte segura, ya que la Asamblea ateniense había decretado de antemano su destino. Las restantes ciudades tracias rebeldes fueron divididas en dos categorías. En la primera, se hallaba Anfipolis y las ciudades que Atenas había recuperado, las cuales quedaron devueltas al control ateniense. Sin embargo, Argilo, Estagira, Acanto, Estolo, Olinto y Espartolo dejaron en evidencia a los espartanos por haber alentado éstos sus rebeliones en nombre de la libertad de Grecia. Para no humillar a Esparta, los atenienses

permitieron que estas ciudades se limitaran a pagar el tributo anterior al incremento fiscal del año 425. Deberían permanecer neutrales y no pertenecer a ninguna de las confederaciones, aunque a los atenienses se les permitía utilizar la persuasión pacífica para tratar de ganarlas de nuevo. Tal conjunto de legalismos obtusos no conseguía ocultar la traición de Esparta hacia sus aliados septentrionales.

Los atenienses también hicieron importantes concesiones: otorgaron un grado inusitado de independencia a los calcídicos y se comprometieron a establecer sus bases en los límites del Peloponeso: en Pilos, Citera y Metana. Atenas también consentía en devolver las islas de Atalanta y Ptaleo —posiblemente una población de la costa de Acaya—. La cláusula de intercambio de prisioneros privaba a los atenienses de su principal elemento de disuasión contra Esparta, pero éste era un paso esencial para la paz. La parte final del acuerdo reflejaba sin ambages que Atenas y Esparta habían impuesto la paz a sus aliados: «Si alguna de las dos partes olvida algo, cualquier cosa, ésta debe hacerse, de acuerdo con el juramento de las dos, sólo por medio de la palabra, y así cambiar lo que a ambas partes, ateniense y espartana, les parezca conveniente» (V, 18. 11).

Atenas ratificó el Tratado pocos días después del décimo aniversario de la primera invasión del Ática, posiblemente alrededor del 12 de marzo del año 421. La paz despertó una gran alegría en la mayor parte de los atenienses, espartanos y griegos en su conjunto. En la capital del Ática, «era opinión compartida por muchos que los males habían remitido manifiestamente; Nicias andaba en boca de todos como el hombre que había sido tocado por los dioses. Su piedad había sido la causa de que las divinidades honraran su nombre con las mayores y más bellas bendiciones» (Plutarco, *Nicias,* IX, 6).

Este acuerdo siempre se ha conocido por el nombre de Paz de Nicias, pues él fue, más que ningún otro, el responsable de haberla llevado a buen puerto. Podría parecer que la Guerra Arquidámica hubiera premiado a Atenas con el tipo de triunfo que Pericles había buscado; no obstante, difícilmente es el caso. El objetivo de Pericles era poner a salvo el orden internacional establecido en el año 445, y convencer a Esparta de la imposibilidad de coaccionar a Atenas, pues sus ciudadanos eran invulnerables y el Imperio, una realidad; cualquier agravio habría de conciliarse por medio de la discusión, la negociación y el arbitraje, es decir, sin amenazas ni por la fuerza.

Sin embargo, la paz no trajo estos cambios, como tampoco fue posible restablecer el statu quo territorial. Anfipolis y Panacto, por ejemplo, quedaban bajo el control de pueblos hostiles a Atenas, que a su vez tampoco estaban supeditados a Esparta, por lo que su eventual devolución a Atenas no podía ser asumida. Platea, compañera de armas de Atenas en Maratón y su fiel aliada desde entonces, quedó abandonada al poder tebano. La pérdida de Anfipolis resultó compensada con la obtención de Nisea; pero, con toda seguridad, a Pericles le habría consternado el acuerdo alcanzado con las ciudades rebeldes de Calcídica. Su condición futura, incluida la cantidad de tributos que pagarían, no la fijarían los atenienses, sino las disposiciones de un Tratado entre las dos potencias. Esto incumplía el ideal por el que Pericles había entrado en guerra: la legitimidad, integridad e independencia del Imperio ateniense.

La manera en la que se había alcanzado la paz aún generaba mayor insatisfacción. No había constancia de que los espartanos hubieran llegado a aceptar la imbatibilidad de Atenas o hubieran dejado de cuestionar la realidad de su Imperio. Los motivos principales que habían obligado a Esparta a buscar la paz eran sus dificultades temporales: el deseo de recuperar a sus prisioneros y la amenaza de una alianza argiva con Atenas. La facción bélica no había sido derrotada ni caído en el descrédito permanente. No se tenía la certeza de que los espartanos, una vez restablecido el orden en el Peloponeso, abandonarían su búsqueda de la supremacía y la venganza. La paz les proporcionaría el tiempo que necesitaban para recuperarse y haría posible el desquite; y, por otra parte, tampoco serviría de ayuda para convencerles de que era imposible que ganaran la guerra. Respecto a los atenienses, en realidad se habían visto obligados a aceptar la paz por temor a una amenaza militar. Así pues, la Guerra de los Diez Años no se tradujo en los resultados deseados por ninguno de los dos bandos: no trajo la destrucción del Imperio ateniense ni la libertad de todos los griegos, como tampoco mitigó el temor de Esparta hacia la potencia ateniense. Para Atenas, la paz

ni siquiera ofrecía las garantías de seguridad por las que Pericles se había aventurado a combatir. El gasto de vidas, sufrimiento y dinero había sido finalmente en vano.

La Paz de Nicias, al igual que el Tratado de los Treinta Años, que puso fin a la primera Guerra del Peloponeso, concluía un conflicto que ninguna de las partes había sabido ganar; ahí termina cualquier otra semejanza. Las disposiciones territoriales del año 445 eran realistas; el tratado de 421, no. Se sustentaba en las promesas poco plausibles por parte de Esparta de devolver Anfipolis y Panacto a Atenas, y ni siquiera se mencionaban Nisea, Solio y Anactorio, lo que invariablemente no haría sino molestar a Megara y Corinto, con la consiguiente amenaza para la paz que esto suponía. El pacto anterior había sido acordado por una Atenas firme y sin fisuras bajo el control de Pericles, un líder verdaderamente comprometido con la observancia de la letra y el espíritu del Tratado; por su parte, los espartanos también habían gozado de buenas razones para sentirse satisfechos con sus términos.

Sin embargo, la Atenas del año 421 carecía de un liderazgo estable. Las actuaciones de los últimos años habían alterado a menudo el rumbo de la política, y los enemigos de la paz habían sido superados principalmente por la ausencia de voces influyentes. En Esparta, los más autoritarios desaprobaban la paz. Podían llegar nuevos éforos al poder y oponerse al acuerdo; incluso los que lo habían suscrito no se sentían entusiasmados a la hora de ejecutar cada una de sus disposiciones. En el año 445, los aliados de Esparta habían aceptado la paz sin condiciones; pero en el año 421, Beocia, Corinto, Élide, Megara y los tracios se negaban a cooperar. En el 445, los argivos estaban ligados a Esparta por un tratado; en el 421 no pertenecían a ninguna de las confederaciones, y se aprestaban a recuperar su antigua hegemonía sobre el Peloponeso y a sacar provecho de las divisiones del mundo griego en su propio beneficio. La suma de estos obstáculos ponía en un serio aprieto las perspectivas de paz desde un principio.

Debilitados por la contienda, pocos eran los atenienses que tomaban tales problemas en consideración; corría el año 421 y Atenas reía con la representación de *La paz* de Aristófanes en el Gran Festival dedicado a Dionisos. Brásidas y Cleón, la maza y el mortero de la guerra, según los caracterizó el comediógrafo ático, habían muerto, mientras el mismísimo dios de la guerra se veía obligado a abandonar la escena. Trigeo y el coro de los granjeros atenienses quedaban en libertad para salvar a Eirene, diosa de la paz, del pozo donde había estado enterrada durante diez largos años.

PARTE IV

LA FALSA PAZ

La Paz de Nicias duró sólo ocho años. Seriamente dañada desde sus inicios, su espíritu se vio quebrantado una y otra vez antes de su deposición formal en el año 414. Durante todo este período, la figura central en Atenas fue Nicias, el líder político más importante y duradero desde la muerte de Pericles. Sus virtudes y sus flaquezas serían cruciales para el curso de los acontecimientos. Nicias se erigió como una de las fuerzas fundamentales para el desarrollo y el cumplimiento del Tratado, a la vez que también determinaría cómo habría de llevarse a cabo.

Capítulo 16

La paz se desintegra (421-420)

UNA PAZ TURBULENTA

Como era lógico presuponer, la paz mostró serias debilidades casi de inmediato. Cuando echaron a suertes quién debía dar el primer paso para cumplir el Tratado, la fortuna fue complaciente con Atenas, y ésta dejó a los espartanos en la obligación de iniciar la entrega de todos los prisioneros atenienses. También se dispuso que Cleáridas rindiera Anfipolis y obligase a las demás ciudades vecinas a acatar el pacto. Los aliados de Esparta en Tracia rechazaron el requerimiento, y Cleáridas afirmó ser incapaz de forzar su conformidad, aunque en realidad tampoco parecía muy predispuesto a intentarlo. Se dio prisa por volver a Esparta para preparar su defensa y comprobar si podía modificarse el Tratado. Algo que los espartanos hicieron a través de un pequeño pero significativo cambio: debían «devolver Anfipolis, si les era posible y, si no, hacer salir a cuantos peloponesios habitaran allí» (V, 21, 3).

El principal objetivo material de los atenienses al pactar la paz había sido la recuperación de Anfipolis y, de hecho, esta enmienda no sólo les negaba su dominio, sino que, por el contrario, la abandonaba en manos de sus enemigos. Al afrontar su primera obligación, los espartanos habían incumplido el Tratado, tanto en su letra como en su espíritu.

Los aliados de Esparta más antiguos y cercanos también socavaron la paz desde sus comienzos, porque, en lugar de secundar los esfuerzos persuasivos de Esparta, se negaron a aceptar el acuerdo. Megara estaba indignada por el hecho de que Atenas mantuviera Nisea e interfiriera con ello su comercio en el este. Élide también rechazó el tratado por sus desavenencias particulares con Esparta. Los beocios, bajo dirección tebana, rehusaron devolver a los atenienses la fortaleza fronteriza de Panacto, ganada en el 422, y a los soldados capturados durante la guerra. El poder y prestigio tebanos habían aumentado mucho desde el año 431 y, con el temor de que una Atenas sin distracciones bélicas tiraría por tierra sus ganancias, negociaron con los atenienses una serie de treguas de diez días de duración para evitar tener que combatirlos en solitario. Su verdadera intención era hacer que los espartanos reanudaran la guerra y destruyeran la hegemonía ateniense.

Los corintios aún se mostraron menos complacidos con el Tratado: su colonia de Potidea había vuelto a manos atenienses, y sus habitantes habían sido forzados a abandonar sus hogares para ser dispersados después. A esto había que sumar que Atenas había tomado las colonias corintias de Solio y Anactorio, en el noroeste.

LA ALIANZA ESPARTANO-ATENIENSE

Estos obstáculos, cada vez mayores, no tardarían en perfilar la amenaza de poner a Atenas en pie de guerra contra el acuerdo; de hecho, bien podrían haber respondido negándose a devolver Pilos y Citera o a los hombres apresados en Esfacteria. Estas violaciones de los términos del Tratado también podrían haber dado alas a los de Argos, lo que habría hecho brotar la idea de una alianza argivo-ateniense, con la posible adhesión de ciudades-estado tan descontentas como Élide y Mantinea, lo que habría sido una pesadilla para los espartanos, que se verían obligados entonces a buscar una salida diplomática a tal situación. Finalmente, se planteó una alianza defensiva para los

siguientes cincuenta años, cuyos términos requerían que cada bando defendiera al otro en caso de ataque y que cualquiera de sus atacantes fuera considerado un enemigo común; también se exigía que los atenienses ayudaran a los espartanos en el supuesto de una rebelión ilota. La cláusula final permitía efectuar alteraciones de los términos por medio del consenso. Los atenienses se mostraron de acuerdo con el pacto y, durante su aprobación, como señal de buena voluntad hacia sus nuevos aliados, liberaron a los prisioneros espartanos que habían mantenido en cautividad desde el año 425.

¿Por qué aceptaron los atenienses la alianza y devolvieron a los prisioneros, su garantía de seguridad contra una invasión espartana, si los lacedemonios ya habían faltado a su obligación de cumplir los acuerdos del tratado de paz? Mientras tuvieran en su poder a los prisioneros, también estarían a salvo de un ataque por parte de los aliados de Esparta, que no se atreverían a atacar a Atenas sin el apoyo de Lacedemonia.

Aunque Nicias y sus partidarios dieron su asentimiento a la alianza como forma de reforzar una paz tan fluctuante, también la acogieron por sí misma. La perspectiva de la afiliación con Esparta resucitó la imagen de un retorno a la política proespartana feliz y gloriosa de los tiempos de Cimón, en los años que siguieron a las Guerras Médicas. Para Atenas, este período había resultado muy beneficioso; durante el mismo, se logró mantener la paz entre los griegos, y los atenienses pudieron expandir su Imperio en el Egeo y acrecentaron su prosperidad; sin embargo, el acercamiento cimoniano no era factible hacia el año 421. En esos momentos, los recuerdos dominantes en la mente de ambos bandos eran de largas y amargas guerras civiles, no de esfuerzos unitarios contra un enemigo común, lo que implica que existía muy poca voluntad sobre la que construir una paz duradera. En tales circunstancias, la confianza no podía darse por supuesta; tendría que ganarse a pulso. Desde esta perspectiva, la alianza podría incluso debilitar las bazas que sustentaban la paz, ya que permitía que Esparta continuase ignorando las obligaciones del Tratado, con el subsiguiente aumento del escepticismo ateniense.

Sin embargo, Nicias y sus correligionarios veían la situación de manera distinta. Para ellos, los fracasos de las campañas en Megara y Beocia, sumados a las derrotas de Delio y Anfipolis, eran sólo una muestra del peligro de alargar el conflicto. Los ciudadanos atenienses tenían que actuar con generosidad y tomar la iniciativa a la hora de crear un clima de confianza mutua.

En caso de haber rechazado la alianza con Esparta ¿qué alternativa habrían tenido? De hecho, creían que se trataba de una ocasión excepcional. Los atenienses podían fomentar una nueva coalición, la cual, con Argos a la cabeza, daría cabida a los demás Estados democráticos del Peloponeso, Élide y Mantinea. Después, podrían sumarse también ellos, enviar un ejército al Peloponeso y forzar la batalla con mejores oportunidades de éxito. Éstas se verían incrementadas si distraían a los espartanos por medio de asaltos ilotas promovidos desde Pilos, y de incursiones a las poblaciones costeras desde el mar. Ganar una batalla así hubiera podido poner fin a la Liga del Peloponeso y a la supremacía de Esparta. Sin embargo, como el cansancio provocado por la guerra continuaba siendo el sentimiento dominante y Nicias era todavía la figura directriz de la política ateniense, tal camino resultaba improbable.

Si las políticas de cariz agresivo eran imposibles en el año 421, todavía quedaba otra alternativa: los atenienses podían rechazar la alianza sin romper la Paz de Nicias y dejar que los acontecimientos siguieran su curso. Sin arriesgar vidas o comprometer otro tipo de medios, bien podría Atenas mantener la presión sobre Esparta mientras, a su vez, la tenencia de prisioneros espartanos y la nueva amenaza argiva la salvaguardaban de cualquier ataque. Durante el tiempo que Atenas se mantuviese alejada de Esparta, los argivos se verían animados por la perspectiva de una alianza con Atenas a corto plazo; algunos ilotas podían escaparse a Pilos y, tal vez, alimentar una nueva rebelión en Mesenia y Lacedemonia. Atenas únicamente podría extraer beneficios de la agitación causada por las defecciones aliadas de la Liga del Peloponeso, porque, a través de la negativa de Atenas a asociarse con Esparta, se habría promovido el malestar y la inseguridad de esta última. Moderada, segura y tan prometedora a su vez, los atenienses tenían una estrategia paralela al alcance de su mano y, sin embargo, optaron por pactar la alianza.

LA LIGA DE ARGOS

Inevitablemente, el nuevo pacto entre Atenas y Esparta produjo reacciones encontradas por parte de los Estados disidentes. Los corintios mantuvieron encuentros privados con los magistrados argivos y les advirtieron que, sin duda alguna, la alianza tenía como objetivo «esclavizar el Peloponeso» (V, 27, 2), por lo que exhortaban a los de Argos a liderar una nueva coalición en defensa de la libertad griega. Esta parecía querer sugerir la formación de una liga separada, capaz de distanciarse de los dos antiguos bloques de poder y de resistir la combinación de sus fuerzas.

El éxito del plan de los corintios descansaba en gran medida en las luchas intestinas entre las diferentes facciones espartanas. Los hombres que habían aceptado la paz y la consiguiente alianza ateniense lo hicieron motivados por su inquietud frente a Argos; mientras esta preocupación persistiera, Esparta no desearía la guerra. Si los corintios no hubieran forzado este llamamiento, Argos, intimidada por la alianza, habría permanecido en su inacción habitual, y así habría eliminado el motor del temor espartano; no obstante, la experiencia había demostrado que la principal provocación para arrastrar a Esparta a una gran contienda era el miedo. Como ya había pasado en el año 431, en que los corintios sacaron partido del temor de Esparta a los atenienses para conducirla a la guerra, esta vez querían emplear esta maniobra con Argos y repetir lo mismo diez años después; aunque ahora la tarea sería más difícil e intrincada. En el pasado, Corinto había usado la amenaza de la secesión y de una posible alianza con Argos como arma efectiva; sin embargo, para tener éxito, esta vez tendría que convencer a Esparta de que la perspectiva de la alianza argiva era real.

En consecuencia, los argivos designaron doce compromisarios para forjar una alianza con cualquier Estado salvo Atenas y Esparta, las cuales sólo podrían formar parte de ella con el consentimiento de la Asamblea popular argiva. Argos tenía buenas razones, tanto antes como ahora, para intentar crear un nuevo sistema de alianzas. Su hostilidad hacia Esparta se remontaba siglos atrás en el tiempo, y jamás había abandonado la esperanza de recobrar Cinuria. Como no estaban dispuestos a prolongar la paz con Esparta sin la devolución de esta región, la inminencia de la guerra era a todas luces casi segura. Para su preparación, los argivos entrenaron a mil jóvenes a cargo del erario público; eran «los mejores, tanto físicamente como en riquezas» (Diodoro, XII, 75, 7) y formaban un cuerpo de élite capaz de combatir a la falange espartana. Con tales medios y con su ambición por ganar el dominio del Peloponeso, los argivos siguieron con gusto el camino que los corintios les habían marcado.

Los mantineos fueron los primeros en unirse a Argos, porque tenían buenos motivos para temer un ataque de Esparta: habían expandido su territorio a expensas de los de sus vecinos, habían luchado contra los tegeatas y ordenado erigir una fortificación en la frontera con Lacedemonia. Argos se perfilaba como fuente de protección y, así pues, los mantineos se apresuraron a entrar en la nueva alianza de buen grado; por otro lado, Mantinea, al igual que Argos, tenía una constitución democrática. La noticia de la defección de la ciudad causó una gran agitación entre los aliados peloponesios de Esparta, que llegaron a la conclusión de que los mantineos «sabían algo más» (V, 29, 2) que ellos ignoraban, y por eso se mostraban dispuestos a sumarse a la coalición de Argos.

Al tener conocimiento de la alianza, los espartanos acusaron a los corintios de haber instigado por entero el asunto. Les recordaron que su afiliación con Argos transgredía los juramentos que les ligaban a Esparta, así como el acuerdo corintio de acatar las decisiones adoptadas por la mayoría de la Liga del Peloponeso. Los corintios, como bien señalaron, ya habían incurrido en la violación de su compromiso al no aceptar la Paz de Nicias. Los activistas corintios respondieron a las acusaciones manteniendo un encuentro con las demás ciudades disidentes. Escondieron sus verdaderos motivos —recuperar Solio y Anactorio— y, en cambio, «alegaron como pretexto su escasa disposición a traicionar a los aliados tracios» (V, 30, 2). Las razones podrían expresarse del siguiente modo: «Hemos prestado juramento a los de Potidea y a nuestros amigos calcídicos de la región tracia, y todavía siguen sometidos al poder ateniense. Si nos plegamos a la Paz de Nicias, faltaremos a nuestros juramentos a los dioses y los héroes. Es más, el voto que hicimos al aceptar la decisión de la mayoría incluía la cláusula "salvo que hubiera algún impedimento por parte de los dioses y los héroes". A buen seguro, la traición a los calcídicos sería uno de estos impedimentos. No

somos nosotros, sino vosotros, los que rompéis los juramentos al abandonar a vuestros aliados y colaborar con los esclavizadores de Grecia».

Esta refutación tan atractiva y sibilina permitía que la Alianza argiva fuera vista como la única opción de continuar la lucha contra la tiranía ateniense, como la única forma de mantener la palabra dada a los aliados dignos de confianza, traicionados por el egoísmo de Esparta. Los espartanos, por supuesto, no se mostraron de acuerdo.

Tras el encuentro, la embajada argiva instó a los corintios a entrar de inmediato en su Liga; pero estos últimos continuaron dándoles largas y los invitaron a volver al siguiente encuentro de su Asamblea. La razón más plausible de esta demora es que algunos conservadores en Corinto postergaron su decisión a la espera de la adhesión de más ciudades-estado dirigidas por la oligarquía.

La siguiente ciudad-estado que ingresó en la coalición fue Élide, cuya constitución formal era democrática, aunque sus costumbres y su sistema social eran oligárquicos. Los eleos pactaron con los corintios antes de ir a Argos para alcanzar un acuerdo,«como les habían dicho» (V, 31, 1) los propios corintios. Su adhesión final a la nueva Liga ayudó a que ésta se pusiera en marcha. Sólo entonces ingresó Corinto en la Liga de Argos y, con ella, los pueblos calcídicos, leales y fieramente antiatenienses.

Sin embargo, los megareos y los beocios siguieron rechazando los acercamientos de Argos, desmotivados por su constitución democrática. Esta vez los corintios volvieron sus ojos hacia Tegea, emplazamiento estratégico con una sólida oligarquía, cuya defección, como pensaban, arrastraría la de toda la Liga del Peloponeso. No obstante, los tegeatas rehusaron, y con ello asestaron un duro golpe al plan. «Los corintios, que hasta ese momento se habían mostrado entusiasmados, decayeron en su fervor y comenzaron a temer que ningún otro Estado se les uniría» (V, 32, 4).

Los activistas corintios hicieron un último esfuerzo para salvar la confabulación: pidieron a los beocios que se sumaran a la Liga argiva y «emprendieran más acciones en común». También solicitaron de ellos que les consiguieran la misma tregua de diez días que éstos mantenían con Atenas; así como la garantía de que, si Atenas declinaba la propuesta, Beocia renunciaría a su propio armisticio y no pactaría ninguna otra tregua sin ellos.

La estratagema corintia era obvia: los atenienses rehusarían con toda seguridad y, en consecuencia, los beocios se encontrarían desprotegidos ante Atenas, ligados a Corinto y alineados a la fuerza en la coalición argiva. No obstante, la respuesta de Beocia fue amigable pero cauta; aunque por un lado retrasaron la decisión referente a la alianza con Argos, sí estuvieron de acuerdo en ir a Atenas a solicitar la tregua para los corintios. Los atenienses, por supuesto, denegaron su consentimiento y respondieron que, si Corinto era en verdad aliada de Esparta, entonces ya tenía la tregua que solicitaba. Por su parte, los beocios mantuvieron su armisticio con Atenas, lo que irritó a los corintios, que arguyeron en vano que Beocia había roto su promesa.

Mientras estas complicadas negociaciones diplomáticas seguían su curso, los atenienses culminaron el sitio de Escione, y mataron y esclavizaron a sus habitantes de acuerdo con el decreto propuesto por Cleón en el año 423. Quizá para recordar a los demás, y también a ellos mismos, que Esparta había sido la primera en adoptar tales medidas, los supervivientes de Platea fueron enviados allí. No obstante, ni siquiera este acto de terror restableció el orden en Calcídica ni en el territorio tracio en el Imperio. Anfípolis continuaba en manos hostiles y, con el verano avanzado, los de Dío habían capturado la población calcídica de Tiso en el monte Atos, aun siendo aliada de Atenas. Los atenienses seguían sin tomar represalias. Recobrar Anfípolis requería un asedio no menos difícil que el de Potidea. No parecía que ningún ateniense tuviera prisa por atacar la colonia insurrecta, a pesar de la gran frustración que suponía la promesa incumplida de devolver Anfípolis por parte espartana.

LOS PROBLEMAS DE ESPARTA

Mientras los corintios trabajaban en la formación de la Liga de Argos, los espartanos procedieron a tomar la ofensiva contra sus enemigos en el Peloponeso. El monarca Plistoanacte condujo al ejército espartano hasta Parrasia, un territorio al oeste de Mantinea que había sido sojuzgado por esta última durante la guerra *(véase* mapa 1). Sus aliados de Argos enviaron una guarnición para ayudar a la propia Mantinea, mientras sus ciudadanos trataban de proteger en vano el territorio amenazado. Tras restaurar la independencia de Parrasia y destruir la fortificación erigida por los mantineos, los espartanos se retiraron. Su siguiente acción fue levantar un campamento en Lépreo, región situada entre Élide y Mesenia, y motivo de su disputa con los eleos.

Esta serie de acciones establecieron la seguridad en las fronteras espartanas y en la comunidad ilota hasta cierto punto, ya que Esparta también tendría que afrontar problemas de orden interno. Cleáridas había regresado de Anfípolis con el ejército de Brásidas, un contingente que incluía a setecientos ilotas que, por sus servicios, se habían ganado la libertad y el derecho a vivir donde les placiera. Comprensiblemente, esta cantidad de ilotas moviéndose sin trabas por Lacedemonia ponía nerviosos a los espartanos, así como la aparición de una nueva clase social, los *neodamodes.* Éstos, mencionados entonces por vez primera en la historia espartana, eran ilotas libertos que al parecer vivían como hombres libres; probablemente también habían recibido su emancipación por el buen cumplimiento de su servicio militar. Los espartanos también tenían que enfrentarse al descenso continuo de una población de la que se nutrían sus ejércitos. Por varias razones, desde los cinco mil que se pudieron contar en Platea en el 479, el número de *homoios* formados como hoplitas decreció durante los siglos quinto y cuarto. Sin embargo, la necesidad de emplazar un campamento en Lépreo hizo que los espartanos encararan ambas cuestiones a la vez, ya que enviaron tanto a los veteranos de Brásidas como a los *neodamodes* para que repoblaran la frontera elea.

Otra de las dificultades era el retorno de los que habían sido derrotados en Esfacteria y que habían soportado largos años de cautiverio en Atenas. Al principio, los antiguos prisioneros simplemente recuperaron los cargos, a menudo importantes e influyentes, que habían ostentado en la sociedad espartana; algunos eran incluso funcionarios estatales. No obstante, los espartanos comenzaron a temer que causaran problemas por el deshonor que habían sufrido con su rendición; así pues, se les retiró el derecho a voto, aunque, al tratarse de un grupo potencialmente peligroso, se les permitió seguir viviendo en Esparta. Tener que confrontar tales amenazas internas ayuda a explicar por qué la mayoría de los espartanos apoyaba una política exterior de corte cauteloso y pacifista. Su recién mejorada seguridad en las fronteras elea y mantinea, el decreciente desafío de la coalición argiva y el comportamiento pacífico de los atenienses dieron su apoyo a la causa de la facción de la paz en su conjunto.

Sin embargo, los atenienses seguían resentidos con el incumplimiento de las obligaciones del Tratado por parte de Esparta; porque, aunque continuaba prometiendo su ayuda a Atenas para forzar a Corinto, Beocia y Megara a aceptar la paz, cada vez que llegaba el momento, incumplía sus promesas. El comportamiento espartano en Anfipolis aún fue más vejatorio. Al retirar sus tropas, en vez de emplearlas para someter Anfipolis al control ateniense, los espartanos cometieron una violación flagrante de los términos del Tratado; cada vez más, los ciudadanos de Atenas empezaban a sospechar que los espartanos les habían engañado y traicionado. «Con la sospecha de las malas intenciones de Esparta», los atenienses rehusaron retornar Pilos e «incluso se arrepintieron de haber devuelto a los prisioneros de Esfacteria, por lo que retuvieron las restantes poblaciones a la espera de que los espartanos empezaron a cumplir sus promesas» (V, 35, 4).

Como respuesta, los espartanos continuaron solicitando la devolución de Pilos o, como mínimo, la expulsión de los mesenios y los ilotas huidos que vivían allí ahora. Alegaron haber hecho todo lo posible por retornar Anfipolis, y aseguraron a los atenienses que cumplirían con el resto de sus obligaciones. En resumen, Esparta no ofrecía nada nuevo salvo promesas que venían a reemplazar la antigua palabra incumplida; pero las facciones pacifistas de Atenas todavía contaban con fuerza suficiente como para extraer aún más concesiones de sus conciudadanos. Así pues, los atenienses retiraron a los mesenios y a los ilotas de Pilos y los asentaron en la isla de Cefalonia.

Mientras Atenas hacía este esfuerzo en nombre del apaciguamiento, el grado de compromiso espartano con la paz quedaba cerca de toda duda. A principios del otoño del año 421 tomaron posesión del cargo nuevos éforos; dos de ellos, Jénares y Cleobulo, «estaban ansiosos por romper el Tratado» (V, 36, 1). Su intención era perseguir una vía dirigida a reanudar el enfrentamiento con Atenas, y pronto se les presentó la oportunidad de hacerlo. La facción de la paz, que todavía era dominante, había convocado recientemente una conferencia en Esparta, incluyendo a los atenienses, aliados leales, así como a beocios y corintios, para intentar alcanzar una aceptación generalizada del Tratado. Probablemente, el fracaso integral de la misma fue lo que animó a Jénares y Cleobulo a llevar adelante su complicado plan.

Mientras los corintios intentaban usar la coalición argiva para amedrentar a los espartanos que tenían la paz como meta, los éforos más belicistas se decantaron por otra táctica más convincente. Creían que los espartanos habían buscado mayoritariamente la paz y suscrito la alianza ateniense por dos motivos: la amenaza de Argos, y su deseo por recobrar a los prisioneros de Esfacteria y Pilos. Una vez resueltos estos asuntos, pensaban, Esparta estaría preparada para retomar la guerra. Todo lo que quedaba por hacer era recuperar Pilos y poner fin a la Liga de Argos. Actuando en secreto, los dos éforos sugirieron a los embajadores de Corinto y Beocia que ambos Estados debían cooperar entre ellos, los beocios tenían que establecer una alianza con Argos, e intentar forzar después a los argivos a pactar con Esparta. Un tratado con Argos, remarcaron, facilitaría que la guerra se llevara a cabo fuera del Peloponeso. También pidieron a los beocios que ofrecieran Panacto a los espartanos; así, éstos podrían intercambiarla por Pilos «y, por lo tanto, estar en una posición más cómoda para volver a la guerra contra Atenas» (V, 36, 2).

LOS CORINTIOS Y SUS MISTERIOSAS ESTRATEGIAS

Cuando los embajadores emprendieron el camino de regreso a Corinto y a Beocia, les salieron al paso dos magistrados argivos, que preguntaron a los beocios si querían unirse a la coalición de Argos. Esta vez, los de Argos hicieron su ofrecimiento con un lenguaje deliberadamente ambiguo: «Utilizando una política común, podrían fraguar ora la guerra ora un tratado con Esparta o con quien quisieran» (V, 37, 2). Los argivos todavía perseguían la hegemonía en el Peloponeso a expensas de los espartanos; no obstante, su propuesta permitía diferentes interpretaciones sin llegar a ningún compromiso. Los beocios recibieron la invitación con gran placer «porque, casualmente, los argivos les habían pedido lo mismo que les habían recomendado sus amigos espartanos» (V, 37, 3). De vuelta a casa, los beotarcas se sintieron igual de complacidos con la noticia. Pero las peticiones espartanas y argivas sólo se parecían en la superficie, puesto que justamente aspiraban a obtener resultados opuestos. Aun así, los beotarcas acordaron enviar embajadores a Argos para cerrar la alianza, y ésta quedó pendiente de aprobación por parte del Consejo Federal beocio.

La mano de Corinto se halla posiblemente detrás de los sucesivos acontecimientos: «Los beotarcas, los corintios, los megareos y los embajadores de Tracia decidieron comenzar prestando juramento de ayudar a cualquiera de ellos que lo necesitase, si así lo requería la ocasión, y de no hacer la guerra o la paz sin mutuo consentimiento; sólo así beocios y megareos —ya que perseguían políticas idénticas— sellarían un tratado con los argivos» (V, 38, 1). En Tracia, los calcídicos eran satélites de los corintios, como los megareos lo eran de Beocia. Los propios beocios no tenían necesidad de tal acuerdo porque estaban dispuestos a unirse a Argos y, puesto que Corinto ya era aliada de los argivos, este acuerdo en común no aportaba a Beocia beneficio alguno. En última instancia, este plan de acción conjunta sólo era una versión ampliada del planteado antes sin éxito por los corintios.

Éstos sabían que los beocios no confiaban en ellos, ya que habían rechazado la primera propuesta corintia, les habían acusado de rebelarse contra la Liga del Peloponeso y temían que contraer con ellos cualquier acuerdo sería ofender a Esparta. Los beotarcas presentaron al Consejo beocio, que era el poder soberano, varias resoluciones para concluir el pacto conjunto con Megara, Corinto y los calcídicos de Tracia. Detrás de esta propuesta se ocultaban sus intenciones secretas,

porque Jénares y Cleobulo habrían tenido serios problemas si algún rumor de sus negociaciones privadas hubiera llegado a Esparta. Los beotarcas confiaban en su propia autoridad para asegurar la aprobación de la proposición; sin embargo, en un momento crítico como aquél el Consejo acabó por rechazarla, «al pensar que podían actuar en contra de los espartanos, en caso de prestarse a juramentar con miembros disidentes de su Liga» (V, 38, 3). Su negativa sorprendió a los beotarcas y puso fin a la discusión. Corintios y calcídicos retornaron a casa, mientras que los beotarcas no se atrevieron a insistir en las ventajas de unirse a la Liga de Argos. Ningún enviado fue a Argos a negociar el Tratado, y «el asunto se fue abandonando y demorando por entero» (V, 38, 4).

LOS BEOCIOS

En Esparta, mientras tanto, los amigos de la paz también ardían en deseos por recobrar Pilos. Consideraban que, si convencían a los beocios para que devolvieran Panacto y a los prisioneros atenienses que todavía retenían, Atenas entregaría Pilos a Esparta. Puesto que este punto de vista siguió vigente, incluso después de mantener muchas conversaciones con los atenienses, cabe imaginar que los negociadores de estos últimos debieron de alentar esta idea, presumiblemente con Nicias y sus correligionarios a la cabeza. Con ambas partes a favor de la misión, los espartanos enviaron una embajada oficial a Beocia para elevar la petición de otorgar a Atenas dichas concesiones. La respuesta beocia indica que la facción belicista había desarrollado un nuevo plan: se negaban a devolver Panacto, a no ser que los espartanos negociaran con ellos un tratado comparable al que habían negociado con los atenienses. Los espartanos sabían que esto supondría la violación de su tratado con Atenas, el cual implicaba que ningún Estado podía hacer la paz o la guerra sin el consentimiento del otro. Pero lo que precisamente quería la facción de la guerra era su ruptura, por lo que apoyaron la propuesta de una alianza con Beocia. Sin embargo, sin una mayoría, la facción belicista necesitaba el apoyo de la de la paz. Por mucho que todos los espartanos desearan la devolución de Pilos, ¿por qué debían creer que sería devuelta por los atenienses, en especial cuando éstos se enfrentasen con la traición del acuerdo espartano con Beocia? La única explicación plausible es que los espartanos habían depositado su confianza en la aparente paciencia ilimitada de la facción antibelicista y en su control de la política ateniense del momento. Por lo tanto, a primeros de marzo del año 420, los espartanos pactaron un tratado con Beocia que protegía a ésta de un posible ataque ateniense.

Aunque los beocios acogieron los acuerdos de buen grado por considerarlos un golpe contra la alianza de Atenas y Esparta, ya se estaban preparando para traicionar a sus nuevos aliados espartanos. Inmediatamente, empezaron la demolición del fuerte de Panacto, con lo que privaron a Atenas de un importante bastión fronterizo. Aunque los espartanos no sabían nada de esta trama, es probable que los corintios estuvieran mezclados en ella, no en vano coincidía con su creencia de que no serían ni la comodidad o la seguridad, sino el conflicto y el temor, los que empujarían a Esparta a la lucha.

Mientras tanto, los argivos esperaban en vano a los embajadores de Beocia para negociar la alianza prometida, ya que finalmente nadie acudiría a la cita. En cambio, sí se recibieron noticias de la demolición del fuerte de Panacto y del tratado de Esparta con los beocios. Dieron por sentado que les habían traicionado, que Esparta estaba detrás de todo el asunto y que sus habitantes habían convencido a los atenienses para aceptar la destrucción de Panacto y atraer a Beocia a la alianza mutua. Entre los argivos, cundió el pánico; ahora no podrían sellar un tratado ni con Beocia ni con Atenas, incluso comenzaron a temer que su propia confederación se desmembraría y que sus aliados volverían al lado de Esparta. Su mayor preocupación era que pronto deberían enfrentarse a una coalición peloponesia liderada por Esparta, los beocios y los atenienses. Así pues, atemorizados, los argivos enviaron «tan rápido como les fue posible» mensajeros a Esparta para intentar «cerrar un pacto que garantizase la paz como fuera» (V, 40, 3).

Las negociaciones argivas en busca de una alianza con Esparta reflejan la voluntad de ambas partes. Argos quería el arbitraje de terceros en el asunto de Cinuria; los espartanos simplemente

deseaban la renovación del antiguo Tratado, el cual dejaba en sus manos el territorio en litigio. De momento, los argivos se habían ofrecido a aceptar un tratado para los siguientes cincuenta años, siempre y cuando cualquiera de las dos partes pudiese requerir en el futuro algún enfrentamiento bélico de alcance limitado para decidir el control de Cinuria. Al principio, los espartanos desecharon la propuesta por considerarla absurda; pero, tras considerarla más detenidamente, acataron sus términos y firmaron el tratado porque «deseaban la amistad de Argos, costara lo que costase» (V, 41, 3). Los negociadores argivos debían volver a Esparta con la aprobación oficial hacia finales de junio. Sin embargo, su retraso hizo que los acontecimientos tomaran un rumbo bien distinto.

Capítulo 17

La alianza de Atenas y Argos (420-418)

LA RUPTURA DE ATENAS CON ESPARTA

Con la idea de llevar adelante su acuerdo con los beocios, los espartanos se dirigieron a Panacto para hacerse con el control de la plaza y con los prisioneros áticos de Beocia, pues su intención era devolvérselos a los atenienses. Encontraron la fortificación destruida, pero los prisioneros les fueron entregados y partieron en dirección a Atenas para reclamar la devolución de Pilos. Alegaron que Panacto, aunque en ruinas, había sido debidamente restituida, puesto que no volvería a albergar más tropas hostiles. Sin embargo, los atenienses, que querían el fuerte intacto, mostraron su enfado por el pacto de Esparta con Beocia, el cual no sólo violaba la promesa de no contraer nuevas alianzas sin consultarlas, sino que ponía en evidencia la falsedad de la promesa espartana de utilizar la fuerza con los aliados disidentes. En consecuencia, los atenienses «respondieron enojados a los mensajeros y los despidieron» (V, 42, 2).

Las acciones de Esparta ayudaron a resucitar la facción belicista ateniense, inactiva desde la muerte de Cleón, e Hipérbolo, hijo de Antífanes, se dedicó a rivalizar por el cargo. Ciertos escritores de la Antigüedad lo bautizaron corno un «líder de las masas» y en *La paz,* representada en el año 421, Aristófanes habla de él como el hombre que controlaba la Asamblea. Era trierarca (capitán de barco y hombre acaudalado), miembro activo de la Asamblea, cuyos decretos impulsaba y corregía, pertenecía probablemente al Consejo y también era general. Algunos escritores clásicos lo tildan de ser un sinvergüenza indigno y ridículo, incluso de peor calaña que los demagogos. Puede que Aristófanes exagerase al atribuirle un afán imperial que llegaba tan lejos como la propia Cartago, pero no hay duda de que se opuso a la paz del 421 y a la alianza con Esparta. Era un experto y hábil orador, aunque carecía de la reputación militar de Cleón o de la estatura personal e influencia del rico y piadoso Nicias. Quizás Hipérbolo hubiera podido llegar a ser líder de la facción belicista, si no se le hubiera presentado un opositor tan fuerte de improviso.

Alcibíades, hijo de Clinias, tenía entre treinta o treinta y tres años cuando fue elegido general en la primavera del año 420 (treinta era la edad mínima para ostentar el generalato). Era lo suficientemente rico para inscribirse en los Juegos Olímpicos con carro propio, y tan extraordinariamente apuesto que «era perseguido por muchas mujeres de familias nobles» y «también por los hombres» (Jenofonte, *Memorabilia,* I, 2, 24); orador de talento, había sido alumno de los mejores maestros de su tiempo. Su capacidad intelectual era ampliamente admirada y su amistad con Sócrates contribuyó sin duda a crear tal reputación, así como a agudizar sus técnicas argumentativas. Incluso sus defectos parecían ayudarle, y eso que eran perjudiciales. Tenía un problema en el habla, pero la gente lo encontraba encantador. Era terco, consentido, imprevisible y extravagante; sus locuras le granjearon al menos tanta admiración como también envidia y desaprobación.

Su gran personalidad le procuró atención y notoriedad, lo que le facilitó una participación precoz en la vida pública.

Fue su familia la que ejerció una mayor influencia sobre su carrera militar y política, pues la fama de sus ancestros le permitió alcanzar una posición eminente en Atenas con una rapidez inusitada. El nombre «Alcibíades» es de raíz espartana, y su origen se remonta al siglo vi como mínimo, fruto del parentesco que su familia, representante de Esparta *(proxenos),* estableció en Atenas, aunque durante la Guerra del Peloponeso ya no continuarían desempeñando esta función. Por línea paterna, pertenecía al clan aristocrático de los Salaminioi. Su tatarabuelo fue aliado de

Clístenes, libertador de Atenas y fundador de la democracia. Su bisabuelo luchó como trierarca en las Guerras Médicas con una nave de su propiedad, cuyos gastos corrieron de su cuenta. El abuelo había sido una figura política tan importante como para padecer el ostracismo; y su padre, amigo de Pericles, había muerto combatiendo en la batalla de Coronea en el año 447.

La madre de Alcibíades era una Alcmeónida, descendiente de una familia muy influyente, entre la que también se contaba la madre de Pericles; así fue como éste se convirtió en tutor del joven Alcibíades y de su hermano Arifrón tras la muerte del padre de ambos. Desde más o menos los cinco años, Alcibíades y su hermano pequeño, salvaje e incontrolable, se educaron en la casa del político más importante de Atenas. Su niñez coincidió con el período en el que Pericles se alzó, casi sin que nadie le hiciera sombra, como el hombre más influyente de Atenas. El muchacho, con talento, una ambición ya de por sí cultivada y unas expectativas elevadas gracias a la tradición de su linaje paterno, albergaba una sed de triunfo sin límites al observar el poder y la gloria de su mentor.

Sin embargo, el éxito popular por sí solo no era suficiente para el hijo de Clinias y el pupilo de Pericles, pero tampoco faltaron aduladores que alentaran sus visiones más atrevidas. Así lo expresa Plutarco: «Era (...) su pasión por la distinción y por la fama lo que estimulaba a los corruptos; a partir de ahí, lo lanzaron de sopetón en brazos de las intrigas más presuntuosas al persuadirle de que, sólo con entrar en la vida pública, eclipsaría a los generales de a pie y a los líderes populares, y no sólo eso, sino que incluso sobrepasaría a Pericles en poder y gloria entre los helenos» *(Alcibíades,* VI, 3-4). Aunque en la democracia todavía llena de deferencias del siglo v sus vínculos familiares aristocráticos le dieron ventaja sobre sus competidores, hacia el año 420, Alcibíades podía presumir de una excelente hoja de servicios y de haber ganado una mención al valor por Formión y una distinción en la lucha a caballo en Potidea y Delio.

Tras la rendición espartana en Esfacteria, trató de renovar sus viejos lazos familiares con Esparta y se ocupó de sus prisioneros. Al término de la Guerra de los Diez Años, Alcibíades mantenía la esperanza de establecer negociaciones con los espartanos y de acrecentar su credibilidad con la paz como resultado; no obstante, los espartanos prefirieron negociar con Nicias, más experimentado, fiable e influyente. Sintiéndose insultado y desairado, cambió de postura y atacó la Alianza con Esparta aduciendo que los espartanos no estaban siendo sinceros. Se habían aliado con Atenas, insistía, sólo para tener las manos libres respecto a Argos; cuando acabaran con ésta, Esparta volvería a atacar a los atenienses, solos y sin aliados. Alcibíades prefería sinceramente una alianza con Argos a una con Esparta; sin duda, sintonizaba su valoración de los móviles de Esparta con la de Jénares, Cleobulo y la de sus facciones.

Cuando la postura de Nicias se vio severamente debilitada por el derribo del fuerte de Panacto y la alianza con Beocia, Alcibíades «promovió un tumulto en su contra en la Asamblea, y lo acusó de calumnias demasiado plausibles. El propio Nicias (...) había rehusado capturar a los soldados del enemigo, que habían quedado aislados en la isla de Esfacteria, y cuando otros sí lo hicieron, éste los liberó y los devolvió a los de Laconia, cuyo favor buscaba; en cambio, no había procurado convencer a esos mismos lacedemonios, amigo probado suyo como era, para que no pactasen una alianza por separado con los beocios o incluso con los corintios; por el contrario, en un momento en que todos los helenos deseaban buenas relaciones con Atenas y ser sus aliados, éste trató de impedirlo, a no ser que con esto se complaciera a los lacedemonios» (Plutarco, *Alcibíades,* XIV, 4-5). Entretanto, Alcibíades instó en privado a los líderes democráticos de Argos a que se avinieran a fundar una alianza con los atenienses, junto con los embajadores eleos y mantineos: «Pues la ocasión había madurado y él mismo cooperaría al máximo» (V, 43, 3).

La invitación de Alcibíades llegó a tiempo de evitar la alianza de los argivos con Esparta, la cual habían perseguido con la creencia equivocada de que Atenas y Esparta trabajarían al unísono. Sin embargo, ahora que la verdad había quedado al descubierto, los argivos abandonaron cualquier idea de vincularse a Esparta y contemplaron con regocijo una posible alianza con Atenas, «considerando que era una ciudad que había sido amiga en el pasado, una democracia como la suya, y una potencia marítima que lucharía a su lado si estallaba la guerra» (V, 44, 1). Tras descubrir el cambio de postura de Argos, los espartanos intentaron deshacer el entuerto y enviaron a tres de sus hombres, tenidos en gran estima por los atenienses —León, Filocáridas y Endio—, para que evitasen la

alianza ateniense con Argos, invocasen la devolución de Pilos y asegurasen a los ciudadanos de Atenas que su alianza con Beocia no supondría una amenaza para ellos en modo alguno.

Los enviados espartanos se presentaron ante el Consejo ateniense y anunciaron que tenían plenos poderes para resolver cualquier diferencia. Alcibíades, temiendo que si hacían ese mismo pronunciamiento ante la Asamblea los atenienses rechazarían la alianza con Argos, convenció a los espartanos para que negasen que hubieran venido investidos de tal grado de autoridad. A cambio, les prometió que utilizaría su influencia para devolverles Pilos y resolver las demás diferencias. Sin embargo, cuando llegaron a la Asamblea, Alcibíades les preguntó si eran portadores de plenos poderes para realizar acuerdos, y, al contestar que no, los dejó boquiabiertos al poner en tela de juicio su honestidad. La Asamblea dispuso con rapidez su unión con Argos, pero un temblor de tierra evitó allí mismo cualquier conclusión. Los espartanos no tuvieron oportunidad de protestar por la artimaña de Alcibíades, y posiblemente partieron con prontitud hacia Esparta, ya que carecemos de evidencias que atestigüen que asistieran a la Asamblea del día siguiente.

Durante la reunión, Nicias intentó posponer la votación. Insistió en que la amistad de Esparta tenía más valor que la de Argos, y propuso enviar una embajada para intentar esclarecer las intenciones espartanas, ya que Alcibíades había impedido que explicasen lo que venían a decir. También sostuvo que la buena fortuna y la seguridad de los atenienses estaban en su mejor momento, y que de la paz sólo podrían extraer beneficios; sin embargo, adujo, los espartanos, inquietos e inseguros, tenían mucho que ganar de un enfrentamiento precipitado que pudiera revertir la situación. El argumento contrario podría haberse centrado en la continua hostilidad y la perfidia de Esparta y el riesgo que ésta supondría para la seguridad ateniense tras un período de recuperación; según este punto de vista, ahora que Esparta se encontraba debilitada y amenazada por una gran coalición, era el momento justo para acabar con ella y eliminar el peligro que había supuesto para Atenas durante tantos años. Aun así, los atenienses se mostraron tan reacios a reanudar la guerra que postergaron la decisión sobre Argos y, en cambio, enviaron a Nicias como parte de la embajada a Esparta. Los embajadores solicitaron la restauración intacta de Panacto, la devolución de Anfipolis y la renuncia a la alianza con Beocia, a no ser que ésta acatase la Paz de Nicias; también anunciaron que Atenas pactaría una alianza con Argos en caso de que Esparta no abandonara a los beocios.

Tales demandas acabaron con cualquier esperanza de conciliación, porque, como es lógico, los espartanos las rechazaron. Sin embargo, Nicias requirió que Esparta renovase los juramento del tratado de paz, porque «abrigaba el temor de que, si volvía sin haber conseguido nada, seria blanco de ataques, como de hecho ya había sucedido, pues se le consideraba responsable de la paz con los espartanos» (V, 46, 4). Reacios a retomar la contienda, los espartanos estuvieron de acuerdo con la petición, pero se mantuvieron inamovibles respecto a la alianza con Beocia. Como había anticipado Nicias, en la Asamblea ateniense estalló la cólera cuando se conoció el fracaso de las negociaciones; y se acordó de inmediato el tratado con Argos, Élide y Mantinea. Se trataba de un pacto mutuo de no-agresión y de una alianza defensiva por tierra y mar entre las tres democracias del Peloponeso y sus dominios, por un lado, y los atenienses y sus Estados súbditos por otro. Con cien años de duración por delante, este compromiso se probaría duradero. El acuerdo fue todo un triunfo para Alcibíades, y colocó a Atenas en una nueva vía, incompatible con la Paz de Nicias.

Aun así, a causa de sus anteriores conflictos, tanto Atenas como Esparta se atuvieron a los tratados, al menos formalmente, ya que ninguna deseaba asumir la responsabilidad de haber violado la paz. Mientras tanto, los corintios, que ahora eran libres para actuar de manera más directa, «se apartaron de sus aliados y se inclinaron una vez más por los espartanos» (V, 48, 3). Su juego taimado había hecho menguar el poder de la Liga de Argos, apartándola de los Estados oligárquicos y dejándola en coalición con las democracias alineadas con Atenas; justamente el tipo de amenaza que animaría a Esparta a reavivar la guerra. Aun así, los corintios también tuvieron buen cuidado de mantener la alianza defensiva que habían hecho con Argos, Élide y Mantinea, ya que la inestabilidad política espartana podía requerir de alguna otra maniobra estratégica y su postura ambigua con las democracias del Peloponeso les podría permitir intervenir en algún momento crucial futuro.

ESPARTA, HUMILLADA

El establecimiento de la alianza ateniense con las democracias del Peloponeso no sólo cambió el rumbo político en Atenas, sino que también propició nuevas y audaces iniciativas por parte de los enemigos de Esparta. En los Juegos Olímpicos del año 420, los espartanos padecieron el escarnio público cuando los eleos elevaron contra ellos acusaciones de dudosa índole, por el supuesto de haber violado la tregua sagrada durante la cual tenía lugar el encuentro. La consecuencia fue el veto a la participación espartana, tanto en la competición como en los habituales sacrificios ceremoniales. Los espartanos apelaron la decisión, pero la corte olímpica, formada por eleos, falló en su contra y les impuso una multa. Los eleos se ofrecieron a renunciar a la mitad de aquella cantidad y a cubrir ellos mismos la otra mitad, si los espartanos les devolvían Lépreo. Cuando éstos se negaron, los eleos les exigieron jurar en el altar de Zeus Olímpico, ante la reunión de todos los griegos, que pagarían la sanción más tarde. De nuevo los espartanos se negaron, y se les prohibió la entrada en los templos, en los rituales y en los Juegos. Tamañas provocaciones por parte de los eleos sólo podían surgir de la alianza con las democracias peloponésicas y con Atenas. A continuación, los eleos protegieron con sus propias tropas el santuario contra un eventual ataque espartano, ayudados por unos mil hombres de Argos y Mantinea, y por un escuadrón de la caballería ateniense.

Sin embargo, hubo un espartano que se negó a encajar los insultos obedientemente. Licas, hijo de Arcesilao, se opuso entre sus compatriotas de manera destacada y defendió la reputación y riqueza de su familia. Su padre había sido campeón olímpico en dos ocasiones, y él mismo había participado con su tronco de caballos en los Juegos; también había oficiado como anfitrión de los extranjeros que acudían a las Gimnopedias de Esparta; era *proxenos* de los argivos, y mantenía una estrecha relación con los beocios. Posiblemente también comulgaba con la política de Jénares y Cleobulo, y no había nadie mejor que él para dirigir las silenciosas negociaciones que espartanos, argivos y beocios habían llevado a cabo. De cualquier modo, sus actos en la Olimpiada del año 420 denotan la audacia y rebeldía de su espíritu.

Con la prohibición de tomar parte en los Juegos como espartano, donó formalmente sus propios caballos a los tebanos para que corrieran en su nombre. Cuando su carro llegó el primero, Licas bajó a la arena y coronó él mismo al auriga victorioso, con lo que dejó patente que la victoria había sido suya. Enrabiados, los eleos enviaron a los jueces olímpicos para que lo azotaran y expulsaran. A pesar de que esto podía provocar la entrada del ejército espartano en escena, éstos no emprendieron ninguna acción, lo que provocó la impresión de que Atenas y sus aliados peloponésicos les habían intimidado. Justo después de la Olimpiada, los argivos, alentados quizá por la deshonra espartana, renovaron su invitación a los corintios para que se uniesen a una nueva alianza conjunta, Atenas incluida. Viajaron también a Corinto representantes de Esparta, presumiblemente para discutir tal propuesta, pero un temblor de tierra puso fin a la conferencia y malogró cualquier resultado.

La percepción generalizada entre los espartanos de su propia debilidad causaría pronto una vergüenza aún mayor. En el invierno del 420-419, los pueblos vecinos derrotaron a los colonos de Heraclea en Traquinia *(véase* mapa 14), y dieron muerte a su gobernador, que era espartano. Los tebanos enviaron mil hoplitas con el pretexto de salvar la ciudad; sin embargo, ya en marzo habían tomado el control y destituido al nuevo representante de Esparta. Tucídides relata que actuaron por miedo a que Heraclea cayera en manos atenienses, ya que los espartanos, entretenidos con sus problemas en el Peloponeso, no podían defenderla. Podemos imaginar que Tebas, envalentonada por la aparente impotencia de Esparta, buscaba la oportunidad de recortar su influencia sobre la Grecia central y acrecentar la suya propia. «Los espartanos, no obstante, se mostraron enfurecidos con ellos» (V, 52, 1), y los acontecimientos dañaron aún más la relación entre Esparta y un aliado tan importante. Aunque los espartanos habían sufrido poco daño material, la asociación ateniense con Argos, Élide y Mantinea estaba cosechando resultados incluso antes de que Atenas hubiera emprendido ninguna acción de magnitud en su nombre.

ALCIBÍADES EN EL PELOPONESO

A comienzos del verano del año 419, los atenienses se movilizaron en aras del fortalecimiento de la nueva liga para sacar partido de la pérdida de prestigio de Esparta. Alcibíades, que había sido reelegido general, condujo una pequeña formación de hoplitas y arqueros áticos hacia el Peloponeso, expedición ésta que había sido planeada en conjunción con los argivos y el resto de aliados peloponesios. El objetivo final de la tortuosa estrategia del general ateniense era Corinto, cuya defección asestaría a la alianza espartana un golpe de consecuencias catastróficas. Los atenienses marcharon a través del Peloponeso desde Argos a Mantinea y Élide, y desde allí a Patras, situada en la costa aquea a orillas del golfo de Corinto. Alcibíades logró que la ciudad apoyase una alianza con Atenas y convenció a sus habitantes para que construyeran una muralla hasta el mar, con el objetivo de mantener la comunicación con Atenas y de proveerse de protección en caso de un posible ataque espartano *(véase* mapa 1). Por su parte, los corintios, los siciones y las demás poblaciones vecinas consiguieron llegar a tiempo de evitar que los atenienses construyeran una fortificación aquea en Rhium, frente a Naupacto, el punto más estrecho del golfo de Corinto.

Todo esto no era una mera exhibición de fuerza, sino parte de un plan para presionar a Corinto y a los demás aliados espartanos. De hecho, con el pacto de Patras y la fortaleza de Rhium se podía cerrar el paso a las naves de Corinto, Sición y Megara por la desembocadura del golfo. Alcibíades había llevado sólo un pequeño contingente de soldados a Patras, sin apoyo naval; así pues, sus gentes hubieran podido resistir de haberlo querido. Su aceptación a pertenecer a la Confederación de Delos es una muestra de lo extendida que estaba la percepción del declive espartano, lo cual, acentuado por la marcha incontestada de Alcibíades a través del Peloponeso, hería profundamente a Esparta.

El segundo objetivo del general ateniense aquel verano era Epidauro, cuya captura emprendieron las tropas argivas. Tucídides da noticia de que elevaron la típica queja de incumplimiento religioso como pretexto para atacar la ciudad, aunque su propósito real era procurarse una ruta más corta para que los atenienses pudieran acudir en ayuda de Patras y, lo más importante, «mantener a Corinto en calma» (V, 53, 1).

Las campañas de Acaya y Epidauro formaban parte de un plan para amenazar y aislar a Corinto. La alianza con Patras ayudaría a cortar la comunicación y el comercio de los corintios con sus colonias del oeste; mientras que, a su vez, la caída de Epidauro les pondría en peligro por las dos partes, y probaría que Argos y Atenas podían batir a los Estados peloponesios aliados de Esparta. Con Epidauro en la mano, los argivos podían marchar contra Corinto desde el sur, mientras que Atenas irrumpiría por la costa, como hizo Nicias en el año 425; una amenaza de tal calibre podría forzar la salida de Corinto de la Liga del Peloponeso. Incluso su neutralidad evitaría la cooperación entre beocios y espartanos. A su debido tiempo, Megara, y quizás otras ciudades-estado del Peloponeso, también optarían por inclinarse por la neutralidad en lugar de permanecer al lado de una Esparta debilitada y en contra de la nueva Alianza, cada día más poderosa.

A los atenienses se les abría por fin una estrategia factible que ofrecía promesas de éxito sin riesgos o sin desembolsos extraordinarios. Alcibíades decidió utilizar las fuerzas armadas como medio de presión diplomática; ni quería obligar al enemigo peloponesio a presentar batalla, ni agotar sus recursos, sólo forzarlo a alterar su postura por el curso de los acontecimientos.

ESPARTA CONTRA ARGOS

En efecto, la invasión del territorio de Epidauro por parte argiva sirvió a su propósito original y convenció a los espartanos de que debían actuar. El joven rey Agis envió hacia Arcadia al ejército espartano al completo; esta decisión le permitiría acercarse a Élide en el noroeste, a Mantinea en el norte o incluso a Argos, al noreste, si así era necesario. «Nadie sabía el destino de la expedición, ni siquiera las propias ciudades que habían enviado tropas» (V, 54, 1).

La razón por la que no se conocía el auténtico objetivo de Agis se debe a que, durante la realización de los habituales sacrificios fronterizos, las profecías se habían mostrado desfavorables. Así pues, los espartanos se prepararon para volver a casa y dieron aviso a sus aliados de que planeaban salir otra vez de expedición al término del mes siguiente, el Carneo, un mes considerado sagrado por los dorios. Aunque los espartanos eran en realidad muy religiosos, es sospechosa la extraña coincidencia acaecida en el verano del 419: por dos veces consecutivas se dijo que los augurios proféticos desaconsejaban que el ejército comandado por Agis atacara a los argivos o a sus aliados. La sospecha se intensifica cuando se constata que, ese mismo verano y ante el temor del hundimiento de la Liga del Peloponeso, los espartanos no se echaron atrás en la acción por mucho que los signos no les resultasen propicios. Así pues, la evidencia sugiere que los sacrificios fronterizos adversos no fueron sino meros pretextos.

Al haber hecho campaña por la lucha en el exterior de las fronteras, Agis no podía simplemente ordenar una retirada, incluso a la vista de predicciones hostiles; los epidaurios, los más firmes entre sus aliados, unidos a multitud de espartanos que deseaban la batalla, no se podían refrenar por más tiempo. Agis, sin duda, dio orden de reagrupar a las tropas una vez transcurrido el mes de Carneo para cubrir el retraso por medio de una justificación de orden religioso, mientras ganaba el tiempo necesario para que los oligarcas recuperaran el control de Argos. Los demócratas antiespartanos que gobernaban en Argos también recurrieron a algunas argucias religiosas de factura propia. Invadieron Epidauro el vigesimoséptimo día del mes precedente al Carneo, y continuaron contando todos los días de su estancia con esa misma fecha. Con esta artimaña querían evitar el incumplimiento de la tregua sagrada de las Carneas. Los habitantes de Epidauro pidieron ayuda a los aliados del Peloponeso, pero algunos alegaron el mes sagrado como excusa y no aparecieron en absoluto, mientras que otros no llegaron siquiera a cruzar sus fronteras.

Antes de que la Liga de Argos pudiera aprovechar la oportunidad de atacar Epidauro, los atenienses convocaron una conferencia en Mantinea para discutir la paz. De nuevo, Alcibíades prefirió conjugar la presión militar y la diplomacia antes que embarcarse en una batalla con los hoplitas, y planeó usar la vacilación de Agis como recurso para persuadir a los corintios de que abandonasen a Esparta, antes de que ellos mismos fueran los abandonados. Sin embargo, durante la conferencia, los corintios, igual de astutos, acusaron de hipocresía a los aliados, porque mientras hablaban de paz, los argivos se habían alzado en armas contra los epidaurios. Así pues, exigieron la retirada de ambos ejércitos antes de que el congreso prosiguiera. Tal vez esperaban que los argivos rehusarían, y proporcionarían así una excusa para acabar con el encuentro, pero incluso tras convencer a los argivos para que se retiraran, la conferencia no llegó a buen puerto. Con toda seguridad, los corintios entendieron que su abandono de la Liga espartana conllevaría posiblemente el triunfo de Atenas; así pues, cuan-do Alcibíades intentó finalmente obligarlos a comprometerse en la nueva alianza contra Esparta, los corintios rechazaron los términos de la paz y pusieron fin a las esperanzas albergadas por el ateniense de conseguir una victoria diplomática.

Los argivos se apresuraron a volver a Epidauro para saquearla, y los espartanos marcharon de nuevo hacia la frontera en dirección a Argos. Esta vez, sin dudas sobre el destino hacia donde se dirigían. Para proteger a sus aliados argivos, los atenienses replicaron con el envío de mil hoplitas, a la vez que los propios argivos se replegaban para proteger su población. Sin embargo, los sacrificios de Agis produjeron de nuevo augurios desfavorables, y el ejército retornó a casa. Aun así, la simple amenaza de un ataque por parte de Esparta relajó la presión sobre Epidauro, lo que permitió a Agis y a sus adjuntos evitar una confrontación directa con Argos. Alcibíades volvió a Atenas con sus tropas, y la campaña del año 419 concluyó con una Corinto todavía aliada de Esparta, lo que dejaba claro que se necesitaría algo más que la diplomacia para destruir la Liga del Peloponeso. Un balance tan descorazonador no sólo iba a crear tensiones en la nueva Alianza, sino que daría a conocer el endeble equilibrio de los poderes políticos atenienses.

Durante el invierno siguiente, los espartanos embarcaron trescientos hombres para reforzar Epidauro. Su ruta les hizo pasar por las bases atenienses de Egina y Metana *(véase* mapa 1), lo que provocó las quejas de los de Argos. Su tratado requería que los atenienses impidieran el paso de cualquier fuerza enemiga por territorios aliados; pero Atenas, a pesar de controlar el mar, permitió

la travesía. Los argivos reclamaron que Atenas enmendase su actitud y devolviese a los ilotas y a los mesenios de Naupacto a Pilos, desde donde podrían hostigar a los espartanos. Estas demandas tenían como objetivo obligar a los atenienses a mostrar un mayor compromiso en la lucha contra Esparta.

Como respuesta, Alcibíades convenció a los atenienses para que inscribieran en la estela que contenía la Paz de Nicias que los espartanos habían faltado a sus juramentos, y para que devolviesen a los ilotas a Pilos, desde donde devastarían los campos de Mesenia. Aun así, los atenienses no denunciaron formalmente el Tratado, otra indicación más de la delicada situación política vivida en Atenas. Mientras gran parte de los atenienses apoyaba la Liga de Argos, no existía una mayoría estable que estuviera a favor de retomar la guerra contra Esparta. Alcibíades podía persuadir a sus compatriotas para que ingresaran en una Alianza donde eran otros los que llevaban el peso de casi todo el combate, pero no para que tomaran parte en una guerra que pondría en juego la vida de muchos de sus soldados. El desacuerdo y la ambigüedad no permitían la consecución de una política coherente o consistente.

También los espartanos se mostraron divididos entre ellos. Aunque ninguna de las acciones atenienses incumplía técnicamente los tratados, cada una de ellas era problemática por sí misma; y tampoco podían ignorar la participación ateniense en el ataque argivo a Epidauro. Aun así, los espartanos tampoco dieron por concluidos los tratados, ni dieron una respuesta formal a la declaración ateniense de que habían roto sus juramentos. Algunos espartanos estaban firmemente decididos a mantener la paz con Atenas; otros querían reavivar la llama bélica, pero eran partidarios de la adopción de distintas tácticas. Por un lado, los había que querían un ataque directo contra Argos y sus aliados, Atenas incluida; por otro, se esperaba separar a Argos de la alianza por medios diplomáticos y por la traición, antes de emprender de nuevo una guerra contra Atenas. Finalmente, tanto Atenas como Esparta optaron por no intervenir en la campaña de Epidauro, y el invierno transcurrió sin mayores incidentes.

El fracaso de la estrategia de Alcibíades para obtener resultados inmediatos y decisivos, junto con el posible temor de otra guerra contra Esparta, acarreó un cambio fatídico de liderazgo en Atenas. En el año 418, los atenienses eligieron como generales a Nicias y a algunos de sus adláteres, mientras que, por el contrario, Alcibíades era rechazado. En realidad, las elecciones representaron el voto de la cautela contra la incertidumbre y, en especial, una posición en contra de la utilización de las tropas atenienses en los campos de batalla de Laconia; no obstante, al no abandonar la Liga de Argos, los atenienses continuaban obligados a prestar ayuda a sus aliados del Peloponeso. Tal vez querían un líder más conservador para sus ejércitos, sin querer reconocer la contradicción intrínseca de pertenecer a dos alianzas entre Estados enfrentados.

ENFRENTAMIENTO EN LA LLANURA DE ARGOS

A mediados del año 418, el rey Agis se puso al mando de un contingente de ocho mil hoplitas para sitiar la ciudad de Argos; éste incluía la totalidad del ejército espartano, a los tegeatas y a otros arcadios leales a Esparta. A los restantes aliados de Esparta, tanto dentro como fuera del Peloponeso, se les dio orden de reunirse en Fliunte; sumaban en total unos doce mil hoplitas, así como cinco mil peltastas y mil soldados de la caballería y de la infantería a caballo de Beocia. Este conglomerado de tropas tan extraordinario era la repuesta de Esparta a la amenaza que la política de Alcibíades planteaba. Los espartanos se habían embarcado en una campaña así porque «sus aliados, los habitantes de Epidauro, estaban sufriendo mucho, y entre los restantes aliados del Peloponeso algunos padecían insurrecciones, mientras que otros se mostraban reacios a ofrecer ayuda. Pensaron que, si no tomaban medidas inmediatamente, el problema pasaría a mayores» (V, 57, 1).

Para enfrentarse a este ejército, los argivos reunieron siete mil hoplitas; los eleos, tres mil, y entre los mantineos y los aliados arcadios, unos dos mil más: un contingente que sumaba unos doce mil hombres. Los atenienses habían acordado enviar mil hoplitas adicionales y trescientos hombres a caballo, pero éstos todavía no habían llegado. Si los argivos dejaban que los dos ejércitos ene-

migos llegaran a unirse, serían superados en número de forma rotunda: veinte mil hoplitas espartanos contra sus doce mil hombres, sumados a mil efectivos de caballería y a cinco mil peltastas espartanos frente a ningún cuerpo de este tipo por su parte. Así pues, debían cortarle el paso a Agis antes de que su ejército alcanzara a la formación del norte en Fliunte, por lo que pusieron rumbo al oeste, hacia la Arcadia *(véase* mapa 17).

El camino más directo desde Esparta a Fliunte pasaba por Tegea y Mantinea; no obstante, Agis no podía correr el riesgo de tomarlo, ya que necesitaba evitar el enfrentamiento directo antes de reunirse con el ejército norteño. Por el contrario, tomó una ruta hacia el noroeste a través de Belmina, Metidrio y Orcómeno. En Metidrio, se encontró con los argivos y con sus aliados, que ocuparon una posición en lo alto de una colina para cortar el paso a los espartanos. También bloquearon el camino a Argos y Mantinea, lo que venía a confirmar que, si Agis intentaba llevar a su ejército al este, se encontraría aislado en territorio hostil y, por lo tanto, obligado a presentar batalla en solitario contra un número muy superior de enemigos. Con esta maniobra, los argivos obtuvieron un gran éxito táctico y Agis no pudo hacer nada, salvo ocupar otro alto frente al enemigo. Al caer la noche, la situación de Agis parecía desesperada: tendría que luchar a pesar de tenerlo todo en contra o batirse en retirada y caer por ello en la deshonra.

Sin embargo, la llegada del alba trajo una sorpresa a los aliados argivos: el ejército espartano se había desvanecido. Agis se las había arreglado para eludir a los argivos durante la noche y estaba de camino a su cita en la ciudad de Fliunte, donde se puso al mando del «ejército griego más selecto que jamás se hubiera reunido hasta aquel momento» (V, 60, 3). A unos veintisiete kilómetros se encontraba Argos con sus tropas defensivas, que se habían apresurado a retornar tras la oportunidad desaprovechada en Metidrio. Entre los dos ejércitos se extendía un territorio montañoso y agreste, atravesado por un único paso transitable para la caballería, el desfiladero del Treto, que comenzaba al sur de Nemea y se extendía frente a Micenas *(véase* mapa 18). No obstante, también existía una ruta más fácil al oeste del Treto, ésta pasaba por el monte Kelusa e iba a morir a la llanura de Argos. Aunque esta vía presentaba problemas para la caballería, la infantería podría utilizarla para alcanzar Argos. Sin embargo, a pesar de que los argivos conocían su existencia, sus generales se dirigieron directamente a Nemea para afrontar un ataque directo a través del paso del Treto, lo cual les dejó desguarnecidos frente a un movimiento lateral a la altura del monte Kelusa. Éste era el segundo y tremendo error del mismo tipo que los argivos cometían en pocos días, con él se eludía el enfrentamiento directo y se permitía al enemigo tomar objetivos operativos. Quizás, una vez más, los generales de Argos actuaban para ganar tiempo con la esperanza de que la reconciliación todavía pudiera hacerse efectiva.

Agis dividió sus fuerzas en tres columnas. Los beocios, sicionios y megareos, junto al conjunto de la caballería, avanzaron a través del paso del Treto. Los hombres de Corinto, Pelene y Fliunte continuaron por el camino del monte Kelusa y probablemente alcanzaron la llanura a la altura de la actual población de Fictia. Agis en persona iba al mando de los espartanos, los arcadios y los epidaurios por una tercera ruta, también escarpada y dificultosa, la cual debió de haberle llevado cerca del pueblo moderno de Malandreni; en cualquier caso, hasta una posición avanzada en la propia retaguardia del ejército argivo. De nuevo había llevado a cabo con éxito una travesía nocturna. Por la mañana, los mandos de Argos en Nemea tuvieron noticia de que Agis estaba tras sus líneas saqueando la población de Saminto y sus alrededores, probablemente en la actual Kutsopodi. De vuelta a su ciudad, varias escaramuzas con los de Fliunte y los corintios retrasaron a los argivos, y cuando éstos lograron abrirse camino, se vieron atrapados entre Agis y los ejércitos aliados. «Los argivos quedaron atrapados: por un lado, en la llanura, los espartanos y sus acompañantes les cerraban el paso a la ciudad; sobre ellos, desde la altura, los corintios, los de Fliunte y los de Pelene, y por el lado de Nemea, beocios, sicionios y megareos. Y carecían de caballería, pues entre todos los aliados sólo faltaba Atenas» (V, 59, 3).

Encararon a los espartanos que se alzaban entre ellos y su propia ciudad, y se dispusieron a entrar en batalla. Justo cuando los ejércitos parecían precipitarse en un choque inminente, dos argivos, Trasilo y Alcifrón, se ofrecieron a parlamentar con Agis. Para sorpresa de todos, volvieron con la concesión de una tregua de cuatro meses, por lo que no tuvo lugar ningún combate. Todavía

más extraña fue la reacción de los dos ejércitos: ambos contingentes estaban furiosos por desperdiciar la ocasión de entrar en guerra. Los argivos creyeron desde un principio que «la batalla se daría probablemente en circunstancias favorables, ya que los espartanos habían quedado atrapados en su territorio y a las puertas casi de la mismísima Argos» (V, 59, 4). Cuando volvieron a la ciudad, desposeyeron a Trasilo de sus propiedades y lo lapidaron hasta la muerte. Por su parte, los espartanos «culparon en gran medida a Agis de no haber conquistado Argos, ya que juzgaron que nunca se les había presentado una oportunidad mejor» (V, 63, 1).

Cuando por fin llegaron los atenienses, pocos y tarde, los magistrados argivos (que sin duda pertenecían a la facción oligárquica) les invitaron a marcharse y se negaron a que compareciesen ante la Asamblea. Con una audacia pasmosa, Alcibíades, que había acompañado a las tropas en calidad de embajador, no pidió disculpas por el retraso de los atenienses, sino que se quejó de que los argivos no tenían derecho a concertar una tregua sin haber consultado previamente a sus aliados. En cambio, llegó a insistir, éstos debían reanudar la contienda, puesto que los atenienses ya habían llegado. Se convenció con rapidez a Élide, Mantinea y a las demás aliadas, y la Alianza al completo decidió atacar Orcómeno en Arcadia, enclave desde donde podrían impedir el paso hacia el Peloponeso central y meridional de un ejército que se aproximase desde el istmo de Corinto o más allá. Tras cierto retraso, los argivos se unieron también al asedio de Orcómeno, que no resistió durante mucho más tiempo y pasó a formar parte de la nueva Alianza. Alcibíades, incluso sin ni siquiera estar formalmente al mando, había coartado los deseos de los rivales de Atenas y había insuflado nueva vida a la cuádruple unión.

La pérdida de Orcómeno enervó a los espartanos, lo que les hizo condenar la actuación de Agis. Se decidió destruir su casa y ponerle una sanción de diez mil dracmas; sólo se lo impidió su palabra de no dejar sin venganza tal oprobio la próxima vez que entrara en combate. Aun así, los espartanos aprobaron una ley sin precedentes por la que se designaba a diez *sýmbouloi,* que acompañarían a Agis en sus expediciones para «asesorarle»; tampoco podría asumir el mando de un ejército fuera de la ciudad sin su consentimiento. Los espartanos no pensaban que el error estuviera en su rendimiento militar; porque, si su intención era culparle por el fracaso de sus campañas o por su capacidad de resistencia, tendrían que haberlo castigado inmediatamente al volver a Esparta, no más tarde. Más bien estimaron que sus faltas eran de tipo político, ya que Agis habría querido que los oligarcas de Argos inclinasen la postura de su ciudad hacia Esparta sin tener que recurrir a la lucha. Sin embargo, la caída de Orcómeno venía a probar que su plan había fracasado, pues la continua vitalidad de la Liga se había visto reforzada.

Tras la pérdida de esta plaza, Agis abandonó la esperanza de un acercamiento con Argos y decidió vengarse por la aparente traición de sus ciudadanos. El conflicto con Tegea le ofreció la oportunidad que necesitaba. Los triunfos de la nueva alianza y la vacilación de los espartanos habían alimentado a una facción deseosa de entregar esta ciudad a los argivos y sus aliados. Los espartanos supieron rápidamente que, a menos que actuaran con celeridad, la ciudad estaría perdida. De hecho, el control de Tegea en manos hostiles los encerraría en Laconia, pondría fin a su autoridad dentro de la Liga e interferiría sus accesos a Mesenia. Allá por el siglo VI, la entrada de Tegea había marcado los inicios de la Liga del Peloponeso y la ascensión hegemónica de Esparta; en estos delicados momentos, su deserción supondría el fin de ambas cosas. Agis y los suyos no tendrían más opción que dirigirse al norte para evitar su defección.

Capítulo 18

La batalla de Mantinea (418)

Los espartanos tuvieron conocimiento de la amenaza que se cernía sobre Tegea a finales de agosto del año 418, y dieron aviso a sus aliados de Arcadia inmediatamente para que fueran a su encuentro. También solicitaron a sus aliados de Corinto, Beocia, de la Fócide y Lócride que se dirigieran a Mantinea tan rápido como les fuera posible; pero la capacidad de reacción de estas tropas era más bien incierta, porque la caída de Orcómeno había puesto en manos enemigas las rutas más transitables del sur. Para poder atravesarlas sin grandes riesgos, esos aliados del norte tendrían primero que reunirse, presumiblemente, en Corinto, para poder después intimidar mediante su fuerza numérica a cualquier oponente. Aun así, una vez llegadas las noticias de Esparta, el ejército del norte no podría alcanzar Mantinea en menos de doce o catorce días. Además, el discurso de Tucídides refleja que algunos consideraban improcedente el llamamiento, como los beocios y los corintios, que probablemente todavía estaban molestos por el resultado de su última incursión en el Peloponeso, por lo que una posible combinación de renuencia y resentimiento podría hacer retrasar su llegada.

AGIS MARCHA SOBRE TEGEA

En Mantinea, Agis esperaba encontrarse con un ejército enemigo de las mismas proporciones que aquel al que se había enfrentado en Argos: unos doce mil hombres. En esa ciudad, sus propias fuerzas habían sumado unos ocho mil efectivos, a los que ahora había que añadir algunos *neodamodes;* con el ejército tegeata al completo en su propia ciudad, el total del conjunto ascendería a diez mil hoplitas. Aun así, el contingente enemigo sería todavía mayor.

Además, se enfrentaba a otro problema: los espartanos habían acabado perdiendo la confianza en su persona. Había participado en la invasión del Ática al mando de los ejércitos por dos veces; en la primera, la incursión se vio truncada a causa de un terremoto; mientras que al año siguiente, el trigo ático, aún demasiado verde, no había servido para alimentar a los soldados, a lo que hubo que sumar grandes tormentas que aumentaron el malestar de la hambrienta tropa. Tras sólo dos semanas —la incursión más breve de la guerra—, las noticias de la fortificación de Pilos obligaron a Agis a conducir a sus tropas de vuelta a Esparta con las manos vacías después tantas molestias. Ninguna de las dos campañas le había conferido experiencia en el campo de batalla, y en las dos habían sufrido un grado inusual de mala fortuna. De la misma forma, la expedición del 418 a Argos tampoco había hecho crecer la popularidad del joven monarca. Al parecer, por dos veces tuvo que volver de la frontera por tener a los hados en su contra, y cuando finalmente pudo batir al enemigo, rodeado e inferior en número, no había querido hacerlo. Cualquier simpatía que hubiera podido cosechar por haber antepuesto la diplomacia al enfrentamiento se esfumó cuando los argivos y sus aliados tomaron Orcómeno. Las malas noticias que llegaron de Tegea sin duda debieron avivar el descontento espartano; sólo el hecho de que su otro gobernante, Plistoanacte, hubiera caído en el descrédito puede explicar que permitieran que Agis liderara sus ejércitos de nuevo; aun así, se tomó una medida humillante por lo inusual: Agis tenía que someterse a la guía de diez consejeros. Mantinea era la última oportunidad que tenía para probarse a sí mismo; el éxito traería la redención; la derrota significaría su desgracia.

Para llevar a cabo esta campaña, Agis se enfrentaba con un problema de estrategia delicado: debía llegar a Tegea lo más pronto posible para prevenir el alzamiento; pero, tras su llegada, tendría

que esperar al contingente del norte una semana más como mínimo, y contener mientras tanto a un ejército mayor que el suyo. Cualquier otro dirigente espartano hubiera optado por permanecer dentro de las murallas de Tegea y rehusar la batalla hasta la aparición de los aliados; con esta acción se habría permitido que el enemigo saqueara los campos tegeatas, destruyera las cosechas y se aproximara a la ciudad para lanzar acusaciones de cobardía contra los espartanos y su comandante; pero Agis no podía permitirse ni la más pequeña insinuación relacionada con su miedo a lanzarse a la lucha. Al tener que combatir a un enemigo superior en número, se había visto obligado a correr el riesgo de llevarse a todo el ejército espartano; con ello había dejado Esparta sin protección en un momento en que los mesenios se pertrechaban en Pilos y amenazaban con promover una rebelión entre los ilotas.

Camino de Tegea, Agis recibió la buena noticia de que los eleos no se habían reunido con sus aliados en Mantinea. Los habitantes de esta ciudad querían atacar Tegea, población vecina y vieja enemiga, mientras que los eleos preferían ir en contra de Lépreo; los atenienses y los argivos, por su parte, reconocían la importancia estratégica de Tegea, y compartían el punto de vista de los mantineos. Los eleos se habían tomado la negativa como una ofensa, y decidieron retirar a sus tres mil hoplitas. Agis aprovechó las fisuras entre los miembros de la Alianza, e hizo regresar a una sexta parte de sus tropas para proteger Esparta. No obstante, incluso sin estos quinientos o setecientos hombres, sus ejércitos superaban al del enemigo con nueve mil efectivos del bando espartano por los ocho mil pertenecientes a la Liga de Argos.

UNA BATALLA FORZADA

Aunque el abandono de los eleos había resuelto en parte la difícil situación estratégica de Agis, éstos pronto se dieron cuenta de lo insensato de su retirada, y decidieron volver para engrosar las filas del ejército de la Liga de Argos; probablemente llegarían antes incluso de que los aliados septentrionales de Esparta alcanzaran la zona. La situación exigía que Agis forzara la batalla antes de que los eleos reaparecieran. Tras reunirse con sus aliados en Tegea, marchó hacia el santuario de Heracles (el Heracleo), a poco más de dos kilómetros de la ciudad de Mantinea en dirección sudeste *(véase* mapa 19). La llanura elevada donde se situaban las antiguas ciudades de Tegea y Mantinea se encuentra rodeada por montañas de una altitud de unos setecientos metros. En su parte más larga, de norte a sur, el altiplano tiene una extensión de unos treinta kilómetros, y en la más ancha, de este a oeste, alcanza los diecisiete. La llanura va en descenso de sur a norte, y Mantinea está emplazada a unos treinta metros por debajo de Tegea, a unos dieciséis kilómetros.

A un poco menos de cinco kilómetros al sur de Mantinea, la llanura se estrecha de nuevo hasta formar un desfiladero de unos tres kilómetros de anchura entre dos altos, el Miticas al oeste y el Kapnistra en el este. La frontera entre estas dos ciudades-estado probablemente estaba allí o un poco más al sur. No lejos de Tegea, el Zanovistas, como se conoce en la actualidad a este río, nace y discurre hacia el norte hasta desaparecer bajo tierra en los límites occidentales de la llanura de Mantinea, al norte del Miticas. Otra corriente, la del Sarandapótamos, pasa por Tegea en su camino hacia el norte, hace una curva brusca hacia el este a través de una garganta y concluye desaguando en tres sumideros, cerca de la moderna población de Versova, todavía en territorio tegeata. Mantinea tenía dos salidas al sur, una se dirigía al sudoeste hasta Palantio, y la otra, situada cerca del confín este del desfiladero, iba hacia el sur, hasta Tegea. Al este de Mantinea, se hallaba una montaña que los antiguos conocían como el Alesio. El camino de Tegea pasaba por allí, y donde las montañas se convertían en una llanura se alzaba el templo de Poseidón Hipios. Al sur del monte Alesio, existía en la época un bosque de robles, llamado el Pélagos, que llegaba casi hasta Kapnistra y Miticas. El camino de Tegea atravesaba el bosque, mientras que la ruta de Palantio lo bordeaba por el oeste. El santuario de Heracles, lugar donde acamparon los espartanos, estaba emplazado en la parte oriental de la llanura, al sur del monte Alesio.

Agis dio comienzo a la ofensiva y devastó los campos del enemigo para forzar su defensa en campo abierto, pero los espartanos habían llegado con la estación recolectora demasiado avanzada

como para que esta táctica ejerciera su habitual presión. El grano de Mantinea se había recogido a finales de junio y julio, por lo que las cosechas, y todo aquello de valor que pudiese transportarse, ya se habían puesto a buen recaudo. Entretanto, los miembros de la coalición argiva habían ocupado una buena posición defensiva en las estribaciones del Alesio, «abrupta y de difícil acceso» (V, 61, 1). Por ahora, habían pedido a los eleos que se uniesen de nuevo a los aliados, y éstos ya venían de camino; los refuerzos atenienses también estaban cerca, un factor del que posiblemente eran conscientes los generales de la Liga de Argos. Cuando llegasen, los argivos dispondrían de superioridad numérica y podrían escoger el momento de iniciar la batalla, siempre y cuando ésta tuviera lugar antes de que arribaran los aliados espartanos del norte. Hasta la llegada de los refuerzos atenienses, los de Argos no tenían motivos para buscar el combate, a no ser que Agis fuera tan insensato como para ir en su contra.

Y eso fue exactamente lo que intentó hacer el monarca: que sus hombres subieran al Alesio. Era un acto irresponsable, fruto de un hombre desesperado, porque cualquier ataque colina arriba contra una falange de hoplitas estaba condenado de antemano, incluso contando con una ventaja numérica. Los espartanos se acercaban «a tiro de las piedras y las jabalinas», cuando repentinamente el avance quedó interrumpido. «Uno de los ancianos», al evaluar lo imposible de la situación, le gritó a Agis que lo que planeaba hacer «sería tapar un mal con otro mucho peor» (V, 65, 2). El anciano pudo ser uno de los *sýmbouloi* (consejeros), que alcanzó a ver que el joven rey trataba de borrar con su actuación el mal recuerdo de su comportamiento en Argos. Agis tomó en consideración la advertencia y dirigió una rápida retirada sin llegar a entrar en contacto con el enemigo, aunque sólo la falta de disposición de los aliados para perseguirlos evitó un desastre mayor.

En esos momentos, Agis tenía que sentirse más desesperado que nunca, porque quedaba patente que el ejército enemigo no abandonaría su posición elevada hasta que no se les uniesen los refuerzos. Así pues, al comprender que tendría que hacer frente a una batalla adversa en el momento y lugar elegidos por el enemigo, solicitó que los hombres que había enviado de regreso a Esparta volvieran de nuevo a Tegea. Para poder aumentar sus posibilidades, debería correr el riesgo de dejar a Esparta sin protección durante algunos días.

Mientras el rey Plistoanacte se colocaba a la cabeza de las fuerzas requeridas camino de Tegea, Agis ideó un plan para obligar al enemigo a desplazarse a la llanura y forzar la batalla antes de que apareciesen los refuerzos. Durante años, los tegeatas y los mantineos se habían enfrentado por el control de las vías fluviales que atravesaban el valle. Los arroyos y los torrentes montañosos de la región desaguaban en sumideros en la piedra caliza subterránea. Cada vez que las lluvias torrenciales desbordaban los sumideros, Mantinea corría el peligro de quedar inundada por el desnivel en el que estaba emplazada. Durante la estación pluvial, los tegeatas taponaban los sumideros o desviaban el cauce de los arroyos por medio de zanjas para conducir las corrientes hasta el territorio mantineo. Otro de sus recursos era hacer converger el curso del Sarandapótamos con el del Zanovistas, con lo que la llanura quedaba inundada en perjuicio de los campos y la ciudad. Esto se lograba cavando un canal de unos tres kilómetros entre los ríos en su punto más próximo. Posiblemente, esta práctica ya la venían ejecutando desde hacía algún tiempo, y sólo tenía que aprovechar la antigua construcción; cuando querían hacer que el Sarandapótamos volviera a su curso normal, simplemente elevaban un dique en el canal. En sus repetidos conflictos con Mantinea, los tegeatas siempre podían derribar la barrera con facilidad y volver a inundar las tierras de la ciudad vecina.

Agis se dirigió a Tegea, probablemente para desviar el curso del Sarandapótamos hacia el del Zanovistas; también es posible que enviara hombres para obturar los sumideros fronterizos o para cavar zanjas que hicieran fluir el agua. Sin embargo, estas obras no bastaban por sí solas para lograr el objetivo de Agis, ya que «su intención era que los hombres desplazados en la colina bajasen a impedir el desvío de las aguas en cuanto se enteraran, y así entablar una batalla en la llanura» (V, 65, 4). Sin embargo, los sumideros se encontraban a cierta distancia del monte Alesio, donde Agis había dejado el ejército, y todavía más lejos de Mantinea, donde los argivos esperaban refugiarse cuando las tropas espartanas se hubieran retirado, por lo que, con el bosque Pélagos en medio, probablemente los argivos no descubrieron las tácticas de los espartanos de manera inmediata. No

obstante, pasado un día, los mantineos descubrirían que pasaba agua por el cauce seco que corría por su territorio y, por experiencia, se darían cuenta con amargura de lo que los tegeatas y sus aliados estaban intentando hacer. A no ser que los mantineos hicieran que el Sarandapótamos retomara su curso antes de la llegada de las lluvias, lo que sucedería en cuestión de semanas, su territorio quedaría inundado.

LA MOVILIZACIÓN DEL EJÉRCITO ALIADO

El plan de Agis —la mejor apuesta con la que podía contar en su desesperación— daba por supuesto que la ira y el miedo harían que el enemigo buscara de inmediato un enfrentamiento que sería mejor postergar. Tras un día en las cercanías de Tegea, Agis se dirigió de nuevo al santuario de Heracles, deseoso de ordenar la batalla en el mejor emplazamiento para combatir y aguardar a la vanguardia argiva. Sin embargo, jamás llegó allí, porque el enemigo no se comportó según lo esperado; las sospechas políticas y la desconfianza que imperaba en el ejército de la coalición argiva jugaron directamente en contra del propio Agis.

Después de la retirada espartana del monte Alesio, las tropas argivas comenzaron a impacientarse por la falta de acción de sus generales: «La vez anterior, los espartanos, aun atrapados en Argos, habían podido escapar; ahora no sólo huían sin que nadie les persiguiera, sino que conseguían ponerse a salvo tranquilamente, mientras a nosotros nos traicionan» (V, 65, 5). Esta última palabra es de lo más aclaradora: la soldadesca descontenta no acusaba a sus mandos de cobardía, sino de traición *(prodidontai).* Los generales argivos probablemente pertenecían al clan aristocrático de los Mil, y como sus acciones previas habían levantado las sospechas de los demócratas de Argos, ahora se veían obligados a dar la orden de descender de las alturas y prepararse para presentar batalla.

Fuera lo que fuera lo que le esperase a su salida de Tegea, Agis tenía que cruzar al lado norte del desfiladero. Si las tropas enemigas estaban en Mantinea, se vería forzado a esperar hasta que la visión de las aguas del cauce del Zanovistas les hiciesen salir. Si ya habían alcanzado la llanura, la batalla se iniciaría de inmediato. Conforme sus tropas dejaban atrás el bosque en formación de columnas, el encuentro con el enemigo desde tan cerca, lejos de las colinas y preparado en formación de batalla les pilló por sorpresa. Los aliados habían acampado en la llanura para pasar la noche y, desde lo alto, los vigías debían de haber informado a los generales argivos de la maniobra de aproximación de Agis. Como resultado, habían podido formar cerca del sitio donde los espartanos abandonarían la espesura, y ahora tenían la oportunidad de esperarlos con la disposición táctica elegida por ellos. Agis había caído en la trampa.

LA BATALLA

La primera tarea del monarca espartano era salir del bosque en columnas y emplazar al ejército, alineado y en orden de batalla, antes de que el enemigo pudiera sacar partido de su momentánea desorganización y se lanzara al ataque. En ese momento, la disciplina y el entrenamiento inigualables del ejército espartano debían entrar en juego, porque Agis sólo necesitaba dar órdenes a los oficiales de sus siete divisiones para que la cadena de mandos hiciera el resto. A diferencia de otros ejércitos griegos, el ejército de Esparta «estaba compuesto por oficiales de distintos rangos, y la responsabilidad a la hora de cumplir ordenes está en manos de muchos» (V, 66, 4). En apariencia, los generales argivos optaron por no golpear al enemigo mientras abandonaba el bosque, o bien decidieron no cargar contra las tropas antes de que se colocaran en formación. Cualquiera de estas tácticas habría forzado la retirada espartana, por lo que la batalla habría quedado pospuesta; los generales, presionados por las quejas de sus soldados, tomaron la determinación de entrar en batalla ese día.

Los aliados emplazaron el contingente mayor —el de los mantineos, que además luchaban por su

territorio— en el flanco derecho, mientras que cerca de ellos se colocó a los demás arcadios, cuyas motivaciones eran similares; a su lado, se situó la aristocracia argiva de los Mil, especialmente adiestrados. Se esperaba que el ala derecha llevase el peso de la ofensiva y se mostrase como decisiva en el transcurso de la batalla. Junto a ellos, se dispusieron los habituales hoplitas argivos y, a su lado, los hombres de Orneas y Cleonas. En el flanco izquierdo, se encontraban unos mil atenienses, asistidos por sus tropas de caballería. Este lado tenía intención de quedarse a la defensiva, evitar el cerco e impedir la huida hasta que el flanco derecho asestase el ataque decisivo.

La manera de alinearse de los espartanos no da muestras de un plan de batalla concreto. Los escritas, arcadios que servían como exploradores o en conexión con la caballería, se colocaron en el flanco izquierdo, su lugar habitual. Después, estaban las tropas que habían combatido con Brásidas en Tracia, junto con algunos *neodamodes.* El grueso del ejército espartano ocupaba el centro, cerca de los aliados arcadios provenientes de Herea y Menalia. Los tegeatas tomaron posiciones a la derecha, apoyados por unos pocos espartanos que cerraban la columna. La caballería se dividió para proteger ambos flancos. Esta disposición era convencional y defensiva, como era de prever en un general cogido por sorpresa. La iniciativa quedaba, pues, en manos de los argivos.

El ejército aliado, con unos ocho mil hoplitas, se extendía a lo largo de un frente de un kilómetro, mientras que los nueve mil soldados peloponesios formaban una línea unos cien metros más larga. En el flanco derecho, los tegeatas y el pequeño grupo de espartanos que iba con ellos sobrepasaba el flanco izquierdo aliado, pero éstos decidieron no enviar refuerzos para compensar el déficit numérico. Por el contrario, extendieron su posición por la derecha, más allá de la de los escritas enemigos, situados en su lado izquierdo. Los espartanos marchaban con su paso lento habitual, mientras escuchaban el ritmo de las flautas con las que se imponía el orden de sus falanges, pero lo aliados «avanzaron con arrojo y vehemencia» (V, 70). Los generales aliados querían que sus mejores tropas golpearan con ímpetu por la derecha e hicieran retirarse al enemigo antes de que su propio centro o su izquierda se vinieran abajo.

Agis, al ver que su flanco izquierdo quedaba en peligro de ser rodeado, mandó que los escritas y los veteranos del ejército de Brásidas de ese lado se separaran del resto del ejército y se desplazaran todavía más a la izquierda para igualar la posición de los mantineos. Como esto creó una peligrosa fractura de la línea peloponesia, también ordenó a Hiponoidas y Aristocles, oficiales ambos, que sacaran sus compañías —tal vez unos mil espartanos en conjunto— del extremo derecho del grueso del ejército para cubrir el hueco formado.

No existe ninguna maniobra comparable en toda la historia bélica griega. Cambiar la línea de batalla cuando dos ejércitos estaban a punto de entrar en combate, abrir una fisura en una de las líneas propias a propósito y romper otra para tapar la primera eran maniobras de las que no se había oído hablar nunca. Sin embargo, el cambio por la derecha que había asustado a Agis era muy habitual en todos los ejércitos, porque la tendencia natural de las falanges hoplitas era inclinarse hacia el flanco sin protección, y por lo tanto el rey espartano debió haberla previsto: de nuevo actuaba así por su falta de experiencia.

Para Agis, el mejor plan de actuación habría consistido en mantener la formación, enviar al flanco derecho para que sobrepasase y envolviese el lateral izquierdo del enemigo, golpear el centro del mediocre contingente argivo con el potente ejército espartano y esperar a que el ala izquierda, que soportaba el peso de la arremetida enemiga, aguantara hasta que pudiese enviar refuerzos. El riesgo que se corría con una estrategia así era que el flanco izquierdo de los peloponesios se viera sobrepasado y rodeado demasiado pronto. Sin embargo, en la situación sorpresiva que envolvía a los espartanos, todas las alternativas entrañaban riesgos aún mayores. En estas circunstancias, Agis necesitaba el juicio, la seguridad y la determinación de un comandante experimentado; pero, como confirman sus actuaciones precedentes, éstas eran cualidades que todavía estaba por alcanzar. Por el contrario, se atrevió a dar unas órdenes tan fuera de lo común como las relatadas anteriormente.

Jamás sabremos cómo habría resultado la maniobra de Agis en caso de que se hubieran obedecido sus órdenes. El flanco izquierdo se desplazó conforme había ordenado para evitar la maniobra envolvente del enemigo, con lo que se creó un hueco entre ellos y el centro de la línea espartana; sin embargo, los soldados de su derecha no llegaron a cubrir la brecha, porque sus

capitanes, Aristocles e Hiponoidas, simplemente rechazaron cumplir las órdenes. Una insubordinación así no se había producido nunca jamás durante el mandato de Agis, y a ambos mandos se les acusó de cobardía y fueron condenados al destierro; por lo que parece, los tribunales de Esparta creyeron que la estrategia de Agis era realmente viable. Aun así, la verdad de la cuestión subyace en que, aunque los dos capitanes rehusaron cumplir las órdenes de su comandante en jefe, también se mantuvieron firmes en su posición central dentro de la falange; además, tampoco huyeron ni se pusieron a salvo, sino que volvieron a Esparta para enfrentarse al juicio. Éstas no son acciones propias de cobardes.

No obstante, el incumplimiento por parte de los oficiales espartanos de una orden directa en el campo de batalla requiere una explicación afirmativa, que podemos encontrar parcialmente en su creencia de que, como soldados de carrera, el ejército estaba liderado por un incompetente. Desde los primeros enfrentamientos con el enemigo, Agis había guiado a sus hombres a una carga cuesta arriba, insensata y sin futuro, para finalmente ordenar la retirada cuando se encontraban expuestos, a una distancia de tiro de lanza; y como colofón, se había dejado sorprender en campo abierto y había quedado a merced de la elección estratégica del enemigo. Otra explicación plausible de la acción de los capitanes es que Aristocles era hermano de Plistoanacte, con quien Agis compartía las tareas reales, y posiblemente contagió con su seguridad a Hiponoidas, a la espera de obtener la protección fraterna. En cualquier caso, sin duda reaccionaron así simplemente porque la orden les pareció una auténtica locura, e intentaron prevenir el gran riesgo en que ésta colocaría al ejército espartano.

Aun a pesar de que dos de sus capitanes habían desobedecido las órdenes de Agis, o quizá justo por eso mismo, los espartanos resultaron vencedores en la batalla. Al no desplazarse de su posición, no se crearon huecos en la parte derecha del centro sino que, por el contrario, la fortalecieron. Ahí fue donde se ganó la batalla. La victoria espartana también se fraguó gracias a los errores enemigos. Cuando Agis supo que no podría utilizar las tropas del flanco derecho para cubrir el vacío que había creado en el izquierdo, dio marcha atrás y quiso que el ala izquierda cerrara las líneas de nuevo, aunque llegó demasiado tarde. Los mantineos aplastaron con fuerza el flanco izquierdo espartano, y después, ayudados por las tropas de élite argivas, se dirigieron al hueco creado entre el centro y la izquierda de los espartanos.

Para los argivos y sus aliados, éste fue el momento decisivo de la batalla; su gran oportunidad de erigirse como vencedores. Si hubieran hecho caso omiso de los escritas, los *neodamodes* y los brasideos del flanco izquierdo, o bien hubieran enviado un pequeño contingente para ocuparse de ellos y se hubieran centrado en el otro flanco y en la retaguardia del cuerpo central del ejército espartano, que combatía muy cerca del enemigo, probablemente se habrían alzado con la victoria. En cambio, las tropas aliadas se dirigieron a la derecha y destruyeron el flanco izquierdo espartano, con lo que perdieron su gran ocasión, y con ella, la batalla. Los mantineos y las tropas de élite de Argos, al cargar a través de la brecha de las líneas espartanas, escogieron la salida más fácil y natural: optaron por la derecha, y no por la izquierda, porque a su derecha el flanco enemigo estaba desguarnecido, lo que significaba un objetivo más tentador y seguro que la parte izquierda, mucho más protegida. Además, los aliados se vieron sin duda sorprendidos por el hueco creado conforme se aproximaban a la falange enemiga, porque en un principio no empezaron su avance en esa dirección. Los generales aliados posiblemente dieron orden de que su flanco derecho se concentrara en la izquierda del enemigo para destruirla por completo, pues sólo así se podría esperar asestar un nuevo ataque contra el centro. La apertura repentina de la parte central izquierda requería un cambio de estrategia, pero se hacía difícil, por no decir imposible, revisar el plan de batalla una vez que la falange hoplita se había puesto en marcha, como ya el mismo Agis había tenido tiempo de descubrir. Tal vez un gran oficial al mando de un ejército conocido, homogéneo y con mucha instrucción hubiera podido alcanzar el éxito con una maniobra de tal calibre, pero la identidad del comandante aliado nos es desconocida y su ejército estaba formado por hombres que pertenecían a distintas ciudades. La fuerza aliada había actuado de manera previsible y, como consecuencia, había perdido la batalla.

Mientras los aliados perseguían en vano a los escritas y a los ilotas liberados, Agis y la

formación espartana emplazada en elcentro repelía la insignificante acometida de las tropas que tenían enfrente: las «cinco compañías» de veteranos argivos y los hoplitas de (leonas y Orneas. De hecho, «muchos no pudieron siquiera mantenerse y luchar, sino que huían conforme los espartanos se les acercaban; algunos incluso tropezaban en su prisa por alejarse antes de que el enemigo les alcanzara» (V, 72, 4).

En esos momentos, el flanco derecho espartano comenzaba a rodear a los atenienses, situados en la parte izquierda de las líneas aliadas. La caballería logró evitar una huida en desbandada, pero el desastre se avecinaba, pues el error de los aliados para explotar su ventaja en el flanco derecho había decidido ya la contienda.

Cuando la suerte de la batalla cambió de bando, Agis dio una serie de órdenes determinantes para la victoria. En vez de permitir que su ala derecha acabara con los atenienses que se retiraban, ordenó que el ejército al completo apoyara su flanco izquierdo, vencido y mal emplazado, lo que permitió huir a los soldados atenienses y argivos. La decisión del monarca espartano es totalmente comprensible desde un punto de vista militar: con toda seguridad, Agis quería evitar pérdidas mayores en su contra y destruir la flor y nata de las tropas enemigas —los mantineos y las fuerzas especiales argivas—, aunque también contaba a su vez con motivaciones políticas. Por muy extraño que parezca, Atenas y Esparta todavía estaban técnicamente en paz. La destrucción del ejército ateniense en Mantinea habría aumentado la fuerza de los enemigos de Esparta en Atenas, mientras que la contención espartana podría convencer a Atenas de que adoptase una política moderada y mantuviera la paz, a pesar de que Esparta recuperase su fuerza y su prestigio.

Al otro lado del campo de batalla, los mantineos y la élite militar argiva se dieron a la fuga al contemplar el colapso de sus propias fuerzas. Las bajas fueron muy altas entre las filas mantineas, pero «la mayoría de las tropas de élite de Argos pudieron ponerse a salvo» (V, 73, 3). Es difícil entender por qué, entre dos contingentes del mismo bando, uno quedó casi exterminado, mientras el otro no llegó a sufrir prácticamente daño alguno. Tucídides informa de que en la huida no se les persiguió muy lejos ni con muchas ganas, «porque los espartanos son capaces de luchar durante mucho tiempo y guardar el terreno hasta que derrotan al enemigo, pero, una vez vencido, las persecuciones son breves y en distancias cortas» (V, 73, 4). Sin embargo, esto no explica por qué murieron todos los mantineos, mientras que los de Argos conseguían ponerse a salvo. Para ello, debemos recurrir a Diodoro, un historiador muy posterior, que ofrece una interpretación distinta:

> Después de que lo espartanos acabaran con las otras secciones del ejército y dieran muerte a muchos, le tocó el turno a la élite de los Mil de Argos. Al ser más numerosos, los rodearon con la esperanza de acabar con todos ellos. Este cuerpo de élite, aunque inferior en número, sobresalía por su coraje. El rey espartano, que combatía a la cabeza, continuó el ataque contra todo peligro. Hubiera querido matarlos a todos —pues estaba deseoso de cumplir la promesa hecha a sus compatriotas, con la que quería enmendar su descrédito anterior por medio de actos extraordinarios—, pero no se le permitió hacerlo. El espartano Farax, que era uno de los consejeros y gozaba de una gran reputación en Esparta, le ordenó que ofreciera una escapatoria a las tropas argivas sin aprovecharse de aquellos que habían perdido cualquier esperanza de vida, para no dejar al descubierto el valor de unos hombres abandonados a su suerte. Así pues, el rey se vio obligado a obedecer las órdenes y permitir su huida conforme al consejo de Farax (XII, 79, 6-7).

Sin lugar a dudas, el *sýmboulos* Farax estaba pensando en el futuro y tenía en mente las repercusiones políticas que la batalla tendría. Aniquilar a la élite aristocrática de Argos, mientras la gran mayoría de sus ciudadanos, gentes amigas de la democracia, habían escapado, garantizaría la continuidad de la Liga de Argos junto a las demás democracias; por el contrario, si éstos volvían a casa tras una gran derrota de la política antiespartana, podrían hacerse con el control de la ciudad y arrastrarla a una alianza con Esparta, lo que significaría un golpe letal a la coalición enemiga. Vengativo e inmaduro, Agis, que estaba determinado a recuperar su honor, no podía prever las consecuencias en el fragor de la batalla. Sin ninguna duda, la decisión espartana de nombrar

consejeros que lo acompañasen no fue una idea tan descabellada.

LAS CONSECUENCIAS DE MANTINEA

Aunque la batalla de Mantinea no alcanzó a destruir completamente al ejército perdedor, sí tuvo, sin embargo, una tremenda importancia. Para los espartanos, el resultado más significativo fue el mero hecho de que no habían resultado vencidos. Si la fuerza selecta de los argivos hubiera sacado partido de la ruptura de las líneas espartanas como era debido y hubiera derrotado a los espartanos y a sus aliados, el control de Esparta en el Peloponeso hubiera tocado a su fin. La pérdida de Tegea, que con toda seguridad hubiera llegado tras la hipotética victoria aliada en Mantinea, hubiera dado al traste con la posición estratégica de Esparta al haberla aislado de sus aliados y de Mesenia. Más aun, el golpe al prestigio espartano habría resultado fatal para su hegemonía. Un triunfo aliado en Mantinea habría significado una victoria para Atenas y sus aliados en el encuadre mayor de este gran conflicto bélico. En cambio, con el triunfo espartano la confianza y la fama de la ciudad se recuperaban, y con ellas, sus habitantes: «Aquellas antiguas acusaciones por parte de los griegos de cobardía por la catástrofe de la isla de Esfacteria, y de titubeo y lentitud a la hora de valorar otros casos, quedaron eliminadas con esta única acción. Se creyó que entonces habían sufrido un revés de la fortuna, pero que, en lo tocante a su valor, seguían siendo los mismos» (V, 75, 3).

El éxito de los espartanos también trajo consigo el triunfo de la oligarquía, mientras que una victoria aliada habría fortalecido el gobierno democrático en Argos, Élide y Mantinea, y habría servido de estímulo para el resto de las democracias del Peloponeso. Por el contrario, esta derrota debilitaba el alcance de los demócratas en sus propios Estados y dañaba la tendencia democrática general. Esta batalla cambió la balanza a favor de la oligarquía a través de toda Grecia.

Los refuerzos de los tres mil eleos y los mil atenienses llegaron a Mantinea finalmente con la batalla ya concluida; si hubieran llegado antes para engrosar la formación central de las tropas aliadas, el final habría sido seguramente muy diferente. Ahora, todo lo que podían hacer era dirigirse contra Epidauro, para servir de relevo en el ataque que su ejército había lanzado contra Argos durante el choque de Mantinea, contentarse con construir un muro alrededor de la ciudad y dejar allí un destacamento para mantenerlo.

La alianza democrática sobrevivió, aunque de manera frágil y con la moral muy mermada. En noviembre, tras la retirada de las fuerzas aliadas, los espartanos trasladaron su ejército a Tegea con la intención de explotar su victoria por el lado diplomático, no por medio de la guerra. Enviaron a Argos a Licas, el *proxenos* argivo en Esparta, con una oferta de paz. Con anterioridad, ya había habido argivos proclives a Esparta que «deseaban acabar con la democracia»; la fuerza selecta de los Mil debió de contarse entre ellos. Tras su huida de Mantinea, eran la única milicia importante de Argos y su valor en la batalla había incrementado su reputación, mientras que la actuación poco entusiasta de los atenienses tenía avergonzados y desesperanzados a los demócratas. «Tras la batalla, los partidarios de Esparta encontraron más fácil convencer a la mayoría para que cerraran un acuerdo con Lacedemonia» (V, 76, 2).

Cuando Licas llegó a la asamblea de Argos para exponer los términos de la paz, se encontró con que Alcibíades, todavía un civil sin mando oficial, había acudido para defender la continuidad de la alianza con Atenas. Sin embargo, su habilidad no se podía comparar con las nuevas realidades creadas por el resultado de Mantinea y con el ejército espartano desplazado a Tegea, que no tenía rival. Los argivos aceptaron el tratado con Esparta; en él se solicitaba la liberación de todos los prisioneros, la devolución de Orcómeno, la evacuación de Epidauro y la unión con Esparta para obligar a hacer lo mismo a Atenas. Más allá de esto, los oligarcas, seguros de sí mismos, convencieron a los argivos para que renunciaran a sus alianzas con Élide, Mantinea y Atenas, y coronaran su victoria con el acuerdo de un tratado con Esparta.

La defección de los argivos fue un golpe mortal para la liga democrática, y cuando pidieron que los atenienses se retiraran de Epidauro, éstos no tuvieron más remedio que acceder. Mantinea estaba tan debilitada que también llegó a alcanzar un acuerdo con Esparta por el que renunciaba a controlar

un gran número de ciudades en Arcadia. El escuadrón argivo de los Mil se unió a otros tantos soldados espartanos en la expedición a Sición, donde promovieron el desarrollo de una oligarquía leal. Finalmente, el ejército mixto volvió a casa, donde depuso la democracia argiva para establecer un régimen oligárquico.

Hacia el mes de marzo del 417, los espartanos lograron hacer pedazos la liga democrática por medio del enfrentamiento y la subversión. No obstante, aunque el éxito en Mantinea había conseguido librar del desastre a Esparta, tampoco garantizaba plenamente su seguridad en el futuro. Los atenienses eran todavía muy poderosos, y Alcibíades continuaba favoreciendo una política de corte agresivo. Pilos seguía en poder de Atenas, lo que era una constante invitación para la defección o la rebelión ilota. También Élide se hallaba fuera del control espartano; además, los acontecimientos pronto demostrarían que la oligarquía de Argos quedaba lejos de estar afianzada. Por último, las diferencias de opinión sobre el tipo de política que debía seguirse continuaban fomentando la división entre los propios espartanos. El significado ulterior de la batalla de Mantinea quedaba todavía por ver.

Capítulo 19

Después de Mantinea: la política de Esparta y Atenas (418-416)

LA RESTAURACIÓN DE LA DEMOCRACIA EN ARGOS

Entre los griegos, allí donde la democracia había echado raíces, las gentes quedaban descontentas con la imposición de la oligarquía y perseguían con ahínco la restauración del gobierno popular. En Argos, los oligarcas recién llegados al poder precipitaron este proceso con su comportamiento represor: «Escogieron a los que se habían alzado como líderes populares y [los oligarcas] los condenaron a muerte; después, aterrorizaron al resto de los argivos con la amenaza de derogar sus leyes, y empezar a dirigir por ellos mismos los asuntos públicos» (Diodoro, XII, 80, 3). En el agosto del año 417, los demócratas de Argos prendieron la llama de la rebelión durante el festival espartano de las Gimnopedias; asesinaron o desterraron a muchos de los oligarcas y restablecieron el gobierno popular. Los oligarcas supervivientes solicitaron frenéticamente la ayuda de Esparta, pero los espartanos no abandonaron sus celebraciones. Pasado un tiempo, enviaron un ejército a Argos, aunque no llegó a realizar ninguna intervención significativa mientras estuvo allí.

Rechazados por los espartanos, los demócratas argivos siguieron el consejo de Alcibíades y construyeron unos muros largos que conectaban Argos con el mar con la ayuda de los eleos. También trataron de alcanzar una alianza con Atenas, a la que sus murallas ofrecían una ruta abierta por mar. A finales del verano, la obra quedó terminada, pero los espartanos enviaron contra la ciudad un ejército comandado por Agis y destruyeron lo construido. También capturaron Hisias, una población argiva, donde mataron a todos los hombres libres que habían hecho prisioneros justo antes de poner fin a la campaña y volver a Esparta. Estas atrocidades eran cada vez más frecuentes, aunque Tucídides no hace ningún comentario al respecto.

Tras su regreso al gobierno después de la partida espartana, los demócratas argivos tomaron medidas para evitar más traiciones, y atacaron Fliunte, población en la que se habían asentado la gran mayoría de los oligarcas desterrados. En el año 416, Alcibíades, de nuevo general ateniense, condujo una flota a Argos para hacerse cargo de trescientos sospechosos, acusados de simpatizar con Esparta, y los dispersó por diferentes islas. Más adelante, en ese mismo año, los argivos realizaron más detenciones, pero muchos otros disidentes consiguieron escapar al exilio antes de ser apresados. A pesar de tales medidas, Argos continuaba siendo vulnerable a un ataque espartano, por lo que se hizo un llamamiento a los atenienses para que los defendieran de forma más activa. En ese momento, sin embargo, la alianza con Argos ofrecía pocas ventajas y muchos peligros para Atenas.

LA VIDA POLÍTICA DE ATENAS

En la primavera del año 417, la elección tanto de Nicias como de Alcibíades puso de manifiesto la división y la confusión reinantes en el seno de la política ateniense. Alcibíades volvía a insistir en apoyar a sus amigos de Argos; pero, sin Élide y Mantinea, no había esperanzas de retomar una campaña activa en el Peloponeso. Además, Nicias quería recuperar los territorios calcídicos y tracios, regiones cruciales para Atenas por sus riquezas en moneda y madera, y en cambio no estaba dispuesto a perder tropas en el Peloponeso. Los atenienses necesitaban recobrar los territorios perdidos, sus súbditos y su prestigio antes de que la idea de la rebelión se extendiera más aún.

Desde la paz del 421, se habían producido otras defecciones del lado ateniense en Calcídica, y el rey de Macedonia era sin duda una nueva amenaza para el Imperio.

En el año 418, los espartanos, en compañía de los oligarcas argivos, habían convencido a Perdicas de Macedonia para que jurase una alianza con ellos; aun así, éste se comportó de forma prudente y no rompió completamente su relación con Atenas. Sobre el mes de mayo de 417, los atenienses forzaron al rey a posicionarse al planear una campaña en contra de los calcídicos y de Anfípolis, con Nicias a la cabeza. Perdicas rehusó cumplir con su parte, lo que obligó a los atenienses a abandonar el plan. Éstos respondieron imponiendo un bloqueo sobre las costas macedónicas, que no llegó a surtir ningún efecto. Los ciudadanos de Atenas no conseguían acordar ninguna acción política en la Asamblea, y los intentos de sus dos líderes más importantes, al perseguir diferentes estrategias a la vez, estaban en punto muerto y sólo les habían conducido al fracaso.

EL OSTRACISMO DE HIPÉRBOLO

Hipérbolo estaba decidido a resolver la situación, aunque para ello tuviera que echar mano del viejo recurso del ostracismo, caído en desuso por aquel entonces. El destierro parecía casar a la perfección con la solución de los problemas que Atenas tenía en el año 416, porque otorgaría a los atenienses una clara disyuntiva entre las ideas políticas y los liderazgos de Nicias y Alcibíades. Durante el último cuarto de siglo, no se había utilizado contra nadie porque el coste de tal condena —el destierro por diez años— era tan alto, que sólo aquel que contase con una mayoría segura podía favorecerse de una medida tan extrema. Desde los tiempos de Pericles, ningún político ateniense había contado con tal grado de confianza; y como Nicias y Alcibíades habían obtenido apoyos similares en el año 416, ninguno de los dos deseaba jugársela con esta práctica.

Sin embargo, Hipérbolo no parecía tener nada que perder. En apariencia, el advenimiento de Alcibíades como líder de la facción belicista había colocado a Hipérbolo «fuera del alcance del ostracismo», porque en el pasado sólo las figuras políticas de mayor renombre —los dirigentes de las facciones— habían sido sometidas a tal procedimiento. Hipérbolo «albergaba la esperanza de que, cuando uno de los dos hombres fuera enviado al destierro, él sería el rival del que quedara» (Plutarco, *Nicias,* XI, 4). Los escritores clásicos lo condenaron de manera categórica, pero, de hecho, debió de perseguir algo más que su beneficio, tal vez guiado por la creencia de que el ostracismo traería a Atenas una línea política más firme. Sean cuales fueren sus motivos, él fue el responsable de convencer a los atenienses de que recurrieran al ostracismo de nuevo. Con la decisión tomada, Nicias y Alcibíades no tendrían otra opción que prepararse para asumir sus riesgos. Sin embargo, en el último momento Alcibíades sugirió a Nicias que colaboraran mutuamente, con la combinación de sus fuerzas como garantía de éxito, para tornar la decisión en contra del propio Hipérbolo; y, al final, fue él quien padeció el ostracismo y murió en el destierro.

La condena de marzo del año 416 revelaba una debilidad fatal de la institución ateniense: ésta podía suscribir el ideario político de un líder que disfrutara de una clara mayoría, pero resultaba inútil y poco transparente cuando carecía de ella. Quizá la percepción generalizada de este defecto explicaría por qué esta medida no volvería a utilizarse nunca más en Atenas. Con una mirada retrospectiva, la ciudad podría haberse visto beneficiada si los grandes rivales hubieran corrido el riesgo de competir entre ellos con honestidad; por el contrario, el ostracismo de Hipérbolo dejaba a la ciudad sin una política o un liderazgo consistentes. Poco tiempo después, los atenienses elegían de nuevo a Nicias y a Alcibíades como generales, lo que reflejaba claramente la paralización de su vida política.

El comportamiento de los atenienses durante estos años revela su mayor frustración. La disposición mostrada por los espartanos a la hora de incumplir los términos del Tratado truncó la esperanza mantenida por Nicias de lograr un acercamiento sincero entre las dos potencias. Por otro lado, el plan de Alcibíades de derrotar a Esparta a través de una gran alianza en el Peloponeso presentaba aspectos caóticos, mientras que el programa de Nicias, mucho más modesto, no había

ido más allá de la fase de planificación. Sin embargo, la paz sí había permitido la recuperación del poder financiero ateniense; hacia el año 415, el fondo de reserva debió de contar al menos con unos cuatro mil talentos. Entretanto, una nueva generación de jóvenes había crecido sin la amarga experiencia de la guerra o de los crudos recuerdos de la invasión del Ática. Aunque Atenas mantenía una supremacía naval inigualable y disponía de un ejército considerable, parecía mostrarse incapaz de hacer uso de su fuerza y vitalidad para hacer respetar la paz de verdad o para ganar la guerra. En la primavera del 416, la campaña llevada a cabo contra Melos proporcionaría a los atenienses la salida necesaria para sus energías y frustraciones.

LA CONQUISTA ATENIENSE DE MELOS

Melos era la única de las islas Cícladas que había rechazado la adhesión a la Liga de Delos, lo que le permitía disfrutar de los beneficios imperiales sin tener que soportar ninguna de sus obligaciones. Sus pobladores eran dorios, y parece ser que durante la Guerra Arquidámica habían prestado su ayuda a los espartanos, de quienes eran colonos. En el año 426, Melos había resistido el ataque de los atenienses y sus ciudadanos mantenían con fiereza su independencia; aun así, Atenas incluyó la isla en sus Anales imperiales a partir de 425. Un conflicto a mayor escala se hacía inevitable, porque los atenienses no podían permitir que una pequeña isla cicládica no acatase su voluntad y su autoridad. Los melios basaban su seguridad en la relación especial que tenían con Esparta, factor que, irónicamente, ayuda de alguna forma a explicar la cronología misma del ataque ateniense.

Los atenienses, frustrados por la supremacía de la infantería del Peloponeso y por la diplomacia desarrollada por Esparta en el norte, debieron de haberse sentido deseosos de demostrar que, al menos en el mar, los espartanos no eran capaces de causarles ningún daño. Atenas envió a Melos treinta naves, mil doscientos hoplitas, trescientos arqueros y otros veinte más a caballo; sus aliados, provenientes posiblemente de las islas en su mayoría, mandaron ocho barcos y mil quinientos hoplitas. La participación de una proporción tan alta de isleños y aliados sugiere que este ataque en particular se fundamentaba en razones que la Liga de Delos consideraba justas; tampoco tenemos noticia de que, a la hora de decidir la invasión, pudieran existir disensiones entre los atenienses. No obstante, la expedición no parecía lo bastante importante como para que invitase a la participación de Nicias o Alcibíades, así que Tisias y Cleomedes encabezaron el mando de las fuerzas aliadas. Antes de dedicarse a arrasar sus campos, Tisias y Cleomedes enviaron embajadores a Melos para convencer a sus ciudadanos de que se rindieran.

Los magistrados de Melos, ante el temor de que sus gentes se inclinaran por una posible rendición, no permitieron que los embajadores se expresaran ante el pueblo; en cambio, sí dispusieron que hablaran ante ellos y, probablemente, delante de un Consejo oligárquico. El objetivo de los atenienses era convencer a los melios de que capitularan sin ofrecer resistencia, y sin duda consideraron que lo lograrían antes por medio de amenazas que de cualquier otra forma. En todo caso, esta postura estaba en consonancia con los recientes hechos acaecidos en Escione, donde la política tibia en el trato con los aliados rebeldes había sido abandonada en favor del mandato del terror. El lenguaje duro y contundente que los atenienses usaron con Melos no fue una excepción dentro de su oratoria política. En algunos discursos públicos, tanto Pericles como Cleón habían calificado gustosamente de tiranía al propio Imperio ateniense; y, en el año 432, las palabras utilizadas por el portavoz ateniense en Esparta no diferían tanto de las usadas en Melos: «No hemos hecho nada extraordinario ni contrario a la naturaleza humana por aceptar el Imperio que nos ha sido dado, ni por rehusar a abandonarlo, ya que nos movían motivos más fuertes: el honor, el temor y la propia conveniencia. No somos los primeros en actuar así, pues el destino siempre ha querido que el débil quede sometido al poderoso» (I, 76, 2).

Sin embargo, los melios rechazaron la rendición de su ciudad movidos por dos razones: creían que su causa era justa, y que por tanto los dioses no permitirían su derrota; además, confiaban en que los espartanos acudirían en su defensa. Los atenienses desestimaron fácilmente tanto la una como la otra. Los espartanos, afirmaron, «son los hombres más interesados que conocemos,

consideran honroso lo que les place, y justo lo que les conviene» (V, 105, 4), aquello no era un buen presagio para los melios. Los espartanos sólo entrarían en acción si tenían la supremacía de la fuerza y, por lo tanto, «no es muy probable que se aventuren a venir a una isla, mientras nosotros controlamos el mar» (V, 109).

Los atenienses procedieron pues a sitiar la ciudad, hasta que el hambre, el desaliento y el temor a la traición obligaran a sus habitantes a rendirse. La Asamblea votó a favor de matar a todos los varones y vender como esclavos a las mujeres y a los niños. Se rumorea que Alcibíades propuso o apoyó este decreto, pero tampoco tenemos pruebas de que Nicias, o cualquier otro, se opusieran a él. Los atenienses habían abandonado la política moderada de Pericles a conciencia por considerarla fracasada; en cambio, optaban por la línea dura de Cleón, con la esperanza de que serviría de disuasión para las rebeliones y la resistencia futuras. Ésta bien podría ser una explicación razonable de sus nuevas actuaciones; sin embargo, las emociones también debieron de desempeñar un papel preponderante como mínimo. Con toda seguridad, éste sería otro de los acontecimientos que Tucídides tuvo que tener en cuenta cuando habló de la guerra como la «maestra violenta».

NICIAS CONTRA ALCIBÍADES

En el seno de Atenas, Nicias y Alcibíades habían aportado nuevos aires de sofisticación a las técnicas de la práctica política democrática. Al lector moderno puede que le recuerde a las campañas políticas de nuestro tiempo, donde los grandes temas están subordinados a la personalidad de un líder político, que intenta proyectar una «imagen» lo más favorable posible por medio de un despliegue extraordinario. Y lo que es más, estos nuevos métodos exigían que los candidatos poseyeran y gastaran grandes sumas de dinero. Haciendo gala de su fama de gran religiosidad, Nicias ofreció en el año 417 una espectacular exhibición de su devoción a los dioses, e hizo uso de la consagración de un templo ateniense en Delos en honor a Apolo para poner en marcha una gran escenificación, que consistió en montar la procesión coral con un grado inusitado de opulencia, precisión y fuerza dramática. Al amanecer y desde la vecina isla de Renea, Nicias condujo al contingente ateniense a través de un puente formado por naves, que se había construido para cubrir la distancia exacta entre las dos islas y se había decorado con los tapices más ricos y de colores abigarrados. A los que estaban en Delos les pareció que el coro, cantando al avanzar y bellamente ataviado, caminaba hacia el sol naciente sobre el agua. Después, Nicias dedicó a Apolo una palmera de bronce que pronto se hizo famosa y ofreció al dios un terreno valorado en no menos de diez mil dracmas, cuyas rentas se destinarían a costear los banquetes propiciatorios, donde se pedía a los dioses que derramaran sus bendiciones sobre el donante. Plutarco nos ofrece una observación al respecto: «Había en todo esto mucho de ostentación vulgar, orientada a aumentar su reputación y satisfacer su ambición» *(Nicias,* IV, 1). No obstante, muchos atenienses quedaron impresionados con el espectáculo y creyeron que los dioses no harían sino favorecer a un hombre tan religioso y sonreír a la ciudad que fuera guiada por él. Durante el año siguiente, Alcibíades pudo igualar esta actuación con otra muy diferente, aunque no por ello menos grandiosa. En los Juegos Olímpicos del año 416, compitió en la carrera de carros con siete equipos de su propiedad, el número más alto que ningún ciudadano particular había puesto jamás en la pista; y tres de ellos llegaron primero, segundo y cuarto, respectivamente. Más tarde, durante la celebración de un festival religioso, explicó sin sonrojos el motivo político que subyacía a un capricho tan caro y extravagante: quería, dijo, hacer demostración del poderío ateniense; porque, gracias a esta gran exhibición de riqueza, «los griegos creerían que nuestra ciudad era más poderosa... aun cuando en un principio esperasen que la guerra nos habría desgastado» (VI, 16, 2). Sin embargo, su meta más inmediata eran los votantes atenienses. A la imagen de un Nicias beatífico y maduro, Alcibíades oponía la bravura y el brío de una generación joven con más iniciativa. Estas extravagancias formaban parte de su campaña continua en aras de la supremacía política, aunque de momento no se vislumbrara una clara ventaja entre los rivales.

La sed de riquezas no guiaba ni a uno ni a otro; así como tampoco deseaban que las decisiones

políticas quedaran en manos de las masas. Sin embargo, ambos abrigaban la ambición de encabezar el Estado ateniense, a pesar de que no poseían las extraordinarias dotes políticas que se habían dado ocasionalmente en figuras como Pericles o Cimón. El infortunio de Atenas pasaba por dos hombres que, aun queriendo convertirse en único sucesor del Pericles olímpico, no sabían hacer nada mejor que interferir continuamente en los planes del otro.

PARTE V

EL DESASTRE DE SICILIA

Se ha comparado la expedición ateniense a Sicilia del año 415 tanto con el intento de Gran Bretaña por controlar los Dardanelos en 1915 como con la guerra de los estadounidenses en Vietnam durante las décadas de los sesenta y los setenta del siglo XX. Estas empresas, cuya viabilidad y objetivos siguen siendo objeto de controversia, se vieron abocadas al fracaso y dieron origen a catástrofes de distinta magnitud. La incursión ateniense también trajo consigo un resultado de lo más terrible: pérdidas devastadoras en hombres y embarcaciones, rebeliones generalizadas a través del Imperio y la entrada en escena del poderoso Imperio persa en su guerra contra Atenas; estos motivos contribuyeron significativamente a expandir la opinión generalizada de que Atenas estaba acabada. Fue tan grande el desastre que, incluso en retrospectiva, Tucídides se maravillaba de la propia capacidad de la ciudad para resistir durante casi otra década. Estas campañas han provocado desde siempre una discusión encendida sobre los objetivos que las guiaron, sobre los errores que en ellas se produjeron y sobre a quién culpar por los mismos. La expedición de Sicilia no es una excepción.

Capítulo 20

La decisión (416-415)

LAS CONEXIONES SICILIANAS DE ATENAS

La urgencia por llevar a cabo una nueva campaña en Sicilia en el invierno de 416-415 no tuvo origen en Atenas, sino en la propia isla. Dos ciudades griegas isleñas que habían sido aliadas durante décadas, Egesta y Leontinos, pidieron ayuda a Atenas contra Selinunte, una población vecina, y su protectora, Siracusa. Atenas, desde el Congreso de Gela en el 424, en el que Hermócrates de Siracusa propuso una doctrina por la que se rechazaba la interferencia de los Estados extranjeros en los asuntos siciliotas, había fijado su interés en Sicilia.

En el año 422, preocupados por el creciente poder de Siracusa, los atenienses enviaron a Féax, hijo de Erasístrato, a evaluar la situación. Su objetivo era proteger Leontinos y animar a los aliados de Atenas y a los griegos siciliotas a unírseles contra Siracusa. Aunque Féax obtuvo el apoyo de la Italia septentrional y de algunas ciudades sicilianas, el rechazo tajante en Gela puso fin a sus intentos. A pesar de que el ateniense llegó con sólo dos naves y dio por terminada su misión a la primera negativa, la constancia del interés continuado de Atenas en los asuntos de la isla debió de animar a los enemigos de Siracusa a buscar en el futuro la ayuda ateniense.

En 416-415, los egesteos, que atravesaban una fase álgida en su lucha contra Selinunte, asistida esta última por Siracusa, decidieron pedir ayuda a Atenas. Su principal argumento era que «si los siracusanos quedaban sin castigo tras despoblar Leontinos, también destruirían a los aliados que quedasen y tomarían el control de Sicilia. Entonces, se correría el riesgo de que en algún momento venidero, por ser también dorios por parentesco o como colonos de los peloponesios, asistirían a éstos con un gran ejército para participar de la destrucción del poder ateniense» (VI, 6, 2). Por otra parte, los egesteos apelaron también a los tradicionales vínculos y obligaciones entre aliados, y remarcaron la importancia de la defensa contra futuras agresiones para finalmente ofrecerse a correr con todos los gastos de la expedición. Tucídides, sin embargo, albergaba la opinión de que los atenienses no estaban especialmente interesados en el asunto, y que éste sólo les iba a servir como pretexto: en la respuesta favorable de Atenas, «la explicación más cercana a la verdad era su deseo de gobernar la isla entera» (VI, 6, 1).

Desde la primera mención de Sicilia, Tucídides hace hincapié en que los atenienses siempre habían intentado conquistarla y dominarla. De hecho, retrata a las gentes de Atenas como codiciosas, hambrientas de poder y mal informadas sobre el enemigo. «La gran mayoría —comenta— ignoraba el tamaño de la isla, el número de habitantes griegos y bárbaros que contenía, y que se iban a embarcar en una contienda similar a la sostenida contra los peloponesios» (VI, 1, 1).

Ya entre los años 427 y 424, unos doce mil atenienses habían navegado hasta Sicilia, la habían recorrido de costa a costa y cono-cían a sus habitantes. Estos hombres adquirieron sin duda grandes conocimientos geográficos de la isla y de sus moradores, que con toda seguridad habrían compartido con familiares y amigos. Además, muchos de ellos seguían vivos en la Atenas del 415. Así pues, tomar en consideración la petición de Egesta tampoco debería calificarse como un ejemplo de euforia temeraria por parte ateniense. De momento, enviaron con cautela embajadores «para ver si allí había dinero —en el erario público o en los templos—, tal como habían dicho los de Egesta, y evaluar de paso el curso de la guerra contra Selinunte» (VI, 6, 3). Aunque los egesteos desplegaron ciertamente un abanico de engaños, elaborados para convencer a los atenienses de su

riqueza, éstos quedaron más convencidos con la inmediata presentación de sesenta talentos de plata, la paga entera mensual de sesenta naves de guerra. La Asamblea sólo empezó a considerar el asunto de la intervención en serio tras comprobar que la embajada volvía con dinero.

EL DEBATE EN ATENAS

En marzo del año 415, la Asamblea discutió de nuevo las ventajas de la proposición de Egesta. Esta vez se votó por enviar sesenta naves a Sicilia al mando de Alcibíades, Nicias y Lámaco. Los tres ostentaban plenos poderes para ayudar a Egesta en contra de Selinunte, para recuperar Leontinos si les era posible y, también, para «actuar en los asuntos de Sicilia de la manera que juzgaran más conveniente para Atenas» (VI, 8, 2). Nicias fue elegido nearca de la expedición «en contra de su voluntad, ya que pensaba que la ciudad se había equivocado al aceptar llevar a cabo la expedición» (VI, 8, 4).

Por el contrario, Alcibíades, antes incluso de que se reuniera la Asamblea, había conseguido encender el deseo de los ciudadanos de Atenas, que «dibujaban, sentados en grupo, el mapa de Sicilia, el mar de sus alrededores y sus puertos» (Plutarco, *Nicias,* 12, 1). Siendo el principal defensor de la empresa, Alcibíades tendría que haber sido la elección natural para un mando único; sin embargo, en Atenas muchos desconfiaban de él y le tenían envidia y antipatía. Al no poder excluirlo, la inclusión de Nicias serviría para equilibrar la joven temeridad de Alcibíades con la experiencia precavida, la piedad y la fortuna de un hombre de Estado más maduro. Nicias debió de dejar patente su renuencia a servir como general, pero se habría considerado poco patriótico o cobarde por su parte el haber rechazado la comisión.

Asignar el mando conjunto a dos generales que disentían en todos los aspectos previos de la campaña era una decisión a todas luces poco pragmática, así que la Asamblea eligió a un tercero, Lámaco, hijo de Jenófanes. Lámaco, militar de gran experiencia, rondaba la cincuentena en el año 415; Aristófanes lo había representado en *Los acarnienses* como un joven *miles gloriosus* del que se sirvió para mofarse de su pobreza. Lámaco había estado a favor de los objetivos de la misión, a la vez que respetaba el parecer de Nicias.

El tamaño de las fuerzas atenienses no da una respuesta adecuada a la afirmación sostenida por Tucídides de que los objetivos establecidos para la expedición siciliana no eran sino un pretexto para disfrazar planes mucho más ambiciosos: la flota era idéntica a la que se aventuró a marchar a Sicilia en el 424. No hubo posibilidad de conquistarla con sesenta naves entonces, ni tampoco se tenía la intención de hacerlo ahora. La decisión de enviar en marzo de 415 el mismo número de embarcaciones indica, una vez más, intenciones de alcance limitado.

Sin embargo, a partir del año 424 el auge del poder siracusano podría haber acrecentado los objetivos atenienses. Siracusa, libre de obstáculos, podía ganar el control de buena parte de Sicilia e inclinar la balanza del mundo griego a favor de los peloponesios. Es posible que durante la primera Asamblea una gran mayoría de atenienses creyera que el interés por participar en este asunto pasaba por la derrota o incluso por la conquista de Siracusa. Un ataque sorpresa dirigido contra la ciudad desde el mar podía tener éxito con sólo sesenta barcos; además, podían reclutar aliados siciliotas para instigar o derrotar a los siracusanos. En cualquier caso, el riesgo que Atenas corría era pequeño. El asalto terrestre sobre Siracusa lo ejecutarían los soldados siciliotas, porque los atenienses no estaban dispuestos a enviar uno de sus ejércitos, y el ataque naval no entrañaría peligros innecesarios, ya que la flota se podría retirar en caso de encontrar al enemigo alerta y fuertemente preparado. En el peor de los casos, si la expedición entera se iba a pique, siempre se podría calificar como una gran desgracia pero no como un desastre estratégico. Muchos de los marineros serían aliados, no atenienses, y los barcos perdidos podían simplemente reponerse. En todo caso, un tipo de expedición como la votada en la Asamblea no tenía por qué haber desembocado en una catástrofe que llegara a amenazar la mismísima supervivencia de Atenas; y, sin embargo, esto fue exactamente lo que ocurrió.

SE REABRE EL DEBATE

Transcurridos pocos días tras la primera reunión, se convocó otra Asamblea para planear «cómo se equiparía la flota con la mayor rapidez posible y someter a votación cualquier otra cosa que pudieran necesitar los generales en la expedición» (VI, 8, 3). Nicias fue a la sesión con la intención de hacer que la cuestión del cómo y con qué medios se debía dirigir la campaña acabase convirtiéndose en la reconsideración del proyecto por entero; así pues, debió de ser el primero en tomar la palabra. La propuesta de querer revocar un decreto acabado de aprobar por la Asamblea y que no fuera estrictamente ilegal parece haber sido lo bastante inusual como para que Nicias y el presidente de la cámara, que había auspiciado su petición, corrieran el riesgo de introducir una serie de diferentes cuestionamientos legales. Pero Nicias creyó que valía la pena jugársela debido a la importancia del tema, y urgió al presidente «a convertirse en médico del Estado, que había decidido erróneamente» (VI, 14).

Nicias ofreció una evaluación tan pesimista de las tareas diplomáticas atenienses y de su situación militar que llegó a sembrar dudas muy serias sobre lo acertado de sus decisiones al hacer la paz que lleva su nombre y la subsiguiente alianza con Esparta. Los atenienses, esgrimió, no podían permitirse atacar porque ya albergaban a poderosos enemigos dentro de su propia casa. El tratado de paz era meramente nominal; los espartanos se habían visto forzados a aceptarlo y continuaban poniendo en duda sus términos, mientras que otros aliados lo habían rechazado sin más. El fracaso de la expedición siciliana no sólo debilitaría a Atenas, sino que además aportaría fuerzas sicilianas al bando espartano. Los espartanos sólo estaban aguardando el momento justo para golpear en busca de la victoria, mientras que los atenienses seguían recuperándose de la guerra. «No debemos —dijo rememorando la advertencia de Pericles— ir tras otro imperio hasta que hayamos asegurado el que tenemos» (VI, 10, 5). También recordó a su auditorio que los cartagineses, aun siendo más poderosos que Atenas, habían sido incapaces de conquistar Sicilia.

Evidentemente, los defensores de la expedición habían dado mucho crédito a los llamamientos de los aliados de Sicilia, y a Nicias le costó mucho trabajo desprestigiarlos y desacreditarlos como un «pueblo de bárbaros» que metería a los atenienses en problemas sin ofrecer nada a cambio. No obstante, como la amenaza planteada por Siracusa había sido el principal argumento de la Asamblea anterior, Nicias dedicó la mayor parte de sus esfuerzos a desestimarla en ésta, pero sólo fue capaz de presentar refutaciones vanas y engañosas, tales como: «Los siciliotas... serían aún menos peligrosos de lo que son en la actualidad si los gobernasen los siracusanos; porque ahora podrían atacarnos por el simple hecho de su vínculo con los espartanos; mientras que si Siracusa tuviera el control, no sería tan probable que un imperio atacara a otro» (VI, 11, 3). Otra de sus torpes aserciones fue que disuadirían mejor a los siciliotas si la expedición no se llevaba a cabo, porque si se armaba la expedición y ésta fallaba, los siciliotas despreciarían el poder de los atenienses y se unirían rápidamente a los de Esparta. Sería mejor, concluyó, no emprender ningún tipo de expedición; pero, si aun así tenían que hacerlo, los atenienses sólo debían perpetrar una breve demostración de su fuerza y volver pronto a casa.

El aspecto más sorprendente del discurso de Nicias es lo que omitió en él, ya que no hizo ninguna referencia clara a la propuesta de conquistar y anexionar la isla. Por el contrario, sí que lanzó un ataque personal al principal arquitecto del plan. Alcibíades, afirmó, era miembro de una generación joven y peligrosamente ambiciosa, que buscaba poner en peligro al Estado en nombre de su propio provecho y gloria.

La alusión al blanco de este ataque ofrece a Tucídides la oportunidad de caracterizarlo más vívidamente: «El más deseoso por llevar a cabo la expedición era Alcibíades, hijo de Clinias... Ardía en ganas de que lo designaran general, con la esperanza de capturar tanto Sicilia como Cartago; si tenía éxito, aumentaría su riqueza personal y su reputación» (VI, 15, 2-3). Finalmente, estos deseos tendrían consecuencias de lo más fatales: «Fue justo esto lo que posteriormente más ayudó a la caída del Imperio ateniense, porque muchos sintieron miedo del alcance de los excesos exagerados de su modo de vida, y también de las intenciones que había detrás de todos y cada uno

de los asuntos en los que participaba, y se volvieron en su contra alegando que ambicionaba la tiranía. Así pues, aunque en los temas públicos había ejecutado sus deberes militares de la mejor forma posible, su vida privada era una ofensa para todos, por lo que ofrecieron el gobierno a otros hombres, lo que no tardaría en provocar la ruina del Estado» (VI, 15, 3-4).

Alcibíades defendió con orgullo su extravagante estilo de vida y sus ideas políticas, las cuales les habían conducido a la batalla de Mantinea: «Logré agrupar a las grandes potencias del Peloponeso sin grandes riesgos ni gastos para vosotros, e hice que se jugaran el todo por el todo en un solo día. El resultado es que, a día de hoy, carecen de una confianza sólida que les guíe» (VI, 16, 6).

En lo referente a los asuntos prácticos de la expedición, Alcibíades recibió la misma fría acogida que su oponente, pero sus argumentos tuvieron mejor fundamento. Describió las ciudades griegas de Sicilia como seriamente inestables y carentes de determinación patriótica, y expresó su creencia de que podrían ganarlas por la diplomacia, así como al pueblo bárbaro de los sículos, que odiaban a Siracusa. Su relato de la situación de la Grecia peninsular retrataba a los espartanos sin esperanzas ni iniciativa. Como no disponían de una flota que supusiera un reto para la vasta armada ateniense, no podrían infligir más daño sobre el Ática del que ya habían perpetrado. Salvo un enorme desastre naval, nada haría cambiar la balanza en detrimento de Atenas, ya que de momento sólo se planeaba enviar sesenta naves.

Alcibíades continuó haciendo énfasis en la necesidad de ayudar a los aliados. «¿Qué excusa plausible nos daremos por echarnos atrás o cuál será nuestra defensa ante los aliados en Sicilia de no ir en su ayuda? Tenemos el deber de asistirlos, pues hemos hecho ciertos juramentos» (VI, 18, 1). Fue entonces cuando presentó un nuevo análisis del carácter de Atenas y de su Imperio. Expresó que, justamente para mantener lo ya conseguido, debían sostener una política activa en nombre de sus aliados. «Así es como logramos nuestro imperio, y así es como actuaron todos los que antes los tuvieron: yendo prestos a ayudar a aquellos que nos lo soliciten, sean griegos o bárbaros» (VI, 18, 2). Para él, la adopción de una política de no agresión o de alcance limitado y el uso de parámetros arbitrarios en las fronteras imperiales no eran nada más que políticas desastrosas.

Comentó después sus objetivos más amplios respecto a la expedición a Sicilia: la victoria, insistió, traería a los atenienses el dominio de toda Grecia. Durante el segundo año de la guerra, Pericles había expresado un sentimiento similar, pero lo había hecho para restaurar la confianza de los atenienses que, «desalentados sin motivo», tenían que luchar en una guerra que no podían perder, y no porque quisiera alentar una expedición de nuevas conquistas.

Alcibíades concluyó con un argumento que lleva la huella de los sofistas, maestros de la retórica y otras artes, que sacaban buen provecho de las diferencias entre el mundo natural y las costumbres de la sociedad humana, y que habían tenido al adinerado joven como alumno en otros tiempos. Atenas, dijo, a diferencia de otros Estados (siendo Esparta su antítesis más obvia), era activa por naturaleza y no se podía permitir adoptar políticas pasivas. Un largo período de paz e inactividad entorpecería precisamente los conocimientos y el carácter que habían dotado de grandeza a la ciudad, pero más graves aún serían las consecuencias de ir en contra de su propio carácter. «Una ciudad que es activa pronto sucumbiría por su cambio a la pasividad; entre aquellos que encuentran una mayor seguridad, se hallan las gentes que siguen una política lo más acorde posible con su carácter y las costumbres existentes» (VI, 18, 7). Era un truco retórico digno de admiración, porque prestaba tintes conservadores a lo que de hecho no era sino un punto de partida más que temerario.

Cuando Nicias se dio cuenta de que el parlamento de Alcibíades había acrecentado el deseo de los atenienses por llevar a cabo la expedición, cambió de la oposición honesta a la más absoluta decepción. «Supo que ya no lograría hacerles desistir con sus mismas razones, pero pensó que quizá les haría cambiar de opinión si exageraba la magnitud del equipamiento necesario» (VI, 19, 2). Esta maniobra recuerda la treta empleada en el 425 con los espartanos atrapados en Esfacteria, cuando intentó derrotar a Cleón al ofrecerle el generalato con la esperanza de que éste lo rechazara y cayera en el descrédito. En la Asamblea del año 415, su intención fue calmar a los atenienses y hacerles ver la inmensidad de la empresa propuesta y, con ello, socavar a Alcibíades. En ambas ocasiones, la estratagema se mostró fallida y arrastró consigo resultados insospechados.

Con sarcasmo mordiente, tiró por tierra la imagen de la Sicilia débil y dividida que Alcibíades

había proyectado y, en cambio, la describió como una oponente militar formidable, poderosa, rica, hostil y preparada para la lucha. El enemigo tenía una gran ventaja numérica, reservas de grano local para alimentar a sus ejércitos e iba bien sobrado de monturas para servir a la caballería; estos últimos dos recursos estaban fuera del alcance de un contingente tan pequeño como el votado por los atenienses. La caballería enemiga, recalcó, podría reducir a los efectivos atenienses de la playa si éstos carecían de los refuerzos adecuados. Cuando los fríos invernales llegaran, la comunicación con Atenas tardaría en establecerse no menos de cuatro meses. El triunfo ateniense pasaba por el uso de una extensa armada de barcos de guerra, embarcaciones de suministros y un gran ejército de hoplitas, además de tropas ligeras para hacer frente a la caballería enemiga. Así pues, la expedición requería grandes sumas de dinero, porque en las promesas egesteas de suscribir sus costes, insistió, no se podía confiar.

Incluso si Atenas movilizaba un contingente tan numeroso, continuó Nicias, la victoria tampoco resultaría fácil. Enviar una expedición así sería como despachar una colonia a un territorio hostil. La incursión necesitaría de una planificación escrupulosa y de mucha fortuna, y puesto que ésta iba más allá del control humano, él actuaría prudentemente y planificaría con sumo detalle la expedición. «Creo que los preparativos que he sugerido dotan de seguridad a la ciudad y a los que nos embarcaremos. Pero si alguien piensa de manera diferente, me ofrezco a darle el mando» (VI, 23).

Con un análisis tan pesimista y con premoniciones tan funestas, Nicias esperaba probablemente que se le contradijese para tener la excusa de renunciar al mando; quizá creyó que atemperaría a la Asamblea con tal actitud por parte del miembro más religioso, con más experiencia y fortuna del equipo de generales. Si así lo hizo, de nuevo se equivocó en sus cálculos. En vez de quedar disuadidos con la perspectiva de asumir la carga de una expedición de gran altura, los reunidos se mostraron más decididos que nunca; «el resultado fue exactamente el opuesto al esperado» (VI, 24, 2), porque la gente quedó convencida de que Nicias les había proporcionado consejos acertados.

Un noble llamado Demóstrato, dirigente político radical que estaba a favor de la expedición y de la guerra, violentó a Nicias con una pregunta que éste no esperaba: ¿qué tamaño habría de tener exactamente el contingente que él recomendaba? Obligado a dar una respuesta, Nicias propuso la cifra de cien trirremes, cinco mil hoplitas y un número proporcional de fuerzas de infantería ligera. En el calor del debate, olvidó contar con la caballería, a pesar de la ventaja significativa que él mismo había predicho que el enemigo obtendría con ella. Tras esto, los atenienses pasaron a dar plenos poderes a los generales para que determinasen el tamaño de la expedición y «para que actuasen de la manera que creyeran más conveniente para Atenas» (VI, 26).

En la segunda Asamblea, Nicias se las había arreglado, en contra de su intención, para convertir una expedición de objetivos limitados y responsabilidad y dimensión moderadas en una inmensa armada, lastrada por grandes ambiciones y expectativas, cuyo fracaso no haría sino arrastrarlos al desastre. Ningún otro político ateniense se habría atrevido a proponer un conjunto de tropas tan vasto; durante una Asamblea, de hecho, nadie jamás lo había hecho antes. Únicamente tras escuchar el discurso de Nicias, se decidieron a cambiar una empresa limitada y prudente por una arriesgada expedición de gran envergadura, mal concebida y planeada. Sin su intervención, indudablemente, los atenienses también habrían ido a Sicilia en el año 415, pero no se habría creado la coyuntura de que se embarcasen rumbo a la catástrofe.

Capítulo 21

El frente interior y las primeras campañas (415)

SACRILEGIO

Tucídides describe la atmósfera de la primavera del 415 en Atenas como colmada de entusiasmo y alegría por la campaña siciliana: «Se apoderó de todos ellos por igual una pasión por hacerse a la mar. Los más viejos pensaban en la conquista o, por lo menos, en que un ejército tan formidable no podría malograrse; los jóvenes, confiados en que nada malo podía ocurrir, se dejaban llevar por el afán de ver cosas lejanas y extraordinarias. La soldadesca y las gentes esperaban obtener ingresos al instante y conseguir una anexión al Imperio que resultase una fuente inagotable de riquezas» (VI, 24, 3).

Aun así, la expedición no estaba exenta de controversia. Algunos sacerdotes lanzaron advertencias en su contra; otros, profecías desastrosas; pero Alcibíades y los defensores de la campaña emitieron también presagios y oráculos favorables para contrarrestarlos. Aunque ni los peores augurios podían frenar el avance de los preparativos, poco antes del día programado para la partida, ciertos acontecimientos de orden más serio desencadenaron la alarma general.

Al despertar la mañana del 7 de junio de 415, los ciudadanos de Atenas se encontraron con que a las estatuas de mármol del dios Hermes que había por toda la ciudad les habían destrozado los rostros, y que sus distintivos falos habían sido mutilados. Aparte de la indignación y el miedo generados por este terrible sacrilegio, los pormenores del caso indicaron que la violación de carácter religioso también tenía una dimensión política. Los profanadores habían llevado a cabo su ataque sobre una extensa zona y en el transcurso de una sola noche, lo que venía a probar que los responsables no eran sólo unos cuantos juerguistas borrachos, sino un grupo considerable de hombres organizados. Como Hermes era la deidad de los viajeros, el asalto a sus imágenes constituía un claro intento de truncar la expedición programada a Sicilia. Los atenienses «dieron mucha importancia al asunto, pues parecía anunciar un mal presagio para el viaje y haberse producido en nombre de una conspiración para hacer la revolución y derrocar la democracia» (VI, 27, 3).

La Asamblea promovió una investigación y ofreció recompensas e inmunidad a aquellos testigos que ofrecieran prueba de estos u otros sacrilegios; por su parte, el Consejo estableció una comisión que incluía a eminentes políticos democráticos. Cuando se procedió a discutir los últimos detalles de la expedición, un hombre llamado Pitónico asombró a los reunidos con la acusación de haber sorprendido a Alcibíades y sus amigos mientras se mofaban de los misterios sagrados de Eleusis. Un esclavo, bajo concesión de inmunidad, también testificó que él y otros habían presenciado la celebración de los arcanos en casa de Pulitión, llegando a nombrar a Alcibíades y a otros nueve participantes.

Aunque esto no tuviera conexión con la mutilación de las estatuas de Hermes, la atmósfera, de por sí ya cargada, y la supuesta implicación de Alcibíades hicieron que la acción fuera objeto de una gran atención. Como pocos eran los atenienses que podían dudar de si sus salvajes amigos y él eran capaces de parodiar un ritual religioso, sus enemigos aprovecharon ávidamente los cargos: afirmaron que estaba involucrado tanto en la profanación de los misterios como en el vandalismo de las estatuas, a lo que añadieron también que perseguía «la destrucción de la democracia» (VI, 28, 2).

Alcibíades negó todas las acusaciones y se ofreció a someterse a juicio de inmediato. Con este gesto, quería evitar a toda costa una vista en la que él no estuviera presente, cuando los soldados y marineros que lo apoyaban estuvieran lejos en la expedición y sus enemigos se sintieran libres para

sacar el caso adelante con poca oposición. De hecho, lo que éstos querían era retrasar el juicio por esos mismos motivos: «Dejad que parta con fortuna —decían—. Dejad que retorne y emprenda su defensa cuando termine la guerra. Las leyes serán las mismas entonces y ahora» (Plutarco, *Alcibíades,* XIX, 6). La Asamblea se mostró de acuerdo, y Alcibíades tuvo que abandonar Atenas con una acusación pendiente sobre su persona.

Las fuerzas atenienses partieron finalmente para Sicilia en la segunda quincena de junio, con intención de hacer primero escala en Corcira, donde los aliados se unirían a ellos. Fue «la expedición armada, formada exclusivamente por griegos y realizada por una sola ciudad, más costosa y gloriosa entre todas las que zarparon por aquellos tiempos» (VI, 31, 1). Para construir las naves, los trierarcas utilizaron dinero propio sumado al del Estado, y éstas no sólo eran veloces y recias, sino también de factura muy bella; incluso los hoplitas compitieron en esplendor con su equipamiento. La ciudad por entero y los aliados extranjeros allí presentes bajaron al Pireo para ver tan gran espectáculo. «Parecía más una exhibición de poder y riqueza ante el resto de los griegos que una expedición contra el enemigo» (VI, 31, 1). Sonó una trompeta, y la gran muchedumbre ofreció las plegarias tradicionales que precedían a las botaduras. «Cuando terminaron de cantar el peán y dado fin a las libaciones, se hicieron a la mar; primero, en columna, aunque pronto se enzarzaron en una carrera hasta Egina» (VI, 32, 2). La expedición, engrosada hasta adquirir proporciones tan peligrosas a causa de la treta fallida de Nicias, se alejaba remando como si fuera a tomar parte en una regata, no en una aventura peligrosa y remota.

LA CAZA DE BRUJAS

Con la armada operativa y segura, el Comité de investigación continuó con celo las pesquisas sobre los recientes escándalos. Teucro, un residente extranjero que había huido a Megara, volvió a Atenas bajo promesa de inmunidad con un testimonio excepcional: alegó que había tomado parte en la parodia de los misterios, y que podía identificar a los que habían mutilado a las estatuas de Hermes, dando a su vez los nombres de once parodistas y de otros dieciocho hombres, a los que acusó de atacar las estatuas. El comité arrestó y ejecutó a uno de los sospechosos, pero el resto logró darse a la fuga. El nombre de Alcibíades no aparecía en ninguna de las listas.

Poco después, un hombre llamado Dioclides testificó sobre el asunto de las estatuas y relató un paseo realizado a la luz de la luna en la noche de autos; durante el mismo, había podido contemplar a unos trescientos conspiradores reunidos en la orquesta del teatro de Dionisos, en la colina sur de la Acrópolis. A la mañana siguiente, llegó a la conclusión de que ellos debían de ser los culpables, y buscó a los que pudo identificar para intentar extorsionarlos. Éstos le prometieron cierta cantidad que no se llegó a entregar, y Dióclides denunció a cuarenta y dos, incluidos dos miembros del Consejo y unos cuantos aristócratas ricos. Estas acusaciones inflamaron el miedo de un complot oligárquico contra la democracia ateniense a escala general, y el pánico subsiguiente fue tan grande que el Consejo llegó a derogar la ley que prohibía el uso de la tortura con los ciudadanos atenienses para poder obtener testimonios. Pisandro, que fue el que promovió la medida, quería hacer pasar a los sospechosos por el altar de tortura con objeto de lograr confesiones rápidas. Los dos miembros del Consejo evitaron el potro con la promesa de ir a juicio; pero, cuando escaparon a Megara o Beocia y el ejército beocio apareció en la frontera ateniense, la alarma aumentó en la ciudad conforme el temor a la traición y la invasión se sumaban al de la revolución, bien a favor de la oligarquía o de la tiranía.

Esa noche, los ciudadanos de Atenas vistieron sus armaduras y no pudieron conciliar el sueño. Por el bien de su propia seguridad, el Consejo se trasladó a la Acrópolis. Los atenienses, agradecidos, otorgaron por votación a Dióclides los laureles de héroe y un régimen de comidas gratuito en el Pritaneo —tratamiento normalmente reservado a los ganadores olímpicos—, aunque su fama sería pasajera. Uno de los prisioneros acusados, Andócides, que llegó a convertirse en un conocido orador, también estuvo de acuerdo en dar su testimonio y reveló bajo promesa de inmunidad que su club político *(hetairía)* era el responsable de las mutilaciones. Presentó un listado

de culpables, mencionados con anterioridad en la lista de Teucro; a excepción de cuatro hombres que se dieron a la fuga inmediatamente, los restantes ya estaban muertos o en el destierro. Con todo ello, el Consejo comenzó a dudar de Dioclides, que admitió que su declaración había sido falsa y que había actuado siguiendo instrucciones del primo de Alcibíades, el hijo de Fego, con quien compartía nombre Alcibíades, y de otro hombre, ambos huidos rápidamente. Los que habían sido inculpados por su testimonio quedaron absueltos, y Dioclides fue ejecutado.

Los atenienses respiraron aliviados al pensar que se había esclarecido el asunto del sacrilegio de las hermias, y que se habían librado de «muchos males y desgracias» (Andócides, *Sobre los misterios,* 66). Habían probado que los criminales sólo habían sido unos pocos hombres, miembros de una única *hetairia* con un número pequeño de políticos importantes, y no una conspiración generalizada. La cuestión del sacrilegio de los misterios sagrados, sin embargo, quedaba por resolver; así pues, las pesquisas siguieron su curso.

Llegó una nueva acusación proveniente de las más altas esferas de la sociedad ateniense por parte de Agarista, matriarca de los Alcmeónidas; los dos nombres estaban conectados con una de las familias más importantes de Atenas, a la que tanto Clístenes, fundador de la democracia ateniense, como Pericles pertenecían. Agarista dijo que la profanación de los misterios la habían llevado a cabo Alcibíades, su tío Axíoco y Adimanto, amigo de éste, en la casa de un noble. Los enemigos de Alcibíades hicieron servir la declaración de nuevo para sus fines políticos, y denunciaron que la parodia de los ritos sagrados formaba parte de «una conspiración contra la democracia» (VI, 61, 1). La combinación del movimiento de tropas enemigas, las acusaciones en contra de tal vez un centenar de hombres por uno u otro sacrilegio en las mismísimas vísperas de una gran expedición a una tierra lejana, junto con la supuesta incriminación de políticos, aristócratas y del propio Alcibíades, sólo sirvieron para volver a prender la llama de la preocupación por la conspiración, la traición y el peligro de la propia democracia. «La sospecha rondaba a Alcibíades por todas partes» (VI, 61, 4). Su acusador formal fue Tésalo, hijo del gran Cimón; su linaje familiar y nobleza, así como la naturaleza pormenorizada del caso, dieron consistencia a los cargos. El asunto era en esos momentos tan grave, que se envió una embarcación del Estado, la *Salaminia,* para que trajese de vuelta a Alcibíades y a otros muchos miembros de la expedición, requeridos para ser sometidos a juicio en Atenas.

Alcanzado este punto, vale la pena considerar la cuestión de quién cometió los sacrilegios y por qué. Sin lugar a dudas, la profanación de los misterios fue cometida por algunos de los clubes políticos, y de hecho sociedades gastronómicas y de entretenimiento o *hetairíai,* muy comunes entre los aristócratas jóvenes y ricos de Atenas. No obstante, la parodia de los misterios del 415 no tenía un significado político, pues se llevó a cabo en privado, sin intención de influir fuera del círculo de los bromistas.

Sin embargo, la agresión a las estatuas de Hermes era algo mucho más serio, no una simple broma de borrachos. Se necesitaba una organización, una planificación y un grupo más numeroso de hombres para perpetrar un plan tan ambicioso como mutilar las estatuas del dios, esparcidas por la ciudad. Andócides, confirmado por más fuentes, ofrece el relato de los hechos más plausible cuando confiesa que su propia *hetairía,* bajo la dirección de Eufílito y Meleto, era la culpable. No obstante, tampoco hay razón para creer que este acto de vandalismo fuese una de las caras de un complot para derrocar la democracia, ya fuera para apoyar a un tirano o a la oligarquía. Ninguno de los informantes, fiable o no, realizó una afirmación así, ni hay prueba de la época que lo confirme.

Aun así, no puede ser una coincidencia que los hechos se llevaran a cabo justo antes de que la expedición a Sicilia partiese, porque, indudablemente, sí que tuvieron motivaciones políticas. Algunos atenienses llegaron a pensar que los corintios, con intención de evitar el ataque a Sicilia, estaban detrás de todo. Aunque algunos extranjeros participaran o no en el sacrilegio, es completamente creíble que los atenienses que lo planearon tuvieran en mente ese propósito. Sabían que Nicias había sido designado como uno de los generales, y no sólo era el hombre más abiertamente religioso de Atenas, muy dado a creer en profecías y patrón de un oráculo propio, sino que también tenía fama de precavido y de ser contrario a la expedición. Como la gran mayoría de los griegos, los atenienses también eran supersticiosos, y en muchas ocasiones suspendían los actos

públicos a causa de fenómenos naturales como tormentas o terremotos. ¿Cuál podría ser la consecuencia más probable de los esfuerzos de los conspiradores, sino causar una gran inquietud en Nicias ante un sacrilegio tan extraordinario, justo la víspera de una de las travesías más importantes?

Los conspiradores no podían prever la confusión que causarían las revelaciones sobre los misterios; en cambio, contaban con generar temor y una fuerte consternación, que llevarían a ampliar el cuestionamiento del significado del ataque a las estatuas del dios, y si éste guardaba alguna relación con la expedición. Una consecuencia accidental de la histeria causada por el doble sacrilegio fue el gran efecto inhibidor que provocó en Nicias, que no pudo asumir el papel que se había esperado que desempeñase. Dos de sus hermanos estaban en la lista de los acusados, y uno parece ser que fue encontrado culpable. Tan pronto como sus nombres se hicieron públicos, a Nicias le fue imposible usar las mutilaciones como motivo para cancelar el viaje, pues inmediatamente habría sido sospechoso de formar parte de la conspiración y de intentar perseguir políticas fracasadas por otros medios. Los inesperados escándalos adicionales tiraron por tierra cualquier oportunidad de éxito que esta trama tan extraña hubiera podido tener.

Las repercusiones derivadas de la implicación de Alcibíades en el caso de los misterios también fueron contrarias a todo pronóstico. Aunque no participó en el ataque de las hermias, sus opositores políticos sacaron ventaja del pánico general para desacreditarlo justo en el momento en que se preparaba para hacerse a la mar. Le llovían enemigos por todas partes para pedir que se presentara a juicio en Atenas, el cual se llevaría a cabo con la ausencia de sus más firmes defensores, por lo que no podría esperar imponerse. De una manera imprevisible, los enemigos de la expedición a Sicilia habían puesto en marcha una serie de acciones que finalmente contribuirían mucho a lo inevitable de la derrota y el desastre.

LA ESTRATEGIA DE ATENAS

Los efectivos que dejaron atrás el Pireo se componían de ciento treinta y cuatro trirremes, sesenta de ellos de Atenas, y de un número desconocido de barcos de carga con cinco mil hoplitas, entre ellos, mil quinientos atenienses, el conjunto más grande de soldados que los atenienses habían usado hasta la fecha, con excepción del enviado a saquear las tierras de Megara. Atenas también proporcionaba setecientos *tetes* (ciudadanos más pobres) para servir como marineros en los trirremes; los hombres restantes vinieron de otras ciudades-estado súbditas del Imperio, y de aliados como Argos y Mantinea. También habían reunido unos mil trescientos soldados con armamento ligero de diferentes tipos. Una embarcación exclusiva para el transporte de caballos llevaba a treinta jinetes y sus monturas —la única caballería de la expedición—, y treinta naves de carga transportaban víveres, suministros, panaderos, maestros canteros, carpinteros y las herramientas necesarias para la construcción de muros.

Llegados a Corcira, cada general tomó el mando de un tercio de la flota para permitir acciones individuales y facilitar los problemas de suministro. La armada entera cruzó entonces a la costa meridional de Italia, donde tropezó con una resistencia insospechada al no permitírseles la entrada en aquellas ciudades en las que esperaban tener suministros y bases. En las poblaciones de Tarento y Locros no les dejaron atracar ni aprovisionarse de agua potable. Entre todas ellas, la ciudad más importante era Regio, enclave estratégico desde el que se podía lanzar un desembarco a las costas norte y este de Sicilia y atacar a través del estrecho el importante puerto de Mesina. Aunque sus aliados de Regio habían cooperado plenamente en el anterior ataque a la isla del 427 al 424, esta vez declararon su neutralidad y les prohibieron la entrada en su ciudad; sólo se les permitió fondear en la playa, acampar fuera de sus murallas y comprar vituallas. ¿Qué fue lo que hizo que Regio cambiara de actitud? La explicación más probable es la propia percepción de la gran magnitud de esta segunda expedición, que hacía parecer que los atenienses habían venido a conquistar el oeste, como ya habían hecho con el este, y no, como reclamaban, a ayudar a sus aliados en contiendas locales y a frenar las ambiciones de Siracusa. La fuerza de sesenta navíos votada en un principio

probablemente no habría causado la misma impresión. Sea como fuera, el desvío de la gran armada desde la base proyectada era un golpe terrible para los objetivos de la empresa.

Las noticias llegadas de Egesta no hicieron más que aumentar la consternación de los atenienses. Aunque Nicias no se sorprendió al enterarse de que los egesteos sólo ofrecían treinta talentos para costear toda la campaña, sus compañeros quedaron horrorizados. Todos los acontecimientos imponían reconsiderar el propósito y la estrategia de la expedición; así pues, Nicias sugirió una aproximación mínima: los atenienses debían alcanzar Selinunte y solicitar el pago de todas las tropas por parte de los egesteos. Si se mostraban de acuerdo, lo que sabía era difícil, los atenienses «considerarían de nuevo la cuestión» (VI, 47). Si rehusaban, los atenienses demandarían el pago de los gastos de las sesenta naves que habían pedido los egesteos en un principio, y sólo permanecerían en la zona hasta que se dispusiera la paz entre Egesta y Selinunte. Tras su consecución, navegarían por la costa siciliana para hacer ostentación de su poder y pondrían rumbo a casa, «a no ser que pudieran ayudar rápida o inesperadamente a los leontinos o anexionarse alguna otra ciudad, pero sin poner en peligro al Estado con el derroche de sus recursos» (VI, 47). Esta última hipótesis era mera fantasía, porque la verdadera intención de Nicias era fijar los asuntos en Egesta de alguna forma y regresar inmediatamente a Atenas.

De ser así, habría sido desastroso para Alcibíades, pues partir sin haber conseguido nada no sólo perjudicaba al principal impulsor de la expedición, sino que también suponía un impacto negativo para el prestigio ateniense, ya que dejaba a los aliados siciliotas de Atenas a la merced de sus enemigos, lo que acrecentaría las posibilidades de Siracusa para dominar la isla. Por el contrario, Alcibíades propuso que los atenienses intentaran ganarse la amistad de las ciudades griegas sicilianas y de sus nativos, los sículos, que les proveerían de alimentos y tropas. Con esa ayuda, atacarían Siracusa y Selinunte, «a no ser que Selinunte llegara a un acuerdo con Egesta, y Siracusa permitiera que los leontinos regresaran a sus hogares» (VI, 48).

Lámaco, en cambio, quería navegar directamente a Siracusa y «entrar en combate lo antes posible frente a la ciudad, mientras aún pudieran pillarlos desprevenidos y presa del pánico» (VI, 49, 1). En el mejor de los casos, los siracusanos se rendirían sin presentar resistencia; si esto fallaba, los atenienses, muy superiores, se impondrían en una batalla con los hoplitas. En el peor de los supuestos, los de Siracusa rechazarían la lucha y se retirarían tras las murallas; pero, aun así, un desembarco por sorpresa en las cercanías de la ciudad dejaría atrapados a muchos habitantes con sus bienes fuera de la protección de los muros. Después, los atenienses podrían hacerse con sus granjas y utilizarlas como fuentes de suministro.

La estrategia de Lámaco no podía haber sido la primera y originaria, porque un intento de ataque con sólo sesenta trirremes era inconcebible; probablemente, la formuló al necesitar un nuevo plan tras el rechazo de Regio y el descubrimiento del engaño egesto. Cualquiera que fuera su origen, esta propuesta conllevaba un gran número de desventajas. Lámaco sabía que para el asedio de Siracusa necesitaban una base cercana, así que recomendó la ocupación de Megara Hiblea, que poseía un buen puerto de fácil acceso *(véase* mapa 20). Pero la población había caído en el abandono durante décadas, y carecía de granjas y mercados, por lo que no podía ofrecer suministros. Los atenienses tampoco disponían de caballería, fuerza de la que andaban bien surtidos los siracusanos e imprescindible para la protección de los flancos de las falanges hoplitas o para construir murallas defensivas. Si el asalto no se llevaba a cabo con éxito, estos problemas pasarían a ocupar un lugar preponderante.

Incluso a pesar de los inconvenientes, Demóstenes, un general de gran renombre, pensó que el plan de Lámaco era el mejor de todos. El propio Tucídides estimó que los siracusanos habrían resistido el envite ateniense desde la ciudad y, por consiguiente, habrían perdido la batalla, al no poder evitar que los atenienses les cortaran el paso por tierra y por mar, lo que habría provocado su rendición forzosa. Aunque en retrospectiva es imposible realizar valoraciones definitivas, posiblemente la estrategia de Lámaco hubiera podido funcionar. Su propuesta, sin embargo, no tenía la menor probabilidad de ser adoptada, porque ningún otro plan podía haber estado más alejado de los deseos de Nicias, y Alcibíades no escucharía más plan que el suyo. Así pues, Lámaco, contrario a aceptar la pasividad del plan de Nicias, prestó su apoyo al de Alcibíades, que se

convirtió así en la estrategia que seguirían los atenienses.

LA CAMPAÑA DEL VERANO DEL 415

Las fuerzas atenienses necesitaban en estos momentos una base adecuada, extensa y segura para utilizarla como lanzadera de las misiones diplomáticas y de las expediciones navales. Con Regio descartada, Mesina era la opción más factible; pero sus habitantes también prohibieron la entrada de tropas en la ciudad, y sólo le ofrecieron sus mercados. Alcibíades se vio obligado a tomar sesenta barcos de la armada —todavía varada en las afueras de Regio— y probar suerte en Naxos, en la costa este de Sicilia. Los de Naxos eran antiguos enemigos de Siracusa y acogieron a los atenienses en su ciudad, pero Catania, situada más al sur y controlada por una facción favorable a los siracusanos, les cerró sus puertas.

Los hombres de Alcibíades establecieron un campamento cerca de Leontinos y, desde allí, diez embarcaciones pusieron finalmente proa al puerto de Siracusa, donde no encontraron ninguna flota amarrada. Los atenienses pronunciaron lo que parecía un ultimátum, pero no recibieron respuesta. Tras recorrer detenidamente el puerto y sus alrededores, regresaron sin mayores incidentes; aunque, de hecho, la guerra había sido ya declarada. La flota enemiga se encontraba ausente porque los siracusanos no habían dado crédito a las noticias de que la gran armada estaba a punto de desafiarlos. La rica y poderosa ciudad-estado de Siracusa, una democracia moderada, únicamente llegó a tomarse en serio las advertencias y a mantener un debate público cuando los atenienses ya habían arribado a Corcira. En el largo debate en la Asamblea, Hermócrates, hijo de Hermón, una de las figuras dominantes del Congreso de Gela en el año 424, tras el cual Atenas había tenido que abandonar la isla, insistió en que la armada tenía intención de conquistar no sólo Siracusa, sino Sicilia entera. Hermócrates instó a los siracusanos a que buscaran aliados en Sicilia, Italia e incluso Cartago, tradicional enemiga de los griegos siciliotas, y solicitó que se pidiera ayuda también a Corinto y Esparta. Mientras tanto, debían enviar una flota al sur de Italia, donde podrían intentar frenar a la armada antes de que ésta alcanzara Sicilia.

La información de Hermócrates era correcta, aunque sus consejos estratégicos son algo optimistas. La flota de Siracusa no era rival, ni en número ni en capacidad, para la escuadra griega que se acercaba a Sicilia. Además, para los siracusanos habría sido imposible construir, reclutar tripulantes y enviar a Italia una flota lo bastante fuerte como para frenar a los atenienses a tiempo, como bien debió de haber sabido Hermócrates. Quizá sus consejos estaban orientados a vencer el letargo y la reticencia de sus compatriotas con la vana esperanza de un éxito rápido y fácil.

Parecía hacerse imprescindible algún ardid, porque los siracusanos continuaban rehusando emprender ninguna acción. Un demagogo llamado Atenágoras insistió en que los atenienses no podían haber emprendido una empresa de tal calibre, sencillamente porque sería una locura que lo hiciesen; aquellos que lo afirmaban, proclamó, intentaban crear las condiciones necesarias para derrocar la democracia. De todas formas, el consenso general entre la población de Siracusa era que se podría vencer a los atacantes atenienses con relativa facilidad. Un general siracusano, cuyo nombre no nos es conocido, señaló con autoridad personal y gran sentido común que no les haría ningún daño preparar una defensa, no fuera el caso de que los atenienses se presentaran realmente. Los siracusanos deberían hacer partir de inmediato enviados para solicitar ayuda a los Estados pertinentes. Una medida, como admitió, que ya habían tomado los generales. Prometió mantener informada a la Asamblea de cualquier otra cosa que debiera saber, pero omitió la idea de enviar una expedición a Italia, tras lo cual se levantó la sesión.

Cuando tuvieron conocimiento de que los atenienses habían congregado a su flota en Regio, comenzaron por fin a tomar medidas para protegerse, «dado que se acercaba pronto la guerra que, de hecho, ya casi tenían encima» (VI, 45). Entre los preparativos, no se incluía la preparación de una flota, como supieron los atenienses al adentrarse en el puerto vacío. Desde Siracusa, los atenienses pusieron rumbo a Catania, la cual lograron tomar al segundo intento y unir a su alianza por medio de artimañas. Ahora disponían de una base desde donde podían, o bien atacar Siracusa, o

bien llevar a cabo la batalla diplomática planteada por Alcibíades. Algunos informes falsos sobre que los siracusanos armaban una flota y la ocasión real de hacerse con Camarina les hicieron desplazar sus fuerzas a ambas ciudades sin ningún fin concreto; pero, para no malgastar esfuerzos, también asaltaron los campos siracusanos. Conforme se retiraban, la caballería siracusana dio muerte a algunas tropas rezagadas: un augurio para el futuro.

LA HUIDA DE ALCIBÍADES

En Catania, el trirreme estatal *Salaminia* se encontraba ya a la espera de llevar a Atenas a Alcibíades y a otros acusados de la mutilación de las estatuas de Hermes o de la profanación de los misterios para someterlos a juicio. Plutarco cree que Alcibíades podía haber iniciado un motín de haberlo querido, pero los pobres resultados de la expedición hasta la fecha posiblemente habían hecho menguar su popularidad, y éste se entregó discretamente. Hizo la promesa de seguir a la *Salaminia* en su propio trirreme; sin embargo, debió de tener conocimiento de la naturaleza de la situación en Atenas gracias a algún miembro de la tripulación, y decidió intentar la huida, camino del Peloponeso.

Había sido juzgado en Atenas durante su ausencia y se le había condenado a muerte junto con los demás acusados; sus propiedades habían sido confiscadas, su nombre se había escrito en la estela de la desgracia levantada en la Acrópolis y se suscribió una recompensa de un talento para aquel que diera muerte a los que huyeran. Por medio de otro decreto, se ordenó que los sacerdotes de Eleusis maldijeran el nombre de Alcibíades y, presumiblemente, los de los otros culpables. Como respuesta, se supone que Alcibíades dijo en su huida: «Les demostraré que sigo vivo» (Plutarco, *Alcibíades,* XXII, 2).

La partida de Alcibíades dejaba a Nicias como líder virtual de la expedición. Aunque le habría gustado seguir la estrategia pasiva que se había propuesto y volver a casa tan pronto como fuera posible, los esfuerzos invertidos hasta el momento y el gasto de tantas vidas y dinero sin objeto imposibilitaban esta opción. Ni sus tropas ni los ciudadanos atenienses habrían quedado contentos con un resultado así; en consecuencia, Nicias se dirigió a Egesta y Selinunte para ver qué podía hacer con la situación que originalmente les había traído a Sicilia.

Atravesaron el estrecho de Mesina y navegaron hacia el noroeste de Sicilia, «tan lejos del enemigo siracusano como era posible» (Plutarco, *Nicias,* XV, 3). Aunque a la armada no se le permitió hacer escala en Hímera, la única ciudad griega en territorio cartaginés, los atenienses asaltaron Hícara, población lugareña de sicanos enemigos de Egesta, esclavizaron a sus habitantes «bárbaros» y se la entregaron a los egesteos. El mismo Nicias fue a Egesta a recoger el dinero prometido y a intentar solucionar las disputas con Selinunte por vía diplomática. Los resultados debieron de ser decepcionantes, porque la ciudad sólo logró reunir treinta talentos, todo lo que pudo encontrar, probablemente; así pues, marchó para reunirse con su ejército en Catania. Por ahora, los atenienses se habían aproximado a casi todas y cada una de las ciudades griegas de Sicilia. (Por lo que sabemos, no recurrieron a Gela o Ácragas porque sus tentativas hubieran sido inútiles.) La estrategia de Alcibíades también había fracasado, y como símbolo de la campaña entera se intentó el asalto sin éxito de un pueblo cercano a Catania.

La primera temporada de la empresa había concluido en medio de una gran desesperanza; la huida de Alcibíades había dejado la expedición en manos de un líder que no creía en los objetivos de la empresa, y sin una estrategia propia para conseguirlos. Plutarco describió la situación de la siguiente manera: «Aunque en teoría eran dos los mandos, Nicias ostentaba el poder en solitario. Y no paró de rumiar el asunto, de darle vueltas y de navegar de un sitio a otro, hasta que el ánimo de sus hombres comenzó a flaquear, y el miedo y asombro que la sola visión de sus tropas causaba al enemigo se desvaneció» *(Nicias,* XIV, 4). Aun así, como todavía no se atrevía a abandonar Sicilia, Nicias y sus hombres se vieron en la obligación de enfrentarse a Siracusa, su principal enemigo, sin ningún plan concreto de acción.

Capítulo 22

El primer ataque a Siracusa (415)

Los retrasos y las dudas de Nicias a la hora de enfrentarse a Siracusa devolvieron la confianza a sus habitantes, y éstos insistieron en que sus generales los condujeran hasta Catania contra los atenienses. La caballería siracusana cabalgó hasta el campamento ateniense y los insultó con las siguientes preguntas: «¿Habéis venido para quedaros con nosotros en tierra extraña, en vez de restablecer a los de Leontinos la suya?» (VI, 63, 3). Nicias no podía seguir dudando; tenía que afrontar el problema de cómo hacer que sus fuerzas se posicionasen y atacar Siracusa. La flota no podía desembarcar con un oponente armado preparado para frenarla, pero un ejército de hoplitas podía marchar sobre Siracusa con ciertas garantías; además, también disponían de un gran número de tropas ligeras y de muchos panaderos, albañiles, carpinteros y sirvientes del campamento, aunque carecían de una caballería que los protegiera contra el considerable número de los jinetes siracusanos.

LOS ATENIENSES EN SIRACUSA

Así pues, los atenienses tuvieron que recurrir al engaño: usaron a un agente doble para confundir a los mandos siracusanos y atraer a todo el ejército enemigo hasta Catania. Mientras éste recorría los sesenta y cinco kilómetros de distancia que separaban ambas ciudades, los atenienses anclaron sus naves y desembarcaron sus hombres en el puerto de Siracusa, sin encontrar resistencia, en una playa al sur del río Anapo, frente al gran templo del Zeus Olímpico *(véase* mapa 21). Los atenienses tomaron posiciones en un lugar protegido de los posibles ataques laterales de la caballería siracusana por casas y barreras naturales, y construyeron más fortificaciones para defenderse de un ataque frontal o por el mar.

Cuando los de Siracusa, engañados y resentidos, regresaron y se encontraron a los atenienses acampados firmemente delante de la ciudad, los desafiaron a entablar combate, pero los de Atenas no mordieron el cebo, y los siracusanos no pudieron hacer otra cosa que acampar para pasar la noche. El ataque ateniense se produjo a la mañana siguiente. La mitad del ejército formó al fondo en columnas de a ocho, con los argivos y mantineos a la derecha; los atenienses se ocuparon de defender el centro y el resto de aliados se situaron a la izquierda, donde el riesgo de la caballería era mayor. Tras ellos, en la retaguardia, otro grupo de atenienses formó un escuadrón defensivo alrededor de los civiles encargados de los suministros; éstos se quedaron cerca del campamento ateniense como fuerza de reserva, mientras que la avanzadilla ateniense del río tomaba al enemigo por sorpresa. Algunos soldados que habían ido a Siracusa a pasar la noche tuvieron que apresurarse en volver y buscar cualquier posición posible entre sus filas. Las líneas de los siracusanos y sus aliados igualaban la longitud de las atenienses, y además tenían el doble de profundidad; a esto también había que sumar mil quinientos hombres a caballo sin oposición alguna. Para contrarrestar esta desventaja, los atenienses debieron de tomar posiciones en un recodo del río y en algunos terrenos pantanosos, utilizados para proteger el flanco izquierdo de su formación y resguardar así su derecha, lo que evitaría la efectividad del acoso de la caballería de Siracusa sobre el lateral de la falange. Los atenienses también apostaron a sus tiradores de honda, a los arqueros y a soldados con piedras en los flancos, desde donde ayudarían a combatir a los jinetes enemigos. A pesar del tamaño de la falange siracusana y de la bravura individual de sus soldados, la disciplina y experiencia superiores de los atenienses y sus aliados llevaban las de ganar ese día.

Conforme avanzaba el combate, la lluvia, los rayos y el fragor de la tormenta atemorizaron a los siracusanos, lo que probablemente ayudó a quebrantar su espíritu; mientras, los atenienses se tomaron el combate con la calma que da la experiencia. Los argivos pronto hicieron retroceder el flanco izquierdo del enemigo, mientras los atenienses golpeaban su centro; la línea enemiga se vino abajo, y los siracusanos y sus aliados emprendieron la huida. Ésta fue la mejor ocasión ateniense de conseguir la victoria definitiva, porque, si hubieran emprendido una persecución agresiva con un número elevado de bajas, habrían roto la resistencia de Siracusa o, como mínimo, habrían mermado las posibilidades del enemigo de resistir al asedio. Sin embargo, para haberlo logrado hubiera sido esencial disponer de caballería, porque ésta podía llevar a cabo la persecución mucho más rápido y hasta mayor distancia que los hoplitas. Libres de oposición, los jinetes siracusanos controlaron la retirada de sus tropas, lo que permitió que el ejército se reagrupara y enviara un destacamento al templo de Zeus para proteger sus tesoros antes de ponerse a salvo tras las murallas de la ciudad. Había sido una victoria táctica para los atenienses, pero sin ningún resultado estratégico: Siracusa se recuperaba rápidamente, preparada y lista para continuar la lucha. Era preciso buscar algún modo de hacerla capitular. Los atenienses, sin embargo, en vez de ponerle sitio de inmediato, erigieron un monumento a la victoria en el campo de batalla, entregaron los cadáveres de soldados enemigos al amparo de la tregua, sepultaron a los suyos —cincuenta bajas atenienses contra doscientas sesenta pérdidas enemigas—, y de nuevo pusieron rumbo a Catania.

Tucídides trata de explicar la retirada de Nicias por lo avanzada que estaba la estación y por la necesidad de almacenar grano; también se hacía necesario conseguir más fondos de Atenas o de donde fuese y, en especial, «solicitar el envío de la caballería desde Atenas y reclutar jinetes entre los aliados de Sicilia para no estar a merced de las tropas a caballo del enemigo» (VI, 71, 2). Entre los contemporáneos de Nicias, muchos le acusaron de no haber actuado con una mayor resolución. En su obra *Las aves,* llevada a la escena poco después de esta batalla, Aristófanes se burla de «Nicias y sus retrasos»; por su parte, Plutarco se hace eco de la opinión popular en Atenas de que «por hacer cálculos demasiado cuidadosos, demorarse y pasarse de cauto, había arruinado la ocasión de pasar a la acción» *(Nicias,* XVI, 8).

La prudencia de Nicias ante la falta de la caballería no parecía carecer de lógica: los destacamentos atenienses enviados a cavar trincheras o construir los muros circundantes no podían defenderse de los ataques de los jinetes siracusanos a menos que los escoltase su propia caballería. Sin embargo, a menudo las guerras no se deciden por consideraciones materiales, sino por otros asuntos. Demóstenes, un general mucho más brillante, mantuvo la opinión de que, si en el invierno del año 415 Nicias hubiera sido más audaz, los siracusanos habrían presentado batalla y se les habría derrotado; la ciudad habría quedado encerrada por las empalizadas atenienses antes de que hubieran pedido auxilio y, por consiguiente, su rendición habría sido forzosa. No obstante, resulta improbable que los atenienses hubieran podido construir una empalizada alrededor de la ciudad sin la ayuda de la caballería y, hasta que no estuviera en pie, los siracusanos serían libres de solicitar ayuda y hacer buen uso de la misma. A fin de cuentas, Nicias escogió el plan más adecuado y lo llevó a cabo con gran precaución; por lo tanto, no merece ser acusado por su elección táctica.

Sin embargo, como estratega, Nicias cometió un error que fue la causa principal del fracaso de la expedición. Las tropas a caballo que olvidó solicitar a la Asamblea eran esenciales para capturar Siracusa. Si las hubiera tenido a su disposición desde el principio, los siracusanos se habrían visto obligados a rendirse, ya que ninguna ayuda exterior les habría salvado. La falta de previsión con respecto a la caballería es particularmente sorprendente porque el propio Nicias había resaltado su importancia antes de que la expedición partiese. Con estas palabras se había dirigido a la Asamblea ateniense: «En lo que más nos aventajan los de Siracusa es en que tienen muchos caballos, y en que cultivan y consumen su propio trigo, no grano importado» (VI, 20, 4). Pero, en la lista de fuerzas votadas por los atenienses que el propio Nicias había elaborado se omitió cualquier mención a la caballería; y, aunque antes de zarpar hubo tiempo de sobra para remediar el problema, en la siguiente Asamblea no se llegó a plantear la cuestión. Incluso tras el Consejo de Regio, cuando era obvio que el asedio a Siracusa no tardaría en producirse, todavía estaban a tiempo de solicitar el envío de un contingente de hombres a caballo.

Quizás el descuido fue más fruto de la estimación de los objetivos que de un error de cálculo. Como hemos visto antes, Nicias nunca tuvo verdadera intención de atacar Sicilia y, una vez forzado a tomar parte en la campaña, intentó seguir una vía de contención que evitase cualquier participación más seria. Posiblemente se negó a considerar un paso tan agresivo como el asalto a Siracusa hasta que las circunstancias lo hicieron inevitable, y entonces se encontró sin las fuerzas necesarias para llevarlo a cabo.

En cualquier caso, aunque el sitio de Siracusa tuvo que retrasarse varios meses hasta la llegada de dinero y caballos de Atenas, no existían motivos para dejar perder el invierno de 415-414. Así pues, los atenienses se dirigieron con sus naves a Mesina con la esperanza de tomar la población, controlada por una de las facciones, por medio de la traición. Sin embargo, Alcibíades, a su paso por el Peloponeso, desveló la trama por entero. Ésta fue la primera de sus muchas acciones que probarían a Atenas que todavía seguía vivo. Cuando la flota ateniense arribó, la facción hostil les prohibió la entrada a la ciudad, así que tuvieron que retirarse a Naxos con el objeto de construir una nueva base.

LA RESISTENCIA DE SIRACUSA

En Siracusa, mientras tanto, Hermócrates animaba a la población a que emprendiera una serie de grandes reformas militares. Para incrementar el tamaño del ejército, se armó como hoplitas a los habitantes más pobres y se estableció el reclutamiento forzoso, una medida poco habitual entre los ejércitos griegos, nutridos en su mayoría de ciudadanos no profesionales. El número de generales se redujo de quince a tres, Hermócrates entre ellos, y se les otorgó plenos poderes para tomar decisiones sin consultar a la Asamblea, lo que permitía un liderazgo más efectivo y un mayor secretismo en lo referente a las distintas estrategias que iban a emprenderse. De este modo, sin embargo, los siracusanos se veían obligados a restringir su democracia para sobrellevar la situación.

En el frente diplomático, no sólo enviaron aviso a Corinto y a Esparta de que necesitaban su ayuda para la defensa de la ciudad, sino que solicitaron a los espartanos «que hicieran la guerra contra Atenas abiertamente con mayor persistencia para conseguir que sus tropas abandonaran Sicilia o para poner trabas al envío de refuerzos» (VI, 73). Entretanto, las murallas de la ciudad se ampliaron hasta incluir más territorio, lo que obligaría a los atenienses a construir empalizadas de asedio aún mayores para poder circundar Siracusa. También se emplazaron campamentos en Megara Hiblea y en el templo de Zeus, y se erigieron empalizadas en algunos enclaves costeros susceptibles de servir como fondeaderos a la flota de Atenas.

Cuando llegó a sus oídos que los atenienses estaban tratando de ganar Camarina, Hermócrates acudió hasta allí y argumentó que Atenas no había venido a socorrer a sus aliados, sino a conquistar toda Sicilia. Eufemo, el enviado ateniense, pronunció el razonamiento contrario. Según él, Siracusa sí era una verdadera amenaza para la libertad de las ciudades griegas de la isla. Los camarineos, por su parte, eran partidarios de los atenienses, «salvo en la medida en que creían que su plan era someter Sicilia». Su respuesta formal fue que «aliados como eran de ambos pueblos en guerra, serían más fieles a sus juramentos si no prestaban su ayuda a ninguno» (VI, 88, 1-2). Esta aparente neutralidad les era más útil a los siracusanos que a los atenienses, ya que éstos tenían la necesidad imperiosa de obtener aliados en Sicilia. En la decisión tomada por los habitantes de Camarina, debió de influir sin duda el gran tamaño de la armada ateniense, que de nuevo jugaba en contra de la estrategia originalmente planificada.

A Atenas se le dio mejor con los sículos, que no eran de origen griego; algunos de ellos acudieron por su propia voluntad al encuentro de los atenienses con alimentos y dinero, pero con otros tuvo que utilizarse la coacción. Con el traslado de su base a Catania para mejorar su contacto con los sículos, los atenienses también buscaron ayuda en lugares tan apartados como Etruria, en Italia, o Cartago, en África, ambas antiguas enemigas de Siracusa. Si bien fueron pocas las ciudades etruscas que enviaron naves a Sicilia en el año 413, la petición fracasó estrepitosamente con Cartago; pero la propia existencia de esta petición sirve para desautorizar las voces de Alcibíades,

Hermócrates y Tucídides, que afirmaban que entre los objetivos de esta campaña se contaba la conquista de Cartago.

ALCIBÍADES EN ESPARTA

Los siracusanos fueron más afortunados en su búsqueda y Corinto, fundadora de su ciudad, se mostró dispuesta a apoyar a su colonia, además de enviar mensajeros para que convencieran a los espartanos de hacer lo mismo. Sin embargo, los dirigentes espartanos no se mostraron muy inclinados a involucrarse más en Sicilia, y sólo decidieron participar de forma diplomática, pues enviaron una embajada para alentar la firmeza de los siracusanos contra los atenienses. En Esparta, sin embargo, los siracusanos y los corintios sí que encontraron en Alcibíades un aliado muy valioso. El réprobo ateniense se había adaptado a las costumbres espartanas excelentemente —se dedicaba al ejercicio físico con gran empeño, y tomaba baños fríos; se dejó crecer el pelo conforme a la costumbre espartana y cambió su alimentación por el pan burdo y las típicas gachas oscuras—, aunque es altamente improbable que tuviera en mente pasar el resto de su vida en Esparta. Tenía la determinación de volver a Atenas, como líder y héroe pródigo o para ejecutar su venganza.

Como cada vez que la jurisdicción ateniense entraba en juego Alcibíades era considerado todavía un fugitivo de la ley con precio puesto a su cabeza, su primer objetivo fue el de hacerse un nombre entre los espartanos y ganar su confianza para poder convencerlos de derrotar a los atenienses en Sicilia y reanudar la guerra en el Ática. El gran alcance de su discurso introductorio en la Asamblea espartana aplacaría la desconfianza y la antipatía que los espartanos sentían por él. Alcibíades, como demagogo apoyado por la multitud ateniense y oponente principal de Nicias, que era amigo de Esparta, y como autor de la política fatal que había unido en una alianza a Atenas, Argos, Elide y Mantinea, lo que indirectamente había acarreado la batalla de Mantinea y la propia expedición a Sicilia, y además como traidor a su propia ciudad, no era obviamente el hombre que podía aconsejar mejor y más fiablemente a los espartanos.

Al explicar su caso, se las arregló para renegar de su pasado y presentó su huida de Atenas como un rechazo a la democracia, a la que describió como «una locura por todos conocida» (VI, 89). Afirmó con rotundidad que revelaría los verdaderos motivos de la expedición ateniense en el oeste: según dijo, lejos de limitarse a asaltar Siracusa en nombre de los aliados, lo que se pretendía alcanzar era el control de la isla entera y aún más. Tras Sicilia, los atenienses perseguían dominar la Italia meridional, Cartago y su Imperio, e incluso la lejana Iberia. Cuando hubieran conseguido todo esto, utilizarían los enormes recursos de sus conquistas para atacar de nuevo la península del Peloponeso. Finalmente, «gobernarían a todos los pueblos helénicos» (VI, 90, 3). Los generales de Atenas, insistió, ejecutarían tal programa incluso en su ausencia.

Pero Esparta podía actuar con rapidez, explicó, antes de que los siracusanos se rindieran. «No dejéis que nadie crea que sólo estáis deliberando sobre Sicilia, pues también está en juego el destino del Peloponeso» (VI, 91, 4). Los espartanos tenían que enviar con rapidez un ejército a Sicilia con un espartiata al mando, pero también debían retomar la guerra en el Ática para animar a los siracusanos y distraer a los atenienses. Con ese fin, no había sino que acometer la acción más temida por los ciudadanos de Atenas: la construcción de una fortificación permanente en el enclave ático de Decelia. Desde allí, los espartanos podrían cortar por entero el paso de los hombres, del trigo y de los suministros de las minas de plata de Laurio; y todavía disminuirían más sus ingresos si fomentaban la rebelión y la resistencia por todo el Imperio.

Como traidor, Alcibíades admitió la necesidad de defender su credibilidad: «El auténtico patriota no es el hombre que deja de atacar su patria ya perdida injustamente; sino aquel que, por amor a ella, intenta recuperarla por todos los medios» (VI, 92, 4). No tenemos ningún dato de cómo pudo influir en los espartanos su elaborada oratoria, pero concluyó su discurso urgiéndoles a dar la espalda al pasado y a apreciar los beneficios venideros que él les aportaría: «Si bien os infligí daño como enemigo, también podría haceros mucho bien como amigo, ya que yo conocía los planes de Atenas, mientras que los vuestros sólo los imaginaba» (VI, 92, 5).

Los espartanos tenían razones de sobra para sospechar de un traidor a cuya cabeza se había puesto precio y con fama de astuto y tramposo, y al menos una de sus afirmaciones debería haberles hecho dudar del resto del discurso, porque era totalmente falsa: «Los generales restantes llevarán a cabo los mismos planes si les es posible, sin hacer cambios» (VI, 91, 1). A los espartanos les tenía que haber resultado inconcebible que Nicias, al que conocían y respetaban, siguiera los grandes planes de conquista que Alcibíades había descrito. En este sentido, Alcibíades simplemente mintió. Hay buenas razones para pensar que también se inventó los grandiosos objetivos de Atenas que alegó revelar a los espartanos para servir a sus propios intereses: atemorizar a Esparta para que reanudase la guerra contra Atenas.

Para comprender la actuación de Alcibíades en Esparta, necesitaríamos examinar su trayectoria y sus logros tal como eran vistos en 415-414, es decir, antes de que se forjara su condición de leyenda. Todavía no había conseguido ninguna victoria para Atenas ni por mar ni por tierra, y todos sus planes habían acabado en derrotas estratégicas. Sus campañas tenían un sello distintivo: normalmente confiaba en el poder de persuasión de su diplomacia personal, mientras que para la peor parte de la lucha usaba fuerzas aliadas, lo que traía como consecuencia que Atenas corriera muy pocos riesgos. Esta postura podía parecer ingeniosa y convincente, pero no aportaba resultados decisivos. La culminación de su estrategia en el Peloponeso fue la batalla de Mantinea en el año 418; aunque la victoria requiriese un contingente de hoplitas atenienses mayor del que hubo, su poca predisposición a arriesgar las vidas de un gran número de atenienses en el campo de batalla plantea serias dudas sobre si habría enviado una fuerza mayor, incluso de haber sido general ese año.

Su ausencia en Mantinea pone de relieve otro de sus defectos: como líder ateniense, no era capaz de ganarse el apoyo político que los generales necesitaban año tras año para poner en ejecución una línea política coherente. Su estrategia para Sicilia en el año 415 la había tomado prestada a grandes rasgos de los planes fracasados de los años 427-424. Sin duda, pensaba que su liderazgo personal y su persuasión funcionarían donde Sófocles y Eurimedonte habían fracasado; sin embargo, no pudo evitar que Nicias aumentara el tamaño de la expedición hasta alcanzar magnitudes mastodónticas, lo que causaría un temor tal en las ciudades griegas, que llegaría a determinar su neutralidad o su reticencia. Cuando en Regio quedó patente el precio de desplazar una flota de tal envergadura, no alteró sus planes para adaptarse a la nueva realidad. Finalmente, la desconfianza que sus conciudadanos sentían por él había permitido que sus rivales lo desterraran. Éste era el Alcibíades que los espartanos tenían ante sí, un hombre derrotado y perseguido, que necesitaba convencerles con urgencia del gran peligro que les acechaba y de los beneficios que les esperaban si contaban con su consejo y ayuda. No debemos sino maravillamos ante la tamaña audacia e imaginación de este gran engaño.

Aunque los espartanos enviaron finalmente un general a Sicilia, las fuerzas comandadas por él sólo estaban integradas por dos embarcaciones corintias y dos lacedemonias. Ningún soldado espartiata viajó a Sicilia; de hecho, ni siquiera su general, Gilipo, lo era verdaderamente. Como hijo de Cleándridas, un desterrado condenado a muerte por aceptar sobornos, y de una ilota, tal como se rumoreaba, Gilipo era un *mothax,* un habitante de categoría inferior pero que había recibido la educación espartana. Así pues, Esparta podía permitirse prescindir de todos los integrantes de la misión. Si hubiera tomado ciertas precauciones, Atenas habría podido incluso impedir que una fuerza tan lastimosa alcanzase la isla.

Capítulo 23

El asedio de Siracusa (414)

En el siglo V, capturar una ciudad fuertemente amurallada y defendida requería un asedio bien planificado, dirigido sobre todo a cortar el abastecimiento de provisiones para reducirla por medio de la hambruna o la traición. En la primavera del año 414, los atenienses eran dueños de los mares y disponían de las tropas suficientes como para cercar perfectamente la ciudad por tierra. Tan pronto como el dinero y la caballería llegaran de Atenas, estarían dispuestos a comenzar el asalto. Una vez completo el muro para sitiar Siracusa, la flota ateniense también podría vigilar e interceptar cualquier refuerzo enviado por los peloponesios.

Las noticias de la aparición de la caballería hizo que los siracusanos emplazasen soldados en las Epípolas, una meseta cercana a la ciudad *(véase* mapa 22), «porque pensaron que, sin el control de las Epípolas, a los atenienses no les sería sencillo bloquearlos entre muros, aunque vencieran en el campo de batalla» (VI, 96, 1); sin embargo, llegaron demasiado tarde. Nicias se había anticipado a la llegada del destacamento siracusano y había conducido las naves, con el ejército ateniense a bordo, hasta León, no muy lejos de los acantilados al norte de las Epípolas. Antes de que los de Siracusa pudieran evitarlo, los atenienses alcanzaron la meseta, desde donde podían repeler cualquier intento siracusano por desplazarlos. En Lábdalo construyeron un fortín, y allí almacenaron sus provisiones, equipamientos y fondos.

En poco tiempo llegó su caballería y la de los aliados siciliotas. Con todos los hoplitas y seiscientos cincuenta jinetes, ahora sí que podrían proteger a los hombres que construirían los muros de asedio. En Sica, un lugar al noroeste de la ciudad cercano a los lindes de la meseta, se erigió una fortificación que Tucídides llama «el fuerte circular (VI, 99)». Éste sería el centro de operaciones desde donde se dirigiría el asedio.

Los siracusanos salieron a presentar batalla al enemigo, pero cuando sus generales vieron el desorden y la poca disciplina de las tropas, se retiraron rápidamente tras las murallas de la ciudad y dejaron parte de la caballería en el exterior para evitar que los atenienses continuaran levantando los muros. Los atenienses, con sus propios jinetes y un contingente de hoplitas, fueron capaces de aplastar a los siracusanos y proteger la construcción. Al día siguiente, se inició la ampliación de los muros hacia el norte desde «el fuerte circular» hasta Trógilo. A no ser que los de Siracusa actuaran con celeridad, pronto se verían cercados por tierra; aun así, los generales seguían mostrando temor a la hora de enviar al ejército contra los atenienses. En cambio, lo que se decidió fue levantar un contramuro transversal de piedra y madera con torretas cada cierta distancia para cortar la línea de los trabajos proyectados para el asedio. Los atenienses siguieron construyendo su propia empalizada en la meseta y, en vez de atacar el contramuro, centraron su atención en el suministro de agua de la ciudad y destruyeron sus canalizaciones subterráneas.

Los descuidos cometidos por Siracusa ofrecieron a los atenienses la ocasión de demostrar su audacia. Ociosos durante el calor del mediodía, los siracusanos descuidaron las murallas y las dejaron indefensas. Trescientos hoplitas atenienes, apoyados por un batallón de soldados con armamento ligero y provistos de armaduras para la ocasión, las tomaron por sorpresa. Nicias y Lámaco marchaban detrás con el resto del ejército; cada uno comandaba un ala. Las tropas de asalto hicieron retroceder a la guardia desde el muro de contrabloqueo hasta la muralla que rodeaba un barrio llamado Temenites. Las demás tropas se las arreglaron para atravesar las puertas, pero finalmente resultaron ser muy pocos para mantener la posición. Aunque no habían logrado tomar Temenites, los atenienses consiguieron destruir el muro de bloqueo y erigir otro monumento de la victoria.

LA ENFERMEDAD DE NICIAS Y LA MUERTE DE LÁMACO

Fue más o menos en esos momentos cuando Nicias empezó a percibir las molestias producidas por una incipiente enfermedad renal, dolencia que arrastraría hasta el final de sus días. Tal vez no estaba del todo bien cuando se planeó el ataque sorpresa, porque la fuerza y atrevimiento del mismo sugieren la mano de Lámaco. Al día siguiente, los atenienses empezaron a construir la parte sur de su muro de asedio desde «el fuerte circular» en las Epípolas hasta el Puerto Grande al sur de la ciudad. Cuando se completara, una gran parte de Siracusa quedaría rodeada, por lo que los atenienses podrían mover su flota desde Tapso, donde transportaban los suministros por tierra, hasta las Epípolas, y anclar sus naves tranquilamente en el Puerto Grande. Sin ese muro, la protección de la flota ateniense en la playa del puerto habría requerido una peligrosa división de las fuerzas de infantería.

La nueva edificación alarmó a los siracusanos, que inmediatamente levantaron otro contramuro a través de los pantanos de Lisimelia. Mientras tanto, los atenienses habían extendido su construcción hasta el borde de los acantilados, y preparaban el próximo ataque, esta vez conjuntamente por mar y tierra. Trasladaron su flota hasta el Puerto Grande y descendieron de las Epípolas. Con plataformas hechas de tablones y puertas sobre las partes más firmes de las marismas, tomaron de nuevo por sorpresa a los siracusanos; cuyo ejército quedó partido en dos durante el asalto: el flanco derecho en dirección a la ciudad, y el izquierdo, hacia el río Anapo. Los últimos corrieron hacia el puente, mientras trescientos soldados atenienses de las fuerzas de asalto salían a cortarles el paso. Pero la caballería siracusana les esperaba en el río, los desvió gracias a sus hoplitas y se concentró en el flanco derecho del grueso del ejército ateniense. El ala derecha de la falange era su flanco más vulnerable, en especial cuando la infantería y la caballería las atacaban al unísono; como resultado, el primer regimiento del flanco derecho ateniense fue presa del pánico. Lámaco, valiente y osado, aun encontrándose en el lado izquierdo, se apresuró a acudir en su ayuda. Estabilizó las líneas pero, aislado en las trincheras con unos pocos hombres, pereció en el combate. Los siracusanos se apoderaron de sus despojos mientras se batían en retirada y cruzaron el río hacia la fortaleza del Olimpeio. El triunfo ateniense se pagó muy caro, porque sólo quedaba un Nicias enfermo como líder en solitario. La pericia y la valentía de Lámaco se echarían a faltar dolorosamente de ahora en adelante.

Los siracusanos, al ver al ejército ateniense en la llanura de su ciudad, enviaron un destacamento para atraer su atención, mientras atacaban con otro «el fuerte circular». En la cima de la meseta, asaltaron y demolieron el muro que se encontraba al sur del fortín, incompleto y sin protección. Nicias estaba dentro. A pesar de su enfermedad, se mantuvo lo bastante alerta como para ordenar que prendieran un gran fuego para ahuyentar al enemigo y avisar al ejército de la llanura del peligro que corría la fortificación. La sincronización sonrió esta vez a los atenienses, que redujeron al enemigo en las cercanías de Siracusa, a la vez que su flota entraba en puerto. Ahora podrían subir raudos y seguros a las Epípolas para llegar a tiempo de proteger el fuerte y al único general que les quedaba; mientras, los siracusanos buscaron refugio en su ciudad.

Ya no había ningún obstáculo para que los atenienses continuaran el muro sur hasta el mar. Si erigían una muralla al norte a través de la meseta de las Epípolas, el control marítimo de su flota completaría el cerco de Siracusa y obligaría al enemigo a rendirse o a morir de hambre, si se vigilaba bien de cerca la ciudad. Las noticias de la desesperada situación de los siracusanos se propagaron con velocidad, lo que atrajo alianzas con los sículos que aún no se habían comprometido, así como suministros de Italia y tres embarcaciones de la lejana Etruria.

Los siracusanos «habían dejado de pensar que ganarían la guerra, ya que no había llegado ayuda alguna del Peloponeso» (VI, 103, 3). Cuando cambiaron a sus tres generales, comenzó a extenderse el rumor de una posible rendición. Entre ellos discutían los términos de la paz, e incluso llegaron a hacerlo con Nicias, mientras circulaban también rumores de una conspiración de traidores para rendir la ciudad. Como de costumbre, Nicias era un hombre de gran inteligencia, y los atenienses no

tuvieron duda alguna de que la ciudad se rendiría pronto sin presentar batalla.

Sin embargo, llegado el momento, Nicias se descuidó o se confió demasiado, y no prestó atención al lejano nubarrón que comenzaba a cernirse sobre el resplandeciente cielo ateniense: cuatro naves se acercaban desde el Peloponeso, y en una de ellas viajaba el espartano Gilipo. Aunque Nicias sabía que los espartanos habían desembarcado en Italia hacía ya algún tiempo, no había emprendido ninguna acción contra un contingente de tamaño tan despreciable. El camino correcto habría sido acelerar la finalización del cerco amurallado de Siracusa y enviar un escuadrón de naves al estrecho o a Italia para impedir el paso de los peloponesios, bloquear los dos puertos de Siracusa para interceptar el paso de cualquier nave y proteger los accesos a las Epípolas, en especial a Eurielo, por si los peloponesios se las arreglaran para alcanzar Siracusa por tierra. Nicias no emprendió ninguna de estas medidas, lo que se tradujo en un desastre.

ATENAS ROMPE EL TRATADO

Durante todo este tiempo, aunque la Paz de Nicias seguía formalmente en vigor, no pararon de sucederse hostilidades de baja intensidad. Esparta y Argos invadían mutuamente sus territorios sin cesar. Por su parte, Atenas, desde su fuerte en Pilos, llevaba a cabo incursiones frecuentes a Mesenia y a otros puntos del Peloponeso; aun así, se negaba a cumplir las peticiones argivas de atacar Lacedemonia. Debido a la extraña interpretación adoptada tácitamente por ambas partes, estas acciones no se consideraban como violaciones del Tratado, mientras que un ataque directo sobre Lacedemonia sí que lo hubiera sido. No obstante, hacia el año 414 los atenienses no pudieron desoír por más tiempo las súplicas aliadas que solicitaban una ayuda más rotunda, ya que en Sicilia había soldados argivos combatiendo por la causa ateniense. Por lo tanto, Atenas envió treinta embarcaciones para perpetrar saqueos contra algunos enclaves costeros de Lacedemonia. La expedición a Sicilia tuvo, pues, considerables repercusiones para la guerra en su conjunto, porque las acciones atenienses «incumplían el Tratado con los espartanos de la manera más flagrante» (VI, 105, 1).

Entretanto, Gilipo y el almirante corintio Pitén, cada uno al mando de dos barcos peloponesios, continuaban rumbo a Sicilia convencidos de que los atenienses habían concluido el cerco de Siracusa; sin embargo, en Locros, en el sur de Italia, supieron la verdad, y para socorrer la ciudad partieron hacia Hímera, con el fin de evitar a la flota ateniense. Cuando Nicias tuvo noticias de su desembarco en Locros, decidió enviar cuatro naves para interceptarlos, pero la reacción llegaba demasiado tarde. Los hombres de Hímera se unieron a la expedición peloponesia y suministraron armas a las tripulaciones. Llegó más ayuda de Selinunte, Gela y de los sículos, que cambiaron de bando tras la muerte de su monarca, amigo de los atenienses, gracias al gran ardor disuasorio de Gilipo. Cuando partió hacia Siracusa, se encontraba a la cabeza de un ejército compuesto por tres mil soldados de infantería y doscientos hombres a caballo.

LA LLEGADA DEL AUXILIO A SIRACUSA

La ayuda adicional ya estaba camino de Siracusa en forma de once trirremes de los corintios y sus aliados. Uno de ellos, con el general corintio Góngilo al mando, burló el bloqueo y arribó a la ciudad antes incluso de que Gilipo llegara por tierra. Góngilo apareció justo a tiempo, porque los de Siracusa se hallaban al borde de la rendición. Con el anuncio de que había más naves en camino y que Gilipo el espartano venía al mando de la expedición, les convenció para que la Asamblea decisiva no tuviera lugar. Sin lugar a sorpresas, estas noticias convencieron totalmente a los siracusanos a la hora de cambiar sus planes, y enviaron a todo su ejército a dar la bienvenida al «general» espartano.

Gilipo alcanzó las Epípolas por el oeste, a través del paso del Eurielo, la misma ruta seguida por los atenienses, lo que hace difícil imaginar por qué estaba desprotegida. El espartano llegó en el

momento crucial, porque los atenienses estaban a punto de finalizar el doble muro hasta el Puerto Grande, de hecho, sólo faltaba una pequeña sección cercana al mar. «El muro hasta Trógilo y el resto de bloques habían sido ya colocados en la mayor parte del trazado; había partes a medio hacer, y otras, incluso terminadas. Así de cerca estuvo Siracusa del peligro» (VII, 2, 4-5).

Delante del muro de asedio, Gilipo ofreció a los atenienses con insolencia una tregua si se mostraban dispuestos a abandonar Sicilia en cinco días. Aunque éstos no se molestaron en responder, los ciudadanos de Siracusa debieron de quedar sorprendidos por tamaña osadía. Sin embargo, a pesar de todas sus bravatas, sus tropas carecían de disciplina y entrenamiento. Conforme los dos ejércitos formaban para entrar en batalla, Gilipo se dio cuenta de que sus hombres estaban confundidos y no guardaban el orden correcto, por lo que quedaban expuestos a un ataque repentino ateniense. En este punto, una derrota habría desacreditado al nuevo general espartano y habría desalentado una resistencia mayor, pero Nicias no supo aprovechar la oportunidad. Cuando Gilipo se batió en retirada en campo abierto, Nicias dejó pasar la ocasión de perseguirlo, una vez más, y ni siquiera se movió de donde estaba.

Al día siguiente, Gilipo tomó la ofensiva y fingió descargar un ataque sobre el muro de los atenienses, mientras enviaba otra fuerza a la parte de las Epípolas donde la fortificación no se había completado, y al fortín de Lábdalo. Se hizo con el control de la fortificación y con todo su contenido, y dio muerte a todos los hombres que lo ocupaban. La negligencia de Nicias a la hora de conservar el fuerte, con el depósito de suministros y el tesoro incluidos, fue un error terrible, pero Gilipo aún sacaría más partido de otro fallo. Nicias tendría que haber completado los muros del cerco de Siracusa tan rápido como hubiera sido posible, porque un bloqueo naval en solitario no sería suficiente para aislar la ciudad; sin embargo, había preferido construir en cambio un doble muro por el sur hasta el mar antes que completar una sola sección al norte de las Epípolas, desde el fuerte circular a Trógilo. El tiempo y la mano de obra usados en el muro doble, por mucha protección que éste hubiera dado, eran recursos que los atenienses no podían permitirse desviar mientras el sector norte se hallara incompleto. Gilipo respondió erigiendo una tercera muralla para cortar el paso de la fortificación ateniense en su avance por el norte hacia Trógilo.

NICIAS SE TRASLADA A PLEMIRIO

Por el momento, Nicias había abandonado los planes de conquistar Siracusa. Su principal preocupación, enfermo y con grandes dolores, enfrentado por primera vez a un enemigo lleno de osadía y temeridad, era la seguridad de sus tropas y la huida de Sicilia. En vez de apresurarse en prevenir la edificación de Gilipo y completar el muro ateniense hasta Trógilo, decidió construir tres fuertes en Plemirio, al sur de la entrada del Puerto Grande, para utilizarlos como base naval y como almacén en sustitución de Lábdalo. Sin embargo, el emplazamiento ofrecía dificultades: el escaso suministro de agua y madera más cercano quedaba lejos del lugar, por lo que las patrullas atenienses que iban en su busca eran presa fácil para la caballería siracusana, que había levantado en las cercanías de Olimpeio su centro de operaciones para poder atacar desde allí. «Como consecuencia, se produjo un gran perjuicio a las tripulaciones» (VII, 4, 6).

La nueva ubicación en Plemirio también dividió peligrosamente las fuerzas de Nicias. El grueso del ejército se encontraba alejado de los suministros en la cima de las Epípolas, mientras que las tropas enemigas podrían obligarlo a bajar para defender los fuertes cada vez que eligiera atacarlos. Nicias no llegaba a ofrecer una defensa convincente de sus nuevas tácticas, que a su vez reflejaban un cambio fundamental de objetivos y estrategia. Puesto que la pérdida de Lábdalo había cortado cualquier ruta de huida hacia el norte por tierra, trasladó su ejército a Plemirio por considerarlo la base más segura para escapar por mar. Pero cuando sus tropas quedaron establecidas en el nuevo emplazamiento, tan sólo se decidió a enviar veinte naves para que interceptasen la flota corintia que se aproximaba a Sicilia desde Italia.

Mientras tanto, Gilipo seguía erigiendo su contramuralla, y para ello usaba el mismo material que los atenienses habían dejado para su propio muro. De tanto en tanto les retaba a luchar,

consciente de que la decisión se decidiría batallando, y no compitiendo por construir fortificaciones. Gilipo entendió con agudeza que Nicias no deseaba enzarzarse en hostilidades. La timidez del general ateniense a la hora de actuar minaba la moral de sus soldados, a la vez que potenciaba la confianza de los enemigos.

Sin embargo, Gilipo no tuvo acierto a la hora de elegir para la primera batalla un enclave que mantuvo a su gran caballería fuera de escena. Aunque su derrota trajo consigo una situación de peligro, hizo recaer enteramente la culpa sobre él mismo, y se ganó el respeto y la fidelidad de los siracusanos al asegurarles que en ningún modo eran inferiores al enemigo, como pronto lo demostraría capitaneándolos en la próxima batalla.

La oportunidad parecía propicia cuando Gilipo alcanzó finalmente la línea de la fortificación ateniense hacia Trógilo con su contramuro, lo que obligó a Nicias a combatir o a olvidar cualquier esperanza de envolver la ciudad. La batalla tuvo lugar en campo abierto, y las fuerzas de la caballería enemiga y sus lanzadores de jabalina tuvieron ventaja sobre los hoplitas atenienses desde el principio. De hecho, la caballería demostró ser decisiva, pues hizo que el flanco izquierdo ateniense retrocediera desprotegido, lo que causó una desbandada general. Los atenienses sólo consiguieron librarse de la ruina corriendo a ponerse a salvo en el fuerte circular. La batalla había significado una gran victoria estratégica para Gilipo: Siracusa había conseguido pasar su muralla a través de las líneas de asedio atenienses.

Los de Atenas, con toda su atención centrada en lo alto de las Epípolas, fueron incapaces de evitar la llegada al puerto de Siracusa del conjunto de la flota corintia, con Erasínides al mando. Las tripulaciones de los navíos corintios nutrieron a las fuerzas de Gilipo con unos dos mil hombres; éstos ayudarían a completar la contramuralla y, con toda probabilidad, la ampliarían a todo lo largo de las Epípolas, con lo que bloquearían el paso de los atenienses a la llanura y al mar del norte. Cualquier plan por rodear Siracusa y hacerla rendir por el hambre quedaba fuera de juego con los efectivos actuales.

Con ardor y talento, Gilipo construyó una fortificación en el paso del Enrielo y emplazó allí seiscientos siracusanos para que guardasen la entrada de las Epípolas, a la vez que instalaba a los de Siracusa y a sus aliados en tres campamentos sobre la meseta. Respaldado por las noticias de sus éxitos, se embarcó para reclutar aliados entre las poblaciones neutrales, que no habían querido involucrarse cuando Atenas parecía ser la segura vencedora. También envió mensajes a Corinto y Esparta para solicitar refuerzos y naves. Incluso en el mar, donde los atenienses seguían teniendo el control, las victorias de Gilipo brindaron a la población de Siracusa la voluntad y el coraje de adiestrar y preparar a sus marineros para presentar batalla contra la gran armada imperial de Atenas.

LA MISIVA DE NICIAS A ATENAS

Hacia el final del verano, Nicias llegó a creer que la expedición ateniense corría un peligro tal que debía rendirse y retirarse o recabar mayores refuerzos. Seguramente prefería volver a Atenas, ya que, además de los recientes y desalentadores acontecimientos, él nunca había apoyado la campaña ni había creído en sus posibilidades. Finalmente, como único general restante conservaba la autoridad que la Asamblea ateniense había otorgado inicialmente a los tres, por lo que tenía el poder para ordenar la retirada, para lo que contaba con la garantía de una travesía asegurada por el dominio de la marina ateniense.

Aun así, no llegó a abandonar el mando, porque ello habría supuesto la deshonra y, quizá, consecuencias aún más funestas. Hasta el momento de la expedición a Sicilia, la hoja de servicios de Nicias contaba con muchas victorias y ninguna derrota, pero el abandono de la isla sin haber conseguido ningún objetivo de importancia estaba destinado a ser calificado como un gran fracaso, o posiblemente algo peor. A través del curso de la guerra, los atenienses se habían mostrado implacables con aquellos generales que habían defraudado sus expectativas; llegaron incluso a humillar y castigar al gran Pericles cuando los resultados de sus estrategias y su política les parecieron pobres. Ese mismo año, llevaron a juicio por firmar una paz que la Asamblea tildó de

desfavorable a los dos generales que habían tomado Potidea tras un largo y penoso asedio. También Sófocles, Pitodoro y Eurimedonte, los generales que pactaron la Paz de Gela en el año 424, por la cual los atenienses tuvieron que abandonar la primera expedición a Sicilia, fueron condenados nominalmente por aceptar sobornos; aunque Tucídides relata que en realidad se les condenó por su actuación insatisfactoria. El castigo de Eurimedonte fue sólo una multa, pero Sófocles y Pitodoro fueron expulsados de la ciudad. De hecho, el propio Tucídides se hallaba en el exilio justo en esas mismas fechas por su participación en la pérdida de Anfípolis.

Nicias estaba seguro de que tendría que afrontar críticas a su vuelta a Atenas, porque las noticias de que las tropas corintias y espartanas estaban teniendo un papel decisivo en Sicilia serían vergonzosas. Los atenienses no se mostrarían dispuestos a creer que volvía a casa porque la «gran expedición» se hallaba en grave peligro. Sin lugar a dudas, muchos veteranos descontentos con la campaña se quejarían de que Nicias había ordenado la retirada a una flota, dueña de los mares, insuperable y con el ejército prácticamente intacto. Los errores de Nicias, sus retrasos y omisiones se harían públicos y se convertirían en el tema central de todas las conversaciones. Ordenar una retirada sin el permiso previo de la Asamblea ateniense habría arruinado la reputación que había construido y protegido a lo largo de toda una existencia, por no hablar de sus bienes y propiedades y, tal vez, su propia vida.

Así pues, Nicias siguió adelante con su astuto intento de doble juego. En el informe oficial que llegó a Atenas en el otoño del año 414, también incluyó una carta propia a la Asamblea. En ella contaba los reveses atenienses sin entrar a discutir sus causas, y exponía el estado actual de la cuestión: habían abandonado el cerco de Siracusa y se hallaban ahora a la defensiva; Gilipo reclutaba refuerzos y planeaba atacarlos por mar y por tierra; la situación ya no tenía arreglo. Sobre su liderazgo no planteó ninguna duda, y explicó que tanto las embarcaciones como sus tripulaciones estaban en situación precaria tanto por la duración de la campaña como por las necesidades de un bloqueo que los obligaba a estar en el mar de forma indefinida. El enemigo, libre de tales exigencias, podía abandonar la costa y entrenar a sus tropas. En cambio, si los atenienses relajaban su vigilancia para dedicarse a otras tareas, el paso de sus suministros podría verse amenazado, ya que todo se tenía que traer por mar desde Italia pasando frente a Siracusa. El revés de la fortuna ateniense en Sicilia también acarrearía otros problemas. La caballería enemiga atacaba y mataba a los marineros que salían del campamento a por agua, leña y forraje para las monturas. Los esclavos, los mercenarios y los voluntarios desertaban, y eso suponía la reducción del número de remeros especializados, lo que privaría a la flota ateniense de su habitual ventaja táctica. Era probable incluso, señalaba Nicias, que los italianos dejasen de enviar alimentos al percibir que Siracusa no sólo estaba resistiendo, e hizo hincapié en que no se podía culpar a ninguno de los generales de la situación. Los atenienses «debían hacerlos llamar o enviar un nuevo ejército no menor que éste, tropas de caballería e infantería, una flota y dinero en abundancia» (VII, 15, 1). También solicitó que se le relevase del mando a causa de su enfermedad; pero cualquier cosa que decidiesen tendrían que decidirla rápido, según insistió, antes de que las fuerzas del enemigo en Sicilia crecieran en fuerza y número.

El mensaje de Nicias esbozaba una imagen más sombría de la que la realidad justificaba. Atenas seguía siendo superior en los mares, y tampoco existían pruebas de que pronto pudieran quedarse sin suministros. Su intento de dar explicación a los reveses de los atenienses era todavía menos acertado. La mayor parte de la responsabilidad por la situación recaía en el liderazgo letárgico, descuidado y demasiado confiado del propio Nicias. Había permitido que Siracusa se moviera rápidamente desde unas posiciones de rendición inminente a la recuperación de la moral, la toma de iniciativas y las expectativas reales de victoria. Había fracasado a la hora de interceptar la flotilla de Gilipo, y había permitido que la escurridiza flota de Góngilo atravesara el bloqueo. Dejó sin protección los accesos a la estratégica meseta de las Epípolas, y había malgastado el tiempo construyendo un doble muro hasta el mar, al sur de las lomas, y tres fortificaciones en Plemirio, mientras continuaba inconclusa la empalizada norte. Había permitido la captura del almacén de suministros y el tesoro de Lábdalo, y que el contingente corintio alcanzara Siracusa, a la vez que trasladaba su flota hasta Plemirio y la colocaba en una posición insostenible. El deterioro de la

armada no había sido un hecho inevitable, sino el fruto de su propia negligencia: podría incluso haber puesto a cubierto las naves y haberlas reparado por turnos en los meses que precedieron a la llegada de Gilipo. Si los marineros atenienses desertaran y perecieran, sería por el mal emplazamiento de sus embarcaciones en Plemirio.

La verdadera intención de la versión de Nicias, poco precisa, interesada y poco menos que deshonesta, era la de convencer a la Asamblea de que hiciera volver la expedición a Atenas; habiendo fracasado en su intento, Nicias quería que lo relevasen del mando y lo hicieran con honores. Si hubiera explicado llanamente que consideraba que había pocas esperanzas de obtener la victoria, tal vez los atenienses hubieran estado de acuerdo con la retirada. Si sólo hubiera dicho que se encontraba demasiado enfermo para cumplir con la misión, quizá lo hubieran llamado a Atenas y habrían enviado en su lugar un general en forma. En cambio, Nicias únicamente les ofreció una disyuntiva. Preocupado por su fama y su persona, solicitó que los atenienses siguieran sus propuestas o enviaran una segunda expedición de la misma envergadura que la primera. Esto se asemejaba a una nueva versión de la estrategia que había fracasado en primer lugar a la hora de impedir el viaje; pero es obvio que Nicias no había extraído ninguna lección de aquella experiencia.

LA RESPUESTA ATENIENSE

Una vez más, los atenienses echaron por tierra las expectativas de Nicias y votaron por enviar otra flota y un nuevo ejército, mientras que la propuesta de relevarle del mando era rechazada. En cambio, nombraron generales temporales a Menandro y a Eutidemo, dos de los hombres que ya se hallaban en Siracusa. También se eligió a Demóstenes, el héroe de Esfacteria, y a Eurimedonte, que había capitaneado las tropas atenienses en Sicilia entre el 427 y el 424, para comandar los refuerzos y unirse a Nicias en el mando conjunto. Eurimedonte tenía que partir inmediatamente para Sicilia con diez embarcaciones, ciento veinte talentos de plata y las noticias esperanzadoras de que Demóstenes le seguiría con fuerzas aún mayores.

La decisión ateniense no puede sino alimentar la sorpresa. La mayor parte de las suposiciones y expectativas de los defensores de la expedición inicial se habían demostrado carentes de base, mientras que los miedos de los que se oponían a ella se habían ido justificando con el transcurrir del tiempo. Los italianos y los siciliotas no se habían unido con entusiasmo o en masa a los atenienses, los peloponesios ya se hallaban metidos en la contienda, y Siracusa ofrecía resistencia con renovado espíritu. Cabía esperar que los ciudadanos de Atenas se sintieran engañados por los optimistas, y que concedieran ahora mayor crédito a aquellos que dudaban de la empresa, por lo que hubieran podido revocar la expedición y relevar a su comandante, enfermizo y pesimista.

Muchos historiadores se muestran de acuerdo con Tucídides y señalan como culpables de la continuación de la campaña a la codicia, el desconocimiento y a la inoperabilidad de la democracia ateniense. En esta ocasión, sin embargo, el comportamiento de los atenienses es el opuesto a la veleidosa indecisión que normalmente se ha achacado a su gobierno. A pesar de los contratiempos y las decepciones, Atenas mostró una constancia y una determinación inalterables para ejecutar lo que había comenzado. De hecho, su error es una falta típica y común de los grandes Estados, sin importar sus constituciones, cuando se ven enfrentados con rivales que consideraban débiles y fáciles de derrotar a priori. Posiblemente, estos Estados consideran la retirada como un golpe a su prestigio; y, aun no deseándola en sí misma, la ven también como una opción que cuestiona su grado de fuerza y determinación, y con él, su propia seguridad. Aventuras como la de la campaña siciliana recogen normalmente muchos apoyos, basta que las perspectivas de triunfo se desvanecen.

Pero, ¿por qué insistieron los atenienses en mantener en su cargo a Nicias, desanimado y enfermo? La respuesta podría buscarse en el motivo por el cual los atenienses lo tenían en consideración. No le guardaban el respeto que sentían por la brillante imaginación y el genio retórico de Pericles, cuyo intelecto parecía estar siempre a punto para idear un plan o improvisar recursos para confrontar cada reto y explicarlo con convicción a sus gentes; en el caso de Nicias los atenienses admiraban su carácter y su modo de vida, y confiaban en los triunfos que siempre lo

habían acompañado por su buena suerte. Había intentado comportarse según la manera digna propia de los tradicionales políticos aristocráticos, pero sin la altivez objetable de aquéllos. «Su dignidad no era del tipo austero y ofensivo, sino que se mezclaba con cierto grado de prudencia; se ganó a las masas porque parecía que a su vez las temía». Sus deficiencias como orador, por extraño que parezca, le hicieron ganarse la simpatía de las gentes: «En la esfera política, su timidez (...) le hacía parecer incluso un figura popular y democrática» (Plutarco, *Nicias,* II, 3-4).

En cierta ocasión, tras haber ganado una batalla en las cercanías de Corinto, se dio cuenta de que los cuerpos de dos soldados atenienses aún no habían sido recuperados. Solicitar el permiso del enemigo para enterrar a los muertos se consideraba como signo de derrota. Sin embargo, Nicias dio media vuelta para formular la petición antes que cometer la impiedad de dejar los cadáveres desatendidos. Como apunta Plutarco: «Prefirió dejar a un lado el honor y la gloria de la victoria, y no abandonar a dos ciudadanos sin sepultura» *(Nicias,* VI, 4). Puede que el propio Plutarco tuviera razón al señalar el buen ojo con el que siempre elegía sus misiones entre aquellas fáciles y con garantías de éxito; pero los atenienses únicamente sabían que Nicias sólo había sido perdedor en los coros de los festivales teatrales de Dionisos porque en el campo de batalla jamás había sido derrotado. Incluso su nombre estaba conectado con la palabra *nike,* cuyo significado es victoria.

Por lo tanto, no es sorprendente que los atenienses, casi dos años después de que se hubiera insultado a las deidades con la profanación de los misterios y la mutilación de las estatuas de Hermes, no quisieran prescindir de los servicios del hombre más amado por los dioses, su talismán humano para el triunfo. Si estaba enfermo, ya mejoraría; mientras tanto, compañeros sanos y llenos de vigor le servirían como asistentes. Con el primer contingente casi había tomado Siracusa con éxito; con toda seguridad, con más refuerzos y hombres competentes, su habilidad y su buena suerte harían que pronto se conjurase la victoria.

Capítulo 24

Los sitiadores sitiados (414-413)

ESPARTA RETOMA LA OFENSIVA

Mientras los atenienses asumían los acontecimientos de Sicilia, Esparta se preparaba para poner fin a la precariedad creada por una paz artificial. Un par de cambios importantes del statu quo los convencieron para reanudar la guerra con una invasión del Ática y la construcción de una fortificación permanente en territorio ateniense. El primero de estos cambios fue la inversión del equilibrio estratégico en Sicilia, donde en aquellos momentos parecía que los atenienses encajarían una derrota frente a los de Siracusa. En vez de liberar a la gran armada de cumplir con su misión dentro de sus fronteras, los atenienses se habían concentrado en la campaña siciliana, lo que sin duda consumiría en tierra extraña las fuerzas del ejército de Atenas. El segundo acontecimiento crucial fue la decisión ateniense de lanzar incursiones sobre el territorio espartano como represalia. Atenas había venido perpetrando acciones en el Peloponeso durante algún tiempo, aunque siempre había evitado atacar la misma Laconia. Aun así, los espartanos decidieron no considerar tales ataques como un incumplimiento de los términos de la paz; sin embargo, los atenienses atacaron las costas de Laconia en el verano del año 414, lo que alteró la situación radicalmente. Sus incursiones «violaban el tratado con los espartanos del modo más flagrante» (VI, 105, 1), y liberaban a los espartanos del sentimiento de culpabilidad que les había perseguido desde los inicios de la contienda. Los de Esparta sabían bien que la lucha había comenzado cuando los aliados tebanos incumplieron la tregua con su ataque a Platea, que se habían equivocado al rehusar someterse al arbitraje en el 432-431, y que habían hecho pedazos sus juramentos e invalidado el Tratado de los Treinta Años. «Por todo esto, mantenían la creencia de haberse merecido sus fracasos, y se explicaban así el desastre de Pilos y todos los demás contratiempos sufridos» (VII, 18, 2).

Ahora, sin embargo, era Atenas la que había roto el Tratado e incumplido sus promesas de manera deshonrosa. Durante los años anteriores, cuando los atenienses luchaban en el Peloponeso junto con sus aliados, habían sido los espartanos los que habían pedido solucionar sus diferencias por medio del arbitraje; en aquel momento, fueron los atenienses los que se negaron repetidamente a aceptarlo, escarmentados por las continuas transgresiones del Tratado por parte de Esparta. «Esta vez los espartanos llegaron a la conclusión de que se habían cambiado las tornas, y que los atenienses cometían ahora las mismas violaciones del tratado que habían perpetrado ellos antes. Así pues, se mostraron decididos a entrar en guerra» (VII, 18, 3).

LA FORTIFICACIÓN DE DECELIA

A principios del mes de marzo del 413, el rey Agis decidió saquear el Ática, e inició la fortificación de un campamento en la colina que domina la llanura de la población de Decelia, a unos 18 kilómetros en dirección nornordeste de Atenas y a la misma distancia de Beocia. Con ello se logró ejercer una presión sin precedentes sobre los atenienses, ya que mientras las anteriores incursiones sólo habían durado de dos a cinco semanas al año, en lo sucesivo no podrían acceder a sus casas y campos. «Atenas, en vez de una ciudad, parecía una fortaleza» (VII, 28, 1). Reclutas de todas las edades hacían turnos noche y día para dar aviso de un posible ataque espartano, situación que continuaría tanto en invierno como en verano durante el resto de la contienda. La caballería hacía

escaramuzas cada día para mantener a raya a los espartanos, con lo que cansaba a sus hombres y dejaba lisiados a muchos caballos. Con la urgencia de defender su propia ciudad, no podían batallar en Sicilia, donde se les echaba de mucho menos.

En múltiples y destacables sentidos, la ocupación de Decelia era comparable a la actuación ateniense en Pilos. Durante el primer año, por ejemplo, desertaron unos veinte mil esclavos, muchos de los cuales habían huido de las minas de plata de Laurio, cuyos beneficios pronto dejarían de disfrutar los atenienses. El ganado y los animales de carga también formaban parte del saqueo peloponesio. Los tebanos, que se habían unido a los espartanos en el saqueo del Ática, fueron los aliados más oportunistas y diligentes a la hora de apropiarse de los bienes atenienses. Un historiador del siglo IV relata que «se hicieron con los prisioneros y con el botín de guerra a bajo precio y, como vivían en territorio vecino, se llevaron a sus hogares todos los materiales de construcción del Ática, empezando por las maderas y los azulejos de las casas» *(Hellenica Oxyrhynchia,* XII, 3).

En Decelia, los espartanos también habían bloqueado el paso terrestre a Eubea por Oropo. Desde el comienzo de la guerra, la mayor parte de la cabaña ateniense se había alimentado en los pastos de Eubea, desde donde recibía suministros esenciales y que era además punto de partida importante de algunas de sus exportaciones. La ocupación de Decelia les obligaba a enviar y recibir cualquier cosa a través de una larga travesía marítima alrededor del cabo Sunio, una alternativa mucho más costosa. Todo lo anterior contribuyó a poner a Atenas bajo una presión extraordinaria.

La atrocidad más horrible que trajo la guerra fue la escasez latente de fondos. Conforme reunían refuerzos destinados a Sicilia, los atenienses trajeron un cuerpo de infantería ligera de Tracia; pero los mil trescientos mercenarios, muy diestros con las dagas, llegaron tarde a Atenas para tomar parte en la campaña. Para ahorrarse el dinero, se les envió de vuelta bajo la dirección del comandante ateniense Diítrefes, al que se le dio orden de utilizarlos en su regreso para infligir todo el daño que pudieran. Una mañana, al amanecer, atacaron la pequeña población beocia de Micaleso, cuyos habitantes se hallaban indefensos. «Los tracios cayeron sobre Micaleso, saquearon hogares y templos, y asesinaron a sus habitantes sin distinción de edad. Mataban a todo aquel que se encontraban, incluso mujeres y niños, y animales también. Todo lo que veían con vida» (VII, 29, 4). También asaltaron una escuela, y «a los niños, que acababan de entrar, los pasaron a todos a cuchillo» (VII, 29, 5).

REFUERZOS PARA AMBOS EJÉRCITOS

Mientras los atenienses se preparaban para fortalecer su posición en Sicilia, el triunfo de Gilipo acabó convenciendo a los peloponesios para que enviasen refuerzos adicionales a la isla. Planeaban expedir tres contingentes: uno, compuesto por seiscientos ilotas y *neodamodes* al mando del general espartiata Écrito; un segundo, con trescientos beocios con sus propios mandos, partiría del sur del cabo Tenaro y pondría rumbo a mar abierto. La tercera fuerza, compuesta por setecientos mercenarios hoplitas de Corinto, Sición y Arcadia, navegaría hacia el oeste escoltada por un convoy de veinticinco trirremes corintios a través del golfo de Corinto, pasando por la base ateniense de Naupacto.

Entretanto, Eurimedonte siguió adelante con la recogida de fondos y con la creación de una pequeña fuerza en Atenas, mientras Demóstenes equipaba la principal armada de refuerzo. Con él y con Caricles al mando, zarparon dos flotas del Pireo a principios de la primavera del 413; no se dirigieron directamente a Sicilia, sino a atacar Laconia con la ayuda de los argivos. Su objetivo fundamental era un cabo frente a la isla de Citera, fondear allí y fortificar su istmo. La intención era convertirla en lo que Pilos era en el oeste (un enclave al que los ilotas pudieran huir y desde donde pudieran asaltar Laconia), pero la nueva base resultó estar demasiado lejos de Mesenia como para alentar las deserciones. Los atenienses jamás llegaron a lanzar un ataque desde este enclave, y al año siguiente lo abandonaron.

Caricles volvió a Atenas, pero Demóstenes condujo su flota por la línea costera rumbo a Sicilia con la idea de causar problemas a los corintios y reclutar aliados por el camino. En Acarnania, se

entrevistó con Eurimedonte, que había vuelto para informarle de los reveses atenienses y de la necesidad de acelerar los refuerzos. Sin embargo, antes de que pudieran zarpar, Conón, el almirante ateniense de Naupacto, llegó con la queja de que sólo tenía dieciocho trirremes, por lo que no podía abordar un convoy corintio de veinticinco. Con el tiempo, Conón llegó a ser considerado como uno de los mejores almirantes griegos; así pues, sus dudas sugieren que las naves de Naupacto estaban tripuladas por marineros y timoneles deficientes, porque los mejores ya se encontraban en Sicilia o de camino a ella. Para reforzar su flota, Demóstenes y Eurimedonte le enviaron sus mejores embarcaciones, antes de poner rumbo rápidamente a Sicilia.

LA CAPTURA DE PLEMIRIO

Aunque Gilipo había conseguido una serie de victorias relevantes, la perspectiva de la nueva llegada de las tropas atenienses a Sicilia amenazaba con empañar todos sus triunfos previos. A los siracusanos, que estaban costeando los servicios de más de setecientos soldados extranjeros, se les acababa el dinero; el bloqueo ateniense, aunque imperfecto, había logrado reducir los ingresos de sus ciudadanos y paralizar el comercio, cuyos aranceles decrecientes estaban destinados al tesoro público. A esto había que sumar el coste de la construcción, equipamiento y tripulación de los barcos de guerra, factores que se convirtieron en una carga enorme para Siracusa, que carecía de un imperio que le proporcionase los fondos necesarios con que pagar una flota, y a quien sus aliados no le ofrecían dinero. La llegada de refuerzos frescos de Atenas, pues, bien podía conducir a los de Siracusa a reconsiderar la rendición.

Así pues, Gilipo se desplazó rápidamente contra Plemirio, el punto más vulnerable de los atenienses, con la intención de planear un ataque naval como señuelo para disfrazar el verdadero ataque a la base enemiga por tierra. Para convencer a los siracusanos de que llevaran a cabo un asalto naval, aun como distracción, contra los temibles atenienses, contó con la ayuda de Hermócrates, que seguía siendo una figura poderosa incluso sin estar en activo. La elocuencia de Hermócrates persuadió a los siracusianos, que se embarcaron con gran entusiasmo. Gilipo, protegido por la oscuridad de la noche, condujo su ejército hasta Plemirio, mientras que ochenta trirremes siracusanos hacían lo propio desde diferentes puntos de la costa.

La armada ateniense reaccionó con celeridad: sesenta embarcaciones se hicieron a la mar, las cuales combatieron al enemigo hasta un punto muerto a pesar de ser superadas en número. Sin embargo, la situación del ejército ateniense en tierra firme era muy diferente: la infantería, que ignoraba el avance enemigo, contemplaba desde las orillas la batalla marítima. Al romper las primeras luces, Gilipo lanzó un ataque sobre los fortines, mal defendidos, y se hizo con los tres, aunque muchos atenienses lograron ponerse a salvo. Entretanto, la superioridad naval de los atenienses se hacía valer por sí misma y los navíos siracusanos caían uno tras otro, lo que «proclamaba el triunfo de los atenienses» (VII, 23, 3). Los atenienses hundieron once naves y sólo perdieron tres: la supremacía en el mar había sido recobrada. Sin embargo, habían sufrido muchas bajas, a las que había que sumar la confiscación de los víveres de los fortines y los suministros navieros (el velamen y los aparejos de unos cuarenta trirremes, así como tres embarcaciones al completo, varadas en la orilla). El coste estratégico de la toma de Plemirio fue aún mayor. Los atenienses no podían seguir llevándose allí sus suministros y «su pérdida traería consigo el desconcierto y la desmoralización del ejército» (VII, 24, 3).

Como Estado amigo, los siracusanos dieron noticia de su victoria a Esparta y solicitaron que siguiera perseverando en su guerra contra Atenas incluso con mayor vigor; a su vez, enviaron una flota a Italia para cortar los suministros que venían de Atenas. También se hizo correr la voz de la caída de Plemirio por toda Sicilia gracias a los embajadores de Corinto, Esparta y Ambracia, los cuales dotaban de credibilidad las afirmaciones. El esfuerzo se vio coronado con éxito, porque «casi toda Sicilia..., incluso los que antes se habían mantenido al margen como meros espectadores, se les unían ahora y venían a socorrer a los siracusanos en contra de los atenienses» (VII, 33, 1-2).

LA BATALLA DEL PUERTO GRANDE

Los siracusanos reclutaron un contingente de griegos sicilianos para marchar contra Atenas en Siracusa. Pero Nicias se las arregló para tenderles una emboscada antes de que llegaran muy lejos, lo que frustró las esperanzas siracusanas de atacar a los atenienses por tierra antes de la llegada de los refuerzos. Así pues, Siracusa necesitaba una victoria marítima, y las noticias que llegaban del golfo de Corinto aumentaron sus ansias de triunfo. Dífilo, el nuevo comandante ateniense de Naupacto, tenía en su poder treinta y tres embarcaciones; Poliantes, el mando corintio, treinta. Para reducir la gran ventaja de la experiencia y la pericia habituales en los atenienses, Poliantes llevó a cabo una pequeña pero importante alteración del diseño de sus trirremes para poder ejecutar una táctica novedosa. En la proa de cada navío colocó una *epotis,* una plancha que sobresalía por cada costado desde la que poder arrojar el ancla como en la zapata de los navíos actuales. La *epotis* iba montada en el extremo del balancín, que estaba unido a la borda en cada lateral de la embarcación y sobre la que se fijaban los ganchos para las palas de los remeros superiores.

Los trirremes evitaban chocar de frente durante el curso normal de las batallas porque esa acción podía dañar a ambos navíos, de manera que no siempre traía ventajas para uno solo de los dos bandos. Poliantes, sin embargo, reforzó mucho la *epotis* para poder chocar contra los barcos atenienses y destrozarlos por medio de los ganchos laterales de los remos, cuando éstos, más frágiles, vinieran frontalmente. La maniobra de Poliantes causó el hundimiento de tres embarcaciones corintias pero dejó a siete navíos atenienses fuera de combate. El resultado no fue concluyente, ya que ambos bandos ofrecieron igualmente trofeos a la victoria; no obstante, el triunfo estratégico fue a parar a manos de los peloponesios. Los atenienses no habían conseguido destruir las fuerzas enemigas: su capacidad para proteger los envíos de tropas y mercancías había llegado a su fin. Por primera vez, una flota peloponesia había combatido contra la armada ateniense, numéricamente superior, y la lucha había quedado en tablas. En mar abierto, un enemigo preparado podría superar esta nueva táctica, pero en aguas restringidas podía seguir siendo útil si pillaban desprevenido al enemigo.

La victoria del golfo de Corinto alentó a los siracusanos a desafiar de nuevo a la flota ateniense como parte de la planificación de un complicado ataque por mar y tierra. Los barcos de Siracusa utilizaron entonces zapatas más gruesas, sujetas por barras fijas dentro y fuera del casco. En el angosto espacio del puerto de Siracusa, a los atenienses no les sería fácil romper la línea defensiva siciliana *(diekplous)* ni rodearla *(periplous),* así que la táctica de hacer chocar las barras atravesadas contra los ligeros trirremes atenienses prometía aportar nuevos triunfos. Los siracusanos, al controlar el terreno de los alrededores del Puerto Grande (a excepción de una pequeña línea costera entre los muros atenienses y Ortigia y Plemirio), dominaban sus accesos *(véase* mapa 22); por lo tanto, una derrota ateniense podría tornarse en un gran desastre, ya que los barcos que huyeran de allí no podrían escapar ni por mar ni por tierra. Aunque los atenienses ya habían conocido en el golfo de Corinto la eficacia de los ataques frontales peloponesios, la confianza en su propia superioridad y el desdén frente a la poca capacidad de sus enemigos eran tales que pensaron que no se trataba de una táctica planificada, sino más bien de movimientos involuntarios causados por la ineficacia peloponesia con el timón.

En su contrapartida terrestre, el plan de Gilipo consistía en marchar con un ejército sobre la fortificación ateniense que encaraba la ciudad, mientras las tropas siracusanas del destacamento del Olimpeio, los hoplitas, la caballería y los contingentes de infantería ligera atacaban el lado opuesto. Esto hizo que los atenienses centraran su atención en la defensa de los muros, lo que les haría quedar sin protección para enfrentarse a la flota de Siracusa, que no tardaría en caer sobre ellos. Algunos corrieron hasta una de las fortificaciones, los demás hacia la otra, y los menos se apresuraron a armar la flota. Aun así, todavía pudieron botar setenta y cinco barcos contra los ochenta del enemigo. La primera jornada de la batalla no llegó a favorecer a ningún bando. Al día siguiente no hubo combate, y Nicias aprovechó la calma para preparar el próximo enfrentamiento. Los atenienses habían construido una empalizada en la arena bajo el agua, a cierta distancia de la

orilla, para proteger los navíos varados. Con la idea de facilitar la defensa de los barcos al salir de la batalla, Nicias emplazó una embarcación de carga delante de cada entrada de la empalizada, separadas éstas por unos setenta metros. Cada barco llevaba una estructura armada con plomos pesados con la forma de un delfín.

La grúa podía dejar caer los «delfines» sobre los barcos enemigos perseguidores y hundirlos o dejarlos inservibles.

Al tercer día, los siracusanos se lanzaron de nuevo al ataque. La batalla se convirtió en una larga escaramuza, que se prolongó hasta que se retiraron a comer y descansar en la playa, donde los mercaderes habían montado tenderetes para abastecer a los guerreros hambrientos. Por su parte, los atenienses se dirigieron a la orilla con la convicción de que había concluido la lucha por ese día; sin embargo, mientras sus soldados se reponían, los siracusanos atacaron por sorpresa y los atenienses, estupefactos, apenas pudieron hacerse al mar con sus naves. Los comandantes se dieron cuenta de que, debido a que estaban siempre embarcados, sus soldados se agotarían pronto y estarían en desventaja frente a los siracusanos, más descansados. Pero la huida en aguas cerradas frente a un enemigo alineado no era tarea fácil ni segura; de todas maneras, jamás se había oído la mera idea de que los almirantes atenienses optasen por rehuir la batalla con un enemigo igualado en número; así pues, se dio orden de atacar de inmediato.

Los siracusanos se enfrentaban a los atenienses cargando proa contra proa y con algunos trucos nuevos: llenaron las cubiertas con lanzadores de jabalina y a otros muchos los embarcaron en pequeños botes, que colocaron bajo los remos de los trirremes áticos lo que dejó fuera de combate a muchos remeros. Sus tácticas heterodoxas, junto con la condición física dispar de ambos bandos, dieron la victoria a los siracusanos; los atenienses sólo pudieron escapar al desastre poniéndose a salvo tras la empalizada y los mercaderes. Incansables, dos de las embarcaciones de Siracusa que se lanzaron en su persecución quedaron destruidas por sus «delfines». Se hundieron siete navíos atenienses y muchos quedaron en un estado lamentable; un gran número de marineros de Atenas encontró la muerte durante el enfrentamiento o cayó prisionero. Los siracusanos tomaron el control del Puerto Grande y erigieron un trofeo a la victoria. Ahora estaban convencidos de superar a los atenienses en el mar, pronto los derrotarían también en tierra; así que se dedicaron a ultimar los preparativos de un nuevo ataque en ambos frentes.

LA SEGUNDO FLOTA ATENIENSE: EL PLAN DE DEMÓSTENES

Tras la batalla del puerto, el júbilo de los siracusanos fue más bien breve, porque los refuerzos de Demóstenes y Eurimedonte no tardaron en llegar en medio de un gran despliegue, el cual servía a un doble propósito militar y psicológico. La armada «iba engalanada con mucho artificio; la decoración de las armas y las insignias de los trirremes (...) pretendía causar el pavor del enemigo» (Plutarco, *Nicias,* XXI, 1). El nuevo ejército, casi igual en volumen que el de la expedición original, consistía en sesenta y tres naves, armadas con unos cinco mil hoplitas, multitud de lanzadores de jabalina, tiradores de honda, remeros y sus correspondientes suministros. Estos vastos refuerzos, enviados incluso a pesar de que los espartanos dominaban el Ática desde su fortín de Decelia, sorprendieron e intimidaron a los habitantes de Siracusa, que comenzaron a pensar si pondrían fin alguna vez al peligro que acechaba su ciudad.

Demóstenes, que había estudiado con detenimiento la campaña ateniense y su dirección hasta la fecha, determinó que un asalto rápido seguido de un asedio habría causado la rendición de Siracusa antes de que ésta pidiese ayuda al Peloponeso. Con su claridad y su valor característicos, planeó poner remedio al error con rapidez. «Con la certeza de que en ese momento causaba el mayor temor al enemigo, quiso sacar partido de su miedo lo más rápidamente posible», y atacar de inmediato (VII, 42, 3).

A la espera de que su flota bloquearía la ciudad por mar, la misión crucial era tomar el contramuro siracusano de las Epípolas, porque no dejaba completar el cerco de la ciudad por tierra. A pesar de que el formidable general espartano Gilipo guardaba el acceso a la cima de las Epípolas,

Demóstenes se preparó para correr el riesgo. Era preferible la derrota a malgastar los recursos de Atenas y arriesgar a sus hombres. Si conseguía hacerse con el control de las Epípolas, derrotaría a Siracusa, lo que abriría la posibilidad de controlar toda la isla; en caso de fracasar, la expedición marcharía a casa y presentaría batalla en otro momento. En cualquier caso, la guerra en Sicilia tenía que acabar con el menor coste posible para la expedición.

EL ASALTO NOCTURNO A LAS EPÍPOLAS

El primer ataque directo sobre el contramuro siracusano no tuvo éxito, lo que venía a demostrar que cualquier asalto a plena luz del día estaría condenado al fracaso. Demóstenes, sin dejarse amedrentar e incluso de manera ingeniosa, ideó un ataque nocturno. A primeros de agosto, a través de la oscuridad de la noche y antes de que asomara la luna, se puso a la cabeza de un contingente de diez mil hoplitas y otros tantos peltastas hacia el paso del Eurielo, en el confín oeste de la meseta. Allí pillaron por sorpresa al destacamento siracusano y tomaron su fortín. Los que pudieron escapar extendieron la noticia de que los atenienses estaban en la meseta, y la guardia de élite de Siracusa que llegó al rescate fue aplastada rápidamente. Los atenienses se apresuraron a sacar ventaja de su triunfo: una avanzadilla despejaba el camino, mientras un segundo batallón corría velozmente hacia el contramuro. Los siracusanos que lo guardaban huyeron, y los atenienses pudieron capturar y derribar algunas de sus partes.

Las tropas de Gilipo, aturdidas por esta táctica temeraria e inesperada, intentaron detener a los asaltantes atenienses, pero éstos les hicieron retroceder y continuaron su marcha hacia el lado este de las Epípolas. Deseosos de aprovechar el factor sorpresa, los propios atenienses rompieron su orden, y un regimiento de hoplitas beocios les hizo huir en desbandada. Éste fue el punto de inflexión de la batalla, puesto que cuando las fuerzas atenienses se vieron obligadas a retroceder hacia el oeste se inició la confusión. Bajo la pálida luz de la luna, la avanzadilla ateniense no podía distinguir si los soldados que corrían eran amigos o enemigos. Parece ser que este problema surgió porque los generales no emplazaron en el paso a nadie que dirigiera sus movimientos. Según llegaban a la meseta, las diferentes compañías se iban encontrando con que algunas fuerzas atenienses avanzaban en dirección este sin detenerse, mientras que otras se batían en retirada hacia el Eurielo, e incluso algunas de las que acababan de subir a través del paso no entraban en acción; a las tropas que acababan de alcanzar la meseta nadie les decía a qué grupo debían unirse.

Los siracusanos se sumaron al caos entre griterío y celebraciones. A medida que intuían su victoria y la de sus aliados, dorios también, hicieron valer la costumbre común de entonar un peán. Su grito de guerra resonando en la oscuridad atemorizó a los atenienses. Aunque sus propias tropas era principalmente jónicas, también se incluían grandes contingentes de dorios, como los argivos y los corcireos, que comenzaron a su vez a cantar sus propios peanes, imposibles de diferenciar de los del enemigo, lo que incrementó aún más el terror de los atenienses e hizo más difícil la distinción entre aliados y enemigos. «Al caer en la confusión, finalmente se atacaron unos a otros en diferentes puntos del campo de batalla, amigos contra amigos, compatriota contra compatriota; no sólo les venció el miedo, sino que se pelearon entre ellos hasta el punto que sólo se les pudo detener tras muchas dificultades» (VII, 44, 7).

Ningún ateniense estaba tan familiarizado con la meseta como los siracusanos; de hecho, los soldados que habían llegado con Demóstenes y Eurimedonte ni siquiera la conocían. En medio de la oscuridad, conforme la victoria se trocaba en derrota, el avance en retirada y finalmente en desbandada, su desconocimiento del terreno resultó desastroso. Al intentar huir, muchos atenienses se despeñaron saltando por los acantilados, mientras que otros debieron de correr la misma suerte de forma accidental. Las tropas veteranas del ejército de Nicias lograron ponerse a salvo al encontrar su camino hasta el campamento, pero los nuevos refuerzos siguieron allí hasta el alba, momento en que la caballería siracusana les dio caza y los mató. El resultado fue la mayor catástrofe sufrida hasta el momento por Atenas: habían muerto entre dos mil o dos mil quinientos hombres. La esperanza de una victoria rápida en Siracusa quedaba a todas luces descartada.

¿RETIRADA O PERMANENCIA?

Tras el triunfo, mientras los siracusanos se dispusieron a reclutar alianzas adicionales para asaltar las fortificaciones atenienses y conseguir así la victoria final, la moral de los de Atenas se hundía cada vez más. Además de la derrota, al estar acampados con el verano siciliano ya avanzado en tierras pantanosas, sufrieron la malaria y la disentería. «La situación les parecía el colmo de la desesperación» (VII, 47, 2). Demóstenes se inclinó por volver a Atenas mientras mantuvieran la superioridad naval. «Dijo que sería más útil para Atenas llevar a cabo una guerra contra un enemigo que construía una fortificación en su propio territorio que contra Siracusa, que ya no sería fácil de dominar. Además, tampoco era correcto gastar grandes sumas de dinero con la continuación de un sitio sin propósito» (VII, 47, 4). Era un consejo sabio, porque había quedado claro y patente que no había forma de tomar el contramuro siracusano de las Epípolas, ni posibilidades de completar el cerco con éxito, ya que tampoco podían llegar los refuerzos.

Por lo tanto, Demóstenes tuvo que enmudecer cuando el comandante en jefe reiteró su negativa. Nicias, que en privado se mostraba indeciso, sabía que los atenienses estaban en peligro, pero no quería tomar en firme la decisión de retirarse por miedo a que el enemigo se enterase y les cortase la retirada. Gracias a sus informantes particulares, Nicias también sabía que el enemigo estaba sufriendo igual o más que sus tropas, ya que la superioridad de la flota ateniense también podía evitar la llegada de suministros por mar a Siracusa. Su mejor baza provenía de las noticias de que un grupúsculo de siracusanos continuaba presionando a favor de rendirse a Atenas; éstos mantenían contactos con Nicias y le siguieron implorando que no cediera terreno.

Sin embargo, estas razones no resultaban lo bastante convincentes. Aun con las rutas marítimas bloqueadas, Siracusa podía obtener mercancías por tierra; por otra parte, las expectativas de que se produjese una traición dentro de la propia población eran ya entonces una quimera. Los que querían rendirse carecían de los apoyos necesarios y, tras las recientes victorias siracusanas, no era probable que sumasen más. Finalmente, la llegada de Góngilo y Gilipo puso fin a la posibilidad de la capitulación.

En el debate que se producía entre los generales atenienses, Nicias dejó de lado sus propias dudas e hizo hincapié en permanecer en la isla. Su principal argumento apuntaba a contrarrestar las consideraciones financieras de peso esgrimidas por Demóstenes. La situación de los siracusanos, afirmaba, era todavía más desesperada; el coste de la marina y de los muchos mercenarios que habían empleado había consumido ya unos dos mil talentos de sus arcas y les exigía continuar gastando. Pronto se quedarían sin fondos para mantener un ejército de mercenarios.

No hay duda de que los siracusanos se estaban quedando sin dinero, pero sus triunfos habían aumentado el crédito de Siracusa en todos los sentidos, y los aliados y otros muchos se animaron a prestarle lo que fuera necesario para conseguir el éxito total. Además, aún contaban con las ricas reservas productivas que ofrecía su territorio, que podían aprovecharse por medio de impuestos en caso de emergencia. A no ser que Siracusa quedase bloqueada por tierra y por mar, podría resistir indefinidamente; y, en ese momento, la amenaza de rodearla y encerrarla se había desvanecido por completo.

Nicias descubrió sus verdaderos motivos en lo que le quedaba de discurso: temía que, una vez de vuelta en Atenas, sus soldados se rebelarían en su contra y convencerían a la Asamblea de que él era el único culpable, ya que «sus generales habían sido sobornados para traicionarlos y ordenar la retirada. De cualquier forma, él mismo, como conocía el carácter de los atenienses, no deseaba que se le condenase a muerte injustamente, acusado de manera vergonzosa por algún ateniense, sino que, si debía elegir, prefería correr riesgos y afrontar su destino a manos del enemigo» (VII, 48, 4).

Aunque Demóstenes y Eurimedonte se opusieron a la decisión de Nicias, los votos de los otros dos hombres elegidos para asistir a Nicias, Menandro y Eutidemo, fueron a parar a su prestigioso comandante, con lo que quedaron en minoría. Con el apoyo de ambos, Nicias también logró rechazar el compromiso propuesto por los dos primeros, en el que se apremiaba a que se retiraran

como mínimo de las zonas pantanosas de los alrededores de Siracusa hacia las posiciones de Tapso o Catania, más seguras y saludables, desde las que podrían lanzar ataques sobre los campos de Sicilia y vivir de la tierra. Si abandonaban el puerto de Siracusa, podrían combatir también en mar abierto, donde las nuevas tácticas de los siracusanos no surtirían efecto, mientras que su mayor pericia y experiencia significarían una ventaja. El rechazo obstinado de Nicias a este plan podía estar motivado por el temor de que, si el ejército se embarcaba y dejaba atrás el puerto, sería imposible hacer que permaneciesen en Sicilia por más tiempo.

Entretanto, Gilipo había estado reclutando un gran ejército de sicilianos, al que había añadido, entre hilotas y *neodamodes,* seiscientos hoplitas peloponesios. Éstos, a pesar de los retrasos por las tormentas, llegaron a Sicilia a tiempo para tomar parte en el próximo asalto contra los atenienses. Como la malaria causada por la insalubridad de los pantanos no paraba de mermar las fuerzas atenienses, tanto moral como numéricamente, incluso Nicias suavizó su postura frente a una posible retirada. Sólo requirió que no se celebrase una votación abierta para discutirla, por no poner al enemigo sobre aviso. Por lo tanto, todavía existía una vía de escape cuando el destino, los dioses o la suerte entraron en escena.

EL ECLIPSE

En la noche del 27 de agosto del año 413, entre las 9 h. 41' y las 10 h. 30' de la noche, hubo un eclipse total de luna. El miedo se apoderó del ejército ateniense, muy dado a la superstición, y los soldados interpretaron el hecho como un aviso divino en contra de que zarpasen inmediatamente. Nicias consultó a un adivino, que recomendó a los atenienses que esperasen «tres veces nueve días» (VII, 50, 4) antes de partir. No obstante, incluso para tanta superstición, esta interpretación del eclipse no era la única posible. Filócoro, un historiador y adivino del siglo III. C., ofreció una lectura muy diferente: «El signo no era desfavorable para unos hombres a punto de huir, sino, por el contrario, favorable» (Plutarco, *Nicias,* XXIII, 5). Un comandante con deseos de escapar podría haber sacado partido o concebido una interpretación así, pero Nicias aceptó sin cuestionamientos que la profecía trataba de un mal augurio con la confianza de que la intervención divina vendría a confirmar su juicio. Así pues, «rehusó discutir por más tiempo la cuestión de su partida hasta que pasasen los nueve días tres veces, como habían recomendado los adivinos» (VII, 50, 4).

Algunos desertores filtraron noticias sobre el debate y la decisión de prolongar su estancia, e informaron a los siracusanos de que los atenienses planeaban poner rumbo a Atenas pero que, debido al eclipse lunar, se retrasarían. Para evitar que huyesen, los siracusanos decidieron forzar de inmediato otra batalla marítima en el puerto. Mientras los atenienses obedecían con paciencia los presagios, los siracusanos entrenaban a sus tripulaciones en táctica naval. Pero la primera escaramuza se efectuaría por tierra, cuando una avanzadilla hizo salir a una compañía de hoplitas atenienses, junto con la caballería, para acabar después con ellos y forzar la retirada. Al día siguiente, se produjo el asalto principal: conforme el ejército ponía cerco a los muros atenienses, la marina siracusana hizo a la mar setenta y seis trirremes con la base ateniense como claro objetivo. Por su lado, los atenienses hicieron frente al ataque con ochenta y seis embarcaciones.

La superioridad numérica de la fuerza ateniense hizo posible que los barcos de Eurimedonte situados en el flanco derecho sobrepasaran el ala izquierda de los de Siracusa, por lo que dio órdenes de ejecutar una maniobra circular envolvente, el *periplous.* Comenzó hacia el sur, por el final de la bahía frente a Dascón, pero parece que no pudo coger la máxima velocidad al estar demasiado cerca de la orilla. Antes de que pudiera rodear a la línea enemiga, los siracusanos consiguieron romper la línea de los navíos de Menandro, situados en el centro. Llegado ese punto, el almirante corintio Pitén tomó la decisión de no perseguir a los atenienses que huían, sino virar en dirección sur y apoyar el ataque contra Eurimedonte. Los siracusanos obligaron a retroceder al flanco derecho ateniense hasta la orilla, destruyeron siete de las naves y mataron a Eurimedonte. Éste fue el punto sin retorno de la batalla: la flota ateniense era aplastada y arrinconada contra la costa, y cuando los soldados atenienses desembarcaron se vieron fuera del perímetro del recinto

fortificado y alejados de la protección de sus muros. Gilipo dio muerte a algunos hombres conforme varaban sus navíos o nadaban para alcanzar la costa, y la marinería siracusana pasó a ocupar los trirremes abandonados. Cuando las tropas de Gilipo intentaron invadir el campamento ateniense, apareció por sorpresa un destacamento de los aliados etruscos, quienes, ayudados por los propios atenienses, pudieron salvar la gran mayoría de los navíos. Aun así, se perdieron dieciocho trirremes con sus tripulaciones.

Los siracusanos levantaron trofeos para dejar constancia de sus victorias terrestres y navales; y también los atenienses, que tenían derecho por haber hecho retroceder a Gilipo en el muro marítimo, aunque más bien resultó ser un gesto digno de lástima. Las tropas atenienses, engrandecidas tras la llegada de los refuerzos, habían sufrido derrotas de primer orden en el mar y en tierra. Tucídides se mantuvo en la creencia de que los atenienses habían equivocado sus cálculos en dos ámbitos: subestimar el poderío de Siracusa tanto en la esfera naval como en la caballería, y pasar por alto el hecho de que era una democracia, cuya unidad sería más difícil de minar. Dada la complicada situación de Atenas, no sería justo culpar a la Asamblea que votó enviar el gran contingente de la expedición y sus refuerzos, porque en ambos casos siguieron los consejos de Nicias. También es erróneo hacer responsables de la segunda votación a los atenienses, porque no hay evidencias de que confiasen en la revolución interna o la traición para rendir Siracusa. Era una idea original de Nicias, quien, al retrasar el cerco de la ciudad y perseguir la victoria por medio de la traición, mucho después de que ésta fuera posible, culpabilizó a los atenienses. Éstos finalmente eran conscientes de que la victoria no llegaría nunca. «Ya antes no sabían qué hacer, pero ahora, que tanto ellos como su escuadra habían sido derrotados, lo que jamás habían imaginado, menos todavía» (VII, 55, 2). En aquellos momentos, todo lo que se podía proponer era la huida.

Capítulo 25

Derrota y destrucción (413)

La increíble derrota naval ateniense en el puerto de Siracusa aportó fuerzas renovadas a los siracusanos, que se dispusieron a asegurar no sólo la salvación de su ciudad, sino la destrucción total de la expedición ateniense y la libertad de todos los pueblos helenos dominados por Atenas. Estos grandes logros, creían, traerían honor y fama a su ciudad, y «serían considerados por el resto del mundo con admiración, aun entre las generaciones venideras» (VII, 56, 2). Así pues, se dispusieron a bloquear a la flota ateniense en el Puerto Grande. Anclaron varios trirremes y otras embarcaciones en la bocana, y las conectaron por medio de tablones y cadenas de hierro. Los atenienses necesitaban sus navíos para volver a Atenas, y su única ruta de escape era por mar, de modo que decidieron intentar abandonar el puerto, por muy difícil que pareciera.

LA BATALLA NAVAL DEFINITIVA

La escuadra que se preparaba para combatir por su propia supervivencia no era ya la armada orgullosa y elegante que había abandonado el Pireo como si de una regata se tratase, sino una miscelánea variopinta de apariencia envejecida. Con hoplitas, lanzadores de jabalina y remeros a bordo, dispuestos para un estilo de lucha clásico basado en proyectiles, abordaje y lucha cuerpo a cuerpo, su disposición distaba de ser la más conveniente para ejecutar la táctica de la embestida, que tan eficientemente había convertido a Atenas en la reina de los mares. Para contrarrestar la ofensiva de los costados reforzados, los atenienses inventaron «las manos de hierro», a modo de garfios para sujetar a los barcos atacantes y evitar que se alejasen tras haber embestido proas atenienses. Con el enemigo bien agarrado, el nutrido grupo de la infantería ateniense obtendría la superioridad en las aguas restringidas del puerto, donde no podrían emplearse técnicas más sutiles. Sin embargo, un grupo de desertores dio aviso de la estratagema ateniense al enemigo, y los siracusanos extendieron grandes cueros en las proas y la parte superior de sus barcos para imposibilitar los agarres.

Nicias estaba al mando de las tropas terrestres, pero, tras hablar con el conjunto de fuerzas congregadas en la playa, tomó un bote y se dirigió hacia la flota ateniense. Deteniéndose en todos los trirremes, llamó a cada capitán por su nombre, junto al de su padre y el de su tribu, y apeló a los antiguos sentimientos de la familia y los ancestros. Al igual que hiciera Pericles, aunque quizá con un grado menor de exaltación, Nicias les recordó la libertad que la patria otorgaba a los ciudadanos, y apeló a su manera a «la clase de cosas que se repiten en cada ocasión como aquélla: a las esposas, a la progenie y a los dioses tutelares; y que, ante el terror del momento, se considera que serán de alguna utilidad» (VII, 69, 2). Aunque Nicias carecía de la cuna aristocrática, del brillo intelectual y de la pericia política de Pericles, sus maneras anticuadas y su deje de hombre común ejercían un gran poder de seducción entre los demócratas atenienses.

Los generales dirigieron la flota hacia la bocana del puerto con la intención de forzar su huida. Los siracusanos vigilaban la salida con un destacamento de sus propias naves; el resto las emplazaron formando círculo, en la posición adecuada para atacar a la armada ateniense simultáneamente desde todas direcciones cuando llegase el momento. Sicano y Agatarco comandaban los flancos, y Pitén el centro. La infantería siracusana se alineó en la orilla hasta cubrir la mayor parte del puerto, y las tropas atenienses tomaron posiciones sobre la pequeña porción que controlaban. La batalla tuvo lugar ante los ojos del público; como si de una competición atlética se tratase, las familias de los guerreros de Siracusa ocuparon lugares elevados para contemplar el combate.

La flota ateniense puso rumbo hacia la pequeña abertura que los siracusanos habían dejado en la barrera para que pasaran sus propios barcos, y gracias a su ventaja numérica lograron atravesarla. Mientras cortaban las cadenas que unían las embarcaciones, los demás trirremes siracusanos atacaron desde todas direcciones, en especial, por las alas y la retaguardia. En las estrechas aguas del puerto estaban luchando muy de cerca casi doscientas naves, por lo que no se podían efectuar ataques de embestida. Todo se conjuró para despojar a los atenienses de las ventajas de la experiencia y habilidad acumuladas durante tantos años de práctica y de lucha naval. Sus hombres asaeteaban al enemigo con flechas y jabalinas, pero sus combates anteriores no habían tenido lugar en barcos en movimiento a merced de las olas, sino en tierra firme, así que no conseguían apuntar con precisión. Por su parte, el astuto Aristón, un comandante corintio que pereció en el transcurso de la refriega, ordenó a los siracusanos que arrojaran piedras al enemigo, pues en esas condiciones eran más fáciles y efectivas de controlar. Gran parte del combate consistió en abordajes y combates cuerpo a cuerpo entre la marinería de ambos bandos. En un espacio tan reducido, se detenía o se abordaba a los barcos de un lado mientras estaban siendo atacados por el otro. El griterío de los hombres era tan alto que los remeros eran incapaces de oír las órdenes o de mantener la cadencia de los remos, otro importante impedimento frente a anteriores ventajas atenienses. Pasado un tiempo, los timoneles se pusieron nerviosos y quisieron insuflar coraje a los suyos a gritos, lo que interfirió aún más en la marcación de la remada.

Convertida en una gran tragedia, la batalla naval era presenciada desde lo alto por un gran número de público compuesto por soldados de ambos bandos, así como civiles de Siracusa que, bien la padecían, bien se alegraban, dependiendo de su curso. Era un espectáculo emocionante y temible, cuyo resultado era vital para los espectadores. Finalmente, los siracusanos aplastaron a los aterrorizados atenienses, que dejaron atrás sus naves y huyeron hacia la orilla en una carrera por alcanzar la seguridad de su campamento. La gran mayoría, con el orden y el espíritu quebrantados, sólo pensaba en poner a salvo su vida. Ni siquiera solicitaron la tregua para poder enterrar a sus muertos, una omisión realmente asombrosa. Convencidos de que sólo un milagro podría salvarlos, no podían permitir que nada ni nadie retrasara su huida.

Sí hubo, sin embargo, un ateniense que consiguió conservar su coraje y compostura en tan terrible momento. Demóstenes, al ver que aún mantenían sesenta embarcaciones viables frente a las casi cincuenta del enemigo, propuso concentrar las fuerzas e intentar otra escapada del puerto al amanecer. La idea hubiera podido funcionar porque los de Siracusa no habrían esperado otro intento, y el número reducido de combatientes habría permitido un mayor espacio para emplear su superioridad táctica; así que

Nicias estuvo de acuerdo. Aunque para la moral de sus hombres, totalmente vencida, era demasiado tarde. Se negaron a aceptar las órdenes dadas por los generales, e insistieron en llevar a cabo una huida por tierra.

LA DESBANDADA FINAL

La disciplina siracusana también se había venido abajo, pero por las razones contrarias: se habían lanzado a celebrar la salvación y la victoria, bebían y se deleitaban sin pensar en el enemigo. No obstante, también un siracusano se dedicaba a pensar en cuestiones estratégicas concretas. Hermócrates sabía que los atenienses seguían siendo peligrosos, y admitió que si lograban escapar a otra parte de Sicilia, se reorganizarían y recobrarían la moral y la disciplina, con lo que pondrían de nuevo a la ciudad bajo amenaza. Su intención, pues, era destruir al ejército ateniense en ese momento y en ese lugar, mientras tuvieran ocasión; y para ello, propuso el bloqueo de las salidas y de las vías de escape desde Siracusa. Gilipo accedió, pero luego, con los otros generales, pensó que sus hombres se mostrarían reacios a obedecer su mandato en la situación en la que estaban, así que Hermócrates no tuvo más remedio que recurrir a una estratagema. Al amanecer, envió algunos jinetes al campamento ateniense; éstos, que se hicieron pasar por siracusanos que querían traicionar a los suyos en favor de Nicias, gritaron en la lejanía los nombres de algunos atenienses distinguidos

y les pidieron que dijesen a Nicias que no sería seguro escapar esa noche, porque los de Siracusa vigilaban los caminos. A consecuencia de ello, su huida quedó postergada, aunque el miedo a tener que atravesar el territorio enemigo en la oscuridad de la noche probablemente habría acabado produciendo el mismo resultado. Con un día más por delante, los hombres empaquetaron los suministros y el equipamiento antes de ponerse en marcha, y el enemigo dispuso de tiempo suficiente para poder cortar las rutas de huida.

La columna de retirada que iniciaba la marcha estaba compuesta por unos cuarenta mil efectivos, de entre los cuales la mitad eran soldados y el resto población civil. «Y es que parecían una ciudad de tamaño considerable que emprendiera la huida tras un asedio» (VII, 75, 5). La vergüenza de no haber dado sepultura a sus muertos y haber abandonado a los heridos y enfermos, que entre gritos llamaban a sus familiares y amigos, mientras se aferraban a los que marchaban, se cernía sobre los hombres que se retiraban. «Así pues, el ejército, en un estado lamentable, era todo llanto y la partida no se hizo fácil; tratándose de un país hostil y habiendo sufrido más allá de las lágrimas, aún temían qué les depararía el futuro» (VII, 75, 4).

Exhausto, enfermo y sumido en grandes dolores, Nicias habló a sus hombres para animarlos y mitigar sus miedos. Los exhortó a no culparse por la derrota y el sufrimiento, y rogó que mantuvieran viva la esperanza de que pronto cambiaría su suerte. A fin de cuentas, todavía eran, les recordó, un gran ejército. «Deberíais daros cuenta de que dondequiera que paremos seréis automáticamente como una ciudad, y que no hay población en Sicilia que pueda parar con facilidad uno de vuestros ataques, o que os haga mover una vez os hayáis asentado» (VII, 77, 4). Por tanto, si mantenían alta la disciplina y la moral, y se movían rápidamente guardando el orden, todavía existía una posibilidad de salvación. «Soldados, conoced toda la verdad —anunció—, debéis ser valientes porque, si os portáis como cobardes, no hay lugar en las cercanías al que podáis escapar. Si conseguís eludir ahora al enemigo, volveréis a ver aquello que más deseáis, y los que sois atenienses podréis volver a poner en pie el poderío de Atenas, por muy caído que esté. Porque una ciudad la forman sus hombres, y no las murallas o los barcos vacíos» (VII, 77, 7).

Su primer destino era Catania, ciudad leal a Atenas, que les proporcionaría una buena bienvenida y avituallamiento y serviría como base desde donde llevar a cabo otras operaciones. La ruta habitual, alrededor de las Epípolas, exponía al ejército en retirada al ataque de la caballería siracusana, por lo que el plan era marchar hacia el oeste a través del curso del río Anapo, encontrarse en algún punto de las tierras altas con los sículos, con los que mantenían buenas relaciones, y poner rumbo norte en algún lugar adecuado hacia Catania, al oeste de la Epípolas y a salvo de las tropas siracusanas. Nicias y Demóstenes estaban cada uno al mando de una formación exterior rectangular de tropas, dispuesta alrededor de los civiles. A casi siete kilómetros de Siracusa, en alguna ribera del Anapo, tuvieron que combatir contra un batallón formado por siracusanos y aliados para abrirse camino. A partir de ese momento, la caballería y la infantería siracusanas les siguieron de cerca y los hostigaron con ataques continuos y lluvias de proyectiles. A la mañana siguiente, consiguieron recorrer unos tres kilómetros en dirección noroeste en busca de comida y agua, para lo que emplearon todo el día.

El avance quedaba interrumpido por lo que en la actualidad se conoce como monte Climiti, una meseta a doce kilómetros al noroeste de Siracusa que termina con un gran desnivel vertical. Los atenienses esperaban atravesar el actual barranco de Cava Castelluccio de camino al abrigo de Catania. No obstante, aquí los retrasos pudieron de nuevo con ellos, porque los siracusanos tuvieron tiempo para construir una empalizada a través de la parte este de la quebrada, llamada entonces la Roca de Acras. A la mañana siguiente, tras iniciar la marcha, los siracusanos y sus aliados les atacaron con la caballería y los lanzadores de jabalina, lo que los obligó a retroceder hasta el campamento. Al día siguiente, intentaron forzar el paso hacia el monte Climiti a través de un enclave fortificado y de las trincheras enemigas. Cuando finalmente llegaron hasta la empalizada siracusana, donde les llovieron lanzas y flechas desde las alturas del barranco, se vieron obligados a retroceder de nuevo. Sobre sus cabezas estalló una tormenta repentina, un acontecimiento peligroso y aterrador, que muchos atenienses tomaron como una señal divina de desaprobación. Acosados y asustados por los proyectiles enemigos, empapados y extenuados, no podían siquiera replegarse y

descansar, porque Gilipo levantaba otra empalizada tras ellos. Esta barrera podía aislarlos y posibilitar su destrucción allí mismo, así que enviaron un contingente para evitar su finalización y movilizaron a todo el ejército para que acampara lejos de las fuerzas siracusanas, en terreno abierto.

Su nuevo plan era avanzar hacia el noroeste siguiendo el curso del Anapo, dejar el monte Climiti a la derecha y poner rumbo a Catania. Al quinto día, alcanzaron una llanura, conocida hoy como Contrada Puliga, donde el ejército ateniense se volvió a encontrar con la caballería siracusana y con los lanzadores de jabalina por delante, detrás y por los laterales. Éstos, a la vez que evitaban el contacto directo con los hoplitas, les asediaban con una lluvia de proyectiles desde todos los frentes. La caballería logró alcanzar y cortar el paso a los rezagados. Si los atenienses atacaban, los siracusanos se alejaban; cuando se retiraban los atenienses, los de Siracusa se lanzaban al ataque, a la vez que concentraban todo su asalto en la retaguardia con la esperanza de sembrar

el pánico en todo el ejército. Los atenienses lucharon con bravura y disciplina, y avanzaron casi un kilómetro antes de verse forzados a acampar y recuperar fuerzas.

Entonces Nicias y Demóstenes decidieron dirigirse al sudeste, camino del mar, y marchar desde la desembocadura de uno de los ríos hasta su nacimiento en las tierras altas, para desde allí unirse a los sículos o dirigirse a Catania por una ruta más indirecta. Para atraer la atención de los siracusanos, encendieron a modo de señuelo tantas hogueras como les fue posible y, al abrigo de la noche, emprendieron el camino de la costa hacia la pequeña población de Cassibile. Nicias comandaba la primera división a través de la oscuridad, desconocida y aterradora, seguido por Demóstenes con el resto del ejército. Al llegar el día, se encontraron cerca de la orilla y se dirigieron hacia el río Cacíparis (el Cassibile en la actualidad), con la intención de desplazarse hacia el interior por sus riberas y encontrarse con sus amigos, los sículos. Una vez más, los siracusanos los interceptaron, pero los atenienses se abrieron camino por el río y se encaminaron hacia el sur para alcanzar la próxima vía fluvial a su paso, el Eríneo.

EL DESTINO DE LOS ATENIENSES

Nicias levantó el campamento al otro lado del cauce, a unos nueve kilómetros de Demóstenes. Los siracusanos continuaron hostigando a éste y entorpeciendo su huida y, al amanecer del sexto día de la retirada, irrumpió en escena el cuerpo principal del ejército siracusano desplazado al campamento del Climiti, con efectivos a caballo y tropas de infantería. A menos de dos kilómetros del Cacíparis, los siracusanos cortaron el paso a los atenienses, que quedaron atrapados en un olivar rodeado por un muro y con camino a ambos lados, donde se convirtieron en blanco fácil de los proyectiles y piedras de los siracusanos desde todas direcciones. Los atenienses sufrieron grandes pérdidas a lo largo de la tarde, hasta que Gilipo y los de Siracusa intentaron dividirlos y ofrecieron la libertad a todos aquellos que desertaran. Sólo se llegó a entregar un pequeño número de tropas aliadas; pero cuando la situación se tomó desesperada, Demóstenes se rindió finalmente con estos términos: si los atenienses deponían las armas, «ninguno de ellos sufriría muerte violenta, ni por encarcelamiento ni por privación de los medios de vida indispensables» (VII, 82, 2). Los siracusanos capturaron a seis mil hombres de los cuarenta mil que hacía una semana habían comenzado la retirada; también llenaron cuatro escudos con el botín obtenido. Demóstenes intentó suicidarse con su propia espada, pero sus captores lograron evitar que se arrancara la vida.

Al día siguiente, los siracusanos alcanzaron a Nicias, le informaron de la captura de Demóstenes y le instaron a que se rindiera él también. Por el contrario, Nicias les envió una oferta por la que Atenas se ofrecía a cubrir los costes de la contienda, dejando un rehén por cada talento, a cambio de que su ejército pudiera marcharse sin más obstáculos. Sin embargo, al ver clara la ocasión de destruir totalmente a un enemigo tan odiado, los siracusanos la rechazaron; con la victoria no se iba a comerciar a ningún precio. Rodearon a las tropas de Nicias y las sometieron sin piedad a una lluvia de proyectiles, como ya habían hecho con Demóstenes. Los atenienses intentaron huir de nuevo a través de la oscuridad, pero esta vez no pillarían a los siracusanos desprevenidos. No

obstante, trescientos hombres se atrevieron a intentarlo y lograron atravesar las líneas siracusanas; el resto, abandonó en el intento.

Al octavo día, Nicias propuso proseguir la marcha y romper el cerco enemigo para alcanzar el siguiente río, el Asínaro, a unos cinco kilómetros al sur. Los atenienses ya no tenían un plan, sino únicamente un deseo ciego por escapar y una sed terrible e inmensa. A través de los proyectiles, de la arremetida de la caballería y de los asaltos hoplitas, alcanzaron el Asínaro, donde la disciplina se vino abajo, ya que cada hombre se precipitaba por ser el primero en vadear el río. El ejército se convirtió en una multitud que obstruía el paso, con lo que el enemigo pudo evitar aún con mayor facilidad que cruzaran el río. «Como forzosamente se veían obligados a avanzar en grandes grupos, caían unos sobre otros y se pisoteaban; algunos perecieron inmediatamente, empalados por sus propias lanzas, mientras que otros, no pudiendo con el peso de su armamento, eran arrastrados por la corriente. Los siracusanos se colocaron a lo largo de la otra orilla, que era escarpada, y desde lo alto disparaban misiles contra los atenienses, que en su gran mayoría bebían con avidez y se agolpaban caóticamente en el estrecho cauce. Los peloponesios descendieron y masacraron a muchos, sobre todo a los que estaban en el río. Las aguas se enturbiaron de inmediato, pero no dejaron de beberla, aun llena de sangre y barro como estaba. Algunos incluso se peleaban por ella» (VII, 84, 3-5).

El otrora gran ejército ateniense quedaba aplastado en el río Asínaro. La caballería siracusana, que para los atenienses había sido fuente de tantos problemas durante toda la campaña, dio muerte a los pocos que consiguieron cruzar a la otra orilla. Nicias se entregó al enemigo, pero a manos de Gilipo, «en el que confiaba más que en los siracusanos» (VII, 85, 1); sólo así ordenó el espartano que se pusiera fin a la matanza. De las tropas de Nicias, sólo quedaron vivos unos mil hombres. Los supervivientes del Asínaro y los que consiguieron huir tras ser hechos prisioneros buscaron refugio en Catania.

Ebrios de triunfo, los siracusanos se apoderaron del botín y de los prisioneros, y no tardaron en colgar las corazas de los muertos de los árboles más altos y vistosos del río. Coronaron a sus héroes con los laureles de la victoria, y ataviaron con orgullo sus monturas. De vuelta a Siracusa, mantuvieron una Asamblea en la que votaron por esclavizar a los sirvientes de los atenienses y a los aliados imperiales; también decidieron encerrar a los ciudadanos atenienses y a los siciliotas afines en las canteras de la ciudad para vigilarlos mejor. La propuesta de ejecutar a Nicias y a Demóstenes provocó un debate de mayor magnitud. Hermócrates se opuso en nombre de la más alta clemencia, pero la Asamblea le hizo callar. Gilipo, por su parte, guardaba un argumento mucho más práctico: ansiaba la gloria de transportar a los generales atenienses de vuelta a Esparta. Tras las victorias de Pilos y Esfacteria, Demóstenes se había convertido en el enemigo más acérrimo de los espartanos, mientras que Nicias había sido un amigo que había apoyado la liberación de sus compatriotas prisioneros y había promovido también la paz y la posterior alianza con Esparta. Sin embargo, tanto siracusanos como corintios rechazaron la idea, y la Asamblea votó por condenar a muerte a los dos generales.

LA FIGURA DE NICIAS A DEBATE

Tucídides escribió sobre Nicias un panegírico extraordinario: «Por estos motivos, u otros parecidos, mataron a Nicias; de entre todos mis contemporáneos griegos, fue el que menos mereció tal grado de infortunio, habida cuenta de que la virtud guió toda su vida siempre » (VII, 85, 5). Sin embargo, los ciudadanos de Atenas no eran de la misma opinión. El geógrafo Pausanias pudo ver una vez una estela en el cementerio público de Atenas, en la que estaban grabados todos los nombres de los generales que murieron en Sicilia salvo el de Nicias. Gracias al historiador siciliano Filisto, supo los motivos de tal omisión: «Demóstenes había pactado la tregua para el resto de sus hombres, excluido él mismo, y le capturaron mientras intentaba suicidarse; pero Nicias se había entregado por propia voluntad. Es por ello por lo que su nombre no figura en la lápida: se le condenó por ser un soldado indigno y haber sido hecho prisionero voluntariamente» (I, 29, 11-12).

Los siracusanos mantenían a unos siete mil hombres cautivos en las canteras, hacinados en condiciones inhumanas: padecían un calor diurno inmenso y las bajas temperaturas de las frías noches otoñales. Se les daba una cótila de agua y dos de comida al día, menos de lo que los espartanos pudieron enviar a los esclavos de Esfacteria. Los atenienses tuvieron que padecer un hambre y una sed enormes. Los hombres morían a causa de las heridas, las enfermedades y la exposición a los elementos, y los muertos se apilaban unos encima de otros, lo que sin duda provocaba un hedor insoportable. Tras setenta días, todos los supervivientes, excepto atenienses, siciliotas y griegos italianos, fueron vendidos como esclavos. Plutarco relata la historia de unos cuantos esclavos que obtuvieron su libertad gracias a su habilidad para recitar los versos de Eurípides, pues entre los siracusanos su obra se tenía en gran estima. Ni siquiera la poesía pudo ayudar a los hombres encerrados en las canteras; encarcelados durante unos ocho meses, ninguno sobrevivió presumiblemente por más tiempo.

Tucídides describe la expedición a Sicilia como «a mi parecer, la mayor empresa de entre todas las que tuvieron lugar durante la guerra o, incluso, entre todos los hechos helénicos de los que tenemos constancia; fue el momento de mayor gloria para los vencedores y el más desastroso para los vencidos. No en vano, fueron derrotados por completo en todos los frentes; se sufrió de todas las formas imaginables, y tuvieron que afrontar la destrucción total, como suele decirse. Se perdieron el ejército y la flota, y no hubo nada que no fuera destruido; sólo unos pocos retornaron a casa» (VII, 87, 5-6). A partir de esos momentos, la opinión más extendida entre los griegos fue que, de una vez por todas, la guerra había terminado.

¿Quién debería en última instancia cargar con la responsabilidad de este terrible desastre? Alcibíades fue el artífice de la expedición a Sicilia, pero Nicias tuvo el papel más destacado. Tucídides calificó la aventura como de error cometido por una democracia sin rumbo y mal dirigida. No sólo no señala a Nicias como culpable, sino que lo alaba en los términos más altos, si bien su relato de los hechos no dista mucho de su propia interpretación de los mismos. Al fin y al cabo, fue Nicias, con sus fallidos trucos retóricos, el que convirtió una empresa modesta de bajo riesgo en una gran campaña que parecería asegurar y hacer posible la conquista de Sicilia; y también fue él quien, al omitir la caballería de su lista inicial de requisitos para la expedición, cometió un fallo estratégico crucial en sus previsiones.

En Sicilia, una vez al mando, se embarcó en una serie de dejaciones y errores de ejecución que originaron una campaña catastrófica. No fue capaz de completar el cerco de Siracusa al retrasarse en la construcción del perímetro de una fortificación simple antes de acometer otros proyectos. Malgastó aún más tiempo discutiendo con los disidentes de Siracusa; no envió ninguna flota para impedir la llegada de Gilipo a Sicilia; ni montó ningún bloqueo efectivo que evitara que los barcos de Góngilo y los de los corintios llegasen a la isla por mar; tampoco acabó los trabajos de fortificación de las Epípolas para repeler un ataque sorpresa. Todos estos factores permitieron sin duda la resurrección de un enemigo que respondió derrocando la hegemonía de los atenienses. Después, Nicias condujo a la flota ateniense, base de todos sus suministros, y con ella, el tesoro, hasta la situación insostenible de Plemirio; desde allí, la moral y la calidad de la armada quedaron seriamente dañadas, y Gilipo pudo expulsarlos y apropiarse de sus fondos y provisiones.

Tras el verano del año 414, Nicias, en vez de abandonar la maldita campaña, rehusó retirarse del mando por temor a poner en riesgo su vida o ensuciar su buen nombre. En cambio, sí que asesoró a los atenienses para que optasen o bien por la retirada, o bien por el envío de refuerzos masivos o por relevarle de su cargo. Una evaluación honesta y directa de lo peligroso de la situación y de su propia incapacidad podría haber conllevado tal vez la retirada, con lo que el gran desastre se hubiera podido evitar. Incluso tras la terrible derrota de las Epípolas, Nicias no quiso regresar a Atenas. Por poner a salvo su reputación y evitar el castigo, se asió desesperadamente al eclipse lunar como último recurso para evitar lo inevitable, y con él dejó escapar la última ocasión de salvación de los atenienses.

PARTE VI

REVOLUCIÓN EN ATENAS Y EN EL IMPERIO

En el 413, al término de la campaña siciliana, se extendió rápidamente entre los pueblos helenos la creencia de que el desmoronamiento de Atenas estaba cerca; sin embargo, estas predicciones se probaron demasiado prematuras. Aun así, había motivos para la expectación, porque Atenas se enfrentaría durante los siguientes años a una serie de alzamientos en el seno de su Imperio y a una agitación interna que bien podrían haberla conducido al desastre. Sólo gracias a una determinación y esfuerzo extraordinarios, Atenas pudo proseguir la lucha.

La inmensa influencia del Imperio persa se dejaría sentir durante el resto de la contienda. Contrariamente a lo esperado, tras el esfuerzo bélico el Imperio ateniense no se vino abajo, lo que dejó patente que Esparta y sus aliados no podrían vencer sin construir una flota y derrotar a Atenas en el mar. Y eso sólo podría conseguirse con la ayuda de los persas, quienes por sí solos se bastaban para proporcionar la ayuda financiera y militar necesaria. Aunque los espartanos y los persas compartían la ambición de aniquilar la hegemonía ateniense, los objetivos del Gran Rey chocaban con la visión y las metas de Esparta. Los atenienses también necesitaban fondos para reconstruir su flota, que había quedado en un estado lamentable, y, sobre todo, debían evitar que los persas asistieran al enemigo. Así pues, tras la guerra en Sicilia, toda la atención se volcó hacia el este, hacia el Gran Rey de Persia y los sátrapas de sus provincias occidentales.

Capítulo 26

Tras el desastre (414-413)

Las noticias del desastre en Sicilia alcanzaron Atenas probablemente hacia el final del mes de septiembre del año 413, cuando, según se dice, un extranjero le contó la historia a un barbero del Pireo, y éste se apresuró a relatarla por toda Atenas, donde nadie quiso prestarle crédito. Las gentes dudaron del alcance de la tragedia durante algún tiempo, incluso tras haber oído los relatos de los soldados que habían podido escapar de la isla. Cuando finalmente aceptaron la verdad, asustados y enfadados, dejaron caer su ira sobre la clase política, a la que, junto a los oráculos que habían augurado un gran éxito, responsabilizaron del destino de la expedición, «como si no la hubieran votado ellos mismos» (VIII, 1, 1).

Se lloró a los compatriotas desaparecidos, y conforme se fueron estimando las ganancias del enemigo frente a sus propias pérdidas, comenzaron desesperadamente a temer por su propia seguridad. Se esperaban alzamientos a lo largo del Imperio, acompañados de un ataque peloponesio sobre Atenas, y todos eran conscientes de lo mal equipada que estaba la ciudad para enfrentase a tales lides. Por otro lado, el escaso número de hombres en edad de combatir era dramático. No sólo la peste había acabado con un tercio de la población y dejado inválidos a muchos; además, la propia expedición se había cobrado las vidas de unos tres mil hoplitas, unos nueve mil marineros y un millar de metecos. Es posible que hacia el año 413 los atenienses contaran sólo con unos nueve mil hoplitas de todas las edades, quizás unos once mil remeros y tres mil metecos, menos de la mitad de efectivos de los que tenían al comienzo de la guerra. También habían perdido doscientos dieciséis trirremes, de los cuales ciento sesenta eran atenienses; sólo quedaban un centenar de embarcaciones, y no todas estaban en condiciones de hacerse a la mar.

El tesoro de la ciudad se había reducido drásticamente, y efectuar reparaciones y construir nuevas embarcaciones era muy costoso. De los casi cinco mil talentos disponibles en el año 431, restaban entonces en el tesoro únicamente unos quinientos. El contingente del fuerte espartano en Decelia había ayudado a escapar a unos veinte mil esclavos, y el permanente peligro que los espartanos representaban no permitía que los atenienses trabajaran sus granjas en paz, mientras los asaltos beocios esquilmaban las aldeas y el ganado. Muchos tuvieron que trasladarse del campo a la ciudad, donde la demanda creciente de cualquier producto disparó los precios. Era preciso llevar a cabo más exportaciones con urgencia, y los costes se incrementaron al tener que cubrir mayores distancias. Los asuntos de beneficencia hicieron disminuir aún más el tesoro, pues el Estado debió hacerse cargo de las necesidades de las viudas y los huérfanos de guerra.

Las pérdidas sufridas por muchos particulares de Atenas mermaron la capacidad de provisión de naves del Estado. En el pasado, los ricos habían podido equipar navíos de guerra de forma independiente como pago de su turno de servicios a la ciudad; sin embargo, ahora tuvieron que introducir la figura de la «sintrierarquía», por la que se permitía que dos hombres corrieran con la mitad de los gastos de una embarcación. Los atenienses ricos tampoco podían hacerse cargo del pago de impuestos, ni siquiera en este caso de extrema emergencia.

LOS «PROBULOI»

La expedición a Sicilia también había privado a los atenienses de la flor y nata de sus generales con mejor y mayor experiencia: Demóstenes, Lámaco, Nicias y Eurimedonte habían muerto, Alcibíades estaba en el exilio y ninguno de los cuatro generales conocidos en el año 413 había ostentado antes

puestos de mando. Entre sus líderes políticos, no sólo habían perdido a Nicias y a Alcibíades, sino que Hipérbolo también se hallaba en el destierro. Para llenar este vacío de poder, los atenienses decidieron «elegir un Consejo de ancianos que sirvieran como *probuloi* para procurar consejo y sacar adelante la legislación concerniente a los problemas actuales que pudiera requerir la situación» (VIII, 1, 3). Eligieron a diez miembros, un varón mayor de cuarenta años por cada clan o tribu, y posiblemente se les concedió el derecho a presentar proyectos de ley en la Asamblea, con lo que reemplazaron al Consejo en su función primaria. Sus poderes formales, sumados a los de su edad, la elección durante tiempo ilimitado y la vaguedad y generalidad de sus cargos, les otorgaron una influencia y autoridad sin precedentes.

Sólo nos han llegado los nombres de dos *probuloi:* Hagnón y Sófocles, el gran poeta trágico. Hagnón había sido general con Pericles durante la campaña contra Samos en el año 440, de modo que en el 413 debía de superar los sesenta años. Fue defensor de Pericles y una figura pública de gran renombre. Sófocles, que estaría en los ochenta años cuando fue elegido próbulo, también había sido general y había sido elegido para el alto cargo de tesorero de la Liga ateniense; aunque, en realidad, era más conocido por haber cosechado múltiples premios por sus tragedias durante más de medio siglo, lo que le convirtió en uno de los hombres más famosos y admirados de toda Grecia. Sófocles, al igual que Hagnón, también había trabajado junto a Pericles. Ambos eran ricos, acumulaban una larga experiencia y eran respetados por sus conciudadanos; en el contexto del año 413, también eran conservadores, aunque sus vínculos con Pericles garantizaban que no eran oligarcas ni enemigos de la democracia.

Tucídides no puede evitar ironizar sobre la democracia pospericleana: «Ante el terror del momento, y como suele hacer el *demos,* estaban dispuestos a ejecutarlo todo con gran disciplina» (VIII, 1, 4). De hecho, la Asamblea ateniense, que actuó con una prudencia y una contención dignas del propio Pericles, limitó sus poderes por un lado, mientras a su vez otorgaba poderes extraordinarios a un Consejo de representantes moderados, respetados y merecedores de confianza por su apego a la tradición. En una de sus primeras acciones, «decidieron, en la medida que la situación lo permitiera, no ceder, sino armar una nueva flota, obteniendo madera y dinero donde fuera posible, afianzar la situación de la alianza, en especial en Eubea, y reducir el gasto público» (VIII, 1, 3).

Además de nuevos barcos, los atenienses levantaron una fortificación en Sunio, en la punta sur del Ática, para proteger la ruta que seguían las embarcaciones de grano, y abandonaron el fortín de Laconia por resultar costoso e ineficaz: «Si pensaban que algún gasto era inútil, lo reducían en nombre del interés económico» (VIII, 4). En lo referente a sus aliados, se mantuvieron vigilantes «para que no pudieran alzarse contra ellos» (VIII, 4), y también reemplazaron la recaudación de tributos basados en las ganancias de cada territorio aliado por una tasa única del cinco por ciento sobre todas las mercancías importadas o exportadas por mar. Esta medida se llevó a cabo para aumentar los ingresos de la hacienda pública más allá de lo que se podía esperar de un imperio al borde de la rebelión. El nuevo impuesto también haría oscilar la presión fiscal de los terratenientes a los comerciantes; ya que éstos extraían beneficios directos del Imperio, eran más proclives a Atenas y, en consecuencia, se mostrarían menos remisos a desembolsar los gravámenes. Sin embargo, «los súbditos de los atenienses se mostraban dispuestos a rebelarse más allá de su propia fuerza» (VIII, 2, 2) y, en el curso de un año, se produjeron alzamientos en algunas grandes regiones como Eubea, Quíos, Lesbos, Rodas, Mileto y Éfeso; aun así, sin la ayuda de Esparta y sus aliados, carecían de medios para conquistar su libertad.

LAS AMBICIONES ESPARTANAS

La derrota ateniense en Sicilia dio a los espartanos una confianza renovada y despertó en ellos un abanico de objetivos bélicos más ambicioso. Mientras en un principio decían haber entrado en guerra «para libertar a los griegos», ahora creían que, si triunfaban sobre Atenas, «ellos mismos obtendrían con toda seguridad la hegemonía sobre toda Grecia» (VIII, 2, 4). Muchos espartanos

habían engrosado las filas de los que pensaban que «disfrutarían de una mayor riqueza, que Esparta sería más poderosa y grande, y que las familias de algunos particulares verían su prosperidad acrecentada» (Diodoro, XI, 50).

No sólo el éxito militar, sino también algunos cambios sufridos por la sociedad espartana contribuyeron a aumentar esta facción en particular. El número de ciudadanos espartanos que disfrutaba de plenos derechos estaba en descenso: en Platea, en el 479, lucharon unos cinco mil hoplitas; en Leuctra, en el 371, sólo lo harían mil; en el 418, en Mantinea, estuvieron presentes unos tres mil quinientos. Algunas prácticas espartanas como la separación forzosa de los esposos durante sus años más fértiles y la pederastia continuaron disminuyendo el número de su progenie, factores que habría que sumar al hecho de que algunos espartiatas acostumbraban a tener pocos hijos deliberadamente, para no tener que repartir la herencia. También intentaron adquirir tanta tierra de manera privada y otras riquezas como les fue posible, cuando éstas podían disfrutar del subsidio público.

Más aún, conforme decrecía el número de espartiatas, se incrementaba la proporción de hombres libres de Laconia que, en la práctica, no lo eran. En el año 421, había unos mil *neodamodes* en la región, flotas que habían combatido en la milicia espartana y a los que se les había dado como recompensa la libertad y una porción de tierra; hacia el 396, eran unos dos mil. Probablemente ellos y sus hijos esperaban alcanzar la condición de espartiatas, ya que este título implicaba algún grado de ciudadanía. Otro de estos grupos consistía en los *hipomeiones,* o «inferiores», que por lo visto estaba formado mayoritariamente por hombres nacidos en el seno de la clase espartiata y que por lo tanto, eran posibles candidatos a ser elegidos como ciudadanos. No obstante, su pobreza les impedía mantener los costes de la alimentación comunal, así que, despojados de su honor e indignos de respeto, quedaban excluidos de la ciudadanía.

Como hombres libres fuera del vínculo espartiata todavía quedaban los llamados «motaces». Parece que algunos de ellos eran hijos ilegítimos de varones espartiatas y mujeres ilotas, aunque es probable que también hubieran sido considerados espartiatas por ambas partes pero fueran demasiado pobres para contribuir al sustento de la comunidad. No obstante, debieron de haber pasado algún período de instrucción y ser elegidos por ello como integrantes de un comedor comunal, con su parte a cargo de algún mecenas de buena posición. Tres hombres pertenecientes a esta última clase (Gilipo, Calícrates y Lisandro) llegaron a ocupar cargos de importancia durante la guerra. El hecho de que personas de origen inferior alcanzaran posiciones preeminentes y honorables significaba que otros podían aspirar a hacer lo mismo, al menos si llegaban a adquirir la riqueza suficiente para ser admitidos en alguna de las mesas y lograban la ciudadanía plena. Aquellos que carecían de medios para conseguirla podían obtenerla gracias a los frutos de la guerra, la conquista y la hegemonía espartanas. Sin lugar a dudas, estos hombres se convertirían con el tiempo en un grupo de presión a favor de unas políticas más agresivas de lo que estaban acostumbrados los espartanos.

En el año 413, la ambiciosa facción bélica espartana tropezaba con menos oposición que en cualquier otro momento. Agis, al que se tenía en gran estima por la gloria obtenida en Mantinea, permanecía en Decelia con más poder del que habitualmente disfrutaban los monarcas espartanos, y estaba deseoso por aumentar su propia influencia, su reputación y la de su ciudad. Los más conservadores, que se oponían a las aventuras fuera del Peloponeso, carecían en su bando de una figura tan formidable. Sumido en el desprestigio, el rey Plistoanacte no podía hacer más que quedarse fuera de la lucha y rezar en silencio por la paz.

Por momentos, la empresa de acabar la contienda con una victoria rápida era para Esparta más difícil de lo que podía parecer. Los atenienses, como ya había ocurrido en el pasado, no podrían considerarse vencidos a no ser que se los derrotara en el mar, pero los espartanos carecían de navíos, de tripulantes capacitados y de fondos para construir los unos y pagar a los otros. Esparta había dependido en gran medida de sus aliados para cubrir esta serie de necesidades y, aunque sus economías habían resultado seriamente dañadas a causa de la contienda, en el 413 se instauró una cuota por la que cada uno tenía que contribuir con un número de barcos: veinticinco por parte espartana y otros tantos de Beocia; quince naves de Corinto y otras quince de Lócride y Fócide

juntas; diez por parte del consorcio de Arcadia, Pelene y Sición; y las mismas para la agrupación de Megara, Trecén, Epidauro y Hermíone. Estos números son bajos si los comparamos con el potencial inmediatamente anterior al conflicto; aparte de que, para derrotar a los atenienses, un centenar de trirremes no serían suficientes. Por lo visto, ni siquiera se llegó a cubrir la cuota; así que, en la primavera del 412, sólo había treinta y nueve naves listas para el combate. Durante el resto de la guerra en el mar, los aliados peninsulares no suministrarían muchas más embarcaciones a Esparta y, aunque ésta esperaba grandes aportaciones de sus aliados en Sicilia, hacia el año 412 sólo habían llegado veintidós naves de Selinunte y Siracusa, y cinco más de esta última en el 409.

Si se tiene en cuenta la realidad económica de la alianza peloponesa, Persia se perfilaba como la única posibilidad de obtener la ayuda adecuada, pero no sería una tarea fácil conseguirla. Los espartanos, que habían combatido con el lema de la «libertad para los griegos», estaban ahora en la obligación de acabar con el Imperio ateniense y restaurar la autonomía de sus súbditos, muchos de los cuales habían estado con anterioridad sometidos al yugo persa en uno u otro momento.

Los persas deseaban recuperar el control sobre la mayoría de los territorios, si no sobre todos ellos, por lo que un conflicto de intereses era inevitable: la situación se complica si tenemos en cuenta el hecho de que un gran número de espartanos ya estaba planeando conservar las ciudades «liberadas» para explotarlas por sí mismos.

Aunque Esparta y Persia habían mantenido una comunicación regular durante los primeros diez años de la contienda, la relación entre ambas, al perseguir objetivos opuestos, nunca había sido muy productiva. En el año 425, los atenienses habían interceptado un correo persa con una carta del Gran Rey, en la que éste expresaba su confusión por los mensajes tan variados que le llegaban de Esparta.

Al mismo tiempo, los atenienses habían tratado de reabrir las negociaciones con los persas, pero el rey Artajerjes falleció antes de poder alcanzar ningún acuerdo. Su desaparición desató una batalla sucesoria, y el ganador tomó el nombre de Darío II. Darío, uno de los diecisiete hijos bastardos del monarca difunto, se sentaba en un trono inseguro, ya que los dieciséis vástagos restantes seguían vivos. En los años 424-423, los atenienses y los persas establecieron el tratado de Epílico, cuya pretensión era conseguir una «amistad duradera» entre ellos (Andócides, *Sobre la paz,* XXIX). Bajo la amenaza de la campaña de Brásidas en Anfipolis, Atenas tenía la obligación de evitar que Persia socorriera a Esparta a cualquier precio. Darío II, cuando vio peligrar su posición al sufrir diversas revueltas en sus territorios durante los años siguientes, no dejó de alegrarse por haber suscrito el tratado con Atenas.

La Paz de Nicias no alentó en Darío cambios políticos de ningún tipo. Atenas controlaba los mares y el tesoro aumentaba con la recaudación de tributos que transportaban sus naves, mientras ningún gasto militar lo hacía mermar: no había razón alguna para alterar el statu quo. Sin embargo, la derrota de Sicilia dio al traste con el equilibrio de poderes. Aun así, a la hora de conseguir sus metas y recuperar sus anteriores posesiones griegas, a los persas tampoco les sería fácil ponerse de acuerdo con los espartanos.

AGIS AL MANDO

Tras la campaña de Sicilia, «ambos bandos hicieron preparativos como si la guerra volviera a sus inicios» (VIII, 5, 1). Los espartanos retomaron la ofensiva, y esta vez los atenienses sólo podían disponer su defensa. Antes de la guerra, Arquidamo había profetizado que, entre los espartanos, el conflicto pasaría de padres a hijos; de hecho, Agis, su propio hijo, se puso a la cabeza de los destacamentos espartanos de Decelia en el año 413, donde ostentaría plenos poderes «para enviar un ejército donde quisiera, para reclutar tropas y recaudar fondos. Durante este período, se podría decir que los aliados le obedecieron más a él que a los de Esparta porque, al estar al mando de un ejército, podía aparecer veloz en cualquier parte y sembrar el terror» (VIII, 5, 3).

Agis, que luchaba tanto para aumentar el poderío espartano como su propia gloria, se desplazó con un ejército a la Grecia central para iniciar una campaña que desvelaría el alcance de su programa de agresión y el de Esparta. A finales del otoño, en su esfuerzo por recobrar Heraclea, en la

región de Traquinia, junto al golfo de Málide, se dirigió a la vecina Eta *(véase* mapa 14). Heraclea había sido fundada por los espartanos en 426, pero los beocios la habían ocupado en los años 420-419 con el pretexto de evitar que cayera bajo el control ateniense. Hacia el año 413, a los espartanos podía servirles como base desde donde fomentar la rebelión a lo largo y ancho del Egeo, y en el 409, ya se encontraba de nuevo en sus manos. Sin embargo, Agis, que tenía planes más ambiciosos, comenzó a extorsionar a las gentes locales y a tomar rehenes para forzarlos a pagar y a unirse a la Liga espartana. Estas acciones supusieron la expansión de la dominación espartana en la Grecia central, cuya política de agresión continuaría una vez acabada la contienda hasta establecer lo que los historiadores modernos llaman «la hegemonía espartana».

LAS INICIATIVAS PERSAS

Agis, al volver de Decelia, se mostró de acuerdo en apoyar la rebelión de los eubeos contra Atenas, pero, antes de que pudiera actuar, llegó una embajada de Lesbos para solicitar el apoyo espartano a favor de su propio alzamiento. Agis decidió socorrer a Lesbos, y envió diez embarcaciones y tres centenares de *neodamodes;* los beocios colaboraron por su parte con diez trirremes adicionales. En esos momentos, dos delegaciones más, ambas con apoyo persa, fueron directamente a Esparta para solicitar ayuda en sus respectivas rebeliones. Una venía de Quíos y de Eritras, acompañada por un enviado de Tisafernes, el sátrapa persa de Sardes; la otra apareció en nombre de Farnabazo, sátrapa de la provincia helespontina del Imperio persa. Los emisarios griegos que hablaron por los persas rogaron a los espartanos que apoyasen a las ciudades griegas del Helesponto. Los sátrapas tenían la autorización del Gran Rey, lo que anunciaba que Persia estaba lista para unirse a la guerra contra Atenas.

Darío había estado presionando a los sátrapas para recaudar los impuestos y atrasos de las ciudades griegas que Persia había perdido en el año 479. Esta medida no sólo rompía el tratado acordado con Atenas doce años antes, sino que socavaba la política que los persas habían venido practicando desde mediados de ese siglo, y por la que mantenían buenas relaciones con los atenienses. ¿Por qué quería el Gran Rey luchar contra Atenas de nuevo? Algunos expertos hacen hincapié en el desagrado que le provocaba la continuación de la dudosa alianza de Atenas con Amorges, hijo ilegítimo del sátrapa Pisutnes, el cual se había rebelado contra el Gran Rey en Caria; sin embargo, la explicación más plausible del cambio de postura de los persas y el origen de los augurios de la ruina ateniense no deja de ser el más obvio: el desastre en Sicilia. Para el Gran Rey, había llegado el momento de sumarse a una guerra contra un oponente desesperadamente débil y recuperar, junto con su honor y sus rentas, los territorios perdidos.

Los enviados de los sátrapas eran en realidad rivales, y cada uno intentó ganarse el apoyo espartano instigando la rebelión contra Atenas en su propia provincia para conseguir llevarse el mérito de haber ganado la alianza en solitario ante los ojos del Gran Rey. En los asuntos diplomáticos de este cariz, los espartanos aún estaban más divididos entre sí. En primer lugar, en Decelia había divergencias de opinión entre Esparta y Agis. Aunque el monarca había decidido ayudar a Lesbos, en Esparta «se había generado una gran controversia, pues algunos habían intentado convencer a la Asamblea de que enviara tropas de infantería y navíos primero a Jonia y Quíos, mientras otros creían que era mejor dirigirse al Helesponto» (VIII, 6, 2). De hecho, cualquiera de las cuatro propuestas contaba con buenos argumentos. Los atenienses guardaban sus rebaños en Eubea, y contaban con ellos como fuente de aprovisionamiento. Cuando ésta se rebeló en el 411, se asustaron aún más que tras el desastre de Sicilia, porque «obtenían más beneficios de allí que del Ática» (VIII, 96, 2). Lesbos era una gran isla, rica y populosa, emplazada estratégicamente para situar una base desde donde cortar la arteria vital de los atenienses al mar Negro. Así pues, la oferta de Farnabazo surtió un gran efecto, ya que ofrecía acceso al mismísimo Helesponto, con la atracción adicional del apoyo financiero persa.

QUÍOS: LA ELECCIÓN ESPARTANA

Finalmente, sin embargo, los espartanos se mostraron dispuestos a favorecer la petición de los habitantes de Quíos y de Tisafernes, porque las de Eubea y Lesbos no incluían ni una flota ni la promesa del apoyo persa. A primera vista, la propuesta de Farnabazo podía parecer más atractiva, ya que el éxito en el Helesponto prometía una victoria más rápida sobre Atenas, además de que sus compromisarios portaban veinticinco talentos en moneda. Pero, primero, a Tisafernes parecía atraerle más el oeste en la contienda contra Atenas; y segundo, con su participación, los quiotas aportarían una flota importante. La decisión espartana también se vio favorecida por Alcibíades, que necesitaba probar su valor ante sus anfitriones, incrédulos a la sazón, y que concebía la rebelión quiota que había dado origen a la campaña de Jonia como una oportunidad única para hacerlo. Alcibíades disponía de un montón de amigos de buena posición en la región jónica, y por ello esperaba presentarse ante los espartanos como una figura indispensable dentro de la región.

Los espartanos optaron por comprobar si la ciudad de Quíos y su armada eran tan grandes como aseguraban sus habitantes. Sólo entonces votarían a favor de su entrada y la de Eritras, al otro lado de la bahía, en la Alianza. Se decidió enviar cuarenta trirremes —diez de los cuales se harían a la mar inmediatamente a las órdenes del almirante Meláncridas— para que se unieran a la flota quiota, compuesta por sesenta embarcaciones. Sin embargo, antes de partir, un temblor de tierra les indujo a reducir la primera misión a cinco naves, con Calcideo al mando. Aunque la expedición había sido aprobada, en la primavera de 412 todavía no había zarpado ningún barco.

Si bien es cierto que los espartanos se tomaban los terremotos y los augurios muy en serio, los factores políticos y estratégicos sin duda tuvieron un papel importante en el retraso. A Agis no debió de gustarle que su plan fuera rechazado. La Liga del Peloponeso tenía que ser llamada a consultas antes de emprender una expedición naval, porque la mayoría de los barcos, anclados en el golfo de Corinto por motivos de seguridad, pertenecían a los aliados. Cuando finalmente se reunió el Congreso en Corinto, se decidió enviar una flota al mando de Calcideo a Quíos, pero también otra a Lesbos, como Agis deseaba, ésta a las órdenes de Alcámenes, «el mismo que Agis tenía en mente» (VIII, 8, 2). La tercera misión, que comenzaría después de la campaña de Lesbos, se desplazaría al Helesponto con Clearco. Esta estrategia a tres bandas tan intrincada es posiblemente un reflejo de la complicada situación política que se vivía en Esparta.

El Congreso votó a favor de que las naves se hicieran a la mar de forma inmediata sin ocultar sus movimientos, «pues así se vanagloriaban ante la impotencia de los atenienses, ya que su flota no daba señales» (VIII, 8, 4). Aunque, en realidad, se desplazaron con gran precaución, ya que todavía se mantenía con fuerza la huella de las humillaciones sufridas a manos de la armada de Atenas; sin embargo, justo entonces, los corintios se negaron a partir hasta que los Juegos Ístmicos no hubieran terminado. A pesar de que Agis se ofreció a comandar la expedición a Quíos y a dejar tranquilos a los corintios mientras durase el acontecimiento, éstos consiguieron sumar los suficientes votos aliados para hacerlo a su manera, y la propuesta quedó denegada.

Como es lógico, la demora resultante dio a los atenienses el tiempo necesario para descubrir el complot. Acusaron a los quiotas, sus últimos aliados con flota propia, de rebelión, y exigieron que donasen algunas embarcaciones a la armada imperial como prueba de su buena fe. Como los oligarcas de Quíos temían que las gentes de la isla se opusieran a sus planes con la ayuda de algunos mandatarios fieles a Atenas, y al ver que los peloponesios parecían seguir pensándoselo, comenzaron a creer que la ayuda prometida no llegaría nunca, y finalmente enviaron siete embarcaciones a los atenienses, tal como les había sido ordenado.

El retraso también permitió que los atenienses tomaran parte en los Juegos Ístmicos, donde tuvieron conocimiento de los detalles de la conspiración quiota y de los planes de los peloponesios. Cuando Alcámenes se hizo a la mar con los veintiún trirremes peloponesios en el mes de julio del año 412, una escuadra ateniense de igual tamaño les estaba aguardando, por lo que aquél puso de nuevo rumbo al puerto. Los atenienses se retiraron al Pireo para esperar refuerzos, y reunieron hasta un número de treinta y siete trirremes. Mientras tanto, Alcámenes intentó colarse por el sur de la costa peloponesia, pero los atenienses lograron darle caza. Al avistarlos, tuvo miedo y consiguió

huir al puerto abandonado del Espireo, justo al norte de la frontera de Epidauro, con la pérdida de una sola embarcación rezagada. Las demás naves alcanzaron la orilla, pero los hombres no pudieron ponerse a salvo porque los atenienses les atacaron por tierra y por mar, destruyeron la mayoría de sus barcos y dieron muerte a Alcámenes. Los atenienses instalaron un campamento en las cercanías y reforzaron la flota para mantener el cerco sobre el enemigo, con la determinación de no permitir que ningún barco peloponesio surcara el Egeo.

En Esparta, los éforos esperaban la llegada de noticias, ya que le habían ordenado a Alcámenes que tan pronto como zarpasen se lo hiciera saber para poder enviar tras él a Calcideo con cinco naves más. La moral estaba alta y los hombres, contentos de hacerse a la mar. Pero en cuanto llegaron los informes de la derrota, de la muerte de Alcámenes y del bloqueo de Espireo, los ánimos cambiaron enseguida. «Al haber fracasado en su primera empresa en la guerra jónica, ya no sólo querían dejar de enviar barcos, sino hacer volver a los que ya habían zarpado» (VIII, 11, 3).

LA INTERVENCIÓN DE ALCIBÍADES

Las noticias de las pérdidas peloponesias podrían haber impedido por completo el alzamiento en Quíos pero, llegado este punto, Alcibíades tuvo un papel decisivo para que Esparta volviera a la acción. Convenció a los éforos para que enviaran las cinco embarcaciones de Calcideo directamente a Jonia, antes de que los ecos de la derrota llegasen a sus costas, y se embarcó en una de ellas. Alcibíades convencería a los jonios de las flaquezas de Atenas y de las bondades de Esparta, y no dudarían de él gracias a su amistad con los dirigentes jonios y a que conocía al detalle tanto la una como la otra. Su mensaje privado al éforo Endio revela que la lucha por la fama personal y las consideraciones partidistas todavía tenían un importante papel en las decisiones políticas de Esparta. «Sería bueno, a través de la influencia de Alcibíades, causar la revuelta en Jonia, convertir al rey en aliado de los espartanos y no permitir que esto se torne en provecho de Agis». Alcibíades tenía sus propias razones para asumir este papel, porque «daba la casualidad de que él mismo estaba enfrentado con Agis» (VIII, 12, 2). Esta observación hacía referencia al famoso escándalo sucedido en Esparta, donde se rumoreaba que, durante un terremoto, Alcibíades había sido visto abandonando las estancias de la mujer de Agis, probablemente en las postrimerías del mes de febrero del año 412. En julio, Agis se había enterado del incidente y sin duda estaba dispuesto a una rápida venganza. La mejor opción de Alcibíades era alcanzar un éxito tan grande que lo convirtiera en intocable, incluso a manos del rey; de otro modo, tendría que escapar hacia el último refugio posible que le quedaba, el Imperio persa. Con su expedición a Jonia, se abrían para él ambas posibilidades.

Para mantener a salvo el secreto de la misión, la flotilla de Calcideo apresó a todos aquellos con los que se tropezó rumbo a Quíos. Los oligarcas quiotas habían ideado que la llegada de los espartanos coincidiera con una reunión del Consejo, conformado por una mezcla de dirigentes y pueblo llano, donde «la mayoría se encontraba en un estado de asombro y pánico» (VIII, 14, 2). Alcibíades, reforzado por los barcos y los soldados espartanos, les dijo que una fuerza aún mayor estaba en camino. Las recientes noticias prendieron la llama de la rebelión entre los quiotas, arrastrando con ellos a Eritras. La estratagema, una práctica muy típica de Alcibíades, fue un gran éxito: únicamente con la ayuda de una pequeña flota y con sus brillantes argucias, se las arregló para hacerse con sesenta naves, una base de operaciones segura y las primeras defecciones importantes en el seno del Imperio ateniense. Posiblemente, con esta misión hizo más daño que nunca a Atenas. Casi de forma teatral, Alcibíades recordaba de nuevo a sus antiguos compatriotas que «todavía seguía vivo».

Alcibíades y Calcideo promovieron rápidamente la rebelión de unas cuantas poblaciones vecinas y, en muy poco tiempo, el poderoso ejemplo de Quíos sirvió de inspiración para los futuros alzamientos peninsulares de Eritras, Clazómenas, Heras y Lébedo, mientras Teos se mantenía neutral. Más lejos, en el sur, la gran ciudad de Éfeso se unió a los levantamientos, como también Anea, un pequeño enclave estratégico frente a Samos y cercano a Mileto. Tras todo ello, Alcibíades

estaba por fin preparado para ganar Mileto, la joya de Jonia. Reemplazó a las tripulaciones peloponesias por otras quiotas, porque «quería convencer a los milesios antes de que llegaran las naves peloponesias y atribuirse a él mismo y a los quiotas y (...), como había prometido, a Endio, que les había enviado, el éxito exclusivo de haber propiciado la rebelión en el mayor número de ciudades posibles» (VIII, 17, 2). Alcibíades y Calcideo llegaron justo a tiempo de lograr que Mileto se uniese a la rebelión generalizada, antes de que los atenienses pudieran evitarlo. Su abandono sirvió de plataforma para la expansión de las revueltas en Jonia meridional, en Caria y en otras islas del litoral.

TISAFERNES Y EL BORRADOR DEL TRATADO

La captación de Mileto animó a Tisafernes a ir hasta allí para negociar una alianza entre los espartanos y el Gran Rey. Este documento unilateral devolvía a Darío los territorios y las ciudades que él y los que le precedieron habían controlado en el pasado; a su vez, tanto persas como espartanos acordaron trabajar conjuntamente para paralizar el pago de tributos de estas regiones a Atenas. Los espartanos se comprometieron a asistir al Gran Rey contra una posible sublevación en sus dominios y, por su parte, el monarca se comprometió a ayudarles contra la rebelión de cualquier aliado. Ambos bandos lucharían juntos contra Atenas, y lo que era más importante si cabe, no harían la paz por separado. Como era de esperar, los espartanos no se tenían que enfrentar a las deserciones de sus aliados, mientras que los persas, que estaban en guerra contra Amorges, sí consideraban que las ciudades griegas que habían ido perdiendo desde el año 480 estaban todavía en estado de insurgencia. El acuerdo, si se tomaba al pie de la letra, devolvería a los persas todos los territorios griegos que habían formado parte de su Imperio antes de Salamina. En cambio, no se estipulaba nada sobre el apoyo, financiero o de otro tipo, que los persas proporcionarían a los espartanos. Más adelante, un distinguido espartano haría pública su indignación por las consecuencias de la alianza: «Era una atrocidad —comentó— que el Rey pretendiera ejercer el control sobre las tierras que él y sus ancestros gobernaron anteriormente, porque eso traería consigo el retorno a la esclavitud de todas las islas, de Tesalia y Lócride, y de todo el resto hasta Beocia. En lugar de la libertad, los espartanos impondrían a todos los griegos la dominación persa» (VIII, 43, 3). Así pues, los lacedemonios decidieron mantener en secreto el acuerdo y no comunicárselo a sus aliados.

Sin lugar a dudas, Alcibíades tuvo un papel crucial a la hora de fomentar la disposición de los espartanos para que aceptasen un acuerdo tan desigual. Veterano de muchas negociaciones, ocupaba un lugar de autoridad en las discusiones, por lo que Calcideo siguió sus consejos. Posiblemente debió de decirle que un acuerdo rápido para conseguir la alianza con Persia también le favorecería a él; los detalles no tendrían importancia y podrían cambiarse más adelante. El objetivo principal era obtener el compromiso de los persas antes de que otros espartanos —quizás incluso partidarios del propio Agis— lo consiguieran, y reclamaran los méritos para sí. Con toda seguridad, esta explicación casaba con los propios deseos de Alcibíades, ya que era él quien estaba necesitado de triunfos rápidos.

En última instancia, en el año 412, el tratado de Calcideo fue considerado como todo un éxito, aunque el ateniense desterrado que lo había ideado fuera sospechoso de habérsela jugado al rey de Esparta con su mujer, y su vida pendiera de un hilo. Aun así, la rebelión en Jonia y el tratado con el Gran Rey cumplirían las expectativas que Alcibíades había prometido a Endio, a los éforos y a Esparta; aunque el tiempo se encargase de sacar a flote los defectos de este acuerdo, Alcibíades había sacudido a Esparta del letargo y la falta de acción que siempre la habían caracterizado, y con ello había abierto su camino hacia la victoria.

Capítulo 27

Guerra en el Egeo (412-411)

ATENAS CONTRAATACA

Para los atenienses, la revuelta en Quíos fue un acontecimiento terriblemente peligroso, ya que sabían que «los otros aliados no permanecerían tranquilos cuando la ciudad-estado más grande se había alzado» (VIII, 15, 1). Por consiguiente, en el verano del dio 412, votaron usar el fondo de reserva de mil talentos que habían apartado al principio de la guerra para emergencias extremas. Ordenaron a los barcos que bloqueaban al enemigo frente a la costa del Peloponeso que volvieran al Pireo, con el objeto de enviarlos a Quíos, e incluso hicieron planes para enviar treinta más. Cada día que continuaba el alzamiento suponía una merma para los recursos del tesoro ateniense, un día para que los persas intervinieran, y un día de práctica para que la flota enemiga mejorara sus habilidades.

Diecinueve barcos atenienses navegaron desde Samos para acabar con la rebelión en Mileto, pero llegaron demasiado tarde. A pesar de verse sobrepasados en número por una fuerza enemiga integrada por veinticinco barcos, fueron capaces de establecer un bloqueo de la ciudad. Convencido de que los refuerzos atenienses podían aparecer en cualquier momento y aprovechar la ventaja, Calcideo, que estaba al mando de la flota peloponesia, no atacó, e incluso rechazó a los quiotas cuando éstos le ofrecieron sus servicios. Como la mayoría de los oficiales espartanos, era reacio a arriesgarse a una lucha en el mar, incluso contra una flota ateniense más pequeña. Si hubiera aceptado la ayuda quiota, el número de sus barcos hubiera sido de treinta y cinco frente a diecinueve del enemigo, y probablemente no hubiera rehusado el combate. No obstante, los hechos permiten afirmar que Calcideo no debería ser juzgado como un insensato o un cobarde; las batallas de Cinosema y Cícico, que tuvieron lugar en los años posteriores, demostrarían de forma convincente que los atenienses mantuvieron su superioridad en el mar.

La falta de decisión de Calcideo por entablar combate permitió que los atenienses enviaran refuerzos al Egeo e hicieran de Samos su principal base naval allí. Cuando llevaron esa acción a cabo, una confrontación civil estalló en la isla, un conflicto caracterizado por un encarnizado odio entre clases. Al sentirse apoyado por la presencia de los marineros atenienses, el pueblo se alzó contra los aristócratas de la oligarquía gobernante, asesinando a doscientos nobles samios, enviando al exilio a otros cuarenta, cuyas tierras y casas fueron repartidas entre ellos mismos, y despojando a los aristócratas de sus derechos civiles, incluido el de emparentarse por vía matrimonial con las clases inferiores.

Mientras tanto, los quiotas navegaron hacia Lesbos e incitaron a la rebelión a las ciudades de Metimna y Mitilene *(véase* mapa 23). Al mismo tiempo, un ejército peloponesio marchaba hacia el norte siguiendo la línea de la costa, pasando por Clazómenas, Focea y Cime, todas ellas importantes ciudades que consiguió arrastrar a su bando. En la costa del Peloponeso, la flota espartana en Espireo finalmente rompió el bloqueo y navegó hacia Quíos bajo el mando de Astíoco, el nuevo naVarca enviado para tomar el mando de toda la flota peloponesia. Este oficial espartano se unió a la principal fuerza quiota en Lesbos y desembarcó en la ensenada de Pirra, avanzando hacia la de Éreso al día siguiente. Veinticinco barcos atenienses bajo el mando de los generales Leon y Diomedonte habían llegado a Lesbos sólo unas horas antes, y habían derrotado a los barcos quiotas en el puerto de Mitilene, ganado una batalla en tierra, y tomado la ciudad al primer asalto. Astíoco consiguió que Éreso entrara también en rebelión y partió, siguiendo la costa septentrional de la isla, para intentar apoyar la rebelión en Metimna y para promover la de Antisa, pero «en Lesbos todo estaba en su contra» (VIII, 23, 5), por lo que navegó de vuelta a Mileto. Sin el apoyo de una flota, el

ejército tuvo que regresar de su camino al Helesponto, enviando a cada contingente aliado de vuelta a casa. Así acabó la primera tentativa de los peloponesios de acabar rápidamente con la guerra.

Con Lesbos asegurada, los atenienses partieron para Quíos, volviendo a capturar Clazómenas antes de partir. Bajo el mando de León y Diomedonte, ocuparon un grupo de islas al noreste de Quíos, y dos ciudades fortificadas en tierra continental, justo enfrente de la isla, como bases para llevar a cabo un bloqueo y lanzar asaltos desde el mar. Los atenienses ahora controlaban el mar en esa región y podían desembarcar donde quisieran. Usaban también hoplitas para servir como marineros en lugar de los usuales *tetes,* razón por la cual eran más fuertes en todas las batallas terrestres. Después de que los barcos de Atenas derrotaran al enemigo sistemáticamente, los quiotas rehusaron toda batalla en el mar, y los atenienses desembarcaron para saquear las tierras de la ciudad-estado, que eran ricas y estaban bien cultivadas y bien provistas. Para entonces, algunos quiotas estaban buscando acabar con esos ataques derribando al gobierno y restaurando la alianza con Atenas, pero los oligarcas solicitaron la ayuda de Astíoco, preguntándose «cómo podrían finalizar el complot de la manera más suave posible» (VIII, 24, 6). Astíoco tomó rehenes, lo que mantuvo la situación tranquila por algún tiempo. Sin embargo, Quíos permanecía todavía bajo asedio y expuesta a un constante ataque, motivo por el cual ya no sería por más tiempo el centro de la rebelión en Jonia.

DECISIÓN EN MILETO

El nuevo objetivo de los atenienses fue Mileto, la otra única gran ciudad jonia todavía sublevada. En octubre, los generales Frínico, Onomacles y Escirónides navegaron desde Samos con cuarenta y ocho barcos, algunos de ellos transportes de tropas, llevando a bordo tres mil quinientos hoplitas —mil de Atenas, mil de sus aliados egeos y mil quinientos de Argos—, lo que representaba una fuerza extraordinaria teniendo en cuenta que había transcurrido muy poco tiempo desde el desastre siciliano. Estas tropas se iban a enfrentar a un ejército que incluía ochocientos hoplitas de Mileto, un número no conocido de peloponesios, mercenarios al servicio del sátrapa Tisafernes y el sátrapa persa en persona con su caballería.

Los argivos cargaron impetuosamente, rompiendo el orden en el lado ateniense, y pagaron su precipitación con la derrota y con la pérdida de trescientos hombres. Los atenienses y sus aliados jonios lo hicieron mejor, derrotando a los peloponesios y haciendo huir a los persas y a sus mercenarios, tras lo cual los milesios se refugiaron prudentemente detrás de las murallas de su ciudad. Una gran victoria fue celebrada, porque los atenienses dominaban ahora tanto en tierra como en mar. Todo lo que quedaba era rodear la ciudad con un muro de bloqueo y esperar a que se rindiera, con el convencimiento de que la caída de Mileto acabaría con las rebeliones.

Sin embargo, el mismo día del triunfo llegaron noticias de que cincuenta y cinco barcos bajo el mando del espartano Terímenes estaban de camino a Mileto, entre los cuales se encontraban veintidós procedentes de Sicilia guiados por Hermócrates, su némesis siracusana[*]. Después de que la flota peloponesia llegara al golfo de Yaso y se detuviera en Tiquiusa, fue el propio Alcibíades el que cabalgó hasta ellos para informarles acerca de la victoria ateniense en Mileto, diciendo que «si no deseaban perder su posición en Jonia, y en general su causa, deberían acudir en ayuda de Mileto tan rápidamente como fuera posible para impedir que la ciudad fuera aislada con un muro» (VIII, 26, 3).

Aunque los otros generales atenienses querían quedarse y luchar, Frínico se opuso a ellos, arguyendo que: «Después de los desastres que habían experimentado, era de difícil justificación que voluntariamente emprendieran una acción ofensiva, cualquiera que fuese, a menos que fuera absolutamente necesario; y mucho menos justificado estaría, sin estar obligado a ello, precipitarse al

[*] Hermócrates era el político y militar siracusano que había tenido un papel fundamental en el desastroso final de la expedición ateniense en Sicilia, de ahí que sea mencionado corno «némesis, para los atenienses, la representación mítica de la venganza divina. (N. *del* T.)

peligro por su propio elección» (VIII, 27, 3). La opinión de Frínico prevaleció, y los atenienses navegaron hacia Samos, «sin completar su victoria» (VIII, 27, 6), liberando Mileto del asedio y del bloqueo. A consecuencia de esto, los argivos se retiraron airadamente y no tomaron ya parte en el desarrollo de la guerra.

La retirada ateniense tuvo otro costoso resultado, ya que Tisafernes llegó a Mileto y persuadió a los peloponesios para que atacaran a Amorges en Yaso. Desconociendo la retirada ateniense, el pueblo de Yaso supuso que la flota que se aproximaba era ateniense y no se prepararon para la defensa. Los peloponesios capturaron a Amorges con vida y lo entregaron a Tisafernes, incorporaron a los mercenarios peloponesios de Amorges a su propio ejército, y saquearon Yaso; finalmente, vendieron a sus gentes a Tisafernes, al que también entregaron la ciudad. El resultado fue que los atenienses habían perdido otro aliado, que los persas se habían liberado de una incómoda situación, y que espartanos y persas habían cooperado con éxito para alcanzar su primera victoria conjunta.

Mientras algunos alabaron a Frínico y celebraron su estrategia —«Más adelante no menos que en la presente ocasión, en este asunto y también en todos los otros en los que él tomó parte, parece no haber estado falto de inteligencia» (VIII, 27, 5)—, la mayoría de sus compatriotas atenienses mantenían una opinión opuesta, y al año siguiente le acusaron formalmente por la pérdida de Yaso y Amorges. Hay una buena razón para coincidir con su veredicto. Los estudiosos modernos defienden la decisión de Frínico sobre la base de que, tras los sucesos de Sicilia, la marina ateniense no fue por más tiempo lo que una vez había sido y, habiendo perdido su superioridad táctica, no podía arriesgarse a una batalla naval en situación de desventaja. Estas valoraciones, sin embargo, no se adecuan a los hechos. Incluso aunque los días de gloria de Formio hubieran pasado, el desastre siciliano no había puesto fin al dominio táctico de la marina ateniense. A comienzos del año 412, los atenienses habían tenido éxito en obligar a la flota peloponesia a refugiarse en una base desierta y poco conveniente; en Quíos y en Lesbos, habían limpiado el mar de barcos enemigos. En la primavera del 411, incluso aunque toda la costa jonia no estaba ya en manos de Atenas, los espartanos permanecieron tan temerosos de la flota ateniense que llegaron a enviar a un ejército al Helesponto por tierra. En ese mismo año, los atenienses, con una inferioridad numérica de setenta y seis barcos frente a ochenta y seis enemigos, derrotaron a los peloponesios en Cinosema, en el Helesponto.

El punto débil en el argumento de Frínico es que, al seguir su consejo, los atenienses nunca podrían estar seguros de su habilidad para forzar una batalla. Los espartanos podían simplemente rehusar la guerra naval y en su lugar enviar ejércitos por tierra; incluso si ellos elegían desplazarse por mar, podían eludir a la marina ateniense y provocar futuras rebeliones. De hecho, la mejor baza de que disponían los atenienses para conseguir que el enemigo luchara en el mar consistía en intentar atraerlos hacia una flota aparentemente inferior. La oportunidad que Frínico rechazó podía haber obligado a Terímenes a presentar batalla para proteger Mileto. Si los atenienses hubieran decidido luchar, toda la guerra podría haber seguido un curso diferente. Su partida no sólo proporcionó a los rebeldes un respiro y una nueva esperanza, sino que, en el frente interno, privó a la democracia moderada de los *probuloi* de una victoria que le hubiera dado prestigio y credibilidad, capacitándola para resistir las conjuras oligárquicas que ya, en ese momento, se estaban formando en Atenas.

Por el momento, los espartanos tenían una ventaja numérica en el mar con la que podían levantar el bloqueo de Quíos, la clave de la rebelión en la Jonia cercana al Helesponto, pero fueron lentos en actuar. Aún no se atrevían a enfrentarse a la marina ateniense en mar abierto, y no disponían de líderes capaces y experimentados. Su obligación de colaborar con los persas era también problemática, debido a que sus diferentes intereses inevitablemente conducían al retraso y a la inactividad.

ALCIBÍADES SE UNE A LOS PERSAS

Tras atacar a Amorges en Yaso, Terímenes regresó a Mileto; el navarca espartano Astíoco se encontraba todavía en Quíos, separado de su marina por la flota ateniense en Samos. Probablemente, a comienzos de noviembre del año 412 Tisafernes llegó a Mileto para entregar la paga que había prometido: cada marinero recibió el salario de un mes a razón de una dracma ática por día. Sin embargo, anunció que, en el futuro, pagaría sólo la mitad de esa cantidad, aunque Hermócrates, el fogoso oficial siracusano, obligara a un compromiso que produjo un ligero aumento de esa cantidad.

De todos modos, Alcibíades no tomó parte en estas discusiones, ya que desde la batalla de Mileto había cambiado de bando otra vez, dejando a los espartanos para unirse a Tisafernes. Entre los peloponesios había surgido pública sospecha acerca de él «después de la muerte de Calcideo y de la batalla de Mileto» (VIII, 45, 1). El renegado ateniense había colaborado con Calcideo, pero cuando el jefe espartano fue muerto en una incursión, Alcibíades perdió un importante apoyo. Aproximadamente al mismo tiempo, finalizó el período de Endio como éforo, perdiendo así otro amigo influyente, justo cuando él más lo necesitaba; en ese momento «era un enemigo personal de Agis y por otras razones no llegaba a inspirar confianza» (VIII, 45, 1). Sus orígenes, su personalidad, y sus actividades lo habían hecho aparecer siempre como sospechoso, pero ningún autor antiguo explica la causa de que los peloponesios desplazados a Jonia le hubieran creído envuelto en una traición, insistiendo en que una carta fuera enviada a Astíoco, en la que se ordenara al navarca matar a Alcibíades.

Quizá la razón fue el fracaso del plan que él había recomendado cuando estuvo en Esparta. Los atenienses parecían haber aplastado rápidamente la rebelión en el Imperio; la isla de Quíos ya no era centro e instigadora de un levantamiento general, sino que estaba puesta bajo asedio, obligando así a un desgaste de los recursos peloponesios. Alcibíades también parecía ser el responsable de haber persuadido a los espartanos de que involucrasen en el juego a Persia. Los persas habían sido muy lentos en hacer efectivos los salarios prometidos a las fuerzas espartanas, y ahora estaban pensando en reducir la entrega de dinero. Aconsejado por Alcibíades, Calcideo había hecho un tratado con los persas que era muy poco favorable a Esparta, y que parecía admitir el sometimiento de los griegos ante Darío. En Mileto, los atenienses derrotaron a los peloponesios en una batalla terrestre, en la que los mercenarios de Tisafernes les habían proporcionado muy escaso provecho. El ejército peloponesio bajo el mando de Terímenes no fue utilizado para derrotar a los atenienses, sino para complacer a Tisafernes al entregarle Amorges y Yaso.

Alcibíades empezó probablemente a cambiar de bando nada más tener noticia de la carta que ordenaba su muerte. Así, cuando Tisafernes llegó a Mileto a comienzos de noviembre, Alcibíades habría estado ya con él durante varias semanas. Tucídides nos informa de que Alcibíades se convirtió para el sátrapa en «el asesor de todas sus decisiones» y que Tisafernes «le dio toda su confianza» (VIII, 45, 2; 46, 5,. El persa, sin embargo, era un hombre inteligente y sofisticado, y tenía buenas razones para prestar su apoyo a Alcibíades, por dos veces fugitivo.

Para Tisafernes, como para los espartanos, la situación no se había resuelto como se esperaba. Debido a que la rebelión no se había extendido rápidamente a lo largo del Imperio y conducido a una pronta victoria, la guerra continuaría, lo que requeriría de grandes ejércitos y costaría una gran cantidad de dinero, en parte de sus propios fondos. Alcibíades poseía valiosos contactos en ambos bandos y podía, por lo tanto, ser de gran utilidad en sus relaciones con ellos sirviendo en calidad de portavoz de Tisafernes. El ateniense, por su parte, necesitaba la protección del sátrapa, pero también mantener su estatus: sus servicios como consejero imprescindible, personal y de confianza para el hombre que podía llegar a decidir el resultado de la guerra, podían facilitarle algún día el regreso a Atenas. Mientras tanto, le convenía aparecer constantemente junto a Tisafernes, y dar la impresión de ser «sus oídos», pues también a él le convenía.

Alcibíades también ofreció su asesoramiento en estrategia militar, sugiriendo que Tisafernes no «tuviera demasiada prisa por terminar la guerra y no deseara conceder el dominio de la tierra y del mar a la misma potencia, bien trayendo las naves fenicias que estaba armando o bien incrementando

el número de griegos a los que él proveía de paga» (VIII, 46 ,1). El mejor plan sería «desgastar a los griegos, unos contra otros» (VIII, 46, 2). Aquí, de nuevo insistía en negar lo evidente, ya que los persas no tenían marina en el Egeo con la que ganar la guerra. En cuanto a la flota fenicia, ésta es la primera vez que se documenta algo sobre un plan que incluyera su utilización. Si Tisafernes en alguna ocasión intentó actuar de esa manera, es algo que no está claro, pero a comienzos del invierno de 412-411 una flota como la mencionada no estaba en disposición de intervenir.

Alcibíades también sugirió a Tisafernes que rompiera con Esparta y se acercara a Atenas, argumentando que los atenienses, como cínicos imperialistas, no dudarían en abandonar a los griegos de Asia Menor a los persas y serían «socios más adecuados del Imperio», mientras los espartanos, como liberadores de los griegos, continuarían apoyándoles. Tisafernes, por consiguiente, debería «primero, desgastar a ambos bandos, para después reducir el poder ateniense tanto como fuera posible, y, finalmente, expulsar a los peloponesios de territorio persa» (VIII, 46, 3-4). Un consejo como éste era esencialmente absurdo, ya que tergiversaba burdamente el carácter de ambos bandos, aunque encajaba bien en los intereses de Alcibíades. Por el momento, el peligro más grande para él venía de los espartanos. Si conseguía apartar a los persas de Esparta, podría reclamar la gratitud de los atenienses y, quizá, regresar con honor y gloria a Atenas. Tisafernes no se dejó engañar por este consejo, limitándose tan sólo a poner en práctica aquello que le convenía. Así, pagó a los peloponesios sus reducidos salarios irregularmente, pero ligándolos a él al repetir continuamente su promesa de que la flota fenicia llegaría pronto, lo que ayudó en gran medida a mantenerlos inactivos.

UN NUEVO ACUERDO ESPARTANO CON PERSIA

Durante los tres últimos meses del año 412, la flota peloponesia permaneció en Mileto, mientras los atenienses reunían ciento cuatro barcos en Samos y seguían dominando el mar. Enviaron algunos trirremes en varias misiones, pero los espartanos continuaban rehusando el enfrentamiento, incluso cuando tenían superioridad numérica. Sólo Astíoco, desde Quíos, se mostró más emprendedor. Tomó rehenes, como ya hemos visto, para prevenir una revolución en la isla, y lanzó sendos ataques en esa área, aunque sus asaltos sobre las fortalezas atenienses en tierra fracasaron, y el mal tiempo puso fin a la campaña. Cuando los enviados de Lesbos solicitaron ayuda para su rebelión, Astíoco estaba listo para unirse a ellos, pero los aliados, guiados por los corintios, rechazaron la idea por haber sufrido allí un fracaso con anterioridad. Los lesbios repitieron su petición poco tiempo después, y en esta ocasión Astíoco urgió a Pedárito, el gobernador espartano de Quíos, a que se uniera a la expedición, con lo que «o bien ganarían más aliados o al menos, si fracasaban, causarían daño a los atenienses» (VIII, 32, 3). Pero Pedárito, respaldado por los quiotas, rehusó. Astíoco abandonó su plan con cierta amargura, jurando, cuando dejó Quíos, que no volvería en ayuda de su gente si alguna vez lo llegaran a necesitar.

Astíoco partió enseguida para Mileto con objeto de tomar el mando de la flota espartana, pero antes de que llegara, los espartanos y los persas habían comenzado a revisar su primer proyecto de tratado. La renegociación del desequilibrado acuerdo fue una iniciativa espartana llevada a cabo por Terímenes, por lo que el tratado resultante lleva su nombre. En algunos aspectos, consiguió mejoras en las condiciones. Una nueva cláusula, planteada en el conocido lenguaje de la mutua no-agresión, sustituía la anterior provisión que establecía que las ciudades griegas de Asia «pertenecían» al Gran Rey. El requerimiento de que cada parte ayudara al otro a sofocar rebeliones, lo que favorecía a Persia exclusivamente, fue eliminado. La nueva versión especificaba la obligación que tenía el Gran Rey de pagar a las fuerzas griegas a las que solicitara ayuda, e iba más allá al estipular la alianza como «un tratado de paz y amistad» (VIL, 37, 1). Pero estos cambios eran sólo sutilezas verbales, ya que Persia había conseguido su objetivo al usar fuerzas peloponesias para capturar a Amorges y tomar Yaso y, por el momento, no había una necesidad inminente de mayor asistencia.

Por otra parte, Esparta había hecho de nuevo importantes concesiones. El acuerdo negociado por Calcideo había ligado a ambas partes a impedir que los atenienses recaudaran tributos, mientras que

el nuevo tratado prohibía expresamente que los espartanos recaudaran ellos mismos; una medida que, efectivamente, impidió el establecimiento de un Imperio espartano que reemplazara al ateniense. La promesa persa de pagar a las fuerzas griegas estaba limitada al número de tropas que el Gran Rey convocara, aunque debía proveerse alimento para las otras tropas. El acuerdo no decía nada acerca de la cantidad específica con la que debían ser remuneradas. El cambio principal en el nuevo acuerdo aparece en su primera cláusula: «A cualquier territorio y ciudades pertenecientes al rey Darío o que pertenecieran a su padre o a sus antepasados, ni los espartanos ni sus aliados marcharán en guerra o harán daño alguno» (VIII, 37, 2). Lo que Tisafernes tenía que temer en un futuro cercano eran los ataques espartanos sobre su propio territorio, y sus intentos de conseguir dinero de las ciudades que los persas consideraban como suyas. El tratado negociado con Terímenes obligaba a los espartanos a no llevar a cabo tales acciones.

¿Por qué los líderes espartanos aceptaron otro acuerdo tan desfavorable? Aunque Terímenes no era ni un destacado prohombre ni un experto negociador, incluso un diplomático brillante y veterano hubiera tenido dificultades en hacerlo mejor en esas circunstancias, ya que la posición de los espartanos para negociar era pésima. Tisafernes había conseguido ya lo que necesitaba, y si los espartanos estaban molestos con él, que así fuera, porque eran ellos los que necesitaban más que nunca el apoyo y el dinero persas contra los recuperados atenienses. Después de completar el acuerdo con los persas, Terímenes entregó formalmente su flota al navarca Astíoco y partió en un pequeño barco que nunca más fue visto: hoy por hoy, aún desconocemos lo que fue de él.

En Mileto, Astíoco tenía una superioridad numérica de noventa trirremes contra las setenta y cuatro de los atenienses, amarradas cerca, en Samos; pero rehusó luchar, a pesar de que la flota ateniense hizo salidas contra él. Sus tripulantes comenzaron a quejarse de que su política de retirada constante socavaría la causa peloponesia, e incluso afirmaban que había sido sobornado y que «estaba junto a Tisafernes (...) por su propio beneficio» (VIII, 50, 3). Pero la inactividad de Astíoco puede ser fácilmente explicada sin tener que recurrir a cargos de corrupción y traición. Al igual que la mayoría de los jefes espartanos en el mar, él era naturalmente cauto y reacio a enfrentarse a los atenienses y, en cualquier caso, probablemente creía en la promesa de Tisafernes de traer la flota fenicia para aplastar al enemigo, por lo que pacientemente esperaba su llegada.

Tras volver a Quíos, los atenienses desembarcaron en la costa este de la isla y comenzaron a fortificar Delfinio, un punto fuerte con buenos puertos situado al norte de la capital. Mientras tanto, Pedárito ejecutó a algunos acusados de mostrar simpatía hacia los atenienses, y reemplazó el régimen moderado por una cerrada oligarquía. Sus rigurosas medidas acabaron, aparentemente, con toda actividad proateniense.

Quíos se llenó de personas aterrorizadas, desconfiadas unas de otras y temerosas de los atenienses. En esta situación tan apurada, solicitaron ayuda a Astíoco, que persistió en su negativa a ayudarles. Pedárito escribió a Esparta para quejarse, acusando al navarca de conducta impropia, pera sus esfuerzos no consiguieron nada por el momento. El fuerte ateniense en Delfinio consiguió causar la misma clase de daño a los quiotas que el fuerte espartano en Decelia a los atenienses, y, de algún modo, incluso más. Los quiotas poseían un número inusualmente grande de esclavos, a los que trataban con particular dureza. Muchos de ellos huyeron a la seguridad de Delfino, dispuestos a ayudar a los atenienses en todo lo que pudieran. Debido a que los de Atenas continuaban también controlando el mar, los quiotas no pudieron importar artículos de primera necesidad. En un estado de desesperación, apelaron a Astíoco, suplicándole «que no consintiera que la ciudad más grande de Jonia estuviera bloqueada por mar y devastada por incursiones en tierra» (VIII, 40, 1).

Pero Astíoco aún vacilaba, y por una buena razón: entre él y los quiotas había ciento una naves atenienses de guerra, setenta y cuatro en Samos y veintisiete en Quíos. Sin embargo, los aliados se vieron tan conmovidos por los llamamientos de ayuda de los quiotas, que presionaron para que Astíoco fuera en su ayuda. Enfrentado con la combinación de esta presión y, quizá, por el miedo a la crítica, o a algo peor, a Esparta, finalmente claudicó y aceptó emprender la empresa.

UNA NUEVA ESTRATEGIA ESPARTANA

Antes de que Astíoco pudiera partir, llegaron noticias de que Antístenes estaba de camino con una flota que transportaba once «consejeros» *(sýmbouloi)* con órdenes «de participar en la dirección conjunta de los asuntos para que todo fuera lo mejor posible» (VIII, 39, 2). El líder del grupo era el rico, famoso e influyente Licas, un campeón olímpico en la modalidad de carrera de carros y un hombre de considerable experiencia diplomática, el único que podía eclipsar al navarca. Licas y los demás *sýmbouloi* estaban provistos del poder inusual de destituir a Astíoco, si lo consideraran conveniente, y reemplazarlo por Antístenes. Sin duda, la carta de queja de Pedarito había dado origen a esta misión, aunque también podría haber sido provocada por la simple insatisfacción espartana ante la actuación de Astíoco. Los *sýmbouloi* también tenían instrucciones de tomar tantos barcos como ellos decidieran, colocarlos bajo el mando de Clearco, hijo de Ranfias, y enviar esa flota a Farnabazo, en el Helesponto, en un esfuerzo por cerrar los estrechos a Atenas.

Esto supuso un rápido giro en cuanto a la estrategia, sin duda influido por el fracaso del primer plan, pero también reflejaba un cambio político. Habían sido Endio y Alcibíades quienes inicialmente habían apoyado la decisión de ir a Quíos, pero ahora el éforo había terminado el tiempo de su cargo, y el renegado ateniense se encontraba al servicio de Tisafernes. Con Quíos bajo asedio, los atenienses recuperados, las fuerzas peloponesias incapaces o inertes, y con los acuerdos insatisfactorios y el inestable apoyo que habían surgido de las negociaciones con Persia, la mayoría de los espartanos pensaba que había llegado el momento de cambiar las cosas. La carta de Pedárito fue, en gran parte, un catalizador para el replanteamiento de la política que estaba aplicándose.

Los barcos de Antístenes tomaron una ruta indirecta para evitar a la flota ateniense, y desembarcaron en Cauno en la costa meridional de Asia Menor. Desde allí, solicitaron un convoy de escolta para conducirlos a Mileto, ahora la principal base peloponesia en Jonia, ya que esperaban un ataque por parte de los atenienses. Por su parte, Astíoco aparto de su mente toda idea de navegar hacia Quíos «pensando que nada debía tener prioridad ante el deber de escoltar a una flota tan grande, porque juntos podrían dominar el mar, y asegurar la travesía de los espartanos que habían venido a investigarle» (VIII, 41, 1). Eso significaba el abandono de Quíos y de las fuerzas espartanas allí destacadas, pero la petición de escolta desde Cauno le había proporcionado una excusa tan sólida para evitar la expedición de ayuda a Quíos, que incluso los desesperados aliados tuvieron que aceptar la situación.

Cuando los atenienses supieron que Antístenes había llegado a Cauno, enviaron veinte barcos al sur para interceptarlo, frente a los sesenta y cuatro que Astíoco llevaba con él. Los atenienses no dudaron en enviar una flota tan pequeña contra una fuerza mucho mayor, dejando sólo cincuenta y cuatro barcos en Samos para hacer frente a los noventa del enemigo en Mileto. Los veinte trirremes atenienses que se dirigían al sur tendrían que navegar frente a Mileto, pero su oficial al mando, Carmino, parecía no temer un posible ataque espartano.

Cuando Astíoco se dirigió hacia el sur, tan rápidamente como podía, para proporcionar escolta a Antístenes, la lluvia y la niebla dispersaron su flota, y en la confusión se encontró de repente con la flota ateniense. Aunque Carmino también quedó sorprendido —él no sabía nada de los planes de Astíoco y esperaba encontrar sólo los veintisiete barcos de Antístenes, y no los sesenta y cuatro del navarca—, decidió atacar. Bajo la protección de la niebla, los atenienses estaban causando graves problemas al ala izquierda de la flota de Astíoco, cuando, ante su asombro, la flota espartana los rodeó. Sin embargo, lograron huir, perdiendo tan sólo seis naves. Astíoco no los persiguió, sino que se dirigió a Cnido, donde se unió a la fuerzas de Cauno. Sólo entonces la gran flota combinada navegó hacia Sime para levantar un trofeo por su victoria sobre los veinte barcos de Carmino.

Los atenienses, sin embargo, no les permitieron disfrutar de su triunfo durante mucho tiempo. Aunque su flota de Samos, junto con los barcos de Carmino, sumaba ahora menos de setenta trirremes, frente a los aproximadamente noventa con los que contaba Astíoco, los atenienses lo buscaban para vengar su «derrota», aunque inútilmente. Incluso contando con esa ventaja, Astíoco

rehusó luchar. Con la flota peloponesia reunida, los *sýmbouloi* llevaron a cabo su investigación de los cargos presentados contra Astíoco, al que acabaron por exculpar, confirmándole en su cargo.

El escenario estaba ahora preparado para que los espartanos presentaran sus quejas a Tisafernes, contando con el prestigioso Licas como su portavoz. Aunque los oficiales espartanos se habían comportado en todo momento como si los dos tratados firmados con Persia estuvieran en vigor, éstos nunca habían sido formalmente ratificados en Esparta, y Licas ahora los consideraba con desprecio. «Era escandaloso —dijo— que el Rey todavía reclamara el gobierno de todo el territorio que él y sus antepasados habían gobernado en el pasado, ya que eso significaría que todas las islas serían de nuevo esclavizadas por él, así como Tesalia, Lócride y todo el territorio hasta Beocia; en lugar de libertad, los espartanos traerían a los griegos subyugación al Imperio persa.» A menos que el acuerdo fuera mejorado, advirtió, «los espartanos no continuarían de su parte, ni él solicitaría apoyo bajo tales términos» (VIII, 43, 3-4).

Es difícil atribuir el airado tono de Licas únicamente a un ultrajado amor por la libertad griega, ya que él pronto tomaría parte en la negociación de un tercer tratado que concedía a Persia las ciudades griegas de Asia, para anunciar más tarde a los infelices milesios que ellos «y todas las otras ciudades en la tierra del Rey deberían someterse, dentro de unos términos razonables» (VIII, 84, 5). Quizá pensaba que los primeros negociadores habían sido intimidados o demasiado flexibles, y que una posición más dura proporcionaría mejores resultados, incluyendo un lenguaje menos embarazoso para «los libertadores de Grecia» acerca de la posición en la que iban a quedar las ciudades griegas, así como términos más claros y mejores en cuanto al apoyo financiero. Si esperaba eso, quedó finalmente decepcionado, ya que Tisafernes simplemente abandonó airado la reunión. Era consciente de que los espartanos lo necesitaban a él más que él a ellos, y desde luego podía permitirse esperar hasta que los lacedemonios entendieran eso.

Otra explicación para el comportamiento de Licas puede ser encontrada en las cartas que traía de Esparta, las cuales instruían a los oficiales a desplazar el escenario de la guerra desde Jonia al Helesponto, de la satrapía de Tisafernes a la de Farnabazo, el cual podía ser un socio más agradable. Quizá Licas deseaba que Farnabazo tuviera conocimiento del curso de sus discusiones con Tisafernes, un hecho que podía servir como aviso útil al sátrapa cuando los espartanos entraran en un nuevo teatro de operaciones.

REBELIÓN EN RODAS

Sin embargo, una oportunidad inesperada retrasó la partida hacia el norte. Hasta Cnido llegó un grupo de oligarcas procedentes de Rodas con el objeto de persuadir a los líderes espartanos para que apoyaran una rebelión de las ciudades democráticas contra Atenas, a fin de que instalaran oligarquías, y desviasen los ricos recursos y abundante potencial humano de la isla en favor del bando peloponesio.

Los espartanos aceptaron rápidamente, confiando en que esta afluencia potencial de riqueza y hombres les capacitara para sostener su flota sin tener que volver a solicitar dinero de Tisafernes. Con noventa y cuatro barcos, navegaron hacia Camiro, en la costa occidental de la isla, tomando la ciudad por sorpresa. Junto con Lindo y Yaliso, Rodas se pasó a los peloponesios en enero del 411.

Fue entonces cuando el fracaso ateniense de capturar Mileto pasó su factura, ya que cuando los atenienses alcanzaron Rodas desde Samos, era demasiado tarde para evitar la rebelión. Frínico había afirmado que los atenienses serían capaces de «combatir más adelante (...) habiéndose preparado adecuadamente y con tiempo» (VIII, 27, 2), pero los acontecimientos en Rodas demostraron lo equivocado que estaba. Los setenta y cinco trirremes atenienses permanecieron frente a la costa de la isla, retando a los noventa y cuatro barcos espartanos a que salieran al mar y lucharan, pero los espartanos rehusaron, varando sus barcos en la costa rodia a mediados de enero, y no volvieron a colocarlos sobre el agua hasta bien entrada la siguiente primavera.

Sin duda molestos por el alto coste de la decisión de no haberse enfrentado a la flota peloponesia en Mileto el año anterior, los atenienses destituyeron a Frínico y a Escirónides, a los que

reemplazaron por León y Diomedonte. Los nuevos generales atacaron inmediatamente Rodas mientras los barcos peloponesios permanecían varados en la playa, derrotaron a un ejército rodio, y después partieron hacia Calce, una isla cercana, desde la que continuaron lanzando incursiones y mantuvieron a los peloponesios bajo vigilancia.

En ese momento, desde Quíos, Pedárito envió una petición de ayuda a los estancados espartanos de Rodas. Los trabajos de fortificación atenienses en Delfinio habían sido completados, explicó, y a menos que toda la flota peloponesia viniera rápidamente, la isla estaría perdida. Mientras esperaba su llegada, el mismo Pedárito atacó la fortaleza ateniense con sus mercenarios y los quiotas, y consiguieron capturar unos pocos barcos varados en la playa, pero los atenienses lanzaron un exitoso contraataque, consiguiendo matarle durante la acción. Los quiotas «quedaron más bloqueados incluso de lo que lo estaban antes por tierra y por mar, y se declaró una gran hambruna allí» (VIII, 56, 1).

Los oficiales espartanos en Rodas no podían ignorar la petición de Quíos una vez más, y estaban preparados para acudir a su rescate, a pesar de la existencia de otra petición de ayuda de gran urgencia. Una rebelión había estallado en Eubea, alentada por la captura beocia de Oropo, justo al otro lado del estrecho, y los rebeldes habían solicitado la ayuda de la flota peloponesia. Ninguna revuelta podía ser más amenazadora para los atenienses, a pesar de lo cual la armada peloponesia de Rodas ignoró la llamada de ayuda de Eubea y partió para Quíos en marzo. Durante su avance, vieron a la flota ateniense que se desplazaba desde Calce hacia el norte, pero los barcos de Atenas no estaban interesados en luchar en ese momento y continuaron hacia Samos. Sin embargo, incluso la simple visión de la flota ateniense en el horizonte bastó para enviar a los espartanos de vuelta a Mileto, «viendo que ya no era posible para ellos facilitar la ayuda a Quíos sin una batalla naval» (VIII, 60, 3).

LA IMPORTANCIA DE EUBEA

Las acciones de ambos lados en este asunto requieren una explicación. Los espartanos, después de haber varado sus barcos en Rodas durante todo el invierno por miedo a la flota ateniense, navegaban ahora al norte para dirigirse a Quíos. Sin embargo, al primer golpe de vista del enemigo, los espartanos buscaron refugio en puerto. Por otra parte, los atenienses habían ido a Calce específicamente para sorprender a los espartanos en el mar y forzarles a una batalla. Aun así, cuando la oportunidad se presentó, la dejaron pasar.

La explicación a este comportamiento está en la importancia de Eubea para cada bando. Eubea era vital para Atenas; cuando toda la isla entró en rebelión a finales de año «cundió el pánico entre los atenienses. Porque ni el desastre de Sicilia, aunque pareció grande en su tiempo, ni otro acontecimiento alguno les había aterrorizado antes así» (VIII, 96, 1). Debido a que Eubea «era de más valor para ellos que el Ática» (VIII, 96, 2), el primer impulso de los oficiales de la marina ateniense en el Egeo debió de haber sido navegar de inmediato hacia la isla para defenderla, incluso aunque esta acción dejara libre a la gran flota espartana en Rodas para promover nuevas rebeliones, rescatar Quíos, amenazar Samos y Lesbos, y avanzar hacia el Helesponto y la vital línea de suministro ateniense. En lugar de obrar así, navegaron hacia Samos, desde donde serían capaces de moverse con rapidez hacia Eubea o interceptar a la flota espartana. El motivo de que ellos no buscaran un enfrentamiento con los espartanos cuando avanzaban hacia el norte radica en el hecho de que su deseo era alcanzar Samos tan rápidamente como fuera posible, por si eran reclamados hacia Eubea de inmediato.

Por su parte, los espartanos, que habían sido informados acerca de Oropo y la rebelión de Eubea, confiaban en que los atenienses navegaran hacia allí de inmediato, dejando libre la ruta del norte y, por consiguiente, posibilitando la liberación de Quíos. Pero cuando vieron la flota ateniense de camino, abandonaron la idea de socorrer Quíos y decidieron no arriesgarse, regresando a su base principal en Mileto, ya que esa ruta había quedado libre para ellos.

Mientras tanto, los acontecimientos desarrollados en el Egeo habían hecho cambiar la valoración de la situación por parte de Tisafernes. Se había apartado de Esparta porque parecía ser la más fuerte de las dos potencias, y su estrategia había sido el desgaste de ambos bandos. El duro lenguaje de Licas también podía haber provocado que los atenienses aparecieran como una alternativa atractiva para el sátrapa, pero los acontecimientos del invierno habían probado que sus cálculos estaban equivocados: los atenienses, aunque menores en número, controlaban el mar de nuevo, y la flota espartana estaba claramente temerosa de luchar. Tisafernes ya no parecía preocupado por una victoria espartana, pero sí por lo que su desesperación podía llevarles a hacer. El dinero que los espartanos habían recogido en Rodas sería insuficiente para mantener a las tripulaciones de los barcos espartanos durante un mes, y mucho menos para los ochenta días que ya llevaban allí. Cuando sus fondos se agotaran, a Tisafernes le preocupaba que los espartanos «se vieran obligados a aceptar una batalla naval y perdieran, o que sus barcos se vaciaran por deserción y que los atenienses alcanzaran sus objetivos sin su ayuda; pero más allá de eso, lo que más temía era que devastaran el territorio en busca de sustento» (VIII, 57, 1). A él le interesaba que la flota espartana permaneciera bajo su control en Mileto, donde podían defender ese importante puerto estratégico de un ataque ateniense y donde él podía supervisar sus actividades.

UN NUEVO TRATADO CON PERSIA

Los espartanos estaban impacientes por llegar a una reconciliación. Las conversaciones persas con los atenienses habían aumentado alarmantemente, el dinero empezaba a escasear, y los acontecimientos del invierno demostraban que cualquier oportunidad que ellos hubieran tenido de batir a los atenienses en el mar dependía de una mayor asistencia de los persas. Los líderes espartanos, por consiguiente, negociaron un nuevo tratado con Tisafernes en Cauno durante el mes de febrero. Al igual que los acuerdos anteriores, contenía una cláusula de no-agresión y una referencia al apoyo financiero persa, así como un compromiso de continuar la guerra y hacer la paz en común, si bien las diferencias en esta versión más reciente eran cruciales. Iba a ser un tratado formal que requeriría la ratificación de ambos gobiernos. El rey Darío en persona sin duda se mostró muy complacido con la primera cláusula, que decía: «Todo el territorio del Rey que está en Asia pertenecerá al Rey, y acerca de su propio territorio el Rey puede decidir lo que él quiera» (VIII, 58, 2). A pesar de toda la magnificencia de esta afirmación, se abandonaba toda referencia a las tierras no asiáticas incluidas en acuerdos anteriores, una concesión a las quejas expuestas por Licas. No podía haber duda, sin embargo, acerca de la afirmación de Darío de su dominio indiscutido de Asia.

Uno de los elementos más importantes que distingue este acuerdo de los anteriores es su referencia al uso de los «barcos del rey» (VIII, 58, 5). En las versiones anteriores, se asumía que los espartanos y sus aliados serían los que lucharían, mientras que el Gran Rey tendría tan sólo obligaciones financieras. En el nuevo acuerdo, sin embargo, es la marina de Darío la que asume la carga de las expectativas para conseguir un éxito militar. Sus representantes ahora se mostraban de acuerdo sólo en mantener las fuerzas peloponesias hasta que llegaran los barcos del Gran Rey; tras lo cual esas fuerzas podían quedarse a sus propias expensas, o recibir dinero de Tisafernes, no como una concesión, sino como un préstamo que debería ser devuelto al final del conflicto, quedando claro que esa guerra iba a ser sufragada por ambas partes en común.

El saldo de los enfrentamientos en combate entre los barcos griegos y los persas era poco alentador para estos últimos, que, de hecho, nunca habían puesto en juego una flota propia. Sin embargo, cualesquiera que fueran sus capacidades, la firme promesa de un refuerzo como ése fue el factor más importante para persuadir a Licas, tanto como a otros lideres espartanos, de que diera su consentimiento a un acuerdo que no era sustancialmente mejor que aquel que él había denunciado con tanta vehemencia.

Incluso la renuncia persa a sus reclamaciones de territorios fuera de Asia podía considerarse de poca importancia práctica, ya que ese objetivo nunca fue perseguido seriamente. Sin embargo,

ahora los espartanos abandonaban formalmente a los griegos de Asia y su propio papel como liberadores; una concesión profundamente embarazosa en el nuevo tratado. Nunca hubieran aceptado semejante condición, a menos que el fracaso de las campañas emprendidas desde que había tenido lugar el desastre siciliano les hubiera convencido de que no podían ganar la guerra de ninguna otra manera.

LOS ESPARTANOS EN EL HELESPONTO

Aunque ninguna flota persa llegara a aparecer, el dinero persa reactivó la iniciativa espartana, y las noticias de la reconciliación parecieron ganar el apoyo de algunos griegos de Asia Menor. Convencidos de que los espartanos no podían retar a Atenas en el mar, iban a tomar el único camino viable: enviarían un ejército bajo el mando del general Dercílidas por tierra hacia el Helesponto. Su primer objetivo fue la colonia milesia de Abido, en el lado asiático, pero una vez alcanzados los estrechos, confiaban en provocar rebeliones en toda la región y amenazar con cortar el comercio y el suministro de alimento de Atenas. Por último, la presencia de un ejército peloponesio en el Helesponto forzaría a los atenienses a traer su flota al norte desde el Egeo, dejando al resto del Imperio abierto a la revuelta.

Dercílidas alcanzó el Helesponto en mayo del 411, y rápidamente incitó levantamientos en Abido y en la cercana Lámpsaco *(véase* mapa 24). El general ateniense Estrombíquides tomó veinticuatro barcos, algunos de los cuales eran transportes de hoplitas, y recuperó Lámpsaco pero fue incapaz de hacerse con Abido. En Sesto, en el lado europeo, estableció «una fortaleza y un puesto de vigilancia que dominaba todo el Helesponto» (VIII, 62, 3), aunque no pudo desalojar a los espartanos de su punto de apoyo en esa vital ruta marítima.

La nueva estrategia espartana pronto tuvo un efecto en el teatro de guerra del Egeo. Algún tiempo antes, los espartanos habían enviado a Leon, un oficial del ejército, para que reemplazara a Pedarito como gobernador de Quíos. Con doce barcos procedentes de Mileto se había unido a veinticuatro trirremes quiotas para formar una flota de treinta y seis embarcaciones. Frente a ella, los atenienses habían enviado treinta y dos barcos, pero algunos de ellos eran simples transportes de tropas, inútiles en una batalla naval. Aunque las fuerzas peloponesias se impusieron al principio, fueron incapaces de conseguir una victoria decisiva antes de que llegara la oscuridad. El bloqueo continuó, pero los peloponesios y sus aliados se habían demostrado por fin que podían hacer mucho más que mantenerse en una batalla naval.

Estrombíquides fue forzado entonces a llevar la mejor parte de la flota ateniense al Helesponto, dejando detrás tan sólo ocho barcos para vigilar el mar alrededor de Quíos. Esto dio a Astíoco el coraje para dirigir sus barcos, pasando cerca de Samos, hacia Quíos. Desde allí, con más de cien barcos de guerra —procedentes tanto de Quíos como de Mileto— se dirigió a Samos e invitó a los atenienses a luchar por el dominio del mar. Su renovado coraje se encontró con una aparente renuencia por parte del enemigo, ya que los atenienses rehusaron el enfrentamiento. Tucídides explica que no salieron contra Astíoco porque «sospechaban unos de otros» (VIII, 63, 2), refiriéndose a un conflicto interno que recientemente había estallado en Atenas, dividiendo a sus ciudadanos en facciones hostiles y poniendo la supervivencia de la ciudad en serio peligro. Repentinamente la situación se había invertido: Atenas había perdido el control del mar, así como la iniciativa en la guerra, y estaba desgarrada por un conflicto civil.

Capítulo 28

El movimiento revolucionario (411)

Desde el comienzo del conflicto en el 431, el pueblo ateniense había demostrado una notable unidad a lo largo de veinte años tanto de guerra abierta como de guerra fría. A pesar del terrible sufrimiento causado por la pérdida del libre uso de sus granjas y casas en el campo —por la necesidad de concentrarse en el centro urbano—, por la epidemia devastadora y, finalmente, por las espantosas pérdidas en Sicilia, Atenas había conseguido evitar golpes de Estado y enfrentamientos armados entre facciones, algo realmente asombroso si tenemos en cuenta que había transcurrido un siglo desde la expulsión de la tiranía de la ciudad. La sorprendente recuperación del control ateniense del mar tras el desastre siciliano podía haber augurado la reparación de los efectos de una campaña mal concebida y la reincorporación de ciudades perdidas para el Imperio, así como un aumento de la esperanza de conseguir la victoria en la guerra, pero la entrada de Persia en el conflicto oscureció esas perspectivas. En el año 411, las fuerzas hostiles a la democracia ateniense, durante largo tiempo dormidas, aprovecharon la inminente amenaza persa y de las ambiciones de Alcibíades para atacar al régimen.

Irónicamente, en el año 411 se celebraba el centenario de la liberación de Atenas de la tiranía, un hecho que sería seguido no mucho después por el establecimiento de la primera democracia del mundo. En aquel tiempo, Atenas se había desarrollado próspera y poderosa, y su gente había llegado a considerar la democracia como la constitución natural y normal de la ciudad. El modelo democrático todavía era raro entre las ciudades griegas, la mayoría de las cuales estaban gobernadas por pequeñas o grandes oligarquías. Los atenienses de clase alta aceptaban la democracia, y participaban en la lucha por el liderazgo, o se mantenían al margen, aunque casi todos los más destacados políticos atenienses hasta la Guerra del Peloponeso eran de origen noble.

LA TRADICIÓN ARISTOCRÁTICA

Sin embargo, algunos aristócratas nunca abandonaron su desprecio por el gobierno popular, un prejuicio que tenía hondas raíces en la tradición griega. En la épica de Homero, eran los nobles quienes tomaban las decisiones y daban órdenes, mientras los hombres del pueblo conocían su sitio y les obedecían. En el siglo VI, el poeta Teognis de Megara escribió con amargura como un aristócrata cuyo mundo había sido derribado por los cambios políticos y sociales, manteniendo sus ideas una gran influencia sobre los enemigos de la democracia hasta bien entrado el siglo IV. Teognis dividía la humanidad en dos mitades en función del nacimiento: el bueno y noble, y el malo y vil. Debido a que sólo el noble poseía criterio *nome)* y reverencia *(aidos),* sólo él era capaz de moderación, autocontrol y justicia. La masa del pueblo no poseía estas virtudes y era, por consiguiente, desvergonzada y arrogante. Además, las buenas cualidades no podían ser enseñadas: «Es más fácil engendrar y criar a un hombre que poner buen sentido en él. Nadie ha descubierto nunca la manera de hacer sabio a un loco o bueno a un mal hombre (...) Si algo así fuera posible, el hijo de un hombre bueno nunca sería malo, ya que él obedecería al buen consejo. Pero nunca conseguirás hacer al mal hombre bueno mediante la enseñanza» (Teognis, 429-438).

Las opiniones del poeta tebano Píndaro, que vivió pasada la mitad del siglo V, fueron también muy estimadas por los atenienses de clase alta. Su mensaje reflejaba el de Teognis: los nacidos nobles eran inherentemente superiores a la masa del pueblo, tanto intelectual como moralmente, y la diferencia no podía ser eliminada mediante la educación.

El esplendor que corre por la sangre tiene mucho peso
Un hombre puede aprender y, sin embargo,
ver oscuramente, inclinarse hacia un lado
y luego hacia el otro, caminar siempre
sobre pies inseguros, con su mente inacabada y
alimentada con los restos de mil virtudes.
(Nemeas, III, 40-42).

Sólo el sabio por nacimiento puede entender:

Hay muchas afiladas saetas
en la aljaba
debajo de mi codo.
Hablan para los que entienden;
la mayoría de los hombres necesitan intérpretes.
El sabio conoce muchas cosas en su sangre;
el vulgar es enseñado.
Ellos dirán cualquier cosa. Harán ruido corno
cuervos contra la sagrada ave de Zeus.
(Olímpicas, II, 83-88).

Para mentes educadas en ideas como éstas, la democracia era insensata hacia el mejor de los casos y podía, también, derivar en algo injusto e inmoral. La *Constitución de los atenienses* —un panfleto escrito hacia el 420 por un autor desconocido llamado a menudo «el viejo oligarca»[1]— revela el descontento que algunos sintieron en Atenas durante la guerra. «En cuanto a la Constitución de los atenienses, no los alabo por haberla elegido, porque al escogerla han dado lo mejor al pueblo vulgar *(poneroi)* más que a los buenos *(chrestoi).»* Ellos usan la suerte para cargos que son seguros y pagan un salario, pero dejan los oficios peligrosos de generales y oficiales de caballería a la elección de «los hombres mejor cualificados» *(Constitución de los atenienses* I ,1-3).

Lo que hombres como «el viejo oligarca» querían para su Estado era la *eunomía,* el nombre que los espartanos daban a su constitución y que Píndaro había aplicado a la oligarquía de Corinto. Bajo una constitución como ésa, los hombres mejores y mejor cualificados hacen las leyes, y los buenos castigan al malo; los buenos «no permitirán que los locos se sienten en el Consejo o hablen en la Asamblea. Pero como resultado de estas buenas medidas el pueblo, desde luego, caerá en la servidumbre» (I, 9). El autor está seguro de que las masas lucharán para preservar la democracia, «un gobierno malo» *(kakonomía),* porque es ventajoso para ellos, «y cualquiera que sin pertenecer al pueblo prefiera vivir en una ciudad bajo gobierno democrático a vivir en una gobernada por la oligarquía se ha preparado a sí mismo para ser inmoral, sabiendo bien que es más fácil para una mala persona pasar desapercibida en una ciudad bajo gobierno democrático que en una bajo gobierno oligárquico» (II, 19). Por consiguiente, no es sorprendente que hombres que suscribieron tales pensamientos consideraran el derribo de la democracia nada menos que como una obligación moral.

LA DEMOCRACIA Y LA GUERRA

Durante la Guerra del Peloponeso, las objeciones a la democracia se habían convertido en algo de orden tanto práctico como filosófico. El interminable conflicto, el sufrimiento y las privaciones, el fracaso de cada uno de los planes emprendidos para alcanzar una victoria definitiva, y, por encima

[1] Ésta es una obra completamente diferente del tratado de Aristóteles con el mismo título. (N. *del A.)*

de todo, el desastre ateniense en Sicilia, eran asuntos de los que fácilmente se podía culpar al régimen y a los hombres que lo dirigían. La falta de líderes políticos de origen noble, que fueran fuertes y respetados, como Cimón y Pericles, también contribuyó a socavar una de las barreras que actuaba como protección de la democracia frente a sus críticos. En el año 411, el vacío de liderazgo pareció haber incrementado el poder de las *hetairíai,* las asociaciones de ciudadanos, que tenían un papel muy importante en la política ateniense, especialmente entre los enemigos de la democracia. Sus miembros, y otros ciudadanos con propiedades, habían estado soportando cargas financieras sin precedentes en apoyo de la guerra. Los contribuyentes se habían reducido, sin embargo, durante su curso, cayendo desde quizá veinticinco mil varones adultos antes del conflicto hasta unos nueve mil, aproximadamente, bien entrada la guerra.

Hacia el año 411, muchos atenienses —y no sólo los oligarcas— habían empezado a considerar algún tipo de restricción de la práctica democrática, quizás incluso un cambio de régimen, en un intento por contribuir al esfuerzo de guerra. El iniciador de esta conspiración, sin embargo, fue el exiliado Alcibíades, que se movía motivado, como siempre, no por cuestiones ideológicas, sino por su propio interés. Él había comprendido sagazmente que la seguridad que le proporcionaba Tisafernes era transitoria, y sólo era una cuestión de tiempo que sus intereses divergieran. Dado que el regreso a la Esparta del rey Agis estaba fuera de cuestión, Alcibíades se preparó para usar su momentánea influencia con Tisafernes para obtener un regreso seguro a Atenas.

Su primer paso fue establecer comunicación con «los más importantes hombres entre [los atenienses]» —presumiblemente los generales, trierarcas y otras personas de influencia— en Samos, pidiéndoles que hablaran de él «a los mejores ciudadanos» (VIII, 47, 2). Ellos debían informar a los atenienses acerca del regreso de Alcibíades, así como de que traería con él el apoyo del sátrapa, siempre que aceptaran reemplazar la democracia por una oligarquía. El plan funcionó «porque los militares atenienses en Samos se dieron cuenta de que él tenía influencia con Tisafernes» (VIII, 47, 2), y empezaron las conversaciones con él a través de emisarios. En una importante afirmación, raramente subrayada, Tucídides pone la iniciativa de la conspiración oligárquica en manos de los líderes atenienses: «Pero incluso más que la influencia y las promesas de Alcibíades, por su propio acuerdo, los trierarcas y los hombres más destacados entre los atenienses que se encontraban en Samos estaban ávidos por destruir la democracia» (VIII, 47, 2).

En este caso, Tucídides debe necesariamente estar equivocado al atribuir tales motivos a todos los líderes atenienses que estaban en Samos, ya que el único trierarca cuyo nombre nos es conocido, Trasibulo, el hijo de Lico de Esteiria, nunca fue enemigo de la democracia. Desde el comienzo, cuando el pueblo samio conoció la existencia de un complot oligárquico para derrocar su democracia, llamaron a Trasibulo, entre otros, ya «que parecía estar siempre en contra de los conspiradores» (VIII, 73, 4). Trasibulo y sus colegas se unieron en la defensa de la democracia samia y aplastaron el levantamiento oligárquico. Obligaron a todos los militares a prestar juramento de lealtad a la democracia, y el ejército completamente democrático depuso a sus generales y eligió a otros, democráticos y de confianza, en su lugar, entre ellos Trasibulo. Pasó el resto de la guerra como un leal líder democrático, y después del conflicto fue el héroe que resistió y finalmente derrocó a la oligarquía de los Treinta Tiranos impuesta por Esparta, y restauró la democracia en Atenas. Si Tucídides está equivocado o mal informado sobre los motivos en este caso, puede estarlo igualmente para otros asuntos, por lo que no deberíamos aceptar simplemente sus opiniones sin que sean cuestionadas, sino examinar cada caso según sus propios méritos.

TRASIBULO Y LOS MODERADOS

Sorprendentemente, y a pesar de sus convicciones democráticas, Trasibulo fue uno de los que, en Samos, favoreció el regreso de Alcibíades al bando ateniense. Otros como él, sin embargo, podían también haber dado la bienvenida a la reincorporación del renegado sin que por ello fueran hostiles al régimen democrático. Desde el comienzo, los líderes de Samos se dividieron al menos en dos grupos. Uno fue el de Trasibulo, de quien Tucídides afirma: «Él siempre sostuvo la misma opinión,

la de que deberían volver a llamar a Alcibíades» (VIII, 81, 1). Esto significa, sin embargo, que a finales del 412 este demócrata de toda la vida estaba deseando aceptar limitaciones a la democracia, al menos temporalmente, ya que Alcibíades no podría ser rehabilitado mientras el gobierno vigente en ese momento en Atenas estuviera en el poder. Al principio, el propio Alcibíades habló abiertamente de su apoyo a la oligarquía, pero Trasibulo y otros verdaderos demócratas probablemente le obligaron a moderar lo que decía, ya que cuando se encontró con la delegación de Samos era evidente que había cambiado su manera de hablar, prometiendo acercar a Tisafernes a una alianza con Atenas «si los atenienses no estaban gobernados por una democracia» (VIII, 48, 1). El cambio sutil en el lenguaje fue, sin duda, una concesión a hombres como Trasibulo, que estaban dispuestos a alterar la Constitución, como habían hecho antes con el sistema del *probuloi,* pero no a cambiar a un régimen oligárquico.

Después de persuadir a las fuerzas atenienses con base en Samos para que concedieran inmunidad a Alcibíades en cuanto a los cargos que había sobre él y le nombraran general, el propio Trasibulo navegó hacia el campamento de Tisafernes con el objeto de recoger a Alcibíades, ya que como Tucídides explica: «Él trajo a Alcibíades de vuelta a Samos, convencido de que la única seguridad para Atenas radicaba en apartar a Tisafernes de los peloponesios y traerlo a su lado» (VIII, 81, 1). Trasibulo creía que, si la alianza persa con Esparta permanecía intacta, Atenas estaba perdida. Para ganar la guerra debía convencer a Persia, y sólo Alcibíades podía llevar a cabo esa tarea.

Las restricciones a la democracia que eran aceptables para Trasibulo pueden ser discernidas de aquellas propuestas que Alcibíades hizo en Samos a los atenienses en el verano del año 411, después de que los oligarcas más recalcitrantes hubieran rechazado al renegado como «inapropiado» para participar en una oligarquía. Fue en ese momento cuando propuso la disolución del Consejo de los Cuatrocientos, que se había hecho con el poder oligárquico por la fuerza, así como la restauración del viejo Consejo democrático de los Quinientos. También hizo una propuesta para que terminara la remuneración por servicios públicos, lo que efectivamente excluiría a los atenienses pobres del ejercicio de los cargos, y solicitó que se restaurara la Constitución de los Cinco Mil, que restringía la plena y activa ciudadanía a hombres de la clase hoplítica o superior.

En ese momento crucial, Trasibulo debía de haber estado deseando aceptar esas condiciones, aunque no el reducido gobierno de los Cuatrocientos. La categoría en que más cómodamente puede ser encajado es la tradicional designación de «moderado», un término que en el año 411 era indicio de un hombre que ponía la victoria como su más alta prioridad, incluso si ello significaba renunciar a ciertos compromisos de la democracia popular de Atenas.

LOS VERDADEROS OLIGARCAS

Sin embargo, otros que participaron en las conversaciones con Alcibíades eran verdaderos adversarios de cualquier tipo de democracia, y pretendían reemplazarla permanentemente por alguna forma de gobierno oligárquico. Dos miembros de esta conspiración eran Frínico y Pisandro, que habían sido demagogos previamente. Pocos años después de la guerra, un orador ateniense les acusaría de ayudar a establecer la oligarquía porque temían un castigo tras los muchos agravios que habían cometido contra el pueblo ateniense. Sin embargo, no podemos estar seguros de hasta qué punto las consideraciones personales arrastraron a estos poli-ticos democráticos populares a una conspiración oligárquica.

En cualquier caso, ellos no pretendían traer de vuelta a Alcibíades para ganar la guerra. Frínico se resistía totalmente a que volviera y «se mostraba, mucho más que los otros, el más proclive a la oligarquía.... Una vez que se puso a la tarea, se reveló a sí mismo como el más capaz» (VIII, 68, 3). Pisandro se revolvió rápidamente contra Alcibíades, convirtiéndose en un líder oligárquico de los más violentos y obcecados. Llegó a promover la moción para el establecimiento de la oligarquía de los Cuatrocientos, y mantuvo un papel destacado en el derrocamiento de regímenes democráticos a lo largo del Imperio y en la propia Atenas; tras la caída de la oligarquía, se pasó a los espartanos.

Cuando los «trierarcas y los hombres más importantes» en Samos enviaron representantes a Alcibíades, Pisandro y Trasibulo fueron probablemente miembros de la delegación. En su encuentro, Alcibíades les prometió llevar a Tisafernes y al Gran Rey hacia el lado ateniense «si ellos no mantenían la democracia, ya que al obrar así el Rey tendría una mayor confianza en ellos» (VIII, 48, 1). Alcibíades utilizó sus palabras con habilidad para satisfacer las dudas de los moderados: «No mantener la democracia» podía ser interpretado de una manera que sería aceptable tanto para moderados como para oligarcas, mientras que «reemplazar la democracia por una oligarquía» no hubiera tenido la misma acogida.

El siguiente paso para los líderes políticos era incluir a «los más adecuados» en un régimen político que funcionara, tras la prestación de un juramento. Este grupo probablemente incluía hoplitas que habían participado en la campaña de Mileto, pero la presencia de Trasibulo entre ellos indicaba que no se trataba meramente de una conspiración oligárquica. El nuevo grupo convocó a los atenienses que estaban en Samos «y abiertamente les dijo que el Gran Rey sería su amigo y les proporcionaría dinero si recibían de nuevo a Alcibíades y no se gobernaban por una democracia» (VIII, 48, 2). Si el hombre corriente no comprendió que la verdadera intención de algunos de aquellos hombres era establecer una oligarquía cerrada y permanente, tampoco lo hicieron algunas de las personas comprometidas en los cambios, tales como Trasibulo.

«La multitud —término que utiliza Tucídides para referirse a la asamblea de soldados y marineros—, molesta al principio por lo que había sido hecho, permaneció en silencio debido a las esperanzadoras perspectivas de recibir una paga del Rey» (VIII, 48, 3). Sin embargo, ésta es una injusta caracterización de los soldados y marineros atenienses. Al igual que en su explicación del entusiasmo popular por la campaña siciliana del año 415, Tucídides introduce la simple avaricia como el único motivo, aunque existían seguramente sentimientos y consideraciones mucho más complejos. En los años 412 y 411, la verdadera supervivencia de estos hombres, como la de sus familias y la de su ciudad, estaban en juego e incluso, más allá de eso, su comportamiento en los años siguientes demostró repetidamente su patriotismo y su devoción por la democracia ateniense.

FRÍNICO CONTRA ALCIBÍADES

Cuando llegó el momento de decidir formalmente el asunto, en una reunión de líderes, todos estaban ya dispuestos a aceptar a Alcibíades... todos excepto Frínico, que rechazaba la idea de que aquel o cualquier otro pudiera traer a los persas al lado ateniense, al tiempo que se oponía a la consideración de que el abandono de la democracia ayudaría a preservar el Imperio. Argumentaba contra la primacía de la confrontación entre las clases, y quería evitar a toda costa disputas internas sobre las formas constitucionales, declarándose a favor de la abrumadora importancia del amor a la independencia. Ninguno de los aliados, avisaba, «querría ser esclavizado ni por una oligarquía ni por una democracia, sino seguir siendo libres bajo cualquiera de estos sistemas» (VIII, 48, 5).

Más allá de estas consideraciones, Frínico insistió en que Alcibíades no podía ser considerado como un hombre de confianza. Las disposiciones constitucionales no significaban nada para él; todo lo que le preocupaba era un regreso seguro a Atenas. Su regreso a la ciudad provocaría una guerra civil y la ruina de Atenas, por lo que no debía ser aceptado. Incluso frente a tales argumentos, los líderes atenienses estaban tan completamente desesperados por encontrar alguna manera de cambiar la fortuna de su ciudad, que acabaron aceptando las propuestas de Alcibíades.

Frínico se encontraba ahora en un gran peligro, porque cuando las noticias de su oposición alcanzaran a su adversario, Alcibíades se tomaría su revancha. Desesperado, Frínico concibió un plan para evitar el regreso de Alcibíades y protegerse a sí mismo. Los estudiosos no han llegado a entender bien los complicados acontecimientos que siguieron, y dado que no hay certeza alguna acerca de ellos, lo que sigue es tan sólo un intento de reconstrucción. El comportamiento de Frínico a lo largo de este episodio puede entenderse mejor como la expresión de una fuerte y duradera enemistad; sólo desde esta perspectiva su decisión de hablar contra la rehabilitación de Alcibíades, incluso sin tener apoyos, adquiere consistencia. Cuando fracasó en persuadir a los atenienses

reunidos en Simios, escribió una carta al navarca espartano Astíoco en Mileto, sin tener en cuenta las consecuencias si era descubierto; en ella informaba del complot para traer de vuelta a Alcibíades, así como de la promesa del renegado de conseguir el apoyo de Tisafernes y de los persas para los atenienses. Desconociendo que Alcibíades no estaba ya en el campamento espartano, asumió que Astíoco lo arrestaría inmediatamente, poniendo así fin al complot. Aunque Astíoco ya no podía obrar así, tampoco podía ignorar el aviso y permitir que el complot triunfase.

Su solución fue la de llevar la carta a Tisafernes, en Magnesia, y exponerle el asunto del complot. El sátrapa debió de quedar estupefacto, ya que seguramente no había llegado a ningún tipo de acuerdo con Alcibíades. El traidor se encontró entonces en una situación muy comprometida: su alianza con el sátrapa corría serio peligro.

Enfurecido, Alcibíades escribió a Samos informando a sus amigos de la carta de Frínico y pidiendo que fuera ejecutado. Frínico, que había confiado en que Astíoco acabara con Alcibíades y con el complot de un solo golpe, y que no revelara el contenido de su carta, envió otra misiva al navarca espartano, indicándole cómo podía derrotar a los atenienses en Samos. Los estudiosos modernos encuentran difícil de creer que pudiera haber cometido la locura de enviar una segunda carta después de que Astíoco hubiera traicionado su confianza con la primera, pero las circunstancias en este último caso eran diferentes. Sin darse cuenta, la primera misiva había incluido una petición imposible de cumplir, ya que Alcibíades había partido y no podía ser arrestado. La segunda carta, sin embargo, ofrecía al navarca una oportunidad que no sólo era claramente posible, sino que prometía conducirle a una gran victoria; una que podía poner fin a la guerra de un solo golpe. Al parecer, Alcibíades no era el único político ateniense con grandes ambiciones personales y con notable capacidad de adaptación, preparado para traicionar a su ciudad con tal de asegurar su propia seguridad y promover su carrera.

No obstante, el siempre prudente Astíoco temía una trampa, y con la intención de abortar la conspiración que pretendía convencer a Persia para cambiar de bando, proporcionó la información de la segunda carta tanto a Alcibíades como a Tisafernes. Mientras tanto, llegó a conocimiento de Frínico que, una vez más, el contenido de su carta había sido revelado, y puso en marcha la trampa que Astíoco más podía temer, al avisar a los atenienses acerca de un inminente ataque, un ataque que él mismo había provocado. Cuando el propio Alcibíades envió, a continuación, una carta a los atenienses que estaban en Samos para avisarles de la traición de Frínico y para informarles también del planeado asalto, no fue creído, «pues era un hombre que no consideraban de confianza» (VIII, 51, 3). El ladino renegado ateniense había sido superado por un impostor más inteligente. En lugar de hacer daño a Frínico, la carta de Alcibíades confirmó la veracidad del aviso, de tal modo que todo el asunto reforzó su posición, al menos en ese momento, al tiempo que incrementaba la desconfianza hacia Alcibíades en la base ateniense. También consiguió provocar una brecha entre Tisafernes y Alcibíades, y destruyó cualquier oportunidad que tuviera de mantener sus promesas a los líderes atenienses de Samos. El fracaso de sus negociaciones con Tisafernes acabó con el interés de los conspiradores oligárquicos por Alcibíades, que decidieron concentrar sus esfuerzos en el establecimiento de un nuevo tratado entre Esparta y Persia. El primer intento para derrocar la democracia en Atenas había fracasado.

Capítulo 29

El golpe definitivo (411)

LA MISIÓN DE PISANDRO EN ATENAS

A finales de diciembre del 412 en Samos, los hombres que estaban planeando socavar la democracia ateniense enviaron a Pisandro a Atenas como jefe de una embajada. Los emisarios no sabían todavía nada de los complots que desacreditarían a Alcibíades, por lo que iban a continuar con su plan original de hablar de él y de sus promesas. Debido a que hombres moderados como Trasibulo todavía apoyaban los cambios propuestos y tenían un importante papel en el intento de cambio político que se estaba llevando a cabo, los verdaderos oligarcas incluidos en la conspiración necesitaban moderar su discurso para convencerlos.

El mensaje que los embajadores presentaron ante la Asamblea ateniense era el de que la supervivencia del Estado y su victoria dependían de la ayuda persa, que sólo Alcibíades podría obtener, por lo que debía ser rehabilitado; además, para que Persia diera su apoyo a la ciudad, la democracia debía ser restringida. Aseguraron a los atenienses que podían hacer lo que era necesario tan sólo «adoptando una forma diferente de gobierno democrático» (VIII, 53, 1). Su diplomático lenguaje, sin embargo, no podía prever la fuerte resistencia que encontrarían a las dos partes de la propuesta. Muchos protestaron contra cualquier cambio en la democracia, y el conjunto de los enemigos de Alcibíades se opuso a que se permitiera su regreso. La escena fue tumultuosa y alborotada, con gritos y silbidos interrumpiendo a los que hablaban. Ante esta multitud feroz y hostil, Pisandro reaccionó con una notable habilidad. Contaba con la ventaja de ser mirado como «un hombre del pueblo» debido a su historial anterior como político democrático radical, y, como tal, era más convincente que un político más conservador; una ventaja que explotó con una audaz estratagema retórica. Preguntó a los que le interrumpían si tenían alguna esperanza en la salvación de la ciudad mientras Esparta tuviera tantos barcos como Atenas, más aliados y dinero de Persia. Preguntó igualmente si ellos tenían cualquier otra perspectiva que no fuera la del regreso de Alcibíades, que traería la ayuda persa con él. Nadie respondió, y la ruidosa multitud guardó silencio. Pisandro, entonces, lanzó la inevitable conclusión para la cauta democracia ateniense: ellos debían cambiar la Constitución para traer de vuelta a Alcibíades y, con él, el apoyo persa.

Ambas demandas eran fraudulentas. Como ya hemos visto, Alcibíades no podía ya hacer efectiva la ayuda persa para Atenas, y no hay evidencia de que a los persas les preocupara qué tipo de Constitución estaba vigente en Atenas. Los oligarcas involucrados en la conspiración querían el cambio constitucional para su propio beneficio, y estaban deseosos de aceptar a Alcibíades como parte del trato. Algunos moderados querían poner límites específicos a la democracia, y otros hubieran preferido preservarla tal como estaba; todos ellos, sin embargo, creían que Alcibíades era la clave para obtener el apoyo persa, y debido a que su regreso requería un cambio en la Constitución, estaban dispuestos a pagar ese precio.

Pisandro eligió sus palabras cuidadosamente para que fueran bien recibidas no sólo por sus colegas moderados, sino por la numerosa audiencia democrática ante la que habló. Los atenienses no podrían conseguir sus objetivos, advirtió, «a menos que seamos gobernados más prudentemente y coloquemos los cargos, en gran parte, en las manos de unos pocos» (VIII, 53, 3). Este argumento implicaba que la democracia permanecería como estaba, excepto por una reducción de los que

podían acceder a los cargos públicos. Muchos podían aceptar esto como una concesión, pragmática y moderada, a la realidad; con su tesoro vacío, Atenas no podía permitirse pagar el mantenimiento de esos cargos públicos, así que ¿por qué no limitar esos cargos a aquellos que no necesitaban recibir una remuneración? Un período de crisis, argumentaba, no era tiempo para debates sobre formas constitucionales. En cualquier caso, les tranquilizó, si a ellos no les agradaba la nueva Constitución, siempre podrían volver a la anterior.

Aunque a la Asamblea no le agradó lo que había dicho Pisandro «sobre la oligarquía» (VIII, 54, 1), logró convencer a la mayoría de que no encontrarían la seguridad de ninguna otra forma, por lo que, sin miedo y en la creencia de que su acción sería fácilmente reversible, aceptaron sus argumentos. La Asamblea envió a Pisandro junto con otro diez emisarios a negociar con Alcibíades y Tisafernes «en la forma en que les pareciera mejor» (VIII, 54, 2).

Para facilitar las cosas, Pisandro eliminó el obstáculo potencial de Frínico, acusándole de traición por entregar Yaso y a Amorges. Técnicamente, la acusación era falsa, pero quedaba sobreentendido que venía a significar que Frínico había sido el responsable de eludir una batalla naval en Mileto, un hecho que ahora era considerado como un error de catastróficas proporciones. De esta acusación era ciertamente culpable, y los atenienses votaron destituirlo, tanto a él como a uno de sus colegas, Escirónides, del rango de general, y reemplazarlos por Diomedonte y León. De esa manera, Pisandro fue capaz de aprovecharse del resentimiento público para conseguir sus objetivos.

Antes de dejar Atenas, se presentó ante las *hetairíai,* la mayoría de las cuales eran oligárquicas, para «planear juntos el derribo de la democracia» (VIII, 54, 4). Ante tal audiencia, fue capaz de hablar franca y honestamente, urgiendo al establecimiento de una oligarquía sin tener que esconder sus palabras para acomodarse a las opiniones de sus socios moderados.

LA RUPTURA DE LOS OLIGARCAS CON ALCIBÍADES

Pisandro y los otros emisarios navegaron entonces a la corte de Tisafernes, donde encontraron a Alcibíades, sentado junto al sátrapa y hablando por él. Pero esta aparente posición de gran influencia era engañosa, ya que por entonces «la posición de Alcibíades en relación a Tisafernes no era muy firme» (VIII, 56, 2). Hasta este punto de su narración, Tucídides había retratado a Alcibíades como alguien verdaderamente respetado por el sátrapa y con gran influencia sobre él, por lo que cuando envió noticias a sus amigos de Samos de que podía procurar la ayuda persa, debió de haber creído que verdaderamente podía hacerlo así. Pero ahora, según nos dice Tucídides, Tisafernes había reanudado su proyecto de desgastar ambos bandos, y, como consecuencia, la relación de Alcibíades con él se había convertido en algo poco sólido.

La correspondencia entre Frínico y Astíoco había revelado que Alcibíades estaba trabajando a espaldas del sátrapa en su propio interés, y que estaba planeando en secreto su regreso a Atenas sin contemplar los intereses de Tisafernes. Esta revelación sin duda debilitó la confianza del sátrapa en su traicionero asesor, y también pudo haberle disuadido de prestar apoyo a Atenas, si es que realmente tuvo alguna vez la intención de hacerlo. Por el momento, regresaría a su política de neutralidad, una decisión que debió comunicar a Alcibíades antes de su entrevista con Pisandro y sus colegas, ya que el exiliado ateniense actuaba como su portavoz.

Por consiguiente, en la reunión, Alcibíades era plenamente consciente de que no podía cumplir su promesa y de que las demandas de Tisafernes serían consideradas inaceptables. Todo lo que podía hacer, por consiguiente, era mantener la apariencia de una continuada relación de privilegio con el sátrapa y presentar el inevitable fracaso de las negociaciones con los persas como fruto de la irracionalidad ateniense, más que de su propia incapacidad. Las discusiones se desarrollaron a lo largo de tres sesiones, con Tisafernes pidiendo la entrega de todas las ciudades de la costa oeste de Asia Menor, «las islas adyacentes y otros territorios» (VIII, 56, 4). Estos territorios habrían incluido lugares tan ricos e importantes como Rodas, Samos, Quíos y Lesbos, que los emisarios aceptaron entregar. Sin embargo, al final de la sesión, Alcibíades introdujo la demanda del sátrapa acerca de que los atenienses debían permitir «que el Rey construyera barcos y los hiciera navegar a lo largo

de sus propias costas por las rutas que deseara y en el número que considerara oportuno» (VIII, 56, 4).

En la práctica, los persas habían evitado enviar barcos de guerra al Egeo o al Helesponto desde que los griegos les hubieran derrotado en el año 479, ya que la seguridad de Atenas y de su Imperio dependían en gran medida del mantenimiento de las flotas persas fuera de estas aguas. En este momento, sin embargo, el sátrapa del Gran Rey insistía en la necesidad de volver al statu quo que existía antes de las Guerras Médicas. Ninguna Asamblea ateniense libre aceptaría jamás semejantes condiciones, y como era de prever Pisandro y sus colegas las rechazaron. Los airados emisarios atenienses creyeron que Alcibíades les había engañado, tomando partido por los objetivos de Tisafernes. Sin embargo, el renegado tuvo éxito en un aspecto: los atenienses no sospecharon que era incapaz de cumplir lo que había prometido, sino que pensaban más bien que, por razones particulares, había decidido no hacerlo. En consecuencia, el mito acerca del poder y la influencia de Alcibíades podía continuar floreciendo.

La conspiración para alterar la Constitución democrática de Atenas había llegado ahora a un momento crítico. La falta de voluntad o la incapacidad de Alcibíades de traer la ayuda persa a Atenas puso fin a cualquier atractivo que su plan tuviera originalmente para hombres moderados como Trasibulo. El siguiente contacto de éste con la conspiración fue en calidad de principal enemigo de la misma, aunque debió de llevarse a algunos miembros del grupo con él. A aquellos que permanecieron en el complot, nunca les había agradado Alcibíades, por lo que decidieron, a partir de entonces, «abandonarlo a su suerte, ya que él había rehusado unirse a ellos, además de que no era un hombre adecuado para participar en una oligarquía» (VIII, 63, 4). Con esta decisión, renunciaron a su esperanza de conseguir el apoyo persa, aunque estaban más decididos que nunca a destruir la democracia, ya que se sentían amenazados a causa de los pasos que ya habían dado en la consecución de sus objetivos.

DIVISIÓN ENTRE LOS CONSPIRADORES

Hasta ese momento, los miembros de la conspiración habían anunciado públicamente su intención de cambiar la Constitución. Hubiera sido más seguro renunciar al plan, amparándose en que Alcibíades había abierto falsas expectativas, o que se mostraba incapaz de cumplir sus promesas. Eso es precisamente lo que el trierarca Trasibulo y otros moderados hicieron cuando las negociaciones con Alcibíades y Tisafernes fracasaron.

De todos los que permanecían todavía comprometidos en la conspiración, algunos eran verdaderos oligarcas que deseaban una revolución en el gobierno para su propio beneficio. Otros, sin embargo, no eran tan radicales en sus opiniones, aunque podían estar defraudados por los errores cometidos por la democracia radical, y temer las equivocaciones que todavía podía llegar a cometer. Probablemente, también eran conscientes de la necesidad que el Estado tenía de economizar, lo cual era incompatible con un pago continuado por servicios y cargos públicos.

Ambos grupos, sin embargo, se encontraban en una situación un tanto precaria. No podían por más tiempo reivindicar lo que pretendían, debido al giro de la alianza persa. La defección de Trasibulo garantizaba que sus enemigos conocerían sus identidades, al tiempo que él les serviría como un líder informado e inteligente. Aquellos que mantuvieron su posición después de que la posibilidad de la ayuda persa se hubiera desvanecido, serían vistos como enemigos de la democracia y tiranos en potencia. Sin embargo, éstos decidieron mantener la conspiración en activo, sufragando los gastos con sus propios recursos monetarios o con cualquier cosa que fuera necesaria, y estaban dispuestos a no ceder ante Esparta.

La coalición contra la democracia ateniense debía ocultarse ahora y convertirse en conspiración secreta, al tiempo que definía tres objetivos como prioritarios para conseguir un éxito completo: hacerse con el control de la base naval de Samos; promover la revolución oligárquica a lo largo del Imperio e implantar la oligarquía en Atenas. Por consiguiente, se pusieron a trabajar para ganar el apoyo de los hoplitas y agricultores menos ligados a la democracia radical que los hombres que

remaban en los barcos, al tiempo que se comprometían con «los hombres importantes» de Samos para establecer allí una oligarquía.

Mientras tanto, Pisandro, con la mitad de la embajada que había negociado con Tisafernes, navegaba hacia Atenas, estableciendo oligarquías en el Imperio a medida que avanzaba. Los otros cinco enviados se dispersaron en el Egeo con el mismo objetivo, aunque se encontraron con algunos problemas en el proceso. El general Diítrefes, uno de los conspiradores, consiguió inicialmente derrocar la democracia e instituir un gobierno oligárquico en Tasos. Sin embargo, muy pronto, a pesar de la inminente instauración de una oligarquía en Atenas, los oligarcas tasios, reunidos con otros oligarcas en el exilio, fortificaron su isla contra un posible ataque ateniense, y pidieron ayuda a una flota liderada por el general corintio Timolao. Los oligarcas de Tasos no necesitaban por más tiempo una «aristocracia» impuesta, cuando podían tener «libertad» buscando la alianza con los espartanos.

Los acontecimientos que tenían lugar en Tasos corroboraban los argumentos de Frínico de que reemplazar democracias por oligarquías no reconciliaría necesariamente a Atenas con los Estados sometidos a su control. Tucídides nos hace ver que: «Cuando las ciudades dispusieron de un gobierno moderado y libertad para actuar como ellas quisieran, intentaron conseguir su absoluta libertad, sin cuidarse para nada de la engañosa *eunomía* de los atenienses» (VIII, 64, 5).

LA DEMOCRACIA DERRIBADA

A pesar de esta decepción, la misión de Pisandro parecía todavía prometedora. En Atenas, los jóvenes aristócratas extremistas, que él había reclutado, ya habían pasado a la acción y asesinado a un cierto número de destacados demócratas, entre ellos Androcles, el principal líder popular del momento, que fue eliminado no sólo porque era un demagogo, sino también para agradar a Alcibíades. Evidentemente, ellos no sabían nada de los cambios que se habían producido en la situación, o de los objetivos revisados de los líderes de la conspiración, ya que todavía estaban impulsando el programa defendido por los moderados, proponiendo públicamente el fin de la paga por servicio militar, así como la limitación de la ciudadanía activa a un número no superior a cinco mil, reservando la participación sólo para aquellos que pertenecieran a la clase hoplítica o a una superior.

Al mismo tiempo, estos jóvenes aristócratas estaban asesinando a otros destacados enemigos políticos, no siendo esta una trayectoria que favorecieran los moderados. Además de a Androcles, ellos «mataron a algunos otros que eran incómodos, del mismo modo, secretamente» (VIII, 65, 2). Estos asesinatos formaban parte de una política de terror para debilitar a la oposición y facilitar la destrucción de la democracia. La Asamblea popular y el Consejo todavía se reunían, pero los miembros de la conspiración controlaban ahora el orden del día y eran los únicos en hablar, ya que sus oponentes estaban aterrorizados y en silencio: «Si alguien hablaba en contra, era inmediatamente asesinado de forma conveniente» (VIII, 66, 2). Los responsables de esas acciones eran tolerados públicamente, sin quedar sujetos a investigación alguna, ni a arresto, cargos o juicios. Miembros de la facción democrática temían hablar francamente unos con otros, sin confiar en nadie, porque, incluso demagogos bien conocidos como Pisandro y Frínico se habían convertido en líderes oligárquicos.

Los conspiradores crearon así un clima de miedo gracias al cual podían ganar el control del Estado sin tener que recurrir a un descarado uso de la fuerza, protegidos por esa forma de legalidad, procedimiento adecuado y consentimiento. En una reunión de la Asamblea, propusieron el nombramiento de una comisión de treinta redactores *(syngrapheis),* incluyendo los diez *probuloi,* con plenos poderes, «para un día fijado», con el objeto de redactar propuestas «para el mejor gobierno del Estado» (VIII, 67, 1). Esto fue poco menos que una licencia para proponer una nueva Constitución, y la intimidada Asamblea la aprobó sin atreverse a Votar en contra.

Los comisionados hicieron su informe en el día señalado, no como era habitual en la colina de la Pnix en Atenas, sino a casi dos kilómetros fuera de la ciudad sobre una colina llamada Colono

Híppico. Quizá se llevó a cabo así para incrementar los temores de las clases bajas; mientras la presencia de una guardia armada de hoplitas podía parecer apropiada para proteger una reunión que tenía lugar fuera de las murallas de la ciudad, el mero acto de trasladarse a un lugar de reunión poco familiar habría sido un factor desconcertante para ellos. Los *syngrapheis* no ofrecieron propuestas para la seguridad o mejor gobierno del Estado, sino que presentaron una sola moción: «Permitir que cualquier ateniense presentara cualquier propuesta que deseara sin responsabilidad legal» (VIII, 67, 2). Esto significaba que la prohibición constitucional contra la presentación de propuestas ilegales, la *graphé paránomo,* quedaba suspendida.

En este contexto de intimidación y control de la reunión, una medida como ésa no tenía por objetivo el establecimiento de un permiso para garantizar la libertad de expresión, sino que suponía una protección legal para aquellos que planeaban la revolución. Bajo estas circunstancias, Pisandro habló solo, exponiendo el programa de los conspiradores. No iba a haber más pagos por servicios públicos o relativos a la guerra, con la excepción de los nueve arcontes y los prítanes, cada uno de los cuales recibiría medio dracma por día. Pero el elemento principal de su discurso fue el establecimiento de un Consejo de los Cuatrocientos, «para gobernar de la forma que estimaran más oportuna, con plenos poderes» (VIII, 67, 3). Este cuerpo político sería elegido de una forma complicada e indirecta. En una atmósfera tan amenazadora, había pocas dudas de que los candidatos de los conspiradores serían elegidos. Una lista de los Cinco Mil, integrada por hombres del censo de los hoplitas o de una condición superior, también iba a ser redactada, mientras los Cuatrocientos fueron dotados con poderes que les capacitaban para convocarlos siempre que lo estimaran oportuno.

La Asamblea aprobó estas medidas sin disentir en nada y procedió a disolverse; el golpe había triunfado. La democracia que había reinado durante casi un siglo sería reemplazada por un régimen que excluía de la vida política a las clases bajas, y colocaba la dirección de los asuntos públicos en manos de una reducida oligarquía.

Aunque la provisión hecha para los Cinco Mil era un fraude, para los atenienses del año 411 las propuestas hechas en conjunto eran, aparentemente, consecuentes con el programa de los moderados. Los pagos debían ser recortados con el objeto de ahorrar dinero para los gastos de la guerra; la democracia radical debía apartarse mientras durase de la guerra y ceder el paso a un régimen más restringido, pero moderado. El Consejo de los Cuatrocientos podía ser considerado, por consiguiente, como un gobierno temporal, en el poder sólo hasta que los Cinco Mil pudieran hacerse cargo de la situación.

Lo que todavía permanecía sin resolver era el asunto de Alcibíades y su promesa de traer la ayuda de Tisafernes y Persia. Aunque Pisandro sabía que ese proyecto ya no era factible, no está claro si los moderados que participaban en la conspiración conocían las fracasadas conversaciones con Tisafernes. Los moderados en Atenas continuaban apoyando el golpe, quizá porque no sabían nada de la nueva situación de Alcibíades, aunque incluso si hubieran llegado a conocerla, todavía podían tener motivos para continuar con el proyecto. Como los moderados de Samos, que habían permanecido ligados al plan incluso después de saber que el asunto de Alcibíades y Persia había fracasado, los moderados de Atenas podían haber persistido «porque ellos estaban ya en peligro» y, por lo tanto, era más seguro seguir hacia delante. Quizá, también, esperaban ahorrar dinero público para los gastos de la guerra, creyendo además que limitar el número de ciudadanos activos a las clases propietarias era el mejor camino para ayudar a Atenas a sobrevivir y ganar la guerra.

LOS LÍDERES OLIGÁRQUICOS

Los líderes del movimiento para derrocar la democracia eran Pisandro, Frínico, Antifonte y Terámenes. Los dos primeros, como la mayoría de los Cuatrocientos, eran meramente oportunistas que buscaban su propio beneficio, guiados por la ambición personal. Antifonte, sin embargo, era diferente. Si Frínico y Pisandro eran activos y muy destacados políticos, Antifonte trabajaba en la sombra. Parece haber sido el primer escritor de discursos profesional en Atenas, un personaje que

ganó la admiración de Tucídides como «el hombre más capaz de ayudar a cualquiera que contendiera en los tribunales y en la Asamblea». No era amigo de la democracia, sin embargo, y llegó a convertirse en «objeto de sospecha para las masas debido a su reputación de ser peligrosamente inteligente». Él fue quien «había concebido todo el asunto y había establecido la estrategia por la que se había llegado hasta este punto» (VIII, 68, 1). Existen motivos para creer que Antifonte sinceramente creía que lo mejor para Atenas era el derrocamiento de la democracia en favor de una verdadera y reducida oligarquía, y trabajó duramente para prepararla y hacer lo que fuera necesario para conseguir ese objetivo. Tucídides lo describe como un hombre «no inferior a nadie de su época en *areté* [excelencia], y el más diestro tanto en concebir como en expresar una idea en un discurso» (VIII, 68, 1).

Sin embargo, fue Terámenes quien tuvo el papel más significativo en el año 411. Era también el más controvertido de los cuatro, acusado por algunos de ser un enemigo oligárquico de la democracia, y llamado por sus adversarios «coturno», por el calzado de las tragedias que se ajustaba indistintamente a ambos pies, aunque toda su carrera nos lo presenta como un patriota y un verdadero moderado, sinceramente comprometido con una Constitución que garantizaba el poder a la clase hoplítica, bien bajo la forma de una democracia limitada, o bien como una oligarquía ampliamente apoyada.

Por razones particulares y originadas por diferentes filosofías y objetivos, estos cuatro hombres se propusieron «privar de su libertad a un pueblo que no sólo no había estado sometido a nadie, sino que durante la mitad de su tiempo como pueblo libre se había acostumbrado a gobernar sobre otros» (VIII, 68, 4).

Pisandro no fijó una fecha para que el nuevo régimen tomara el control de la situación, por lo que muchos atenienses esperaban que su advenimiento sería retrasado hasta que el año conciliar acabara, aproximadamente en el plazo de un mes. Pero los conspiradores se movieron rápidamente, y así el 9 de junio del año 411, sólo unos pocos días después de la reunión en Colono, toma- ron oficialmente el poder. Cuando los atenienses se dispersaron en sus puestos militares en los muros y en los campos de entrena- miento, los conspiradores entraron en acción, asistidos por cuatrocientos o quinientos hombres armados de Tenos, Andros, Caristo y Egina, que habían sido expresamente reclutados para el golpe.

Los Cuatrocientos, llevando dagas bajo sus mantos y apoya- dos por los ciento veinte jóvenes aristócratas que habían aterro- rizado Atenas, irrumpieron en la sede del Consejo. Pagaron a los miembros del Consejo democrático por el tiempo que les quedaba del ejercicio de su cargo, para a continuación ordenarles que salieran. Los consejeros tomaron su dinero y partieron sin protestar, y nadie más interfirió. Los Cuatrocientos eligieron por sorteo a los prítanes y a los magistrados que debían presidir las reuniones, así se había constituido el anterior Consejo, y llevaron a cabo las oraciones y sacrificios rituales propios de la toma de posesión del cargo. Hicieron todo lo posible por preservar un sentido de continuidad, normalidad y legalidad, pero pocos pudieron ser engañados. Por primera vez desde la expulsión de los tiranos pisistrátidas en el año 510, el Estado había sido sometido por medio de las amenazas y la fuerza.

Capítulo 30

Los Cuatrocientos en el poder (411)

Los hombres que iban a mostrarse más activos en la formación del gobierno de los Cuatrocientos no fueron los propios moderados, aunque, al necesitar apoyo de éstos, intentaron disfrazar sus objetivos con promesas de un futuro menos radical. Para alcanzar ese fin, los reunidos en la colina de Colono nombraron un cuerpo de secretarios que debían confeccionar la lista de los Cinco Mil, algo que nunca llegarían a completar, así como un comité encargado de redactar una constitución permanente para el futuro. Estas medidas perseguían persuadir a los moderados de que el gobierno de los Cuatrocientos era temporal, y de que daría paso a una nueva constitución de los Cinco Mil cuando la crisis hubiera pasado.

Los extremistas conservadores pretendían mantener a los Cuatrocientos en el control sólo durante el tiempo que fuera necesario, para finalmente establecer una oligarquía incluso con mayores restricciones, de modo que decidieron llevar a cabo una serie de acciones engañosas. En la primera de ellas, el comité constitucional alcanzó «un compromiso», con la propuesta de dos nuevas constituciones, una para uso inmediato y otra para más adelante. La constitución inmediata confería un estatus legal al Consejo de los Cuatrocientos con poderes «para actuar en la forma en que ellos creyeran conveniente» (Aristóteles, *Constitución de los atenienses,* 31, 2). Los atenienses estarían obligados a aceptar cualquier ley que ellos pudieran aprobar como parte de la Constitución, a suscribir que ninguna de esas leyes fuera cambiada, y a dar su consentimiento para que no fueran introducidas otras nuevas. Estas condiciones, en efecto, daban licencia a los Cuatrocientos para hacer lo que ellos desearan y para permanecer en el poder tanto tiempo como quisieran.

Para mantener la alianza con los moderados, los Cuatrocientos también presentaron un proyecto de constitución que, teóricamente, debía entrar en funcionamiento cuando la crisis provocada por la guerra estuviera superada. Estaba básicamente incompleta, ya que no decía nada acerca de los aspectos judiciales, pero preveía la formación de un Consejo sin remuneración, cuyos miembros procederían de los ciudadanos mayores de treinta años que estuvieran entre los Cinco Mil. Este Consejo estaría dividido en cuatro secciones, que servirían en turno rotativo y en nombre de esa institución durante un año. Los generales y otros oficiales de alto rango serían elegidos por el Consejo en funciones, por lo que sólo podrían servir un año de cada cuatro. Este acuerdo fue adoptado para evitar el ascenso de líderes populares. Sin embargo, su falta de sentido práctico no tenía demasiada importancia, como tampoco ninguno de los otros detalles particulares que se incluían en el documento, ya que los oligarcas no habían diseñado esta constitución para que fuera llevada a la práctica, como, de hecho, sucedió. Por el momento, los moderados estaban satisfechos con la perspectiva en el horizonte de una constitución moderada; los aspectos particulares podían ser negociados más adelante.

Ocho días después de alcanzar el poder, los Cuatrocientos establecieron formalmente el nuevo régimen. El comité nombrado para realizar el proyecto constitucional publicó sus dos nuevas constituciones, declarando que habían sido ratificadas por los Cinco Mil. Esta aseveración era patentemente falsa, teniendo en cuenta que la lista de los Cinco Mil no existía todavía en ese momento. La mayoría de los atenienses estaban demasiado asustados, confusos o carecían de la información necesaria como para hacer preguntas. Antes y después de este evento público, la mayoría creía que los Cinco Mil podían haber sido ya seleccionados. Los moderados que había entre los Cuatrocientos estaban mejor informados, aunque mantenían la calma, considerando que tales maniobras eran tan sólo una parte necesaria de la transición que ellos mismos deseaban. Su objetivo era conseguir la lealtad de la fuerza ateniense en Samos, para lo cual la fundación —

aparentemente legal— de un nuevo régimen, así como la promesa de un gobierno moderado más amplio en un próximo futuro, eran los pasos adecuados para conseguirlo.

La oligarquía surgió a raíz de una crisis en la guerra, pero su origen revolucionario fue la causa de otra crisis dentro del Estado, por lo que tuvo que hacer frente a graves retos desde el comienzo. El más inmediato fue el de conseguir la estabilidad en Atenas. Los Cuatrocientos tenían que convencer a las fuerzas atenienses de Samos y, de esa manera, poner a todo el pueblo ateniense bajo su gobierno. A continuación, deberían ser tomadas una serie de decisiones acerca de qué tipo de relación habría con el Imperio, y también sobre cómo obrar con respecto a la guerra. ¿Deberían continuar combatiendo? Y de ser así, ¿cuál debería ser la estrategia? Y si no continuaban la guerra, ¿qué condiciones de paz serían aceptables? En todo caso, ¿qué forma de gobierno debería adoptar el gobierno ateniense en el futuro? Significativamente divididos desde un principio, los Cuatrocientos se planteaban la respuesta a todas estas cuestiones.

Para dar una impresión de moderación, legalidad, y continuidad, eligieron a los presidentes del Consejo por sorteo, como en el régimen democrático. Con el fin de obtener un control inmediato de las fuerzas armadas en Atenas, se apresuraron a nombrar nuevos generales, un jefe de caballería, y diez altos cargos militares correspondientes a cada uno de los clanes tribales sin seguir el procedimiento requerido por su propia Constitución. De los generales cuyos nombres han llegado hasta nosotros, cuatro eran oligarcas extremos, y otros dos, uno de los cuales era Terámenes, eran moderados, probablemente una representación proporcional a la situación que existía en el seno de los Cuatrocientos. Los más extremistas querían hacer regresar a los hombres exiliados por el régimen democrático, la mayoría de los cuales eran implacables enemigos de la democracia. No obstante, una rehabilitación general de los exiliados hubiera incluido a Alcibíades, a quien ellos temían y del que desconfiaban. Por otro lado, excluir sólo a Alcibíades de esa amnistía hubiera ofendido a los moderados, que permanecían ligados a él, motivo por el cual decidieron no promover ese tipo de acción.

Desde el principio, el propósito ostensible del golpe había sido el posibilitar la victoria en la guerra, pero tan pronto como los Cuatrocientos estuvieron en el poder, buscaron la paz con Esparta. A pesar de las repetidas aseveraciones por parte de la nueva oligarquía de su intención de continuar con la lucha, resultaba evidente que la destrucción de la democracia era incompatible con la continuación de la guerra. La única esperanza ateniense de victoria descansaba en la fuerza de la flota, lo que significaba depender de la cooperación de las clases bajas y de sus líderes democráticos. Mientras la seguridad de la ciudad descansara en ellos, ningún asalto al gobierno popular quedaría sin respuesta por mucho tiempo. Por el contrario, incluso una paz temporal con Esparta dejaría muchos de los barcos en puerto y dispersaría a sus tripulaciones. En esas circunstancias, los oligarcas serían capaces de imponer un nuevo régimen por el terror, aunque también era necesario convencer a los hoplitas. Sólo entonces podrían abrir negociaciones para conseguir una paz permanente que dejaría a Atenas bajo un gobierno oligárquico.

Incluso ese camino no sería fácil, porque los moderados podían insistir en la continuación de la guerra o, como mínimo, exigir condiciones que los espartanos probablemente no aceptarían. La mayoría de los extremistas, en cambio, hubieran preferido tales medidas, pero estaban dispuestos incluso a conseguir la paz «bajo condiciones tolerables» (VIII, 90, 2), aunque ello significara renunciar a las murallas de Atenas, a su flota y a su independencia. Precisamente para prevenir una salida como la señalada, Terámenes pronto lideraría un movimiento que apartaría a los Cuatrocientos del poder. Él y los otros moderados estaban deseando discutir los términos de una paz que permitiera a Atenas mantener su independencia, su imperio y su poder, incluso admitiendo un nuevo statu quo, con la consiguiente pérdida de algunos Estados sometidos que se habían rebelado, pero nada más. A pesar de su voluntad de hacer concesiones más grandes, los extremistas pudieron llegar a un acuerdo con los moderados, al menos en la primera etapa de las negociaciones.

Por consiguiente, los Cuatrocientos enviaron una embajada al rey Agis a Decelia ofreciendo una paz en la que cada bando retendría los territorios que mantenía en ese momento. Agis la rechazó de inmediato: no habría paz a menos que «renunciaran a su imperio marítimo» (Aristóteles, *Constitución de los atenienses,* 32, 3). El rey espartano consideró la propuesta ateniense como una

señal de su debilidad, por lo que ordenó que un gran ejército del Peloponeso se reuniera con sus propias fuerzas junto a las murallas de Atenas. Pero los atenienses no estaban dispuestos a rendirse, y fuerzas armadas de cada grupo social —caballeros, hoplitas, soldados ligeros y arqueros— atacaron cuando el enemigo se aproximó a los muros, haciendo retroceder a los ejércitos espartanos.

La determinación de los atenienses demostró que la victoria no se alcanzaría fácilmente. Después de la batalla, los Cuatrocientos continuaron con su intento de establecer negociaciones de paz, ante lo cual, Agis, ahora más cauto, insistió en que los atenienses enviaran embajadas directamente a Esparta. Aunque por un lado no quería ser un obstáculo para la paz, por otra parte no quería discutir términos que en ese momento podían ser inaceptables para el gobierno espartano.

LA DEMOCRACIA EN SAMOS

Los Cuatrocientos dirigían ahora su atención a los graves problemas de Samos. Su plan original era hacer de la isla una oligarquía, pero esto se convirtió rápidamente en un problema. Pisandro persuadió a algunos políticos samios oportunistas de que formaran una conspiración de los Trescientos, que usaban tácticas de terror similares a las empleadas por los Cuatrocientos en Atenas. Este grupo se encargó de asesinar a Hipérbolo, que había vivido en la isla desde su ostracismo en el año 416, como una señal de buena fe de cara a los oligarcas atenienses, si bien una acción violenta de ese tipo no iba a ser tan efectiva en Samos como lo había sido en Atenas. Corno respuesta, los demócratas samios buscaron liderazgo entre los leales atenienses que más se habían destacado en la defensa de la democracia —los generales León y Diomedonte, el trierarca Trasibulo, y Trasilo, que sólo tenía la categoría de hoplita— «hombres que siempre parecían de los más opuestos a los conspiradores» (VIII, 73, 4).

La situación en Samos proporciona nuevas evidencias de que la conspiración original para alterar el gobierno ateniense fue una cuestión con matices desde el comienzo, y que implicó a varios elementos heterogéneos. Enfrentados a un desastre nacional, León y Diomedonte, que no eran oligarcas ni demócratas radicales, se vieron obligados a aceptar la idea de traer de vuelta a Alcibíades, lo que obligaba a alterar la constitución democrática en Atenas, a pesar del poco entusiasmo que este plan despertara en ellos. Sin embargo, como generales, no podían haber sido excluidos del círculo de los Cuatrocientos, que incluía a verdaderos oligarcas como Pisandro. Para un observador exterior, ellos podrían haber parecido parte de la oligarquía, lo que explicaría por qué los demócratas atenienses de Samos los despreciaron más adelante, considerándolos, junto con otros generales y trierarcas, hombres poco dignos de confianza.

Resulta más sorprendente, sin embargo, la confianza de los demócratas en el trierarca Trasibulo, un gran partidario de Alcibíades y uno de los autores originales del plan para buscar ayuda persa. Su selección como uno de los únicos cuatro líderes atenienses escogidos para salvar la democracia samia revela que aquellos que estaban implicados en este asunto sabían que, entre los Cuatrocientos, no todos estaban cortados por el mismo patrón, y que verdaderos amigos de la democracia caminaban entre ellos.

Cada uno de los atenienses escogidos partió para advertir del peligro a los soldados atenienses de confianza, especialmente a los miembros del barco emisario de Atenas *Páralos,* cuya tripulación era bien conocida por sus opiniones democráticas y su odio a la oligarquía. Por consiguiente, cuando los oligarcas samios lanzaron su golpe, los marineros atenienses, y especialmente la tripulación del *Páralos,* estaban preparados para detenerlos. Los victoriosos demócratas samios ejecutaron a treinta cabecillas del golpe y enviaron a otros tres al exilio, aunque declararon una amnistía para el resto. Esta conducta suponía un notable autocontrol para lo que era habitual en aquellos días, un esfuerzo que pronto fue recompensado. «A partir de ese momento, vivieron bajo una democracia como ciudadanos» (VIII, 73, 6).

Debido a que estos acontecimientos ocurrieron poco después del golpe en Atenas, los atenienses de Samos no sabían aún que la oligarquía se había instalado en la capital. Por consiguiente, cuando la *Páralos* llegó a Atenas para anunciar las grandes noticias sobre la victoria democrática en la isla,

su tripulación fue puesta de inmediato bajo arresto. Quereas, un celoso demócrata, fue el único que logró escapar, dirigiéndose de vuelta a Samos. Su relato de la situación en Atenas fue más allá de lo que ocurría en realidad: informó de que el pueblo estaba siendo castigado con el látigo, que no se permitía crítica alguna al gobierno, que se estaban cometiendo ultrajes contra mujeres y niños, e incluso que los oligarcas se proponían encarcelar y amenazaban con matar a los familiares de los atenienses de Samos que no simpatizaban con su causa; de acuerdo con Tucídides, «contó muchas otras mentiras también» (VIII, 74, 3). El discurso de Quereas soliviantó de tal modo a los soldados atenienses, que éstos tomaron a «los principales instigadores de la oligarquía», y a «aquellos de los otros que habían tomado parte en el golpe en Samos», con la intención de lapidarios, si bien los «hombres de opiniones moderadas» lograron que se calmaran (VIII, 75, 1). Los «principales promotores» serían hombres cercanos a Pisandro y Frínico, mientras «los otros que tomaron parte» incluían sin duda a demócratas moderados como León y Diomedonte, ya que en el calor del momento habían sido depuestos de sus generalatos. Entre los «hombres de opiniones moderadas» estaban ciertamente Trasibulo y Trasilo, ya que ambos tomaron el liderazgo en los acontecimientos que estaban teniendo lugar. También fueron decisivos en prevenir la violencia y en conseguir lo que se tradujo en una amnistía para aquellos que sólo habían tomado parte en la primera fase del levantamiento oligárquico, ya que éstos fueron incluidos en la lista de los que prestaron el nuevo juramento que debían aceptar los miembros de las fuerzas armadas samias y atenienses: «Ser gobernados en democracia y vivir en armonía, continuar la guerra contra los peloponesios vigorosamente, ser enemigos de los Cuatrocientos y no entrar en negociaciones con ellos» (VIII, 75, 2). De ahí en adelante, los atenienses de la isla y los samios permanecerían juntos, tanto en contra de los Cuatrocientos en Atenas como del enemigo peloponesio.

Los soldados atenienses en Samos eligieron a Trasibulo y a Trásilo, entre otros, para reemplazar a los generales depuestos en una acción que podía ser entendida como una declaración de soberanía, que reclamaba legitimidad para ellos en su oposición al gobierno oligárquico en Atenas. Los nuevos líderes alentaron a sus hombres anunciándoles que ellos, y no los oligarcas de Atenas, representaban a la mayoría (es decir, a la democracia), junto con la marina, la única que podía controlar el Imperio y sus rentas. Los oligarcas atenienses se habían levantado contra ellos, no ellos contra la ciudad. Desde Samos, podían tanto rechazar al enemigo como obligar a que los oligarcas restauraran la democracia en Atenas. En todo caso, ellos estarían seguros tanto tiempo como controlaran su gran flota.

Mientras tanto, en su base de Mileto, no lejos de Samos, los peloponesios estaban ocupados con sus propios problemas. Encabezados por los furiosos siracusanos, muchos soldados estaban hablando abiertamente contra sus líderes. Se quejaban de la inactividad y de las oportunidades perdidas, mientras los atenienses estaban en guerra entre ellos mismos. Culpaban al navarca Astíoco de eludir el combate y de confiar en Tisafernes. Estaban furiosos con el propio sátrapa por haberles prometido una flota fenicia que nunca se presentó, así como por el insuficiente e irregular pago de sus salarios, e incluso lo acusaban de estar intentando desgastar su fuerza mediante continuos retrasos. Bajo esta presión, Astíoco convocó un Consejo, que decidió buscar una gran batalla. Conociendo el ataque democrático sobre los oligarcas samios, confiaban en coger al enemigo en medio de una guerra civil.

Por consiguiente, a mediados de junio partieron hacia Samos con toda su flota, integrada por ciento doce barcos. Los atenienses de Samos disponían sólo de ochenta y dos barcos, si bien conocieron el avance de la expedición enemiga con tiempo suficiente como para ordenar a Estrombíquides, en ese momento en el Helesponto, que se apresurara a regresar a Samos para presentar batalla. Cuando los peloponesios llegaron, la flota ateniense se refugió en Samos para esperar el regreso de las fuerzas navales del Helesponto. Los peloponesios hicieron de Mícale su base, en la costa frente a Samos, y se prepararon para enfrentarse al enemigo al día siguiente. Sin embargo, cuando fueron conscientes de que Estrombíquides había llegado con sus barcos, lo que hacía ascender el total de la flota ateniense a ciento ocho, Astíoco decidió volver a Mileto. Los atenienses lo persiguieron, confiando en provocar una batalla decisiva, pero Astíoco rehusó salir del puerto. A pesar de sus dificultades internas, los atenienses restauraron el equilibrio de poder

volviendo al que había existido el invierno anterior: la flota ateniense, aunque con una ligera inferioridad numérica, controlaba de nuevo el mar.

FARNABAZO Y EL HELESPONTO

La retirada de Samos provocó la ira de los marineros y soldados peloponesios, que incrementaron la presión para que Astíoco se decidirá a emprender una acción efectiva, incluso cuando la falta de los pagos prometidos por Tisafernes amenazaba la capacidad del navarca para el sostenimiento de la flota. Por otra parte, Farnabazo, el sátrapa de la Anatolia septentrional, prometió apoyar a la flota peloponesia si Astíoco se trasladaba al Helesponto. Los ciudadanos de Bizancio, en el Bósforo, también deseaban que se dirigiera allí y les ayudara a rebelarse contra los atenienses. Sin embargo, Astíoco todavía no había cumplido las órdenes de Esparta de enviar una fuerza bajo el mando del general Clearco para ayudar a Farnabazo. Su política de permanecer en Jonia e intentar trabajar con Tisafernes había fracasado claramente, y él no podía retrasar su partida por más tiempo.

A finales de julio, Clearco partió hacia el Helesponto con cuarenta barcos. El miedo a la flota ateniense de Samos le obligó a navegar al oeste de la ruta más directa, lo que le llevó a mar abierto, donde encontró una de esas repentinas tormentas del Egeo tan sumamente peligrosas para los trirremes. Abandonó su objetivo y se deslizó a Mileto cuando el mar estuvo de nuevo en calma. Mientras tanto, diez barcos bajo el mando del más audaz —o más afortunado— general megareo, Helixo, alcanzó los estrechos, lo que propició la revuelta de Bizancio. Pronto Calcedonia, en el otro lado del Bósforo, Cícico y Selimbria se unieron al levantamiento.

Estos acontecimientos cambiaron radicalmente la situación, ya que las revueltas y la presencia de una flota espartana en los estrechos amenazaba el suministro ateniense de grano y, consecuentemente, su capacidad para continuar la guerra. La llegada de los peloponesios a la esfera de influencia de Farnabazo tenía un carácter muy significativo, si se tiene en cuenta que hasta ese momento los espartanos se habían visto obligados a aceptar la esporádica y poco fiable ayuda de Tisafernes, viéndose constantemente en jaque por sus planes. Con Farnabazo como aliado y pagador, podían esperar un éxito mayor, especialmente ahora que se habían apostado en medio de la vital ruta de suministros de Atenas.

ALCIBÍADES ES RECLAMADO

Los atenienses de Samos percibieron rápidamente el peligro que se derivaba de esta nueva alianza, y tomaron medidas para hacerle frente. Trasibulo, que nunca había dejado de recordar la necesidad del regreso de Alcibíades como un factor clave para ganar la guerra, obtuvo finalmente el apoyo de una mayoría de soldados para la promulgación de un decreto que permitía su regreso con una garantía de inmunidad. El propio Trasibulo navegó para acompañar a Alcibíades a Samos, «convencido de que la única salvación descansaba en atraer a Tisafernes desde el bando peloponesio al suyo» (VIII, 81, 1).

Las condiciones de la repatriación de Alcibíades no fueron, sin embargo, las que él hubiera deseado. No sólo se desconfiaba ampliamente de él, sino que, en algunas facciones, se le odiaba. Sin embargo, todavía no había regresado a Atenas; su destino era Samos, donde la inmunidad concedida le protegía por ahora, aunque no de un juicio en el futuro. A él le hubiera gustado aparecer en Atenas a la cabeza de una gran coalición de la que fuera la indisputable figura central. En lugar de eso, sólo una facción de demócratas moderados, bajo la insistencia de su líder Trasibulo, lo trajo de vuelta a Samos, a pesar de la oposición de una parte de la ciudad. Su éxito, por no decir su futuro, dependía en buena medida del mantenimiento de buenas relaciones con Trasibulo, quien, aunque no leal amigo, era un hombre poderoso de mente independiente y no el títere de nadie. Alcibíades se vio obligado a seguir su consejo cuando llegó a la base ateniense.

Nada más desembarcar en Samos, Alcibíades habló en la Asamblea, aunque sus palabras iban dirigidas también tanto a los líderes oligárquicos de Atenas como a los peloponesios. Tucídides asegura que sus intenciones eran ganarse el respeto del ejército en Samos y restaurar su confianza en ellos mismos, incrementar las sospechas de Tisafernes acerca de los peloponesios y, por ese camino, hacerles perder sus esperanzas de victoria, así como llevar el temor a su regreso a los corazones de aquellos que controlaban la oligarquía en Atenas. En lo más álgido de su discurso, recurrió de nuevo a la manipulación: aseguró que tenía una gran influencia con Tisafernes, y que el sátrapa estaba deseando ayudar a los atenienses. Tisafernes traería la flota fenicia, que había prometido a los peloponesios, para ayudar a los atenienses, aunque sólo si ellos daban el mando a Alcibíades, el hombre en el cual él confiaba, como garantía de su buena fe. Los soldados atenienses, deseosos de creer que la seguridad y la victoria estaban, por fin, al alcance de la mano, le eligieron general de inmediato «y pusieron en sus manos todos sus asuntos» (VIII, 82, 1).

La retórica de Alcibíades, de hecho, demostró haber tenido un éxito inesperado, ya que, en su entusiasmo, las fuerzas atenienses se mostraron dispuestas a navegar directamente al Pireo y atacar a los Cuatrocientos. Sin embargo, Alcibíades necesitaba tiempo para reunirse con Tisafernes, con el objeto de hacerle conocer que ya no sería por más tiempo un hombre sin patria que dependía del sátrapa para su seguridad y supervivencia, sino el recientemente elegido líder de las fuerzas atenienses en Samos y un hombre que debía ser tomado en consideración. Tucídides nos dice que él «estaba usando a los atenienses para impresionar a Tisafernes, y a Tisafernes para impresionar a los atenienses» (VIII, 82, 2), pero para obrar de esa manera necesitaba ponerse en contacto con el sátrapa antes de que los atenienses entraran en acción.

Mientras tanto, en Mileto, las relaciones entre los peloponesios y Tisafernes iban de mal en peor. Éste había utilizado la inactividad espartana como una excusa para retener parte de sus salarios, y en ese momento incluso los oficiales estaban expresando su descontento, tomando como blanco principalmente a su pasivo navarca Astíoco. Consideraban que estaba siendo demasiado indulgente con Tisafernes, y sospechaban que había aceptado sobornos del sátrapa. Los hombres de Turios y de Siracusa llevaron su descontento al extremo de reclamar sus pagas al propio Astíoco. Con la arrogancia típica de los espartanos que estaban al mando de fuerzas extranjeras, les contestó con aspereza, e incluso amenazó con su bastón de mando a Dorieo, el gran atleta que mandaba la fuerza de los turios. Éstos lo hubieran apedreado si el navarca no hubiera buscado la protección de un altar. Aprovechándose de la lucha interna de los peloponesios, los milesios se apoderaron del fuerte que el sátrapa había hecho construir en su ciudad y expulsaron a la guarnición, ganando así la aprobación de los aliados y de los siracusanos en particular. Fue en ese momento, en el mes de agosto, cuando el nuevo navarca, Míndaro, llegó para relevar a Astíoco.

Semejante desorden agradaría, sin duda, a Alcibíades, que se encontraba ahora con Tisafernes en Mileto. Poco tiempo después de que regresara a Samos, una embajada de los Cuatrocientos de Atenas llegó para intentar solucionar los inesperados acontecimientos que habían ocurrido en la isla. Al principio, los airados soldados les abuchearon cuando intentaron hablar ante la Asamblea, y llegaron a amenazar con matar a esos hombres que habían acabado con su democracia. Al cabo de un rato, sin embargo, se aplacaron, y los embajadores pudieron entregar su mensaje. El propósito de la revolución, explicaron, era salvar la ciudad, no traicionarla. El nuevo gobierno no sería una oligarquía permanente y reducida; los Cuatrocientos darían paso al final a los Cinco Mil. Las acusaciones de Quéreas eran falsas; en Atenas, las familias de los soldados estaban a salvo. Sin embargo, estas aseveraciones no calmaron a la audiencia, y la propuesta de atacar de inmediato el Pireo y a los oligarcas de Atenas ganó un fuerte apoyo. Tucídides observa que «nadie más podía haber calmado a la multitud en ese momento, excepto Alcibíades» (VIII, 86, 5). Aquí, como tan a menudo, Tucídides adscribe demasiada influencia al renegado ateniense (quien fue probablemente una fuente destacada para su historia), ya que Trasibulo también se ocupó de calmar a la multitud «con su presencia y sus gritos, ya que según se dice, tenía la voz más potente entre todos los atenienses» (Plutarco, *Alcibíades,* XXVI, 6).

Alcibíades contestó a los enviados insistiendo en la adopción del programa de Trasibulo y los moderados. «Él no se oponía al gobierno de los Cinco Mil, pero exigía que depusieran a los

Cuatrocientos y restauraran el consejo de los Quinientos» (VIII, 86, 6). Dio su aprobación a todas las medidas económicas que pudieran haber sido hechas para el suministro de las fuerzas armadas, y les alentó a no rendirse ante el enemigo, porque mientras la ciudad estuviera segura en manos atenienses, la esperanza de la reconciliación permanecería. La masa de los soldados y marineros, sin duda, hubiera preferido una restauración completa de la democracia, pero sus líderes todavía buscaban establecer el régimen moderado que ellos habían querido desde el comienzo, y los hombres accedieron a sus deseos.

Sin embargo, quizás el principal objetivo del discurso de Alcibíades era el gobierno que se había formado en Atenas. Sus palabras debían ser entendidas como un apoyo a la resolución de los moderados de resistir los excesos planeados por los extremistas, y quizá como una insinuación para que fueran ellos mismos quienes tomaran el control. Incluso más allá de eso, el fin de las palabras de Alcibíades era el de disuadir al gobierno de los Cuatrocientos de llegar a una paz con el enemigo, entregándoles la ciudad. El peligro de que un acontecimiento así pudiera suceder era real, ya que el ejército en Samos pronto recibió pruebas concluyentes de que los Cuatrocientos habían intentado, una vez más, negociar con los espartanos, aunque los emisarios nunca alcanzaron Esparta. Las tripulaciones de los barcos que los transportaban se rebelaron contra aquellos que consideraban «principales responsables de derribar la democracia» (VIII, 86, 9), entregándolos a los argivos que, a su vez, los enviaron a Samos.

Cuando el verano del año 411 llegó a su fin, los hombres que esperaban establecer una oligarquía permanente en Atenas no habían alcanzado ninguno de sus objetivos. Sus esfuerzos para hacer del Imperio un área más segura mediante la imposición de oligarquías, sólo habían incitado a nuevas rebeliones. En lugar de conseguir la instauración de una oligarquía amistosa en Samos, su intento de golpe hizo que los demócratas se rebelaran, y que incluso estuvieran a punto de enviar la flota hacia ellos para Atenas. Ellos habían alienado a Trasibulo, uno de los fundadores del movimiento, que se convirtió en un peligroso enemigo junto con su amigo Alcibíades, quien anteriormente había sido un importante factor en sus planes para alcanzar el éxito. Ambos hombres exigían ahora la disolución de los Cuatrocientos, y usarían su influencia para convencer a los moderados que estaban dentro de ese cuerpo político en Atenas. El intento de llevar a cabo una paz con Esparta había fracasado. Su única esperanza consistía en convencer a los espartanos de que los salvaran antes de que fuera demasiado tarde.

Capítulo 31

Los Cinco Mil (411)

A su regreso a Atenas desde Samos, los embajadores de la oligarquía transmitieron sólo una parte del mensaje de Alcibíades a los Cuatrocientos. Hablaron acerca de su insistencia en que los atenienses habían de resistir y no rendirse a los espartanos, así como de sus esperanzas de reconciliación y victoria, si bien suprimieron todo aquello que tenía que ver con su apoyo a los Cinco Mil, su oposición a que continuaran los Cuatrocientos en el gobierno y su llamamiento a que fuera restaurado el antiguo Consejo de los Quinientos. Aunque revelar tales exigencias hubiera profundizado las diferencias dentro del movimiento, incluso esta versión restringida alentó a los moderados, que «eran la mayoría de aquellos que tomaban parte en la oligarquía [y] que estaban descontentos incluso antes de estos hechos, de modo que verían con agrado librarse del asunto de cualquier modo si podían hacerlo sin peligro para ellos» (VIII, 89, 1).

DISIDENCIA DENTRO DE LOS CUATROCIENTOS

Estos disidentes fueron guiados por Terámenes y Aristócrates, hijo de Escelias. La conducta de Terámenes durante este período anunciaba lo que sería una audaz y activa carrera a favor de un régimen moderado para Atenas. Aristócrates era un destacado ateniense, un general lo bastante importante como para haber firmado la Paz de Nicias y la alianza con Esparta, así como para haber sido objeto de una broma en *Las aves* de Aristófanes en el año 414. Como Terámenes y Trasibulo, había apoyado la conspiración para limitar la democracia ateniense; sin embargo, poco después se enfrentaría a los Cuatrocientos; más tarde destacaría bajo la democracia restaurada como un aliado de Alcibíades.

En los debates que se produjeron entre los descontentos, Terámenes y Aristócrates anunciaron que temían no sólo a Alcibíades y a su ejército de Samos, sino también «a aquellos que habían estado enviando embajadas a Esparta, por si causaban daño a la ciudad sin consultar a la mayoría». En ese momento se cuidaban mucho de evitar el lenguaje de la contrarrevolución, por si ello provocaba el terror y una confrontación civil abierta, lo que expondría a la ciudad a una fácil conquista espartana. En lugar de eso, insistieron tan sólo en que los Cuatrocientos llevaran a cabo su promesa «de designar a los Cinco Mil de hecho, y no sólo nominalmente, y [de esa manera] establecer un régimen político con mayor igualdad» (VIII, 89, 2).

Aparte de por sus ambiciones personales, estos hombres estaban motivados por el miedo tanto como por el patriotismo. Cuando la situación se deterioró, podía esperarse que los extremistas actuaran contra los disidentes que había entre los Cuatrocientos, teniendo en cuenta que ya habían expresado su intención de eliminar a sus oponentes. Por otra parte, si los demócratas atenienses de Samos ganaban el control de la situación, no era probable que éstos mostraran compasión a los que habían promovido el surgimiento de los Cuatrocientos. Cada día que pasaba era más probable que los extremistas traicionaran a la ciudad pactando con Esparta para salvarse. Los moderados de Atenas, sin embargo, estaban determinados a preservar la independencia de la ciudad y a continuar la guerra hasta la victoria. Los acontecimientos posteriores demostrarían que sus compatriotas reconocieron su dedicación, y los nombrarían repetidamente para altos cargos militares. Todas estas consideraciones se combinaron para presionar a los moderados, incitándolos a actuar rápidamente.

EL COMPLOT OLIGÁRQUICO PARA TRAICIONAR A ATENAS

Aunque los embajadores habían evitado escrupulosamente dar el mensaje de Alcibíades con todo detalle, las noticias de Samos alarmaron de tal modo a los líderes extremistas que empezaron a construir un fuerte en el puerto del Pireo, en Eetionea, un promontorio que se extendía hacia el sur a través de la boca del puerto, dominando el tráfico de entrada y salida del mismo. De manera ostensible, la nueva construcción capacitaría a una pequeña fuerza para controlar el puerto contra ataques que procedieran del lado terrestre a cargo de enemigos internos. Lógicamente, Terámenes y los moderados percibieron de inmediato su peligro potencial. Su verdadero propósito, protestaron, era «el de que ellos (los extremistas) pudieran dejar entrar al enemigo, tanto por tierra como por mar, cuando lo desearan» (VIII, 90, 3). La noticia del regreso de Alcibíades también contribuyó a provocar el miedo de los extremistas, que «comprobaron cómo la mayoría de los ciudadanos y algunos de los de su propio grupo, a los que habían considerado como dignos de confianza, estaban cambiando de opinión» (VIII, 90, 1). Por supuesto, hubieran preferido permanecer independientes, establecer la oligarquía en Atenas y mantener el Imperio intacto. Si perdían el Imperio, intentarían preservar la independencia, pero no estaban dispuestos a aceptar una restauración democrática, incluso preferirían «aceptar la rendición ante el enemigo, abandonando barcos y murallas, y asumir cualquier condición en nombre de la ciudad, siempre que pudieran salvar sus propias vidas» (VIII, 91, 3). Por consiguiente, se apresuraron a terminar las nuevas fortificaciones en Eetionea y enviaron una docena de hombres, entre los que estaban Antifonte y Frínico, para buscar la paz con los espartanos «bajo condiciones que fueran, de alguna manera, tolerables» (VIII, 90, 2).

Tan sólo podemos conjeturar sobre los detalles de las negociaciones. Los atenienses probablemente solicitaron la paz basada en el statu quo anterior a las hostilidades, pero los espartanos la rechazaron. La embajada regresó de Esparta, por consiguiente, sin haber alcanzado un acuerdo general, aunque sí se había negociado una salida para los extremistas; Antifonte y sus colegas estaban decididos a traicionar a su ciudad a cambio de su propia seguridad.

Los trabajos en el fuerte de Eetionea continuaron, y Terámenes habló en su contra con sinceridad creciente, con vigor y coraje, aunque oponerse a los extremistas era una táctica muy arriesgada que podía acabar en la denuncia o el asesinato. Sin embargo, fue un crimen de una clase diferente el que, finalmente, ayudó a comenzar la contrarrevolución, ya que Frínico fue muerto en el Ágora, llena de gente, después de que hubiera salido de la cámara del Consejo. El asesino escapó, y un argivo que le acompañaba rehusó, incluso bajo tortura, revelar los nombres de cualquier otro conspirador. En esas circunstancias, llegó a Atenas la noticia de que una flota peloponesia, al parecer dispuesta a auxiliar a los eubeos en la rebelión, había recalado en Epidauro para lanzar una incursión sobre Egina. Ésa no era una parada en la ruta a Eubea, sino más bien hacia el Pireo. Terámenes, Aristócrates y otros moderados, tanto dentro como fuera del grupo de los Cuatrocientos, mantuvieron una reunión de emergencia. Terámenes había estado avisando, durante algún tiempo, de que el verdadero objetivo de la flota peloponesia no era Eubea, sino el puerto de Atenas y, ahora, exigía acción.

Aristócrates, que estaba al mando de un regimiento de hoplitas en el Pireo, arrestó de inmediato a Alexicles, «un general de la facción oligárquica, especialmente inclinado a las asociaciones con objetivos políticos» (VIII, 92, 4). Esta «eliminación» de un general extremista por orden de un moderado fue bien recibida por el ejército de los hoplitas, que representaba el núcleo de las fuerzas armadas, un colectivo que los extremistas tendrían que controlar si realmente confiaban en llevar adelante sus planes de entregar la ciudad a Esparta. Cuando las noticias del alzamiento en el Pireo llegaron a Atenas, los Cuatrocientos estaban reunidos en la cámara del Consejo, y los extremistas rápidamente se volvieron hacia Terámenes, obviamente el principal sospechoso. Sin embargo, él los sorprendió ofreciéndoles su ayuda para el rescate de Alexicles. Cogidos por sorpresa, no sabiendo con seguridad el papel que Terámenes había tenido en el asunto, y sin duda reacios a abrir una brecha en un momento tan crítico, aceptaron la oferta de Terámenes, permitiéndole incluso que le

acompañara otro general que simpatizaba con sus puntos de vista. La única contramedida que pudieron tomar fue la de hacer que el extremista Aristarco los acompañara como tercer general.

Con un ejército marchando desde Atenas al Pireo para hacer frente a otro ejército, la guerra civil parecía inevitable. Sin embargo, las fuerzas en el Pireo estaban bajo el mando de los moderados, y dos de los tres generales del grupo ateniense eran moderados también, por lo que el resultado fue menos una decisiva batalla que una representación cómica. Cuando Aristarco exigió que los hoplitas pusieran todo su esfuerzo en el combate, Terámenes simuló regañarles. La mayoría de ellos, sin embargo, le preguntaron si «él pensaba que la fortificación estaba siendo construida para algún buen propósito, o si sería mejor destruirla». Él contestó que si ellos pensaban que era mejor demolerla, estaba de acuerdo con ellos. Los hoplitas comenzaron de inmediato a derribar la fortificación, gritando que «todo el que quisiera que gobernaran los Cinco Mil en lugar de los Cuatrocientos, se pusiera manos a la obra» (VIII, 92, 10-11).

Esta instigación formaba parte, seguramente, del plan de los moderados, y aunque era dirigida «a la multitud» como una forma de alentarles a derribar la fortificación y desbaratar los esfuerzos de los extremistas por entregar la ciudad a los espartanos, también pretendía ser una garantía de que el nuevo régimen sería gobernado por la Constitución que ellos siempre habían querido. Los soldados que adoptaron y gritaron el eslogan anteriormente citado hubieran preferido probablemente un regreso directo a la plena democracia, pero, siguiendo las indicaciones de Terámenes y de sus colegas, por el momento podían estar satisfechos de derrocar la oligarquía de los Cuatrocientos y prevenir su traición.

Sin embargo, los líderes moderados que estaban dirigiendo este movimiento no querían conducirlo hacia una guerra civil, ya que su objetivo era provocar la renuncia de los extremistas sin obligarles a combatir. Al día siguiente, después de que su ejército acabara de arrasar las fortificaciones y una vez liberado Alexides, marcharon hacia Atenas, aunque se detuvieron en un campo de desfile, al que habían acudido delegados de los Cuatrocientos para reunirse con ellos. Estos representantes prometieron publicar la lista de los Cinco Mil y permitir que el Consejo de los Cuatrocientos fuera elegido por ese cuerpo, en cualquier forma que pudiera ser decidida. También urgieron a los soldados a que mantuvieran la calma y no pusieran en peligro al Estado y a todos los que formaban parte de él, convenciéndoles para que asistieran a una Asamblea en el teatro de Dioniso, fijando una fecha para discutir la restauración de la armonía.

Al menos en esta oferta, los extremistas no fueron sinceros, ya que ellos creían que «hacer a tantos hombres partícipes del gobierno era una plena democracia» (VIII, 92, 11). Su propósito era, más bien, ganar tiempo para que los espartanos tomaran la ciudad. Unos pocos días más tarde, llegaron noticias de que la flota espartana estaba navegando hacia Salamina con la intención de presentarse en las fortificaciones del Pireo, desconociendo que éstas ya habían sido destruidas. La expedición de los espartanos puede haber formado parte de un plan diseñado con los oligarcas atenienses para desembarcar en el Pireo: si encontraban Eetionea en manos amigas, podrían perfectamente tomar el puerto o bloquear su entrada para someter a los atenienses por hambre. Podían incluso tener la suerte de encontrar a los atenienses enfrascados en una guerra civil y al puerto sin defensa. Si, por el contrario, fuerzas hostiles estaban controlando Eetionea, siempre podrían pasar de largo y dirigirse a Eubea.

Sin embargo, debido a que la fortificación estaba ya en ruinas, la posición de los extremistas era muy difícil; ante la aproximación de la flota enemiga, los atenienses se apresuraron para defender el puerto. El oficial espartano Agesándridas y sus cuarenta y dos barcos pasaron de largo, dirigiéndose al sur hacia Sunio, en la ruta a Eubea. Gracias a los esfuerzos de los moderados y del pueblo, Atenas se había salvado.

LA AMENAZA A EUBEA

A causa de que Eubea «lo era todo» (VII, 95, 2) para la gente encerrada en la ciudad de Atenas, en el Pireo y en el espacio amurallado entre los dos lugares, los atenienses se apresuraron a proteger la

mal defendida isla con una improvisada flota bajo el mando de Timócares, un general moderado. A unos once kilómetros de distancia, en el estrecho, a la altura de Oropo, la flota de Agesándridas excedía en número a la ateniense a razón de cuarenta y dos barcos contra treinta y seis, contando con la ventaja añadida de tener tripulaciones más experimentadas y con mejor preparación, con un plan de batalla ya ensayado, con el factor sorpresa, y también con la colaboración de los eretrieos. Parte de su estrategia consistía en privar a los atenienses de un lugar de suministro cuando desembarcaran, forzándoles a tener que dispersarse para buscar alimento en el interior de la isla. Cuando los atenienses se dispersaron, los eretrieos hicieron una señal y Agesándridas atacó. Los atenienses fueron obligados a correr hacia sus embarcaciones y a hacerse de inmediato a la mar, sin tener tiempo de ponerse en formación, motivo por el cual pronto fueron empujados de nuevo hacia la costa. Los eubeos mataron a muchos de los que intentaron huir, si bien algunos consiguieron ponerse a salvo en Calcis, y otros en un fuerte ateniense en la isla. Finalmente, perdieron veintidós barcos con sus tripulaciones, y los peloponesios levantaron un trofeo de la victoria. Con la excepción de Hestiea, en el límite septentrional de Eubea, toda la isla se unió a la rebelión.

El pánico entre los atenienses tras conocer la derrota fue mayor que el que se había producido después del desastre de Sicilia. Contaban con poco dinero y pocos barcos, y estaban privados del acceso a toda el Ática fuera de los muros de la ciudad, incluyendo ahora también Eubea, que había estado sirviendo como sustitutivo del territorio ocupado por el enemigo. La ciudad estaba desgarrada por las disensiones y amenazada por la traición. En cualquier momento podía surgir una guerra civil, o producirse el ataque de la flota ateniense de Samos. El mayor miedo de la multitud era que los peloponesios regresaran y atacaran el Pireo, que no estaba defendido por una flota adecuada. Tucídides creía que los espartanos podían o haber bloqueado o haber puesto asedio al puerto, provocando que la flota de Samos viniera al rescate de sus familiares y de su ciudad, y por consiguiente, perdiendo todo el Imperio desde el Helesponto hasta Eubea. Pero los espartanos, como nos cuenta el historiador griego, eran «los más convenientes de todos los pueblos para luchar con los atenienses» (VIII, 96, 5), como demostraron en esta ocasión y en muchas otras cuando desaprovechaban una nueva oportunidad.

Sin embargo, los acontecimientos subsiguientes sugieren que los peloponesios podían no haber salido victoriosos si hubieran actuado más audazmente. En el interior de Atenas, la amenaza de un ataque espartano no condujo a una guerra civil, sino más bien al derrocamiento de los Cuatrocientos y a la unificación del Estado bajo las directrices de los moderados, una consecuencia que un ataque espartano sólo habría acelerado. Fuera de Atenas, un bloqueo espartano o el asedio del Pireo seguramente habría provocado un ataque por parte de la flota ateniense destacada en Samos, que fácilmente hubiera destruido la fuerza de Agesándridas, mucho menor, y evitado defecciones en el Imperio. El resultado hubiera sido la reunificación de la flota ateniense bajo el control de moderados como Trasibulo, así corno una Atenas dirigida por moderados como Terámenes y Aristócrates. Una Atenas de nuevo unificada podía entonces tener interés en buscar a la flota peloponesia con excelentes perspectivas de victoria y de recuperación de territorios perdidos. Esparta tenía buenas razones, por consiguiente, para no arriesgarse en un ataque al puerto ateniense.

LA CAÍDA DE LOS CUATROCIENTOS

Los atenienses, desde luego, no sabían a qué atenerse, por lo que dispusieron lo necesario para su defensa. Después de completar la tripulación de veinte barcos para proteger el puerto lo mejor que pudieron, se reunieron en la colina Pnix, el lugar de encuentro habitual de la Asamblea bajo la democracia, para enviar un claro mensaje acerca de que el gobierno que existía hasta ese momento había dejado de actuar. Depusieron formalmente a los Cuatrocientos, y «cedieron todos los asuntos a los Cinco Mil» (VIII, 97, 1), prohibiendo cualquier tipo de pago por ejercer un cargo público.

Esto era, en efecto, una ratificación del programa moderado y, debido a que el grueso de la flota, tripulada por muchos miembros de las clases bajas, estaba en Samos, debió de ser una medida particularmente gratificante para la Asamblea, en gran parte hoplítica, que votó esa disposición.

Mientras algunos de ellos hubieran favorecido una Constitución así por sí misma, otros la hubieran apoyado sólo como un paso hacia la restauración de la plena democracia. La vigilancia y el coraje de los líderes moderados habían salvado a la ciudad de la traición y de la guerra civil, y habían detenido su avance hacia la oligarquía. Por sus acciones durante la crisis, Terámenes y Aristócrates, quizá más que el sofisticado Alcibíades —en Samos en ese momento—, merecen el reconocimiento de que precisamente ellos, «más que ningún otro, fueron útiles al Estado» (VIII, 86, 4).

LA CONSTITUCIÓN DE LOS CINCO MIL

En el nuevo régimen, los derechos de voto en la Asamblea, de servir como jurado, y de ocupar un cargo público fueron restringidos a hombres del censo hoplítico o superior. La sede del poder se había trasladado del Consejo de los Cuatrocientos a la Asamblea, pero ¿cuán grande era, en la práctica, esa Asamblea? El número de cinco mil era verdaderamente más simbólico que real, ya que incluía a todos los hombres que pudieran proveerse a sí mismos con el equipo de hoplita o servir en la caballería. En septiembre del año 411, ese número puede haber sido aproximadamente de unos diez mil.

Hubo también un Consejo que al parecer tuvo quinientos miembros, probablemente elegidos, no sorteados, con un poder y facultades mayores que las del anterior Consejo democrático. En otros aspectos, la Constitución parece haber sido la misma que la de la anterior democracia. El sistema judicial aparentemente funcionaba por el método tradicional, aunque se excluía a las clases bajas de la participación en los jurados. En general, y más allá de estas restricciones, el gobierno de los Cinco Mil parece haber funcionado mucho mejor que su predecesor democrático.

Al final, los Cinco Mil estuvieron menos de diez meses en el poder antes de dar paso pacíficamente a la vuelta de la plena democracia, cuando «el pueblo rápidamente les quitó el gobierno del Estado» (Aristóteles, *Constitución de los atenienses,* 34, 1). A pesar de su breve duración, Tucídides describe la constitución de los Cinco Mil como «un equilibrio moderado entre la minoría y la mayoría» (VIII, 97, 2), y juzga que fue el mejor gobierno que tuvo Atenas en toda su historia. Aristóteles señala que los atenienses «parecen haber estado bien gobernados en ese período, porque una guerra estaba en marcha, y el Estado estaba en manos de los que llevan armas» (Aristóteles, *Constitución de los atenienses,* 33, 2).

Sin embargo, la principal debilidad de la nueva Constitución era que, al negar al grueso de la flota sus correspondientes derechos civiles durante una guerra que era predominantemente naval, estaba destinada a tener que hacer frente a un desafío importante. Para triunfar, los moderados, nuevamente en el poder, tendrían que unirse a los hoplitas y a los soldados de caballería de la ciudad, pero también a la flota ateniense en Samos, hasta cierto punto el factor más importante; sin embargo, una vez lo hubieron hecho, era sólo una cuestión de tiempo que los hombres que manejaban los remos de los barcos insistieran en la restauración de sus plenos derechos políticos. Los moderados, por consiguiente, se enfrentaban a un dilema, ya que su futuro y el de su ciudad dependían de conseguir una unión que inevitablemente llevaría a sustituir la Constitución que ellos defendían.

LOS CINCO MIL EN ACCIÓN

Como un primer paso para la reconciliación, los Cinco Mil votaron el regreso de Alcibíades y del grupo de exiliados que le acompañaban. Terámenes y los otros moderados habían estado siempre deseosos *de* hacer regresar a Alcibíades a Atenas, y aprovecharse de lo que ellos creían que era su incomparable talento militar y diplomático. Al igual que casi había traído la ruina al Estado como su enemigo, ahora podía salvarlo, al ser rehabilitado. Las subsiguientes acciones de Alcibíades tras la emisión del decreto que permitía su regreso, sugieren que éste no garantizaba una completa exculpación o perdón. Desde el momento en que confirmaba el nombramiento que la flota había

hecho otorgándole el grado de general, tanto la condición de proscrito como la amenaza de castigo que iba aparejada debían sobreentenderse como completamente abolidas. Sin embargo, es posible que le dejara en la misma situación que en el otoño del año 415, después de que fuera acusado, pero antes de que tuviera lugar cualquier juicio: tendría que regresar a Atenas para obtener una completa rehabilitación. Aunque sus principales enemigos estaban ahora muertos o apartados del poder, y sus amigos estaban en el gobierno, él prefirió no regresar a Atenas de inmediato para recibir la bienvenida de una multitud agradecida, como un hombre completamente absuelto de todos los cargos que pesaban sobre él y libre de todo peligro; en lugar de eso, esperó casi cuatro años hasta el verano del año 407. Como Plutarco explica, «él pensaba que no debería volver con las manos vacías y sin éxitos, gracias a la compasión y a la merced de la multitud, sino lleno de gloria» *(Alcibíades,* XXVII, 1). Lo más probable, sin embargo, es que retrasara su reaparición por miedo a la persecución.

El nuevo régimen no tenía asegurada, de ninguna manera, su posición. Aunque algunos oligarcas extremos huyeron de la ciudad de inmediato, la situación todavía estaba tan incierta que muchos de ellos se sintieron lo bastante seguros como para permanecer en ella, e incluso podrían haber esperado volver a ganar el poder. Los moderados tenían que proceder con cautela porque, a pesar de su destacado papel en desalojar del poder a los Cuatrocientos, muchos de ellos habían sido miembros de ese cuerpo político. Necesitaban no sólo guardarse contra los intentos de los extremistas por restaurar la oligarquía o traicionar al Estado, sino también conseguir que la opinión pública no les vinculara con aquellos extremistas que habían sido sus colegas en los Cuatrocientos. Sin embargo, una de sus primeras acciones oficiales fue realmente extraña. La Asamblea votó un decreto contra el cadáver de Frínico, ordenando que fuera acusado de traición. Cuando posteriormente fue condenado, sus huesos fueron exhumados y llevados más allá de las fronteras del Ática, su casa destruida, sus propiedades confiscadas, y el veredicto y las sanciones inscritas en una estela de bronce. Aparentemente, el decreto fue un intento de escudriñar el sentimiento público, atacando a un hombre que tenía muchos enemigos y que estaba convenientemente muerto. Incluso así, tanto Aristarco como Alexicles hablaron en nombre de Frínico, una acción que sugiere que se sentían lo suficientemente seguros como para defender a su antiguo socio.

La prueba fue un éxito, y los moderados actuaron entonces contra los extremistas que seguían vivos. Por lo visto, Pisandro escapó antes de que sentencia alguna pudiera ser impuesta, pero un pleito fue interpuesto contra tres destacados oligarcas, Arqueeptolemo, Onomacles y Antifonte, que fueron acusados de traición por negociar con los espartanos «en detrimento del Estado» (Plutarco, *Moralia,* 833). Onomacles al parecer consiguió huir, pero Arqueeptolemo y Antifonte se quedaron para defenderse ellos mismos, ya que Polistrato, un miembro de los Cuatrocientos, ya había sido liberado con sólo una multa, y muchos otros fueron absueltos. Sin embargo, estos dos oligarcas fueron sentenciados a muerte y ejecutados con los mismos deshonores que fueron impuestos a Frínico. Sus condenas y castigos iban a ser inscritos en unas estelas de bronce que serían erigidas cerca de las que llevaban los decretos que hacían referencia a Frínico, mientras que lápidas de piedra iban a ser colocadas en los lugares que habían ocupado sus casas con la leyenda «Tierra de Arqueeptolemo y Antifonte, los dos traidores» (Plutarco, *Moralia,* 834).

El destino de ambos sin duda convenció a los extremistas que quedaban para que huyeran, poniendo así fin a cualquier amenaza de traición. Probablemente, su condena ganó un mayor apoyo del pueblo para los moderados y reforzó su confianza en ellos. Timócares retuvo su mando naval, y Terámenes se sintió lo suficientemente seguro como para navegar hacia el Helesponto, donde se unió a Trasibulo y Alcibíades. Los moderados podían ahora centrar su atención en la tarea de cómo ganar la guerra.

Capítulo 32

Guerra en el Helesponto (411-410)

El nuevo régimen ateniense pronto tuvo que hacer frente a un peligroso desafio por parte del enemigo exterior cuando una pequeña flota peloponesia se presentó en la estratégica ciudad de Bizancio, en el Bósforo, provocando rebeliones tanto allí como en las ciudades cercanas, y amenazando el suministro de grano y la supervivencia de Atenas. Farnabazo, sátrapa del Asia Menor septentrional, urgió a los espartanos a enviar una flota mayor de inmediato con objeto de aprovechar la ocasión, pero Míndaro no actuó con la suficiente rapidez.

LA FLOTA FANTASMA FENICIA

Esparta permanecía ligada a su tratado con Persia, por el cual estaba obligada a cooperar con Tisafernes en la región de Jonia. Aunque el sátrapa continuaba con su política de pagos esporádicos e insuficientes, había prometido traer la flota fenicia al mar Egeo, donde, si se unía a la flota peloponesia, la fuerza combinada de ambas podría hacer posible que los espartanos ganaran la guerra en el mar. Por todo ello, parecía lógico ser paciente con Tisafernes, a pesar del repetido incumplimiento de sus promesas. De hecho, la flota fenicia, compuesta por 147 barcos, había avanzado hasta Aspendo, en la costa meridional de Asia Menor, aunque no más allá de ese punto, ya que el sátrapa continuaba con la idea de hacer que los griegos de ambos bandos se desgastaran.

Míndaro esperó en Mileto durante más de un mes antes de ser informado de que Tisafernes estaba engañando a los espartanos, y de que los barcos fenicios estaban en ese momento regresando a sus bases. Esto acabó con todas sus expectativas de ayuda, por lo que decidió liberar a los espartanos de las obligaciones que les imponía el tratado y les permitió unirse a Farnabazo en el Helesponto. Para alcanzar ese objetivo, el navarca tenía que atravesar con sus setenta y tres barcos la zona en que setenta y cinco trirremes atenienses vigilaban el mar desde su base de Samos. Desde luego, Míndaro prefería presentar batalla en las cerradas aguas del Helesponto, donde siempre estaría cerca de tierra, y donde podría contar con el apoyo del ejército persa. En Samos, el mando había sido dejado en manos del inexperto Trasilo, que, al parecer, sin haber dirigido nunca un barco o un regimiento, había sido promovido desde la condición de hoplita a la de general gracias al importante papel que había desempeñado al impedir la rebelión oligárquica en Samos. Tras contener con éxito este levantamiento, pronto tuvo que hacer frente a otro reto, cuando otras rebeliones surgieron en las ciudades de Metimna y Éreso, en la isla de Lesbos. Las fuerzas atenienses en la isla fueron suficientes para hacerse con Metimna, mientras que Trasibulo se había dirigido con una pequeña flota a solucionar el problema en Éreso. Aunque Trasilo debería haber navegado de inmediato a Quíos con el objeto de impedir que Míndaro alcanzase el Helesponto, en lugar de obrar así se apresuró hacia Lesbos con cincuenta y cinco barcos, dejando al resto para mantener segura su base en Samos. Su estrategia consistía en atacar Éreso y mantener a Míndaro en Quíos, colocando puestos de observación en los dos extremos de la isla y en la cercana costa continental. Planeaba sin duda una larga permanencia, usando Lesbos como base para lanzar ataques sobre los espartanos en Quíos.

Sin embargo, al intentar conseguir demasiado de inmediato, Trasilo fracasó en su objetivo prioritario: detener al navarca espartano. Míndaro permaneció tan sólo dos días en Quíos, el tiempo imprescindible para cargar los suministros necesarios en su travesía al Helesponto, para después pasar, con gran perspicacia, por el estrecho brazo de mar entre Lesbos y la tierra continental, una ruta que los atenienses no habían esperado que tomara. Consiguió pasar y, hacia la medianoche, sus

naves llegaron sanas y salvas a la entrada del Helesponto, habiendo recorrido más de ciento cincuenta kilómetros en aproximadamente veinticuatro horas. No sólo había logrado cambiar el teatro de operaciones, sino que alteró el curso de la guerra; el fracaso ateniense para prevenir esta audaz e imaginativa acción fue un grave error que pondría en peligro la propia existencia de su ciudad.

LA BATALLA DE CINOSEMA

La persecución ateniense se produjo demasiado tarde como para impedir que Míndaro se uniera a la flota peloponesia en Abido, su base en el Helesponto *(véase* mapa 24). En ese momento bajo el mando de Trasibulo, los atenienses se pasaron los cinco días siguientes haciendo planes y preparándose para la batalla, para, a continuación, navegar en fila india con setenta y seis barcos hacia el Helesponto, siguiendo la costa de Gallípoli. Trasibulo no tenía otra elección más que tomar la ofensiva, ya que la vital ruta de suministro del grano estaba ahora en juego. Si los espartanos no querían salir a mar abierto, los atenienses estaban obligados a enfrentarse con ellos en las estrechas aguas del Helesponto.

Con ochenta y seis barcos, los espartanos tenían superioridad numérica, pudiendo además permanecer cerca de su base y elegir el lugar y hora más conveniente para luchar. Con estas ventajas a su favor, Míndaro colocó sus barcos en el espacio de unos doce kilómetros entre Abido y Dárdano, disponiendo a los siracusanos a la derecha, en la parte posterior del Helesponto, mientras él tomaba el mando del ala izquierda, cerca de la boca. Cuando el centro de la columna ateniense alcanzó el punto situado directamente enfrente del promontorio llamado «La tumba de la Perra» (Cinosema)[*], donde el paso era más estrecho, Míndaro atacó, confiando en empujar a los atenienses hacia la costa, donde la superior habilidad para el combate de sus marineros sería más efectiva. Él mismo llevó a cabo la difícil tarea de rodear el flanco del enemigo para evitar que escapara, ya que su objetivo era intentar destruir la flota enemiga por completo. Si el centro de las fuerzas espartanas lograba cumplir con su cometido, el ala derecha ateniense se apresuraría en ayuda del acosado centro de sus fuerzas, lo que permitiría que Míndaro se colocara entre ellos y la boca del Helesponto, para atrapar así a los atenienses con eficacia. Lo que quedara del centro ateniense y de su trastocada izquierda sería cogido entre el victorioso centro espartano y Míndaro. Entonces sería fácil aplastar al ala izquierda ateniense más hacia dentro en el Helesponto.

Trasilo guiaba la vanguardia de la columna ateniense en su ala izquierda, frente a los siracusanos, mientras que Trasibulo mandaba la derecha, frente a Míndaro. La iniciativa estaba en manos del enemigo, por lo que ellos deberían estar preparados para reaccionar rápidamente, sin otra opción más que improvisar. Quizá Trasibulo adivinó la estrategia de Míndaro, ya que su respuesta fue brillante. Cuando el centro ateniense alcanzó la parte más reducida del estrecho, los peloponesios atacaron con un innegable éxito. El ala izquierda, bajo el mando de Trasilo, se enfrentó a los siracusanos, sin poder ver lo que estaba ocurriendo en el centro debido a que el promontorio impedía ver la parte inferior del estrecho. Por consiguiente, la victoria o la derrota de los atenienses dependía de su ala derecha, bajo el mando de Trasibulo. Si él se hubiera apresurado en enviar ayuda al centro, como era de esperar, se hubiera visto peligrosamente superado en número y atrapado por la combinación del centro y del ala izquierda del enemigo, y toda la flota ateniense hubiera sido aniquilada de acuerdo con el plan de Míndaro.

Pero Trasibulo adivinó la estrategia, y comprendiendo que Míndaro estaba avanzando para cortarle la retirada, extendió su línea más allá de la del enemigo. Sin embargo, al obrar así debilitó la resistencia del centro, lo que permitió a los peloponesios empujar a muchos barcos atenienses a tierra, e incluso desembarcar sus propias tropas en la costa. Aun así, tanto la inexperiencia naval de los peloponesios y su falta de disciplina les costó la victoria. Si hubieran reorganizado su línea y se

---

[*] Según la tradición, Hécuba, la mujer del rey Príamo de Troya, se transformó en una perra de fieros ojos, situándose en Cinosema el lugar donde debía de encontrarse su tumba. *(N. del T.)*

hubieran reunido con el ala izquierda de Míndaro en persecución de los barcos de Trasibulo, podrían haber hundido o capturado a muchos de ellos; al final, incluso podrían haber destruido las fuerzas que estaban bajo el mando de Trasilo, estableciendo un sólido control del Helesponto. En lugar de esto, algunos trirremes que actuaron en solitario partieron en persecución de naves atenienses, con lo que la línea peloponesia rompió su formación. En ese preciso instante, Trasibulo atacó, haciendo frente a los barcos de Míndaro que se aproximaban, y los derrotó por completo. Después, dispersó el centro del enemigo, y la flota peloponesia huyó sin resistencia hacia Sesto. Cuando alcanzaron la curva que describe la costa a la altura de Cinosema, los siracusanos, viendo que sus camaradas huían, también se apresuraron a escapar, empujando a toda la flota peloponesia a una carrera por buscar refugio en Abido.

En las historias de este período, usualmente vemos batallas navales griegas a través de los ojos de un almirante que controla todo el campo de batalla, moviendo alas, centros y flotas enteras. Sin embargo, para las acciones que tuvieron lugar en el Helesponto, el historiador Diodoro nos proporciona un raro destello de lo que ocurrió tal como fue presenciado por trierarcas individuales desde las cubiertas de sus trirremes. Debido a que los peloponesios tenían mejores marineros, tuvieron más éxito en el centro, donde el combate debió de haber sido muy de cerca, asiéndose al barco enemigo y desarrollando las tácticas usuales. También tendrían ventaja cuando los atenienses fueron empujados a la playa, y la batalla naval se convirtió en batalla terrestre. Sin embargo, al final, los timoneles atenienses, «que eran muy superiores en experiencia, contribuyeron en gran medida a la victoria» (Diodoro, XIII, 39, 5). Este factor nos ayuda a explicar cómo Trasibulo, colocado al principio en un aprieto por los trirremes enemigos, pudo más tarde derrotar a esos mismos barcos. La confusión en el centro peloponesio lo condujo a un cambio de estrategia. No buscó por más tiempo el evitar ser bloqueado por el enemigo, sino que intentó establecer combate con Míndaro, para aprovecharse del desorden, tratando de evitar en todo momento ser cogido entre las dos líneas formadas por el enemigo. Siempre que los peloponesios intentaban embestir con toda su flota, los habilidosos pilotos atenienses maniobraban para colocarse de frente, espolón contra espolón. Frustrado en su intento, Míndaro ordenó sus barcos en pequeños grupos, o en ataques individuales, pero de nuevo los pilotos atenienses fueron capaces de superar tácticamente estos esfuerzos individuales, embistiendo o incapacitando con eficacia al enemigo (Diodoro, XIII, 40, 1-2).

Aunque los atenienses capturaron sólo veinte barcos y perdieron quince de los suyos, los hombres de Trasibulo se ganaron el derecho de erigir el trofeo de la victoria en la cima del promontorio de Cinosema. En Atenas recibieron noticia de esta acción, que fue descrita como un triunfo «inesperado gracias a la buena fortuna», ocurrido en un momento muy oportuno. Ya que tuvo lugar poco después de la pérdida de Eubea y del conflicto interno que rodeó el derrocamiento de los Cuatrocientos, esta victoria contribuyó decisivamente a elevar el ánimo de los atenienses: «Ellos estaban muy animados, y pensaban que su causa triunfaría si se ponían a trabajar con ahínco» (VIII, 106, 5).

Esta victoria fue de la mayor importancia para el curso del conflicto. En Cinosema, Trasibulo pudo haber perdido la guerra en una sola tarde, porque si Míndaro hubiera derrotado a la flota ateniense en ese día de comienzos de octubre del año 411, los atenienses hubieran sido, muy probablemente, forzados a rendirse. No contaban con fondos para construir una nueva flota, y una nueva pérdida después de la de Eubea hubiera provocado nuevas defecciones en el Imperio. La victoria de Cinosema lo evitó, y mantuvo a Atenas en la guerra, al tiempo que proporcionaba una oportunidad para que pudiera salir de ella intacta y con honor.

Después de Cinosema, cada bando llevó a cabo incursiones contra el otro cuando se presentaron oportunidades de hacerlo, y cada bando intentó igualmente incrementar el tamaño de su flota en prevención de una nueva y decisiva batalla. Plenamente consciente de que la próxima batalla podría dar el golpe definitivo a la guerra, Míndaro ordenó al oficial siracusano Dorieo, en ese momento ocupado en aplastar una pequeña rebelión en Rodas, que trajera su flota al Helesponto.

Aproximadamente al mismo tiempo, Alcibíades regresó a Samos desde la costa meridional de Asia Menor, donde había ido después de que Tisafernes se hubiera reunido con la flota fenicia en

Aspendo. Aunque ya no tenía influencia de ningún tipo con el sátrapa, reclamó el mérito de haber evitado la llegada de los fenicios. Sin embargo, su logro real estuvo en la recogida de dinero de las ciudades de Caria y alrededores, dinero que, a finales de septiembre, distribuyó entre las tropas que estaban en Samos, con lo que se ganó su simpatía.

Mientras Trasibulo luchaba por la supervivencia en Cinosema y ambos bandos buscaban refuerzos para el próximo encuentro, Alcibíades permanecía en Samos, donde aparentemente se dedicaba a vigilar la flota de Dorieo, que todavía amenazaba las posesiones atenienses en el sur. Si ésta era realmente la tarea de Alcibíades, fracasó en llevarla a cabo, porque cuando llevó su flota al Helesponto para reforzar a los atenienses, se encontró navegando a escasa distancia por detrás de Dorieo, que se había escabullido de su vigilancia sin que se diera cuenta.

En ese momento, la zona de los estrechos se había convertido en el foco de toda la atención en la región, e incluso Tisafernes se dirigió allí desde Aspendo. Sin la flota peloponesia ya frente a las costas de su satrapía y habiendo entrado en colaboración con Farnabazo, el sátrapa temía que su rival ganara gloria y favor con Darío derrotando a los atenienses, una tarea en la que él mismo había fallado. Pero tenía también otros motivos de preocupación. Las ciudades griegas de Cnido y Mileto habían iniciado exitosas rebeliones contra él, y Antandro, contando con la ayuda espartana, había hecho lo mismo. Los espartanos estaban enviando quejas contra él a Esparta, y no sólo no dependían ya de su ayuda, sino que estaban luchando abiertamente contra él. No tenían en cuenta el daño posterior que sus «aliados» podían hacerle más adelante.

Fue la llegada de Dorieo la que provocó el siguiente enfrentamiento. En un día de comienzos de noviembre, antes del amanecer, había intentado deslizar sus catorce barcos hacia el Helesponto, pasando los puestos de vigilancia atenienses bajo la cobertura de la noche, pero un guardia avisó de la llegada de los barcos enemigos a los generales atenienses en Sesto, y lograron empujarle a la costa, cerca de Reteo. Sin embargo, después de esperar un tiempo, intentó seguir su camino hacia la base espartana de Abido, si bien fue de nuevo empujado hacia la costa por la flota ateniense, esta vez a Dárdano. Cuando Míndaro conoció la peligrosa situación en la que se encontraba Dorieo se apresuró desde Troya a su base en Abido y envió aviso a Farnabazo. Con ochenta y cuatro barcos navegó al rescate del siracusano, mientras Farnabazo hacía avanzar un ejército para ofrecer apoyo terrestre a Dorieo. Los atenienses subieron a bordo de sus barcos y se prepararon para una nueva batalla naval.

LA BATALLA DE ABIDOS

Con noventa y siete barcos, alineados desde Dárdano hasta Abido, Míndaro estaba al mando del ala derecha, cerca de Abido, con los siracusanos en la izquierda. Esta disposición le colocó frente a Trasilo, que estaba al mando del ala izquierda ateniense, mientras que Trasibulo comandaba la derecha. La batalla comenzó cuando los oficiales de cada lado elevaron una señal visible, ante la cual las trompetas anunciaron el ataque. La lucha fue fiera y uniformemente disputada por largo tiempo, hasta que finalmente, hacia el final de la tarde, dieciocho barcos aparecieron en el horizonte. Cada bando se vio estimulado por lo que pensaron que era la llegada de sus propios refuerzos, pero en ese momento el comandante de la flota, Alcibíades, izó una bandera roja, lo que permitió saber a los atenienses que el escuadrón era suyo.

No fue una cuestión de suerte; la señal sin duda había sido acordada previamente, así como la llegada del propio Alcibíades. Lo que fue afortunado fue el momento de su llegada. Aunque él no pudo haber tomado parte en la confección de los planes tácticos para la batalla, y aunque se presentó demasiado tarde como para participar activamente en el desarrollo de la lucha, su aparición fue decisiva.

Cuando Míndaro fue consciente de que los barcos que se aproximaban eran atenienses, guió los suyos hacia Abido. Las fuerzas peloponesias se extendían a lo largo de un gran espacio, y en muchos casos se vieron obligadas a varar los barcos en la orilla, desde donde intentaron defenderlos, contando con la ayuda de las tropas del propio sátrapa, quien no dudó en internarse en

el agua a lomos de su caballo para rechazar al enemigo. Su intervención y la llegada de la oscuridad evitaron un completo desastre, aunque los atenienses capturaron treinta barcos peloponesios, además de recobrar los quince que habían perdido en Cinosema. Míndaro escapó a Abido amparado por la noche con los restos de su flota, mientras los atenienses se retiraron a Sesto. A la mañana siguiente, regresaron tranquilamente para recoger los barcos dañados y erigir otro trofeo de la victoria, no lejos del primero que habían levantado en Cinosema. Los atenienses controlaban de nuevo las aguas del Helesponto.

Mientras Míndaro reparaba sus barcos, pedía refuerzos y planeaba con Farnabazo la siguiente campaña, los atenienses sin duda solicitaban apoyo para intentar forzar una batalla final con la intención de aniquilar lo que quedaba de la flota peloponesia en el Helesponto. Si Míndaro rehusaba luchar, ellos se verían obligados a disponer una flota para bloquear la llegada de refuerzos espartanos, mientras recobraban las ciudades de su Imperio que se habían rebelado en la región del Helesponto, la Propóntide y el Bósforo. Sin embargo, no fueron capaces de hacer ninguna de estas cosas, ya que el tesoro de los atenienses estaba exhausto y no podía sostener a la flota entera en el Helesponto durante todo el invierno. Además, durante las batallas de Cinosema y Abido, la estrechez del Helesponto invitaba a los descolocados o descoordinados trirremes peloponesios a evitar la derrota yendo a la orilla, ya que las fuerzas atenienses no contaban con el suficiente número de hoplitas para responder a ese tipo de táctica. Por último, Atenas también necesitaba ayuda en un lugar más cercano, ya que Eubea se había alzado en armas.

Para hacer frente a este último desafío, Terámenes desplazó una flota de treinta barcos con la intención de ocuparse de los rebeldes que, ayudados por sus nuevos aliados, los beocios, estaban construyendo una calzada o pontón entre Calcis y Áulide, con el objeto de conectar la isla con el continente. Las fuerzas de Terámenes demostraron ser demasiado reducidas para derrotar a las tropas que se hacían cargo de la defensa de los trabajadores, por lo que se limitó a devastar el territorio a lo largo de las costas de Eubea y Beocia, haciéndose con un considerable botín. Después, avanzó hacia las islas Cícladas, derrocando las oligarquías que habían sido establecidas por los Cuatrocientos y reuniendo un dinero que era desesperadamente necesario, al tiempo que ganaba prestigio para el nuevo régimen de los Cinco Mil.

Habiendo actuado tanto como le fue posible en el Egeo, Terámenes navegó hacia Macedonia para ayudar a su nuevo rey, Arquelao, en su asedio de Pidna. Macedonia era todavía la mayor suministradora de madera para la construcción de navíos en Grecia, y al parecer Arcéalo no dejó de enviar cargamentos a Atenas y, probablemente, también dinero. A continuación, Terámenes se reunió con Trasibulo, que había estado recogiendo fondos saqueando la oligárquica Tasos y otros lugares en Tracia. Desde allí ambas flotas podían alcanzar rápidamente el Helesponto en caso de urgencia.

Alcibíades, mientras tanto, estaba con la flota en Sesto, cuando Tisafernes llegó al Helesponto. Saludó al sátrapa como a un amigo íntimo y un benefactor. Los atenienses aún creían que los dos hombres estaban en buena relación, y que Alcibíades había persuadido a Tisafernes para que enviara a la flota fenicia a casa. El ateniense se guardó de decir la verdad, y navegó con regalos para encontrarse con el persa, pero había juzgado la situación erróneamente, porque el sátrapa no tenía intenciones amistosas con respecto a Atenas. Los espartanos habían acusado a Tisafernes de sus derrotas, y sus quejas ciertamente habían alcanzado al Gran Rey, a quien sin duda no le gustó que Tisafernes hubiera mantenido a su flota en Aspendo, con un gran coste, sin hacer uso de ella. Como resultado, los atenienses se hallaban ahora en el Helesponto y el Gran Rey no estaba más cerca que lo estaba antes de recuperar su territorio.

Tisafernes tenía muchos motivos para estar «temeroso de ser culpado por el Rey» (Plutarco, *Alcibíades,* XXVII, 7). Por consiguiente, ordenó arrestar a Alcibíades y lo envió a Sardes para su custodia, aunque al cabo de un mes el inteligente ateniense logró escapar. Este asunto demostró claramente que Alcibíades ya no tenía influencia de ningún tipo con Tisafernes, por lo que a partir de ese momento su autoridad dependería de lo que realmente llevara a cabo, más que de lo que prometiera hacer a través de sus contactos con los persas.

LA BATALLA DE CÍCICO

En la primavera del año 410, Míndaro había conseguido reunir ochenta trirremes. Con sólo cuarenta barcos, los oficiales navales atenienses dejaron Sesto por la noche y navegaron hacia Cardia, en la orilla norte de Gallípoli, al tiempo que Trasibulo y Terámenes, desde Tracia, y Alcibíades desde Lesbos, se apresuraron a reunirse con ellos. La flota de Cardia ascendía ahora a ochenta y seis barcos, y «sus generales estaban impacientes por una batalla decisiva» (Diodoro, XIII, 39, 4). Míndaro y Farnabazo, mientras tanto, asediaban Cícico, en la orilla meridional de la Propóntide *(véase* mapa 25), ciudad que acabaron por tomar al asalto. Los generales atenienses partieron para recuperar la ciudad y, moviéndose por la noche para evitar ser detectados, llegaron a la isla de Proconeso, justo al noroeste de la península en la que se situaba Cícico.

En Proconeso, Alcibíades exhortó a los marineros y soldados a que «lucharan en el mar, en tierra y, por Zeus, contra las fortificaciones, porque los enemigos tenían mucho dinero del Rey, y [los atenienses] no tendrían nada a menos que consiguieran una gran victoria» (Jenofonte, *Helénicas,* I, 1, 14; Plutarco, *Alcibíades,* XXVIII). La flota se dirigió a Cícico bajo una intensa lluvia, arriesgándose a los peligros de un mar embravecido para que tanto su aproximación como el tamaño de sus fuerzas pasaran desapercibidos. Navegaron por el lado occidental de la península, entre la costa y la isla de Haloni. En el promontorio de Artaki y la isla del mismo nombre, no muy lejos de la orilla, dividieron sus fuerzas: Quéreas y sus hoplitas desembarcaron y marcharon contra Cícico; Terámenes y Trasibulo se repartieron los cuarenta y seis barcos, escondiendo su flota en un pequeño puerto al norte del promontorio; Alcibíades, con los restantes cuarenta barcos, avanzó directamente contra Cícico. Míndaro debió de caer en la trampa, creyendo que los atenienses disponían tan sólo de cuarenta barcos en el Helesponto, ya que desconocía el número de trirremes que había conseguido reunir el enemigo. Con sus ochenta trirremes navegó contra ellos, ávido de enfrentarse en una lucha en la que aparentemente tenía una ventaja de dos contra uno. Los barcos atenienses simularon una retirada hacia el oeste, en dirección a la isla, pero cuando los barcos de Míndaro estuvieron lo suficientemente alejados del puerto, Alcibíades giró en redondo para enfrentarse al enemigo. Mientras tanto, Terámenes avanzó con sus fuerzas desde detrás del promontorio hacia Cícico para impedir que los peloponesios pudieran regresar a la ciudad o alcanzaran las playas cercanas a ella. Al mismo tiempo, Trasibulo llevó su escuadra al sur para cortar la ruta de escape desde el oeste.

Míndaro se dio cuenta rápidamente de la trampa que le había sido tendida y giró a tiempo para evitar que Trasibulo y Terámenes completaran su pinza. Se lanzó por la única vía que le quedaba abierta, hacia un lugar llamado Cleri, una playa al sudoeste de la ciudad, donde Farnabazo había ordenado acampar a su ejército. Aunque los peloponesios empujaron sus trirremes sobre la playa, Alcibíades usó los garfios de abordaje para intentar arrastrarlos de nuevo hacia el mar. En ese momento intervino Farnabazo con su ejército, que superaba numéricamente al enemigo y que, además, contaba con la ventaja de estar en suelo firme, mientras los atenienses caminaban con las piernas en el agua. Los atenienses lucharon bien, pero sin apoyo sus perspectivas de éxito eran bastante escasas. En el mar, Trasibulo vio el peligro y comunicó a Terámenes que se reuniera con el ejército de Quéreas cerca de Cícico, y fuera en ayuda de los atenienses que combatían, mientras él y sus marineros se apresurarían para ayudarles desde el oeste. Al ver que Trasibulo se aproximaba, Míndaro envió a Clearco con una parte de sus propias fuerzas y un contingente de los mercenarios de Farnabazo para detener su avance. Con los hoplitas y los arqueros de no más de veinticinco barcos, Trasibulo se vio peligrosamente superado en número, y estaba a punto de ser rodeado y aniquilado cuando se produjo la llegada de Terámenes justo a tiempo, al mando de sus propias tropas y de las de Quéreas. Los refuerzos reanimaron a los exhaustos hombres de Trasibulo, y se produjo una enconada batalla que duró hasta que, finalmente, los mercenarios de Farnabazo y los espartanos abandonaron el campo de batalla.

Con el contingente de Trasibulo a salvo, Terámenes fue en apoyo de Alcibíades, que estaba luchando para hacerse con los barcos enemigos varados en la playa. Míndaro se encontró de pronto atrapado entre las tropas de Alcibíades y las de Terámenes, que se aproximaban desde direcciones opuestas. Impertérrito, el oficial espartano envió a la mitad de sus tropas hacia Terámenes, mientras él formaba una línea contra Alcibíades. Sin embargo, cuando cayó luchando bravamente entre los barcos, sus hombres y los aliados, llevados por el pánico, huyeron; sólo la llegada de Farnabazo con su caballería detuvo la persecución ateniense.

Los atenienses se retiraron a la isla Proconeso, mientras los restos de las tropas peloponesias se ponían a salvo en el campamento de Farnabazo. Más tarde abandonaron Cícico, que volvía a estar en manos de los atenienses, quienes se hicieron con muchos prisioneros, una vasta cantidad de botín, y todos los barcos del enemigo, excepto los de Siracusa, cuyas tripulaciones los habían quemado para que no fueran apresados. Los atenienses erigieron dos trofeos para conmemorar sus victorias, tanto en tierra como en mar.

Alcibíades permaneció en Cícico durante veinte días para recaudar dinero; luego partió hacia la costa septentrional de la Propóntide, en dirección al Bósforo, tomando ciudades y haciéndose con nuevos fondos por el camino. En Crisópolis, enfrente de Bizancio, construyó una fortificación que actuaría como base y aduana, a la que los atenienses en adelante asignarían el derecho a una tasa de la décima parte sobre todos los barcos mercantes que pasaran a través del Bósforo.

A juicio de Plutarco, el principal resultado de la batalla de Cícico fue que «no sólo los atenienses se aseguraron el control del Helesponto, sino que también alejaron a los lacedemonios del resto del mar con cualquier fuerza» *(Alcibíades,* XXVIII, 6). Quizá tan importante como esto fue el golpe a la moral espartana. Después de la batalla, los atenienses interceptaron una carta de Hipócrates, secretario del derrotado navarca espartano, que describía la apurada situación de los peloponesios con brevedad lacónica: «Los barcos se han perdido. Míndaro está muerto. Los hombres están hambrientos. No sabemos qué hacer» (Jenofonte, *Helénicas,* I, 1, 23).

La victoria de Cícico acabó también, por el momento, con la amenaza que se cernía sobre el suministro de grano para Atenas, y restauró sus esperanzas de victoria. Tanto Jenofonte como Plutarco dan a Alcibíades el mérito exclusivo del triunfo, pero Terámenes y Trasibulo merecen, al menos, compartir iguales honores. Aunque no sabemos quién fue el responsable último de la excelente estrategia naval que funcionó en Cícico con tanta eficacia, podemos estar seguros de que Alcibíades no intervino en la planificación de las estrategias de Cinosema o Abido, ya que no estuvo en la primera de esas acciones y llegó a la segunda sólo cuando estaba prácticamente concluida. Alcibíades luchó espléndidamente en Cícico y llevó a cabo su parte con diligencia, pero la actuación de Terámenes fue también sobresaliente, y fue su aparición con refuerzos lo que, en última instancia, aseguró el éxito ateniense.

Sin embargo, un examen cuidadoso de los hechos sugiere que, una vez más, el papel de Trasibulo fue el más decisivo. Ya que Diodoro nos informa que era tanto el líder de la flota como el comandante supremo en Cinosema, probablemente fue él quien diseñó la estrategia en Abido y tuvo un papel destacado en la de Cícico. No obstante, debe tenerse en cuenta que, a pesar de la brillantez de la parte naval de la lucha, el resultado fue decidido en tierra. El momento clave llegó cuando Alcibíades ordenó el ataque a Míndaro y al ejército de Farnabazo. Si él hubiera sido abandonado a sus propios recursos, probablemente hubiera sido derrotado y obligado a dejar atrás a la mayor parte de sus barcos, que hubieran sido puestos bajo el control de la caballería y la infantería de Farnabazo. Sin embargo, en el momento crucial, Trasibulo desembarcó con una pequeña fuerza que mantuvo ocupada a una parte de las tropas del enemigo y salvó a Alcibíades. No menos decisiva fue la orden que dio a Terámenes para sellar la victoria. Como estratega, táctico y brillante oficial en el campo de batalla, Trasibulo merece ser considerado el héroe de Cícico. Haríamos bien en respetar el juicio de Cornelio Nepote, un biógrafo romano: «En la Guerra del Peloponeso, Trasibulo consiguió muchas victorias sin Alcibíades; pero este último no consiguió ninguna sin el primero, aunque por una innata fortuna, se llevó siempre el mérito de todo» (Cornelio Nepote, *Trasibulo,* I, 3).

PARTE VII

LA CAÍDA DE ATENAS

Después de sus desastrosas pérdidas en Sicilia, el conflicto civil que hizo estragos en Atenas en el año 411 debería haber sido el golpe de gracia y, por lo tanto, debería haber conducido a su derrota definitiva en la guerra; sin embargo, con una notable resistencia, la restaurada democracia ateniense continuó en la lucha durante siete años más. Incluso cuando sus enemigos consiguieron el apoyo del Imperio persa, los atenienses fueron capaces de recuperar el control sobre el mar y hacer que los espartanos pidieran la paz una vez más. La democracia restaurada se benefició de las victorias ganadas por los Cinco Mil, se ocupó de los problemas prácticos de la ciudad y fue capaz de inspirar de nuevo las poderosas lealtades y el ímpetu popular que, anteriormente, habían llevado a Atenas a la grandeza.

Capítulo 33

La restauración (410-409)

Tras la batalla de Cícico, los peloponesios habían perdido entre ciento treinta y cinco y ciento cincuenta y cinco trirremes en unos pocos meses. Atenas controlaba el mar en todas partes, así como el acceso a los vitales suministros de alimento desde las tierras del mar Negro. Ni el dinero persa ni el fuerte en Decelia parecían asegurar la victoria del enemigo, y ninguna otra estrategia parecía aplicable en ese momento. Aún más, los atenienses habían tomado suficientes prisioneros como para hacer que el enemigo —al igual que había ocurrido en el 425— estuviera deseando una paz que los devolviera a casa.

LA OFERTA DE PAZ DE ESPARTA

Los espartanos, por consiguiente, transgrediendo su tratado con Persia, pidieron la paz. Endio, que encabezaba las negociaciones y que era un hombre muy cercano a Alcibíades, se encargó de exponer la propuesta espartana: «Nosotros deseamos la paz con vosotros, hombres de Atenas, y que cada parte mantenga las ciudades que controla en este momento, pero que abandone las guarniciones que mantenga en el territorio del otro, y que intercambie los prisioneros, un ateniense a cambio de un laconio» (Diodoro, XIII, 52, 3).

El cese de la guerra, la devolución de Pilos por Decelea y un intercambio de prisioneros hubieran sido términos perfectamente aceptables para los atenienses, pero mantener el statu quo en el imperio era un asunto completamente diferente. Los espartanos conservaban todavía el control de Rodas, Mileto, Éfeso, Quíos, Tasos y Eubea en el Egeo; un cierto número de lugares en la costa tracia; Abido en el Helesponto, y Bizancio y Calcedonia en ambos lados del Bósforo. La opinión más seguida era la de que «los más razonables entre los atenienses» favorecían la aceptación de estos términos, pero la Asamblea los rechazó, engañada por «expertos belicistas que acumulaba beneficios privados gracias a los problemas públicos» (Diodoro, XIII, 53).

De acuerdo con esta interpretación, los atenienses rechazaron la paz debido a que habían permitido temerariamente que lideres populares imprudentes tuvieran influencia, y de entre ellos el más destacado fue Cleofonte, «el demagogo mayor de ese período» (Diodoro XIII, 53, 2). Este personaje fue, por una parte, el blanco favorito de los ataques satíricos que llevaron cabo los poetas cómicos y, por otra, objeto de desprecio y de odio por parte de escritores más serios. Los comediógrafos lo despreciaban por ser un fabricante de liras (al igual que denigraban a Cleón por ser un curtidor, a Lisicles por ser un comerciante de ganado, a Éucrates por comerciar con lino y a Hipérbolo por dedicarse a fabricar lámparas), un humilde artesano sin conexiones familiares de importancia. De su madre se rumoreaba que era bárbara, y de él mismo se decía que era un codicioso extranjero. Escritores más serios lo describen como un borracho, un asesino y un completo insensato en lo relativo a su comportamiento público. Pero, aunque su estilo puede haber sido vehemente e indecoroso, este retrato está cargado de prejuicios y es muy poco acertado. Cleofonte era ateniense, y su padre había servido como general en 428-427. Es posible que incluso él hubiera sido general y un miembro del cuerpo de oficiales de finanzas conocido como *poristai.* Después de su muerte, un conocido orador observó, sin faltar a la verdad, que Cleofonte «había dirigido todos los asuntos del Estado durante muchos años» (Lisias, XIX, 48). Al parecer, era propietario de un taller o una fábrica, lo que le permitió ocupar una posición económica desahogada, como su padre.

Ya que la propuesta de paz fue presentada durante la Constitución de los Cinco Mil, Cleofonte debió de ser un hombre de estatus hoplítico, al menos, aunque probablemente más alto, lo que le capacitaba para tomar parte en los debates. En contra de la crítica de que sólo actuaba por motivos de interés particular, está el hecho de que no haya referencia alguna de que fuera acusado de desfalco o corrupción, en una época en que eran muy corrientes tales acusaciones contra los políticos; también hay pruebas de que murió como un hombre pobre.

Cleofonte mantuvo una opinión optimista acerca de las perspectivas que Atenas tenía en la guerra, y defendió el seguir luchando hasta que se hubiera conseguido una victoria total. Sin duda era un personaje muy persuasivo, si bien muchos otros atenienses, comprensiblemente impresionados por el magnífico triunfo de Cícico que atribuyeron con entusiasmo a Alcibíades, creyeron sinceramente que bajo su liderazgo «recuperarían rápidamente su imperio» (Diodoro, XIII, 53, 4). Pero existían otras razones legítimas para rechazar la oferta espartana, más allá de las derivadas meramente de un deleitarse en la victoria o en un optimismo sobre las perspectivas de futuro: si la paz fracasaba, como había ocurrido después del 421, los atenienses estarían en un peligro mucho mayor que en aquella ocasión.

Por el momento, la victoria ateniense en Cícico había destruido la flota espartana, pero también había dejado los estrechos libres a la navegación de los barcos mercantes que traían los alimentos necesarios para Atenas desde el mar Negro.

Sin embargo, existía la posibilidad de que Farnabazo pudiera construir una nueva flota para los peloponesios, y quizás incluso una más grande que la anterior. Además, desde Bizancio y Calcedonia, el enemigo podía cerrar la ruta del grano y amenazar a Atenas con el hambre. Los atenienses estaban, también, escasos de fondos, con muchas de las rentas del Imperio en manos espartanas, con lo que el enemigo podía ofrecer mejor paga por los servicios de remeros experimentados procedentes del Imperio. Atenas estaría en una difícil posición para mantener y manejar una flota que tendría que ser enviada al Helesponto para intentar derrotar de nuevo al enemigo. Pero no había certeza alguna de que pudiera repetirse tal victoria, y, sin embargo, con que se produjera una sola gran derrota de sus fuerzas, Atenas perdería la guerra.

Por otra parte, una rápida acción podía privar al enemigo de sus bases a lo largo de la ruta al mar Negro, y asegurar la navegación por los estrechos. Los atenienses también tendrían, así, una magnífica oportunidad de recuperar sus territorios perdidos en el Egeo, al tiempo que rentabilizaban la impresión producida por su victoria en Cícico, lo que animaría a sus aliados y atemorizaría a sus enemigos. La recuperación tanto de las ciudades perdidas ante el enemigo como del control del mar, colocaría a las finanzas atenienses en un nivel semejante al que tenía previamente, permitiendo así la mejora de la flota, al tiempo que desalentaría la defección de remeros experimentados.

Los atenienses tenían también motivos para esperar que la alianza entre Esparta y Persia no durase mucho. Tisafernes había encolerizado a los espartanos y perdido su confianza. Ataques subsiguientes sobre las tierras de Farnabazo, sin duda anonadado por el resultado de Cícico, podían conducir a que el sátrapa persa y el rey abandonaran su implicación en los asuntos griegos. El Gran Rey, que gobernaba un vasto imperio frecuentemente agitado por rebeliones, podía decidirse a abandonar la guerra en sus fronteras occidentales si se enfrentaba a una seria revuelta en otro lugar. Por último, la oferta espartana de una paz separada con Atenas iba en contra de su tratado con Persia y podía, por lo tanto, producir una ruptura de las relaciones entre ambos. A la luz de estas realidades y posibilidades, la decisión de los atenienses de rechazar la oferta de paz no tiene por qué ser juzgada como algo imprudente, sino como algo perfectamente comprensible.

LA DEMOCRACIA RESTAURADA

Dos meses después del rechazo de la propuesta de paz, los Cinco Mil accedieron a la restauración de la plena democracia que Atenas había practicado antes de la introducción de los *proboloi* en el 413. La transición fue gradual, pero tuvo que ser, sin duda, un momento decisivo, cuando los poderes exclusivos de los Cinco Mil fueron abolidos y los plenos derechos políticos regresaron por

entero al cuerpo de los ciudadanos. Ese momento pudo haber llegado después del rechazo de la oferta de paz de Esparta. Aunque el triunfo en Cícico puede ser considerado un factor de unidad, la iniciativa de paz espartana que se derivó de esa victoria ateniense produjo el enfrentamiento entre facciones. Los moderados debieron de estar entre «los atenienses más razonables» que coincidían en la necesidad de aceptarla, aunque la mayoría pensaba claramente de otra forma. El debate sobre la paz —el único evento importante del que tenemos noticia entre la batalla de Cícico y la restauración de la democracia— probablemente fue el acontecimiento que condujo al derrocamiento de los Cinco Mil. Una vez que fue tomada la decisión de continuar la guerra, fue sencillo para los atenienses concluir que aquellos que querían la paz no podían ser por más tiempo los hombres a los que se podía confiar la dirección del Estado para alcanzar una victoria total. El rechazo a la oferta espartana equivalía, por lo tanto, a una derrota del gobierno en un voto de confianza.

La controversia que guió a la restauración de los demócratas también tuvo muchas ventajas. Éstos encontraron un líder inteligente y eficaz en Cleofonte, mientras Terámenes, el mejor portavoz de los moderados, estaba de servicio en Crisópolis; el cautivador Alcibíades tampoco estaba en la ciudad. Básicamente, cualquiera que hablara en favor de la democracia en Atenas contribuía a mantener, de manera implícita, la moral alta. Esa forma de gobierno contaba ya con un siglo de antigüedad, además de tener la adhesión de una gran mayoría, que la contemplaba como su forma de gobierno más tradicional y natural. La oligarquía, de cualquier clase que fuera, era considerada como una innovación a la que Atenas había accedido sólo en las horas más oscuras de su historia, cuando ninguna otra solución parecía posible. Por consiguiente, los líderes políticos demócratas rápidamente aprovecharon la oportunidad de regresar al régimen tradicional. En junio del 410, alguien propuso la abolición de los Cinco Mil y la restauración de la tradicional Constitución democrática, pero no sabemos quién o qué grupo lo hizo. A comienzos de julio, la vieja democracia estaba firmemente asentada y aprobando furiosas leyes para defenderse de sus enemigos.

Las políticas de la recién restaurada democracia forman un programa consistente, coherente y completo para hacerse cargo de la dirección de la guerra bajo un régimen completamente democrático y eficaz. La legislación introducida en 410-409 cubría asuntos de carácter constitucional, legal, financiero, social y espiritual, y contribuyó a guiar a una ciudad que se había recuperado de la derrota y de la desesperación y conseguía éxitos impresionantes.

El primer documento conocido de la democracia restaurada comienza con la fórmula democrática tradicional: «Decretado por el Consejo y el Pueblo» (Andócides, *Sobre los misterios,* 96). «El Pueblo» hace referencia a la Asamblea, mientras que «el Consejo» es el antiguo Consejo de los Quinientos, elegido por sorteo de entre todas las clases de ciudadanos. Después de la experiencia de los consejos oligárquicos, los demócratas pusieron nuevos límites incluso en el Consejo democrático, que al parecer perdió ciertos poderes como el de decidir la pena de muerte o imponer multas por encima de quinientos dracmas sin el consentimiento de la Asamblea o de los tribunales populares. Otra nueva ley obligaba a que los miembros del Consejo tuvieran asignados sus asientos por sorteo, en un esfuerzo por reducir la influencia de las facciones, cuyos integrantes solían sentarse juntos.

El rápido cambio de los Cuatrocientos a los Cinco Mil y el regreso a la plena democracia produjo una considerable confusión en cuanto a las leyes. Ambos regímenes, a pesar de su brevedad, habían nombrado comités para examinar, cambiar e introducir nuevas leyes, lo que alarmó a los demócratas, impulsándoles a dar validez cuanto antes a los estatutos tradicionales. Nombraron un cuerpo de secretarios *(anagrapheis)* encargados de publicar una versión autorizada de las leyes de Solón y de la ley de Dracón sobre el homicidio.

Sin embargo, las antiguas normas habían fallado a la hora de proteger la democracia de la subversión, por lo que los atenienses decretaron una nueva ley por la que todo aquel que tomara parte en la destrucción de la democracia o que ejerciera un cargo en un régimen después de la supresión de la misma sería declarado enemigo de Atenas; tales hombres serían ejecutados con impunidad, y todas sus posesiones se convertirían en propiedad pública. El pueblo fue requerido para prestar un juramento de lealtad a esta ley, que fue inscrita en piedra a la entrada de la cámara del Consejo, y que permanecería en vigor a lo largo del siglo IV.

En el año 409, los atenienses dieron la ciudadanía y recompensaron con una corona dorada y otros beneficios a los hombres que habían matado a Frínico dos años antes. En los años que siguieron, hubo una avalancha de acusaciones dirigidas contra los anteriores integrantes de los Cuatrocientos, contra los que habían detentado cargos bajo su régimen y contra todo el que los hubiera ayudado, si bien la pertenencia a los Cuatrocientos no era un crimen en sí misma. Las penas derivadas de las condenas en un juicio incluían exilio, multas y pérdida de los derechos de ciudadanía. Sin duda, algunas de las acusaciones eran producto de la corrupción y pueden ser consideradas como poco más que formas de extorsión, lo que originó una fuerte crítica hacia los demócratas por parte de algunos componentes de los grupos sociales más elevados. La democracia ateniense, sin embargo, se comportó con un cierto autocontrol si la comparamos con otros regímenes victoriosos en guerras civiles en otros Estados, que a menudo condenaban a muerte a los miembros de las facciones perdedoras o los enviaban al exilio en gran número meramente por haber pertenecido al grupo que abandonaba el poder. Por otra parte, la democracia no declaró proscritos a los miembros de los Cuatrocientos, algunos de los cuales fueron elegidos para los cargos más elevados en el nuevo régimen, incluso como generales. No fueron promulgados decretos con carácter retroactivo, y las acciones que fueron emprendidas lo fueron contra individuos particulares y, siempre, por delitos específicos. Ni ejecuciones generales ni exilios tuvieron lugar, y las penas parecen haber sido asignadas en proporción a la gravedad del delito.

Con la restauración de la democracia, llegó la vuelta al pago por participación en el Consejo o en los jurados, así como por otros servicios públicos. La guerra había infligido un gran sufrimiento sobre los pobres y traído pobreza a muchos que antes no habían conocido la necesidad, por lo que Cleofonte introdujo una nueva subvención pública llamada *diobelia,* cuyo nombre deriva de que el receptor recibía dos óbolos (la tercera parte de un dracma) diariamente. Probablemente se entregaba a ciudadanos necesitados, siempre que hubiera dinero disponible.

En años posteriores, hubo voces críticas que denunciaron la *diobelia* como una forma de soborno y corrupción, así como un estímulo al innato deseo humano por conseguir beneficios que comenzaba con pequeñas sumas para ir incrementándose con el tiempo. Sin embargo, cuando fueron propuestas, tales medidas eran necesarias y no suponían un coste excesivamente elevado para las arcas de la ciudad.

Incluso así, los atenienses continuaban en la necesidad de hacerse con una gran cantidad de dinero para continuar la guerra, y aunque el tesoro estaba casi vacío, la recuperación del prestigio y poder atenienses después de Cícico prometía generar nuevos ingresos. Aunque los Estados sometidos habían estado incumpliendo sus pagos, los atenienses, con su nueva confianza en sí mismos, restauraron el viejo sistema de tributos en lugar de la tasa sobre el comercio, esperando recoger de ese modo tanto las rentas atrasadas como las actuales. La democracia restaurada también tenía la intención de imponer otro impuesto directo de guerra *(eisphorá),* que hizo su aparición inicial en el año 428, si bien parece que sólo fue recaudado en otra ocasión antes de que acabara la guerra. Los pobres no pagaban estos impuestos, pero muchos griegos, incluyendo a los atenienses, no eran muy amigos de los impuestos directos, de cualquier tipo que fueran, hasta el punto de que la nueva democracia ateniense recurrió a ellos sólo cuando la necesidad era imperiosa.

La reanudación del programa de construcción de la Acrópolis, que había estado paralizada desde la expedición a Sicilia, también contribuyó a la carga financiera. Aunque la continuación de la construcción puede haber sido considerada como una forma de ayuda a los necesitados, el nuevo programa era realmente muy pequeño si lo comparamos con la serie de grandes obras emprendidas antes de la guerra, y consistió sólo en un parapeto para el templo de Atenea Niké, además de las obras de acabado del templo de Atenea Poliada (el Erecteo, como se conoce hoy en día). No hacían falta muchos trabajadores, y el período de trabajo para el que se les contrataba era breve. Inscripciones de los informes relativos al proyecto revelan que sólo veinte de setenta y un trabajadores eran ciudadanos, mientras que el resto eran esclavos o residentes extranjeros. No hay motivos para creer que los políticos demócratas organizaran proyectos de construcción para dar trabajo a los votantes. Deberíamos imaginar un propósito más amplio: el esfuerzo por revivir el espíritu de los grandes días de Pericles. La visión de los grandes y nuevos edificios significaría traer

de vuelta la confianza, la esperanza y el coraje a los hombres que debían obtener la victoria sobre enemigos formidables después de sufrir terribles desgracias.

El parapeto puede haber sido un monumento a la gran victoria obtenida en Cícico, mientras que la terminación del Erecteo parece haber sido fruto de un acto de piedad cívica. Si la era de Pericles había sido una edad de progreso y de puesta en duda de la tradición, los sufrimientos de la guerra, la peste y la derrota habían provocado un giro hacia cultos extranjeros místicos y orgiásticos. Incluso con la racional y científica escuela hipocrática de medicina en su momento álgido, los atenienses importaron de Epidauro el culto a Asclepio, el dios representado por una serpiente, que curaba milagrosamente.

Fue en este ambiente cuando la democracia ateniense eligió usar valiosos fondos para terminar el templo de Atenea Poliada, la sede más antigua de la diosa de la ciudad, protectora de la misma Acrópolis. El recinto del Erecteo también contenía los altares más antiguos de la Acrópolis, conectados con cultos a la fertilidad y a divinidades terrestres, y cultos de héroes cuyos orígenes se extendían a la remota Edad del Bronce; tumbas de los antiguos reyes legendarios; el milagroso olivo de Atenea; la marca del tridente y las fuentes salinas dejadas por Poseidón; la hendidura en la que se creía que el dios niño Erectonio guardaba la Acrópolis en forma de serpiente, y tantos otros.

La culminación de las obras del Erecteo, por consiguiente, fue tradicional en sus objetivos, tanto como la publicación de las antiguas leyes de Dracón y Solón. Ambas fueron emprendidas para ganar el favor de los dioses y para conferir confianza y coraje a los atenienses cuando tuvieran que enfrentarse a las tareas que les esperaban.

LA REANUDACIÓN DE LA GUERRA

En julio, Agis intentó aprovecharse del reciente cambio de régimen en Atenas para atacar la ciudad. Sin embargo, los atenienses, unidos ante el peligro, habían preparado la defensa. La visión del ejército ateniense ejercitándose fuera de las murallas de la ciudad hizo que Agis se retirara a Decelia. No obstante, antes de que pudiera retirarse por completo, las tropas atenienses alcanzaron a algunos enemigos rezagados. El inmediato éxito en la escaramuza que siguió contribuyó a elevar la confianza en el nuevo régimen. Durante ese mismo verano, fuerzas antiespartanas se hicieron con el control en Quíos, mientras que la ciudad de Neápolis, en la costa tracia, repelió un ataque llevado a cabo por tasios unidos a tropas peloponesias, manteniéndose leal a Atenas. Los espartanos sufrieron un revés adicional en el invierno de 410-409, cuando su colonia de Heraclea de Traquinia fue derrotada por sus vecinos; en el curso del enfrentamiento, perecieron cerca de setecientos colonos y el propio gobernador espartano. De mayor importancia fue la entrada de Cartago en una guerra contra Siracusa en el verano del 409. La invasión cartaginesa obligó a los siracusanos a retirar su flota del Egeo y del Helesponto, lo que privó a los espartanos de sus aliados navales más capaces, osados y decididos.

A pesar de estos acontecimientos, el año 410-409 trajo más pérdidas que ganancias a los atenienses. En el verano del 411-410, antes de la restauración democrática, una nueva guerra civil en Corcira sacó a esta isla de la gran guerra, un auténtico golpe para Atenas. Una pérdida mucho más seria fue la captura espartana del fuerte ateniense en Pilos, que liberó a Esparta de una gran incomodidad y privó a Atenas de una valiosa baza que utilizar en futuras negociaciones. El verano siguiente, Atenas también perdió Nisea a manos de los megareos, aunque se demostró claramente que el teatro decisivo de las operaciones militares estaba en el mar, en el Egeo y en los estrechos, donde los atenienses sufrieron serios reveses también. Una flota espartana bajo el nuevo almirante Cratesipidas consiguió recuperar Quíos para los peloponesios, si bien un problema mucho más serio fue el fracaso ateniense en explotar la gran victoria de Cícico en los estrechos. A pesar de haber sido una victoria impresionante, dejó en manos del enemigo ciudades como Sesto, Bizancio y Calcedonia. Debido a que Fama-bazo había entregado a los espartanos dinero después de la batalla para financiar la construcción de otra flota tan grande como la que había sido destruida, los atenienses estaban obligados a luchar para obtener la supremacía en el Helesponto, a menos que

pudieran evitar que el enemigo se hiciera con los puertos más estratégicos. Si querían realmente recuperar las ciudades rebeldes y las rentas que proveían, necesitaban moverse en el Egeo con rapidez. Sin embargo, desde diciembre del 411 a abril o mayo del 409 Trasilo, el general que había regresado para conseguir refuerzos, permaneció en Atenas, y entre la primavera del 410 y el invierno del 409-408 los generales atenienses en el Helesponto no emprendieron ninguna campaña significativa.

Realmente los atenienses tenían buenos motivos para esperar hasta el 409 para enviar una nueva fuerza al Helesponto. El despliegue de fuerzas navales que, finalmente, partió incluía cincuenta trirremes, cinco mil de sus remeros equipados como peltastas e infantería ligera; mil hoplitas y cien jinetes, sumando once mil hombres en total. Incluso con el bajo nivel de la paga en vigor después del desastre en Sicilia —tres óbolos por día—, el coste de una expedición como ésta sería de casi treinta talentos al mes, y la flota no se haría a la mar sin que hubiera sido distribuido un salario equivalente a la paga de varios meses. Los transportes para los hoplitas y los jinetes serían un gasto añadido, además de que el Estado debería proporcionar las armas a los peltastas. Sin embargo, los fondos procedentes de varias fuentes no estuvieron disponibles para incrementar un tesoro muy empobrecido, por lo que los atenienses no tuvieron preparado un número suficiente de trirremes hasta el 409.

Al final, Trasilo partió en el verano de ese año, pero no al Helesponto, sino hacia Jonia, vía Samos. Aunque los atenienses que estaban en los estrechos habían perdido en ese momento la ventaja creada por la victoria de Cícico, no parecían estar amenazados por un peligro inmediato. En cambio, Jonia ofrecía excelentes oportunidades. Sin flota espartana que la protegiera, Tisafernes había sido debilitado por las revueltas en Mileto, Cnido y Antandro, en el área de su satrapía, mientras simpatizantes de Atenas acechaban en la mayoría de las ciudades jonias, esperando una oportunidad para atraerlas hacia el bando ateniense. Las victorias que se obtuvieran allí ganarían prestigio para Atenas y un dinero desesperadamente necesario, al tiempo que la zona serviría de punto de apoyo para acciones más vitales en el Helesponto, hacia donde Trasilo tenía órdenes de dirigirse tras completar su tarea en Jonia.

Trasilo llegó a Samos en junio del 409, y rápidamente desembarcó en la tierra continental de Jonia para recuperar el control sobre las ciudades perdidas, hostigar el territorio de Tisafernes y recoger botín. Tras conseguir pequeños éxitos, incluyendo la recuperación de Colofón, sufrió una derrota en Éfeso que le obligó a renunciar a la campaña jonia. En su lugar, navegó hacia el norte siguiendo la costa y alcanzó el Helesponto justo antes del invierno.

Los fallos de Trasilo en Jonia revelaron sus defectos como general. En dos ocasiones, malgastó el tiempo, devastando el área y permitiendo que el enemigo se preparara para el ataque. Si hubiera avanzado de inmediato contra Éfeso, los atenienses podrían haber tomado la ciudad tan fácilmente como habían tomado Colofón. En la batalla por conquistar la ciudad, también empleó tácticas deficientes, al dividir sus fuerzas con pésimos resultados. Aunque la primera gran campaña del nuevo régimen democrático fue un fracaso, la mayor parte de la fuerza de Trasilo estaba intacta, y todavía habría tiempo de conseguir resultados importantes, bajo el mando de líderes más experimentados y hábiles.

Capítulo 34

El regreso de Alcibíades (409-408)

ATENAS INTENTA DESPEJAR LOS ESTRECHOS

Cuando los refuerzos atenienses de Trasilo llegaron finalmente al Helesponto, a finales del año 409, sus tropas no fueron admitidas de buena gana por las tropas atenienses allí instaladas. Alcibíades intentó unificar ambas fuerzas, pero los veteranos de las batallas de los estrechos se negaron a permitir que los hombres de Trasilo, que llegaban sin conocer la derrota y la humillación, se integraran entre sus filas. No obstante, los dos generales hicieron avanzar sus tropas hacia Lámpsaco, en la parte asiática del Helesponto, una base bien situada para lanzar incursiones contra Farnabazo, así como para atacar la principal base espartana en Abido. Contando con sus fuerzas de tierra y con su incontestada marina, podían seguir la línea de la costa y amenazar al enemigo por tierra y por mar. Durante el invierno del 409-408, los atenienses fortificaron Lámpsaco, para más tarde lanzar un ataque contra Abido.

Trásilo tomó treinta barcos y desembarcó cerca de la ciudad. Farnabazo llegó al rescate con su infantería y caballería, pero Alcibíades ya estaba en camino por tierra con la caballería ateniense y ciento veinte hoplitas. Este último había calculado su llegada para sorprender a Farnabazo cuando el sátrapa estuviera enfrentándose con las tropas de Trásilo. Los atenienses derrotaron por completo a los persas, erigieron un trofeo de la victoria, y se dedicaron a saquear el territorio de Farnabazo, con lo que consiguieron un abundante botín. La rápida reacción de Farnabazo, sin embargo, había salvado Abido, que permaneció en manos espartanas, por lo que la victoria puede considerarse como un fracaso estratégico. Aun así, el triunfo consiguió cerrar las heridas y disensiones en el seno del ejército ateniense: «Las dos partes estaban ahora unidas, y regresaron al campamento juntas con mutua buena voluntad y alegría» (Plutarco, *Alcibíades,* XXIX, 2).

En la primavera del 408, los atenienses partieron para expulsar al enemigo del Bósforo y conseguir un acceso libre al mar Negro, avanzando primero contra Calcedonia, en el lado asiático *(véase* mapa 26), cuyas defensas habían sido mejoradas por Clearco cerca de dos años antes. La guarnición espartana en esa ciudad estaba bajo el mando de Hipócrates, el harmoste o gobernador. Desde su base en Crisópolis, Terámenes inició la devastación del territorio calcedonio, viendo reforzada su posición con la llegada de Alcibíades y Trasilo con una flota de, quizá, ciento noventa barcos.

Para empezar su asedio de la ciudad amurallada de Calcedonia, los atenienses construyeron su propia empalizada desde el Bósforo al mar de Mármara. Esta acción dejó encerrados a los calcedonios en un triángulo, con el ejército ateniense y la empalizada de madera entre ellos y los persas. Con la flota ateniense controlando el mar, su envolvimiento fue completo. El ejército espartano hizo una salida para luchar, ante lo cual Trasilo marchó hacia ellos con sus hoplitas. La empalizada impidió que la infantería y la caballería de Farnabazo pudieran intervenir en la lucha. En ese momento, Alcibíades llevó su caballería y un pequeño contingente de hoplitas al combate, tras permitir que éste se prolongara durante algún tiempo, y logró romper finalmente la resistencia espartana. Hipócrates fue muerto, pero sus tropas huyeron a la ciudad, cerraron sus puertas y se aprestaron a la defensa. Una vez más, los atenienses fracasaron en la difícil tarea de tomar una ciudad por un medio diferente al asedio. Alcibíades partió en busca de dinero por las costas del

Helesponto, dejando la campaña en manos de sus colegas.

Aunque estaban cercados por tierra y por mar, los defensores de Calcedonia no habían perdido completamente la esperanza de resistir, ya que Farnabazo disponía de una gran fuerza a una corta distancia de allí, con la cual todavía podía abrirse paso a través de la empalizada y desafiar a los atenienses desde la retaguardia. Esta situación pudo ser tenida en cuenta en la negociación de un tratado entre los generales atenienses y Farnabazo, que cerraron en los siguientes términos: los calcedonios pagarían a Atenas el mismo tributo que pagaban anteriormente, junto con los atrasos que se habían acumulado, mientras que Farnabazo pagaría a los atenienses veinte talentos y se comprometería a llevar a los embajadores de Atenas ante el Gran Rey. Los atenienses, a cambio, prometerían no atacar a los calcedonios y no realizar incursiones en el territorio de Farnabazo hasta que los embajadores regresaran.

Este acuerdo, a diferencia de los establecidos con las ciudades sometidas que eran recuperadas, dejaba a los atenienses fuera de Calcedonia, pero les recompensaba con su tributo, los atrasos y una suma que equivalía a una indemnización que pagaría Farnabazo en nombre de la ciudad. Esto proveía a los atenienses de un dinero desesperadamente necesario, además de que prometía más rentas en el futuro, los libraba del coste de un asedio y los dejaba en libertad para ir contra Bizancio. Sin embargo, el acuerdo era temporal; sólo se mantendría en vigor hasta que las negociaciones con el Gran Rey acabaran. También permitía a Farnabazo quedarse con la ciudad sin tener que enfrentarse a un asedio y a una batalla que él prefería evitar. Las negociaciones podían hacer innecesaria una lucha posterior, y en todo caso otros acontecimientos podían evitar una victoria ateniense. Mientras tanto, el sátrapa mantenía Calcedonia, que era digna de la entrega de veinte talentos y de la firma de un extraño compromiso.

Aunque este acuerdo especial dejaba a Calcedonia en manos enemigas, la estrategia ateniense exigía la recuperación de todas las ciudades costeras en los estrechos. Por consiguiente, Alcibíades se encargó de reunir fondos y tropas tracias de la península de Gallípoli, para atacar inmediatamente Selimbria, en la costa norte de la Propóntide. Para evitar un asedio o un asalto, conspiró con un grupo proateniense del interior de la ciudad, que le abrió las puertas de la misma por la noche. Ofreció a los selimbrios condiciones favorables, al tiempo que imponía una estricta disciplina para hacerles ver que estaban vigilados. Ningún daño fue hecho a la ciudad o a sus habitantes; los atenienses se limitaron a colocar allí una guarnición y a recaudar algún dinero. Fue una acción muy hábil por su parte, que ahorró tiempo, recursos y vidas, y que, además, consiguió el objetivo que se proponía. Ésta era la clase de guerra en la que Alcibíades destacaba.

Al este de Selimbria estaba Bizancio, la ciudad clave que debía ser capturada para liberar el paso del Bósforo y la ruta al mar Negro. Alcibíades avanzó rápidamente para reunirse con Terámenes y Trasilo, que habían ido allí desde Calcedonia. A pesar del dominio ateniense del mar, de disponer de considerables fuerzas terrestres, así como de fondos adecuados para mantener a esas fuerzas, iban a descubrir de nuevo que tomar una poderosa ciudad amurallada como Bizancio no era una tarea sencilla. Los atenienses repitieron su estrategia de construir una empalizada para separar la ciudad del área interior circundante, mientras que la flota se encargaba de prevenir cualquier acceso a la ciudad desde el mar. Clearco, un duro harmoste espartano, se encargaba de la defensa de la ciudad. Con él estaba un cuerpo de periecos y unos pocos neodamodes, contingentes de Megara y Beocia, y un cuerpo de mercenarios; él era el único espartano.

Cuando el asalto ateniense sobre la ciudad fracasó, Clearco confió la defensa de Bizancio a sus subordinados y se dirigió a ver a Farnabazo, en ese momento en la costa asiática del Bósforo, con objeto de recoger la paga para sus tropas. También tenía la intención de reunir una flota que mantuviera a los atenienses fuera de Bizancio, atacando a sus aliados en los estrechos. Sin embargo, la situación en Bizancio era mucho peor de lo que Clearco había supuesto. Sus habitantes estaban hambrientos, mientras que él había demostrado claramente que era un gobernador acorde a lo que podía esperarse del modelo de comportamiento espartano, duro y arrogante. Su actitud había acabado por encolerizar a numerosos bizantinos influyentes que acabaron por unirse a Alcibíades en una conspiración. Al prometerles la misma benevolencia que había mostrado en Selimbria, les persuadió de que permitieran a los atenienses entrar en la ciudad en una noche cuya fecha fue

acordada. Extendió, a continuación, un falso rumor acerca de una misión ateniense en Jonia, y se alejó de la ciudad como si realmente fuera a partir en la tarde del día prefijado.

Cuando cayó la noche, el ejército regresó sigilosamente hacia los muros de Bizancio, mientras la flota entraba en el puerto para atacar a los barcos peloponesios amarrados allí. Cuando los defensores dejaron sus puestos para socorrerlos, dejando gran parte de la ciudad desprotegida, los conspiradores bizantinos permitieron que las tropas de Alcibíades y Terámenes, que esperaban el momento oportuno, entraran en la ciudad, para lo cual habían dispuesto escalas sobre los muros, que en ese momento ya no estaban vigilados. Sin embargo, los bizantinos leales a su ciudad lucharon tan bravamente que Alcibíades promulgó una declaración en la que les garantizaba su seguridad. Esta garantía convenció a los ciudadanos a revolverse contra el ejército peloponesio, cuyos integrantes cayeron, en su mayoría, luchando. Los atenienses cumplieron su palabra, restaurando a Bizancio como un aliado ateniense, sin enviar al exilio ni matar a ninguno de sus habitantes. La ciudad recuperó su autonomía, hasta el punto de que el gobernador y la guarnición peloponesia no fueron sustituidos por ningún destacamento ateniense, sino por bizantinos. Los prisioneros peloponesios tampoco fueron ejecutados, sino que fueron desarmados y llevados a Atenas para ser juzgados. Todas estas medidas significaban el comienzo de una nueva política de justicia y conciliación, adoptadas como un medio de recuperar el Imperio.

LAS NEGOCIACIONES ATENIENSES CON PERSIA

La voluntad ateniense de hacer concesiones importantes en Calcedonia sugiere un nuevo elemento en sus planes para ganar la guerra. Si habían rechazado la oferta de paz espartana era, en parte, porque esperaban separarla de Persia, y al regresar con fuerza al Helesponto tenían realmente una oportunidad de conseguir ese objetivo. Había llegado el momento de comprobar las intenciones persas y de hablar con el Gran Rey en persona. Las constantes derrotas y la pérdida de un gran número de barcos sin resultados positivos podían haberlo persuadido de lo caro y fútil de su política en ese momento. Además, la oferta unilateral de paz espartana era una flagrante trasgresión del tratado con Persia. Si las negociaciones tenían éxito, el Gran Rey aceptaría retirar el apoyo a los espartanos, que serían incapaces de luchar en el mar y se verían obligados a firmar la paz en condiciones nada favorables.

El punto débil de esta estrategia era que los objetivos particulares de cada parte estaban en conflicto directo. Ambos querían el control de las ciudades de Asia Menor y los ingresos que ellas proporcionaban. El compromiso temporal al que se llegó en Calcedonia no podía servir como modelo para un pacto permanente; y de hecho, se hace difícil imaginar los contenidos que un acuerdo aceptable debería haber comprendido. No obstante, los atenienses pensaban que valía la pena intentarlo. Por otra parte, habían recibido informes sobre una embajada espartana liderada por Beocio hacia Susa, y se habían propuesto frustrarla. En cualquier caso, tenían poco que perder en el intento.

Tras la batalla de Calcedonia, Farnabazo invitó a los atenienses a enviar embajadores, que él mismo escoltaría a Susa, para que hablaran ante el Gran Rey. El sátrapa y la embajada hicieron lentamente su camino, ya que a comienzos del invierno tan sólo habían alcanzado Gordio, en Frigia, donde permanecerían hasta la primavera. Después reanudaron su viaje hacia Susa, si bien pronto se encontraron con la embajada espartana guiada por Beocio, que regresaba de un favorable encuentro con el rey Darío II. Los espartanos les comunicaron que habían obtenido todo lo que querían y lo probaron al presentar a Ciro, el hijo del Gran Rey, que había venido «a ponerse al frente de todos los pueblos de la costa y a luchar junto a los espartanos» (Jenofonte, *Helénicas,* I, 4, 3). Esto puso fin a las esperanzas atenienses de llegar a un acuerdo con Persia, por lo que tendría que ponerse en marcha un plan alternativo.

ALCIBÍADES REGRESA

En la primavera del 407, los victoriosos generales atenienses ya habían partido del Helesponto hacia Atenas, pero aún desconocían las decepcionantes noticias de la embajada a Persia. La captura de Bizancio había liberado los estrechos de puertos enemigos, a excepción de Abido. Aunque la mayoría de los soldados y marineros atenienses habían estado fuera de Atenas durante años, ninguno estaba tan impaciente por regresar como Alcibíades, ya que éste era el momento que había buscado durante tanto tiempo. Sus complicadas maniobras desde que huyera a Esparta en el año 415 habían provocado que tanto los territorios de Esparta y de sus aliados como el Imperio persa fueran inseguros para él. Para preservar su propia seguridad y promover sus ambiciones, tenía que regresar a Atenas y consolidar su carrera pública en lo militar y en lo político.

Sin embargo, incluso su regreso a la cabeza de una flota victoriosa no le garantizaba una completa seguridad. Había ido a Samos como resultado de un golpe político, y había sido la flota estacionada allí la que le había asignado su primer mando militar, y no una elección regular en Atenas. Además, su regreso del exilio había sido acordado con los Cinco Mil, por lo que podía ocurrir que su vuelta no fuera del agrado de la democracia restaurada. Atenas todavía estaba llena de sus enemigos con diferentes opiniones políticas: demócratas que no le perdonaban sus difamaciones contra el gobierno popular y que estaban recelosos de su ambición, conservadores religiosos, patriotas que no habían olvidado su traición, así como otros políticos ambiciosos que temían competir con él. Alcibíades también necesitaba estar en guardia contra ataques y acusaciones que podían llevarle a una condena a muerte u obligarle a un peligroso exilio de nuevo. Su mejor defensa era sin duda el éxito militar, que le proporcionaba popularidad política. Sin embargo, después de la victoria de Abido y del gran triunfo de Cícico —que se le atribuía a él principalmente—, no se había decidido a regresar inmediatamente a Atenas. Quizá pretendía estar seguro de que ningún otro general le eclipsaría en su ausencia, y, aunque las destacadas acciones en Selimbria y en Bizancio sólo podían obrar en su favor, el acontecimiento decisivo que le dio confianza para regresar fue probablemente la ceremonia que selló el acuerdo en Calcedonia. Allí los generales y el sátrapa prestaron los usuales juramentos, pero Farnabazo rehusó considerar este tratado válido sin el juramento de Alcibíades, lo que proporcionó al ateniense la ocasión de presumir de la consideración que aún le tenían los persas. Por consiguiente, hizo que el sátrapa prestara el juramento de nuevo en iguales términos que él mismo, y al obrar así elevó su posición en un momento en que los atenienses estaban buscando el apoyo de Farnabazo para sus próximas negociaciones con Darío. En la primavera del 407, Alcibíades tenía toda la apariencia de ser, no sólo un gran general que había reavivado la fortuna de Atenas, sino también el único hombre que disponía del poder de privar a Esparta de la ayuda persa y, por lo tanto, de ganar la guerra. Ahora era el momento de regresar a Atenas.

Los atenienses dejaron una flota para vigilar los estrechos, lo que permitió igualmente el regreso de Trasilo y Terámenes. En su viaje de regreso, las fuerzas atenienses se aprovecharon de su dominio del mar para recuperar el control de muchos de los territorios perdidos. Trasibulo se hizo con la costa de Tracia, cuyas áreas más importantes eran la gran isla de Tasos y la poderosa ciudad de Abdera. Mientras tanto, Alcibíades, que había sido el primero en partir, se había dirigido hacia Samos y luego al sur hacia Caria, donde consiguió reunir cien talentos antes de regresar a la isla. Desde allí fue a Giteo, la principal base naval espartana en Laconia, donde pudo ver a los espartanos construyendo barcos, pero no llevó a cabo acción alguna contra ellos. ¿Por qué retrasaba de esa forma su regreso triunfal a Atenas?

El motivo estaba claro: quería averiguar «qué pensaba la ciudad [Atenas] acerca de él y de su regreso» (Jenofonte, *Helénicas,* I, 4, 11). Y esta explicación puede aplicarse igualmente a todo su comportamiento desde que partiera del Helesponto. Básicamente, su intención era esperar a que se produjeran las elecciones al generalato en el verano del 407. Los resultados sólo pudieron haber sido alentadores para él, desde el momento en que entre los componentes del nuevo cuerpo administrativo, cuyos nombres conocemos, se incluía el de su más ferviente partidario, Trasibulo,

así como los de otros de sus simpatizantes, pero ninguno de sus enemigos. A pesar de todo, Alcibíades actuaba con cautela. Legalmente, él debía ser condenado, y también maldecido por las más solemnes ceremonias religiosas, hasta el punto de que una estela que llevaba inscrita su condena y una maldición contra él permanecía erigida en la Acrópolis. Incluso después de que echara anclas en el Pireo, insistió en permanecer a bordo «por miedo a sus enemigos. Desde la cubierta de su barco, comprobó si sus amigos estaban allí. Cuando vio a su primo Euripólemo, hijo de Peisianax, y a otros familiares y amigos con él, accedió a desembarcar y subió a la ciudad, acompañado por un grupo de hombres dispuestos a defenderlo contra cualquier ataque que pudiera producirse» (Jenofonte, *Helénicas,* I, 4, 18-19). Sin embargo, no fue necesaria protección alguna, ya que la gran multitud que se había reunido en la orilla saludaba y voceaba sus felicitaciones. Cuando desembarcó, la multitud corrió a su lado aclamándolo y coronándolo con guirnaldas en honor a su victoria. Hubo mucha discusión acerca del alto coste de su ausencia, y muchos insistían en que se habría ganado Sicilia si Alcibíades hubiera sido dejado a cargo de esa misión. Había sacado a Atenas de una situación desesperada, y «no sólo había restaurado su dominio del mar, sino que incluso había traído la victoria sobre el enemigo en tierra en todas partes» (Plutarco, *Alcibíades,* XXXII, 4-5).

Esta cálida recepción, sin embargo, no le evitó tener que presentarse ante el Consejo y la Asamblea para ofrecer una defensa formal contra las antiguas acusaciones que había contra él. Se declaró inocente del cargo de sacrilegio por el que había sido acusado, y se quejó de sus desgracias. Con mucho tacto, no culpó ni a individuos particulares ni al pueblo en general por ellas, sino que las atribuyó sólo a su propia mala suerte y a una especie de malvado demonio personal que lo angustiaba. Después pasó a tratar las grandes perspectivas de futuro, minimizando las esperanzas del enemigo, e hizo que los atenienses recuperaran su confianza como había hecho en tiempos anteriores.

Alcibíades consiguió un éxito incondicional. Nadie recordó sus problemas pasados o se opuso a nada de lo que él y sus partidarios habían propuesto. Los atenienses le absolvieron de todos los cargos, le devolvieron las propiedades que le habían sido confiscadas, ordenaron a los sacerdotes que revocaran las maldiciones que habían invocado contra él, y lanzaron finalmente la estela, que llevaba inscrita su sentencia y otras acusaciones contra él, al mar.

El pueblo votó a favor de que se le concedieran coronas doradas y le hicieron general en jefe *(strategós autokrátor)* con mando sobre tierra y mar.

Sin embargo, incluso en ese momento, en la cúspide de su popularidad, no todo iría bien. Teodoro, gran sacerdote de los misterios, obedeció la orden y revocó la maldición sólo a regañadientes, argumentando que: «No invocaré mal alguno contra él, si nada malo hizo a la ciudad» (Plutarco, *Alcibíades,* XXXIII, 3). Sin duda, esta reserva reflejaba la continua sospecha y la mala voluntad de algunos atenienses. En el 407 representaban una pequeña minoría, pero actuaban como un recordatorio de que Alcibíades tan sólo mantendría su posición mientras tuviera éxito. Algunos incluso consideraron un portento nefasto el hecho de que hubiera regresado a Atenas en el día de la ceremonia llamada Plinteria, en la que los vestidos de la estatua de madera de Atenea Polias eran quitados y lavados, y su imagen ocultada de la vista. Aquél era considerado como el día más desafortunado del año para emprender grandes acciones. Plutarco nos dice que parecía como si la diosa no hubiera deseado dar la bienvenida a Alcibíades de una manera amistosa, sino más bien esconderse de él y rechazarlo. Jenofonte nos cuenta que el hecho de que llegara en aquel día impresionó a algunos ciudadanos, que consideraron el asunto como un mal presagio tanto para él como para la ciudad. Aunque realmente sólo unos pocos atenienses se dieron cuenta de la coincidencia, los enemigos de Alcibíades la memorizaron para usarlo en el futuro. Nosotros constatamos la ironía del hecho de que, después de tomarse tantas precauciones para su regreso, hubiera olvidado ese sagrado día. Su viejo rival, Nicias, nunca hubiera cometido un error como ése. Alcibíades pudo haber tomado su primer paso importante tras su regreso precisamente haciendo frente a esta impresión negativa. El festival relacionado con los misterios eleusinos era, quizás, el evento más solemne e impresionante del calendario religioso ateniense. Tradicionalmente, cada año una procesión sagrada recorría los veintidós kilómetros hasta Eleusis, en la frontera noroccidental

del Ática, cuando los iniciados en los misterios eleusinos llevaban los objetos sagrados de Deméter, acompañados por la imagen de Iaco, bajo la forma de una joven deidad masculina que llevaba una antorcha y asistía a las diosas Deméter y Perséfone. Los iniciados llevaban coronas de mirto, los sacerdotes iban con ropas engalanadas, y coros de flautistas, tañedores de liras y corifeos entonaban el himno. Sin embargo, desde hacía algunos años, la presencia de un fuerte espartano en Decelia había impedido la celebración de las procesiones y en el 413 los iniciados se vieron obligados a hacer el viaje por mar sin el esplendor y pompa habituales.

Alcibíades, con su agudo sentido para los gestos espectaculares, reconoció la oportunidad de poner un punto final a su problema religioso con un sencillo y audaz golpe. Después de consultar a los sacerdotes más destacados, se dispuso a tomar parte en la gran procesión a la manera tradicional. Protegido por sus guardaespaldas y por una guardia armada, escoltó a los celebrantes a lo largo de la ruta sagrada. Este espectáculo, entendido como un acto de piedad, ayudó a desbaratar las sospechas religiosas contra él; como una demostración de audacia y valor militar, contribuyó a justificar los poderes extraordinarios que habían sido votados para él, al tiempo que elevaba el espíritu del ejército ateniense; políticamente fue un golpe maestro. Ninguna acción propagandística de las que llevaron a cabo Alcibíades y Nicias en el pasado puede compararse a ésta, ni en oportunidad ni en el efecto conseguido. Alcibíades había regresado, culminando su venganza.

Capítulo 35

Ciro, Lisandro y la caída de Alcibíades (408-406)

La victoria en el Helesponto hizo posible que los atenienses pudieran prestar atención al teatro de operaciones en Jonia y en el mar Egeo, en la que muy bien podía ser considerada como la última fase de una guerra victoriosa. Tras la gloriosa marcha a Eleusis, la Asamblea decidió colocar una fuerza de cien trirremes, mil quinientos hoplitas y ciento cincuenta jinetes bajo el mando de Alcibíades. Los otros generales eran Aristócrates, Adimanto y Conón, todos ellos escogidos por él. En octubre, se encargaron de dirigir esta poderosa fuerza de combate al Egeo con el objeto de recuperar las zonas que todavía estaban en manos del enemigo. Esos territorios incluían ciudades jonias estratégicas como Mileto y Éfeso, e islas tan importantes como Quíos, sin olvidar las estratégicamente emplazadas Andros y Tenos. Al perseguir ese objetivo, podían restaurar el Imperio, incrementar los ingresos esenciales para Atenas y, quizás, aplastar a la flota espartana, así como convencer a Persia para que se retirara de la guerra. Sin embargo, durante los meses en que Atenas estuvo inactiva, los espartanos habían estado muy ocupados reconstruyendo su flota, lo que elevó el número de sus barcos a setenta trirremes. No menos significativo fue el cambio en el liderazgo del enemigo. El rey Darío había revocado el mando de Tisafernes, completamente desacreditado por su ruptura con los espartanos y por el aparente fracaso de su política, y lo había reemplazado por su hijo más joven, Ciro, concediendo a Tisafernes la pequeña provincia de Caria. Ésta fue una notable decisión, ya que Ciro no había cumplido todavía los diecisiete años, y sin embargo existían otros candidatos para ese puesto que contaban con más experiencia, incluido su propio hermano mayor. Aun así, fue al inexperto adolescente al que el Gran Rey envió a Sardes con el título de *káranos* (señor o gobernador) de la satrapía de la Anatolia occidental, asignándole el control de Lidia, Frigia mayor y Capadocia, además del mando de Jonia. Darío hizo este sorprendente nombramiento por influencia de su esposa, Parisatis, a la que disgustaba su hijo mayor, Arsaces.

El joven príncipe Ciro y su madre pretendían ganar la sucesión al trono de Persia en detrimento de Arsaces. En una fecha tan temprana como el 406, Ciro demostró su arrogancia y ambición ordenando la ejecución de dos de sus primos reales, simplemente porque no le habían mostrado la deferencia debida al Gran Rey. Sin embargo, incluso con la ayuda de su madre, Ciro tenía un difícil camino por delante si quería conseguir el trono. Contaba con poderosos enemigos en Persia, sin olvidar a los atenienses, nuevamente dignos de consideración, con los que debería enfrentarse. Necesitaba encontrar ayuda efectiva para ganar su guerra por la sucesión cuando llegara el momento oportuno.

Su prioridad era la derrota de los atenienses, si bien esto sólo podía ser conseguido contando con los espartanos y sus aliados, que parecían incapaces de ganar en el mar, con independencia de cuántos barcos o de cuánto apoyo financiero recibieran de Persia. La victoria requería de un jefe naval de una calidad que los espartanos nunca habían producido. Ciro también tenía que conseguir apoyo militar en Esparta para sus ambiciones personales, lo que parecía una tarea realmente difícil, si tenemos en cuenta que espartanos y persas mantenían intereses enfrentados. El joven príncipe persa no podía esperar que los reyes espartanos, los Éforos, la Gerusía y la Asamblea utilizaran su poder para colocarle en el trono persa, aunque obrando así pudieran ganar la guerra. Por consiguiente, necesitaba hacerse con una facción o con un particular de extraordinario talento militar que tuviera razones para cooperar con él, y también la autoridad de traer consigo a Esparta. Por un increíble golpe de buena suerte, ese hombre estaba esperando a que Ciro hiciera su viaje a Sardes en el verano del 407.

LA APARICIÓN DE LISANDRO

El nuevo navarca espartano en el 407 era Lisandro, un *mothax,* el hijo de un padre espartiata y una madre ilota, o posiblemente de un espartano empobrecido que había perdido su estatus. En cualquier caso, Lisandro habría sido colocado como el compañero para su hijo por algún espartiata de suficientes medios, educado a la manera espartana, y seleccionado para la obtención de la plena ciudadanía por medio de la concesión —muy inusual—de una parcela de tierra.

El ascenso de una figura tan oscura a un alto mando militar requiere de una cierta explicación. El padre de Lisandro, aunque pobre, era de ascendencia noble, lo que hacía que el joven destacara entre sus compañeros. Sin embargo, más adelante, durante la guerra, los espartanos llegaron a nombrar a no menos de tres motaces a la posición de navarca: Gilipo, el héroe de Siracusa, Lisandro y su sucesor, Calicrátidas. Durante toda la guerra, y hasta ese momento, los oficiales navales espartanos habían hecho un pobre papel frente a los atenienses. Pero ahora, cuando la guerra en el mar se convirtió en algo primordial, los espartanos estaban preparados para tomar las medidas que fueran necesarias para conseguir el éxito allí, incluso si para ello tenían que recurrir al nombramiento de hombres de talento que no pertenecieran al restringido círculo de los espartiatas para el supremo mando naval.

Sin duda, Lisandro había demostrado un talento superior para el combate, de lo cual no poseemos información, aunque su ascenso a una posición de importancia probablemente también fue debida a un poderoso patrocinio. Normalmente, a la edad de doce años los jóvenes espartiatas se ponían bajo la tutela de un hombre mayor, de entre veinte y treinta años, como mentor y amante. Los escritores antiguos tienden a insistir en el lado educativo, moral y espiritual de relación, pero no hay dudas sobre sus aspectos físicos también. Lisandro era el amante *(erastés)* del joven Agesilao, el hermanastro del rey Agis.

Estas conexiones podían tener también un significado político, ya que la relación entre un amante adulto y un adolescente eran muy cerradas, y con el paso de los años se crearía un vínculo muy fuerte entre ellos. Lisandro tuvo, más tarde, un papel destacado en la ascensión de Agesilao al trono de Esparta, y persuadiría al joven rey para que emprendiera una gran campaña contra Persia en el 396.

Lisandro pareció tener, igualmente, una buena relación con Agis, con el que compartía un deseo de reemplazar el Imperio ateniense por la hegemonía espartana, si bien muchos espartanos no pensaban así. Los dos hombres también colaboraron activamente en diseñar la estrategia espartana hacia el final de la guerra. Hay buenas motivos para apoyar la opinión común que coloca a Lisandro y Agis como asociados políticos, una vez que el primero hubo conseguido un cierto prestigio. Es fácil suponer que el joven Lisandro se benefició de esta asociación, ya que cultivó cuidadosamente sus relaciones personales con espartanos influyentes, mientras perseguía sus ambiciones políticas. «Por naturaleza, parece haber sido muy atento con los hombres poderosos, más allá de lo que era habitual en un espartiata, y también muy condescendiente con los excesos de autoridad en nombre del beneficio» (Plutarco, *Lisandro,* II, 1-3). Sin duda, destacó entre los espartanos por su espíritu competitivo y por su ambición.

Lisandro quería gloria, pero también lo empujaba su ambición de poder. Una tradición suficientemente creíble lo retrata en años posteriores intentando alterar la Constitución espartana para que se le permitiera convertirse en rey. Sin duda poseía tales ambiciones cuando se hizo cargo de su mando naval en el 407. La fuerza de sus aspiraciones personales requería que él demostrara sus cualidades únicas y que se hiciera indispensable para los espartanos, pero si sus intereses particulares llegaban a chocar con los del Estado, este último saldría perdiendo.

En la primavera del 407, Lisandro partió a través del Egeo en dirección a Jonia, acumulando barcos mientras él navegaba, de tal modo que cuando alcanzó el Asia Menor poseía una flota de setenta trirremes. Estableció su base no en Mileto, como los espartanos habían hecho anteriormente, sino más hacia el norte, en la ciudad de Éfeso. Las limitaciones de Mileto eran evidentes: su

posición al sur de Samos significaba que cualquier flota espartana que se dirigiera a los estrechos podía ser interceptada por los atenienses. Éfeso, al norte de Samos, no tenía ese problema y, sin embargo, contaba con otras ventajas. Por ejemplo, estaba mucho más cerca de Sardes, la capital de aquella provincia persa. La ciudad había incorporado muchas características de Persia, y era agradable para los oficiales persas, a los que les gustaba ir allí, por lo que era el lugar idóneo para que Lisandro pudiera poner en práctica sus habilidades personales para influir en su aliado y financiador. Lisandro también encontró a la aristocracia de la ciudad «tanto amistosa hacia él, como celosa de la causa espartana» (Plutarco, *Lisandro,* III, 2).

A diferencia de sus predecesores, Lisandro entendió la necesidad de un puerto de un tamaño, condición, población y localización capaz de acoger a una gran flota y un ejército. Ya que Éfeso reunía todas estas condiciones, de inmediato se puso a la tarea de convertirla en un centro comercial y en un astillero importante. Sin embargo, conseguirlo requeriría de algún tiempo, y Lisandro se aprovechó de la ventaja de una conveniente demora de los atenienses para mejorar las técnicas peloponesias y su pericia en la guerra con trirremes. Pasaba el tiempo sin buscar batalla mientras se ocupaba de preparar su flota, construir su base y entrenar a sus tripulaciones. Todo lo que él necesitaba era el dinero para pagarlas, y la llegada de Ciro durante el verano resolvió ese problema.

El encuentro entre el ambicioso y joven príncipe y el no menos ambicioso oficial espartano fue una de esas raras conjunciones en la historia en la que los individuos involucrados en una acción tienen un papel decisivo en determinar el curso de los acontecimientos. Lisandro, el perfecto hombre para su tiempo, fue también práctico y muy hábil en el arte de ganarse la confianza de reales jóvenes y ambiciosos. Su maestría en el disimulo y el uso de subterfugios era proverbial; su estilo consistía en «engañar a los jóvenes con los dados y a los hombres con juramentos» (Plutarco, *Lisandro, VIII,* 4). Lisandro era el único entre los espartanos que podía entenderse con Ciro y conseguir el apoyo necesario para la victoria.

LA COLABORACIÓN DE CIR O Y LISANDRO

Los dos líderes se llevaron espléndidamente bien desde el principio. Lisandro echó las culpas de anteriores fracasos y malos entendidos a Tisafernes, un enconado enemigo de Parisatis, y pidió al príncipe que cambiara la política persa y apoyara a los espartanos plenamente contra el enemigo común. Ciro contestó que él tenía la intención de hacer todo lo que estuviera en su mano por conseguir la victoria. Traía quinientos talentos con él, y prometía utilizar su propio dinero en el esfuerzo, y si eso no fuera suficiente, se comprometía a hacer pedazos el trono en el que se sentaba, que estaba hecho de oro y plata. La oferta no era más que una bravuconada, ya que cuando Lisandro solicitó que Ciro doblara la paga de sus remeros para alentar las deserciones en la flota ateniense, el joven príncipe tuvo que admitir que sólo podía pagar los tres óbolos especificados en el tratado.

Pero Lisandro puso a trabajar su talento como cortesano, y «con su sumisa deferencia en la conversación» (Plutarco, *Lisandro,* IV, 2) se ganó el corazón del joven príncipe. Cuando se separaron, Ciro le preguntó qué era lo que más le agradaría, a lo que el espartano respondió: «Que añadas un óbolo a la paga de cada marinero» (Jenofonte, *Helénicas,* I, 5, 7). Ciro no sólo se mostró de acuerdo, sino que le entregó más dinero en concepto de atrasos, y le ofreció a Lisandro por adelantado la paga de un mes para sus tropas. Sólo un príncipe real, y favorito de la reina, podía aumentar la paga de los espartanos sin recibir una autorización.

Pero Lisandro dependía, en buena medida, de la buena voluntad del príncipe persa. Para reforzar su propia posición, convocó una reunión en Éfeso de los hombres más poderosos de las ciudades de Jonia, y les urgió para que formaran grupos políticos *(hetairíai),* asegurándoles que cedería el control de las ciudades a los aristócratas si ganaba la guerra. Gracias a esta promesa, consiguió un fuerte apoyo y grandes contribuciones financieras. Sin duda alguna, su estrategia se basaba en conseguir lealtades personales hacia su propia persona por parte de los individuos más adinerados, a los que más tarde intentaría usar para sus propios propósitos. Como observa Plutarco, él les hizo favores personales «sembrando en ellos las semillas de las decarquías revolucionarias que más tarde

implantaría» *(Lisandro,* VI, 3-4).

Los atenienses, preocupados por las consecuencias del encuentro entre Ciro y Lisandro, intentaron utilizar a Tisafernes como intermediario. Aunque el antiguo sátrapa era claramente el hombre equivocado para ese trabajo, ya que había caído en desgracia con la familia real y era un hombre odiado que despertaba el recelo de ambos bandos, urgió al príncipe a que volviera a la vieja política de tomar una posición de equilibrio entre los dos bandos griegos con objeto de desgastarlos. Sin embargo, Ciro estaba firmemente comprometido en un planteamiento muy diferente del asunto, y no sólo rechazó su consejo, sino que se negó rotundamente a recibir a los embajadores atenienses. Los esfuerzos atenienses para terminar la guerra mediante acuerdos diplomáticos con Persia habían fracasado, tanto con Darío como con Ciro, por lo que la lucha tendría que continuar.

LA BATALLA DE NOTIO

La situación estratégica obligó a los atenienses a intentar forzar una batalla naval con Lisandro en Éfeso, ya que una victoria les permitiría dominar el Egeo y los estrechos sin oposición, y traer de vuelta al Imperio a los Estados en rebelión y sus rentas. Si lograban destruir otra flota enemiga, podrían incluso persuadir a los espartanos de llegar a un acuerdo de paz en términos aceptables, o, en todo caso, los persas podrían empezar a replantearse su apoyo. Pero los atenienses tendrían que golpear con rapidez, ya que cada día que pasara podría traer nuevas deserciones de su marina, debido a la mayor paga ofrecida por los peloponesios.

Sin embargo, Alcibíades no navegó directamente hacia la base espartana en Éfeso. En lugar de eso, con Eubea en manos del enemigo, intentó tomar Andros, una isla en la ruta de los barcos de grano que venían del Helesponto. Aunque derrotó al enemigo en tierra, no pudo tomar la isla, y se limitó a dejar una pequeña fuerza para que continuase la tarea después de partir. Sus enemigos en Atenas utilizarían más tarde este intento fallido contra él.

Desde Andros, navegó hacia el sudeste, a Cos y Rodas, en busca de dinero y botín con el que pagar a sus hombres. El tesoro ateniense estaba todavía muy bajo de fondos, y Alcibíades no dispondría de suficientes recursos como para mantener a su flota en el mar durante mucho tiempo si Lisandro seguía sin salir de puerto. Aunque tiene sentido que intentara acumular tanto dinero como pudiera antes de enfrentarse a Lisandro, este retraso proporcionó al enemigo incluso más tiempo para mejorar su flota, gracias a las deserciones y a un duro entrenamiento.

A continuación, Alcibíades navegó hacia Samos y a Notio, el puerto de Colofón, que estaba situado en la costa al nororeste de Éfeso. Aunque Notio no era una base naval muy importante, serviría como un excelente punto de lanzamiento para ataques sobre Éfeso; además, desde allí los atenienses podrían impedir que los barcos espartanos navegaran entre Éfeso y Quíos, evitando así cualquier intento por parte del enemigo de dirigirse hacia el Helesponto. En Notio, Alcibíades estaba al mando de ochenta barcos, pues había dejado veinte en Andros, mientras que la flota de Lisandro se había incrementado hasta alcanzar los noventa. A pesar de su ventaja numérica, Lisandro no salió del puerto para combatir, convencido de que el tiempo estaba de su parte. Su flota había mejorado gracias a su programa de prácticas y entrenamiento, y los salarios más altos concedidos por Ciro «vaciaban los barcos del enemigo, porque la mayoría de los marineros se ponían de parte de aquellos que pagaban más, mientras que aquellos que se quedaban se mostraban desanimados y rebeldes, y causaban problemas a sus oficiales todos los días» (Plutarco, *Lisandro,* IV, 4).

Aunque cualquier oficial ateniense hubiera entendido la necesidad de actuar rápidamente, por la misma razón que Lisandro estaba intentando esperar el momento oportuno, Alcibíades tenía además razones particulares para moverse con presteza. El análisis de Plutarco acerca de sus razones es notable: «Si alguna vez alguien fue destruido por su propia reputación, ése fue Alcibíades. Todos le consideraban un hombre lleno de audacia e inteligencia, de las que dependía su éxito, por lo que cuando no conseguía algo se sospechaba que era porque no lo había intentado realmente, convencidos como estaban de que no había nada que él no pudiera hacer. Si él se lo proponía, nada

podía escapársele» (Plutarco, *Alcibíades,* XXXV, 2). A pesar de los poderes extraordinarios y de las grandes fuerzas que se le habían asignado, fracasó en Andros y todavía no había encontrado la manera de hacer que Lisandro se arriesgara a una batalla naval. A menos que consiguiera un éxito pronto, se arriesgaba a levantar las sospechas del pueblo y a proporcionar nuevos argumentos a sus enemigos.

Alcibíades permaneció en Notio más o menos durante un mes, pero hacia febrero del 406 dejó allí al grueso de su flota y partió para unirse a Trasibulo en el asedio de Focea. Probablemente esto era parte de un plan para obligar a Lisandro a salir del puerto y luchar: si los atenienses tenían éxito en tomar las ciudades jonias, Lisandro no podría permanecer ocioso por más tiempo y tendría que hacerles frente. Focea era un objetivo bien elegido para esta estrategia, ya que estaba bien situada para lanzar ataques hacia Cime, Clazómena e incluso Quíos. Alcibíades llevó sólo transportes de tropas con él para esta misión, dejando sus trirremes frente a Éfeso con el objeto de controlar a la creciente flota espartana. El hombre que puso a cargo de la flota allí durante su ausencia fue Antíoco, un oficial menor, un timonel o *kybernetes,* que era el piloto del propio barco de Alcibíades. Este nombramiento, único en toda la historia conocida de la marina ateniense, ha sido muy criticado desde la Antigüedad hasta los tiempos modernos. Normalmente, una flota de ese tamaño debería haber sido confiada a uno o más generales, pero parece que todos los colegas de Alcibíades se encontraban en ese momento asignados a otras misiones. Si ése hubiera sido el caso, la práctica habitual habría sido nombrar a un capitán de barco (trierarca) que tuviera experiencia en la guerra naval y que se hubiera distinguido en campañas anteriores. Entre los numerosos capitanes presentes en Notio un hombre de esas características debería ser fácil de encontrar. Sin embargo, en defensa de Alcibíades, puede decirse que el *kibernetes* eran usualmente hombres de gran experiencia y habilidad en las tácticas de la guerra naval, habiendo participado en muchas batallas, por regla general más que cualquier capitán, y desde luego resultaba vital para la superioridad naval ateniense. Además, no cabe duda de que Alcibíades no esperaba ni deseaba que se produjera una batalla naval en su ausencia, habiendo dado a Antíoco una simple y clara orden antes de partir: «Que no atacara a los barcos de Lisandro» (Jenofonte, *Helénicas,* I, 5, 11). Un subordinado con rango inferior sería más probable que obedeciera una orden como ésa, sin ponerla en cuestión y sin buscar complicaciones, que un oficial de alto rango y opinión independiente. Lo que Alcibíades necesitaba en ese momento era un hombre en el que pudiera confiar, y Antíoco, su timonel personal y su subordinado durante años, parecía la elección perfecta.

Pero Alcibíades se había equivocado con su hombre: Antíoco, impresionado por aquella oportunidad de conseguir la gloria, diseñó una estrategia y lanzó un ataque. Probablemente basó su plan en aquel que había conducido a la brillante victoria ateniense en Cícico, quizás el logro naval más grande de la era de los trirremes. Pero la estratagema en Cícico había dependido de la ocultación y del engaño, así como del uso de la geografía y del tiempo para esconder la llegada de la flota, su número y localización. Ninguno de esos elementos estaba presente en Notio; no existía posibilidad alguna de ocultar los barcos, así como tampoco de recurrir a trampas similares. Además, Lisandro había estado estudiando la flota ateniense durante más de un mes, y había recibido excelentes informes sobre su número y sus operaciones gracias a los desertores que habían llegado a su campamento. También estaba bien informado acerca de todo lo relativo a la batalla de Cícico y de las tácticas atenienses empleadas allí.

Sin embargo, Antíoco hizo su movimiento inicial basándose en el que hiciera Alcibíades en Cícico. Con su propio barco en cabeza, dirigió diez trirremes hacia Éfeso, e instruyó al resto para que estuvieran preparados en Notio «hasta que el enemigo se encontrase suficientemente lejos de la costa» *(Hellenica Oxyrhynchia,* IV, 1). La idea era persuadir a Lisandro a que intentara dar caza a su pequeña flota, en mar abierto, hacia Notio. Una vez que los barcos espartanos hubieran salido, el resto de la flota ateniense intentaría obstruir el regreso del enemigo al puerto para obligarles a una gran batalla, o, en todo caso, los perseguirían cuando huyeran.

Sin embargo, Lisandro era plenamente consciente de que Alcibíades estaba en Focea y de que la flota ateniense estaba en manos de un hombre que no había detentado antes un mando. Era una oportunidad sin precedentes y, cuando se vio ante ella, el líder espartano decidió «hacer algo digno

de Esparta» (Diodo-ro, XIII, 71, 3). Atacó al barco que lideraba la formación ateniense con tres de sus trirremes, hundiéndolo y acabando así con Antíoco. Los otros nueve barcos que debían actuar como señuelo se dieron de inmediato a la fuga, perseguidos por toda la flota espartana. Lisandro comprendió que había sorprendido a los atenienses y arruinado su plan, por lo que se apresuró a sacar partido de la confusión del enemigo. La fuerza principal naval ateniense debía esperar en Notio, de acuerdo con las órdenes que había recibido, hasta que divisara a la vanguardia ateniense lo suficientemente destacada de la flota enemiga en persecución, antes de hacerse a la mar. En lugar de eso, vio a la pequeña fuerza huyendo y dispersándose, con toda la flota espartana dándole caza. Sin tiempo para disponerse en una correcta formación de combate, y sin una mano directora que organizara la fuerza e impartiera órdenes, cada trierarca partió con su barco tan pronto como pudo, con lo que los atenienses fueron al rescate «sin ningún orden» (Diodoro, XIII, 71, 4). Perdieron veintidós barcos en la batalla que siguió, mientras que Lisandro quedaba con el dominio del mar y levantaba un trofeo para señalar su victoria inesperada en Notio.

Alcibíades alcanzó el escenario de la batalla tres días más tarde, trayendo treinta trirremes de Trasibulo con él, con lo que el total de los barcos atenienses en Notio ascendería a ochenta y ocho (sin contar los veintidós perdidos en la batalla). Desesperado por deshacer la derrota, navegó hacia Éfeso con la esperanza de arrastrar a Lisandro al combate de nuevo, pero el espartano no vio motivos para arriesgarse contra una flota de igual fuerza y bajo el mando de un formidable oficial. Alcibíades no pudo hacer nada, y regresó a Samos sin haber podido devolver el golpe.

Aunque Lisandro demostró su gran talento en la batalla y es digno del mérito que consiguió por ella, su victoria se debió en gran parte a los terribles errores de los atenienses. Éstos culparon airadamente a Alcibíades por su derrota, y con motivos. Cualquiera que hubiera sido su propósito al ir a Focea, fue una imprudencia inexcusable el haber dejado todos sus trirremes, teniendo en cuenta la superioridad del enemigo, en manos de un hombre sin experiencia en el mando. Aunque los atenienses perdieron pocos hombres en Notio y disponían todavía de ciento ocho trirremes en el Egeo —y, por tanto, de una superioridad numérica—, desde el punto de vista estratégico fue una derrota importante, invirtiendo la marcha de la guerra, que tan favorable había sido a los atenienses desde la batalla de Cícico. Atenas no recuperaría pronto su posición en Jonia, ni tomaría la isla de Andros. La moral de los soldados y marineros atenienses en la base de Samos también se vio afectada negativamente, y las deserciones comenzaron a incrementarse.

Los esfuerzos subsiguientes de Alcibíades por recuperar la iniciativa no tuvieron éxito, ya que, tras dirigir a todas sus fuerzas a Cime y comenzar a devastar el territorio alrededor de la ciudad, fue cogido por sorpresa por el ejército local, que obligó a los atenienses a regresar rápidamente a sus barcos. Este nuevo fracaso, al haber tenido lugar tan poco tiempo después de la derrota de Notio, proporcionó a los enemigos de Alcibíades nuevos argumentos y acusaciones contra él.

LA CAÍDA DE ALCIBÍADES

Mientras Alcibíades estaba fuera, los acontecimientos que ocurrían en Atenas suponían nuevos problemas para él. Aprovechándose de la ausencia de los numerosos hoplitas y jinetes atenienses, que estaban en campaña, Agis dirigió una numerosa fuerza de hoplitas beocios y peloponesios, de tropas con armamento ligero, y de caballería, hacia las murallas de Atenas en una oscura noche. Aunque fueron contenidos, saquearon el Ática antes de dispersarse, lo cual aumentó el disgusto de los atenienses cuando conocieron las noticias de la derrota en Notio y del fracaso en Cime. Los enemigos de Alcibíades consideraron que había llegado la oportunidad que esperaban para atacarlo. Mientras tanto, un encarnizado enemigo de Alcibíades, llamado también Trasibulo, hijo de Traso, acababa de regresar del campamento de Samos lleno de las más siniestras intenciones. En la Asamblea ateniense anunció que Alcibíades había conducido la campaña como si se tratara de un crucero de lujo, como había quedado patente al asignar para el mando de la flota a un hombre cuyos únicos talentos eran beber y contar historias de marineros, «para que él mismo pudiera ser libre de navegar y recaudar dinero y dedicarse a una vida libertina emborrachándose y visitando prostíbulos en Abido y Jonia, incluso cuando la flota enemiga estaba muy cerca» (Plutarco, *Alcibíades,*

XXXVI, 2). Además, los embajadores de Cime lo acusaron de atacar «a una ciudad aliada que no hacía nada inconveniente (Diodoro, XIII, 73, 6). Al mismo tiempo, algunos atenienses le echaron la culpa de no haber intentado capturar la ciudad, acusándolo de haber sido sobornado por el Gran Rey». Otros se quejaron de sus fechorías pasadas, de su ayuda a los espartanos y de su colaboración con los persas, quienes, según sus acusadores, le nombrarían sátrapa de Atenas cuando la guerra acabara. Acusaciones viejas y nuevas, verdaderas y falsas llovieron sobre él hasta que alguien, quizá Cleofón, propuso destituirle de su rango, y la moción fue aprobada.

Los atenienses nombraron a Conón para que tomara el mando de la flota en Samos, y Alcibíades partió otra vez para el exilio, pensando que eso era lo mejor antes que regresar a Atenas, donde sus muchos oponentes lo estaban esperando con una oleada de pleitos privados y quién sabe cuántas acusaciones públicas. También tuvo que dejar Samos, ya que las fuerzas allí reunidas se habían vuelto también hostiles a su persona, mientras que, por otra parte, estaba claro que no sería bienvenido ni en el territorio espartano ni en el persa. Sin embargo, previendo quizá su posible destino, Alcibíades se había preparado un puerto seguro al que acudir en un puesto fortificado que se había hecho construir en la península de Gallípoli, mientras estuvo de servicio en el Helesponto, y allí se dirigió.

Muchos han juzgado esta última partida de Alcibíades y su destitución del mando de las fuerzas atenienses como un punto de inflexión en la última fase de la guerra y como un desastre para Atenas. Aunque quizá sea cierto que sus primeros éxitos como oficial en tierra o en mar en el 411 y el 408 lo definieron como un buen líder de caballería y un oficial naval competente, sin duda el oficial más hábil en las campañas de los estrechos no fue Alcibíades, sino Trasibulo, hijo de Lico. Sin embargo, las ambiciones personales de Alcibíades, como siempre, probaron ser un severo lastre que condujo al aumento tanto de sus enemigos como de la intensidad de su odio. La impaciencia con que esperaban para atacarle le obligó a buscar extraordinarios logros y a hacer promesas que no podían ser cumplidas, con el objeto de conseguir y mantener una popularidad que garantizara su propia seguridad. Esto le llevó a tomar riesgos que otro general hubiera evitado, y que estaban destinados a traer el desastre a Atenas.

En ese momento, Alcibíades también suponía un lastre político, un personaje que causaba divisiones al evocar fuertes sentimientos de admiración o disgusto, pero sin contar nunca con un constante apoyo de una gran parte de la ciudadanía. Él no pudo ganar nunca una mayoría digna de confianza que apoyara su política, mientras que jamás se hubiera subordinado a otro por el beneficio de Atenas. Sin embargo, al mismo tiempo, fue capaz de evitar que otro tomara el liderazgo, ya que los atenienses, en tiempos de crisis, regresaban a su altivez y a sus promesas de salvación. Como el personaje de una comedia dijo menos de un año después de Notio: «Ellos lo añoraban, lo odiaban, pero querían tenerlo de vuelta» (Aristófanes, *Las ranas,* 1.425). Su desgracia también malogró a amigos tan solventes como Trasibulo y Terámenes, privando a Atenas de sus oficiales más capaces en un momento en que eran imprescindibles, lo que, al final, puede haber sido la consecuencia más importante de la victoria espartana en Notio.

Capítulo 36

Las Arginusas (406)

La caída de Alcibíades arrastró a sus amigos con él, principalmente a Trasibulo y a Terámenes, que no fueron reelegidos como generales en la primavera del 406. Sin embargo, los enfrentamientos entre distintas facciones no eran el factor predominante a la hora de elegir un nuevo cuerpo de generales: los votantes estaban interesados especialmente en seleccionar a hombres que fueran oficiales navales con experiencia, sin importar la facción a la que pertenecieran, aunque, dadas las circunstancias, estaba claro que era mejor que no fuesen simpatizantes de Alcibíades.

El propio Alcibíades fue reemplazado por Conón como almirante de la flota ateniense en Samos a comienzos del 406. Las mejores pagas ofrecidas por Lisandro y las pérdidas sufridas en la batalla de Notio lo dejaron con tripulaciones para manejar tan sólo setenta de sus cien barcos, lo que provocó que no emprendiera ninguna campaña significativa. En ese momento, Lisandro se encontraba en una posición completamente opuesta. Estaba bien provisto de fondos, su flota estaba creciendo y la moral de sus tripulaciones era alta. Sólo había un obstáculo en su camino: las leyes de Esparta prohibían al navarca continuar en el mando por un segundo año, razón por la cual Lisandro fue obligado a entregar su flota a su sucesor en el cargo, Calicrátidas.

EL NUEVO NAVARCA

El nuevo comandante en jefe era también un *mothax,* aunque se diferenciaba de su predecesor en varios aspectos. Era muy joven para haber alcanzado su elevada posición; probablemente no tenía más de treinta años, y aunque era audaz y osado, no tenía la ambición personal que caracterizaba a Lisandro. Diodoro lo describe como un hombre «sin doblez y de carácter honrado», un hombre «que no había sido influido todavía por las costumbres extranjeras», y como «el más justo de los espartanos» (XIII, 76, 2). No hay razón para pensar que él participara de las opiniones del difunto rey Pistoanacte y de su hijo Pausanias, que le había sucedido. El padre había favorecido la paz y las relaciones amistosas con Atenas, mientras que el hijo demostraría ser un formidable oponente de Lisandro, encabezando una facción que un estudioso ha descrito como «un grupo moderado y tradicionalista» caracterizado por una fuerte oposición a la formación de un imperio espartano en el extranjero. Internamente, temían el impacto del dinero y del lujo inherentes al imperio, prefiriendo la vuelta a los austeros principios de la constitución de Licurgo. Es de suponer que la cerrada amistad de Lisandro con Ciro, así como la organización de asociaciones políticas leales al anterior navarca espartano en las ciudades asiáticas, contribuyó decisivamente a levantar sospechas en la facción de Pausanias y a su sustitución por Calicrátidas.

Las fricciones comenzaron tan pronto como el nuevo navarca llegó a Éfeso hacia el mes de abril del 406. Lisandro entregó la flota describiéndose a sí mismo «como dueño del mar y como alguien que había triunfado en una batalla naval» (Jenofonte, *Helénicas,* I, 6, 2). De inmediato, Calicrátidas desafió esa jactancia, retándole a que navegara ante los atenienses de Samos y que entregara la flota en Mileto para probar que su afirmación era correcta. Este reproche señalaba los claros límites de los logros de Lisandro, y contribuyó a endurecer el tono de rivalidad que condujo al joven navarca a ponerse como objetivo la obtención de mayores victorias que su predecesor.

Lisandro no mordió el anzuelo y se dirigió directamente a Esparta, no haciendo caso del desafío. Sus partidarios entre las tropas comenzaron a socavar la autoridad de Calicrátidas de inmediato, extendiendo el rumor de que era un incompetente sin experiencia. El joven navarca afrontó los insultos sin pudor, dirigiéndose a la Asamblea de la flota con la sencillez y franqueza propias de un

espartano. Declaró que estaba dispuesto a renunciar al mando «si se consideraba a Lisandro o a cualquier otro más experto en asuntos navales», pero como se le había ordenado dirigir la flota, debía hacerlo lo mejor que pudiera. Dejó que la Asamblea examinara sus objetivos y valorara las críticas elevadas contra él y contra el Estado de Esparta que lo había colocado al mando, y también les pidió que le aconsejaran «si yo debería quedarme o regresar e informar de cómo estaban los asuntos aquí» (Jenofonte, *Helénicas,* I, 6, 4). El discurso puso término a la disidencia, porque nadie se atrevió a sugerir que él desobedecería sus órdenes o a arriesgarse a que volviera a Esparta e informara del comportamiento sedicioso que habían mostrado.

Sin embargo, Lisandro había legado un problema más serio a su sucesor. Cuando dejó su cargo, todavía estaba en posesión de una parte del dinero que Ciro le había dado y que, en teoría, debería haber entregado a su sucesor. Pero, en lugar de obrar de esa manera, Lisandro lo había devuelto a Ciro, lo que dejó a Calicrátidas sin los fondos que necesitaba para el mantenimiento de la flota. Aun así, el nuevo navarca convino en seguir la política de Lisandro de mantener el favor del príncipe persa y de humillar y obstaculizar a su rival. Calicrátidas, por consiguiente, estaba obligado a presentarse ante Ciro para solicitar de él el dinero con que pagar a sus hombres, si bien el príncipe lo insultó deliberadamente al obligarlo a esperar durante dos días antes de concederle una audiencia. El encuentro no fue bien, ya que Ciro rehusó satisfacer sus peticiones, por lo que el oficial espartano se retiró encolerizado, más hostil que nunca a la política de Lisandro. «Dijo que los griegos eran unos miserables porque adulaban a los bárbaros por dinero y que, si él volvía a casa sano y salvo, haría todo lo que pudiera por reconciliar a atenienses y espartanos» (Jenofonte, *Helénicas,* I, 6, 6-7). Hablaba por él la voz de los tradicionalistas espartanos; sus palabras eran una declaración de independencia respecto al control persa, así como una clara muestra de sus intenciones de rechazar el apoyo de Persia y seguir una política diferente.

Por consiguiente, Calicrátidas cambió la base espartana de Éfeso a Mileto, y al obrar así renunció a la ventajosa localización estratégica de la primera con objeto de emprender un nuevo plan. La ciudad de Mileto, enfrentada a los persas, era un lugar mejor para conseguir dinero para su flota. Ante una Asamblea allí reunida, reveló su nuevo programa de actuación y solicitó nuevos fondos para continuar la guerra: «Con la ayuda de los dioses, demostraremos a los bárbaros que, sin rendirles homenaje, podemos castigar a nuestros enemigos» (Jenofonte, *Helénicas,* I, 6, 11). Esta solicitud fue tan calurosamente recibida por los griegos locales, que ni siquiera los amigos de Lisandro se atrevieron a dejar de entregar contribuciones económicas.

Con ciento cuarenta barcos, Calicrátidas tenía el doble de fuerzas que Conón, aunque estaba perfectamente informado de que los atenienses preparaban mayores refuerzos. Sin embargo, al haber reprochado a Lisandro su inactividad después de la batalla de Notio por no atreverse a enfrentarse a la flota ateniense de Samos, ahora él necesitaba demostrar su voluntad de obrar así. Además, una gran victoria podía alentar más apoyo financiero de los griegos de Asia Menor y de las islas, razón por la cual el nuevo navarca estaba impaciente por establecer combate tan pronto como fuera posible. Por consiguiente, atacó y capturó las fortalezas atenienses de Delfinio, en la isla de Quíos y Teos, para que sirviera de aviso a la flota de Conón, que en ese momento se encontraba al norte de Samos. Se apoderó también de Metimna, en Lesbos, y tomó muchos prisioneros, aunque rechazó el consejo de vender a los cautivos como esclavos por dinero. Aludiendo al propósito de Esparta para entrar en guerra —traer la libertad a los griegos— anunció que «mientras yo esté al mando, y siempre que esté en mi mano, ningún griego será esclavizado» (Jenofonte, *Helénicas,* I, 6, 14). Ésta era una política y una consigna diseñadas tanto para animar a la rebelión de las ciudades bajo yugo ateniense, como para conseguir la simpatía de aquellas que ya habían sido liberadas. Además, era también el único camino que tenía Esparta para ganar la guerra sin la ayuda de Persia, así como para mantener su promesa de liberar a los griegos.

CONÓN ATRAPADO EN MITILENE

Como parte de su hábil propaganda, Calicrátidas envió un mensaje a Conón en el que le conminaba a terminar «su adúltera relación con el mar» (Jenofonte, *Helénicas,* I, 6, 15), señalando así al imperio naval ateniense como ilegítimo y, por lo tanto, retándole a luchar. Aunque Conón había estado utilizando el tiempo para mejorar la condición de su flota, «habiéndola preparado para la batalla como ningún general anterior había hecho» (Diodoro, XIII, 77, 1), todavía se veía superado numéricamente y sería difícil que saliera de puerto. Sin embargo, la amenaza sobre Lesbos, la principal barrera para impedir la vuelta de los peloponesios al Helesponto, le obligó a mover su flota a las islas Hekatonesi, al este de Metimna. Cuando Calicrátidas llegó después de él, ahora con ciento setenta barcos manejados por tripulaciones de primera calidad, Conón huyó hacia Mitilene, aunque los peloponesios, lanzados en su persecución, lo alcanzaron a la entrada del puerto, capturando treinta trirremes atenienses. Conón apenas consiguió salvar las cuarenta restantes, si bien quedarían pronto bloqueadas cuando Calicrátidas pusiera asedio a la ciudad por tierra y por mar. Amenazada por el hambre a causa del bloqueo, y por los muchos simpatizantes de Esparta en la ciudad, Conón fue tan sólo capaz, con grandes dificultades, de sacar furtivamente un barco del puerto con el objeto de que se dirigiera a Atenas para informar de la grave situación en la que se encontraba.

El hecho de que los barcos de Conón se hubieran refugiado en puerto privó a Calicrátidas de una victoria total, una victoria que podía haber decidido la guerra. Si la flota ateniense hubiera sido enteramente destruida, como casi estuvo a punto de serlo, los espartanos no hubieran encontrado oposición en hacerse con Lesbos y con la indefensa base de Samos, y entonces hubieran podido dirigirse hacia el Helesponto, igualmente indefenso, para bloquear la ruta de los cereales del mar Negro. En lugar de eso, Calicrátidas, escaso de fondos, se vio obligado a mantener un asedio de duración indeterminada, lo que daría tiempo a los atenienses a enviar refuerzos con los que retar su dominio del mar.

Sin embargo, afortunadamente para él, su éxito había convencido a Ciro de que estaba a punto de obtener un triunfo completo. Dado que una victoria espartana conseguida sin ayuda persa, y por un comandante en jefe espartano hostil, habría sido desastrosa para él, se decidió a cambiar su táctica y a enviar fondos para pagar a la flota, incluyendo un regalo para Calicrátidas. El jefe espartano, por necesidad, aceptó el dinero para sus hombres, pero, en un claro contraste con los métodos de Lisandro, permaneció frío y distante. «No había necesidad —explicó— de una amistad privada entre él mismo y Ciro, y el acuerdo que había sido hecho con todos los espartanos era suficiente para él» (Plutarco, *Moralia,* 222e). Sin embargo, una victoria de la clase que deseaba el navarca requería de una rápida y decisiva batalla, una que tendría lugar antes de que los atenienses se recobraran y antes de que el dinero persa fuera decisivo.

ATENAS RECONSTRUYE SU MARINA

El barco emisario de Conón alcanzó Atenas a mediados de junio del año 406. Los atenienses podían tener disponibles cuarenta barcos aproximadamente, pero tras un extraordinario esfuerzo, elevaron el conjunto de su flota a ciento diez trirremes en el plazo de un mes. La falta de barcos era sólo parte del problema, ya que en ese momento el tesoro estaba completamente vacío. Para sufragar los costes de la construcción de los nuevos navíos y de los salarios de las tripulaciones, los atenienses se vieron obligados a fundir las estatuas áureas de la Victoria, que estaban en la Acrópolis, para acuñar monedas. Gracias a este método y a otras barras de oro y plata almacenadas en la colina del Areópago, consiguieron reunir la suma de más de dos mil talentos de plata, que fueron suficientes para cubrir sus gastos. El reclutamiento suponía otro problema añadido. Las mejores tripulaciones habían sido ya destinadas a Mitilene, ya que Conón las había elegido especialmente para su misión. Pero incluso remeros experimentados de calidad menor tan sólo completarían una pequeña parte de

los barcos preparados para partir; por ese motivo, los atenienses se vieron obligados a usar como remeros hombres inexpertos, incluyendo agricultores, hombres adinerados que podían permitirse el servicio en la caballería e incluso esclavos, a los que se ofreció la libertad y la ciudadanía ateniense a cambio de sus servicios. «Embarcaron a todos los que estaban en edad militar, tanto libres como esclavos» (Jenofonte, *Helénicas,* I, 6, 24). Por primera vez en la guerra, se encontraron tácticamente en inferioridad en una lucha en el mar frente a un enemigo reforzado con desertores hábiles y expertos procedentes de sus propias fuerzas.

A diferencia de cualquier otra flota durante la guerra, ésta tuvo ocho generales, aunque ninguno de ellos, que sepamos, sirvió como navarca. Enfrentarse contra un audaz y joven comandante en jefe espartano, que ya había derrotado a Conón, el mejor almirante de Atenas, no parecía ser un plan muy prometedor. Durante su camino a Samos en julio, los atenienses sumaron a sus fuerzas cuarenta y cinco barcos más procedentes de sus aliados, elevando así el número total a ciento cincuenta y cinco trirremes. Calicrátidas, para evitar ser cogido entre la flota de Conón, en el puerto de Mitilene, y la flota ateniense que se estaba aproximando, dejó cincuenta naves para vigilar a los barcos de Conón, y navegó con los restantes ciento veinte barcos hacia el cabo Malea, en el extremo sur de Lesbos, para evitar que se unieran ambas fuerzas enemigas. Desde esa posición, él podría ver a los atenienses en las islas Arginusas, justo enfrente de la tierra continental, a unos pocos kilómetros al este de los espartanos *(véase* mapa 27). Con independencia de que supiera o no que el enemigo tenía la superioridad numérica, confiaba en que la superior calidad de sus tripulaciones le proporcionaría la victoria.

LA BATALLA DE LAS ARGINUSAS

Calicrátidas tenía el propósito de repetir la táctica de sorpresa que tan exitosa había sido contra Conón al atacar por la noche, aunque no pudo hacerlo esta vez debido a una tormenta. Por la mañana, partió con los primeros rayos del sol hacia las islas Arginusas. Los espartanos atacaron la formación ateniense, disponiéndose en una línea alargada de ciento veinte barcos, uno al lado del otro, que se extendía en una distancia de poco más de dos kilómetros *(véase* mapa 28). Con menos de veinte metros de separación entre trirremes, los espartanos estaban en posición de usar las tácticas perfeccionadas por los atenienses, con las cuales habían conseguido siempre su superioridad en los enfrentamientos entre trirremes: el *periplous,* gracias al cual una velocidad mayor permitía remar alrededor del final de la línea enemiga, para atacar desde el lado o por la retaguardia, y el *diekplous,* en el que un barco remaba veloz para colocarse entre dos barcos enemigos y, bruscamente, giraba para herir los costados de ambos adversarios.

Los atenienses, no menos conscientes de su inferioridad táctica, se dispusieron, por consiguiente, de un modo único en la historia naval griega. Alinearon sus barcos en tres partes: dos alas y un centro. Cada una contaba con sesenta barcos, colocados en doble hilera de treinta, una detrás de la otra, con cada trirreme de la fila trasera ocupando el hueco que dejaban dos barcos de delante. El centro tenía treinta y cinco barcos formando una línea simple, situándose justo enfrente de Garipadasi, la más occidental de las dos islas principales. La isla impedía que los espartanos emplearan la táctica naval del *periplous* en el centro, mientras que la escalonada disposición que habían adoptado las alas hacía imposible allí también esa maniobra. Los atenienses habían alineado sus alas con el doble de la distancia habitual entre barcos. Así, si los sugerentes huecos entre barcos animaban a los espartanos a intentar el *diekplous,* los barcos situados en la línea trasera avanzarían de inmediato para detener ese movimiento por parte del enemigo, y permitirían a los trirremes de cada lado que embistieran al barco atacante. La disposición táctica en doble hueco también hizo que los atenienses formaran una línea más ancha de lo habitual, lo que les protegió del uso del *periplous* por parte del adversario, mientras les capacitaba a ellos para rodear por el flanco al enemigo. Los atenienses todavía añadieron a esta disposición otra mejora, al dividir sus alas en ocho unidades independientes, cada una bajo el mando de un general. Esta distribución sería especialmente adecuada en el momento del ataque, que tendría lugar en mar abierto, donde la capacidad táctica de

cada unidad para actuar independientemente sería más útil.

Cuando Calicrátidas inició su avance, «los atenienses salieron contra él, extendiendo su ala izquierda hacia mar abierto» (Jenofonte, *Helénicas,* I, 6, 29). El ala izquierda, que con su movimiento había rebasado el flanco del enemigo, giró hacia el sur, en un movimiento que amenazaba con envolver al ala derecha espartana. Esa estratagema, que separó al escuadrón del resto de la línea, normalmente hubiera dejado un hueco que los espartanos hubieran podido aprovechar. Pero la doble línea empleada por los atenienses en las Arginusas permitió al general del destacamento frontal en el extremo izquierdo, Pericles (el hijo del gran Pericles y de su amante Aspasia), llevar a cabo un viraje amplio, dejando que el destacamento posterior de la izquierda, bajo el mando de Aristócrates, cerrara cualquier hueco. Cualquier movimiento ofensivo que Calicrátidas hubiera planeado en esa área sería deshecho por el grave y obvio peligro de envolvimiento, lo que hubiera dejado a los espartanos en una posición meramente defensiva. Quizás el ala derecha ateniense llevó a cabo la misma maniobra, aunque no conocemos específicamente qué movimiento realizó. Incluso si sólo hubiera avanzado en línea recta, habría quedado en una posición adecuada para flanquear al enemigo en ese lado. El centro no parece que tomara parte en la acción; simplemente permaneció en su posición delante de la isla.

Calicrátidas, al mando del ala derecha espartana, comprendió el peligro de lo que estaba sucediendo. Su *kybernetes* personal, Hermón de Megara, le urgió a que abandonara la batalla, «debido a que los trirremes atenienses eran mucho más numerosos de lo que imaginaban», pero el joven almirante no quiso escucharle: «Esparta no estaría peor si él muriera, y huir sería vergonzoso» (Jenofonte, *Helénicas,* I, 6, 32). Su tenacidad estaba en consonancia con la gran tradición del coraje espartano y se adecuaba perfectamente a su audaz carácter, pero, en el contexto de esta concreta situación estratégica, era imprudente. Combatir en inferioridad numérica, mientras se mantiene una posición táctica desventajosa, es poco aconsejable en cualquier circunstancia. Y los espartanos no tenían razones para forzar la batalla, ya que el tiempo estaba de su parte; los atenienses tenían pocos recursos y no podrían mantener la flota en el mar por mucho más tiempo. Un nuevo retraso era probable que trajera nuevas deserciones del bando ateniense. Cualquier otro oficial más cauto hubiera dejado tomar la iniciativa a los atenienses en un lugar elegido por los espartanos, siempre que el balance de fuerzas estuviera del lado de los lacedemonios.

Sin embargo, el tiempo no estaba realmente a favor de Calicrátidas. Necesitaba una victoria rápida, antes de que se hiciera más dependiente del dinero persa y antes de que la estación para combatir llegara a su fin, privándole de cualquier oportunidad de victoria. Además ¿qué ocurriría si seguía el consejo de Hermón y se retirara de la batalla? Ciertamente tendría que volver a Mitilene para intentar acabar con Conón, y la flota ateniense, con toda seguridad, lo perseguiría hasta allí. Tendría entonces ciento setenta barcos frente a los ciento cincuenta y cinco atenienses que se le enfrentarían, con los cuarenta de Conón en su retaguardia. Dispondría, así, de una flota con veinticinco barcos menos que la ateniense, cuando ahora, en las Arginusas, superaban a los de Atenas en quince trirremes, aunque esa pequeña ventaja estaría contrarrestada por la necesidad de enfrentarse a un enemigo tanto al frente como en los costados. Ya considerara Calicrátidas o no estos factores, no podemos atribuir su decisión meramente a la precipitación e inexperiencia de un joven vehemente.

Enfrentado a la amenaza sobre su flanco, hizo lo que pudo, e incapaz de extender su propia línea para impedir la maniobra enemiga «dividió sus fuerzas, formando dos flotas separadas, y enfrentándose a una doble batalla, una en cada ala» (Diodoro, XIII, 98, 4). Esta acción lo dejó sin centro y expuesto a un ataque desde la línea de barcos atenienses situados delante de la isla, pero su situación le obligó a un compromiso táctico, ya que el obvio peligro de ser envuelto era demasiado grande como para ser ignorado. De hecho, el centro ateniense permaneció en su posición original durante la primera parte de la batalla, que fue larga y dura. «Primero la lucha fue en orden cerrado, y después con los barcos dispersos» (Jenofonte, *Helénicas,* I, 6, 33). El ataque ateniense sobre el flanco hizo que los espartanos tuvieran que renunciar al centro, lo que les impidió poner en práctica las hábiles maniobras en las que se habían entrenado. A medida que la batalla progresaba, la presencia del centro de la flota ateniense, libre y sin daño alguno, se hacía más y más amenazadora

para los exhaustos espartanos. Calicrátidas resultó muerto cuando su barco embistió a un trirreme enemigo, después de lo cual el ala izquierda cedió e intentó escapar. Con la formación espartana desbaratada finalmente, el centro ateniense se unió a la destrucción y caza de la flota enemiga, hundiendo muchos barcos que huían, y sin sufrir pérdidas propias. En el ala derecha, la lucha fue larga y feroz, hasta que, tras ser destruidos nueve de los diez barcos laconios que habían luchado con el navarca, huyeron los demás barcos. El ala derecha ateniense impidió cualquier huida hacia el norte. Los únicos barcos que consiguieron escapar se dirigieron hacia el sur, a lugares como Quíos, Cime y Focea. Cuando el oficial espartano en Mitilene supo lo que había ocurrido, también huyó, dejando libre a Conón para unirse a la flota ateniense.

Según Diodoro, la batalla de las Arginusas fue «la batalla naval entre griegos más grande de la historia» (XIII, 98, 5). Los espartanos perdieron setenta barcos, y el sesenta y siete por ciento de sus fuerzas, una cifra impresionante. En Cinosema, Abido y Notio, la media de fuerzas perdidas por de los derrotados fue de un veintiocho por ciento. En Cícico, toda la flota espartana había sido vencida gracias a que los atenienses aprovecharon el engaño y la sorpresa, así como las unidades bajo mando independiente para arrastrar al enemigo a mar abierto, donde pudiera ser rodeado.

Una derrota semejante tuvo lugar en las Arginusas, donde, como resultado de un brillante plan, los espartanos fueron, nuevamente, envueltos y separados de cualquier costa cercana. Únicamente gracias a que el ala izquierda ateniense no pudo cerrar la trampa, parte de la flota espartana pudo huir.

Los atenienses perdieron tan sólo veinticinco de sus ciento cincuenta y cinco barcos, y obtuvieron una magnífica victoria. Una derrota en esta batalla hubiera significado una derrota total en la guerra; sin embargo, con una flota de tan escasa valía fueron capaces de destruir a una fuerza muy superior entrenada y preparada por Lisandro, y de matar al joven y audaz almirante que le había sustituido. Una vez más, Atenas dominaba el mar y tenía buenos motivos para confiar en sobrevivir e, incluso, en conseguir la victoria en la guerra.

RESCATE Y RECUPERACIÓN

Su triunfo en las Arginusas salvó a los atenienses, aunque no pudieron celebrarlo durante mucho tiempo, ya que, casi de inmediato, se vieron envueltos en una encarnizada lucha. Cuando la batalla llegó a su fin, la flota ateniense se encontró dispersa en un área de diez kilómetros cuadrados debido a una tormenta que acababa de iniciarse. De los veinticinco barcos perdidos en el combate, los restos de doce todavía flotaban, con cerca de mil hombres luchando por sobrevivir, muchos de ellos aferrados a los restos del naufragio, mientras los cuerpos de decenas de muertos estaban dispersos alrededor de esos mismos restos. Los capitanes de los trirremes victoriosos no se detuvieron a rescatar a los hombres que seguían vivos en el mar, o a recoger los cadáveres para enterrarlos, sino que se apresuraron a las Arginusas para conferenciar sobre el siguiente paso que debían plantearse.

Para los griegos, asegurar un entierro adecuado de los muertos hubiera sido algo casi tan importante como el rescate de los que estaban todavía vivos sobre las aguas. En la poesía épica, Ulises descendió al mundo subterráneo para comprobar el correcto tratamiento de un camarada caído; en la tragedia clásica, Antígona desafió a su rey y dio su propia vida antes que permitir que su hermano muerto quedara sin sepultura. ¿Qué podía haber empujado a los atenienses a incumplir tan sagrado deber?

Una parte de la respuesta reside en el inesperado carácter de la batalla, que había llevado a la flota más adentro en el mar de lo que era usual, y que provocó su dispersión en un área muy grande. Todas las otras batallas navales que tuvieron lugar desde el año 411 se dieron en un espacio muy reducido y siempre cerca de la costa. El procedimiento habitual después de una batalla hubiera sido que la flota victoriosa se acercara a tierra, una vez acabada la lucha, para calcular cómo se iba a proceder a la recogida de supervivientes y cadáveres, y decidir quiénes iban a encargarse de hacerlo. En todo caso, habría suficiente tiempo para llevar a cabo la tarea. Sin duda, ésta era la manera en que se esperaba terminar la batalla, ya que el plan ateniense para conseguir un doble

envolvimiento hubiera acabado por disponer todos sus barcos en un círculo no lejos de las islas Arginusas. Sin embargo, muchos barcos enemigos lograron huir a una considerable distancia, y, cuando los atenienses iniciaron la persecución, los métodos usuales se mostraron ineficaces.

Después de que los capitanes, finalmente, condujeran sus flotas a las Arginusas, surgió un segundo problema. Conón todavía estaba a unos veinte kilómetros de distancia, bloqueado en el puerto de Mitilene por los espartanos. Cuando Eteónico, el oficial espartano al mando del bloqueo, conoció el resultado de la batalla, probablemente huyó y se unió a la flota espartana en Quíos. Esta acción daría como resultado el incremento de los barcos espartanos a noventa, lo que, a su vez, constituiría la base para que otra armada* supusiera un nuevo reto. Estos convincentes argumentos estratégicos obligaron a los atenienses a llevar a la parte principal de la flota a Mitilene, con objeto de impedir la huida espartana, aunque seguramente les desgarraría tomar esa decisión, teniendo en cuenta su deber para con los supervivientes y los cuerpos de los que habían muerto. Por este motivo, intentaron llegar a una solución intermedia: dos tercios de la flota, con los ocho generales, se apresurarían hacia Mitilene, y cuarenta y siete barcos serían dejados atrás como escuadrón de rescate bajo el mando de dos trierarcas, Terámenes y Trasibulo.

Aunque esta decisión recibió muchas críticas, era lo más sensato. Los barcos que se dirigían a Mitilene tenían que estar preparados para una nueva batalla si conseguían cortar la retirada de los barcos de Eteónico, y, desde luego, era razonable que fueran los mismos generales que habían planeado y llevado a la práctica la gran victoria en las Arginusas los que asumieran el reto. Terámenes y Trasibulo no eran tampoco capitanes ordinarios, sino anteriores generales de gran talento y experiencia. Ellos se pusieron a trabajar para cumplir su misión, pero encontraron una nueva dificultad bajo la forma de una tormenta que agitó las aguas de una manera tan fuerte que aterrorizó a los hombres que debían llevar a cabo la recogida de supervivientes y cadáveres.

Cualquiera que haya navegado por las aguas del Egeo conoce la rapidez y la fiereza de las tormentas que pueden darse allí, lo suficientemente fuertes como para poner en peligro incluso a barcos modernos. Cuánto más amenazante debió de haber sido para hombres que tripulaban trirremes, mucho menos seguras y que se adaptaban muy mal a tales condiciones. En las Arginusas, las tripulaciones que estaban bajo el mando de Terámenes y Trasibulo no cumplieron las órdenes recibidas «a causa de su sufrimiento durante la batalla y del gran tamaño de las olas» (Diodoro, XIII, 100, 2). Los capitanes lo hicieron lo mejor que pudieron, pero pronto las condiciones meteorológicas empeoraron tanto como para hacer innecesaria cualquier discusión posterior.

La tormenta también empujó a la flota principal de vuelta hacia las islas, donde se reunificó la fuerza naval, y en ese momento, sin duda, se produjeron escenas muy poco agradables. Los generales sin duda se encolerizaron al ver que sus órdenes no habían sido obedecidas, culpando de ello a los dos capitanes asignados a la misión de rescate. Terámenes y Trasibulo debieron de ofenderse ante lo que consideraron una acusación injusta, y quizá pensaron que los generales debieron ocuparse del rescate y la recuperación de los cuerpos antes de que la tormenta se hiciera más fuerte.

Fuera como fuese, cuando el tiempo mejoró, el conjunto de la flota partió para Mitilene, pero Conón los encontró en el camino y les comunicó que Eteónico y sus cincuenta trirremes habían escapado. Tras detenerse en Mitilene, los atenienses persiguieron a la fuerza espartana hasta su base de Quíos, pero Eteónico no fue tan imprudente como para arriesgarse a otra batalla, por lo que los atenienses tuvieron que regresar a su base de Samos. La gran victoria ateniense se había visto empañada por su incapacidad de llevar a cabo la operación de rescate y recuperación, y por el carácter incompleto de su esfuerzo. Estos factores debieron pesar enormemente en las mentes de los generales cuando consideraron el informe que debían presentar ante la Asamblea de Atenas. Al principio, pretendían presentar todos los detalles de lo ocurrido inmediatamente después de la batalla, incluyendo el fracaso de los capitanes de llevar a cabo la misión de rescate, pero finalmente decidieron omitir cualquier referencia a ese incidente y se limitaron a culpar a la tormenta de todo lo que había ocurrido. Debieron de comprender que levantar acusaciones contra alguien provocaría

* En español en el original *(N. del T.)*

el comienzo de una disputa, y que tanto Terámenes como Trasibulo eran oradores populares y hábiles que contaban con un fuerte respaldo político, por lo que serían formidables oponentes.

EL JUICIO DE LOS GENERALES

En Atenas las noticias de la victoria produjeron alivio y alegría, por lo que la Asamblea votó una moción alabando a los generales que la habían conseguido. Sin embargo, y al mismo tiempo, como los jefes navales habían previsto, hubo grandes muestras de enojo ante el fracaso relativo a los supervivientes y a los cadáveres. Terámenes y Trasibulo regresaron a Atenas desde Samos de inmediato, probablemente para defenderse a sí mismos, si fuera necesario, pero ya que nadie en la ciudad conocía los detalles de lo que había ocurrido en las Arginusas, no tuvieron que enfrentarse a ningún tipo de acusación, ni ellos hicieron tampoco ninguna contra los generales.

Sin embargo, la cólera de los atenienses fue incrementándose, y el pueblo empezó a cuestionar la conducta de los generales que, por lo que se sabía en Atenas, habían estado al cargo de todos y cada uno de los aspectos de la campaña. Cuando las noticias de cómo estaba evolucionando el sentimiento público alcanzaron Samos, los generales creyeron que los dos capitanes eran responsables de haberlos desacreditado, por lo que ellos escribieron de nuevo a Atenas para revelar esta vez que la misión de rescate había sido asignada específicamente a Terámenes y Trasibulo.

Ésta fue una acción completamente equivocada, ya que, a partir de ese momento, los capitanes no tuvieron más elección que actuar en su propia defensa. Ellos no negaron la gravedad de la tormenta, pero culparon a los generales del fracaso del rescate. Sin duda, debieron quejarse de que los generales malgastaron un tiempo precioso en una vana persecución —un tiempo que podrían haber empleado en el rescate de los supervivientes—, así como del retraso motivado por el debate que tuvo lugar en las Arginusas antes de que fueran impartidas las órdenes para el rescate. En el momento en que los capitanes recibieron esas órdenes, la tormenta había hecho que la misión fuera ya imposible. Su defensa fue realmente muy efectiva: cuando las cartas de los generales fueron leídas ante la Asamblea, la multitud inmediatamente se encolerizó con los capitanes, «pero después de que hubieran presentado su defensa, la rabia se volvió contra los generales» (Dio-doro, XIII, 101, 4). Por consiguiente, la Asamblea aprobó una moción por la que se destituía a los generales y se les ordenaba que regresaran a Atenas para enfrentarse a un juicio. Dos de ellos huyeron al exilio de inmediato. El procedimiento al que los otros se sometieron fue probablemente la *euthyna,* el control habitual que se producía cuando un general abandonaba su cargo al expirar el tiempo que se le había asignado, y que comenzaba con un balance de su situación financiera, aunque incluía también una valoración de su conducta en el desempeño del cargo.

El primero de los generales en ser juzgado fue Erasínides, que fue considerado culpable por apropiación indebida de dinero público y mala conducta en el ejercicio de su cargo, por lo que fue encarcelado. Quizá fue el primero en ser procesado porque era un objetivo fácil, o porque se había extendido el rumor de que había propuesto ignorar por completo a los supervivientes y a los cadáveres y enviar toda la flota a Mitilene. Los cinco generales restantes se presentaron entonces ante el Consejo de los Quinientos para presentar su versión de los hechos, lo que supuso una vuelta a su estrategia original de culpar a la tormenta de todo lo que había ocurrido. Quizá cuando los generales supieron que los dos capitanes no habían sido considerados los responsables de los cargos que había contra ellos, intentaron recomponer, de esa manera, su anterior frente unido. Si eso es lo que pretendían, actuaron demasiado tarde, porque el Consejo votó encarcelarlos y hacer que volvieran a ser juzgados por la Asamblea en su capacidad judicial. Allí, Terámenes leyó la carta original de los generales que culpaba sólo a la tormenta, para a continuación pasar a acusar, de acuerdo con otros, a los generales por la pérdida de los supervivientes y de los cuerpos insepultos.

Podemos asumir que tanto Terámenes como Trasibulo estaban encolerizados por el hecho de que los generales hubieran sido los primeros en abandonar la explicación acordada y de que los hubieran acusado a ellos. El pueblo ateniense, conocedor ahora de toda la historia, estaba convencido de la necesidad de buscar a los culpables y de castigarlos severamente. La única

cuestión que quedaba por resolver era sobre quién debía recaer el castigo. Terámenes tomó la iniciativa, y la Asamblea se volvió claramente contra los generales, haciendo callar a gritos a sus defensores, e incluso no permitiéndoles un tiempo adecuado para que expusieran su defensa. Bajo tal presión, como es natural, los acusados se revolvieron contra sus acusadores, insistiendo en que a Terámenes y Trasibulo se les había encomendado la responsabilidad de recoger a los supervivientes y a los cadáveres: «Si hubiera que culpar a alguien respecto a las tareas de rescate, a nadie debería acusarse más que a aquellos a quienes se había encomendado la tarea.» No obstante, incluso en ese momento se negaron a abandonar su defensa inicial, al aseverar que «la violencia de la tormenta impidió el rescate» (Jenofonte, *Helénicas, I, 7,* 6). Los encausados hicieron venir en apoyo de sus afirmaciones a pilotos y marineros de la flota, cuyas declaraciones tuvieron un notable y poderoso efecto. La Asamblea podía creer fácilmente que los generales se mantenían fieles a su narración del incidente, y que si habían elegido no aludir a los detalles acerca de la misión asignada a los capitanes había sido por compañerismo y porque la tormenta hacía que esa alusión fuera completamente irrelevante.

Jenofonte afirma que los generales «estaban a punto de convencer a la Asamblea» *(Helénicas, I, 7,* 6), y que un resultado moderado y lógico parecía inminente, cuando la suerte intervino. Había oscurecido antes de que ninguna votación hubiera sido hecha, por lo que la Asamblea decidió posponer su decisión hasta el día siguiente y ordenó al Consejo de los Quinientos que propusiera la forma en que debía llevarse a cabo el juicio.

Por otro golpe de la fortuna, el festival de la Apaturia iba a tener lugar tan sólo unos pocos días más tarde, una festividad que se dedicaba a la celebración de ritos de nacimiento, mayoría de edad y matrimonio y que reunía a familias de toda el Ática. Tradicionalmente, ésta era una ocasión de gran alegría y de celebraciones multitudinarias, pero ese año sólo servirían corno doloroso recordatorio de la ausencia de los jóvenes que habían muerto en la batalla de las Arginusas. Este ambiente contribuyó poderosamente a despertar de nuevo grandes resentimientos contra aquellos que pudieran haber sido responsables de lo sucedido. Cuando la Asamblea se reunió al día siguiente como había sido acordado, los familiares de los muertos, con las cabezas afeitadas en señal de duelo, exigieron venganza y «suplicaron al pueblo que castigara a los que habían permitido que hombres que habían muerto felices en la defensa de su patria permanecieran insepultos» (Diodoro, XIII, 101, 6).

En respuesta a esta petición, Calixeino, un miembro de los Quinientos, sugirió al Consejo un procedimiento hostil hacia los generales, proponiendo que no hubiera más debates, sino una votación sobre su culpabilidad o su inocencia. La pregunta sería hecha de la manera más perjudicial para los encausados: si los generales eran culpables o no «por no haber rescatado a los hombres que habían conseguido la victoria en la batalla naval» (Jenofonte, *Helénicas, I, 7,* 9). La pena sería la de muerte para los sentenciados, junto con la confiscación de sus propiedades. Al final, los generales serían juzgados conjuntamente, con una sola votación de la Asamblea para decidir el destino de todos ellos. El Consejo aprobó esta propuesta, completamente inusual y perjudicial, no dejando a los generales oportunidad de intentar cambiar la atmósfera hostil en la que la Asamblea se había reunido por segunda vez. El debate en la Asamblea fue de gran emotividad. Un hombre que se presentó como un superviviente de las Arginusas recordó cómo los hombres que se estaban ahogando a su lado le habían pedido que contara a los atenienses que «los generales no habían rescatado a los hombres que habían sido los mejores en la defensa de su patria» (Jenofonte, *Helénicas, I, 7,* 11). En esa atmósfera tan encendida, Euriptólemo, primo y seguidor de Alcibíades, se atrevió a hablar en favor de los acusados. Acusó a Calixeino de haber presentado una moción ilegal, y que al obrar así debía aplicarse la *graphé paránonom,* un procedimiento ateniense relativamente reciente para la protección de la Constitución.

Esta medida prohibía la aprobación de una moción hasta que el que la hubiera propuesto se enfrentara a un juicio por presentar una propuesta ilegal y fuera absuelto de ese delito. Algunos en la Asamblea aplaudieron esta acción, pero muchos mantuvieron una posición muy diferente. Uno de los miembros propuso incluso que Euriptólemo y todos aquellos que le apoyaban fueran también incluidos en las acusaciones contra los generales, una sugerencia que ganó un fuerte respaldo. Sin

embargo, al final, la propuesta contra Calixeino fue retirada.

Esto llevó a la Asamblea de vuelta a la moción original, que sentenciaría a todos los generales a muerte por una sola votación. Sin embargo, algunos de los *prítanes* —el comité del Consejo, elegido por sorteo y rotativo para presidir la Asamblea en fechas determinadas— plantearon que esta cuestión no podía ser votada, basándose en que era ilegal. Su lógica descansaba en dos sólidos argumentos: primero, que las acusaciones en masa iban contra la práctica tradicional de la Asamblea y, más particularmente, contra el decreto de Cannono, que garantizaba específicamente un juicio separado para cada acusado; segundo, que a los generales no les había sido concedida la oportunidad de hablar en su defensa como estaba prescrito por la ley. Estos argumentos hubieran sido difíciles de refutar, pero Calixeino, dándose cuenta de la hostilidad de la multitud hacia los generales, no retiró su propuesta. Incluso llegó a proponer que los mismos cargos dirigidos contra los generales fueran extendidos a los prítanes que se mostraban reacios, a lo cual el pueblo respondió con un clamor de aceptación.

Esta actitud aterrorizó tanto a los prítanes que retiraron sus objeciones y acordaron someter la propuesta del Consejo a votación. La casualidad hizo que Sócrates hubiera sido elegido para servir como miembro del Consejo en ese año, el único puesto oficial que ejerció nunca. Además, su tribu estaba al frente de la pritanía para ese mes y, por una coincidencia todavía mayor, Sócrates ejercía como *prostates,* el presidente de la Asamblea. De entre los prítanes, él fue el único en mantenerse firme, y rehusó someter la moción a votación. Algunos años más tarde, después de la guerra, Platón escribió sobre el comportamiento de su maestro, cuando éste se defendió a sí mismo ante un tribunal ateniense: «Yo fui el único entre los prítanes que se opuso a la ilegalidad y el único en presentar mi voto contra vosotros [el pueblo ateniense]; y cuando los oradores amenazaron con acusarme y arrestarme, y vosotros insistíais y gritabais, decidí que debía correr el riesgo, permaneciendo al lado de la ley y de la justicia, más que seguir a vuestro lado contra la justicia a causa del miedo a la prisión o a la muerte» *(Apología,* 32b-c). Pero incluso frente a una postura de principios tan elevados, la pasión de la Asamblea era demasiado fuerte, y el odio acabó por imponerse.

En ese momento, Euriptólemo se levantó de nuevo, sugiriendo diferentes procedimientos que permitirían tratar duramente a los acusados, si bien con juicios separados. Claramente creía que las intensas emociones provocadas por los acontecimientos, la tristeza intensificada por la celebración de la Apaturia y las emociones avivadas por los oradores, se desvanecerían al poco tiempo, y que los juicios individuales proporcionarían a los acusados una oportunidad de presentar su defensa y de establecer de nuevo el sentido común. Hizo un brillante discurso que advirtió contra procedimientos ilegales, al tiempo que recordaba a la Asamblea la gran victoria obtenida por los generales acusados, y a punto estuvo de obtener lo que pretendía, ya que una propuesta para juzgar separadamente a los generales consiguió la mayoría de los votos. Sin embargo, al final, ciertas maniobras parlamentarias anularon esa victoria. Una segunda votación se llevó a cabo, y la Asamblea esta vez votó la propuesta del Consejo: condenar a muerte a los ocho generales, incluidos los dos que no habían regresado a Atenas.

Euriptólemo había fracasado por poco en su intento de salvarlos, pero estaba en lo cierto al pensar que los atenienses serían incapaces de seguir manteniendo su odio por mucho tiempo: «No mucho tiempo después, los atenienses se arrepintieron y votaron que fueran demandados aquellos que habían engañado al pueblo». Calixeino fue uno de los cinco acusados y arrestados. Sin embargo, todos ellos lograron escapar antes de ser llevados a juicio. Pero cuando Calixeino regresó a la ciudad, «murió de hambre, odiado por todos» (Jenofonte, *Helénicas, 1, 7,* 35).

Por haber ordenado la ejecución de los generales, los atenienses han sido justamente censurados a través de los siglos, pero el argumento que ha sido esgrimido en tiempos antiguos y modernos, basado en que tales equivocaciones son características de la democracia, está muy lejos de la realidad. Las atrocidades han sido perpetradas por todo tipo de regímenes a lo largo de la historia. Es precisamente la adhesión general a la ley y a los procedimientos debidos por parte de la democracia ateniense lo que hace de esta excepción a la norma algo tan notorio. Los atenienses, como hemos visto, se arrepintieron de su error de inmediato y no lo repitieron, pero quedó como

una mancha negra que los enemigos de la democracia usarían para atacar al gobierno ateniense y a su modo de vida.

Casi inmediatamente, además, los atenienses también sufrieron graves consecuencias de orden práctico debido a esta decisión. Pocos Estados en guerra pueden permitirse el lujo de desaprovechar a ocho generales experimentados y victoriosos. Además de la pérdida de los generales del 406-405, Atenas también se vería privada de los servicios de otros dos experimentados oficiales conectados con los acontecimientos que rodearon la batalla de las Arginusas. Trasibulo no fue elegido como general en la elección del 405, y Terámenes, aunque elegido, fue descalificado por el organismo que examinaba regularmente a los oficiales recién nombrados. Atenas tendría que hacer frente ahora al reto representado por Esparta y Persia sin contar con la experiencia de muchos de sus mejores mandos militares, mientras que aquellos que fueron elegidos en su lugar debieron sin duda sentirse desconcertados por el destino de sus predecesores.

Capítulo 37

La caída final de Atenas (405-404)

A pesar de todas sus desgracias después de la batalla, los atenienses habían conseguido una gran victoria en las Arginusas, mientras que la flota espartana había sufrido un duro revés. Aunque habían conservado noventa trirremes, no disponían de dinero para el pago de las tripulaciones, por lo que el único camino para escapar del hambre tanto para marineros como para soldados era alquilar sus servicios como agricultores en los campos de Quíos. Su pobreza les llevó a tal grado de desesperación, que algunos de ellos planearon un ataque a la capital de la isla, aunque se tratara de un aliado de Esparta. Por el momento, los aterrorizados quiotas aceptaron mantener las tropas, pero sin el dinero persa los lacedemonios no podrían continuar la guerra en el Egeo. En Esparta, muchos estaban completamente descorazonados al conocer la noticia de que la derrota se había producido a manos de una fuerza ateniense tan inexperta. Además, los espartanos que opinaban como Calicrátidas consideraban la colaboración con los persas contra otros griegos como una desgracia, mientras que los oponentes políticos de Lisandro temían su regreso al mando, así como sus ambiciones personales.

UNA NUEVA OFERTA ESPARTANA DE PAZ

Por todos estos motivos, los espartanos buscaron de nuevo la paz, esta vez con la oferta de evacuar Decelia y de que cada bando mantuviera los territorios que tenía en ese momento. Para los atenienses representaba una oferta mucho mejor que la que habían rechazado después de la batalla de Cícico. Aunque Atenas había perdido Pilos en el 410-409, los espartanos estaban deseosos de abandonar su fortificación en el Ática sin exigir un quid pro quo. Desde el 410, habían sido obligados a ceder el control de Bizancio y Calcedonia, con lo que los atenienses habían vuelto a ganar la libre navegación en el Bósforo, así como acceso al mar Negro y a los importantes suministros de grano de sus costas. En este momento, las únicas posesiones de importancia que mantenía Esparta eran Abido, en el Helesponto, la importante isla de Quíos, frente a la costa de Jonia, y Cime, Focea y Éfeso, destacadas ciudades en territorio continental. Aunque la oferta de paz no ofrecía a los atenienses todo lo que hubieran querido, la mejora de las condiciones desde Cícico era considerable. Pero también era atractiva desde otro punto de vista. Si Esparta decidía seguir luchando con un renovado apoyo por parte de Persia, podría restaurar con rapidez su superioridad numérica en el mar, además de continuar ganando remeros del enemigo gracias a la paga superior que ofrecían. A pesar de que la victoria ateniense en las Arginusas fue, sin duda, gloriosa, también fue, en cierto sentido, un acontecimiento casi milagroso, por lo que una reanudación de la guerra agotaría pronto sus recursos. Por el contrario, la paz permitiría a los atenienses establecer una cierta seguridad en su Imperio, así como recaudar los tributos y rellenar las arcas de la ciudad. Del mismo modo, la retirada espartana de Decelia permitiría que los agricultores atenienses regresaran a sus campos y empezaran a producir cosechas de nuevo.

A pesar de todas estas tentaciones, Atenas rechazó la oferta de Esparta. Aristóteles, entre otros escritores antiguos, culpó a la imprudente insensatez que debía esperarse de una democracia, y especialmente al «demagogo» Cleofonte, que «impidió la paz; entró en la Asamblea bebido y llevando la coraza militar, y dijo que no aceptaría nunca un acuerdo de paz a menos que los espartanos entregaran todas las ciudades» *(Constitución de los atenienses,* 34, 1). Ésta es, claramente, una versión parcial de los acontecimientos, pero, con independencia de su veracidad, el

hecho innegable es que una mayoría de los miles de ciudadanos atenienses presentes rechazaron el acuerdo de paz. La explicación más probable para tal rechazo es su constante desconfianza hacia los espartanos después de que éstos faltaran a su palabra durante la Paz de Nicias: ni los juramentos para establecer la paz, ni los juramentos de ratificación de un tratado de alianza eran suficiente garantía para que los peloponesios mantuvieran su palabra. En el 406, los atenienses temían que el enemigo utilizara la paz, una vez más, como una mera tregua, proporcionándoles así tiempo para reagruparse, recuperarse de la derrota y negociar de nuevo con los persas para obtener fondos con los que sufragar una renovada guerra hasta la victoria. Los atenienses consideraban más seguro seguir presionando hasta obtener una victoria total mientras los espartanos estuvieran debilitados y descorazonados, y aprovechando que ahora las relaciones que mantenían con Persia no eran buenas.

EL REGRESO DE LISANDRO

Sin embargo, el problema con ese plan era que Ciro seguía siendo sátrapa y estaba determinado a usar las fuerzas espartanas para sus propios propósitos, y que Lisandro esperaba el momento propicio para unirse a él como colaborador. De hecho, durante el invierno del 406-405, los aliados de Esparta en el Egeo y en la costa asiática se reunieron en Éfeso. Desde la derrota de Esparta en las Arginusas, habían estado sufriendo continuos e impunes ataques por parte de los atenienses, razón por la cual, junto con los emisarios de Ciro, solicitaron a los espartanos que Lisandro fuera restituido en el mando. Aunque dos obstáculos se alzaban en contra de esta petición —concretamente, la política y la constitución espartanas—, ambos fueron pasados por alto, ya que la victoria ateniense, la derrota de Calicrátidas y el rechazo ateniense a la oferta de paz no dejaron otra opción. Si la guerra iba a continuar, las sugerencias de los aliados de Esparta, ya fueran griegos o persas, no podían ser rechazadas. Cualquier oposición hacia el ambicioso Lisandro debía dejar paso a la necesidad del momento, incluyendo ciertas restricciones constitucionales. Ya que la ley establecía que un hombre no sirviera como navarca más de una vez en su vida, los espartanos nombraron a Araco como navarca nominal y a Lisandro como su secretario *(epistoleus)* y segundo navarca. Todos entendieron que esto no era más que una ficción legal.

El brillante genio de la guerra naval espartana entró de inmediato en acción, y ordenó que los barcos de la flota se reunieran en la vieja base de Éfeso, disponiendo además que fueran construidos nuevos trirremes. Rápidamente solicitó una audiencia con Ciro para obtener el dinero que necesitaban tan desesperadamente.

Aunque el príncipe persa permanecía sinceramente unido a Lisandro, no tuvo más remedio que informarle de que todo el dinero del Gran Rey había sido gastado, junto con una buena parte del suyo personal. Sin embargo, prometió que continuaría apoyándole con sus propios recursos, incluso si el Gran Rey se negara, y ratificó sus palabras mediante la entrega de una importante suma en ese mismo encuentro.

Ciro necesitaba el apoyo de Lisandro, no sólo para sus futuras ambiciones, sino también como una solución para los problemas que tenía en ese momento. El asesinato de sus primos reales, instigado por él, había provocado las quejas de sus padres, y Darío había respondido ordenándole que regresara a Susa.

El joven príncipe no tenía más opción que obedecer, y como no podía confiar en ningún persa para gobernar en su ausencia, tomó una atrevida medida: convocó a Lisandro en Sardes para nombrarlo sátrapa en su lugar en esa provincia del Imperio persa. Le dejó todo el dinero disponible y le concedió el derecho a recaudar todo el tributo asignado a la provincia. Ciro confiaba más en la lealtad que en la prudencia del espartano, razón por la cual le pidió que no atacara a los atenienses hasta que él hubiera regresado. Esta petición fue bien aceptada por Lisandro, debido a que su flota sería numéricamente inferior por algunos meses todavía, y necesitaba tiempo para hacer que las tripulaciones de sus barcos volvieran a alcanzar su alto nivel de entrenamiento.

En ausencia de Ciro, los objetivos personales de Lisandro le llevaron a intentar anular la influencia del fallecido Calicrátidas, que había despertado poderosos sentimientos panhelénicos y

antipersas, lo que había contribuido a minar el apoyo político en favor de Lisandro entre los griegos de la región. Éste era especialmente el caso de Mileto, donde un gobierno democrático, claramente hostil a él, mantenía el poder. La primera acción de Lisandro fue intentar acabar con ese obstáculo. Sin embargo, debido a que la ciudad permanecía leal a Esparta, no podía atacarla sin más, por lo que recurrió a la estratagema y al engaño, que siempre formarían parte de su arsenal político. Aunque en público pronunció palabras de aprobación acerca del final de los enfrentamientos entre las facciones de Mileto, privadamente alentó a sus partidarios para que se rebelaran contra la democracia. Los conspiradores recurrieron al asesinato político, llegando a matar a trescientos cuarenta oponentes en sus propias casas y en el mercado, y a expulsar a otros mil de la ciudad. En lugar de la democracia, impusieron a su propia facción a la cabeza de una oligarquía que se iba a mostrar dependiente y ferozmente leal... no a Esparta, sino a Lisandro. Su campaña de Mileto fue un adelanto de los métodos que iba a emplear en el futuro. Ante los críticos de sus métodos traicioneros, el hombre que se jactaba de engañar a «los jóvenes con los dados y a los hombres con juramentos» se justificó fríamente observando que «donde la piel del león no llega, debe llegar la del zorro» (Plutarco, *Lisandro,* VII, 4; VIII, 4).

Para alcanzar Mileto, Lisandro se había visto obligado a navegar hacia el sur, pasando cerca de la flota ateniense en Samos. Sabiendo que las tripulaciones de los barcos lacedemonios todavía no estaban en plena forma, los atenienses, que sobrepasaban en número a los barcos espartanos, deberían haber mantenido la alerta para cualquier ocasión que se presentara de una nueva batalla en el mar; sin embargo, no hicieron el menor esfuerzo de interceptar a Lisandro. Sus dudas a la hora de actuar formaban parte del legado de la ejecución y exilio de los generales que habían obtenido la victoria de las Arginusas, ya que los nuevos generales eran menos expertos y carecían de la confianza de haber conseguido una victoria. Ningún líder había emergido de entre ellos; la mayoría se comportó con timidez y desconfianza, sobre todo al recordar el destino de sus predecesores.

Su cautela fue muy costosa para Atenas, ya que, al salir de Mileto, Lisandro cambió pronto la situación estratégica a su favor. En la provincia de Caña y en Rodas asaltó las ciudades aliadas de Atenas, matando a los hombres y esclavizando a las mujeres y a los niños. Estos fueron actos de terror deliberado, llevados a cabo con objeto de desalentar cualquier resistencia por parte de otros aliados atenienses. Su política era exactamente la opuesta a la de Calicrátidas; no iba a haber panhelenismo. Las líneas de batalla no estaban trazadas, entre griegos y persas, sino entre amigos y enemigos de Lisandro. Incluso así, la guerra tenía que ser ganada en los estrechos, por lo que la superior fuerza naval ateniense de Samos que vigilaba la ruta debía ser burlada. Para conseguir este propósito, se dirigió hacia el oeste por el Egeo, tomando islas y llevando a cabo incursiones en Egina y Salamina, en las aguas territoriales atenienses, para, finalmente, desembarcar en la propia Ática. Incluso los mandos atenienses más temerosos no podían permitir que tales ataques permanecieran impunes, por lo que la flota partió en persecución de los espartanos. Lisandro los despistó, dirigiéndose por el Egeo hacia el sur, a Rodas. Desde allí, se apresuró hacia el norte, siguiendo la costa; sin peligro alguno pasó cerca de Samos, de donde la flota ateniense había partido, y acabó por dirigirse al Helesponto, «para impedir la salida de los barcos mercantes y atacar las ciudades que se habían rebelado contra los espartanos» (Jenofonte, *Helénicas,* II, 1, 17). Una poderosa flota espartana, bajo el mando de un brillante y audaz jefe, amenazaba, una vez más, la línea de aprovisionamiento ateniense.

LA BATALLA DE EGOSPÓTAMOS

Desde su base en Abido *(véase* mapa 29), Lisandro reunió un ejército, lo puso bajo el mando del espartano Torax, y atacó la ciudad de Lámpsaco por tierra y por mar, tomándola al asalto. Este éxito puso a los espartanos en el umbral de la Propóntide, abriendo el camino a Bizancio y Calcedonia, al control del Bósforo y al estrangulamiento del comercio ateniense con el mar Negro. Los atenienses eran conscientes de que todos sus logros en Cinosema, Cícico y las Arginusas serían inútiles, y que incluso la propia supervivencia de Atenas estaría en juego a menos que Lisandro pudiera ser

obligado a luchar y fuera definitivamente derrotado. Por consiguiente, se dirigieron a su base de Sesto, desde donde hicieron avanzar la flota unos veinte kilómetros por el Helesponto, hasta llegar a un lugar conocido como Egospótamos, situado a unos cinco kilómetros enfrente de Lámpsaco, al otro lado del estrecho.

La decisión de situar allí a la flota ateniense fue controvertida desde el comienzo, ya que el área contenía una sola playa, sin un puerto adecuado. La pequeña ciudad cercana no era capaz de proporcionar suficiente comida y bebida para los aproximadamente treinta y seis mil hombres de los barcos, por lo que para obtener suministros los atenienses tuvieron que dividirse y dispersar sus fuerzas para cubrir las casi cuarenta kilómetros del viaje de ida y vuelta hasta su base principal en Sesto. ¿Por qué simplemente no hicieron de Sesto su base y evitaron ese gran riesgo? Debemos buscar la respuesta en las necesidades estratégicas a las que debían enfrentarse. Su primer objetivo era localizar a Lisandro e impedir que navegara por la Propóntide hacia el Bósforo; el segundo era provocar una batalla tan pronto como fuera posible antes de que el dinero se agotara. Evidentemente, el primer objetivo sería imposible de alcanzar desde una base situada a veinte kilómetros de la de Lisandro, mientras que el segundo sería algo muy difícil de llevar a cabo desde esa distancia, y algo también mucho más peligroso. Para provocar a la flota espartana en Lámpsaco desde Sesto, los atenienses habrían tenido que remar contra corriente y, por tanto, contra el viento dominante, lo que significaría que llegarían al lugar de la batalla cansados y vulnerables ante un enemigo descansado. Pero, aunque estas razones justifican la elección de su base por parte de los atenienses, no pueden esgrimirse para defender su conducta en el resto de la campaña.

Seis generales atenienses dirigían las fuerzas en Egospótamos. Al igual que en las Arginusas, no había un mando supremo, con lo que los generales ocupaban el mando en orden rotativo cada día. Sin embargo, a diferencia de los mandos en las Arginusas, fracasaron a la hora de modelar una estrategia brillante y original, y simplemente llevaron a cabo el planteamiento obvio de mover su flota al puerto de Lámpsaco cada mañana y provocar a Lisandro para que saliera a luchar. Desconocemos el número preciso de trirremes de ambos bandos, pero los espartanos contaban al parecer con el mismo número de barcos que sus oponentes. Durante cuatro días, su comandante en jefe mantuvo su flota en el puerto. El tiempo pasaba, y los atenienses parecían no encontrar la forma de hacer que Lisandro aceptara el combate.

Fue en ese momento cuando Alcibíades hizo una reaparición teatral. Al parecer había estado viviendo en el exilio en la tierra que poseía en la península de Gallipoli, y desde su fortaleza había podido observar el punto muerto al que se había llegado. Cabalgó hacia el campamento ateniense y ofreció allí su consejo y asistencia. Urgió a los generales a que trasladaran su base a Sestos por razones obvias, al tiempo que anunció que dos reyes tracios le habían prometido un ejército con el que ganar la guerra. El consejo, como hemos visto, era menos útil de lo que él creía, pero la llegada de tropas de tierra hubiera sido algo muy valioso. Si los atenienses podían tomar Lámpsaco por tierra, Lisandro se vería obligado a intentar abrirse camino fuera del puerto contra una flota ateniense en una posición más fuerte, y en un tiempo y lugar elegidos por ellos. Bajo esas condiciones, la derrota espartana estaría asegurada y, con la costa en manos hostiles, la flota espartana sería destruida como lo había sido en Cícico.

Sin embargo, los generales atenienses tenían buenas razones para dudar de que las fuerzas prometidas por Alcibíades aparecieran, ya que sabían que similares promesas hechas en el pasado no habían sido cumplidas más tarde. Además, Alcibíades también había expuesto condiciones inaceptables a cambio de su ayuda, entre ellas participar del mando de las fuerzas atenienses. Sin duda, cuestionaron sus motivos, sospechando «un deseo de llevar a cabo una gran hazaña por su patria, gracias a sus propios esfuerzos, y a través de esas acciones restablecer en el pueblo el anterior afecto que tenía por él» (Diodoro, XIII, 105, 3). Cualesquiera que fueran sus inclinaciones, ningún general ateniense habría osado compartir el mando con un exiliado condenado por el pueblo; y mucho menos estarían dispuestos a aceptar la propuesta de un hombre como Alcibíades, ya que temían que «si eran derrotados, de ellos sería la culpa, mientras que el mérito de una victoria iría para Alcibíades (Diodoro, XIII, 105, 4)». En lugar de aceptar su sugerencia, le dijeron que «ellos eran los generales ahora, y no él» (Plutarco, *Alcibíades,* XXXVII, 2) y le ordenaron que se

marchara. Entonces, regresaron a la táctica anterior, pero el retraso y la inactividad tuvieron un efecto muy perjudicial sobre la disciplina y la moral. Los hombres se hicieron descuidados, partiendo en búsqueda de agua y comida tan pronto como los barcos tocaban la playa, sin tomar precauciones por su seguridad, mientras que sus oficiales tampoco les encomendaban tareas. La situación era dificil. Mantener el nivel de competencia de las tripulaciones no habría sido fácil en ningún caso, si bien la timidez de los generales contribuía a exacerbar el problema.

En el quinto día, la rotación del mando hizo que éste recayera en Filocles, que parecía tener un plan para poner fin al punto muerto en el que estaban y obligar al enemigo a entrar en combate. Con treinta barcos navegó en dirección a Sestos, dejando órdenes a los capitanes del resto de la flota para que le siguieran en un tiempo convenido. Su intención parece que fue la de persuadir a Lisandro de que los atenienses se habían cansado finalmente de mantener una posición inútil en Egospótamos, y que se estaban retirando a su base principal corriente abajo. Confiaba en que la tentación de perseguir a un destacamento lo suficientemente pequeño como para ser derrotado fácilmente, pero bastante grande como para ser un digno objetivo, fuera irresistible para los espartanos. De hecho, el propio Lisandro había intentado algo parecido en Notio, cuando atacó la escuadra de Antíoco, y en aquella ocasión obtuvo una gran victoria cuando el resto de la flota ateniense vino a su rescate. Quizá Filocles había tomado nota de esa estratagema y planeado utilizarla en Egospótamos. Esta vez el destacamento avanzado sería un señuelo deliberado, y la fuerza principal estaría preparada para abalanzarse sobre Lisandro cuando éste mordiera el anzuelo.

El plan parecía muy prometedor, pero requería de un mando de confianza, de mucha disciplina, de la cadencia adecuada y de una perfecta coordinación entre las escuadras para conseguir el éxito. Sin embargo, en ese día, la flota ateniense estaba muy pobremente equipada de esas cualidades. Por el contrario, la flota enemiga estaba bien entrenada, y bajo el mando de un solo líder que confiaba, y con razón, en su talento. Lisandro sabía que, al final, los atenienses habrían decidido, o bien retirarse, o bien emplear alguna clase de truco para obligarle a una batalla, y él estaba preparado para ambas contingencias, por lo que pacientemente mantuvo a la flota enemiga bajo una estrecha vigilancia, encargándose de que su flota estuviera en buenas condiciones, alerta y preparada, así como cuidadosamente dispuesta para la lucha cuando se presentara la oportunidad. Tan pronto como vio la salida de Filocles, actuó rápidamente y logró aislar a la escuadra ateniense antes de que fuera capaz de avanzar más, corriente abajo. Contando con fuerzas superiores, envolvió a Filocles, derrotó completamente a su unidad, y se dirigió después hacia la principal fuerza ateniense que estaba detrás de él. Sus movimientos eran demasiado rápidos para los atenienses, cuya coordinación había fallado. El plan ateniense preveía que los barcos de Lisandro darían caza a los de Filocles en la parte inferior del estrecho, dejando su retaguardia convenientemente expuesta. Pero en lugar de encontrarse con eso, los atenienses en Egospótamos se quedaron aturdidos al ver a lo que quedaba de la escuadra de Filocles huyendo hacia ellos con la victoriosa flota de Lisandro detrás en ardiente persecución. El pánico y la parálisis se extendieron entre los atenienses, y muchos trirremes fueron capturados en la playa sin sus tripulaciones.

La confusión de los atenienses alentó a Lisandro para desembarcar un destacamento de soldados bajo el mando de Eteónico, que tomó el campamento enemigo, mientras sus propias naves victoriosas estaban ya ocupadas en arrastrar las varadas naves atenienses. Los aturdidos atenienses no habían organizado fuerza terrestre alguna para resistir un ataque enemigo, por lo que acabaron corriendo en todas direcciones, con la mayoría huyendo hacia Sesto para salvar sus vidas. De la gran flota ateniense, todos los barcos excepto diez fueron capturados o hundidos. Lisandro había anulado por completo el resultado de Cícico; en cambio, los derrotados atenienses no contaban ahora con aliados que les ayudaran a restaurar su fortuna y, con sus propias arcas vacías, no podían permitirse construir otra flota. Los atenienses acababan de perder la guerra.

LAS CONSECUENCIAS DE LA BATALLA

Después de enviar rápidamente a Esparta la noticia de su gran victoria, Lisandro mantuvo en Lámpsaco a cerca de tres o cuatro mil prisioneros atenienses, que constituían aproximadamente una décima parte de la fuerza enemiga. A pesar de su previa dureza hacia los enemigos denotados, no podemos asegurar, si es que la decisión era únicamente suya, que ordenara matar o esclavizar a los prisioneros. Sus pasadas atrocidades no parece que hubieran sido cometidas en el calor del momento, sino que eran, más bien, el resultado de una fría decisión. Aun así, como ya hemos visto, podía llegar a ser clemente cuando eso convenía a sus propósitos.

Sin embargo, la decisión descansaba realmente en mentes menos calculadoras, ya que los vengativos aliados exigieron la aplicación de la pena de muerte. Durante el curso de una guerra como ésta, que se había prolongado a lo largo de más de un cuarto de siglo, ciudades como Corinto, Megara y Egina habían visto su tierra devastada, su comercio interrumpido, su economía arruinada y su prosperidad y estatus disminuidos permanentemente. Habían sufrido bajas en el combate, además de haber sido sometidas a un trato cruel, lo que se había incrementado a medida que la lucha avanzaba. Las atrocidades cometidas por ambas partes habían ido aumentando terriblemente, si bien las masacres atenienses y la esclavización de las poblaciones de ciudades como Escione y Melos eran especialmente bien conocidas; pero los vencedores comúnmente tienden a excusar, si no a olvidar, sus propios excesos, incluso cuando están encolerizados por las terribles acciones que les había tocado padecer. Sin embargo, era muy reciente la decisión de los atenienses que, encolerizados con los desertores de su flota, habían votado cortar la mano derecha de cada cautivo. De la misma forma, Filocles había ordenado que las tripulaciones de dos barcos enemigos capturados fueran arrojadas por la borda. Con tales acciones frescas en la memoria, los espartanos y sus aliados votaron por ejecutar a todos los prisioneros atenienses.

Jenofonte, que probablemente estaba presente, nos informa de cómo Atenas recibió la noticia de la derrota de Egospótamos:

> La *Páralo* [una de las dos naves usadas para misiones especiales] llegó a Atenas por la noche y anunció el desastre, y un gemido se extendió desde el Pireo, a través de los Muros Largos, hasta la ciudad, con cada hombre dando la noticia a otro, por lo que esa noche nadie durmió. Lloraban, no sólo por los hombres que habían muerto, sino también por ellos mismos, pensando que sufrirían la clase de destino que ellos habían impuesto a los melios, colonos de los espartanos, después de que fueran sometidos por asedio, y a los histieos, a los escioneos, a los toroneos, a los eginetas y a muchos otros entre los griegos. *(Helénicas, II,* 2, 3)

El trato dispensado a los prisioneros de Egospótamos les convenció seguramente de que la rendición les traería a ellos la muerte, la esclavitud o el exilio, por lo que decidieron resistir. La Asamblea votó tomar todas las medidas posibles para defender la ciudad, y los atenienses se prepararon para el inevitable asedio.

En los estrechos, Lisandro pronto se hizo con el control de la situación, por lo que no se produjeron nuevas masacres. Al contrario, ofreció condiciones razonables a las ciudades aliadas de Atenas, que se rindieron sin luchar. Incluso permitió que guarniciones y oficiales atenienses partieran en paz, con la única condición de que se dirigieran a Atenas. Este último gesto, aunque aparentemente benévolo, era, en realidad, un astuto movimiento táctico: Lisandro sabía que Atenas era demasiado fuerte para ser tomada al asalto; la única opción era someterla por asedio, por lo que le convenía que hubiera en la ciudad tanta gente hambrienta como fuera posible, con objeto de reducir el tiempo que pudiera resistir. Para conseguir este propósito, colocó guarniciones en Bizancio y Calcedonia, en ambos lados del Bósforo, y decretó la pena de muerte para cualquiera que llevara grano a Atenas.

Sus planes para estas dos ciudades establecieron el modelo del sistema que iba a aplicar en todas las que iban a quedar bajo su control. Colocó guarniciones en ellas bajo oficiales llamados

«harmostes», no «sobre la base del origen aristocrático o por la riqueza de esos hombres, sino que puso el control de los asuntos en manos de los miembros de su facción política y de aquéllos conectados a él por medio de una relación personal, otorgándoles el poder de distribuir recompensas y castigos» (Plutarco, *Lisandro,* XIII, 14). Por todas partes reemplazó los gobiernos democráticos por oligarquías de sus propios partidarios, que a menudo estaban formadas por grupos de diez hombres conocidos como «decarguías», cuyos miembros eran muy cercanos a él. Antes de que hubiera transcurrido mucho tiempo, el «libertador de los griegos» estaba recaudando tributos de las ciudades que estaban bajo su control, y el gobierno espartano ratificaba esta manera de actuar.

A continuación, Lisandro navegó por el Egeo, haciéndose con el control de las ciudades del Imperio ateniense. Samos fue la única en resistir; allí, la facción democrática en el poder, fieramente leal a Atenas, mató a los opositores aristocráticos y se preparó para resistir el asedio espartano. Lisandro dejó cuarenta barcos para controlar la situación, y se dirigió con unos ciento cincuenta navíos hacia el Ática. En el camino, devolvió a sus islas a los melios y a los eginetas, que habían sido previamente expulsados por los atenienses. Lisandro no ponía objeciones a la hora de asumir el papel de libertador, siempre que esto no dañara sus propios objetivos.

EL DESTINO DE ATENAS

En octubre del 405, Lisandro llegó finalmente al Ática, donde encontró a todo el ejército peloponesio en el recinto de la Academia, justo fuera de las murallas de Atenas. En lugar de avanzar con los usuales dos tercios del contingente militar de cada ciudad, Agis había partido de Decelia con todas sus fuerzas, y el rey Pausanias había guiado al resto del ejército del Peloponeso. Era la primera vez, en más de un siglo, que ambos reyes espartanos estaban en campaña simultáneamente. Su intención era intimidar aún más a los atemorizados atenienses para obtener de ellos una rendición inmediata, pero incluso con esa muestra de fuerza, sin precedentes, no lo consiguieron.

Algunos atenienses, al menos, debían de estar impulsados tanto por la esperanza como por el miedo de las consecuencias de la rendición. Aunque sus enemigos estaban unidos en su odio hacia el Imperio ateniense, no todos tenían los mismos objetivos. Las ambiciones tebanas y espartanas, por ejemplo, habían chocado durante la guerra. Mientras una completa destrucción de Atenas sería conveniente para los tebanos, que eran sus vecinos inmediatos y que podían esperar extenderse en el espacio vacío que se creara, Esparta no se beneficiaría de una expansión del poder de su ambicioso aliado. Por su parte, los espartanos podían ver una ventaja en ofrecer mejores términos a los atenienses, aunque, en cualquier caso, no iba a ser cosa de una sola mente el decidir cómo iba a ser tratado su vencido enemigo. Lisandro perseguía una política ambiciosa cuyo objetivo era el de tomar el Imperio ateniense bajo el control de un espartano. No está muy claro lo que Agis podía pensar de todo ello, pero Pausanias, como antes su padre, Plistoanactes, pronto revelaría su preferencia por una política mucho más conservadora que confinaría las actividades de los espartanos al Peloponeso y buscaría establecer relaciones cómodas con una Atenas desposeída de su poder y de su Imperio. La influencia natural del rey podía imponerse, al final, sobre el prestigio temporal de Lisandro, y un acuerdo más favorable con Atenas podía ser establecido. Por consiguiente, los atenienses se prepararon para resistir tanto como pudieran.

Cuando los espartanos vieron que no se produciría una rendición inmediata, enviaron al ejército de Pausanias de vuelta a Esparta, mientras Lisandro tomaba el grueso de la flota y se dirigía a Samos, aunque dejando allí los suficientes barcos para que el bloqueo de Atenas fuera efectivo. No mucho tiempo antes de que se produjeran estas dos acciones, se convocó una reunión de los espartanos y sus aliados para discutir el destino de Atenas. Era probable que tanto Tebas como Corinto sugirieran su destrucción, una propuesta que apoyarían Agis y Lisandro «por su propia iniciativa, sin la aprobación de la Asamblea espartana» (Pausanias, III, 8, 6; el escritor del siglo n d. C., no el rey espartano). Los atenienses, quizás aterrorizados por informes recibidos acerca de esta decisión, enviaron una propuesta al rey Agis, que se había retirado a Decelia, con la oferta de unirse

a la Liga espartana siempre que pudieran mantener sus murallas y el Pireo. Aunque bajo tales términos renunciaban a reclamar su imperio perdido, Agis respondió negando su autoridad para negociar la paz, y les dijo que presentaran el asunto en Esparta. Evidentemente, él no quería comprometerse a aceptar condiciones tan benévolas.

Cuando los atenienses enviaron embajadores a Esparta para discutir el asunto, los éforos no les permitieron entrar en la ciudad; en vez de eso los recibieron en Selasia, en la frontera de Laconia, donde les pidieron que expusieran sus propuestas. Al escuchar los términos que los atenienses habían sugerido a Agis, los rechazaron sin discusión y ordenaron a los embajadores «que regresaran desde allí mismo, y que si ellos querían la paz, regresaran con una propuesta mejor» (Jenofonte, *Helénicas,* II, 2, 13). Al menos, dijeron, los atenienses deberían aceptar destruir los Muros Largos a lo largo de más de de un kilómetro y medio, haciendo indefendible, así, la ciudad. Ésta era una perspectiva aterradora, porque significaría que Atenas perdería su acceso al mar y podría ser sometida al hambre por asedio en cualquier momento en que los espartanos lo llevaran a cabo.

El rechazo de los espartanos a discutir los términos que llevaron los atenienses fue, en sí mismo, un terrible golpe, ya que durante el tiempo necesario para conducir una negociación muchos atenienses morirían de hambre. Un hombre llamado Arquéstrato se alzó en el Consejo ateniense y propuso la aceptación de las condiciones espartanas, pero, incluso en el desesperado estado en que se encontraban, los atenienses no le escucharon. Ordenaron encarcelar a Arquéstrato por haber hecho una propuesta como ésa, y aprobaron la moción de Cleofonte que prohibía cualquier sugerencia similar en el futuro. Una reacción tan extrema sólo podía ser producto de la desconfianza, porque los atenienses creían firmemente que, a pesar de lo que los espartanos pudieran decir o jurar, los matarían o los esclavizarían si les daban la mínima oportunidad.

TERÁMENES NEGOCIA LA PAZ

Sin embargo, ni siquiera Cleofonte podía posponer las negociaciones de paz para siempre. Después de un corto intervalo, la presión de la hambruna llegó a ser intolerable. En ese momento, Terámenes —el hombre que había tomado parte en la iniciativa de salvar a Atenas de la derrota en el 411, y que había actuado para derribar a los Cuatrocientos cuando estaban a punto de entregar la ciudad a los espartanos— se enfrentó de nuevo al peligro en un intento de conjurar el desastre. Su intervención fue la que se podía esperar de un moderado: se basaba en el rechazo de las posiciones extremas de aceptar las condiciones de Esparta o negarse rotundamente a negociar. Propuso buscar a Lisandro para conocer realmente las intenciones de los espartanos, principalmente si era su propósito destruir a Atenas y a su gente. Al mismo tiempo, dijo a la Asamblea que había descubierto «algo de gran valor» (Lisias, XIII, 9) para Atenas, pidiendo al pueblo que le concediera plenos poderes para negociar la paz. Cuando fue presionado para que revelara qué era eso tan valioso, declinó contestar y sólo pidió que confiaran en él. Los atenienses debieron de comprender que mantener el secreto era algo fundamental para que su negociador pudiese tener una oportunidad de conseguir el éxito, y, en ese momento, estaban impacientes por conseguir un acuerdo, si es que alguno podía ser conseguido; por ese motivo, aprobaron la moción de Terámenes.

Encontró a Lisandro en Samos y permaneció allí con él durante, al menos, tres meses. A su regreso, a comienzos de marzo del 404, justificó su larga ausencia afirmando que el espartano le había mantenido allí contra su voluntad, para después despedirlo con el mismo mensaje que Agis había dado antes a los atenienses: que él no tenía poder para discutir términos de paz; para eso, los atenienses debían acudir a los éforos en Esparta. Esta explicación es muy poco plausible, e incluso los escritores antiguos no la creyeron. Por el contrario, algunos de ellos afirman que Terámenes decidió permanecer allí tanto tiempo como estuvo para hacer que los atenienses estuvieran tan hambrientos que aceptaran cualquier paz que los espartanos ofrecieran. Sin embargo, la razón y la evidencia obligan a rechazar esta explicación; la ausencia de Terámenes prolongaba la resistencia, ya que los atenienses sin duda se mostrarían menos inclinados a aceptar los términos de paz espartanos mientras su enviado estuviera intentando conseguir unas condiciones mejores. Para

apresurar el proceso, Terámenes tan sólo necesitaba regresar con la noticia de que los espartanos no tenían la intención de destruir Atenas, pero que Lisandro continuaba insistiendo en los términos establecidos. Además, si los atenienses hubieran considerado que él había pasado tanto tiempo con Lisandro, mientras el pueblo sufría, para volver con las manos vacías, difícilmente le hubieran elegido para encabezar una nueva embajada a Esparta con objeto de negociar la paz. Sin duda debió de convencer a los atenienses de haber conseguido un progreso significativo en las largas discusiones con Lisandro y de que, por lo tanto, estaba en una mejor posición para conseguir la paz.

Éste, en cualquier caso, fue el resultado, ya que, en última instancia, los espartanos aceptaron un acuerdo que dejaba a Atenas intacta, y a su pueblo con la garantía de que se respetaría su vida y su libertad, e incluso su independencia. ¿Cómo consiguió Terámenes convencer a Lisandro para que abandonara su anterior y firme decisión de destruir Atenas, y qué era eso «de gran valor» que Terámenes afirmaba haber descubierto? Los escritores antiguos no lo dicen, pero es posible llevar a cabo alguna especulación razonable. Terámenes esperaba salvar lo que pudiera de la situación, pero sin duda tenía muy claro que Atenas debía renunciar a su Imperio, a su flota y a sus murallas, porque Esparta no aceptaría nada por debajo de eso. Sus objetivos eran salvar la ciudad, a su gente y su libertad, así como todo el grado de independencia que fuera posible. Las largas discusiones con Lisandro fueron necesarias para conseguir esos objetivos, mientras Lisandro intentaba contener los argumentos de la facción que perseguía la destrucción de Atenas.

Los más fervientes de ese grupo eran los tebanos y los corintios. Fue un tebano, Erianto, quien formalmente propuso que «la ciudad fuera arrasada y su territorio dejado para pasto de ovejas» (Plutarco, *Lisandro,* XV, 2). Probablemente, Terámenes no tuvo dificultad alguna en persuadir a Lisandro de que arrasar Atenas dejaría su territorio como presa para su ambicioso, y cada vez más poderoso, rival del norte. No sería del interés de Esparta o de Lisandro el contribuir al crecimiento de un Estado que había ocasionado a Esparta frecuentes problemas durante la guerra, que había crecido en tamaño e influencia durante la misma y que, además, estaba en ese momento bajo el control de una facción hostil a Esparta, que ya estaba reclamando una participación más grande en el botín de guerra. Sería más inteligente, señalaba Terámenes, mantener a una Atenas amistosa y nada amenazadora, como un Estado de contención y un límite a las ambiciones tebanas.

Para la Atenas de posguerra, Lisandro hubiera preferido una fuerte oligarquía, integrada exclusivamente por sus más cercanos partidarios, quizás una decarquía apoyada por una guarnición, como en el anterior Imperio ateniense. ¿Qué argumentos podía ofrecerle Terámenes para persuadirle de que se concediera un cierto grado de autonomía a la ciudad? Como solía ocurrir, los éxitos de Lisandro y los honores extraordinarios que varias ciudades le habían concedido le habían hecho objeto de preocupación y recelo por parte de los reyes espartanos y de otras destacadas figuras. «Él fue el primer griego al que las ciudades elevaron altares y presentaron sacrificios como si se tratara de un dios» (Plutarco, *Lisandro,* XVIII, 3); los oligarcas samios, después de ser restaurados, por ejemplo, cambiaron el nombre de su festival de *Herea* por el de *Lisandreia.* Los dos reyes espartanos pronto mostrarían su hostilidad a las pretensiones de Lisandro, y socavarían el régimen que éste pretendía imponer a los atenienses. Esa antipatía debía de ser anterior, ya que Terámenes pudo razonablemente argumentar que el establecimiento de una cerrada oligarquía, descaradamente bajo control de Lisandro, daría lugar a una oposición unificada de los reyes y de otros que se oponían a los planes del ambicioso espartano. Además, un régimen de esa naturaleza contrariaría en alto grado a los atenienses, acostumbrados a la democracia por más de un siglo, y podía conducirles a una violenta resistencia. Sería más lógico y más seguro establecer un régimen más amplio y más moderado.

Quizá Terámenes tuviera otro as escondido, ese «algo de gran valor» que había mencionado a los atenienses. Un elemento fundamental que sostenía el poder de Lisandro era su estrecha relación con el príncipe persa Ciro, con quien contaba para obtener asistencia financiera, militar y política. Había sido la ayuda de Ciro la que había posibilitado la victoria y elevado a Lisandro a su nivel de prestigio más alto, pero la propia posición de Ciro estaba en peligro en ese momento. Convocado a Susa, encontró a su padre, Darío II, en su lecho de muerte. Su desaparición llevaría al trono al hostil hermano mayor de Ciro con el título de Artajerjes II, quien, como mínimo, retiraría a Ciro de su

control del territorio occidental y, con ello, le desposeería de su capacidad de apoyar a Lisandro. Todo ello podía conducir a un cambio de la situación, ya que el nuevo rey podía volver a la anterior política de intentar evitar que una sola potencia predominara entre los griegos, y eso le podía llevar a apoyar a Atenas en vez de a Esparta. Aunque su respaldo no podría evitar el resultado de la guerra, sí podía lograr que Atenas resistiera detrás de sus murallas hasta que se consiguieran unas mejores condiciones, y también alentar a los oponentes espartanos de Lisandro a socavar su posición. Era claramente del interés de Lisandro, argumentaba Terámenes, promover una paz razonable e instalar un régimen amistoso en Atenas antes de que muriera Darío y las noticias alcanzaran Grecia.

Estas especulaciones explicarían la razón por la cual Terámenes pudo regresar a Atenas a comienzos de marzo con las noticias de que Lisandro estaba dispuesto a apoyar una paz aceptable, y también cuál había sido la causa de que los atenienses le eligieran como cabeza de la comisión que debía negociar la paz con Esparta. Lisandro también envió un mensaje a los éforos con objeto de informarles de su reunión con Terámenes. Su informe oficial afirmaba que le había dado al ateniense la misma respuesta que Agis había dado antes que él: la decisión descansaba en las manos de los éforos y de los ciudadanos de Esparta. Sin embargo, de manera oficiosa, debió de informarles también de su cambio de opinión. Ciertamente, esa opinión acabó por triunfar sin oposición de los reyes o de los éforos, que parecían competir retóricamente para describir sus nobles motivaciones. Los términos de paz que ofrecieron fueron lo siguientes: los Muros Largos y las murallas del Pireo serían derribados; Lisandro decidiría cuántos barcos podía tener Atenas (aunque el número, desde luego, sería muy reducido); los atenienses renunciarían a todas las ciudades que controlaban, pero mantendrían el control del Ática; deberían permitir el regreso de todos los exiliados (la mayoría de ellos oligarcas simpatizantes de Esparta); los atenienses se gobernarían por su Constitución ancestral (lo que esto significaba no quedaba del todo claro, y acabaría convirtiéndose en objeto de feroces discusiones), y, por último, los atenienses iban a tener los mismos amigos y enemigos que los espartanos, y los seguirían hacia donde ellos pudieran conducirles, lo que suponía, de hecho, dejar la política exterior ateniense en manos espartanas.

Estos términos pueden parecer duros, pero no tanto si los consideramos a la luz del hecho de que los atenienses habían temido que los espartanos rechazaran cualquier acuerdo, con la excepción de la rendición incondicional y la destrucción de Atenas y de su gente o, al menos, su esclavización. Sin embargo, cuando Terámenes informó de los términos ofrecidos, algunos de sus conciudadanos los rechazaron. Los principales oponentes eran demócratas intransigentes como Cleofonte, que sabían que la capitulación supondría el final de la democracia, y que el regreso de los encolerizados oligarcas del exilio conduciría a la muerte de los líderes democráticos. Tan amenazadora era su influencia, que los defensores de la paz creyeron que, los que así obstaculizaban el acuerdo, debían ser apartados; cuando Terámenes regresó a Atenas, se encontró con que Cleofonte había sido juzgado y ejecutado. Pero incluso entonces, atenienses influyentes continuaron quejándose a Terámenes. Como reacción, los que apoyaban la paz, ahora en mayoría, presentaron cargos contra los líderes disidentes y lograron encarcelarlos. Al día siguiente del regreso de Terámenes, se reunieron para considerar la propuesta de paz espartana, y aunque hasta cerca del final algunos votaron en contra, la gran mayoría votó aceptarla.

En ese día de marzo del año 404, poco más de veintisiete años después de su comienzo, la gran guerra entre Atenas y Esparta llegó a su final. Durante ese mismo mes, Lisandro llegó para hacer cumplir los términos de paz. Los exiliados que le acompañaban esperaban que esto diera inicio a una nueva era en la historia de Atenas. Los aliados de Esparta, cubiertos con coronas de flores, danzaban y se regocijaban. «Con gran celo se pusieron a derribar las murallas al son de la música de las flautistas, pensando que ese día era el inicio de la libertad para los griegos» (Jenofonte, *Helénicas, II,* 2, 23).

La predicción de Arquidamo de que los espartanos del 431 dejarían la guerra como herencia a sus hijos se había hecho realidad, pero se hubiera quedado boquiabierto si hubiera sabido que el conflicto iba a terminar con una gran victoria naval de los espartanos, en alianza con los «bárbaros», que había estado tan orgulloso de derrotar en el 479. Las predicciones de Pericles para el desarrollo

de la guerra hacía mucho tiempo que se habían mostrado erróneas. Nadie, de hecho, habría podido prever un conflicto tan largo, tan amargo, tan costoso y tan destructivo: había acabado con la vida y las propiedades de muchos hombres, y con muchas de las antiguas tradiciones e instituciones de los griegos. La guerra, como dice Tucídides, es un maestro violento, y ninguna guerra griega había sido nunca tan brutal como aquélla. La fina capa de civilización que permite a los seres humanos vivir decentemente y alcanzar sus más altas posibilidades se hizo pedazos, arrojando a los combatientes a excesos de crueldad y vicio, de los que los seres humanos sólo son capaces en sus peores momentos. El propósito declarado de los vencedores, la liberación de los griegos, se convirtió en una burla, incluso antes de que la guerra hubiera terminado, mientras que la paz que siguió fue de corta duración. Fue, como Tucídides la llamó, «el desastre más grande que afectó a los griegos, y a una buena parte de los bárbaros, e incluso, podría decirse, a la mayor parte de la Humanidad» (I, 1, 2). Si realmente fue la más grande de las guerras griegas, fue también la más terrible de las tragedias griegas.

Conclusión

Al final, la victoria espartana no proporcionó la libertad para los territorios antes sometidos por Atenas, ya que Lisandro mantuvo el control de muchas ciudades griegas de Asia Menor, y los persas recobraron otras muchas. Los espartanos reemplazaron el imperio naval ateniense por el suyo propio, imponiendo oligarquías muy cerradas y guarniciones espartanas y gobernadores en las «ciudades liberadas», así como el pago de tributos.

En la propia Atenas, los espartanos impusieron un gobierno títere de oligarcas cuya brutalidad pronto les hizo dignos del nombre de «los Treinta Tiranos». El nuevo régimen comenzó un reino de terror, que consistió en una extensa confiscación de la propiedad y en el asesinato judicial, primero dirigido contra líderes de la democracia, luego contra ricos para obtener beneficio y finalmente contra los moderados, incluidos aquellos de sus propias filas que protestaron contra esas atrocidades. Cuando la hostilidad y la resistencia crecieron, los Treinta tuvieron que solicitar la presencia de una guarnición de tropas espartanas para que les protegieran de sus conciudadanos.

Después de haber tomado el control de lo que había sido el Imperio ateniense, los espartanos dominaron desde ese momento el mundo griego, suprimiendo la democracia allí donde la encontraban, a la que reemplazaron por gobiernos oligárquicos satélites en todas partes. En una Atenas que se había convertido en un territorio ocupado, en el que incluso la simple sospecha de tener simpatías hacia la democracia podía conducir a la muerte, los atenienses encontraron en Trasibulo, hijo de Lico, un líder para hacer frente a la situación. Como no aceptaba vivir bajo el gobierno de los Treinta, Trasibulo huyó a Tebas, antes hostil a Atenas, pero en ese momento enfrentada a Esparta. Hacia allí_escaparon dirigentes demócratas atenienses y patriotas que se reunieron con Trasibulo y organizaron un pequeño ejército, que se estableció en un fuerte en las montañas, en la frontera norte de Atenas. Cuando las fuerzas de los Treinta intentaron acabar con los rebeldes, más atenienses se animaron a huir y a unirse a la resistencia. Al final, Trasibulo contó con las suficientes fuerzas como para avanzar y capturar el Pireo y enfrentarse con un ejército espartano hasta quedar en tablas. Los espartanos decidieron abandonar Atenas y, así, en el 403, Trasibulo y sus hombres restauraron la plena democracia.

Atenas era libre y democrática de nuevo, pero el peligro no había pasado. Encolerizados por los ultrajes cometidos por los Treinta, muchos ciudadanos atenienses querían buscar y castigar a los culpables de semejantes excesos y también a todos aquellos que habían colaborado con ellos, un proceso que incluiría numerosos juicios, ejecuciones y destierros. Sobre Atenas se cernía el peligro de verse desgarrada por la lucha entre facciones políticas y por la guerra civil que ya había destruido la democracia en tantos otros Estados griegos. Sin embargo, Trasibulo se unió a otros moderados para decretar una amnistía que protegiera a la mayoría de los que podían ser objeto de venganza, excepto a unos pocos de los que habían cometido los actos más criminales. La democracia restaurada en Atenas se mantuvo firme en una política de moderación y autocontrol, exhibiendo un comportamiento que más tarde ganó las alabanzas del propio Aristóteles: «La reacción [de los demócratas atenienses] ante sus pasadas desgracias, tanto privadas como públicas, parece haber sido la mejor y la de mayor habilidad política que cualquier pueblo haya demostrado nunca». No sólo decretaron y sostuvieron la amnistía, sino que utilizaron fondos públicos para devolver a los espartanos la suma que los Treinta les habían pedido prestada para combatir a los demócratas. «Porque pensaban que ése era el único camino para comenzar la restauración de la armonía. En otras ciudades, cuando los demócratas llegaban al poder, no se pensó en gastar el dinero propio; muy al contrario, ellos tomaban y se repartían las tierras de sus oponentes» *(Constitución de los atenienses,* 40, 2-3). La moderación de los demócratas del 403 se vio recompensada por una reconciliación absoluta de las clases y de las facciones políticas que permitió a la democracia ateniense florecer sin tener que enfrentarse a una guerra civil o a un golpe de Estado, casi hasta el final del siglo IV.

Curiosamente, la derrota que había amenazado con aniquilar a Atenas y a su gente, con destruir su Constitución democrática y comprometer su capacidad para dominar a otros o, incluso, para conducir una política exterior independiente, fracasó en conseguir cualquiera de esos objetivos durante mucho tiempo. En un año, más o menos, los atenienses habían conseguido instalar plenamente su democracia de nuevo. En una década, habían recobrado su flota, sus murallas y su independencia, e incluso en ese momento Atenas ya era considerada un miembro principal en una coalición de Estados dedicados a prevenir que Esparta interfiriera en los asuntos del resto de Grecia. En un cuarto de siglo, habían vuelto a ganarse a muchos de sus antiguos aliados y restaurado su poder, hasta el punto que es posible hablar de un «segundo Imperio ateniense».

Es cierto que los espartanos se habían convertido en la fuerza dominante en Grecia, pero su victoria no trajo estabilidad y sí muchos problemas. En pocos años, fueron obligados a abandonar su Imperio y los tributos, aunque no antes de que una cantidad suficiente de dinero hubiera circulado por Esparta, socavando su tradicional disciplina e instituciones. Pronto los espartiatas tuvieron que hacer frente a conspiraciones internas que amenazaron su Constitución y su misma supervivencia. En el exterior, tuvieron que hacer frente a una gran guerra contra una coalición de antiguos aliados y enemigos que los mantuvieron en jaque dentro del propio Peloponeso, creando una situación crítica de la que sólo pudieron salir gracias a la intervención de Persia. Durante cierto tiempo, mantuvieron su hegemonía sobre el resto de los griegos, pero sólo mientras el rey persa quiso que eso ocurriera. Tres décadas después de su gran victoria, los espartanos fueron derrotados por los tebanos en una gran batalla terrestre, y su poder fue destruido para siempre.

El coste de la larga y brutal guerra del Peloponeso fue enorme. La pérdida de vidas humanas no tenía precedentes y, en algunos lugares, sólo puede describirse como demoledora. Toda la población masculina de Melos y Escione fue aniquilada, mientras que Platea perdió a gran parte de sus hombres. Una década después de que la guerra hubiera terminado, el número de varones adultos atenienses ascendía a la mitad de los que había al comienzo del conflicto. Los atenienses tuvieron más bajas que otros Estados, ya que sólo ellos sufrieron la peste que mató, quizás, a un tercio de su población, aunque no podemos olvidarnos de las devastaciones de los campos, la interrupción del comercio que trajo hambruna, malnutrición y enfermedades, que también afectaron a otros Estados. Los atenienses arruinaron los cultivos de Megara e interrumpieron su comercio durante muchos años, dejando a los megareo tan diezmados y empobrecidos que se vieron obligados a incrementar su dependencia de la mano de obra esclava para recuperar la prosperidad de la ciudad. Los corintios habían sido capaces de enviar unos cinco mil hoplitas para enfrentarse a los persas en la batalla de Platea (479), pero sólo pudieron reunir unos tres mil —seguramente toda su fuerza— en Nemea para defender su propio territorio en el 394. La pobreza originada por la restricción del comercio durante la guerra desposeyó a muchos hombres de la fortuna mínima para servir como hoplitas, aunque este simple dato no puede explicar cifras tan mermadas. Si sólo la mitad del crecimiento puede considerarse como el resultado de una población en regresión, esto indicaría una disminución del número de varones adultos de un veinte por ciento en menos de un siglo. Las privaciones de la guerra, directas o indirectas, pasarían una factura parecida en vidas humanas a lo largo del mundo griego, desde Sicilia al Bósforo.

El daño económico, incluso cuando no provocó pérdida de vidas, fue grave en muchos lugares. La pérdida de su Imperio puso fin a la fuente de la gran riqueza pública de Atenas, con sus extraordinarios programas de construcción del siglo v. La depredación sobre la agricultura requirió de muchos años para su recuperación. No sólo Megara, sino las islas del Egeo fueron sometidas a frecuentes incursiones. Corinto, Megara y Sición, los Estados del istmo para los que el comercio era vital, fueron apartados del comercio con el Egeo por casi tres décadas, y durante la mayor parte de ese período su comercio con el oeste fue severamente restringido. En muchas partes de Grecia, especialmente en el Peloponeso, la pobreza fue tan severa que muchos hombres se vieron obligados a ofrecerse como mercenarios, a menudo en ejércitos extranjeros.

Dentro de las ciudades, los peligros y las asperezas de la guerra contribuyeron a exacerbar el conflicto entre las facciones existentes. Tucídides, Jenofonte, Diodoro y Plutarco hablan de las frecuentes guerras civiles, cuyos horrores se convirtieron en algo habitual, cuando violentos y

despiadados conflictos estallaron por doquier entre demócratas y oligarcas. La ira, la frustración y el deseo de venganza se incrementaron a medida que la guerra se alargaba, y dieron paso a una progresión de atrocidades sin precedentes o no conocidas del todo antes de esa época.

Incluso los poderosos lazos familiares y los más sagrados preceptos religiosos sucumbieron a la presión de esta larga guerra. Sus terribles efectos alentaron la puesta en duda de los valores tradicionales en los que se basaba la sociedad griega clásica y, al final, provocaron una división de la sociedad. Algunos reaccionaron rechazando toda clase de fe en favor de una racionalidad escéptica o, incluso, cínica, mientras que otros intentaban regresar a una piedad más arcaica y menos racional.

La derrota de Atenas en la guerra supuso también un golpe para las perspectivas democráticas de otras ciudades griegas. La influencia de los sistemas políticos en poblaciones exteriores está estrechamente conectada con su éxito en la guerra. La constitución democrática de una Atenas poderosa y victoriosa actuó como un imán y un modelo para otros, incluso en el propio Peloponeso. La derrota de Atenas en la guerra contra Esparta fue tomada como una prueba del carácter inadecuado de sus sistemas políticos; los fracasos atenienses fueron entendidos como equivocaciones del régimen democrático; los errores y los infortunios corrientes fueron juzgados como consecuencias peculiares de la democracia. La victoria espartana sobre la coalición democrática en Mantinea (418) fue el punto de inflexión en el desarrollo político de Grecia hacia la oligarquía más que a la democracia, y la derrota final de Atenas reforzó esa tendencia.

A pesar de su resultado aparentemente decisivo, la guerra no estableció un equilibrio de poder que reemplazara la inestabilidad que había caracterizado el final de las Guerras Médicas. No creó un nuevo orden que trajera una paz general durante una o más generaciones. Por el contrario, la victoria de Esparta sobre Atenas trajo sólo un predominio temporal de la influencia espartana que iba más allá de sus capacidades. A los espartanos les faltaban los recursos humanos, materiales y políticos para conservar el Imperio que habían ganado, o incluso para controlar durante mucho tiempo los acontecimientos que pudieran ocurrir fuera del Peloponeso. Sus intentos de conseguirlo sólo trajeron división y debilidad a su propio Estado y al resto de Grecia.

El acuerdo del 404 no fue, finalmente, ni una «paz púnica» que destruyera el poder ateniense con carácter permanente, ni un acuerdo moderado y negociado cuyo propósito fuera apaciguar enconados sentimientos. Aún más, Atenas tenía una fortaleza real y potencial más grande de lo que parecía en el momento de su derrota, por lo que era cuestión de tiempo que su poder se reafirmara. Tan pronto como se vieron libres, los atenienses empezaron a planear la recuperación de su Imperio, de su poder y de su gloria, así como la resistencia a la hegemonía espartana sobre otros Estados griegos. En el 404, Atenas fue desarmada pero no apaciguada, y para mantenerla desarmada se requeriría un grado de fuerza, compromiso, cooperación y unidad de propósito que no poseían las potencias victoriosas. La ambición tebana había ido creciendo hasta el punto de pedir la paridad con los Estados líderes y, más tarde, la hegemonía. Los vanos intentos de Esparta por dominar Grecia provocaron una debilidad que pronto puso fin a la dominación de los griegos y los sometió al control de extranjeros, primero a las intervenciones de Persia, y después a su conquista por Macedonia.

Es legítimo e instructivo pensar en lo que llamamos Guerra del Peloponeso como «la gran guerra entre Atenas y Esparta», según la ha denominado un estudioso, porque, al igual que la guerra europea de 1914-1918 —a la que el título de «la Gran Guerra» fue aplicado por una generación que sólo conoció una— fue un acontecimiento trágico, un punto de inflexión en la historia, el final de una era de progreso, prosperidad, confianza y esperanza, y el comienzo de un período de mayor oscuridad.

Fuentes para la historia de la Guerra del Peloponeso

La fuente más importante para la Guerra del Peloponeso es la historia de Tucídides, el hijo de Óloro, un ateniense que nació hacia el 460 a. C. y que pudo haber vivido hasta el 397. Aunque era de noble familia, se convirtió en un gran admirador de Pericles, el líder de los demócratas atenienses. Fue elegido general en el 424, un año en el que Cleón y los demócratas más radicales estaban en el poder, y nombrado para dirigir la intervención de la flota ateniense en Anfipolis, Tracia. Cuando la ciudad cayó en manos espartanas, Tucídides fue hecho responsable, llevado a juicio, condenado y enviado al exilio durante las dos restantes décadas de la guerra.

La obra de Tucídides ganó rápidamente un gran reconocimiento, y durante más de dos milenios su meticulosa atención a los detalles y su objetividad la han hecho digna del más profundo respeto. Él pensaba que establecer los hechos con la mayor precisión posible era de importancia crucial para su propósito: entender y resaltar las obras de la naturaleza humana, especialmente en el terreno de la política, las relaciones internacionales y la guerra. Sin embargo, sus interpretaciones, como las de cualquier historiador, y especialmente las de alguien que, como él, estaba profundamente implicado en los acontecimientos que intentaba describir, requieren un cuidadoso escrutinio y evaluación.

Tres documentos, dos de ellos contemporáneos al período de la guerra, complementan el relato de Tucídides. La *Athenaion Politeia* (la *Constitución de los atenienses)* ha pasado tradicionalmente como una obra de Jenofonte, pero los estudiosos han llegado finalmente a la conclusión de que no puede ser así. Esta obra parece haber sido escrita en la década que terminó en el 420, y su desconocido autor es, a veces, nombrado como «el viejo oligarca», si bien la edad que tenía cuando la escribió no ha sido determinada. Aunque sus simpatías por la oligarquía son inconfundibles, el estudio presenta un análisis realista, al argumentar que la democracia ateniense, aunque inmoral, es efectiva. Otra *Constitución de los atenienses,* escrita en la parte final del siglo IV a. C. por Aristóteles o alguien de su escuela, ofrece una breve historia de la evolución de la política ateniense desde los tiempos más primitivos hasta la época del propio autor, hacia el 330 a. C. Su relato de la última parte de la guerra, especialmente la revolución oligárquica del 411, es de particular importancia. Un fragmento de unas *Helénicas* compuesta por un autor desconocido del siglo IV fue descubierto en un papiro procedente de Oxirrinco, en Egipto, en 1906. En su mayor parte es una narración excelente y perspicaz de los hechos para los años 396-395, aunque hay una referencia específica a la devastación del Ática en los últimos días de la guerra. Parece dar comienzo donde termina la obra de Tucídides, y su mayor importancia reside en que fue probablemente una fuente para historiadores posteriores como Diodoro y Plutarco.

La narración de Tucídides termina en el otoño del 411, unos seis años y medio antes de que la guerra concluyera. Como los autores antiguos tomaron su obra como la mayor autoridad para el período que había tratado, tres historiadores que escribían acerca de esa época retomaron la historia donde él la había dejado. Cratipo, un ateniense de ese período, escribió acerca de la historia del mundo griego hasta, al menos, el 394, como hizo Teopompo de Quíos, que nació hacia el 378. Sin embargo, su trabajo no sobrevivió, y sólo lo conocemos a través de las citas ocasionales a su obra en otras fuentes. Jenofonte, hijo de Grilo, contemporáneo de Tucídides, aunque más joven, pues nació hacia el 428, también escribió unas *Helénicas* centradas en la historia griega hasta el 362, y que han llegado hasta nosotros. Jenofonte era un miembro del círculo socrático y un gran partidario de Esparta, llegando a servir bajo su poderoso rey Agesilao. Su obra no posee el poder analítico de la de Tucídides, pero proporciona el relato más extenso de los últimos años de la guerra.

Dos autores mucho más tardíos proporcionan información adicional con diversos grados de fiabilidad y valor. Diodoro de Sicilia, un contemporáneo de Julio César y de Augusto, escribió una historia universal en el siglo I a. C., unos cuatro siglos después de la Guerra del Peloponeso. La veracidad de su obra depende de las fuentes que utilizó. Éstas incluyen a Tucídides, pero también

otras que no han llegado hasta nosotros. De ellas, la más destacada parece haber sido la de Éforo de Cime, que perteneció a la generación posterior a la guerra y que, por tanto, pudo haber conversado con muchos de los que la vivieron. Aún más, Éforo parece que utilizó grandes pasajes perdidos del historiador de Oxirrinco, cuya credibilidad es, a menudo, superior a la del propio Jenofonte. Por consiguiente, Diodoro debe ser tomado en consideración, especialmente para los años en los que se interrumpe la historia de Tucídides.

Esto nos deja a Plutarco de Queronea, que vivió aproximadamente entre el 50 d. C. y el 120, como el más alejado de los acontecimientos que describe. Sus *Vidas de griegos y romanos ilustres* no son, sin embargo, la obra de un historiador, sino la de un biógrafo que, explícitamente, busca extraer lecciones morales de los grandes hombres del pasado. Esto ha hecho que muchos minimicen su credibilidad, pero asumimos riesgo. Él poseía una magnífica biblioteca, que incluía muchas obras que no han llegado hasta nosotros. Cita pasajes y se refiere a escritores de comedias del siglo V, historias de contemporáneos de Tucídides como Filisto de Siracusa y Helánico de Lesbos, y también a sus continuadores Éforo y Teopompo. También cita inscripciones del siglo

y describe edificios, pinturas y esculturas que vio con sus propios ojos. El siguiente fragmento de su *Vida de Nicias* (I, 5) proporciona un ejemplo de los tesoros que pueden se encontrados en su obra: «Aquellos hechos que Tucídides y Filisto han referido.... los pasaré rápidamente, y sin dar detalles innecesarios, por escapar a la reputación de ser descuidado y perezoso; pero aquellos detalles que han escapado a la mayoría de los escritores, y que otros han mencionado sólo casualmente, o que se encuentran en antiguas ofrendas votivas o en decretos públicos, ésos son los que yo he intentado recoger, no para acumular gran cantidad de material inútil, sino para presentar una apreciación del carácter y del temperamento». Al perseguir estos objetivos, Plutarco nos proporciona una información preciosa y auténtica que no deberíamos ignorar.

Los dos últimos siglos también han puesto a nuestra disposición valiosas pruebas en forma de inscripciones, usualmente en piedra. La epigrafía griega ha hecho notables progresos en el descubrimiento, restauración y edición de documentos de gran interés e importancia. Quizás el logro más significativo haya sido la reconstrucción e interpretación de las estelas sobre las que los atenienses inscribían la valoración del tributo anual impuesto a los territorios sobre los que ejercían control desde el 454 a. C. hasta la caída del Imperio. Esta gran obra fue publicada entre 1939 y 1953 por B.D. Meritt, H.T.Wade-Gery y M.F. McGregor bajo el título de *The Athenian Tribute Lists,* cuatro volúmenes, I, Cambridge, Mass., II-IV. Además de éstas, las inscripciones más relevantes están recogidas en *A Selection of Greek Inscriptions to the End of the Fifth Century B.* C., compuesta por R. Meiggs y D.M. Lewis, edición revisada, Oxford, 1992. Las traducciones al inglés de muchas de las inscripciones, tanto como las referencias poco accesibles de autores antiguos, han sido llevadas a cabo por Charles Forrara en *Archaic Times to the End of the Peloponnesian War,* segunda edición, Cambridge, 1983.

Nuestro conocimiento y comprensión de la guerra ha sido enormemente mejorado por la erudición de algunos estudiosos del siglo XIX, cuyas obras pioneras son, todavía, dignas de ser leídas. El más grande de ellos es el magnífico George Grote, el padre de la historia griega antigua como la conocemos hoy en día. Los doce volúmenes de su *History of Greece* (Londres, 1846-1856) constituyen una obra de detallada y profunda erudición que proporciona un sólido fundamento por sus abundantes cuestionamientos de la opinión establecida. La obra maestra de Grote provoca reflexiones serias y proporciona muchas respuestas, de las que las más importantes están también contenidas en las voluminosas historias de tres eruditos alemanes. La más impresionante y valiosa es la extensa segunda parte del volumen tercero y último de la obra de Georg Busolt *Griechische Geschichte,* Gotha, 1893-1904. Es un modelo de profundo y riguroso conocimiento de todas las evidencias antiguas y de los estudios eruditos modernos hasta su tiempo, así como un intento, culminado con éxito, de conseguir objetividad. Las otras obras son la de K. J. Beloch, *Griechische Geschichte,* segunda edición, cuatro volúmenes en ocho partes, Leipzig, 1912-1927, y la de Eduard Meyer, *Geschichte des Altertums,* quinta edición, cuatro volúmenes, reeditado en 1954 y 1956 en Basilea. Las primeras ediciones de las dos últimas obras fueran comenzadas en el siglo XIX.

El siglo XXtambién ha visto grandes contribuciones al tema. Quizá la más útil de ellas haya sido

A Historical Commentary on Thucydides, iniciada por A.W.Gomme y completada por A. Andrews y K. J. Dover, (5 volúmenes, Oxford, 1950-1981). Las obras *The Athenian Empire* de R. Meiggs (Oxford, 1972) y *The Origins of The Peloponnesian War* de G.E.M. de Ste. Croix (Oxford, 1972) son también estudios muy valiosos. La relación de obras específicas sobre la Guerra del Peloponeso, y de temas relacionados con ella, es enorme; gran parte de las referencias están contenidas en las bibliografías que pueden consultarse al final de cada volumen en mi historia de la guerra en cuatro volúmenes, publicada por la Cornell University Press, entre 1969 y 1987.

Índice onómastico[*]

[*] La paginación corresponde al original [Nota del escaneador]

Ensayo histórico

ESTA EDICIÓN DE *LA GUERRA DEL PELOPONESO,*
DE DONALD KAGAN,
SE TERMINÓ DE IMPRIMIR EN LIBERDÚPLEX,
EL DÍA 29 DE JULIO DE 2009

